

OBRAS COMPLETAS
MELANIE
KLEIN

AMOR, CULPA,
Y REPARACIÓN

1

PAIDÓS

**OBRAS COMPLETAS
DE MELANIE KLEIN**

- I. Amor, culpa y reparación
- II. El psicoanálisis de niños
- III. Envidia y gratitud
- IV. Relato del psicoanálisis de un niño

Melanie Klein

**AMOR, CULPA Y
REPARACIÓN
y otros trabajos
(1921-1945)**

*Con una introducción
de R.E. Money-Kyrle*



PAIDÓS

Barcelona
Buenos Aires
México

Título original: *Love, Guilt and Reparation and Other Works (1921-1945)*
Publicado en inglés por The Hogarth Press, Londres

Traducción de Hebe Friedenthal, Arminda Aberastury (cap. 17 y, en colaboración con María Esther Morera, cap. 20), Elisabeth Groode de Garma (cap. 21), Adolfo Negrotto («Notas aclaratorias»).

Portada: Gustavo Macri

© 1975, The Melanie Klein Trust
© 1990, de todas las ediciones en castellano,
Ediciones Paidós Ibérica, S. A.
Av. Diagonal 662-664, 08034, Barcelona, España

© 2008, de esta edición,
Editorial Paidós Mexicana, S. A.
Bajo el sello editorial PAIDOS M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, 2o. piso
Colonia Chapultepec Morales
C.P. 11570, México, D.F.
www.paidos.com.mx

Edición impresa en España: 1990
ISBN: 84-7509-569-0 (rústica)
ISBN: 84-7509-605-0 (obra completa)

Primera edición impresa en México: noviembre de 2008
Primera reimpresión: septiembre de 2011
ISBN: 978-607-7626-04-6
ISBN: 978-607-7626-07-7 (obra completa)

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Impreso en los talleres de Grafiscanner, S.A. de C.V.
Bolívar número 455, local 1, colonia Obrera, México, D.F.
Impreso en México – *Printed in Mexico*

INDICE

Prefacio de R.E. Money-Kyrle	9
Introducción, de R.E. Money-Kyrle	11
1. El desarrollo de un niño (1921)	15
I. La influencia del esclarecimiento sexual y la disminución de la autoridad sobre el desarrollo intelectual de los niños, 15. II. Análisis temprano, 39.	
2. Inhibiciones y dificultades en la pubertad (1922)	66
3. El papel de la escuela en el desarrollo libidinal del niño (1923)	71
4. Análisis infantil (1923)	88
5. Una contribución a la psicogénesis de los tics (1925) ...	116
6. Principios psicológicos del análisis infantil (1926)	137
7. Simposium sobre análisis infantil (1927)	148
8. Tendencias criminales en niños normales (1927)	178
9. Estadios tempranos del conflicto edípico (1928)	193
10. La personificación en el juego de los niños (1929)	205
11. Situaciones infantiles de angustia reflejadas en una obra de arte y en el impulso creador (1929)	216
12. La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo (1930)	224
13. La psicoterapia de las psicosis (1930)	238
14. Una contribución a la teoría de la inhibición intelectual (1931)	241
15. El desarrollo temprano de la conciencia en el niño (1933)	253
16. Sobre la criminalidad (1934)	263

17. Contribución a la psicogénesis de los estados maniaco-depresivos (1935)	267
18. El destete (1936)	296
19. Amor, culpa y reparación (1937)	310
20. El duelo y su relación con los estados maniaco-depresivos (1940)	346
21. El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas (1945)	372
Introducción, 372. Fragmentos de un historial, ilustrativos del desarrollo edípico del niño, 373. Extractos de un historial que ilustra el desarrollo edípico de la niña, 399. Resumen general teórico, 408. Observaciones finales, 421.	
NOTAS ACLARATORIAS	422
BIBLIOGRAFIA	445
LISTA DE PACIENTES	451

PREFACIO

La obra de Melanie Klein, desarrollada a lo largo de casi cuarenta años, incluye varios libros, colaboraciones en libros colectivos y trabajos diversos que hasta ahora no habían sido reunidos en inglés en forma de libro.* Como es inevitable tratándose de un esfuerzo creativo que abarcó tantos años, sus ideas sufrieron constantes ampliaciones, enmiendas y clarificaciones. En consecuencia, no es fácil para el estudioso, frente a una producción que bien puede calificarse de copiosa, descubrir cuáles son las ideas más maduras de Melanie Klein o cómo llegó a concebirlas. Por tal causa, uno de los objetivos más importantes de esta nueva edición de sus obras completas fue indicar, respecto de los principales temas desarrollados en cada trabajo, qué antecedentes obran en la producción anterior de la autora y cómo evolucionó con el tiempo su pensamiento. Así se hizo por medio de sendas notas aclaratorias, que aparecen reunidas al final de cada volumen, excepto en el caso del volumen IV, *Relato del psicoanálisis de un niño*, que lleva notas de la misma Melanie Klein.

Aunque ése fue su principal objetivo, la nueva edición brindó además la oportunidad de introducir ciertas mejoras: se revisó cuidadosamente la traducción de uno de los libros, *El psicoanálisis de niños*, publicado originalmente en alemán; todas las referencias a ediciones anteriores de las obras de Freud se reemplazaron por referencias a la *Standard Edition*;** también se actualizaron, dentro de lo posible, las referencias a otras obras de las que existen ediciones más recientes.

* La presente edición castellana de las obras de M. Klein en cuatro volúmenes es traducción de la edición inglesa que aquí se menciona. [T.]

** En este libro las obras de Freud se remiten a la edición de Amorrortu editores, que remite a la Standard Edition.

Las tareas necesarias para dar cumplimiento a estos objetivos fueron realizadas por diferentes grupos de personas.

Las negociaciones preliminares con los editores estuvieron a cargo del profesor Elliott Jaques, quien fue generosamente acogido y ayudado por el Sr. Masud Khan, director de la International Psycho-Analytical Library. El profesor Jaques es también el autor del Prefacio al volumen IV, *Relato del psicoanálisis de un niño*.

Las notas aclaratorias fueron redactadas por Edna O'Shaughnessy con el asesoramiento de Hanna Segal, Betty Joseph y yo, quienes por lo tanto compartimos con ella la responsabilidad, aunque no el mérito, del esfuerzo cumplido. Por su parte el Dr. Hans Thorner, asistido por su nuera Prudence M. Thorner, y en un comienzo también por el Dr. Stephen Smith, revisó la traducción al inglés de *El psicoanálisis de niños*; los borradores de la nueva versión fueron sometidos a Alix Strachey, autora de la traducción original. El artículo "Inhibiciones y dificultades en la pubertad", que hasta ahora no se había publicado en inglés, fue traducido por el Dr. Claud Wedeles. La ardua tarea de controlar y uniformar las referencias bibliográficas fue confiada a Ann Hutchinson, y la de preparar, dar nueva redacción y corregir los índices alfabéticos, a Barbara Forryan.

Sólo me resta expresar mi gratitud a todos estos amigos y colaboradores por el tesonero empeño que pusieron en la preparación de las *Obras completas* de Melanie Klein. En nombre de los administradores del Melanie Klein Trust, patrocinante de esta empresa, deseo agradecer también a The Institute of Psycho-Analysis —que en colaboración con The Hogarth Press había publicado ya muchos de los libros de Melanie Klein— por llevar hoy a cabo la publicación de la colección completa de esas obras en cuatro volúmenes.

R.E. Money-Kyrle

INTRODUCCION

Melanie Klein —de soltera Reizes— nació en Viena en 1882, siendo la menor de cuatro hijos. Sus padres, de origen judío, no conservaban un apego estricto a su religión; más bien parecen haber profesado un tolerante agnosticismo. Hay pruebas de que los niños heredaron de ambas ramas de la familia su considerable capacidad, y sin duda el ambiente en que crecieron era marcadamente intelectual. Pero lo más importante en los recuerdos de Melanie Klein eran la armonía que reinaba en su hogar, los fuertes lazos de afecto que unían a todos sus miembros. No dejó de padecer, con todo, períodos de honda aflicción: primero por la muerte de su hermana más querida; y luego por la de su hermano mayor, a quien admiraba enormemente. Años más tarde la tragedia volvió a golpearla cuando uno de sus hijos; ya adulto, se mató en un accidente de alpinismo.

En cuanto al punto de partida de su vida profesional, debemos señalar que a los catorce años Melanie Klein concibió el deseo de estudiar medicina, y con ayuda de su hermano aprendió en poco tiempo suficiente latín y griego como para ser admitida en el Gymnasium. Sus posibilidades de seguir la carrera de medicina se desvanecieron sin embargo cuando, a los diecisiete años, formalizó su compromiso matrimonial. Se casó cuatro años después, en 1903, y a su debido tiempo se convirtió en la madre de tres niños.

Sólo en tiempos de la Primera Guerra Mundial pudo proseguir, aunque bajo una nueva forma, su interrumpida carrera. Por casualidad llegó a sus manos un libro de Freud y al leerlo sintió que le aportaba algo que de un modo vago ella venía buscando desde siempre. Residía entonces en Budapest y tuvo oportunidad de iniciar un análisis con Ferenczi, quien la alentó a especializarse en el psicoanálisis de niños; y antes del fin de la guerra ya había comenzado a hacerlo, siempre en Budapest. En aquella época el análisis de niños pequeños,

si se exceptúa el de Juanito, que realizó Freud, y algunos trabajos preliminares de la doctora Hug-Hellmuth, era un territorio desconocido, en el que poco después se internaría también, aunque siguiendo una dirección un tanto diferente, Anna Freud. Después de la guerra, en 1921, Melanie Klein se trasladó a Berlín, invitada por Karl Abraham, para proseguir allí su trabajo con niños, y pronto introdujo en el análisis nuevos e importantes conceptos. Sus innovaciones recibieron el apoyo de Abraham, quien fue también su analista, desde comienzos de 1924 hasta su prematura muerte, ocurrida en 1925. Mientras ella estaba en Berlín y su esposo en Suecia se produjo la ruptura definitiva de su matrimonio, no demasiado venturoso. En 1926 se trasladó a Londres, accediendo a una invitación de Ernest Jones, quien le brindó un valioso apoyo. Se radicó en esa ciudad y gradualmente fue dando cabida en su clientela a una proporción cada vez mayor de adultos, en especial analistas en formación, hasta el momento de su muerte, acaecida en 1960. Es interesante señalar que, como Freud y muchos otros, Melanie Klein practicó el autoanálisis, de modo que las obras que publicó fueron casi con seguridad el resultado de las observaciones analíticas que llevó a cabo tanto en sus pacientes como en sí misma, confrontadas unas con otras.

En su labor clínica, que suscitó considerable controversia, Melanie Klein dio por sentado desde el comienzo que el análisis de un niño debía llevarse a cabo exactamente del mismo modo que el de un adulto, salvo por el hecho de que el análisis de las asociaciones verbales debía complementarse con el análisis del juego. Supuso que la transferencia era posible, comprobó la presencia de un superyó, si bien rudimentario, y sostuvo que la misión del analista no era educar ni inculcar principios morales. En otras palabras, adoptó, tanto para los adultos como para los niños, el análisis de la transferencia de Freud; y si más tarde introdujo cambios, éstos apuntaban a lograr un análisis de la transferencia más puro, limitando el papel del analista cada vez más a la interpretación. Una de las características de su técnica, quizá la más específica, es que desde el comienzo dio preferencia a la interpretación de la ansiedad inconsciente basada en fantasías inconscientes, dondequiera que tropezara con ella, incluso cuando en apariencia esa interpretación daba inicialmente por resultado un incremento de la ansiedad.

Esta técnica le permitió captar muchos aspectos de la psique que hasta entonces no habían sido advertidos, por lo que su teoría de la mente normal y patológica, tomada en un principio de Freud, experimentó continuos cambios. Ofrecer aquí un resumen de sus ideas sería redundante, ya que sus propios escritos, en especial si se los lee juntamente con las Notas aclaratorias, son suficientemente explícitos. Un punto, sin embargo, merece destacarse. Al introducir los conceptos de posición esquizo-paranoide y posición depresiva, Melanie Klein aclaró la distinción entre dos tipos de moralidad esencialmente diferentes que de modo innato tienden a desarrollarse sucesi-

vamente en los seres humanos. El superyó infantil más primitivo, que encarna la destructividad proyectada del niño vuelta contra sí mismo, es una construcción esquizo-paranoide que, al decir de Freud, obra como un arcaico dios interno cuya moralidad arcaica es del tipo "ojo por ojo". No es sintónico con el yo, y un objetivo fundamental del análisis es su debilitamiento. Pero hacia los cuatro meses de edad, el advenimiento de la posición depresiva abre paso a una moralidad distinta y mucho más concorde con el yo, que no se basa en una forma específica de delusión paranoide sino en el sentimiento depresivo de culpabilidad por los daños infligidos, tanto en la realidad como en la fantasía, a los objetos amados —internos y externos al sí mismo—, durante la posición esquizo-paranoide previa. Estos objetos de amor dañados, en la medida en que el niño sienta pesar por ellos, cobran vida dentro de él como mentores internos que sostienen y asisten al yo en su lucha contra los malos objetos internos subsistentes y los enemigos externos reales. No es cierto que Melanie Klein recurriera a algún tipo de presión moral para favorecer esta última clase de moralidad en sus pacientes, pero sí lo es que intentaba poner al descubierto las delusiones que dan origen a la moralidad arcaica, así como a variadas formas de defensa maniaca contra la culpabilidad persecutoria o depresiva, y, en la medida en que lo lograba, el segundo tipo de moralidad tendía espontánea y progresivamente a predominar en ellos. Lo cual era interpretado como un indicio de que el paciente evolucionaba hacia la integración y la madurez.

Aunque la teoría que Melanie Klein llegó a desarrollar —en especial la distinción entre las posiciones esquizo-paranoide y depresiva— parece apta para explicar por lo menos los hechos principales de la vida psíquica, tanto normal como patológica, sería erróneo considerar que se trata de una teoría definitiva. La misma Melanie Klein continuó retocándola casi hasta el final de su vida. Y nadie sabe qué modificaciones o agregados serán necesarios en el futuro. Es probable que, como en física, en psicología la verdad última sea de una complejidad infinita, y que sólo sea posible acercarse a ella a través de una infinita serie de aproximaciones.

R.E. Money-Kyrle

1. EL DESARROLLO DE UN NIÑO¹

(1921)

1

LA INFLUENCIA DEL ESCLARECIMIENTO SEXUAL Y LA
DISMINUCIÓN DE LA AUTORIDAD SOBRE
EL DESARROLLO INTELECTUAL DE LOS NIÑOS

Introducción

La idea de explicar a los niños temas sexuales está ganando terreno progresivamente. La instrucción que se da en las escuelas en muchos lugares tiene por objeto proteger a los niños durante la época de la pubertad de los peligros cada vez mayores de la ignorancia, y es desde este punto de vista que la idea ha logrado mayor simpatía y apoyo. Sin embargo, el conocimiento obtenido gracias al psicoanálisis indica la necesidad, si no de "esclarecer", por lo menos de criar a los niños desde los años más tempranos en forma tal, que convierta en innecesario cualquier esclarecimiento especial, ya que apunta al esclarecimiento más completo, más natural, compatible con el grado de madurez del niño. Las conclusiones irrefutables a extraerse de la experiencia psicoanalítica requieren que los niños sean protegidos, siempre que sea posible, de cualquier represión demasiado fuerte, y de este modo de la enfermedad o de un desarrollo desventajoso del carácter. Por consiguiente, junto a la intención realmente prudente de contrarrestar con la información los peligros reales y visibles, el análisis procura evitar peligros igualmente reales, aunque no sean vi-

¹ Conferencia pronunciada en la Sociedad Psicoanalítica Húngara, julio de 1919. Este artículo ya estaba listo para ser publicado, y dejé las observaciones e inferencias tal como se me ocurrieron entonces.

sibles (porque no son reconocidos como tales), pero mucho más comunes y profundos, y que por ende exigen ser observados mucho más urgentemente. Los resultados del psicoanálisis —que siempre en todo caso individual retrotrae a las represiones de la sexualidad infantil como causa de la enfermedad posterior, o a los elementos más o menos mórbidos actuantes o a inhibiciones presentes incluso en cualquier mente normal—, indican claramente el camino a seguir. Podemos evitar al niño una represión innecesaria liberando —primero y principalmente en nosotros mismos— la entera y amplia esfera de la sexualidad de los densos velos de secreto, falsedad y peligro, tejidos por una civilización hipócrita sobre una base afectiva y mal informada. Dejaremos al niño adquirir tanta información sexual como exija el desarrollo de su deseo de saber, despojando así a la sexualidad de una vez de su misterio y de gran parte de su peligro. Esto asegurará que los deseos, pensamientos y sentimientos no sean en parte reprimidos y en parte, en la medida en que falla la represión, tolerados bajo una carga de falsa vergüenza y sufrimiento nervioso, como nos pasó a nosotros. Además al impedir esta represión, esta carga de sufrimiento superfluo, estamos sentando las bases para la salud, el equilibrio mental y el desarrollo positivo del carácter. Sin embargo, este resultado incalculablemente valioso no es la única ventaja que podemos esperar para el individuo y para la evolución de la humanidad, de una crianza fundada en una franqueza sin límites. Tiene otra consecuencia no menos importante: una influencia decisiva sobre el desarrollo de la capacidad intelectual.

La verdad de esta conclusión extraída de las experiencias y enseñanzas del psicoanálisis quedó confirmada en forma clara e irrefutable por el desarrollo de un niño del que tengo ocasión de ocuparme con frecuencia.

Historia previa

El niño en cuestión es el pequeño Fritz, hijo de conocidos que viven cerca de mi casa. Esto me dio oportunidad de estar a menudo en compañía del niño, sin ninguna restricción. Además, como la madre sigue todas mis recomendaciones, puedo ejercer amplia influencia en su crianza. El niño, que tiene ahora cinco años, es fuerte y sano, de desarrollo mental normal pero lento. Empezó a hablar a los dos años, y tenía más de tres y medio cuando se pudo expresar con fluidez. Incluso entonces no se observaron esas frases especialmente llamativas, como las que se oyen ocasionalmente a edad muy temprana en niños bien dotados. A pesar de esto, daba la impresión, tanto por su aspecto como por su conducta, de ser un niño inteligente y despierto. Consiguió adquirir muy lentamente unas pocas ideas propias. Ya tenía más de cuatro años cuando aprendió a distinguir los colores, y casi cuatro años y medio cuando se familiarizó con las

nociones de ayer, hoy y mañana. En cosas prácticas estaba evidentemente más atrasado que otros niños de su edad. A pesar de que a menudo lo llevaban de compras, parecía (por sus preguntas) que le resultaba incomprendible que la gente no regalara sus pertenencias, ya que todos tenían muchas cosas, y era muy difícil hacerle comprender que debía pagarse por ellas, y a diferentes precios según su valor.

Por otra parte, su memoria era notable. Se acordaba, y aún recuerda, cosas relativamente remotas con todo detalle, y domina completamente las ideas o hechos que alguna vez ha comprendido. En general, ha hecho pocas preguntas. Cuando tenía alrededor de cuatro años y medio se inició un desarrollo mental más rápido y también un impulso más poderoso a hacer preguntas. También en esta época el sentimiento de omnipotencia (lo que Freud ha llamado “la creencia en la omnipotencia del pensamiento”) se volvió muy marcado. Cualquier cosa de que se hablara —cualquier habilidad u oficio— Fritz decía que podía hacerlo perfectamente, incluso cuando se le probaba lo contrario. En otros casos, cuando como réplica a sus preguntas se le decía que el papá y la mamá también desconocían muchas cosas, esto no parecía quebrantar su creencia en su propia omnipotencia y en la de su ambiente. Cuando no podía defenderse de ninguna otra manera, incluso bajo la presión de las pruebas en contra, solía afirmar: “¡Con una vez que me muestren, podré hacerlo muy bien!” De modo que, a pesar de toda demostración de lo contrario, estaba convencido de que podía cocinar, leer, escribir y hablar francés perfectamente.

Aparición del período de preguntas sobre el nacimiento

A la edad de cuatro años y nueve meses aparecieron preguntas concernientes al nacimiento. Uno se veía obligado a reconocer que coincidía con esto un notable incremento de su necesidad de hacer preguntas en general.

Quisiera señalar aquí que las preguntas planteadas por el pequeño (que en general dirigía a su madre o a mí) eran siempre contestadas con la verdad absoluta, y, cuando era necesario, con una explicación científica adaptada a su entendimiento, pero tan breve como fuera posible. Nunca se hacían referencias a las preguntas que ya se le hubieran contestado, ni tampoco se introducía un nuevo tema, a menos que él lo repitiera o comenzara espontáneamente una nueva pregunta.

Después que hubo preguntado ² “¿Dónde estaba yo antes de nacer?”, la pregunta surgió nuevamente en la forma de “¿Cómo se ha-

² La pregunta fue provocada por observaciones ocasionales de un hermano y hermana mayores, que le dijeron en diferentes oportunidades: “Tú no habías nacido todavía”. Parecía fundada también en el sentimiento evidentemente doloroso de “No

ce una persona?" y se repitió casi diariamente en esta forma estereotipada. Era evidente que la constante recurrencia de esta pregunta no se debía a falta de inteligencia, porque era obvio que comprendía totalmente las explicaciones que se le daban sobre el crecimiento en el cuerpo de la madre (la parte representada por el padre no se le había explicado porque aún no había preguntado sobre ella). Que un cierto "displacer", una falta de deseo de aceptar la respuesta (contra lo que luchaba su anhelo de verdad) era el factor determinante de su frecuente repetición de la pregunta, lo demostraba su conducta, su comportamiento distraído, incómodo, cuando la conversación apenas había comenzado, y sus visibles intentos de abandonar el tema que él mismo había iniciado. Por un breve período dejó de preguntarnos esto a su madre y a mí, y se dirigió a su niñera (que poco después se fue de la casa) y a su hermano mayor. Sus respuestas, que la cigüeña traía a los bebés y que Dios hacía a la gente, lo satisficieron sin embargo sólo por pocos días, y cuando después volvió a su madre otra vez con la misma pregunta "¿Cómo se hace una persona?", parecía al final más dispuesto a aceptar la respuesta de la madre como la verdad.³

A la pregunta "¿Cómo se hace una persona?" su madre le repitió una vez más la explicación que ya le había dado a menudo. Esta vez el niño habló más y contó que la gobernanta le había dicho (parece haber oído esto antes también, de alguna otra persona), que la cigüeña traía los bebés. "Eso es un cuento", dijo la madre. —"Los niños L. me dijeron que la liebre de Pascua no vino en la Pascua sino que fue la niñera quien escondió las cosas en el jardín." ⁴ "Tenían razón", contestó la madre. —"¿No hay liebre de Pascua, no es cierto", ¿es un cuento?" —"Por supuesto." —"¿Y tampoco

haber estado siempre allí", ya que en seguida de haberse informado y repetidamente después, expresaba satisfacción al decir que él de cualquier modo había estado antes allí. Pero era evidente que ésta no fue la única instigación para la pregunta, ya que poco después apareció en la forma alterada de: "¿Cómo se hace una persona?" A los cuatro años y tres meses se repitió frecuentemente otra pregunta, durante un tiempo. Preguntaba: "¿Para qué se necesita un papá?", y (más raramente) "¿Para qué se necesita una mamá?" La contestación a esta pregunta, cuyo significado no fue reconocido en esa época, fue que uno necesitaba un papá para que lo quisiera y lo cuidase. Esto fue visiblemente insatisfactorio, y con frecuencia repitió la pregunta hasta que gradualmente la abandonó.

³ Al mismo tiempo captó algunas otras ideas que habían sido repetidamente comentadas en el período precedente a las preguntas sobre el nacimiento, pero que tampoco aparentemente habían quedado del todo aclaradas. Incluso había tratado de defenderlas en cierta forma: por ejemplo, había tratado de probar la existencia de la liebre de Pascua diciendo que los niños L. (compañeros de juego) también poseían una, y que él mismo había visto al diablo a lo lejos, en el prado. Era mucho más fácil convencerlo de que lo que pensó que había visto era un potro, que persuadirlo de la falta de fundamento de la creencia en el diablo.

⁴ Aparentemente sólo había quedado convencido en el asunto de la liebre de Pascua por esta información provista por los niños L. (aunque a menudo le contaban cosas que no eran ciertas). Fue quizá también esto lo que lo instigó a investigar más la

existe Papá Noel?" —"No, tampoco existe." —"¿Y quién trae el árbol y lo arregla?" —"Los padres." —"¿Y tampoco hay ángeles, eso también es un cuento?" —"No, no hay ángeles, eso también es un cuento."

Evidentemente estos conocimientos no fueron fácilmente asimilados, porque al final de esta conversación preguntó después de una breve pausa, "¿Pero hay cerrajeros, no? ¿Son reales? Porque si no, ¿quién haría las cerraduras?" Dos días después ensayó cambiar de padres; anunciando que iba a adoptar a la señora L. como madre y a sus hijos como hermanos y hermanas, y se quedó en casa de ellos durante toda una tarde. Al atardecer volvió a la casa arrepentido.⁵ Su pregunta al día siguiente, hecha a su madre inmediatamente después del beso de la mañana, "Mamá, dime, ¿cómo viniste tú al mundo?", mostraba que allí había una conexión causal entre su cambio deliberado de padres y el previo esclarecimiento que había sido tan difícil de asimilar.

Después de esto también mostró mucho más placer en entender realmente el tema, al que retornaba repetidamente. Preguntó cómo sucedía en los perros; después me dijo que recientemente él "había espiado dentro de un huevo roto" pero no había conseguido ver un pollito dentro. Cuando le expliqué la diferencia entre un pollito y un niño, y que este último permanece dentro del calor del cuerpo materno hasta que está lo bastante fuerte como para salir afuera, se sintió evidentemente satisfecho. "¿Pero, entonces, quién está dentro de la madre para darle de comer al chico?", preguntó.

Al día siguiente me preguntó "¿Cómo crece la gente?" Cuando tomé como ejemplo un niño que él conocía, y como ejemplos de diferentes estadios del desarrollo a él mismo, a su hermano y a su papá, dijo "Yo sé todo eso, pero ¿cómo se crece?"

Durante la tarde lo habían regañado por desobedecer. Estaba perturbado por ello y trataba de hacer las paces con su madre. Le dijo "Seré obediente mañana y al otro día y al otro día..."; y deteniéndose súbitamente pensó por un instante y preguntó "Dime, mamá, ¿cuánto falta para que venga pasado mañana?" Y cuando ella le preguntó qué quería decir exactamente, repitió: "¿Cuánto tiempo tarda en venir un nuevo día?" e inmediatamente después: "Mamá ¿la noche pertenece siempre al día anterior, y temprano a la mañana es otra vez un nuevo día?" ⁶ La madre fue a buscar algo y cuando retornó a la habitación él estaba cantando para sí. Cuando ella entró

respuesta —tan a menudo pedida pero no asimilada aún— a la pregunta: "¿Cómo se hace una persona?"

⁵ Se había escapado de la casa alrededor de dos años antes, pero no se descubrió su razón para hacerlo. Lo encontraron ante una relojería observando cuidadosamente el escaparate.

⁶ La concepción del tiempo, que le había resultado tan difícil, parecía haberse aclarado. Una vez, cuando ya había aparecido el creciente placer por hacer preguntas, dijo: "¿Ayer es lo que ha sido, hoy es lo que es, mañana es lo que vendrá?"

dejó de cantar, la miró fijamente y dijo: “¿Si hubieras dicho ahora que yo no tenía que cantar, yo tendría que dejar de cantar?” Cuando ella le explicó que nunca le diría una cosa así, porque siempre él podría hacer lo que quisiera excepto cuando había alguna razón para impedírselo, y le dio ejemplos, pareció satisfecho.

Conversación sobre la existencia de Dios

Al día siguiente llovió. Fritz se lamentaba de esto porque quería jugar en el jardín, y preguntó a su madre: “¿Sabe Dios cuánto tiempo dejará que llueva?” Ella contestó que Dios no hacía la lluvia, sino que la lluvia venía de las nubes, y le explicó el asunto. Al día siguiente la recibió nuevamente con una pregunta largo tiempo abandonada: “¿Cómo se hace una persona?” La madre trató de descubrir qué era exactamente lo que él no entendía de sus explicaciones previas, y el niño dijo: “Sobre lo de crecer.” Cuando trató de explicarle una vez más cómo crecían la cabecita y los miembros, dijo: “Dime, mamá, pero cómo, ¿de dónde vienen la cabecita, y la pancita, y todo el resto?” Al replicarle ella que ya están presentes muy chiquitas, dentro del pequeño huevo, como la florecita en el capullo, no preguntó más. Poco después preguntó: “¿Cómo se hace una silla?”⁷ Entretanto su madre lo había vestido; preguntó entonces espontáneamente: “¿No es Dios quien hace llover? Toni (la mucama) dijo que Dios hace llover”. Después de la respuesta de la madre preguntó: “¿Es un cuento que Dios hace llover?” Al replicar ella que sí, preguntó: “¿Pero hay realmente Dios?” La madre le replicó algo evasivamente que ella nunca lo había visto. “Uno no lo ve, pero ¿está realmente en el cielo?” —“En el cielo sólo hay aire y nubes” “¿Pero existe realmente Dios?”, preguntó otra vez. No había escapatoria, de modo que la madre tomó una decisión y dijo: “No, hijo, no existe”. —“Pero, mamá, si una persona grande dice que Dios existe y vive en el cielo, ¿tampoco es cierto, entonces?” La respuesta de la madre fue que muchos adultos no sabían la verdad sobre las cosas y no podían hablar de ellas correctamente. Había ahora terminado su desayuno y se detuvo ante la puerta que daba al jardín, mirando hacia afuera. Estaba pensativo. De repente dijo: “Mamá, veo lo que existe, y lo que yo veo está realmente allí, ¿no? Veo el sol y el jardín, pero no veo la casa de tía María, y sin embargo está ahí también, ¿no?” La madre le explicó por qué no podía ver la casa de su tía Ma-

⁷ Repitió esta pregunta en ocasiones durante un tiempo, cuando se hablaba de detalles sobre el crecimiento que tenía dificultad para comprender. “¿Cómo se hace una silla?” y la respuesta, con la que estaba familiarizado y por lo que ya no se le contestaba más, parece entonces haber sido una especie de ayuda para él, usada como norma o comparación de la realidad de lo que acabara de oír. Usa la palabra “realmente” en la misma forma y con este intercambio el uso de “¿Cómo se hace una silla?” decreció y cesó gradualmente.

ría y él preguntó: “Mamá, ¿tú tampoco puedes ver su casa?” Y demostró su satisfacción cuando ella replicó que no. Inmediatamente después, sin embargo, preguntó algo más: “Mamá, ¿cómo llegó el sol hasta ahí?” Y cuando ella dijo algo pensativamente, “Sabes, ha estado allá desde hace mucho, mucho tiempo...”, él dijo “Sí, pero mucho, mucho antes, ¿cómo llegó hasta allí?”

Debo explicar aquí la conducta algo insegura de la madre para con el niño en la cuestión de la existencia de Dios. La madre es atea, pero al criar a los mayores no había puesto en práctica sus convicciones. Es verdad que los niños se criaron con bastante independencia de la religión, y que se les había hablado poco sobre Dios, pero el Dios que su ambiente (escuela, etc.) les presentaba ya hecho, nunca fue negado por la madre; de modo que aunque se hablara poco de él igual estaba implícitamente presente para los niños y ocupaba un lugar entre las concepciones fundamentales de su mente. El marido, que sostenía una concepción panteísta de la deidad, aprobaba la introducción de la idea de Dios en la educación de los niños, pero los padres no habían decidido nada preciso sobre este punto. Accidentalmente sucedió que ese día la madre no tuvo oportunidad de discutir la situación con el marido, de modo que cuando a la tarde el pequeño preguntó repentinamente a su padre: “Papá, ¿hay realmente un Dios?”, el padre contestó simplemente: “Sí.” Fritz exclamó: “¿Pero mamá dijo que en realidad no hay Dios!” Justo en ese momento la madre entró en la habitación, y él le preguntó de inmediato: “Mamá, papá dice que hay realmente un Dios. ¿Existe Dios realmente?” Ella, lógicamente, se turbó bastante y contestó: “Yo nunca lo vi y tampoco creo que Dios exista.” En este trance el marido vino en su ayuda y salvó la situación diciendo: “Mira, Fritz, nadie ha visto nunca a Dios y algunos creen que Dios existe y otros creen que no existe. Yo creo que existe, pero tu madre cree que no existe.” Fritz, que durante todo el tiempo había mirado de uno a otro con gran ansiedad, se puso bastante contento y expresó: “Yo también creo que no hay Dios.” Sin embargo, luego de un intervalo igual parecía tener dudas, y preguntó: “Dime, mamá, si Dios existe, ¿vive en el cielo?” Ella repitió que sólo había aire y nubes en el cielo, a lo que él repitió con alegría y muy decidido: “Yo también creo que no hay Dios.” Inmediatamente después dijo: “Pero los coches eléctricos son reales, y también hay trenes; yo estuve dos veces en uno, una vez cuando fui a lo de la abuela y otra vez cuando fui a E.”

Esta solución imprevista e improvisada de la cuestión de la deidad tuvo quizá la ventaja de que contribuyó a disminuir la excesiva autoridad de los padres y debilitar la idea de su omnipotencia y omnisciencia, ya que permitió al niño aseverar —cosa que no había ocurrido antes— que su madre y su padre sostenían opiniones diferentes sobre una cuestión importante. Este debilitamiento de la autoridad podía posiblemente provocar cierta sensación de inseguridad en el niño; pero según creo superó esto con bastante facilidad porque

aún quedaba un grado suficiente de autoridad para procurarle una sensación de apoyo; y de cualquier modo no observé en su conducta general ningún rasgo de semejante efecto, ya sea sensación de inseguridad o disminución de la confianza en alguno de los padres. De cualquier modo, una pequeña observación hecha alrededor de dos semanas después pudo haber tenido alguna conexión con esto. Durante un paseo su hermana le había pedido que preguntara a alguien la hora. “¿A un señor o a una señora?” preguntó él. Se le dijo que eso no tenía importancia. “Pero ¿si el señor dice que son las doce y la señora dice que es la una menos cuarto?” preguntó pensativamente.

Me parece que las seis semanas siguientes a esta conversación sobre la existencia de Dios constituyen en cierta medida la conclusión y clímax de un período definido. Encuentro que su desarrollo intelectual durante y desde este período se ha estimulado y ha cambiado tanto en intensidad, dirección y tipo de desarrollo (comparado con su estado anterior) como para permitirme distinguir tres períodos hasta aquí en su desarrollo mental, que datan desde que pudo expresarse con fluidez: el período anterior a las preguntas sobre el nacimiento, el segundo período comenzando con estas preguntas y finalizando con la elaboración de la idea de la deidad, y el período tercero que acaba de comenzar.

Tercer período

La necesidad de formular preguntas, que fue tan marcada en el segundo período, no disminuyó, sino que tomó un camino algo diferente. Por cierto que a menudo vuelve al tema del nacimiento, pero en una forma que demuestra que ya ha incorporado este conocimiento al conjunto de sus pensamientos. Su interés por el origen de los niños y temas conectados con esto es todavía intenso pero decididamente menos ardiente, como lo demuestra el que pregunte menos pero que esté más seguro. Pregunta, por ejemplo, “¿También el perro se hace creciendo dentro de su mamá?” o “¿Cómo crece un ciervo? ¿Igual que una persona?” Al recibir una respuesta afirmativa, “¿También crece dentro de su mamá?”

Existencia

De la pregunta “¿Cómo se hace una persona?”, que ya no formula más en esta forma, se desarrolló una indagación sobre la existencia en general. Doy una selección de las abundantes preguntas de este tipo formuladas en estas semanas. Cómo crecen los dientes, cómo se quedan los ojos adentro (en las órbitas), cómo se forman las líneas de la mano, cómo crecen los árboles, las flores, los bosques, etc., si el tallo de la cereza crece con la fruta desde el comienzo, si las

cerezas verdes maduran dentro del estómago, si las flores que se sacan de la planta se pueden volver a plantar, si la semilla que se recoge inmadura madura después, cómo se hace una fuente, cómo se hace un río, cómo van los botes al Danubio, cómo se hace el polvo; además, sobre la fabricación de los más variados artículos y materiales.

Interés por las heces y la orina

En sus preguntas más especializadas (“¿Cómo puede moverse una persona, mover sus pies, tocar algo? ¿Cómo entra la sangre en la persona? ¿Cómo le viene la piel a una persona? ¿Cómo crecen las cosas, cómo puede una persona trabajar y hacer cosas?”, etc.) y también en la forma en que continúa con estas investigaciones, así como en la necesidad constantemente expresada de ver cómo se hacen las cosas, de conocer el mecanismo interno (del inodoro, sistema de agua, cañería, revólver) en toda esta curiosidad me pareció que se encontraba ya la necesidad de examinar lo que en el fondo le interesaba, es decir, penetrar en las profundidades. La curiosidad inconsciente relativa a la participación del padre en el nacimiento del niño (a la cual no había dado hasta entonces expresión directa alguna) pudo tal vez haber sido responsable en parte de esta intensidad y profundidad. Esto también se manifestó en otro tipo de pregunta que durante un tiempo se mantuvo en primer plano, y que sin haber hablado antes sobre ello, era en realidad una investigación sobre las diferencias sexuales. Por esta época repetía a menudo la pregunta de si su madre, yo y sus hermanas habíamos sido siempre niños, si toda mujer cuando era chiquita era una niña⁸ —si él nunca había sido una niña— y también si su papá había sido varón cuando chico, si todos, si todos los papás habían sido primero varones; una vez, también, cuando la cuestión del nacimiento se estaba haciendo más real para él, preguntó a su padre si él también había crecido dentro de su mamá, usando la expresión “en el estómago” de su mamá, expresión que usaba algunas veces aun cuando se le había corregido ese error. El afectuoso interés por las heces, la orina y todo lo relacionado con ellas que siempre reveló, ha permanecido muy activo y su placer por ellos se pone, en ocasiones, abiertamente de manifiesto. Por un tiempo dio a su pipi (pene) —al cual tiene mucho afecto— un sobrenombre, lo llamaba “pipatsh” pero otras veces lo denominaba “pipi”.⁹ Una vez también dijo a su padre mientras sostenía el bastón de

⁸ Alrededor de los tres años mostró un interés especial por las joyas, particularmente las de su madre (que se mantiene aún), y decía repetidamente: “Cuando sea una señora usaré tres broches al mismo tiempo”. Con frecuencia decía: “Cuando sea una mamá...”

⁹ Una vez, cuando tenía tres años, vio desnudo a su hermano mayor en el baño y exclamó con regocijo: “¡Karl también tiene un pipi!” Dijo entonces a su hermano: “Por favor, pregúntale a Lene si ella también tiene un pipi!”

este último entre sus piernas. “Mira, papá, qué enorme pipi que tengo”. Durante un tiempo habló de sus hermosas “cacas” (heces) y en ocasiones contemplaba su forma, color y cantidad.

Una vez, a causa de una indisposición, tuvieron que aplicarle un enema, procedimiento muy poco usado con él, al que siempre se resiste intensamente; también toma los medicamentos con gran dificultad, especialmente las píldoras. Se sorprendió mucho cuando vio que las deposiciones eran líquidas y no sólidas. Preguntó si la “caca” salía de adelante ahora, o si eso era agua de “pipi”. Al explicársele que era lo de siempre, sólo que fluido, preguntó: “¿Pasa lo mismo con las niñas? ¿A ti también te pasa eso?”

Otra vez se refirió al proceso intestinal que su madre le había explicado en conexión con el enema, y preguntó sobre el agujero por donde sale la “caca”. Mientras formulaba la pregunta me dijo que recientemente había mirado o había querido mirar ese agujero.

Preguntó si el papel higiénico era también para los otros. “Entonces... mamá, tu también haces caca, ¿no?” Cuando ella contestó afirmativamente, observó, “porque si tú no hicieras ‘caca’ nadie en el mundo haría, ¿no es cierto?” En relación con esto habló sobre el tamaño y color de los excrementos del perro, de los otros animales y los comparó con los suyos. Estaba ayudando a pelar arvejas y dijo que le iba a dar un enema a la vaina, abriría el “popó” y sacaría la “caca”.

El sentido de la realidad

Con el comienzo del período de interrogaciones, su sentido práctico (que como ya señalé se había desarrollado muy pobremente antes de las preguntas sobre el nacimiento, lo que hacía que Fritz estuviera atrasado en comparación con otros niños de su edad) presentó un gran adelanto. Aunque continuaba la lucha contra su tendencia a la represión pudo, con dificultad pero vívidamente, reconocer varias ideas como irreales en contraste con las reales. Ahora, sin embargo, manifestaba la necesidad de examinarlo todo desde este aspecto. Desde la terminación del segundo período esto se había puesto de manifiesto en primer plano, particularmente en sus esfuerzos por investigar la realidad y evidencia de cosas que hacía tiempo le eran familiares, de actividades que había practicado y observado repetidas veces, y de cosas que había conocido desde hacía años. En esta forma adquiere un juicio independiente propio del que puede extraer sus propias conclusiones.

Preguntas y certidumbres obvias

Por ejemplo, comía un pedazo de pan duro y decía: “El pan está

muy duro”; después de comerlo: “Yo también puedo comer pan muy duro.” Me preguntó cómo se llamaba eso que se usaba para cocinar y que estaba en la cocina (se le había escapado la palabra). Cuando se lo dije, manifestó: “Se llama hornalla porque es una hornalla. Yo me llamo Fritz porque soy Fritz. A ti te llaman tía porque eres tía.” Durante una de las comidas no había masticado convenientemente un trozo de alimento y por esta razón no pudo tragarlo. Continuando su comida, dijo: “No bajaré porque no lo mastiqué.” Inmediatamente después: “Una persona puede comer porque mastica.” Después del desayuno dijo: “Cuando revuelvo el azúcar en el té se va a mi estómago.” Dije: “¿Es verdad eso?” “Sí, porque no se queda en la taza y va a mi boca”.

Las certezas y realidades adquiridas en esta forma le sirvieron evidentemente como patrón de comparación para nuevos fenómenos e ideas que requerían elaboración. Mientras su intelecto luchaba con la elaboración de los conceptos recientemente adquiridos y se esforzaba por valorar los ya conocidos, y por apoderarse de otros para hacer comparaciones, se dedicaba a escrutar y registrar los que ya había adquirido, así como a la formación de ideas nuevas.

“Real”, “irreal” —palabras que ya se había acostumbrado a usar— adquirirían ahora un significado completamente distinto por la forma en que las usaba. Inmediatamente después de admitir que la cigüeña, la liebre de Pascua, etc., eran cuentos de hadas, y que había decidido que el nacimiento desde el interior de la madre era algo menos bello pero más plausible y real, dijo, “pero los cerrajeros son reales, porque si no ¿quién haría las cerraduras, entonces?” Y después que se vio aliviado de la obligación de creer en un ser para él incomprendible, increíble, invisible, omnipotente y omnisciente, preguntó: “Veo lo que existe, ¿no?... Y lo que uno ve es real. Veo el sol y el jardín”, etc. Así, estas cosas “reales” habían adquirido para él un significado fundamental, que le permitía distinguir todo lo visible y verdadero de aquello (hermoso pero desgraciadamente falso, no “real”) que sucede sólo en los deseos y fantasías.

El “principio de realidad”¹⁰ se había establecido en él. Cuando después de la conversación con su padre y con su madre se puso del lado de la madre compartiendo su incredulidad, dijo: “Los coches eléctricos son reales y los trenes también, porque yo he andado en ellos.” Había encontrado en las cosas tangibles la norma con que podía medir también las cosas vagas y dudosas que su anhelo de verdad le hacía rechazar. Para empezar, las comparaba sólo con objetos físicos tangibles, pero ya cuando dijo: “Veo el sol y el jardín, pero no veo la casa de tía María y sin embargo existe, ¿no es cierto?”, había ido un paso más allá en el camino que transforma la presencia de lo que sólo es visto en la presencia de lo que es pensado. Hizo esto estableciendo como “real” algo que sobre la base de su desarrollo inte-

¹⁰ Freud, “Formulaciones sobre los dos principios del acontecer psíquico”, 1911.

lectual del momento parecía esclarecedor —y sólo algo adquirido de esta forma— y adoptándolo entonces.

La poderosa estimulación y desarrollo del sentido de la realidad que surgió en el segundo período, se mantuvo sin disminución en el tercero, pero, sin duda como resultado de la gran masa de hechos recientemente adquiridos, tomó principalmente la forma de revisión de adquisiciones anteriores y al mismo tiempo de desarrollo de nuevas adquisiciones; o sea, que se elaboraron en forma de conocimientos. Los siguientes ejemplos están tomados de preguntas y observaciones que hizo en esta época. Poco después de la conversación sobre Dios, informó a su madre una vez, cuando ella lo despertó, que una de las niñas L. le había dicho que ella había visto un niño hecho de porcelana que podía caminar. Cuando la madre le preguntó cómo se denominaba ese tipo de información, él se rió y dijo “un cuento”. Cuando inmediatamente después ella le trajo el desayuno, el niño observó, “pero el desayuno es algo real, ¿no es cierto? ¿La cena también es algo real?” Cuando se le prohibió que comiera cerezas porque todavía estaban verdes, preguntó: “¿No es verano ahora?, pero ¡las cerezas están maduras en verano!” Durante el día se le dijo que él debía devolver el golpe cuando otros niños le pegaran (era tan amable y poco agresivo que su hermano pensó que era necesario darle este consejo), y por la tarde preguntó: “Dime, mamá, ¿si un perro me muerde, puedo devolverle el mordisco?” El hermano había llenado de agua un vaso y lo había puesto en forma tal que desbordó. Fritz dijo: “El vaso no se mantiene bien sobre ese borde” (llama a todo límite preciso, a todos los límites en general, por ejemplo, la juntura de la rodilla, un “borde”). “Mamá, ¿si yo quisiera parar el vaso sobre su borde, querría derramarlo, no es cierto?” Un deseo ferviente y frecuentemente expresado por él era que se le permitiera sacarse los pantaloncitos que es la única ropa que usa en el jardín cuando hace mucho calor, y quedarse desnudo. Como su madre realmente no podía proporcionar ninguna razón convincente por la que no pudiera hacerlo, le dijo que sólo los niños muy pequeños van desnudos, que sus compañeros de juego, los niños L., no iban desnudos, porque eso no se hace. A lo que él pidió: “Por favor, déjame estar desnudo, entonces los niños L. dirán que yo estoy desnudo y a ellos los dejarán y entonces yo también estaré desnudo.” También ahora mostraba, por fin, no sólo comprensión sino también interés por cuestiones de dinero.¹¹ Decía repetidamente que uno consigue dinero por lo que uno trabaja y por lo que uno vende en tiendas, que el papá obtiene dinero

¹¹ El esclarecimiento que evidentemente había removido inhibiciones y permitido que sus complejos se hicieran más conscientes, determinó al parecer el interés por el dinero y la comprensión de su manejo, que ahora aparecían. Aunque había expresado hasta ahora su coprofilia con bastante franqueza, es probable que la tendencia general a romper las represiones, que ahora aparecía, se hiciera sentir también en relación con su erotismo anal, dando así impulso a la posibilidad de sublimarlo en el interés por el dinero.

de su trabajo, pero que debe pagar por lo que se hace para él. También preguntó a su madre si ella obtenía dinero por el trabajo que hacía en la casa (tareas domésticas). Cuando otra vez pidió algo que no podía obtenerse en ese momento, preguntó: “¿Hay guerra todavía?” Cuando se le explicó que todavía había escasez de ciertas cosas y que eran caras y por consiguiente difíciles de comprar, preguntó: “¿Son caras porque hay pocas?” Después quiso saber qué cosas, por ejemplo, son baratas y qué cosas son caras. Una vez preguntó: “Cuando uno hace un regalo no obtiene nada por él, ¿no es cierto?”

Delimitación de sus derechos. Querer, deber, poder

También demostró claramente su necesidad de que se definieran en forma precisa las limitaciones de sus derechos y poderes. Empezó esto la tarde en que planteó la pregunta: “¿Cuánto tiempo falta para que venga un nuevo día?”, cuando preguntó a la madre si debía dejar de cantar si ella le prohibía hacerlo. En esa época demostró al principio vivida satisfacción cuando la madre le aseguró que en la medida de lo posible le dejaría hacer lo que él quisiera, y él trató de comprender por medio de ejemplos cuándo esto sería posible y cuándo no lo sería. Pocos días después recibió un juguete de su padre y dijo que le pertenecía cuando él era bueno. Me contó esto y me preguntó: “Nadie puede sacarme lo que me pertenece, ¿no es cierto? ¿Ni siquiera mamá o papá?” y se sintió muy contento cuando estuve de acuerdo con él. El mismo día le preguntó a la madre: “Mamá, tú no me prohibes hacer cosas sólo por una razón” (usando aproximadamente las palabras que ella había empleado). Una vez dijo a su hermana: “Yo puedo hacer todo lo que soy capaz de hacer, lo que soy bastante listo para hacer y se me permite”. Otra vez dijo: “¿Puedo hacer todo lo que quiero, no es cierto? Sólo no ser travieso”. Después preguntó una vez en la mesa: “¿Entonces nunca puedo comer mal?” Y cuando se lo consoló diciéndole que ya bastante a menudo había comido mal, observó: “¿Y ahora no puedo comer mal nunca más?”¹² Frecuentemente dice, cuando juega o en otras oportunidades, refiriéndose a las cosas que le gusta hacer: “Hago esto, ¿no es cierto?, porque quiero.” Es entonces evidente que durante esas semanas dominaban completamente las ideas de querer, deber y poder. Dijo a propósito de un juguete mecánico en el que un gallo salta de una cajita cuando se abre la puerta que lo mantiene dentro: “El gallo sale porque debe salir.” Cuando se hablaba de la destreza de los gatos y se observaba que un gato puede trepar al

¹² Repetidamente ruega a su hermana que sea muy traviesa sólo por una vez y le promete quererla mucho si lo hace. Saber que papá y mamá ocasionalmente también hacen algo mal le da gran satisfacción, y una vez dijo: “Una mamá también puede perder cosas, ¿no?”

techo, agregó: "Cuando quiere". Vio un pato y preguntó si podía correr. Justamente en ese momento el pato empezó a correr. Preguntó: "¿Está corriendo porque yo lo dije?" Cuando se negó esto, prosiguió: "¿Porque él quería hacerlo?"

Sentimiento de omnipotencia

Creo que la declinación de su "sentimiento de omnipotencia", que había sido tan evidente algunos meses antes, estaba íntimamente asociada con el importante desarrollo de su sentido de la realidad, que ya se había establecido durante el segundo período, pero que había hecho progresos aún más notables desde entonces. En diferentes ocasiones demostró y demuestra conocimiento de las limitaciones de sus propios poderes, del mismo modo que no exige ahora tanto de su ambiente como antes. De cualquier modo, sus preguntas y observaciones demuestran una y otra vez que sólo ha ocurrido una disminución; que todavía hay luchas entre su sentido de la realidad en desarrollo y su sentimiento de omnipotencia profundamente enraizado —es decir, entre el principio de realidad y el principio de placer— que llevan frecuentemente a formaciones de compromiso, a menudo decididas en favor del principio del placer. Presento como prueba algunas preguntas y observaciones de las que extraje estas inferencias. Un día después de plantear la cuestión de la liebre de Pascua, etc., me preguntó cómo arreglan los padres el árbol de Navidad y si se lo fabrica o crece realmente. Después preguntó si sus padres no podrían decorar un bosque de árboles de Navidad y dárselo cuando llegaran las fiestas. El mismo día le pidió a la madre que le diera el lugar B. (adonde irá en el verano) para poder tenerlo inmediatamente.¹³ Una mañana se le dijo que hacía mucho frío y que había que abrigarlo más. Después le dijo al hermano: "Hace frío, entonces es invierno. Es invierno, entonces es Navidad. Hoy es víspera de Navidad, sacaremos chocolates y nueces del árbol."

Deseo

En general, desea y pide a menudo ferviente y persistentemente cosas posibles e imposibles, manifestando gran emoción y también impaciencia, que de otro modo no se manifiesta mucho, ya que es un niño tranquilo, nada agresivo.¹⁴ Por ejemplo, cuando se hablaba de

¹³ También en esta época rogó a su madre, ocupada en la cocina, que cocinara la espinaca de modo que se convirtiera en papa.

¹⁴ En sus demostraciones de afecto es muy tierno, especialmente hacia su madre pero también hacia otras personas que lo rodean. A veces puede ser muy tormentoso pero en general es más afectuoso que rudo. Sin embargo hace un tiempo hubo cierto elemento emocional en la intensidad de sus preguntas. Su amor por su padre se mostró

América: "Mamá, por favor, quisiera ver América, pero no cuando sea grande, quisiera verla ahora mismo." A menudo usa este "no cuando sea grande: quiero ahora mismo" como apéndice de deseos que supone encontrarán el consuelo de una promesa de satisfacción. Pero ahora muestra generalmente adaptación a la posibilidad y a la realidad, incluso en la expresión de deseos que antes, en la época en que su creencia en la omnipotencia era tan evidente, parecían indiferentes a la discriminación entre lo realizable y lo irrealizable.

Al pedir que se le diera un bosque de árboles de Navidad y el lugar B, como hizo al día siguiente de la conversación que tanto lo desilusionó (la liebre de Pascua, la cigüeña, etc.), quizás estaba tratando de descubrir hasta dónde se extendía todavía la omnipotencia de los padres, que seguro quedó muy menoscabada por la pérdida de estas ilusiones. Por otra parte, cuando me cuenta ahora qué lindas cosas me traerá de B., agrega siempre: "Si puedo" o "Lo que pueda", en tanto que antes de ninguna manera demostraba estar influido por la distinción entre posibilidad e imposibilidad cuando formulaba deseos o promesas (de todas las cosas que me iba a dar, y de otras más cuando fuera grande). Ahora, cuando se habla de realizaciones u oficios que él desconoce (por ejemplo, encuadernación de libros) dice que no puede hacerlo y pide que se le permita aprender. Pero a menudo, sólo es necesario un pequeño incidente a su favor para volver nuevamente activa su creencia en su omnipotencia; por ejemplo, cuando anunció que podría trabajar con máquinas como un ingeniero porque se había familiarizado con una pequeña maquina de juguete en casa de un amigo, o cuando suele agregar a su admisión de que no conoce algo: "Si me indican bien, lo sabré". En esos casos pregunta frecuentemente si su papá tampoco lo conoce. Esto demuestra evidentemente una actitud ambivalente. En tanto que a veces la respuesta de que papá y mamá tampoco conocen algo parece contentarlo, otras veces le desagrada saber esto y trata de demostrar lo contrario. La mucama una vez le contestó "Sí" cuando le preguntó si ella sabía todo. Aunque después ella retiró esta afirmación, incluso durante un tiempo solía dirigirle la misma pregunta, elogiando sus habilidades, diciéndole que ella sabía evidentemente de todo, y tratando con esto de que ella volviera a su aseveración original de "omnisciencia". Recurrió una o dos veces a la afirmación de que "Toni sabe todo" (aunque todo el tiempo estaba convencido seguramente de que sabía mucho menos que sus propios padres), cuando se le dijo que tampoco su papá o su mamá podían hacer algo, y esto le resultaba desagradable. Una vez me pidió que levantara la alcantarilla en la calle porque quería verla por dentro. Cuando le contesté que no podía hacer eso ni colocarla bien después, trató de desechar la

algo exagerado alrededor del año y nueve meses. En esa época lo quería evidentemente más que a la madre. Pocos meses antes de esto su padre había regresado después de una ausencia de casi un año.

objeción diciendo que quién haría esas cosas si la familia L. y él y sus propios padres estuvieran solos en el mundo. Una vez le contó a la madre que había cazado una mariposa y agregó: "Aprendí a cazar mariposas". Ella le preguntó cómo había aprendido a hacerlo. "Traté de cazar una y me las arreglé para hacerlo, y ahora ya sé cómo". Como preguntó inmediatamente después si ella había aprendido "a ser una mamá", creo que no estoy equivocada al pensar que —quizá no del todo conscientemente— se estaba burlando de ella.

Esta actitud ambivalente —que se explica por el hecho de que el niño se coloca en el lugar del padre poderoso (que espera ocupar alguna vez), se identifica con él, y por otra parte estaría dispuesto a dejar de lado el poder que restringe su yo— es seguramente también responsable de su conducta en relación con la omnisciencia de los padres.

La lucha entre el principio de realidad y el principio del placer

Sin embargo, por la forma en que su creciente sentido de la realidad contribuye evidentemente a la declinación de su sentimiento de omnipotencia, y por la forma en que el niño goza de este último luchando contra la presión de su impulso a investigar, me parece que este conflicto entre el sentido de realidad y el sentimiento de omnipotencia influye también en su actitud ambivalente. Cuando el principio de realidad consigue dominar en esta lucha y establece la necesidad de limitar el propio e ilimitado sentimiento de omnipotencia, surge la necesidad paralela de mitigar esta dolorosa compulsión que va en detrimento de la omnipotencia paterna. Pero, si vence el principio del placer, encuentra en la perfección paterna un apoyo que trata de defender. Quizás esto explica por qué el niño, siempre que le es posible, intenta recobrar su creencia tanto en la omnipotencia de sus padres como en la suya propia.

Cuando, movilizado por el principio de realidad, trata de hacer un doloroso renunciamento a su propio sentimiento de omnipotencia ilimitada, surge probablemente en conexión con esto la necesidad, tan evidente en el niño, de definir los límites de sus propios poderes y los de sus padres.

Me parece que en este caso la necesidad de conocer de Fritz, precoz y fuertemente desarrollada, había estimulado su débil sentido de la realidad y lo había compelido, al superar su tendencia a la represión, a asegurarse adquisiciones nuevas e importantes para él. Esta adquisición, y especialmente la debilitación de la autoridad que la acompañó, habrían renovado y fortificado el principio de realidad como para permitirle proseguir exitosamente sus progresos en pensamientos y conocimientos, que comenzaron simultáneamente con la influencia y superación del sentimiento de omnipotencia. Esta declinación del sentimiento de omnipotencia, que surge por el impulso a

disminuir la perfección paterna (y que seguramente ayuda al establecimiento de los límites de sus propios poderes y de los de sus padres) influye a su vez en la disminución de la autoridad, de modo que existiría una interacción, un refuerzo recíproco entre la disminución de autoridad y el debilitamiento del sentimiento de omnipotencia.

Optimismo. Tendencias agresivas

Su optimismo está fuertemente desarrollado, asociado por supuesto con un poco menoscabado sentimiento de omnipotencia; antes era especialmente notable, e incluso ahora aparece en diversas ocasiones. Paralelamente a la disminución de su sentimiento de omnipotencia, ha hecho grandes adelantos en la adaptación a la realidad, pero muy a menudo su optimismo es mayor que cualquier realidad. Esto fue particularmente evidente con motivo de una desilusión muy dolorosa, probablemente, me imagino, la más grave hasta ahora en su vida. Sus compañeros de juego, cuyas agradables relaciones con él se habían perturbado por causas externas, manifestaron una actitud completamente distinta para con él en vez del amor y el afecto hasta entonces demostrado. Como ellos son varios y mayores que él, le hacían sentir su poder de todas formas y se burlaban y lo insultaban. Siendo como era amable y nada agresivo, trató persistentemente de reconquistarlos con amabilidad y súplicas, y durante un tiempo no pareció admitir ni siquiera ante sí mismo la aspereza de los otros niños. Por ejemplo, aunque no podía menos que reconocer el hecho, de ningún modo quería reconocer que le decían mentiras, y cuando una vez más su hermano tuvo oportunidad de probarlo y le advirtió que no creyera en sus amigos, Fritz exclamó: "Pero ellos no mienten siempre". Pero, quejas ocasionales aunque infrecuentes demostraban que había decidido reconocer las crueldades de que era objeto. Aparecieron ahora bastante abiertamente tendencias agresivas; habló de dispararles con su revólver de juguete hasta que se murieran realmente, de dispararles en el ojo; otra vez también habló de pegarles hasta que se murieran, cuando los otros niños le habían pegado, y mostró sus deseos de matar en estas y otras observaciones, tanto como en su juego.¹⁵ Sin embargo, al mismo tiempo, no abandonó sus intentos de reconquistarlos. Siempre que vuelven a jugar con él parece haber olvidado todo lo sucedido y parece bastante contento, aunque observaciones ocasionales muestran que advierte perfectamente el cambio de relación. Como está particularmente encariñado con una de las niñas, sufrió visiblemente por este asunto, pero lo sobrellevó con calma y gran optimismo. Una vez, cuando oyó

¹⁵ También antes, aunque muy raramente, había hablado de dispararle y pegarle hasta matarlo, cuando estaba muy enojado con su hermano. Recientemente ha preguntado a menudo a quién puede uno disparar hasta matar, y declara: "Puedo fusilar a cualquiera que quiera dispararme".

hablar de morirse, y se le explicó en respuesta a sus preguntas, que todos deben morir cuando envejecen, dijo a su madre: "Entonces yo también moriré, y tú también, y los niños L. también. Y después todos volveremos otra vez y ellos serán buenos otra vez. Puede ser; quizá". Cuando encontró otros compañeros de juego —varones— pareció haber superado todo el asunto y ahora declara repetidamente que ya no le gustan más los niños L.

La cuestión de la existencia de Dios. La muerte

Desde la conversación sobre la inexistencia de Dios, sólo rara vez y en forma superficial ha mencionado este asunto, y en general no ha vuelto a referirse a la liebre de Pascua, Papá Noel, los ángeles, etc. Volvió, sí, a mencionar al diablo. Preguntó a la hermana qué había en la enciclopedia. Cuando ella le dijo que se podía buscar allí todo lo que uno no sabía, el niño preguntó: "¿Hay algo allí sobre el diablo?" Tras su respuesta: "Sí, dice que no hay diablo", no hizo ningún otro comentario. Parece haberse construido él solo una teoría sobre la muerte, como apareció primero en sus observaciones sobre los niños L. "Cuando volvamos otra vez." En otra ocasión dijo: "Me gustaría tener alas y poder volar. ¿Tienen alas los pájaros cuando están quietos y muertos? ¿Uno ya está muerto, no es cierto, cuando uno no está todavía allí?" En este caso tampoco esperó respuesta y pasó directamente a otro tema. Después, a veces, hacía fantasías sobre volar y tener alas. Cuando en una de esas ocasiones su hermana le habló de los aviones que para los seres humanos ocupan el lugar de alas, no pareció complacido con esto. En esta época, el tema de "morir" lo preocupaba mucho. Una vez preguntó a su padre cuándo moriría; también le dijo a la mucama que ella moriría alguna vez, pero sólo cuando fuera muy vieja, agregó para consolarla. En conexión con esto me dijo que cuando se muriera se movería muy lentamente —así (moviendo su dedo índice muy lentamente y muy poco)— y que yo también cuando me muriera podría moverme así, lentamente. Otra vez me preguntó si uno no se mueve nada cuando está durmiendo, y después dijo: "¿No es que algunas personas se mueven y otras no?" Vio un retrato de Carlos V en un libro y aprendió que había muerto hace mucho tiempo. Entonces preguntó: "Y si yo fuera el Emperador Carlos, ¿estaría muerto ya desde hace mucho tiempo?" También preguntó si uno que no comiera por mucho tiempo tendría que morir, y cuánto tiempo tardaría en morir.

Perspectivas pedagógicas y psicológicas

Nuevas perspectivas se abren para mí cuando comparo mis observaciones sobre los poderes mentales tan estimulados en este niño ba-

jo la influencia de su conocimiento recientemente adquirido, con observaciones previas y experiencias en casos de desarrollo más o menos desfavorable. La honestidad con los niños, una respuesta franca a todas sus preguntas y la libertad interna que esto procura, influyen profunda y beneficiosamente en su desarrollo mental. Esto salva al pensamiento de la tendencia a la represión, que es el peligro mayor que lo afecta, o sea, del retiro de energía instintiva con la que va parte de la sublimación, y de la concurrente represión de asociaciones conectadas con los complejos reprimidos, con lo que queda destruida la secuencia del pensamiento. En su artículo "Symbolische Darstellung des Lust-und Realitätsprinzips Oedipus-Mythos"¹⁶ dice Ferenczi: "Estas tendencias que, debido a la aculturación de la raza y del individuo, se han tornado muy dolorosas para la conciencia y por eso se reprimen, arrastran a la represión gran número de otras ideas y tendencias asociadas con estos complejos y las disocian del libre intercambio de pensamientos o por lo menos les impiden ser manejadas con realismo científico".

Creo que en este perjuicio principal —hecho a la capacidad intelectual, al cerrar a las asociaciones el libre intercambio de pensamientos— también debe tomarse en cuenta el *tipo* de perjuicio infligido: en qué dimensiones han sido afectados los procesos de pensamiento, en qué medida ha quedado definitivamente influida la dirección del pensamiento, es decir, si en amplitud o en profundidad. La clase de perjuicio responsable, en este período en que despierta el intelecto, de la aceptación de las ideas por la conciencia, o de su rechazo por resultar intolerable, sería de importancia porque este proceso persiste como prototipo durante toda la vida. El perjuicio podría ocurrir en tal forma, que tanto la "penetración en profundidad" como la "cantidad" en extensión podrían quedar menoscabadas hasta cierto punto independientemente la una de la otra.¹⁷ Probablemente en ninguno de los casos el resultado sería un simple cambio de dirección, ni la fuerza extraída de una dirección beneficiaría a la otra. Como puede inferirse de todas las otras formas del desarrollo mental que resultan de la represión, la energía que sufre la represión permanece "ligada".

Si hay oposición a la curiosidad natural y al impulso a indagar sobre lo desconocido y sobre datos y fenómenos previamente supuestos, entonces también se reprimen las indagaciones más profundas (en las que el niño teme inconscientemente que puede encontrarse con cosas prohibidas o pecaminosas). Sin embargo, también quedan reprimidos simultáneamente todos los impulsos a investigar problemas más profundos en general. Se establece así un rechazo por la in-

¹⁶ Ferenczi (1912b).

¹⁷ El Dr. Otto Gross, en su libro: *Die cerebrale Sekundärfunktion* (1902), sostiene que hay dos tipos de inferioridad, uno debido a una conciencia "aplanada" y el otro a una conciencia "comprimida", cuyo desarrollo refiere a "cambios constitucionales típicos de funcionamiento secundario".

vestigación minuciosa en y por sí misma y, en consecuencia, se abre el camino para que el placer innato e indomable de formular preguntas sólo actúe en superficie y lleve sólo a una curiosidad superficial o, por otra parte, puede aparecer el tipo de persona talentosa, tan frecuente en la vida diaria y en la ciencia, que, aunque poseedora de una gran riqueza de ideas, sin embargo fracasa en los más profundos problemas de su ejecución. También éste pertenece al tipo de persona práctica, adaptable e inteligente que puede apreciar las realidades superficiales pero es ciega para las más profundas y que en cuestiones intelectuales no puede distinguir lo verdadero de lo dogmático. El miedo a tener que reconocer como falsas las ideas que la autoridad le impone como verdaderas, el miedo a tener que sostener desapasionadamente que cosas repudiadas e ignoradas existen efectivamente, lo ha conducido a evitar penetrar más profundamente en sus dudas, y en general a huir de la profundidad. En estos casos creo que el daño puede haber influido el desarrollo del instinto de conocer, y de ahí también el desarrollo del sentido de la realidad, debido a la represión en la dimensión de profundidad.

Sin embargo, si la represión afecta el impulso hacia el conocimiento en forma tal que queda "ligado" a la aversión a cosas ocultas y repudiadas el placer no inhibido de inquirir sobre estas cosas prohibidas (y con ello el placer de interrogar en general, la cantidad de impulso investigador), o sea que queda afectado en su dimensión de amplitud, se daría entonces la precondition para una subsiguiente, falta de intereses. Si el niño ha superado un cierto período inhibitorio de su impulso a investigar y éste ha permanecido activo o ha retornado, puede, obstaculizado ahora por la aversión a atacar preguntas nuevas, dirigir todo el remanente de energía libre en profundidad, a unos pocos problemas especiales. Así se desarrollaría el tipo "investigador" que, atraído por cierto problema, puede dedicarse toda su vida al mismo sin desarrollar ningún interés particular fuera de la esfera limitada que ha elegido. Otro tipo de hombre cultivado es el investigador que, penetrando profundamente, es capaz de adquirir verdaderos conocimientos y de descubrir nuevas e importantes verdades, pero fracasa rotundamente en lo que respecta a las realidades mayores o menores de la vida diaria, pues carece en absoluto de sentido práctico. Decir que por estar absorto en grandes tareas no honra con su atención a las pequeñas no sirve para explicar esto. Según lo demostró Freud en su investigación de la parapraxia, el retiro de la atención es sólo un fenómeno lateral. No actúa como la causa fundamental, como mecanismo por el que se produjo la parapraxia; lo más que puede hacer es ejercer una influencia predisponente. Incluso aunque podemos suponer que un pensador ocupado en grandes pensamientos tiene poco interés por los asuntos de la vida diaria, lo vemos fallar en situaciones en las que por mera necesidad estaría obligado a tener el interés necesario, pero en las que fracasa porque no puede enfrentarlas prácticamente. El que se haya desarrollado de es-

te modo se debe, según creo, a que en el momento en que debió haber reconocido como reales cosas e ideas de todos los días, tangibles, simples, algo estorbó en cierta forma la adquisición de estos conocimientos; una condición que en este estadio seguramente no sería retiro de la atención por falta de interés en lo simple e inmediato, sino que sólo podía ser la represión. Puede suponerse que en una época anterior, habiéndose formado en él una inhibición para conocer otras cosas primitivas y repudiadas, reconocidas por él como reales, el conocimiento de cosas de la vida diaria, de las cosas tangibles originales que se le presentaban, también fue arrastrado a esta inhibición y represión. Por consiguiente quedaría sólo abierto —sea que se vuelva de inmediato hacia él o quizá sólo después de superar cierto período de inhibición— el camino hacia las profundidades; de acuerdo con los procesos de la infancia que constituyen el prototipo, evitaría la amplitud y la superficie. En consecuencia, no se habrá familiarizado con un camino que es ahora intransitable para él, y por el que incluso en una etapa posterior no puede andar simple y naturalmente, como puede hacerlo sin interesarse especialmente quien lo conoce y está familiarizado con él desde épocas tempranas. Se ha pasado por alto este estadio, que está cerrado por represión, así como, contrariamente, el otro, la persona " eminentemente práctica " sólo era capaz de alcanzar este último estadio pero reprimía todo acceso a los estadios que llevan a lo más profundo.

Sucede a menudo que niños que manifiestan en sus observaciones (generalmente al comienzo del período de latencia) una capacidad mental extraordinaria, y parecen justificar grandes esperanzas para el futuro, más tarde quedan rezagados y luego, aunque probablemente sean adultos bastante inteligentes, no dan pruebas de poseer un intelecto superior al término medio. Las causas de este fracaso podrían involucrar un daño mayor o menor en una u otra dimensión de la mente. Esto se confirmaría por el hecho de que tantos niños que por su extraordinario placer en hacer preguntas, y por la cantidad de preguntas que hacen —o por sus constantes investigaciones del "cómo" y "por qué" de todo— fatigan a los adultos, sin embargo después de algún tiempo renuncian a ellas y finalmente manifiestan poco interés o superficialidad de pensamiento. El hecho de que el pensar —afectado en total o en una u otra dimensión— no pudo en ellos extenderse en toda dirección, impidió el gran desarrollo intelectual al que cuando niños parecían destinados. El repudio y la negación de lo sexual y primitivo son las causas principales del daño ocasionado al impulso a conocer y al sentido de la realidad, y ponen en marcha la represión por disociación. Pero al mismo tiempo, el impulso hacia el conocimiento y el sentido de la realidad están amenazados por otro peligro inminente, no un retiro sino una imposición, la de forzarles a ideas ya confeccionadas presentadas en tal forma que el conocimiento de la realidad que tiene el niño no se atreve a rebelarse y nunca intenta sacar conclusiones o deducciones, por lo que se ve permanente-

mente afectado y dañado. Tenemos tendencia a subrayar el "coraje" del pensador que en oposición a la costumbre y a la autoridad, logra llevar a cabo investigaciones completamente originales. No habría tanta necesidad de "coraje" si no fuera que los niños necesitan un espíritu especial para pensar por sí mismos, en oposición a las más altas autoridades, las cuestiones delicadas que en parte son negadas y en parte prohibidas. Aunque se observa con frecuencia que la oposición desarrolla los poderes que surgen para superarla, esto no se aplica al desarrollo mental o intelectual de los niños. El desarrollarse en oposición a todos no significa menos dependencia que el sometimiento incondicional a la autoridad; la verdadera independencia intelectual se desarrolla entre ambos extremos. El conflicto que el naciente sentido de la realidad tiene que emprender contra la innata tendencia a la represión, el proceso que hace que el conocimiento (al igual que las adquisiciones de la ciencia y la cultura en la historia de la humanidad) también en el individuo deba ser adquirido con dolor, junto con los inevitables obstáculos encontrados en el mundo exterior, son todos sustitutos más que suficientes de la oposición, que se supone que actúa como incitante del desarrollo, sin poner en peligro su independencia. Todo lo demás que tenga que ser superado en la infancia —ya sea oposición o sometimiento—, toda resistencia externa adicional, es por lo menos superflua pero muy frecuentemente perjudicial porque actúa como restricción y barrera.¹⁸ Aunque se pueden encontrar a menudo grandes capacidades intelectuales junto con inhibiciones claramente reconocibles, aun entonces las primeras debieron sentirse afectadas por influencias perjudiciales y restrictivas al comienzo de sus actividades. ¡Cuánto del equipo intelectual del individuo es sólo aparentemente propio, cuánto es dogmático, teórico y debido a la autoridad, no logrado por sí mismo, por su propio pensamiento libre y sin trabas! Aunque la experiencia adulta y el *insight* hayan encontrado la solución para algunos de los interrogantes prohibidos y aparentemente incontestables de la infancia —interrogantes que están por lo tanto destinados a la represión— esto, sin embargo, no anula el obstáculo al pensamiento infantil ni lo transforma en banal. Porque (si más tarde el individuo adulto es aparentemente capaz de superar las barreras erigidas frente a su pensamiento infantil, cualquiera que sea la forma utilizada para enfrentar sus limitaciones intelectuales, sea desafío o temor, esta forma sigue siendo la base para la total orientación y modo de su pensamiento, sin que la afecten sus conocimientos posteriores. La sumisión permanente al principio de autoridad, la mayor o menor limitación y de-

¹⁸ Indudablemente cualquier crianza, incluso la más comprensiva, como implica cierto monto de firmeza, causará cierto monto de resistencia y sumisión. Así también es inevitable y necesario para el desarrollo cultural y la educación que haya mayor o menor monto de represión. Una crianza fundada en conocimientos psicoanalíticos restringirá a un mínimo este monto, sin embargo, y sabrá cómo evitar las consecuencias inhibitorias y perjudiciales para el desarrollo mental.

pendencia intelectual permanente, están basadas en esta primera e importantísima experiencia de la autoridad, en la relación entre los padres y el niño pequeño. Su efecto se ve reforzado y apoyado por el cúmulo de ideas éticas y morales que se le presentan al niño debidamente completadas y que forman otras tantas barreras a la libertad de su pensamiento. Sin embargo —aunque éstas le son presentadas como infalibles— un intelecto infantil más dotado, cuya capacidad de resistencia ha sido menos lesionada, puede a menudo emprender una batalla más o menos exitosa contra ellas. Porque aunque las proteja la forma autoritaria en que fueron presentadas, estas ideas deben dar ocasionalmente pruebas de su realidad, y en esas ocasiones no se le escapa al niño observador que todo aquello que se espera de él como natural, bueno, correcto y adecuado, no es siempre considerado del mismo modo, y en referencia a ellos mismos, por los adultos que lo exigen del niño. Así estas ideas siempre presentan puntos de ataque contra los cuales puede emprenderse una ofensiva, por lo menos en forma de dudas. Pero cuando las primeras inhibiciones fundamentales han sido más o menos superadas, la introducción de ideas sobrenaturales no verificables presenta un nuevo peligro para el pensamiento. La idea de una deidad invisible, omnipotente y omnisciente es abrumadora para el niño, tanto más debido a que dos cosas favorecen marcadamente su fuerza efectiva. Una es una necesidad innata de autoridad. Freud dice de esto en *Leonardo da Vinci: Estudio psicosexual de un recuerdo infantil* (Londres, 1922): "La religión puede retrotraerse biológicamente al prolongado periodo de desamparo y necesidad de ayuda del niño pequeño. Cuando el niño crece y se da cuenta de su soledad y debilidad ante las grandes fuerzas de la vida, percibe esta situación como la de su infancia y trata de negar su desolación con una revivificación regresiva de las fuerzas protectoras de la infancia". Como el niño repite el desarrollo de la humanidad, sostiene su necesidad de autoridad en esta idea de la deidad. Pero también el innato sentimiento de omnipotencia, "la creencia en la omnipotencia del pensamiento", que como hemos aprendido de Freud y de las "Etapas en el desarrollo del sentido de la realidad" de Ferenczi,¹⁹ están tan profundamente enraizadas y por lo tanto son permanentes en el hombre, el sentimiento de la propia omnipotencia acoge la aceptación de la idea de Dios. Su propio sentimiento de omnipotencia conduce al niño a atribuirle también a su ambiente. Por consiguiente, la idea de Dios, que equipara a la autoridad con la más completa omnipotencia, se encuentra a mitad de camino con el sentimiento de omnipotencia del niño, ayudándolo a establecer este último y contribuyendo también a impedir su declinación. Sabemos que también a este respecto es importante el complejo paterno, y que la forma en que queda fortificado o destruido el sentimiento de omnipotencia por la primera desilusión sería del niño, de-

¹⁹ Ferenczi (1913).

termina su desarrollo como optimista o pesimista, y también su viveza y espíritu de empresa, o un escepticismo apabullante. Para que el resultado de este desarrollo no sea la utopía y la fantasía ilimitadas, sino el optimismo, el pensamiento debe proporcionar una oportuna corrección. La "poderosa inhibición religiosa del pensamiento" como la llama Freud, estorba la oportuna corrección fundamental del sentimiento de omnipotencia por el pensamiento. Lo hace porque abruma al pensamiento con la introducción dogmática de una autoridad poderosa e insuperable; y se interfiere también la declinación del sentimiento de omnipotencia, que sólo puede tener lugar tempranamente y por etapas, con ayuda del pensamiento. Pero el desarrollo completo del principio de realidad, hasta llegar al pensamiento científico, depende estrechamente de que el niño se arriesgue pronto a realizar el ajuste que debe hacer por sí mismo entre los principios de placer y realidad. Si este ajuste se hace afortunadamente, entonces el sentimiento de omnipotencia quedará colocado sobre cierta formación de compromiso con respecto al pensamiento, y se reconocerá al deseo y la fantasía como pertenecientes al primero, en tanto que el principio de realidad regirá en la esfera del pensamiento y de los hechos establecidos.²⁰

Pero la idea de Dios actúa como un tremendo aliado de este sentimiento de omnipotencia, un aliado casi insuperable porque la mente infantil —incapaz de familiarizarse con esta idea por los medios usuales, pero por otra parte demasiado impresionada por su apabullante autoridad como para rechazarla— ni siquiera se anima a tratar de luchar o tener una duda contra ella. El que la mente pueda después en algún momento quizá superar incluso este impedimento (aunque muchos pensadores y científicos nunca hayan saltado esta barrera, y por eso su obra ha terminado allí), esto sin embargo no anula el daño infligido. La idea de Dios puede oscurecer tanto el sentido de la realidad que éste no se anima a rechazar lo increíble, lo aparentemente irreal, y puede afectarlo de tal modo que se reprime el reconocimiento de cosas tangibles, inmediatas, las así llamadas "obvias", en asuntos intelectuales, junto con los procesos más profundos de pensamiento. Sin embargo, es cierto que lograr este primer estadio del conocimiento e inferencia sin restricción, aceptar lo simple tanto como lo maravilloso sólo sobre los propios fundamentos y deducciones, incorporar en el propio equipo mental sólo lo que es realmente sabido, es sentar las bases para un desarrollo perfectamente desinhibido de la propia mente en cualquier dirección. El perjuicio ocasionado puede variar en tipo y grado, en mayor o menor medida, pero de seguro que no lo evita un posterior esclarecimiento. Así incluso después de los daños primeros y fundamentales al pensamiento en la temprana infancia, la inhibición establecida después por

²⁰ Freud presenta un ejemplo particularmente esclarecedor de esto en "Formulaciones sobre los dos principios del acontecer psíquico" (1911).

la idea de Dios sigue siendo importante. Por consiguiente, no basta con omitir sólo el dogma y los métodos del confesionario en la crianza del niño, aunque sus efectos inhibitorios sobre el pensamiento se reconozcan más generalmente.

Introducir la idea de Dios en la educación y dejar después al desarrollo individual el enfrentarse con ella no es de ningún modo el recurso para dar al niño libertad a este respecto. Porque por esta introducción autoritaria de esa idea, en un momento en que el niño no está preparado intelectualmente para la autoridad, y está indefenso frente a ella, su actitud en este asunto queda tan influida que no puede nunca más, o sólo a costa de grandes luchas y gasto de energía, liberarse de ella.

II

ANÁLISIS TEMPRANO

*La resistencia del niño al esclarecimiento sexual*²¹

Esta posibilidad y necesidad de analizar niños es una deducción irrefutable de los resultados del análisis de adultos neuróticos, que siempre retrotraen a la niñez las causas de la enfermedad. En su análisis de Juanito²², Freud ha mostrado como siempre el camino, un camino que ha sido seguido y explorado por la Dra. Hug-Hellmuth especialmente, y también por otros.

El interesante e instructivo artículo de la Dra. Hug-Hellmuth, leído ante el último Congreso²³ proporcionó mucha información sobre cómo ella variaba la técnica de análisis para los niños y cómo la adaptaba a las necesidades de la mentalidad infantil. Se ocupó del análisis de niños que muestran desarrollos mórbidos o desfavorables de carácter, y señaló que ella consideraba que el análisis se adaptaba solamente a niños mayores de seis años.

Sin embargo, yo plantearé ahora la cuestión de qué aprendemos del análisis de adultos y niños que podamos aplicar al considerar la mente de los niños menores de seis años, ya que es bien sabido que los análisis de neurosis revelan traumas y fuentes de perjuicio en acontecimientos, impresiones o desarrollos que ocurrieron en edad muy temprana, es decir, antes del sexto año de vida. ¿Qué proporciona esta información para la profilaxis? ¿Qué podemos hacer justamente en una edad que el análisis nos ha enseñado que es tan importante, no sólo para enfermedades subsiguientes sino también para la formación permanente del carácter y del desarrollo intelectual?

²¹ Artículo leído ante la Sociedad Psicoanalítica de Berlín, febrero de 1921.

²² "Análisis de la fobia de un niño de cinco años" (1909a).

²³ Hugh-Hellmuth (1921).

El primer y más natural resultado de nuestros conocimientos sería ante todo la evitación de los factores que el psicoanálisis ha enseñado a considerar como graves perjuicios para la mente del niño. Plantearíamos entonces como una necesidad incondicional que el niño, desde el nacimiento, no comparta el dormitorio de sus padres, y evitaremos exigencias éticas compulsivas para la criaturita en desarrollo más de lo que se nos evitó a nosotros. Le permitiremos mayor período de conducta no inhibida y natural, interfiriendo menos de lo que suele hacerse y dejándole tomar conciencia de sus distintos impulsos instintivos, y de su placer en ellos, sin echar mano inmediatamente a sus tendencias culturales para trabar su ingenuidad. Nuestro objetivo será un desarrollo más lento que permita que sus instintos se vuelvan en parte conscientes y junto con esto, sea posible sublimarlos. Al mismo tiempo no rehusaremos la expresión de su incipiente curiosidad sexual y la satisfaremos paso a paso, incluso —en mi opinión— sin ocultarle nada. Sabremos cómo darle bastante afecto y sin embargo evitar un exceso dañino; ante todo rechazaremos el castigo corporal y las amenazas y nos aseguraremos la obediencia necesaria para la crianza retrayendo ocasionalmente el afecto. Podrían enunciarse otras indicaciones, más detalladas, que se deducen más o menos naturalmente de nuestros conocimientos, y que no es necesario explicitar aquí. Tampoco entra dentro de los límites de este artículo considerar más estrechamente cómo pueden cumplirse estas indicaciones en la crianza sin dañar el desarrollo del niño como criatura civilizada, ni cargarlo con especiales dificultades en su relación con un ambiente de diferente mentalidad.

Ahora señalaré sólo que estas indicaciones educativas pueden ponerse en práctica (repetidamente he tenido oportunidad de convenirme de esto) y que de ellas resultan evidentes efectos positivos y un desarrollo mucho más libre en múltiples aspectos. Mucho se conseguiría si fuera posible hacer de ellas principios generales para la crianza. Sin embargo, debo hacer de inmediato una reserva. Me temo que incluso allí donde el *insight* y la buena voluntad gustosamente cumplirían estas indicaciones, la posibilidad interna de hacerlo podría no estar siempre presente en una persona no analizada. Pero entretanto, y en pro de la simplicidad, consideraré sólo el caso más favorable en el que tanto el deseo consciente como inconsciente se han hecho eco de estos criterios educativos, y se los lleva a cabo con buenos resultados. Volvemos ahora a nuestra pregunta original: en esas circunstancias, ¿pueden esas medidas profilácticas impedir la aparición de neurosis y de desarrollos perjudiciales del carácter? Mis observaciones me han convencido de que incluso con esto a menudo sólo conseguimos una parte de lo que nos proponíamos; aunque en realidad frecuentemente hicimos uso sólo de una parte de las exigencias que nuestros conocimientos ponen a nuestra disposición. Pues aprendemos del análisis de neuróticos que sólo una parte de los perjuicios causados por la represión puede atribuirse a un ambiente no-

civo u otras condiciones externas perjudiciales. Otra parte muy importante se debe a una actitud por parte del niño, presente desde los más tiernos años. El niño desarrolla frecuentemente, sobre la base de la represión de una fuerte curiosidad sexual, un rechazo indomable a todo lo sexual que sólo un análisis minucioso puede luego superar. No siempre es posible descubrir a partir del análisis de adultos —especialmente en una reconstrucción— en qué medida las condiciones adversas y en qué medida la predisposición neurótica son responsables del desarrollo de la neurosis. En este asunto se trata de cantidades variables, indeterminables. Sin embargo, es cierto esto: que en las fuertes disposiciones neuróticas bastan a menudo leves rechazos del ambiente para determinar una marcada resistencia a todo esclarecimiento sexual, y una carga excesiva de represión sobre la constitución mental en general. Logramos confirmación de lo que aprendemos en el análisis de neuróticos mediante la observación de niños, que nos permite la oportunidad de reconocer este desarrollo a medida que tiene lugar. Parece, por ejemplo, que a pesar de toda medida educacional que se propone entre otras cosas la satisfacción sin reservas de la curiosidad sexual, esta última necesidad con frecuencia no se expresa libremente. Esta actitud negativa puede tomar las más diversas formas, hasta el absoluto rechazo de saber. A veces aparece como un interés desplazado en otra cosa, interés a menudo de carácter compulsivo. A veces esta actitud se instala sólo después de un esclarecimiento parcial, y entonces, en vez del vívido interés hasta entonces expresado, el niño manifiesta una intensa resistencia para aceptar mayor esclarecimiento, y simplemente no lo acepta.

En el caso que examiné en detalle en la primera parte de este artículo, las beneficiosas medidas educativas a que me referí antes se emplearon con buenos resultados, particularmente para el desarrollo intelectual del niño. El niño recibió esclarecimiento en la medida en que se le informó sobre el desarrollo del feto dentro del cuerpo de la madre y el proceso del nacimiento, con todos los detalles que le interesaban. No preguntó directamente sobre la parte del padre en el nacimiento y en el acto sexual. Pero incluso en ese momento creo que esas cuestiones le afectaban inconscientemente. Aparecían algunas preguntas que se repetían frecuentemente y que se le contestaban con tantos detalles como fuera posible. He aquí algunos ejemplos: “Dime, mamá, ¿de dónde vienen la pancita y la cabecita y el resto?” “¿Cómo puede una persona moverse a sí misma, cómo puede hacer cosas, cómo puede trabajar?” “¿Cómo crece la piel en la gente?” “¿Cómo llega a donde está?” Estas y otras preguntas se repetían durante el período de esclarecimiento y en los dos o tres meses que le siguieron, que se caracterizaron por un marcado progreso en el desarrollo al que ya me he referido. Al principio no atribuí pleno significado a la frecuente recurrencia de esas preguntas, en parte por el hecho de que ante el incremento general del placer del niño en hacer preguntas, su significación no se me apareció por el modo en que pa-

recían desarrollarse su impulso a investigar y su intelecto, consideré que sería inevitable que reclamara mayor esclarecimiento, y pensé que debía adherirme al principio del esclarecimiento gradual respondiendo a las preguntas conscientemente formuladas.

Después de este periodo apareció un cambio, por el que principalmente las preguntas ya mencionadas y otras que se estaban volviendo estereotipadas recurrían de nuevo, en tanto que las que se debían a un evidente impulso de investigación disminuían y se tornaban de carácter especulativo. Al mismo tiempo aparecieron preguntas preponderantemente superficiales, no meditadas y aparentemente sin fundamento. Preguntaba una y otra vez cómo se hacían diferentes cosas y con qué se hacían. Por ejemplo: “¿De qué está hecha la puerta?” “¿De qué está hecha la cama?” “¿Cómo se hace la madera?” “¿Cómo se hace el vidrio?” “¿Cómo se hace la silla?” Algunas de las preguntas banales eran: “¿Cómo hace la tierra para quedar debajo de la tierra?” “¿De dónde vienen las piedras, de dónde viene el agua?”, etc. No había dudas de que en general había captado completamente la respuesta a estas preguntas y de que su recurrencia no tenía una base intelectual. También mostraba en su conducta distraída y ausente al plantear las preguntas, que en realidad no le importaban las contestaciones a pesar de que había preguntado con vehemencia. Sin embargo, también había aumentado el número de preguntas. Era el conocido retrato del niño que atormenta a su ambiente con sus preguntas aparentemente sin sentido, y para quien las contestaciones no son de ninguna ayuda.

Después de este reciente periodo, cuya duración no llegó a dos meses, de creciente rumiación y preguntas superficiales, hubo un cambio. El niño se volvió taciturno y mostró marcado desagrado por jugar. Nunca había jugado mucho ni imaginativamente, pero siempre le gustaban los juegos de movimiento con otros chicos. A menudo también jugaba al cochero o chófer durante largas horas, con una caja, banco o sillas que representaban los diversos vehículos. Pero cesaron los juegos y ocupaciones de este tipo, y también el deseo de la compañía de otros niños; cuando se ponía en contacto con ellos no sabía qué hacer. Finalmente incluso mostraba signos de aburrirse en compañía de su madre, lo que nunca había sucedido antes. También expresaba desagrado cuando ella le contaba cuentos, pero no habían cambiado ni su ternura hacia ella ni su anhelo de afecto. La actitud abstraída que a menudo había mostrado cuando hacía preguntas se volvió ahora muy frecuente. Aunque este cambio no podía menos que llamar la atención de un ojo atento, aun entonces su estado no podía considerarse como “enfermo”. Su sueño y estado general de salud eran normales. Aunque tranquilo y más revoltoso, como resultado de su falta de ocupaciones, seguía siendo amistoso; podía tratárselo como de costumbre y estaba alegre. Sin duda que también los últimos meses su inclinación por la comida dejaba mucho que desear; empezó a ser caprichoso y mostraba marcado dis-

gusto por ciertos platos, pero por otra parte comía lo que le gustaba con buen apetito. Se aferraba más apasionadamente a la madre, aunque, como ya se dijo, se aburría en su compañía. Era uno de esos cambios que por lo general o no son advertidos especialmente por los que se encargan del niño, o si son advertidos, no se los considera de importancia. En general, los adultos están tan acostumbrados a notar cambios transitorios o permanentes en los niños sin poder encontrar motivos para ello, que suelen considerar esas variaciones del desarrollo como enteramente normales. En cierta medida están en lo cierto, ya que difícilmente haya niños que no muestren ciertos rasgos neuróticos, y es sólo el desarrollo subsiguiente de estos rasgos y su cantidad lo que constituye la enfermedad. Me llamó especialmente la atención su falta de inclinación a que le contaran cuentos, tan opuesta a su anterior deleite en ellos.

Cuando comparé el incrementado placer por hacer preguntas, que siguió al esclarecimiento parcial y luego se volvió en parte rumiación, y en parte interés superficial, con el subsiguiente desagrado por las preguntas y falta de inclinación incluso por escuchar cuentos, y cuando además de esto recordé algunas de las preguntas que se habían vuelto estereotipadas, me convencí de que el poderoso impulso de investigación del niño había entrado en conflicto con su igualmente poderosa tendencia a la represión, y que esta última, al rechazar las explicaciones deseadas por el inconsciente, había obtenido entero predominio. Luego de que hubo planteado muchas y distintas preguntas como sustitutos de las que había reprimido, había llegado en el curso posterior del desarrollo, al punto en que evitaba del todo preguntar y también escuchar, ya que esto último podría, sin haberlo él pedido, procurarle lo que rehusaba conseguir.

Quisiera volver aquí a ciertas observaciones sobre los caminos de la represión, que hice en la primera parte de este artículo. Hablé allí de los conocidos efectos perjudiciales de la represión sobre el intelecto, debidos a que la fuerza instintiva reprimida queda ligada, y no es disponible para la sublimación; y que junto con los complejos también estaban sumergidas en el inconsciente las asociaciones del pensamiento. En conexión con esto supuse que la represión podría afectar al intelecto en toda dirección en desarrollo, es decir, tanto en las dimensiones de amplitud como de profundidad. Quizás los dos periodos del caso que observé podrían en cierto modo ilustrar esta suposición previa. Si el camino del desarrollo hubiera quedado fijado en el estadio en que el niño, como resultado de la represión de su curiosidad sexual, empezó a preguntar mucho y superficialmente, el daño intelectual podría haber ocurrido en la dimensión de profundidad. El estadio vinculado a éste, de no preguntar y no querer escuchar podría haber conducido a la evitación de la superficie y amplitud de intereses y a la exclusiva dirección en profundidad.

Luego de esta digresión vuelvo a mi tema original. Mi creciente convicción de que la curiosidad sexual reprimida es una de las princi-

pales causas de cambios mentales en los niños queda confirmada por una sugerencia que recibí poco tiempo antes. En la discusión que siguió a mi conferencia en la Sociedad Psicoanalítica Húngara, el Dr. Anton Freund había argumentado que mis observaciones y clasificaciones eran ciertamente analíticas, pero no así mi interpretación, ya que yo sólo había considerado las preguntas conscientes y no las inconscientes. En ese momento repliqué que creía que bastaba considerar las preguntas conscientes en tanto no hubiera razones convincentes para lo contrario. Sin embargo, después vi que su opinión era la correcta, que considerar sólo las preguntas conscientes había resultado insuficiente.

Sostuve luego que era conveniente dar al niño la información restante, que hasta entonces no se le había proporcionado. Una de sus preguntas en ese momento poco frecuentes, cuáles plantas crecían de semillas, se aprovechó para explicarle que los seres humanos también provienen de semillas y para esclarecerlo sobre el acto de la fecundación. Pero estaba abstraído y no atendía. Interrumpió la explicación con una pregunta irrelevante y no mostró ningún deseo de informarse sobre detalles. En otra ocasión dijo que había oído a otros niños decir que para que una gallina pusiera huevos también se necesitaba un gallo. Apenas había mencionado el tema, sin embargo, ya mostraba evidentes deseos de abandonarlo. Dio la impresión de que no había entendido de ningún modo esta nueva información y que no deseaba entenderla. Tampoco el cambio mental previamente descrito pareció en ninguna forma afectado por este progreso en el esclarecimiento.

Sin embargo, la madre se las arregló con un chiste con el que se conectaba un pequeño cuento, para lograr su atención y reconquistar su aprobación. Le dijo, al darle una confitura, que ésta lo había estado esperando largamente e inventó una pequeña historia sobre ella. El niño se entretuvo mucho con esto y expresó su deseo de que se la repitieran varias veces; y luego escuchó con placer la historia de la mujer en cuya nariz creció, ante el deseo de su esposo, una salchicha. Entonces empezó a hablar espontáneamente, y desde entonces relató historias fantásticas, largas y cortas, a veces originadas en otras que había escuchado, pero la mayoría enteramente originales, que proporcionaron una cantidad de material analítico. Hasta entonces el niño había mostrado tan poca tendencia a contar historias como a jugar. En el período que siguió a la primera explicación había mostrado, es cierto, una fuerte tendencia a contar historias e hizo varios intentos de hacerlo, pero en general había sido una excepción. Estas historias, que no tenían nada siquiera del arte primitivo que generalmente emplean los niños en sus cuentos en imitación de las realizaciones de los adultos, producían el efecto de sueños a los que faltaba la elaboración secundaria. A veces empezaban con un sueño de la noche anterior y luego continuaban como historias, pero eran exactamente del mismo tipo cuando las empezaba desde el principio

como historias. Las contaba con enorme deleite; de cuando en cuando, al aparecer resistencias —a pesar de cuidadosas interpretaciones— las interrumpía pero sólo para reanudarlas poco después con placer. Doy varios extractos de algunas de estas fantasías:

“Dos vacas comían juntas, entonces una salta a la espalda de la otra y va montada en ella, y después la otra salta a los cuernos de la otra y los sostiene fuertemente. El ternero salta también a la cabeza de la vaca y se sostiene fuerte sobre sus riñones” (a la pregunta de cuáles son los nombres de las vacas, da los de las mucamas). “Después siguen juntas y se van al infierno, el diablo viejo está allí, tiene ojos tan negros que no puede ver nada pero sabe que hay gente allí. El diablo joven tiene también ojos oscuros. Después van al castillo que vio Tom Thumb, después entran con el hombre que estaba con ellos y suben a un cuarto y se pinchan con un hilar (huso). Entonces se duermen por cien años, después se despiertan y van a donde está el rey, él está muy contento y les pregunta si el hombre, la mujer y los niños que estaban con ellos se van a quedar.” (A mi pregunta de qué había sido de las vacas: “Estaban allí también, y también los terneros.”) Se habló de cementerios y de muerte, y él dijo: “Pero cuando un soldado mata a alguien no está enterrado, está tirado allí porque el cochero del carro fúnebre es también soldado y no lo quiere hacer.” (Cuando preguntó: “¿A quién mata, por ejemplo?” primero menciona a su hermano Karl, pero luego, algo alarmado, varios nombres de relaciones y conocidos.)²⁴ He aquí un sueño: “Mi bastón fue sobre tu cabeza, después tomó la plancha y planchó sobre el mantel.” Al dar los buenos días a la madre le dijo, luego de que ella lo acarició: “Yo treparé arriba tuyo, tú eres una montaña y yo te trepo.” Un poco después dijo: “Puedo correr mejor que tú, puedo correr escaleras arriba y tú no puedes.” Después de un período, empezó nuevamente a preguntar algunas cosas con gran ardor: “¿Cómo se hace la madera? ¿Cómo se pone el alféizar de la ventana? ¿Cómo se hace la piedra?” A la respuesta de que siempre habían sido así, dijo insatisfecho: “Pero ¿de dónde vino?”

Junto a esto empezó a jugar. Jugaba ahora con alegría y perseverancia, ante todo con otros, con su hermano y con amigos. Podía jugar a cualquier cosa, pero también empezó a jugar solo. Jugaba a ahorcar, declaraba que había decapitado a su hermano y a su hermana, encajonaba las orejas de las cabezas decapitadas y decía: “Se pueden encajonar las orejas de este tipo de cabeza, no pueden devolver el golpe”, y se llama a sí mismo “verdugo”. En otra oportunidad lo encontré jugando al siguiente juego. Las piezas del ajedrez eran personas, hay un soldado y un rey. El soldado le dice al rey “Sucia bestia”. Entonces se lo pone en prisión y se lo condena. Después lo

²⁴ Había observado poco antes: “Quisiera ver morir a alguien; no ver a qué se parecen cuando ya están muertos, sino cuando se están muriendo, entonces podría ver también a qué se parecen cuando están muertos”.

golpean, pero no lo siente porque está muerto. El rey agranda con su corona el agujero del pedestal del soldado y entonces el soldado revive; al preguntársele si volverá a hacer eso, dice "no", luego sólo se lo arresta. Uno de los primeros juegos que jugó fue el siguiente: jugaba con su trompeta y decía que era oficial, portaestandarte y trompetista al mismo tiempo, y "si papá fuera también un trompetista y no me llevara a la guerra entonces yo llevaría mi propia trompeta y mi escopeta e iría a la guerra sin él". Juega con sus figuritas, entre las que hay dos perros, a uno de ellos siempre lo ha llamado el lindo y al otro el sucio. Esta vez los perros son caballeros. El lindo es él mismo, el sucio es el padre.

Sus juegos, como sus fantasías, mostraban extraordinaria agresividad contra el padre y también, por supuesto, su ya claramente indicada pasión por la madre. Al mismo tiempo se volvió conversador, alegre, podía jugar durante horas con otros niños, y luego mostró un deseo tal de progresar en toda rama del conocimiento y aprendizaje que en poco tiempo y con muy poca ayuda aprendió a leer. Mostró tanta avidez en esto que casi parecía un niño precoz. Sus preguntas perdieron el carácter compulsivo y estereotipado. Este cambio fue indudablemente el resultado de haber liberado su fantasía; mis cautas y ocasionales interpretaciones sirvieron sólo hasta cierto punto como ayuda en esta cuestión. Pero antes de reproducir una conversación que me parece importante debo referirme a un punto: el estómago tenía para este niño una significación peculiar. A pesar de la información y de repetidas correcciones, se aferraba a la concepción, expresada en diversas oportunidades, de que los niños crecen en el estómago de la madre. En otras formas también el estómago tenía para él un significado afectivo peculiar. Solía replicar con la palabra "estómago", aparentemente irrelevante en cualquier ocasión. Por ejemplo, cuando otro niño le decía "Ve al jardín", él contestaba "Vete adentro de tu estómago". Se atrajo reproches porque muchas veces, cuando los sirvientes le preguntaban dónde estaba algo, contestaba: "En tu estómago". También a veces se quejaba a la hora de la comida, aunque no muy a menudo, de "frío en el estómago", y declaraba que era a causa del agua fría. Manifestaba también activo desagrado por diversos platos fríos. En esa época expresó curiosidad por ver a la madre desnuda. Inmediatamente después observó: "Quisiera también ver tu estómago y el retrato que está en tu estómago". A su pregunta: "¿Quieres decir el lugar donde tú estabas?" contestó: "¡Sí! Quisiera mirar dentro de tu estómago y ver si no hay algún chico allí." Rato después observó: "Soy muy curioso, quisiera saber sobre todo en el mundo." A la pregunta de qué era lo que tanto quería saber, dijo: "Cómo son tu pipí y tu agujero para la caca. Me gustaría (riendo) mirar adentro cuando estás en el retrete sin que tú sepas y ver tu pipi y tu agujero para la caca". Algunos días después sugirió a la madre que todos podrían "hacer caca" en el retrete al mismo tiempo y unos encima de los otros, la madre, sus hermanos

y hermanas y él arriba de todos. Observaciones aisladas que había hecho, indicaban ya su teoría claramente demostrada por la siguiente conversación, de que los niños se hacen con comida y son idénticos a las heces. Había hablado de sus "cacas" como niños traviesos que no querían venir; además, en relación con esto, había estado inmediatamente de acuerdo con la interpretación de que los carbones que en una de sus fantasías subían y bajaban las escaleras eran sus hijos. Una vez también se dirigió a sus "cacas" diciendo que les pegaría por venir tan despacio y ser tan duras.

Describiré ahora la conversación. Está sentado por la mañana temprano en el dormitorio, y explica que las "cacas" están ya en el balcón, han corrido arriba otra vez y no quieren ir al jardín (como designa repetidamente al dormitorio). Yo le pregunto: "¿Son éstos los niños que crecen en el estómago?" Como advierto que esto le interesa continúo: "Porque la 'caca' está hecha de comida; los niños verdaderos no están hechos de comida." El dice: "Yo sé eso, están hechos de leche". "Oh, no, están hechos de algo que hace papá y de un huevo que está dentro de mamá." (Está ahora muy atento y me pide que le explique.) Cuando empiezo otra vez con lo del huevito, me interrumpe: "Ya sé eso." Yo continúo: "Papá puede hacer algo con su pipí que se parece bastante a la leche y se llama semen; lo hace como haciendo pipí pero no en tanta cantidad. El pipi de mamá es diferente del de papá." (Me interrumpe.) "Ya sé eso." Yo digo: "El pipi de mamá es como un agujero. Si papá pone su pipi en el pipi de mamá y hace su semen allí, entonces el semen corre muy adentro de su cuerpo y cuando se encuentra con algunos de los huevitos que están dentro de mamá, entonces ese huevito empieza a crecer y se transforma en un niño." Fritz escuchaba con gran interés y dijo: "Me gustaría mucho ver cómo se hace un niño adentro así". Le explico que esto es imposible hasta que sea mayor porque no puede hacerlo hasta entonces y que entonces lo hará él mismo. "Pero entonces me gustaría hacérselo a mamá." "Eso no puede ser, mamá no puede ser tu esposa porque es la esposa de tu papá; entonces papá no tendría esposa." "Pero podríamos hacérselo los dos a ella"; yo le digo: "No, eso no puede ser, cada hombre tiene sólo una esposa. Cuando tú seas mayor tu mamá será vieja. Entonces tú te casarás con una hermosa joven y ella será tu esposa." El (casi llorando y con temblorosos labios): "¿Pero no viviremos en la misma casa junto con mamá?" Yo: "Sí, seguramente, y tu mamá siempre te querrá, pero no puede ser tu esposa." El preguntó entonces sobre varios detalles: cómo se alimenta el niño en el cuerpo materno, de qué está hecho el cordón, cómo sale, estaba muy interesado y no se notó mayor resistencia. Al final dijo: "Pero por solo una vez me gustaría ver cómo entra y sale el niño."

En conexión con esta conversación que hasta cierto punto resolvió sus teorías sexuales, mostró por primera vez verdadero interés por la parte hasta entonces rechazada de la explicación, que sólo

ahora asimiló realmente. Como han demostrado observaciones ocasionales subsiguientes, incorporó realmente esta información al cuerpo de sus conocimientos. También desde este momento decreció mucho su extraordinario interés por el estómago.²⁵ A pesar de esto no quisiera aseverar que lo ha despojado completamente de su carácter afectivo y que abandonó del todo esta teoría. Con respecto a la persistencia parcial de una teoría sexual infantil a pesar de haber sido hecha consciente, escuché decir a Ferenczi que una teoría sexual infantil es hasta cierto punto una abstracción derivada de funciones de tonalidad placentera, y que entonces, hasta tanto la función sigue siendo placentera, hay cierta persistencia de la teoría. El doctor Abraham, en su artículo presentado en el último Congreso "Manifestaciones del complejo de castración femenino"²⁶ mostró que la causa de la formación de teorías sexuales debe buscarse en el rechazo del niño a asimilar conocimientos sobre la parte representada por el padre del sexo opuesto. Róheim señaló la misma fuente para las teorías sexuales de los pueblos primitivos. En este caso la adhesión parcial a esta teoría podría deberse también al hecho de que yo sólo había interpretado una parte del rico material analítico, y que aún estaba activa una parte del erotismo anal inconsciente. De cualquier modo, fue sólo con la solución de la teoría sexual que superó esta resistencia a la asimilación de conocimientos sobre los procesos sexuales reales; a pesar de una persistencia parcial²⁷ de su teoría, se facilitó la aceptación del verdadero proceso. Hasta cierto punto logró un compromiso entre la teoría aún parcialmente fijada en su inconsciente, y la realidad, como lo demuestra muy bien una de sus observaciones. Relató otra fantasía, aunque nueve meses después, en la que el útero figuraba como una casa completamente amueblada, el estómago particularmente estaba muy equipado e incluso tenía bañera y jabonera. El mismo comentó sobre su fantasía: "Yo sé que no es realmente así, pero lo veo así."

Después de esta elaboración y reconocimiento de los procesos reales, apareció muy en primer plano el complejo de Edipo. Doy como ejemplo la siguiente fantasía onírica que me relató tres días después de la conversación precedente y que en parte le interpreté. Empieza con la descripción de un sueño. "Había un gran motor que parecía

²⁵ Sólo desapareció parte del síntoma de "frío en el estómago", es decir, sólo en lo que se refería al estómago. Posteriormente, pero no con frecuencia, declaraba que tenía "frío en la barriga". La resistencia a los platos fríos también ha persistido, la anti-patía que había aparecido en los últimos meses ante diversos platos en general no fue modificada por el análisis, sólo su objeto variaba ocasionalmente. Por lo general su eliminación es regular, pero a menudo se realiza con lentitud y dificultad. El análisis tampoco ha producido ninguna alteración permanente en esto, sólo variaciones ocasionales.

²⁶ Abraham (1920).

²⁷ Una vez dijo durante el almuerzo: "El budín se deslizará derecho por el camino hasta el canal", y otra vez "La mermelada se va derecho al pipi". (La mermelada, empero, es una de sus antipatías.)

igual a un tren eléctrico. También tenía asientos y había un motorcito que corría junto con el grande. Podía abrirse el techo y cerrarlo cuando llovía. Entonces los motores siguieron corriendo y se encontraron con un tren eléctrico y lo chocaron. Entonces el motor grande se fue arriba del tren eléctrico y llevó al pequeño tras él. Y entonces todos se juntaron, el tren eléctrico y los dos motores. El tren eléctrico también tenía una biela. ¿Sabes lo que quiero decir? El motor grande tenía una cosa hermosa y grande de plata y bronce, y el chiquito tenía algo parecido a dos ganchitos. El pequeño estaba entre el tren eléctrico y el motor. Después subieron a una montaña alta y bajaron rápidamente. Los motores se quedaron ahí también a la noche. Cuando venían trenes eléctricos los chocaban y si alguno hacía así (con un brazo) retrocedían en seguida." (Le explico que el motor grande es su papá, el coche eléctrico su mamá y el motorcito él mismo, y que él se ha puesto entre papá y mamá porque le gustaría mucho apartar a papá del todo y quedarse solo con su mamá y hacer con ella lo que sólo a papá le está permitido hacer.) Después de una ligera vacilación, está de acuerdo pero continúa rápidamente: "El motor grande y el chico se fueron entonces, estaban en su casa, miraban por la ventana, era una ventana muy grande. Entonces llegaron dos motores grandes. Uno era el abuelo, el otro era papá. La abuela no estaba allí, estaba (duda un momento y parece muy solemne)... estaba muerta" (me mira, pero como yo no hago ningún gesto, continúa): "Y entonces todos bajaron de la montaña juntos. Un chófer abrió las puertas con su pie; el otro abrió con sus pies la cosa que uno da vuelta" (manija). "Un chófer se sentía mal, era el abuelo" (otra vez me mira interrogativamente pero al ver que no hago gestos continúa). El otro chófer le dice "Sucia bestia, ¿quieres que te encajone las orejas?, te pegaré en seguida" (le pregunto quién era el otro chófer), él dice "Yo. Y entonces nuestros soldados los tiran a todos; eran todos soldados; y rompen el motor y le pegan a él y le ensucian la cara con carbón y también le ponen carbón en la boca", (reasegurando) "pensó que era una masita, sabes, y por eso la tomó, y era carbón. Después todos eran soldados y yo era el oficial. Tenía unos hermosos uniformes, y (se pone firme) yo me ponía así, y entonces todos me seguían. Le sacaban la escopeta; sólo podía caminar así" (aquí se dobla). Continúa bondadosamente "entonces los soldados le daban una condecoración y una bayoneta porque le habían sacado la escopeta. Yo era el oficial y mamá era la enfermera (en sus juegos la enfermera es siempre la esposa del oficial) y Karl y Lene y Anna (su hermano y sus hermanas) eran mis hijos y teníamos una hermosa casa también —se parecía de afuera a la casa del rey—; ²⁸ no estaba del todo terminada; no había puertas y el techo todavía no estaba pero

²⁸ Una vez cuando la madre le dijo cariñosamente "mi muñequito", él dijo: "diles muñequitas a Lene o Anna, va mejor con una nena, pero a mí dime 'mi querido reyecito'".

era hermosa. Hicimos nosotros mismos lo que faltaba" (acepta ahora mi interpretación del significado de la casa no terminada, etc., sin particular dificultad). "El jardín era muy hermoso, estaba encima del techo. Yo siempre buscaba una escalera para subirme a él. De cualquier modo yo siempre me las arreglaba bastante bien para llegar hasta ahí, pero tenía que ayudar a Karl, Lene y Anna. El comedor también era muy lindo y en él crecían árboles y flores. No importa, es muy fácil, pones un poco de tierra y entonces las cosas crecen. Entonces el abuelo venía al jardín muy despacio, así (imita otra vez el paso peculiar), tenía una pala en la mano y quería enterrar algo. Entonces los soldados le disparan tiros y (otra vez parece muy solemne) se muere." Después de hablar un largo rato de dos reyes ciegos de los que él mismo dice que uno es su papá y el otro es el papá de su mamá, relata: "El rey tenía zapatos tan grandes como para llegar hasta América, te podías meter dentro de ellos y había mucho lugar. A los bebés de largas ropas los acostaban en ellos a la noche." Después de esta fantasía aumentó el placer de jugar y se tornó permanente. Jugaba solo ahora durante horas con el mismo monto de placer que le daba relatar estas fantasías.²⁹ También decía directamente: "Ahora jugaré a lo que te conté" o "No contaré esto sino que lo jugaré". Así como las fantasías inconscientes se expresan generalmente en los juegos, parece probable que en este caso, como sin duda en otros casos similares, la inhibición de la fantasía era la causa de la inhibición del juego, y ambas desaparecieron simultáneamente. Observé que los juegos y actividades en que se ocupaba previamente pasaron a segundo plano. Me refiero especialmente al juego interminable de "chófer, cochero, etc.", que había consistido generalmente en empujar bancos, sillas o una caja, uno contra otro y sentarse sobre ellos. Tampoco nunca había dejado de correr a la ventana siempre que oía pasar un vehículo y se apenaba mucho si dejaba de ver uno. Podía pasar horas frente a la ventana o en la puerta principalmente para mirar a los carruajes que pasaban. La vehemencia y dedicación con que realizaba estas ocupaciones me llevaron a considerarlas de naturaleza compulsiva.³⁰

Ultimamente, cuando mostraba tan marcado aburrimiento, también había abandonado este sustituto del juego. Cuando, en una oportunidad y para buscarle una ocupación, se lo impulsó a hacer un carruaje de otra forma y se le dijo que esto sería muy interesante, replicó: "Nada es interesante." Cuando, simultáneamente con fantasear se le dio por jugar, o más exactamente, hizo realmente su pri-

²⁹ En esta época hizo una mañana una "torre", como la llamó, con sus sábanas, trepó a ella y anunció: "Ahora soy el deshollinador y estoy limpiando la chimenea".

³⁰ Se mantiene aún fuertemente el interés por vehículos, puertas, cerrajeros y cerraduras; por consiguiente, sólo perdió su carácter compulsivo y dedicación exclusiva, de modo que también en este caso el análisis no afectó la represión útil sino que sólo superó la fuerza compulsiva.

mera iniciación en el juego, algunos de sus juegos (que él principalmente tramaba con la ayuda de figuritas, animales, personas, carros y ladrillos) consistían, es cierto, en paseos y cambios de casa; pero éstos sólo constituían una parte de su juego, que llevaba a cabo en las formas más variadas y con un poderoso desarrollo de la fantasía, que nunca antes había mostrado. Usualmente terminaban al final en luchas entre indios, ladrones o campesinos por una parte y soldados por la otra y estos últimos eran siempre representados por él mismo y sus tropas. Al final de la guerra se mencionó, cuando el padre dejó de ser un soldado, que había abandonado su uniforme y equipo. El niño se impresionó mucho por esto, especialmente por la idea de devolver la bayoneta y el rifle. Inmediatamente después jugó a que los campesinos venían a robarle algo a los soldados. Pero los soldados los maltrataban horriblemente y los mataban. El día después de la fantasía del motor jugó al siguiente juego, que me explicó: "Los soldados ponen preso a un indio. El reconoce que fue malo con ellos. Ellos dicen: 'Sabemos que fuiste todavía más malo.' Le escupen, le hacen pipí y 'caca' encima, lo ponen en el retrete y hacen todo encima de él. El grita y el pipí va a parar a su boca. Un soldado se va y otro le pregunta: '¿Adónde vas?' A buscar estiércol para tirarle. El hombre malo hace pipí en una pala y se lo tiran a la cara." Ante mi pregunta de qué era exactamente lo que había hecho replicó: "Era malo, no nos dejaba ir al retrete y hacerlo allí." Relata después que en el retrete, junto con la persona mala que habían puesto allí, hay dos personas haciendo obras de arte. En esta época repetidamente se dirigía al papel higiénico con el que se limpiaba después de haber defecado, en forma burlona: "Mi querido señor, tenga la bondad de comérselo." En contestación a una pregunta dice que el papel es el diablo que se va a comer la "caca". Otra vez relata: "Un caballero, perdió su corbata y la busca mucho, por fin la encuentra." Otra vez relató que le habían cortado el cuello y los pies al diablo. El cuello sólo podía caminar cuando se le habían dado pies. Ahora el diablo sólo podía estar acostado, ya no podía ir por el camino. Entonces la gente creyó que se había muerto. Y una vez él miró por la ventana; alguien lo sostenía, un soldado, que lo empujó fuera de la ventana, y entonces se murió. Me pareció que esta fantasía explicaba un temor (inusitado en él) que había aparecido pocas semanas antes. Estaba mirando por la ventana y la sirvienta estaba parada detrás de él y lo sostenía; manifestó miedo y sólo se tranquilizó cuando la muchacha lo dejó solo. En una fantasía subsiguiente el miedo se mostró como la proyección de sus deseos agresivos inconscientes³¹ en un juego en

³¹ Hace poco, especialmente durante este período de observación, mostró en forma ocasional, tanto en sus fantasías como en sus juegos, que se apartaba, alarmado, de su propia agresividad. Decía a veces en medio de un juego excitante de ladrones e indios, que no quería jugar más, que estaba asustado, y por cierto que al mismo tiempo mostraba un tremendo esfuerzo para ser valiente. Además, en esa época, si se había golpeado decía: "Está bien, éste es el castigo porque me porté mal".

que un oficial enemigo es muerto, maltratado y después resucita. Al preguntarle quién es ahora, contesta "Soy papá, por supuesto", entonces todos se vuelven amistosos con él y él dice (aquí la voz de Fritz se hace muy suave): "Sí, tú eres papá, entonces por favor ven aquí"; en otra fantasía en la que, del mismo modo, un capitán resucita después de las más variadas torturas que incluían el pegarle e insultarle, relata que después de eso fue muy bueno con él y agrega: "Sólo le devolví lo que él me había hecho, y después no estuve más enojado con él. Si no se lo hubiera devuelto estaría enojado." Ahora le gusta mucho jugar con pasta y dice que cocina en el retrete.³² (El retrete es una cajita de cartón con una hendidura, que usa en sus juegos.) Mientras jugaba me mostró una vez dos soldados y una enfermera y dijo que eran él mismo, su hermano y su mamá. Al preguntarle yo cuál de los dos era él, dijo: "El que tiene algo que pincha allí soy yo." Le pregunto qué hay allí que pinche. El dice: "Un pipi" "¿Y eso pincha?", él dice: "No en el juego, sino realmente; no, me equivoqué, no realmente sino que en el juego". Relató cada vez más fantasías, múltiples y extensas, con frecuencia sobre el diablo pero también sobre el capitán, indios, ladrones y animales salvajes, hacia los que se demostraba claramente su sadismo tanto en su fantasía como en los juegos que la acompañaban, y también por otra parte sus deseos asociados a la madre. Describe a menudo cómo ha sacado los ojos, o cortado la lengua del diablo, o del oficial enemigo o del rey, e incluso posee una escopeta que puede morder como un animal acuático. Cada vez se hace más fuerte y poderoso, no hay forma de matarlo, dice repetidamente que su cañón es tan grande que llega al cielo.

No consideré necesario hacer más interpretaciones y por consiguiente en esta época ocasionalmente y en forma de sugerencia hacia consciente algún punto. Además, tuve la impresión, por la dirección de sus fantasías y juego y por observaciones ocasionales, que parte de sus complejos se habían vuelto para él conscientes o por lo menos preconscientes, y consideré que esto bastaba. Así, una vez observó, cuando estaba sentado en el dormitorio, que iba a hacer bollos. Cuando su madre, poniéndose a su altura, dijo: "Bueno, hazlos rápidamente", él observó: "Estás contenta si tengo bastante pasta" y agregó en seguida: "Dije pasta en vez de 'caca'. ¡Qué listo soy!"; observó cuando hubo hecho: "Hice una persona tan grande. Si alguien me diera bastante pasta podría hacer una persona con ella. Sólo necesito algo puntiagudo para sus ojos y sus botones."

Habían pasado aproximadamente dos meses desde que empecé a darle ocasionales interpretaciones. Entonces se interrumpieron mis observaciones por un intervalo de más de dos meses. Durante este tiempo la angustia (miedo) hizo su aparición; esto ya lo presagiaba

³² Cuando pequeño le gustaba mucho durante un tiempo modelar en arena o tierra, pero no por mucho tiempo ni persistentemente.

su rechazo, al jugar con otros niños, a proseguir su juego tan apreciado últimamente, de ladrones e indios. Excepto por un tiempo en el que había tenido terrores nocturnos entre los dos y tres años, aparentemente nunca había sido presa del miedo, o por lo menos no se habían observado indicaciones de esto. Por consiguiente, la angustia que ahora se revelaba puede haber sido uno de los síntomas puestos de manifiesto por el progreso del análisis. Probablemente también se debía a sus intentos de reprimir más cosas que se estaban haciendo conscientes. La aparición del miedo la precipitó probablemente el relato de los cuentos de Grimm, que últimamente le atraían mucho, y que le producían miedo.³³ El hecho de que su madre estuviera indispuesta durante unas semanas e incapacitada para ocuparse mucho del niño, que estaba muy acostumbrado a ella, facilitó probablemente la conversión de libido en angustia y puede haber tenido que ver con ella. Manifestaba principalmente miedo antes de dormirse, lo que constituía ahora todo un trabajo, y también en ocasionales sobresaltos durante el sueño. Pero también de otras formas pudo observarse un retroceso. Había disminuido mucho su costumbre de jugar solo y de contar cuentos, estaba tan empeñado en aprender a leer que resultaba exagerado, porque frecuentemente quería aprender durante horas, de un tirón, y practicaba constantemente. También estaba mucho más intratable y mucho menos alegre.

Cuando nuevamente tuve oportunidad (aunque ocasional) de ocuparme del niño, obtuve de él y contrariamente a lo que antes había sucedido, contra muy fuertes resistencias, el relato de un sueño que lo había asustado mucho y del que aún estaba asustado, incluso de día. Había estado mirando libros de grabados con jinetes en ellos y el libro se abrió y dos hombres salieron de él. El, su hermano y sus hermanas se aferraron a la madre y querían escaparse. Llegaron a la puerta de una casa y allí una mujer les dijo: "No pueden esconderse aquí." Pero de cualquier modo se escondieron para que los hombres no pudieran encontrarlos. Me contó este sueño a pesar de grandes resistencias que aumentaron tanto cuando empecé la interpretación, que para no sobreestimarlas, la hice muy corta e incompleta. Conseguí pocas ideas asociadas, únicamente que los hombres tenían palos, escopetas y bayonetas en sus manos. Cuando le expliqué que esto significaba el gran pipi de su padre que él tanto desea como teme, contestó que "las armas eran duras y en cambio el pipi es blando". Le expliqué que sin embargo el pipi también se pone duro justo en relación con lo que él mismo quiere hacer, y aceptó la interpretación sin mayor resistencia. Relató después que le pareció algo así como que uno de los hombres se había metido en el otro, ¡y quedaba sólo uno!

Indudablemente el componente homosexual, hasta entonces po-

³³ Antes de que empezara el análisis tenía un fuerte rechazo a los cuentos de hadas de Grimm que, cuando mejoró, se convirtió en marcada preferencia.

co advertido, se estaba poniendo ahora en primer plano, como lo demuestran también los sueños y fantasías siguientes. He aquí otro sueño que sin embargo no estaba asociado con sentimientos de temor. Por todas partes, detrás de los espejos, puertas, etc., había lobos con largas lenguas colgando. Les disparó tiros a todos y murieron. El no tenía miedo porque era más fuerte que ellos. Las fantasías siguientes también se relacionaban con lobos. Una vez cuando de nuevo estaba asustado antes de dormirse, dijo que se había asustado del agujero en la pared por el que se colaba la luz (una abertura en la pared, para la calefacción), porque también parecía un agujero en el cielo raso, y un hombre podía con una escalera subir desde allí hasta el techo. También habló de si el diablo no se sentaba en el agujero de la estufa. Contó que había visto lo siguiente en un libro de láminas. Una señora está en la habitación de él. De repente ella ve que el diablo está sentado en el agujero de la estufa y asoma la cola. En el curso de sus asociaciones se revela que temía que el hombre con la escalera pudiera pisarlo y dañarlo en el vientre, y finalmente reconoce que tenía miedo por su pipi.

No mucho después escuché la expresión, ahora muy poco frecuente, de "frío en la barriga". En una conversación sobre el estómago y la barriga en conexión con esto, relató la siguiente fantasía: "Hay una habitación en el estómago, con mesas y sillas. Alguien se sienta en una silla y pone la cabeza sobre la mesa y entonces se cae toda la casa, el cielo raso al suelo, también se cae la mesa y la casa." A mi pregunta: "¿Quién es ese alguien y cómo llegó a meterse ahí dentro?", contesta: "Un palito llegó a través del pipi hasta la barriga y hasta el estómago en esa forma." En este caso, tuvo poca resistencia a mi interpretación. Le dije que él se había imaginado a sí mismo en el lugar de su mamá y quería que su papá hiciera con él lo que hace con ella. Pero tiene miedo (como imagina que su mamá también tiene miedo) de que si este palo —el pipi de papá— se mete en su pipi él quedará lastimado, y después dentro de su barriga, en su estómago, todo quedará destruido también. Otra vez me contó el miedo que tenía ante un cuento de Grimm en especial. Era el cuento de una bruja que ofrece a un hombre comida envenenada, éste se la da a su caballo, que muere a causa de ella. El niño dijo que tenía miedo de las brujas porque de cualquier modo podía ser que no fuera cierto lo que se le había dicho que no había realmente brujas. Hay reinas también que son hermosas pero que también son brujas, y a él le gustaría mucho saber a qué se parece el veneno, si es sólido o líquido.³⁴ Cuando le pregunté por qué tenía miedo de algo tan malo proveniente de su madre, qué le había hecho o deseado hacer a ella, admitió que cuando estaba enojado había deseado que tanto ella como el padre se

³⁴ Esta parece ser la razón por el interés que había manifestado recientemente en la pregunta de por qué el agua es líquida, y en general por qué las cosas son sólidas y líquidas. La angustia probablemente actuaba ya en este interés.

murieran y que alguna vez había pensado para sí "sucio mamá". También reconoció que estaba enojado con ella cuando le prohibía que jugara con su pipi. En el curso de la conversación, apareció además que también tenía miedo de ser envenenado por un soldado, y además un soldado extraño, que lo vigilaba a él, a Fritz, desde el escaparate de un comercio cuando Fritz ponía su pie en un carro para saltar encima. En conexión con mi interpretación de que el soldado es su papá que lo castigará por sus traviesas intenciones de saltar al carro —su mamá— preguntó sobre el acto sexual mismo, lo que hasta entonces no había hecho. Cómo podía el hombre meter dentro su pipi —si papá quería hacer otro niño—, cuán grande debe ser uno para poder hacer un niño; si la tía podía hacerlo con mamá, etc. Una vez más la resistencia ha disminuido. Por empezar, antes de comenzar a relatar cosas pregunta alegremente si lo que le parece "horroroso" se volverá placentero para él, después que yo se lo haya explicado, como sucedió hasta entonces con las otras cosas. Dice también que ya no tiene miedo de las cosas que le he explicado ni cuando piensa en ellas.

Desafortunadamente no se aclaró más el significado del veneno, ya que no pude obtener otras ideas asociadas a él. En general, la interpretación por medio de asociaciones fue sólo a veces afortunada; habitualmente las ideas subsiguientes, sueños e historias, explicaban y completaban lo que había aparecido antes. Esto explica, además, mis interpretaciones a veces muy incompletas.

En este caso, yo tenía una gran riqueza de material que en su mayor parte quedó sin interpretar. Igual que su teoría predominante, también podían percibirse varias otras teorías sobre el nacimiento y distintas cadenas de pensamientos, y aunque aparentemente corrían paralelas unas a otras, predominaba ora una, ora otra. La bruja de la fantasía mencionada en último término sólo introduce una figura (que reaparecía con frecuencia en esa época) que a mi parecer había obtenido por división de la *imago* materna. Veo también esto en la actitud ocasionalmente ambivalente hacia el sexo femenino, que en los últimos tiempos se hizo evidente en él. En general, su actitud hacia las mujeres y hacia los hombres es muy buena, pero observo ocasionalmente que considera a las niñas y también a las mujeres adultas con irracional antipatía. Esta segunda *imago* femenina que ha dissociado de su madre amada, para conservarla tal como está, es la mujer con pene a través de la cual, lo que es también aparente para él, sale el camino hacia su homosexualidad, ahora claramente indicada. El símbolo de la mujer con pene es también en su caso la vaca, un animal que no le gusta, en tanto que le atrae mucho el caballo.³⁵ Para dar sólo un ejemplo de esto, muestra disgusto por la espuma de la boca de la vaca y declara que ella quiere escupir a la gente, pero que

³⁵ Por el material obtenido hasta aquí no estoy segura aún del significado del caballo, parece representar a veces un símbolo masculino, otras veces femenino.

el caballo quiere besarlo a él. Se revela inequívocamente que para él la vaca representa la mujer con pene, no sólo en su fantasía sino también en varias observaciones. Repetidamente, al orinar, ha identificado el pene con la vaca. Por ejemplo: "La vaca deja caer leche en la bacinilla" o, cuando abre su pantalón: "La vaca está mirando por la ventana." El veneno que le ofrece la bruja probablemente podría estar determinado también por la teoría de la fecundación por la comida, que también tuvo. Algunos meses antes, casi nada podía notar aún de esta actitud ambivalente. Cuando oía a alguien decir que cierta dama era desagradable, preguntaba asombrado: "¿Puede una dama ser desagradable?"

Relató otro sueño asociado con sentimientos de angustia y nuevamente con fuertes indicaciones de resistencia. Explicó la imposibilidad de contarle diciendo que era tan largo que necesitaría todo el día para contarle. Le repliqué que entonces podía contarme solamente una parte: "Pero era justamente el largo lo que era horrible", fue su respuesta. Pronto cayó en la cuenta de que este "horrible largo" era el pipi del gigante a que el sueño se refería. Reapareció en varias formas como un aeroplano que la gente llevaba a un edificio, en el cual no podían verse puertas ni el suelo alrededor de él, y sin embargo las ventanas estaban abarrotadas de gente. Encima del gigante colgaba por todas partes gente que lo sujetaba también a él. Era una fantasía del cuerpo materno y paterno y también deseo del padre. También actúa en este sueño su teoría del nacimiento, la idea de que él concibe y tiene a su padre (otras veces a su madre) por vía anal. Al final de este sueño, él puede volar solo, y con la ayuda de otras personas que ya han salido del tren, encierra al gigante en el tren en movimiento y vuela llevándose la llave. El mismo, junto conmigo, interpretó gran parte de este sueño. Generalmente estaba muy interesado por interpretar y preguntaba si era bastante "profundo dentro de él" donde pensaba todas las cosas que no sabía sobre sí mismo, si todos los adultos podían explicarlo, etcétera.

Sobre otro sueño comentó que era placentero pero que sólo podía recordar que había un oficial con un gran cuello de camisa y que también él se ponía un cuello similar. Salían juntos de algún lado. Estaba oscuro y él se caía. Luego de la interpretación de que se trataba otra vez de su padre y de que él quería un pipi similar, se le ocurrió de repente qué había sido lo desagradable. El oficial lo había amenazado, lo había sostenido, no le había dejado levantarse, etc. De las asociaciones libres que esta vez dio de buen grado, subrayaré sólo un detalle que se le ocurrió cuando le pregunté de dónde salía con el oficial. Se le ocurrió que le había gustado el patio de un comercio porque había pequeños vagones cargados que entraban y salían de él sobre vías angostas: nuevamente el deseo de hacerle a mamá simultáneamente con papá lo que este último le hace a ella, en el que sin embargo falla, y proyecta sobre su padre su propia agresivi-

dad contra este último. Me parece que aquí también actúan poderosos determinantes erótico-anales y homosexuales (indudablemente presentes en las numerosas fantasías sobre el diablo en las que éste vive en huecos o en una extraña casa).

Después de este período de renovada observación durante aproximadamente seis semanas, con el análisis pertinente, en especial de los sueños de angustia, desapareció por completo la angustia. Otra vez no hubo problemas con el sueño y el momento de irse a dormir. El juego y la sociabilidad no dejaban nada que desear; junto con la angustia había surgido una ligera fobia a los niños de la calle. Su fundamento real era que los muchachos callejeros lo habían amenazado y molestado repetidamente. Mostraba miedo a cruzar solo la calle y no podía convencerse de que lo hiciera. Por estar de viaje no pude analizar esta fobia. Pero, aparte de esto, el niño daba una excelente impresión; cuando tuve oportunidad de verlo nuevamente pocos meses después, esta impresión se fortificó. Entretanto había perdido su fobia en la siguiente forma, como él mismo me informó. Poco después de mi partida corrió primero a través de la calle con los ojos cerrados. Después la cruzó mirando hacia otro lado, y finalmente la cruzó tranquilamente. Por otra parte mostró (probablemente como resultado de su intento de autocuración (¡me aseguró orgullosamente que ahora no tenía miedo a nada!) una decidida falta de inclinación por el análisis y también aversión a contar historias y escuchar cuentos; sin embargo, éste era el único punto en el que había aparecido un cambio desfavorable. ¿Fue la curación al parecer permanente de la fobia —que pude comprobar seis meses después— sólo un resultado de su intento de autocuración? O quizá fue, por lo menos en parte, un postefecto del tratamiento luego de interrumpir éste, como puede observarse a menudo en la desaparición de uno u otro síntoma después del análisis.

Además preferiría no utilizar la expresión "tratamiento terminado" en este caso. Estas observaciones, con interpretaciones sólo ocasionales, no podrían considerarse un tratamiento; preferiría describirlo como un caso de "crianza con rasgos analíticos". Por la misma razón no quisiera aseverar que había terminado en el punto que he descrito hasta aquí. La manifestación de tanta resistencia al análisis, y el desagrado por los cuentos no parecen indicaciones de que probablemente su crianza posterior dará de cuando en cuando ocasiones para recurrir al análisis.

Esto me lleva a la conclusión que extraeré de este caso. Creo que ninguna crianza debe hacerse sin orientación analítica, ya que el análisis proporciona una ayuda muy valiosa y, desde el punto de vista de la profilaxis, hasta ahora incalculable. Incluso, si puedo fundamentar esta pretensión en un solo caso en que el análisis resultó de mucha ayuda para la crianza, me baso también en muchas observaciones y experiencias que pude hacer en niños criados sin ayuda del análisis.

Presentaré sólo dos casos de desarrollo infantil ³⁶ que me son bien conocidos y que me parecen adecuados como ejemplo, ya que no llegaron ni a la neurosis ni a ningún desarrollo anormal, y que por consiguiente pueden ser considerados como normales. Los niños en cuestión están muy bien tratados y muy sensible y amorosamente criados. Por ejemplo, fue un principio de su crianza que se les permitiera toda pregunta y se las contestara de buen grado; también en otros aspectos se les permitió mayor naturalidad y libertad de opinión de la que generalmente se da pero, aunque tiernamente, se los guió con firmeza. Sólo uno de los niños hizo uso (y en grado muy limitado) de la entera libertad de hacer preguntas y obtener información, con el propósito de lograr esclarecimiento sexual. Mucho después —cuando era ya casi un adulto— el muchacho dijo que la respuesta correcta dada a su pregunta sobre el nacimiento le había parecido completamente inadecuada y que este problema había seguido ocupando su mente en grado considerable. Probablemente la información no había sido completa aunque correspondía a la pregunta, ya que no había incluido el papel del padre. Sin embargo, es notable que el muchacho, aunque ocupado interiormente con este problema, por razones que él mismo no advertía, nunca preguntó sobre dichas cuestiones, aunque no tenía ocasiones de dudar de la disposición a contestarle. Este niño a los cuatro años desarrolló una fobia al contacto con otras personas —en particular adultos— y además fobia a los escarabajos. Estas fobias duraron unos pocos años y gradualmente fueron casi superadas con la ayuda del afecto y el acostumbramiento. Sin embargo, nunca perdió el rechazo a animales pequeños. Tampoco después mostró nunca deseo de compañía, incluso aunque ya no le tuviera aversión directa. Por lo demás se ha desarrollado bien psíquica, física e intelectualmente, y es sano. Pero un marcado carácter insociable, reserva e introversión, así como algunos rasgos vinculados con éstos, me parece que son rastros de las fobias por otra parte felizmente dominadas y elementos permanentes en la formación de su carácter. El segundo ejemplo es una niña que en los primeros años de su vida demostró ser inusualmente bien dotada y deseosa de conocimientos. Sin embargo, alrededor de los cinco años se debilitó mucho ³⁷ el impulso a investigar y gradualmente se tornó superficial; no tenía impulso a aprender y ninguna profundidad de interés aunque indudablemente estuvieran presentes buenas capacidades intelectuales, y por lo menos hasta ahora (tiene quince años) ha mostrado sólo una inteligencia media. Incluso aunque los buenos principios educativos aprobados hasta ahora han conseguido mucho para el desarrollo cultural de la humanidad, la crianza del individuo ha seguido siendo, como los buenos pedagogos sabían y saben, un

³⁶ Los niños son hermano y hermana, hijos de una familia que conozco muy bien, de modo que tengo conocimiento detallado de su desarrollo.

³⁷ Esta niña no pidió nunca esclarecimiento sexual.

problema casi insoluble. Quien tiene oportunidad de observar el desarrollo de niños, y de ocuparse con más detalle del carácter de los adultos, sabe que a menudo los niños mejor dotados fracasan repentinamente sin causa aparente y en las formas más variadas. Algunos hasta entonces buenos y dóciles se vuelven tímidos y difíciles de manejar o completamente rebeldes y agresivos. Niños alegres y amistosos se tornan insociables y reservados. Dotes intelectuales que prometían un florecimiento desusado, repentinamente quedan trunca. Niños de brillantes dotes fracasan a menudo en alguna pequeña tarea y luego pierden coraje y autoconfianza. Por supuesto que también sucede a menudo que estas dificultades del desarrollo se superan con éxito. Pero las dificultades menores, a menudo suavizadas por el afecto paterno, con frecuencia aparecen nuevamente en años posteriores en forma de dificultades grandes e insuperables que pueden llevar entonces a un trastorno o por lo menos a mucho sufrimiento. Son incontables los daños e inhibiciones que afectan el desarrollo, para no hablar de los individuos que posteriormente caen víctimas de la neurosis.

Incluso si reconocemos la necesidad de introducir el psicoanálisis en la crianza, esto no implica deshacerse de los buenos principios educativos aceptados hasta ahora. El psicoanálisis tendría que servir a la educación como una ayuda —para completarla— sin tocar las bases hasta ahora aceptadas como correctas. ³⁸ Los pedagogos realmente buenos se han esforzado siempre —inconscientemente— por lo correcto, y con amor y comprensión trataron de ponerse en contacto con los impulsos más profundos, a veces tan incomprensibles y aparentemente reprensibles, del niño. No es a los pedagogos sino a sus recursos a los que hay que culpar si no tuvieron éxito o sólo lo tuvieron parcialmente, en este intento. En el hermoso libro de Lily Braun, *Memoiren einer Sozialistin* (Memorias de una socialista), leemos cómo en el intento de conquistar la simpatía y confianza de sus hijastros (niños, creo, de alrededor de diez o doce años) trató, tomando como punto de partida su parto cercano, de esclarecerlos sobre temas sexuales. Se siente triste e indefensa cuando se encuentra

³⁸ En mi experiencia he encontrado que externamente es poco el cambio que parece sufrir lo educacional. Han transcurrido alrededor de dieciocho meses desde la terminación de las observaciones aquí relatadas. El pequeño Fritz va a la escuela, se adapta en forma excelente a sus exigencias, y es considerado allí, como en todas partes, un niño bien educado, desenvuelto y espontáneo, y que se comporta adecuadamente. La diferencia esencial, difícilmente notable para el observador no iniciado, yace en una actitud básica completamente distinta con respecto a la relación maestro-alumno. Así, aunque desarrolló una relación absolutamente franca y amistosa, cumple con bastante facilidad las exigencias pedagógicas que de otro modo a menudo sólo actúan cuando se las utiliza autoritariamente, y con dificultades; ya que las resistencias inconscientes del niño ante esto fueron superadas por el análisis. Por consiguiente, el resultado de la educación ayudada por el análisis es que el niño cumple con los requerimientos educativos habituales pero sobre la base de presupuestos enteramente diferentes.

con abierta resistencia y rechazo y tiene que abandonar su intento. ¡Cuántos padres cuyo mayor deseo es preservar el amor y confianza de sus hijos se encuentran repentinamente con una situación en la que —sin entender por qué— tienen que reconocer que no han podido nunca realmente ni el uno ni la otra!

Volvamos al ejemplo que he descrito aquí detalladamente. ¿Con qué justificación se introdujo el psicoanálisis en la crianza de este niño? El niño sufría de una inhibición de juego acompañada de inhibición a escuchar o contar historias. Había también creciente taciturnidad, hipercriticismo, ensimismamiento e insociabilidad. Aunque el estado mental del niño en general no podía ser descrito en este estadio como “enfermedad”, de cualquier modo se justifica suponer por analogía desarrollos posibles. Estas inhibiciones con respecto al juego, contar historias, escuchar, y además el hipercriticismo sobre cosas sin importancia y el ensimismamiento, podían haberse convertido en rasgos neuróticos en un estadio posterior y la taciturnidad e insociabilidad en rasgos de carácter. Debo agregar aquí lo siguiente, porque es significativo: las peculiaridades aquí indicadas estuvieron presentes en cierta medida —aunque en forma no tan llamativa— desde que el niño era muy pequeño; fue sólo cuando se desarrollaron y se les agregaron otras que produjeron la impresión que me llevó a considerar aconsejable la introducción del psicoanálisis. Pero antes de esto, y también después, tenía una expresión inusualmente pensativa cuando empezó a hablar con mayor fluidez, que no tenía relación con las observaciones normales, nada brillantes, que profería. Su alegre locuacidad, su marcada necesidad de la compañía no sólo de niños sino también de adultos, con los que conversa con igual alegría y libertad, contrastan notablemente con su carácter anterior.

Sin embargo, pude aprender algo más de este caso; a saber, qué ventajoso y necesario es introducir muy temprano el análisis en la crianza, para preparar una relación con el inconsciente del niño tan pronto como podemos ponernos en contacto con su ciencia. Probablemente así podrían removerse fácilmente las inhibiciones o rasgos neuróticos, en cuanto empiezan a desarrollarse. No hay duda de que el niño normal de tres años, probablemente incluso el niño más pequeño, que tan a menudo muestra intereses muy vívidos, es ya intelectualmente capaz de captar las explicaciones que se le dan, tanto como todo lo demás. Probablemente mucho mejor que el niño mayor, que ya está perturbado afectivamente en esas cuestiones por una resistencia más enraizada, mientras que el niño pequeño está mucho más cerca de estas cosas naturales mientras la crianza no haya extendido demasiado lejos sus influencias perjudiciales. *Esta* sería entonces, mucho más que en el caso del niño que ya tiene cinco años, una crianza con ayuda del análisis.

Por grandes que puedan ser las esperanzas asociadas con una educación general de este tipo para el individuo y la colectividad, no es de temerse un efecto de enormes alcances. Siempre que nos

enfrentemos con el inconsciente del niño muy pequeño, seguramente nos encontramos también con todos sus complejos. ¿En qué medida son estos complejos filogenéticos e innatos, y en qué medida adquiridos ontogenéticamente? Según A. Stürcke, el complejo de castración tiene una raíz ontogenética en el bebé, por la desaparición periódica del pecho materno, al que considera de su pertenencia. La expulsión de las heces se considera como otra raíz del complejo de castración. En el caso de este niño, con el que nunca se utilizaron amenazas y que mostraba con franqueza y sin temor su placer en la masturbación, apareció sin embargo un complejo de castración muy marcado que por cierto se había desarrollado en parte sobre la base del complejo de Edipo. Sin embargo en cualquier caso, en este complejo y en realidad en toda formación de complejo, las raíces yacen demasiado profundamente como para que podamos penetrar hasta ellas. En el caso descrito, los fundamentos de sus inhibiciones y rasgos neuróticos me parece que estaban antes incluso de la época en que empezó a hablar. Seguramente hubiera sido posible superarlos antes y más fácilmente de lo que se hizo, aunque no abolir completamente las actividades de los complejos en que se originaron. Seguramente no hay razón para temer un efecto de enormes alcances por el análisis temprano, un efecto que pueda hacer peligrar el desarrollo cultural del individuo y con ello la riqueza cultural de la humanidad. Por lejos que podamos ir hay siempre una barrera ante la que forzosamente debemos detenernos. Mucho de lo que es inconsciente y entretelado de complejos seguirá activo en el desarrollo del arte y la cultura. Lo que el análisis temprano puede hacer es procurar protección de graves *shocks* y superar inhibiciones. Esto ayudará no sólo a la salud del individuo sino también a la cultura, porque la superación de inhibiciones abrirá nuevas posibilidades de desarrollo. En el niño que observé fue notable cuánto se estimuló su interés general luego de satisfacerse parte de sus preguntas inconscientes, y cuánto decayó nuevamente su impulso a investigar porque habían surgido más preguntas inconscientes que monopolizaban todo su interés.

Por consiguiente, es evidente que, para entrar en más detalles, la influencia de los deseos e impulsos instintivos sólo puede debilitarse haciéndolos conscientes. Sin embargo, puedo afirmar por mis observaciones que, como en el caso del adulto, también en el niño pequeño esto sucede sin ningún peligro. Es cierto que comenzando con las explicaciones y aumentando notablemente con la intervención del análisis, el niño mostró un evidente cambio de carácter que fue también acompañado por rasgos “inconvenientes”. El niño, hasta entonces amable y sólo ocasionalmente agresivo, se volvió agresivo, pelear, no sólo en su fantasía, sino también en la realidad. Junto con esto, apareció una declinación de la autoridad de los adultos, que de ningún modo es igual a la incapacidad de tener en cuenta a los otros. Un saludable escepticismo, que quiere ver y comprender lo que se le pide que crea, se combina con la capacidad de reconocer los méritos

o habilidades de los otros, especialmente de su muy querido y admirado padre y también de su hermano Karl. Hacia el sexo femenino, debido a otras causas, se siente algo superior y bastante protector. Muestra la declinación de la autoridad principalmente en su actitud de amistosa camaradería, también en relación con sus padres. Valo- riza mucho poder tener su propia opinión, sus propios deseos, pero le resulta difícil obedecer. Sin embargo, es fácil enseñarle cómo portarse mejor, y en general es lo bastante obediente como para complacer a su adorada madre, a pesar de que esto le resulta a menudo muy difícil. En general, su crianza no ofrece dificultades especiales a pesar de los rasgos "inconvenientes" que han aparecido.

No ha disminuido de ningún modo su bien desarrollada capacidad para ser bueno; en realidad, se ha estimulado más. Da fácilmente y con alegría, se impone sacrificios en pro de la gente que ama; es considerado y tiene "buen corazón". Vemos aquí también lo que aprendimos en el análisis del adulto, que el análisis no afecta estas formaciones eficaces en forma perjudicial sino que las fortifica. Por eso me parece justificado argüir que el análisis temprano tampoco perjudicará las represiones, formaciones reactivas y sublimaciones ya existentes, sino que, por el contrario, abrirá nuevas posibilidades para otras sublimaciones.³⁹

Debe mencionarse aún otra dificultad con respecto al análisis temprano. Por haber traído a la conciencia sus deseos incestuosos, su apasionado apego por la madre se advierte llamativamente en la vida cotidiana, pero no hace ningún intento de sobrepasar los límites establecidos y se comporta igual que cualquier niño afectuoso. Su relación con el padre es excelente a pesar (o a causa) de su conciencia de sus deseos agresivos. También en este caso es más fácil controlar cualquier emoción que se está volviendo consciente, que una inconsciente. Simultáneamente con el reconocimiento de sus deseos incestuosos, sin embargo, está haciendo intentos de liberarse de esta pasión y transferirla a objetos adecuados. Me parece que esto se infiere de una de las conversaciones citadas en la que sostenía con dolorosa emoción que por lo menos viviría entonces con la madre. Otras observaciones frecuentemente repetidas indican también que el proceso de liberación de la madre ya ha comenzado en parte, o por lo menos que lo intentará.⁴⁰

Por consiguiente, puede esperarse que logrará su liberación de la

³⁹ En este caso sólo quedó superada su exageración y carácter compulsivo.

⁴⁰ No durante el período que abarcan estas notas, sino casi un año después, luego de una declaración de su afecto por ella, expresó nuevamente la pena de no poder casarse con su madre. "Te casarás con una hermosa joven a la que amarás cuando seas grande" —replicó la madre—. "Sí —dijo él, ya bastante consolado—, pero tiene que parecerse exactamente a ti, con un rostro como el tuyo y un pelo como el tuyo, y debe llamarse señora de Walter W., igual que tú." (Walter no es sólo el nombre del padre sino también el segundo nombre del niño.)

madre por el camino adecuado; es decir, por la elección de un objeto que se parezca a la *imago* materna.

Tampoco he sabido de muchas dificultades que puedan surgir del análisis temprano de un niño en contacto con un ambiente que piensa de otro modo. El niño es tan sensible incluso a los desaires más suaves, que sabe muy bien cuándo puede ser comprendido y cuándo no. En este caso el niño renunció completamente, luego de unos ligeros intentos infructuosos, a confiar en nadie más que su madre y yo misma, en estos asuntos. Al mismo tiempo siguió confiando mucho en otros con respecto a otras cosas.

También resulta ser manejable otra cuestión que puede llevar fácilmente a inconvenientes. El niño tiene un impulso natural a utilizar el análisis como un recurso de placer. Por la noche cuando debería ir a dormir, afirma que se le ha ocurrido una idea que debe ser examinada de inmediato. O trata de atraer la atención durante el día con el mismo recurso, o bien en momentos inoportunos, con su fantasía, en resumen, trata en diversas formas de hacer del análisis el asunto de su vida. Un consejo que me dio el doctor Freund me proporcionó una excelente ayuda en este asunto. Establecí cierto horario —incluso aunque tuviera que cambiarlo ocasionalmente— destinado al análisis, y aunque a causa de nuestro estrecho contacto diario yo estaba mucho con el niño, en seguida hubo adhesión a esto. El niño accedió perfectamente después de unos pocos intentos infructuosos. En forma similar desalenté firmemente su intento de descargar en cualquier otra forma algo de la agresividad hacia sus padres y hacia mí misma revelada por el análisis, le exigí la norma habitual de modales; en estas cosas también accedió pronto. Aunque se trataba aquí de un niño mayor de cinco años y por ello más sensible, de cualquier modo estoy segura de que con un niño más pequeño pueden encontrarse formas de evitar estos inconvenientes. En un niño más pequeño no será tanto cuestión de conversaciones detalladas sino más bien de interpretaciones ocasionales durante el juego o en otras oportunidades, que probablemente aceptará más fácil y naturalmente que un niño mayor. Además, siempre ha sido tarea de la crianza, incluso la habitual hasta ahora, enseñar al niño la diferencia entre fantasía y realidad, entre verdad y falsedad. La diferencia entre desear y hacer (y después también la expresión del deseo) puede vincularse fácilmente con estas diferencias. Los niños en general son tan fáciles de enseñar y tan culturalmente dotados que seguramente aprenderán con facilidad que aunque puedan pensar y desear todo, sólo una parte puede llevarse a cabo.

Por consiguiente pienso que no hay necesidad de tener indebida ansiedad sobre estas cuestiones. No hay crianza sin dificultades, y seguramente las dificultades que actúan más bien desde afuera hacia adentro representan una carga menor para el niño que las que actúan inconscientemente desde adentro. Si uno está internamente convencido de que este método es correcto, entonces con poca experiencia

se superarán las dificultades externas. Pienso también que un niño psíquicamente fortificado por un análisis temprano, puede tolerar con más facilidad y sin perjuicio los problemas inevitables.

Puede surgir la cuestión de si todo niño requiere esta asistencia. Indudablemente hay una cantidad de adultos enteramente sanos, excelentemente desarrollados, y seguramente hay también niños que no muestran rasgos neuróticos, o los han superado sin dañarse. De cualquier modo, por la experiencia analítica puede afirmarse que son relativamente pocos los adultos y niños a los que esto se aplica. Freud en su "Análisis de la fobia de un niño de cinco años"⁴¹ menciona expresamente que a Juanito no le hizo ningún daño sino que le hizo bien la plena conciencia de su complejo de Edipo. Freud piensa que la fobia de Juanito difiere de las fobias extraordinariamente frecuentes en otros niños sólo en que se la advirtió. Muestra que "en cierta medida representaba una ventaja para él ya que ahora está quizás a la cabeza de otros niños, pues no lleva ya dentro de sí ese germen de complejos reprimidos que siempre influyen en la vida posterior y al que en cierta medida se debe de seguro el desarrollo del carácter, si no la disposición a la neurosis posterior".

Además dice Freud que "no puede trazarse una neta línea divisoria entre los niños nerviosos y los normales, que la enfermedad es una idea recapituladora puramente práctica, que la disposición y la experiencia deben combinarse para llegar a esta suma, que en consecuencia muchas personas sanas pasan a la categoría de nerviosas, etc. Escribe en "De la historia de una neurosis infantil":⁴² "Se objetará que pocos niños escapan a perturbaciones tales como rechazo temporal de la comida o fobia a un animal. Pero éste es un argumento bienvenido. Estoy preparado para afirmar que toda neurosis del adulto se erige sobre la base de la neurosis infantil, pero que esta última no siempre es lo bastante grave como para atraer la atención y ser reconocida como tal".

Sería entonces aconsejable prestar atención a los incipientes rasgos neuróticos de los niños; pero si queremos detener y hacer desaparecer estos rasgos neuróticos, entonces se convierte en una necesidad absoluta la intervención más temprana posible de la observación analítica y ocasionalmente del análisis. Creo que puede establecerse para este asunto una especie de norma. Si un niño, en la época en que surge y se expresa su interés por sí mismo y por las personas que lo rodean, muestra curiosidad sexual y trata paso a paso de satisfacerla; si no muestra inhibiciones en esto y asimila completamente el esclarecimiento recibido; si también en sus fantasías y juegos vivencia parte de los impulsos instintivos, especialmente el complejo de Edipo, sin inhibición; si por ejemplo escucha con placer los cuentos de Grimm sin manifestaciones subsiguientes de angustia, y en general se

⁴¹ O.C., t. 10.

⁴² O.C., t. 10.

muestra bien equilibrado, entonces en estas circunstancias probablemente podrá omitirse el análisis temprano, aunque incluso en estos casos no demasiado frecuentes podría ser beneficiosamente empleado, ya que podrían superarse muchas inhibiciones que incluso las personas mejor desarrolladas sufren o han sufrido.

He elegido especialmente el escuchar los cuentos de Grimm sin manifestaciones de angustia como indicación de la salud mental de los niños, porque de los diversos niños que conozco, sólo muy pocos lo hacen. Probablemente, en parte, por el deseo de evitar esta descarga de angustia han aparecido cierto número de versiones modificadas en estos cuentos y en la educación moderna se prefieren otros cuentos menos terroríficos, que no repercutan tanto —placentera y dolorosamente— sobre los complejos reprimidos. Sin embargo, tengo la opinión de que con la ayuda del análisis no hay necesidad de evitar estos cuentos sino que pueden usarse directamente como norma y como recurso. El miedo latente del niño, dependiente de la represión, se manifiesta más fácilmente con ayuda de ellos y entonces puede ser tratado con mayor detalle en el análisis.

¿Cómo ponerse en práctica una crianza con principios psicoanalíticos? El prerrequisito, tan firmemente establecido por la experiencia analítica, de que los padres, niñeras y maestros estén ellos mismos analizados, probablemente seguirá siendo durante mucho tiempo un piadoso deseo. Incluso si se realizara este deseo, aunque podríamos tener cierta seguridad de que se llevaran a cabo las útiles medidas mencionadas al principio, de cualquier modo no tendríamos la posibilidad de análisis temprano. Quisiera hacer aquí una sugerencia que es sólo un consejo por necesidad actual, y que puede ser transitoriamente eficaz hasta que otros tiempos traigan nuevas posibilidades. Me refiero a la fundación de jardines de infantes dirigidos por mujeres analistas. No hay duda de que una analista que tiene bajo sus órdenes algunas niñeras entrenadas por ella puede observar a muchos niños como para reconocer la conveniencia de una intervención analítica y llevarla a cabo. Por supuesto que entre otras cosas puede objetarse que de este modo el niño en cierta medida y en edad muy temprana quedaría psíquicamente apartado de su madre. Pienso sin embargo que el niño tiene tanto que ganar de este modo, que la madre recuperaría en otros sentidos lo que quizás haya perdido en éste.

[NOTA, 1947. Las conclusiones educacionales incluidas en este artículo están necesariamente en relación con mis conocimientos psicoanalíticos de aquel entonces. Ya que en los siguientes capítulos no incluí sugerencias sobre educación, no se ve en este volumen el desarrollo de mis ideas sobre la educación, como, según creo, se ve el desarrollo de mis conclusiones psicoanalíticas. Valdría la pena entonces mencionar que, si fuera yo a presentar actualmente sugerencias para la educación, formularía considerables ampliaciones y también restricciones a las ideas presentadas en este artículo.]

2. INHIBICIONES Y DIFICULTADES EN LA PUBERTAD

(1922)

Es bien sabido que al entrar en la pubertad los niños presentan con mucha frecuencia dificultades psicológicas y notables cambios en su personalidad. Mis reflexiones, en este trabajo, se centrarán sobre los problemas de los varones, dejando para otra ocasión los problemas del desarrollo en las niñas.

Las dificultades de los varones pueden adecuadamente ser atribuidas a la falta de un equipamiento psíquico necesario para manejar su maduración sexual y los cambios físicos que implica. Abrumado por su sexualidad, se siente a merced de sus deseos y de impulsos que no puede satisfacer. Debe soportar una pesada carga psicológica. Pero esta explicación es insuficiente para una completa comprensión de las preocupaciones y problemas profundos y variados que encontramos en esta edad.

Algunos varones que tenían un carácter confiable y alegre se tornan de pronto, o bien gradualmente, desafiantes, misteriosos, se rebelan en el hogar o en la escuela y permanecen inmunes tanto a la ternura como a la severidad. Algunos pierden la ambición y el placer de aprender y sus fracasos escolares son motivo de preocupación, así como otros preocupan por sus malsanos accesos de aplicación. Los maestros con experiencia conocen que, tras ambas conductas, hay una autoestima tambaleante o dañada.

La pubertad pone de relieve un gran número de conflictos de variada intensidad, muchos de los cuales ya existían tenuemente y por ello permanecían ocultos; ahora pueden aparecer en forma extrema e incluso alcanzar manifestaciones tales como el suicidio o actos criminales. Si además tanto padres como maestros no son capaces de res-

ponder a las aumentadas exigencias de este período, el daño que sufre el púber será aun mayor. Muchos padres serán permisivos con sus hijos cuando lo que necesitan es que se les pongan límites, o bien fallarán al no alentarlos cuando buscan su apoyo. Muy a menudo ciertos maestros, que sólo toman en cuenta el éxito en los exámenes, descuidan investigar las causas de los fracasos y carecen de comprensión frente al esfuerzo que éstos significan. No hay duda de que los adultos comprensivos facilitan el progreso del niño, pero también es un error sobrestimar los efectos del ambiente en la resolución de las dificultades. Todos los esfuerzos de los padres más amantes y comprensivos pueden fracasar debido a la ignorancia de qué es lo que atormenta al niño; del mismo modo, los maestros más experimentados y hábiles se verán desorientados si no saben qué es lo que subyace tras los problemas del adolescente.

Por lo tanto, resulta urgente investigar más allá de los acontecimientos físicos y mentales obvios, en áreas que son desconocidas tanto para el adulto como para el propio niño; en otras palabras, se deben descubrir las causas inconscientes mediante la inapreciable ayuda del psicoanálisis, que tanto nos ha enseñado al respecto.

Freud reconoció, al tratar adultos neuróticos, la enorme importancia de la neurosis infantil. Tanto él como sus discípulos recogieron, a lo largo de muchos años de tratar adultos, pruebas convincentes de que la etiología de la enfermedad mental debe buscarse en la temprana infancia. Es en esa época cuando se forma el carácter y se establecen los factores patológicos que más tarde provocan la enfermedad, cuando determinadas situaciones la desencadenan actuando sobre una estructura psíquica inestable. Es así como niños que parecían sanos o a lo sumo algo nerviosos pueden sufrir después serios quebrantos en condiciones de cierta exigencia. En esos casos se pone de manifiesto que la frontera entre "sano" y "enfermo", "normal" y "anormal" nunca ha sido bien definida. Esta fluidez de los límites es un carácter general que constituye uno de los más importantes descubrimientos de Freud, quien estableció que la diferencia entre "normal" y "anormal" es sólo cuantitativa y no de estructura, hallazgo empírico constantemente confirmado en nuestro trabajo.

Como consecuencia de nuestro prolongado desarrollo cultural, estamos dotados desde el nacimiento de la capacidad de reprimir los instintos, los deseos y su imaginaria, es decir, radiarlos de la conciencia y hundirlos en nuestro inconsciente. Allí permanecen vivos y activos, con toda su potencialidad de provocar, si la represión fracasa, una amplia variedad de enfermedades. Las fuerzas de la represión actúan principalmente sobre los instintos más prohibidos, especialmente los sexuales. La "sexualidad" debe ser comprendida en su sentido más amplio, tal como la ha definido el psicoanálisis. La teoría de Freud nos enseña que la sexualidad es activa desde el comienzo de la vida, buscando el placer en sus comienzos mediante los "ins-

tintos parciales", sin estar al servicio de la procreación como en el adulto.

Los deseos sexuales infantiles y sus fantasías se vinculan con los objetos más cercanos y significativos, es decir, los padres, especialmente el del sexo opuesto. Todo niño normal experimentará un apasionado amor por su madre y declarará su deseo de desposarla, por lo menos alguna vez entre los tres y los cinco años de edad. Si tiene una hermana, ésta reemplazará pronto a la madre como objeto deseado.¹

Estas declaraciones, que nadie toma en serio, evidencian deseos y pasiones que, aunque inconscientes, tienen gran importancia para su desarrollo. Su naturaleza incestuosa evoca una severa restricción social, dado que su realización causaría regresión y disolución culturales. Por consiguiente, están destinadas a ser reprimidas y a formar en el inconsciente el complejo de Edipo, al que Freud denominó complejo nuclear de las neurosis. La mitología y la poesía² demuestran la universalidad de los deseos que condujeron a Edipo a matar a su padre y a cometer incesto con su madre, y el psicoanálisis, tanto de personas enfermas como sanas, revela que existe en la vida fantasiosa de todos.

La tempestuosa corriente instintiva que surge en la pubertad incrementa las dificultades del adolescente con sus complejos y entonces éste puede desfallecer.

La batalla entre los deseos y fantasías que tratan de ser admitidos en la conciencia y las fuerzas represivas del yo agotan sus fuerzas. El fracaso del yo puede causarle problemas e inhibiciones de toda índole y aun enfermedades. En circunstancias favorables, las fuerzas en

¹ Meta Schoepp en su libro *My boy and I* (Berlín, Konkordia, Deutsch Verlaganstalt, 1910; *Mein Junge und Ich*) nos ha brindado un hermoso ejemplo del romance de un niño con su madre y de sus celos del padre. Un tema similar aparece en *The Book of my little brother* de Geiretam (Berlín, Verlag Fischer, *Das Buch vom Bruederchen*).

² Bastarán algunas citas de un rico acervo de material ilustrativo:

"Si el pequeño salvaje fuese librado a sus impulsos y pudiese integrar la fuerza de su pasión de los treinta con la sinrazón de la infancia, mataría a su padre y deshonraría a su madre" (Diderot: *El sobrino de Rameau*).

"Llamé a las puertas de su henchido corazón: La castidad decreta que se deben rechazar los deseos de la Naturaleza, ser el rival del padre, ser el amante de la madre" (Lessing: *Graugir*).

Eckermann consideraba en *Conversaciones con Goethe*, 1827, que sólo el amor de una niña por su hermano puede ser puro y asexual. "Creo, dijo Goethe, que el amor de dos hermanas es aun más puro y casto. Por lo que sabemos pueden haber existido innumerables instancias de inclinaciones sensuales entre hermanos y hermanas que pueden haber sido conscientes o desconocidas para ambos."

"Amada... ¿cómo llamarte? Necesitaría una palabra que incluyera el significado de Amiga, Hermana, Adorada, Novia y Esposa" (carta a la Condesa Auguste zu Stolberg, 26/1/1775).

Estas citas han sido tomadas del libro de Otto Rank, *Das Inzestmotiv in Dichtung und Sage*, Leipzig y Viena, Deuticke, 1912. En él trata exhaustivamente la influencia del complejo de Edipo en la mitología y la poesía.

lucha logran un cierto equilibrio. El resultado final determinará para siempre las características de su vida sexual, siendo por consiguiente decisivo para su futuro desarrollo, sobre todo si tenemos en cuenta que la tarea a cumplir durante la pubertad es organizar los incoherentes instintos parciales del niño hacia las funciones procreativas. *Pari passu* el niño debe desligarse internamente de los lazos incestuosos que lo unen a su madre, si bien ellos constituirán la base del modelo de su futuro amor. También es necesario un cierto grado de separación externa de su fijación a los padres, para convertirse en un hombre activo, vigoroso e independiente.

No es extraño pues que el individuo que en la pubertad debe realizar la onerosa tarea propuesta por su desarrollo psicosexual pueda llegar a sufrir de inhibiciones más o menos duraderas. Muchos maestros experimentados me informan que los niños difíciles, cuando maduran y se tornan buenos, amables y trabajadores, parecen sufrir de una disminución de su vitalidad, curiosidad y receptividad previas.

¿Qué pueden hacer los padres y maestros para ayudar a los niños en su lucha? El hecho de comprender los motivos de sus problemas tiene por sí mismo un efecto favorable sobre el trato. El dolor y la irritación lógicamente causados por sus actitudes desafiantes, su desamor y mala conducta, serán más tolerables. Los maestros reconocerán la transferencia hacia ellos de la rivalidad edípica del niño con su padre. En el análisis de varones púberes se puede observar con cuánta frecuencia los maestros se convierten en objetos de excesivo amor y admiración, así como de odio y agresión inconscientes. El remordimiento y la culpa que les ocasionan estos últimos sentimientos también forman parte de la relación con el maestro.

La oscuridad y confusión de sus emociones pueden causar en el niño un disgusto que a veces llega hasta el martirio por la escuela y por todo lo que sea aprendizaje. La bondad y comprensión del maestro pueden ayudarlo, y la inalterable confianza de éste puede fortalecer la autoestima del niño y moderar sus sentimientos de culpa.

Una situación favorable en estas circunstancias se produce cuando tanto los padres como los maestros han podido lograr un clima de libertad para hablar sobre los problemas sexuales, siempre y cuando el niño desee. Las advertencias amenazadoras sobre cuestiones sexuales, especialmente la masturbación, práctica universal durante la pubertad, naturalmente deben ser evitadas. Es mucho mayor el daño que ellas causan que cualquier beneficio concebible.

Lily Braun, en su magnífico libro *Memorias de una socialista*, describe cómo trató durante su embarazo de crear una relación amistosa con sus hijos adolescentes para esclarecerlos sexualmente. Sus intentos fueron rechazados burlonamente, y ésa puede ser la suerte que corran los más talentosos intentos de educación sexual. El rechazo o la reserva pueden ser insuperables. Las oportunidades de educar a los niños tempranamente nunca volverán a presentarse, pero si se

intenta, es posible aliviar y hasta hacer desaparecer muchas dificultades.

Habiendo agotado estos recursos nada más pueden hacer los padres y maestros, por lo que deberá buscarse entonces una asistencia más eficaz. Esta se encontrará en el psicoanálisis, cuya ayuda permitirá buscar la causa de los problemas y remover sus malsanas consecuencias. La técnica psicoanalítica, afinada a través de los años, permite descubrir las causas, hacerlas conscientes y ayudar así a lograr un equilibrio entre las demandas conscientes e inconscientes.

Mi trabajo con niños me ha convencido de que el psicoanálisis de niños y de adolescentes, correctamente conducido, no es más peligroso para un niño que para un adulto. La tan extendida preocupación de que el psicoanálisis disminuye la espontaneidad de los niños es refutada por la práctica. Por lo contrario, muchos niños han recuperado su alegría, perdida en el pozo de sus conflictos, gracias al análisis. Aun a una edad muy temprana el análisis no causa daño ni convierte a los niños en seres asociales e incivilizados, sino que, inversamente, al liberarlos de sus inhibiciones, les permite el pleno uso de todos sus recursos emocionales e intelectuales, puestos al servicio de su desarrollo cultural y social.

3. EL PAPEL DE LA ESCUELA EN EL DESARROLLO LIBIDINAL DEL NIÑO¹

(1923)

[NOTA, 1947. Este capítulo debe leerse junto con el siguiente —“Análisis infantil”—, que desarrolla temas conexos y se basa, en gran parte, en el mismo material.]

El hecho de que en la angustia de examen, como en los sueños de examen, la ansiedad está desplazada de lo sexual a lo intelectual, es bien conocido en el psicoanálisis. Sadger ha demostrado en su trabajo “Über Prüfungsangst und Prüfungsträume”² que el temor al examen, en los sueños y en la realidad, es temor a la castración.

La conexión entre la angustia de examen e inhibiciones en la escuela, arroja una nueva luz sobre este punto. Asimismo son significativas las diferentes formas y grados de aversión al aprendizaje que oscila entre un marcado desagrado y una mera “pereza” que ni el niño ni las personas que lo rodean hubieran reconocido como rechazo al colegio.

La escuela significa una nueva realidad que el niño debe encarar en su vida y, a menudo, es percibida como muy severa. La forma en que él se adapta a estas exigencias suele ser típica de su actitud frente a las exigencias de la vida en general.

El papel extremadamente importante de la escuela se basa generalmente en el hecho de que está desde un principio *libidinalmente* determinado para cada individuo, ya que por sus exigencias obliga al niño a sublimar sus energías instintivas libidinales. La sublimación de la actividad genital, sobre todo, influye en forma decisiva en el es-

¹ Véase Stekel: *Conditions of Nervous Anxiety and their Treatment*; Freud: *La interpretación de los sueños*.

² Véase *Int. Z. f. Psycho-anal.*, 6, 1920.

tudio de algunas materias, que por lo tanto estarían correlativamente inhibidas por la angustia de castración.

Al comenzar la escuela, el niño sale del ambiente que ha construido la base para sus fijaciones y formación de complejos, y se encuentra frente a nuevos objetos y actividades en las cuales debe ahora poner a prueba la motilidad de su libido. Sin embargo, es sobre todo la necesidad de obrar activamente y abandonar una actitud más o menos pasivofemenina, hasta ahora la única posible para él, lo que confronta al niño con una nueva tarea que a menudo le resulta insuperable.

A continuación, discutiré en detalle unos ejemplos tomados de varios análisis, del significado libidinal de la ida a la escuela, del edificio, del maestro y de las actividades en la escuela.

A Félix, de trece años, le desagradaba la escuela en general. En vista de sus grandes dotes intelectuales, su aparente falta de interés llamaba la atención. En su análisis relató un sueño que había tenido aproximadamente a los once años, poco después de la muerte del director de la escuela. *Estaba en camino a la escuela y se encontró con su profesora de piano. La escuela estaba ardiendo; las ramas de los árboles en la calle se habían quemado por completo pero los troncos quedaban derechos. Caminó por el edificio incendiado con su profesora de música y salieron ilesos, etc.* La interpretación completa de este sueño sólo se logró mucho después cuando el significado de la escuela como madre y del maestro y el director como padre surgieron en el análisis. Daré uno o dos ejemplos de esto que se vieron en su análisis. Se quejó de que hasta la fecha no había podido superar la dificultad, que había tenido desde el primer momento, de ponerse de pie cuando se le llamaba a dar la lección. A esto asoció que las niñas se ponen de pie en forma muy distinta de los muchachos y mostró la manera de éstos por un movimiento con las manos que indicaba la región genital y evidenciaba claramente la forma del pene en erección. El deseo de conducirse con el maestro como una niña expresaba su actitud femenina hacia el padre; y se pudo comprobar que la inhibición asociada con el acto de levantarse estaba determinada por el temor a la castración que influyó en toda su actitud subsiguiente hacia la escuela. Una vez en la escuela, viendo al maestro de pie y apoyado contra el escritorio, se le ocurrió que éste podía caerse, volcar el escritorio rompiéndolo, y dañándose él al mismo tiempo. Esto demostró el significado del maestro como padre y del escritorio como madre,³ y condujo a su concepción sádica del coito.

³ El significado materno de tarima y también de pupitre o escritorio, y pizarra y todo objeto en el cual se puede escribir, y además el significado de pene de la lapicera, el lápiz y la tiza, y todo objeto con que se puede escribir, surgió tan claramente en éste y otros análisis y se confirmaba con tanta frecuencia que lo considero típico. El significado simbólico sexual de estos objetos se ha demostrado en otra ocasión durante el análisis de casos aislados. Así en su trabajo "Über Prüfungsangst und Prüfungsräume" Sadger ha demostrado el significado simbólico sexual de escritorio, pizarra y tiza en

Relató la forma en que los muchachos se habían "soplado" y ayudado en un ejercicio de griego, a pesar de la vigilancia del maestro. Sus conocimientos nuevos le llevaron a fantasear sobre cómo podía arreglárselas para lograr una posición mejor en la clase.⁴ Fantaseó la forma en que alcanzaría a los alumnos mejores que él, para luego desplazarlos y matarlos, y con gran sorpresa se dio cuenta de que ya no le parecían compañeros, como hasta entonces, sino enemigos. Al fin, cuando al desplazarlos lograba el primer puesto y llegaba así hasta el maestro, en la clase quedaría sólo éste con una posición mejor que la suya pero a él no sería posible hacerle nada.⁵

La aversión de Fritz a la escuela,⁶ que aún no había cumplido siete años y que se reveló en el análisis como angustia, incluía la ida a la escuela.⁷ Cuando en el curso del análisis el placer por la escuela sustituyó a la angustia, me contó la siguiente fantasía: "Los escolares trepan por la ventana del aula donde se encuentra la maestra. Uno de los niños era tan gordo que no podía entrar por la ventana y, por consiguiente, estaba obligado a aprender y a escribir sus lecciones en la calle, frente a la escuela." A este niño Fritz le llamaba el Bobo y lo calificó de muy gracioso. El Bobo no tenía idea, por ejemplo, de lo gordo y gracioso que parecía al saltar, y les provocaba tanta gracia a sus padres y hermanos con sus cabriolas, que los últimos se caían de risa por la ventana y sus padres rebotaban repetidas veces contra el techo a causa de su risa. Al hacer esto, finalmente se golpeaban contra un hermoso globo de cristal que estaba en el techo, que se rajaba, pero no se rompía. Se pudo comprobar que del mismo

un caso incipiente de demencia paranoica. Jokl en "Zur Psychogenese des Schreibrampfes", también ha demostrado el significado simbólico sexual de la lapicera en un caso de "calambre de los escritores".

⁴ En Alemania la posición en clase es determinada por la calidad del trabajo. Su "boletín", del cual opinaba que su madre debería darle menos importancia que a su posición en la clase, significaba para él, como también para Fritz (véase más adelante), potencia, pene y niño; para él, la posición en clase era la posición dentro de la madre y la posibilidad de coito que ella le presentaba.

⁵ Aquí el maestro resulta ser un objeto deseado homosexualmente. Pero se puso en evidencia un motivo que siempre es significativo en la génesis de la homosexualidad; es decir, el hecho de que este deseo homosexual se fortificaba por el deseo reprimido de lograr el coito con la madre —a pesar del padre—; en este caso, por lo tanto, lograr el primer puesto en la clase. Del mismo modo, detrás del deseo de hablar desde la tarima, obligando así al maestro (padre) a hacer el papel pasivo del oyente, actúa también el deseo hacia la madre, ya que la tarima como también el escritorio tienen un significado materno para él.

⁶ Véase "El desarrollo de un niño".

⁷ Véase el capítulo "Análisis infantil"; en este trabajo demostré más detalladamente cómo las numerosas fantasías que hacía Fritz acerca de la matriz de su madre, la procreación y el nacimiento ocultaban el deseo más intenso y fuertemente reprimido a entrar al seno materno por medio del coito. Ferenczi sugirió en su trabajo *Thalassa*, que para el inconsciente la vuelta al seno materno parece posible únicamente por medio del coito, y también ha presentado una hipótesis en la cual deduce esta fantasía que se puede comprobar de procesos evolutivos psicogenéticos.

modo que Kasperle, el Bobo, representaba el pene⁸ penetrando en el cuerpo de la madre.

Sin embargo, la maestra también es para él madre castradora con pene, y asoció, a su dolor de garganta, la fantasía de que la *maestra* lo había estrangulado con unas riendas y puesto un arnés, como si fuera un caballo.

En su análisis, Grete, de nueve años, me contó cómo se había impresionado al ver y oír entrar un carro en el *patio de la escuela*. En otra ocasión, habló de un carro lleno de dulces que no se atrevió a comprar, porque su maestra pasaba en ese momento. Describió estos dulces como cierta clase de algodón, algo que le interesaba muchísimo, pero que no se atrevía a investigar. Ambos carros resultaron ser recuerdos encubiertos de sus observaciones infantiles del coito, y el algodón dulce, cuya definición le había sido difícil, representaba el semen.

Grete cantaba como primera voz en el coro de la escuela; *la maestra se acercó a ella y le miró la boca*. En seguida la niña sintió una necesidad irresistible de besarla y abrazarla. Se comprobó en este análisis que la tartamudez de la niña se debía a la sexualización tanto del hablar como del cantar. El subir y bajar la voz y los movimientos de la lengua representaban el coito.⁹

Ernst, de seis años, debía pronto comenzar la escuela. Durante la hora analítica jugó a ser albañil. Interrumpiendo la fantasía de construir casas, que asoció con su juego,¹⁰ habló de su futura *profesión*. Quería ser "alumno" y también ir luego a la escuela técnica. Cuando le observé que eso no sería sino una preparación para una profesión, contestó, muy enfadado, que no quería pensar en una profesión para sí mismo, pues su madre, quizá, no estaría de acuerdo y que, de todos modos, estaba enojada con él. Un poco más tarde, continuando con la fantasía de construir casas, preguntó de pronto: "¿Es, en realidad, escuela de patio o escuela técnica?" *Hofschule* o *Hochschule*.

Estas asociaciones demostraron que ser alumno significaba para él aprender todo acerca del coito y que ejercer una profesión significaba llevarlo a cabo.¹¹ De aquí que, en su construcción de casas, fuese solamente el albañil que, además, requería la dirección del arquitecto y la ayuda de otros albañiles.

En otra ocasión, apiló los cojines de mi diván y sentándose encima, empezó a jugar a ser un sacerdote en el púlpito que al mismo tiempo era un *maestro*, pues estaba rodeado de estudiantes imaginarios, los que debían aprender o adivinar algo de los gestos del sacer-

⁸ Véase Jones: "The Theory of Symbolism" (1916).

⁹ Véase: "Análisis infantil".

¹⁰ Esta construcción de casas representaba el coito y la procreación del niño.

¹¹ El sentido inconsciente de "profesión" es típico. Se demuestra constantemente en el análisis y seguramente contribuye notablemente a las dificultades en la elección de una profesión.

dote. Durante esta actividad, levantaba los dos dedos índices, luego frotaba sus manos, la una contra la otra (que según él significaba lavar ropa o calentarse las manos), y constantemente saltaba en sus rodillas sobre los cojines. El análisis había demostrado cómo éstos, que tenían constantemente un papel en sus juegos, representaban el pene (materno), y los varios gestos del sacerdote, el coito. El sacerdote que hace gestos, pero que no da explicación alguna a los estudiantes, representa el padre bueno que instruye a sus hijos acerca del coito o, mejor dicho, les permite presenciarlo.¹²

Los ejemplos que se dan a continuación demuestran que las tareas escolares significan el coito o la masturbación. El pequeño Fritz aprendía con mucho placer y tenía tanto afán de saber, que antes de comenzar la escuela había aprendido a leer solo. Sin embargo, muy pronto evidenció un gran desagrado por la escuela y mostró fuerte aversión por todas sus tareas. Fantaseaba repetidamente con las "tareas difíciles" que hacían cumplir en las penitenciarias. Dijo que una de estas tareas era la obligación de construir una casa solo, sin ayuda, en ocho días.¹³ Sin embargo, también calificaba de "difíciles" sus tareas escolares, y una vez dijo que un deber era tan difícil como construir una casa. En una fantasía también yo fui encarcelada, obligada a llevar a cabo tareas difíciles, es decir, construir una casa en pocos días, y llenar un cuaderno en pocas horas.

Félix se encontraba gravemente inhibido para todas las tareas de la escuela. Dejaba sus deberes sin hacer hasta la mañana siguiente, aunque sentía reproches de conciencia. Al otro día tenía grandes remordimientos por no haberlos hecho la noche anterior, pero leía los diarios y dejaba de nuevo sus deberes hasta el último momento. Luego estudiaba de prisa, una y otra lección, no completando ninguna, y se iba a la escuela, donde copiaba alguna cosa, con desagradable sentimiento de inseguridad. Describió lo que sentía, al hacer un ejercicio de la escuela, en la siguiente forma: "Al principio uno siente mucho miedo, luego uno empieza, y, bien que mal, sigue; y al terminar, uno se siente un poco mal". Hablando de un deber, me dijo que para librarse pronto de él, empezó a hacerlo muy de prisa, escribió más y más ligero y luego más y más lento, hasta que finalmente no pudo terminarlo. Esto de ir "más y más ligero, más y más lento y no terminar" lo había empleado en la descripción de sus tentativas de masturbación, que había empezado en esta época, bajo la influencia del análisis.¹⁴ Al tener mayor éxito en la masturbación, sus estudios mejoraron, y, repetidamente, pudimos comprobar su

¹² El niño había compartido el dormitorio de sus padres durante varios años y ésta y otras fantasías datan de observaciones del coito en su primera infancia.

¹³ Compárese el significado de construcción de casas en los casos de Ernst y Félix.

¹⁴ Como consecuencia de una intervención médica, no quirúrgica, en su pene a la edad de cuatro años, habiase masturbado posteriormente solo con grandes escrúpulos de conciencia. Cuando se repitió esta intervención a la edad de diez años, abandonó la masturbación por completo, pero sufrió una angustia de tocar.

actitud masturbatoria por la forma en que se comportaba en sus lecciones y ejercicios.¹⁵ Generalmente, también, Félix copiaba la lección de un compañero y, por lo tanto, cuando lo hacía con éxito, hasta cierto punto, se había asegurado un aliado contra el padre, además de aminorar el valor, y también la culpa, de su hazaña.

El "Excelente" escrito por su maestra al pie de un deber era, para Fritz, una valiosa posesión. En ocasión de un crimen político sufrió pesadillas; dijo que los asesinos podían atacarlo repentinamente, como lo habían hecho con el político asesinado y que le despojarían de su buena nota, como habían querido despojar a aquél de sus condecoraciones. Las condecoraciones, buenas notas, y también el boletín de la escuela tenían el significado de pene para él, es decir, la potencia que la madre castradora (como le parecía a él su maestra) le devolvía.

Para el pequeño Fritz, las líneas, en la caligrafía, representaban calles, por las cuales van las letras, montadas en motocicletas (la pluma). Por ejemplo, la "i" y la "e" montan juntas en una motocicleta, generalmente conducida por la "i", y se aman, con una ternura desconocida en el mundo real. Por andar siempre juntas, se volvieron tan parecidas que casi no hay diferencia entre ellas, pues el comienzo y el fin (hablaba de las letras minúsculas del alfabeto latino) de la "i" y la "e" son iguales, y sólo en el medio la "i" tiene un palito y la "e" un agujerito. En cuanto a la "i" y la "e" góticas, explicó que también montan en motocicleta y que la única diferencia es como si fuera otra marca de motocicleta, en la cual la "e" tiene una cajita, en vez del agujerito de la "e" latina. Las "ies" son hábiles, distinguidas e ingeniosas, tienen muchas armas puntiagudas y viven en cavernas, entre las cuales también hay, sin embargo, montañas, jardines y puertos. Ellas representan el pene y su camino, el coito. Por otro lado, las "eles" son calificadas de estúpidas, torpes, perezosas y sucias. Viven en cuevas subterráneas. En el pueblo de las "L" se acumula la basura y los papeles en las calles; en las casitas mugrientas mezclan una anilina, comprada en el país de "I" con agua, que luego beben y venden por vino. No pueden caminar bien, ni pueden cavar, porque sostienen la pala al revés, etc. Era evidente que las "eles" representaban heces. Existían numerosas fantasías relacionadas también con otras letras.¹⁶

Así, en lugar de la "rr" siempre escribía una sola "r", hasta que una fantasía dio la explicación y solución de esta inhibición. Una "r" era él mismo y la otra su padre. Debían embarcarse juntos en una lancha a motor, o sea la pluma, en un lago que era el cuaderno. La "r", que le presentaba a él mismo, se embarcó en la lancha que le

¹⁵ Repetidamente omitía la última frase de sus ejercicios escolares. En otra ocasión se olvidó de algo en la mitad del ejercicio. Cuando empezaba a mejorar en este aspecto, comprimía toda la lección tanto como fuera posible, etcétera.

¹⁶ Véase "Análisis infantil".

pertenecía a la otra "r". y, rápidamente, se fue navegando por el lago. Por esta razón no escribía las dos "r" juntas. El empleo frecuente de la "r" minúscula, en lugar de la mayúscula, fue determinado por el hecho de que la parte de la "r" mayúscula, que suprimía, era para él "como si se le quitara la nariz a alguien". Resultaron ser los deseos de castración contra su padre, los que originaron este error de ortografía, el cual desapareció después de esta interpretación.

Poco después de comenzar las clases, cosa que había esperado con mucha alegría, Ernst, de seis años, demostró una marcada aversión a sus estudios. Me habló de la letra "i" que estaban aprendiendo y que tenía dificultades para él. También supo que el maestro le pegó a un niño mayor que él, que debía demostrar en el pizarrón cómo formar la letra "i", porque no lo hizo lo suficientemente bien. Otra vez se quejó de que "las lecciones son tan difíciles" y que, al escribir, siempre debía hacer palotes hacia arriba y hacia abajo, en aritmética dibujar banquitos y, en fin, que debía escribir según el deseo del maestro que lo contemplaba. Después de dar esta información, demostró marcada agresividad; quitó los cojines del diván, arrojándolos al otro extremo del cuarto. Empezó a hojear un libro y me mostró "un palco de 'I' ". "Un palco" era algo "dentro del cual uno estaba solo"; la "I" mayúscula está sola dentro y alrededor hay solamente letrecitas negras que le recuerdan heces. La "I" mayúscula es el *popöchen* (pene) grande que quiere estar solo dentro de mamá y que él no tiene y, por lo tanto, debe quitárselo a su papá. Luego fantaseó que le cortaba el *popöchen* a su papá con un cuchillo y que éste le quitaba el suyo con un serrucho; sin embargo, resultaba que él tenía el de su papá. Entonces le cortaba la cabeza a su papá, después de lo cual el último ya no le podía hacer nada, porque no podía ver; no obstante eso, los ojos en la cabeza lo veían. En seguida se ocupó intensamente de la lectura, evidenciando gran placer al hacerlo. La resistencia había sido vencida. Volvió a colocar los cojines en su lugar, explicando que también habían "subido y bajado" una vez, es decir, habían hecho el viaje desde el diván hasta el otro extremo del cuarto y la vuelta. Para poder efectuar el coito le había quitado el pene (los cojines) a la madre.

Lisa, de diecisiete años, relató, en sus asociaciones, que a ella no le gustaba la letra "i", pues era un saltimbanqui tonto, que siempre se reía, que no se necesitaba para nada en el mundo y que la hacía enfurecer, cosa que era incomprensible para ella. Elogió la letra "a" por ser una letra seria y decorosa; le impresionaba mucho y sus asociaciones condujeron a una clara *imago* paterna, cuyo nombre también empieza con "a". Luego pensó que después de todo la "a" era tal vez un poco demasiado seria y decorosa y debería tener, por lo menos, un poco de la "i" saltarina. La "a" representaba el padre castrado, pero aun así inflexible; la "i" era el pene.

Para Fritz el punto de la "i" como, en general, el punto y el pun-

to y coma, era un empuje del pene.¹⁷ Cuando en una ocasión, me dijo que se debía apretar fuerte en el punto, al mismo tiempo levantó y deprimió la pelvis, acción que repitió al llegar al punto y coma. Con la curva de la letra "u", Grete, de nueve años, asoció la curva del chorro de orina de los varones, que ella había visto. Tenía especial preferencia por dibujar hermosas espirales que, en su caso, representaban partes de los genitales masculinos. Por la misma razón Lisa siempre omitía los adornos. Grete tenía mucha admiración por una amiga que podía sostener su pluma recta entre sus dedos índice y mayor, como un adulto y que también podía hacer la curva de la "u" al revés.

Pude observar, tanto en Ernst como en Fritz, que la inhibición con respecto a la escritura y la lectura, o sea la base de toda actividad escolar posterior, procedía de la letra "i" que, con su sencillo movimiento de "subir y bajar", es verdaderamente la base de la escritura.¹⁸

El significado simbólico-sexual de la pluma es evidente en estos ejemplos y es especialmente claro en las fantasías de Fritz, para quien las letras montan en motocicleta (la pluma). Puede observarse cómo el significado simbólico-sexual de la pluma va resistiendo el acto de escribir, descargado por ésta. En la misma forma, el significado libidinal de la lectura se deriva de la catexia simbólica del libro y el ojo. Por supuesto, aquí actúan otros factores que surgen de los instintos parciales como, por ejemplo, el mirar, en la lectura, y tendencias exhibicionistas sádicas agresivas, en la escritura. Es probable que el significado simbólico-sexual de la lapicera tenga su raíz en el significado del arma y la mano. De acuerdo con esto también la actividad de leer es más bien pasiva y la de escribir, más bien activa; y son también significativos, para la inhibición de una actividad o la otra, las diferentes fijaciones en las etapas pregenitales de la organización.

El número "1" para Fritz es un caballero que vive en un país caluroso y, por lo tanto, anda desnudo, tapándose únicamente en tiempo lluvioso con una capa. Es un hábil jinete y conductor, posee cinco puñales, es muy valiente, etc., y pronto surge evidente su identificación con el "General Pipi" (el pene).¹⁹ Los números, en general, son para Fritz gente que vive en un país muy caluroso. Corresponden a

¹⁷ También para la pequeña Grete el punto y la coma estaban igualmente determinados. Véase "Análisis infantil".

¹⁸ En una reunión de la Sociedad de Berlín, Herr Rohr trató detalladamente el manuscrito chino y su interpretación sobre una base psicoanalítica. En la discusión subsiguiente indiqué que el manuscrito también está aún activo en la fantasía de todo niño individual, así que las diversas rayitas, puntos, etc., de nuestro manuscrito actual serían simplificaciones, logradas como resultado de condensación, desplazamiento y otros mecanismos que nos son familiares en los sueños y las neurosis, de figuras primitivas cuyos rastros se podían demostrar en el individuo.

¹⁹ Véase "Análisis infantil".

las razas de color, mientras que las letras son los blancos. Para Ernst, el "subir y bajar" del "1" es idéntico al de la "i". Lisa me relató que hacía "sólo una rayita corta" para el número "1", lo que era determinado también por su complejo de castración. Sería, por lo tanto, el pene que es representado simbólicamente por el número "1" y que constituye la base para contar en aritmética. En el análisis de niños, observé repetidas veces que el significado del número "10" era determinado por el número de dedos; por lo cual inconscientemente éstos se equiparan al pene. De esta fuente, el número "10", deriva el afecto de que está revestido. De aquí también surgieron las fantasías de que es necesario repetir el coito 10 veces o hacer 10 movimientos con el pene para la procreación de un niño. El significado especial del número "5"²⁰, comprobado repetidamente, es análogo. Abraham ha señalado que el número "3", como símbolo del complejo de Edipo, determinado por la relación padre, madre e hijo, es más significativo que el empleo muy frecuente del "3" para los genitales masculinos.²¹ Expondré un solo ejemplo de esto:

Lisa consideraba insoportable también el número "3" porque "un tercero, por supuesto, siempre está de más" y "dos pueden correr carreras" teniendo como meta una bandera, pero un tercero sería entrometido. Me dijo Lisa, a quien le gustaba la matemática, pero que tenía una gran inhibición frente a esta materia, que, en realidad, podía captar únicamente la idea de la *adición*; ella podía comprender que "1" se puede unir con otro, cuando ambos "son iguales", pero ¿cómo podían sumarse cuando eran distintos? Esta idea provenía de su complejo de castración y concernía a la diferencia entre los genitales masculinos y femeninos. Se comprobó que la idea de "adición" estaba determinada, para ella, por el coito paterno. Por otra parte, podía entender perfectamente que en la multiplicación se tomaban cosas distintas y que entonces el resultado era también distinto. El "resultado" es el niño. En cuanto a ella misma, sólo se animaba a reconocer el genital masculino, dejando los femeninos para sus hermanas.

Ernst trajo una caja de bolitas a su sesión analítica. Las separó de acuerdo con los colores y empezó a hacer cuentas con ellas.²² Quería saber cuánto "1 es menos que 2", e intentó solucionarlo primero con las bolitas y luego con sus dedos. Me demostró, con un dedo levantado y otro medio levantado, que si se quitaba el dedo levantado, entonces, por supuesto, uno se quedaba con "0", pero que, de todos

²⁰ Quisiera señalar que en el sistema romano los números I, V y X son básicos, siendo derivados los demás números del I al X. Además el V y el X también están formados por la raya neta del número I.

²¹ Abraham (1923).

²² Esto demuestra claramente la base anal de la aritmética. El temor a la castración relativo al pene fue precedido por el temor a la pérdida de la materia fecal, que efectivamente se experimentó como la castración primitiva. Véase Freud: "Sobre las transposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal", O.C., 17.

modos, quedaba el "otro" (el medio levantado) que uno todavía podía quitar. De nuevo me mostró con sus dedos que 2 y 1 son 3 y dijo: "El '1' es mi *popöchen* y los otros *popöchen* de papá y mamá que yo he quitado para mí. Ahora mamá les ha quitado los dos *popöchen* a sus hijos otra vez y yo se los quito de nuevo a ella; entonces tengo cinco".

Durante la sesión, Ernst trazó "líneas dobles" en una hoja de papel, diciéndome que, según decía su maestra, se podía escribir mejor entre líneas dobles. Pensaba que es o sería porque de esa manera había dos líneas y asoció que eran dos los *popöchen* que se poseía. Luego, con trazos verticales, hacía de las líneas dobles "cajas dobles" y dijo: "Pero no conviene tanto tener 'cajas dobles' cuando se hacen cuentas, porque así las cajas son más pequeñas y es más difícil poner los números dentro de ellas". También me demostró lo que quería darme a entender y escribió la cuenta " $1 + 1 = 2$ " dentro de las "cajitas". La primera cajita donde escribió el "1" era más grande que las otras. Entonces me dijo: "lo que viene ahora tiene una caja más pequeña; es el *popöchen* de mamá" agregó y (señalando el primer "1", "ése es el *popöchen* de papá y entre ellos, el más (+), soy yo". Aclaró que el trazo horizontal del signo + (que además hizo muy corto) no le concernía en absoluto; que él y su *popöchen* eran el trazo vertical. También para él la suma representa el coito entre los padres.

En otra oportunidad comenzó la sesión con la pregunta de si él debería contar "cuánto resulta $10 + 10$ o $10 - 10$ ". (El temor a la castración que surge del número "1" se encuentra desplazado al número "10".) Quería reasegurarse de que tenía "10 penes" (dedos) a su disposición. Juntamente con esta pregunta, intentó escribir, en una hoja, los números más enormes posibles que yo tenía que solucionar. Luego explicó que una hilera de números, que hizo de varios "1" y "0" alternados (100010001000), era tipo *gegentorische* (*gegen*; contra; *tor*: portón) de aritmética. Esto lo aclaró contándome que había un pueblo (sobre el que había fantaseado antes) que tenía muchos portones porque todas las ventanas y aberturas también se llamaban portones. También había muchos ferrocarriles²³ en este pueblo. Entonces me demostró que cuando él se ponía en un extremo del cuarto, una hilera de círculos que disminuían en tamaño se extendía desde la pared opuesta hasta él. A estos círculos los llamó "portones" que dieron origen a la hilera de números "1" y "0", que había hecho en la hoja. Luego me demostró que podía poner un "1" contra otro. En la figura que resultó, la letra "M" latina, trazó también un pequeño círculo, explicando: "Ahora también está el portón". El "1", alternado con los ceros, representa el pene (*Gegentor*:

²³ Análogo a las fantasías de Fritz del pueblo atravesado por rieles (véase "Análisis infantil"), para Ernst también el pueblo representaba la madre, el ferrocarril, el pene, y viajar, el coito.

pene). El "0" era la vagina, habiendo muchos círculos, porque naturalmente el cuerpo también tiene muchas aberturas (portones).

Cuando me había explicado esta aritmética *gegentorische*, tomó un llavero, pasó una horquilla por la argolla y me mostró, con alguna dificultad, que la horquilla "al fin estaba adentro" pero que, al hacer esto, "había que dividir y partir la argolla", lo que condujo de nuevo a su concepto sádico del coito. Explicó, además, que esta argolla, que también era como un "0", en realidad sólo era una pieza recta, doblada para formar el círculo. Aquí, como también en otras expresiones suyas, era evidente la influencia del concepto del pene materno, y de uno oculto en la vagina que él debía desgarrar o destruir durante el coito.²⁴ Conectado con esto y con las fantasías de aritmética descritas, apareció en el análisis una agresividad especial. Como siempre, empezaba por quitar los cojines del diván y saltar encima de ellos y también del diván, con los dos pies. Durante el análisis, la castración de la madre constantemente podía comprobarse, y el coito con ella estaba asociado a ello. Inmediatamente empezaba a dibujar.

Fritz tenía una marcada inhibición frente a las cuentas de dividir, toda explicación resultaba inútil, pues las entendía perfectamente, pero, a pesar de eso, los ejemplos siempre salían mal. Me explicó una vez que para hacer la división, primero debía bajar el número que necesitaba. Para hacer esto él subía, lo agarraba del brazo y lo tiraba hacia abajo. Cuando le pregunté qué pensaba del número de ese tratamiento, me contestó que seguramente no era agradable para el número; era como si su madre estuviera parada en una piedra de 13 metros de altura y alguien viniera y la agarrase del brazo, desgarrándola y dividiéndola. Poco antes había fantaseado con una mujer, en el circo, a quien habían destrozado con un serrucho y que, a pesar de eso, revivió; ahora me preguntó si esto era posible. Luego me relató (también en conexión con una fantasía previamente elaborada) que, en realidad, todo niño quiere tener un pedacito de su madre, a quien se debe cortar en cuatro partes; demostró exactamente cómo gritaba, cómo le llenaban la boca de papel, para que no gritase, las muecas que hacía, etc. Un niño tomaba un cuchillo muy afilado y la destrozaba; primero atravesando los pechos, luego la barriga y, finalmente, a lo largo, para que el "pipi" (pene), la cara y la cabeza quedaran divididos exactamente en el medio, con lo cual le quitaban el sentido²⁵ de la cabeza. Después la cabeza se volvía a cortar oblicuamente y el "pipi" a lo ancho. Mientras hacía esta descripción, se mordía la mano constantemente y dijo que se divertía mordéndola a su hermana, pero que lo hacía con cariño. Prosiguió diciendo que cada niño, entonces, tomaba la parte de la madre que quería y, añadió, que también se la comían. Surgió entonces que siempre confundía el res-

²⁴ Véase Boehm (1922).

²⁵ El "sentido" era el pene.

tante con el cociente en la división y que siempre los colocaba en sitio equivocado porque, por supuesto, inconscientemente se trataba de pedazos de carne sangrientos. Con estas interpretaciones desaparecieron por completo sus inhibiciones.²⁶

En sus recuerdos del colegio, Lisa se quejaba de lo insensata que era la maestra al permitir a niños tan pequeños hacer aritmética con números tan grandes. Siempre le había parecido tan difícil a ella dividir un número bastante grande por otro menor, pero también grande; y era especialmente difícil si quedaba un residuo. Inmediatamente asoció a un caballo, un animal horrible con una lengua colgante y mutilada, orejas cortadas, etc., que quería saltar una verja; esta idea despertó en ella las más violentas resistencias. Luego sus pensamientos condujeron a un recuerdo infantil de un barrio viejo de su ciudad natal, donde ella compraba algo en un negocio. Fantasó que compró allí una naranja y una vela y, de repente, pensó que la sensación anterior, de disgusto y horror del caballo, había dado lugar a una sensación muy placentera y calma. Ella misma reconoció que la vela y la naranja representaban los genitales masculinos y el caballo los femeninos. La división de un número grande por uno más pequeño era el coito, que ella debía realizar con la madre de un modo ineficaz (impotente). También en este caso la división demostró ser destrozarse y, en realidad, realizar un coito en una etapa sádica canibalística de la organización libidinal.

Con respecto a las ecuaciones matemáticas me contó Lisa que nunca podía entender una ecuación, excepto con una incógnita.²⁷ Le era perfectamente claro que cien centavos equivalían a un peso y que, en ese caso, sería muy fácil encontrar una incógnita. A “dos incógnitas”, asoció dos vasos llenos de agua en una mesa, de los cuales toma uno y lo arroja al suelo, y luego caballos, entre las nubes y niebla. La “segunda incógnita” resultó ser el segundo pene superfluo; es decir, el que, en sus observaciones infantiles del coito paterno, quería desplazar, por querer poseer o al padre o a la madre y, por lo tanto, debiendo quitar uno de los dos. Además, la segunda incógnita también representaba el semen que era un misterio para ella, mientras que de una incógnita estaba enterada, o sea de la ecuación: heces = pene.²⁸

Resulta, pues, que el contar y la aritmética también tienen una catexia simbólica genital. Entre las actividades instintivas parciales que intervienen, observamos las tendencias anales, sádicas y canibalísticas, que logran sublimarse de esta forma o que están coordinadas

²⁶ En la escuela al día siguiente, para sorpresa de su maestra y de él mismo, resultó que todas las cuentas le salían bien. El niño no había advertido la conexión entre la interpretación y la desaparición de la inhibición.

²⁷ Dio estas asociaciones a raíz de un sueño en el cual debía solucionar el problema: “ $2x = 48$; ¿cuál es el valor de x ?”

²⁸ Véase también la interpretación de la “incógnita” en el trabajo de Sadger (1920).

bajo la supremacía de los genitales. En esta sublimación el temor a la castración tiene una importancia especial. La tendencia de vencerla —la protesta masculina— parece, en general, constituir una de las raíces de las cuales ha surgido el contar y la aritmética. Por lo tanto, también constituye claramente la fuente de la inhibición: la intensidad de la protesta, siendo el factor decisivo.

Para el significado libidinal de la *gramática* nos referiremos a algunos ejemplos expuestos en mi trabajo “Análisis infantil”. Con respecto a los análisis de oraciones, Grete hablaba de un verdadero desmembramiento y disección de un conejo asado.²⁹ El conejo asado, que había comido con gusto hasta que le sobrevino la repugnancia, representaba los pechos y genitales de la madre.

En el análisis de Lisa, me enteré de que, al estudiar historia, uno debía transportarse a lo que hacía la gente en tiempos antiguos. Para ella representaba el estudio de las relaciones entre los padres y entre éstos y el hijo, en las cuales las fantasías infantiles de batallas, aniquilamiento, etc., también tenían un papel importante, de acuerdo con el concepto sádico del coito.

Hice una detallada contribución con respecto a los factores determinantes libidinales de la *geografía* en mi trabajo “Análisis infantil”, donde también quedó demostrado que, en conexión con el interés reprimido centrado alrededor de la matriz de la madre —que constituye la base de la inhibición del sentido de orientación—, el interés en las ciencias naturales se encuentra también frecuentemente inhibido.

Pude demostrar una de las causas de la inhibición para el dibujo en el caso de Félix. El no podía imaginarse cómo se trazaban o dibujaban los planos, ni podía concebir cómo se colocan en la tierra los cimientos de un edificio. El dibujar un objeto era para él, crearlo, y la incapacidad de dibujar representaba la impotencia. En otro trabajo he señalado el significado de niño o de pene que tiene un cuadro o una lámina. Puede comprobarse constantemente en el análisis de niños que por debajo del dibujo, la pintura y la fotografía yace una ocupación mucho más activa; es la procreación y reproducción, en el inconsciente, del objeto representado. En la etapa anal de la organización significa el producto sublimado de la masa fecal. En la etapa genital, la producción de un hijo y una producción por medio de un esfuerzo motor totalmente inadecuado. Aun habiendo llegado a una etapa superior del desarrollo, parece que el niño sigue considerando al dibujo como un “gesto mágico”,³⁰ por el cual puede realizar la omnipotencia de sus pensamientos. Sin embargo, el dibujo contiene además tendencias destructivas y despreciativas.³¹ Ernst, por

²⁹ Demostré claramente en mi trabajo “Análisis infantil” que tendencias orales, anales y canibales temáticas también logran sublimación en el hablar.

³⁰ Véase Ferenczi: “Estadios en el desarrollo del sentido de la realidad” (1913).

³¹ De esta manera, en el fondo de la caricatura, además de la burla habría una verdadera metamorfosis desfavorable del objeto representado.

ejemplo, dibujó círculos³² en el croquis de una cajita de rapé (que en sus juegos representaba los genitales maternos), haciéndolos sobrepasar. Luego los sombreó, dejando un óvalo en el centro del cual dibujó otro círculo pequeño. De este modo hizo “más pequeño el *po-pöchen* de mamá” (el óvalo en lugar del círculo) y entonces él tenía razón. Félix, a menudo, me decía que la física era incomprensible para él. Como ejemplo me contó que no podía entender cómo se propagaba el sonido y sólo podía entender, por ejemplo, cómo penetraba un clavo en la pared. En otra ocasión habló de un vacío y dijo que si mi salón fuera un vacío al entrar aire también entraría alguien. También esto pudimos comprobar que era determinado por ideas del coito en las cuales el aire representa el semen.

He tratado de mostrar que las principales actividades llevadas a cabo en la escuela son canales por donde fluye la libido y que, de este modo, los instintos parciales logran la sublimación bajo la primacía de los genitales. Esta catexia libidinal se extiende desde los estudios más primarios —lectura, escritura y aritmética— hasta los esfuerzos e intereses más amplios, basados en aquéllos de modo que las raíces de inhibiciones posteriores y también de la inhibición vocacional se encuentran, sobre todo, en aquellas que frecuentemente parecen haber desaparecido y que concernían a los más tempranos estudios. Sin embargo, las inhibiciones a estos estudios tempranos están basadas en las inhibiciones al juego, o sea que en el fondo vemos que todas las inhibiciones posteriores, tan significativas en la vida y el desarrollo, vienen de las primeras inhibiciones al juego. En mi trabajo “Análisis infantil” demostré que partiendo del punto en el cual las condiciones previas para la capacidad de sublimación derivan de las fijaciones libidinales, en las sublimaciones más tempranas —que considero son el hablar y el placer en el movimiento— las actividades y los intereses del yo, que se extienden constantemente, logran una catexis libidinal al adquirir un significado simbólico sexual, de modo que hay constantemente sublimaciones en distintas etapas. El mecanismo de la inhibición, que describí en el citado trabajo, permite el progreso de la inhibición de una actividad o tendencia del yo a otra, debido a los significados simbólicos sexuales comunes. Ya que hacer desaparecer las inhibiciones más tempranas implica también evitar otras nuevas, debe darse mucha importancia a las inhibiciones del niño de edad preescolar, aun cuando no sean muy marcadas.

En el trabajo a que me he referido, traté de demostrar que el temor a la castración era la base común de estas inhibiciones tempranas y todas las siguientes. El temor a la castración está opuesto a las actividades y los intereses del yo, porque además de tener otros determinantes libidinales, siempre tiene en el fondo un significado simbólico genital y de coito.

³² Este dibujo estaba asociado con una marcada agresividad liberada por la solución del temor a la castración que yacía por debajo de sus dificultades en la aritmética.

La vasta importancia del complejo de castración en la formación de las neurosis es bien conocida. En su trabajo *Introducción del narcisismo*, Freud establece la importancia que tiene el complejo de castración en la formación del carácter y se refiere a esto repetidas veces en su trabajo sobre neurosis infantil.³³

Debemos referir el establecimiento de todas las inhibiciones, que afectan al estudio y todo desarrollo posterior, a la época del primer surgimiento de sexualidad infantil, el cual, con el advenimiento del complejo de Edipo, es lo que más activa el temor a la castración. Me refiero al periodo temprano entre tres y cuatro años de edad. Es la represión subsiguiente de los componentes activos masculinos —tanto en las niñas como en los varones— lo que provee la base principal para las inhibiciones en el aprender.

La contribución que hace el componente femenino a la sublimación resulta ser siempre la receptividad y la comprensión, que constituyen una parte importante de toda actividad; la parte ejecutora e impulsora, sin embargo, que realmente constituye el carácter de cualquier actividad, se origina en la sublimación de la potencia masculina. La actitud femenina hacia el padre, conectada con la admiración y el reconocimiento del pene paterno y sus proezas, se convierte, por sublimación, en la base de la comprensión de proezas artísticas y otras más generales. Pude ver, constantemente, en los análisis de varones y niñas, la importancia que podía tener la represión de esta actitud femenina, a causa del complejo de castración, pues, como es una parte esencial de toda actividad, su represión contribuirá en forma importante a la inhibición de cualquier actividad.

También he podido observar, en el análisis de hombres y mujeres, cómo a medida de que parte de su complejo de castración se volvía consciente y la actitud femenina aparecía más libremente, a menudo ocurría un gran resurgimiento de intereses artísticos y otros. En el análisis de Félix, por ejemplo, cuando después de la solución de parte de su temor a la castración, apareció la parte femenina de su actitud frente al padre, el talento musical que surgió al mismo tiempo se expresó primeramente como admiración y aprecio de un director y compositor. Sólo al aumentar su actividad se empezó a desarrollar una facultad crítica más severa, manifestándose en una comparación con su propia capacidad y en esfuerzos siguientes de imitar las proezas de otros.

Una observación que se confirma con frecuencia, es que por lo

³³ O.C., 17. En su trabajo “El complejo de castración en la formación del carácter” (1923), Alexander ha demostrado en el análisis de un adulto, la influencia del complejo de castración en la formación del carácter. En un trabajo no publicado, “Die infantile Angst und ihre Bedeutung für die Entwicklung der Persönlichkeit”, que conecté con el citado trabajo del Dr. Alexander, hice la tentativa de demostrar esto por material dado en el análisis de niños, e indiqué la gran importancia del temor a la castración en las inhibiciones en el deporte, los juegos y el estudio, y las inhibiciones de la personalidad en general.

general las niñas son mejores estudiantes que los varones, pero que, por otro lado, sus hazañas posteriores no se aproximan a las de los hombres. Indicaré brevemente algunos factores que me parecen significativos también con respecto a esto.

Parte de las inhibiciones —y esto es más importante para el desarrollo posterior— que resultan de la represión de la actividad genital, afecta la actividad y el interés, en forma subjetiva y objetiva. Otra parte de las inhibiciones resulta de la actitud hacia la maestra.

Así el varón tiene una dificultad doble en su actitud hacia la escuela y el aprender. Todas las sublimaciones que derivan de los deseos genitales dirigidos a la madre conducen a un sentimiento de culpa incrementado hacia el maestro.

La tarea, el esfuerzo para aprender, que en el inconsciente significa el coito, lo llevan a temer al maestro como un vengador. Entonces el deseo consciente³⁴ de satisfacer al maestro, con sus esfuerzos, es combatido por un temor inconsciente de hacerlo, lo cual conduce a un conflicto insoluble, que determina una parte esencial de la inhibición. Este conflicto disminuye la intensidad, cuando los esfuerzos del niño ya no están bajo el control directo del maestro y se puede conducir con más libertad. Sin embargo, la posibilidad de actividades más amplias sólo se presenta, en un grado mayor o menor, donde el temor a la castración ha afectado sólo la actitud hacia el maestro y no tanto las actividades y los intereses mismos. Así, puede verse alumnos malos que logran éxito en su vida posterior; sin embargo, para aquellos cuyos intereses mismos estaban inhibidos, la forma en que fracasaron en la escuela queda como prototipo del desenvolvimiento posterior.

En las niñas la inhibición debido al complejo de castración y que afecta toda la actividad es de importancia preponderante.

La relación con un maestro, que puede ser tan cargosa para el varón, actúa en la niña más bien como un incentivo, si es que sus capacidades no están demasiado inhibidas. En su relación con la maestra la actitud de ansiedad, proveniente del complejo de Edipo, no tiene la intensidad de la situación análoga en el varón. El hecho de que la mujer, por lo general, no llega a lograr tanto como el hombre en la vida, se debe a que generalmente dispone de menos actividad masculina para emplear en la sublimación.

Estas diferencias y rasgos comunes, como también la consideración de otros factores activos en juego, requieren una discusión más detallada.

Sin embargo, aquí me debo contentar con algunas breves, y por lo tanto, insuficientes indicaciones, que necesariamente convierten mi presentación en algo demasiado esquemático. También dentro de

³⁴ En el inconsciente este deseo corresponde al esfuerzo de superar al padre, o sea desplazarlo con respecto a la madre, o también al deseo homosexual de conquistar al padre por sus esfuerzos y tenerlo como un objeto de amor pasivo.

estos límites resulta imposible sacar ni siquiera parte de las numerosas conclusiones teóricas y pedagógicas que podía rendir el material aquí indicado. Sólo explicaré brevemente una de las más importantes.

Por lo que se ha dicho, hemos llegado a considerar el papel de la escuela como mayormente pasivo; resulta ser una piedra de toque para el desarrollo sexual que ya se ha logrado más o menos afortunadamente. ¿En qué consiste entonces el papel activo de la escuela? ¿Puede lograr algo esencial para el desarrollo libidinal y total del niño? Claro está que un maestro comprensivo que considera los complejos del niño vencerá más inhibiciones y conseguirá resultados más favorables que el maestro no comprensivo y hasta brutal, que desde un principio representa para el niño el padre castrador. Ciertamente he visto en varios análisis, que aun bajo las mejores condiciones de la escuela ocurren inhibiciones muy fuertes para el estudio, mientras que aun una conducta muy imprudente por parte del maestro no es necesariamente seguida siempre de inhibiciones.

Resumiré en breve mi concepto del papel del maestro en el desarrollo del niño. El maestro puede conseguir mucho con comprensión y simpatía, porque de este modo puede reducir considerablemente la parte de la inhibición que proviene de la persona del maestro como "vengador". Al mismo tiempo el maestro benévolo ofrece a los componentes homosexuales del varón y masculinos de la niña, un objeto, para ejercitar su actividad genital en forma sublimada, como hemos llegado a considerar en diversos estudios. De estas indicaciones pueden deducirse las posibilidades de daño que pueden resultar de un proceder pedagógico incorrecto y hasta brutal.

Sin embargo, donde la represión de la actividad genital haya afectado las ocupaciones y los intereses mismos, la actitud del maestro posiblemente pueda disminuir (o intensificar) el conflicto interior del niño, pero no podrá efectuar nada esencial con respecto a su desenvolvimiento. Y aun la posibilidad que tiene un maestro bueno de disminuir el conflicto es muy pequeña, pues los límites son fijados por las formaciones de complejos del niño y, especialmente, por su relación con su padre que determina de antemano su actitud hacia la escuela y el maestro.

Esto explica por qué, cuando se trata de inhibiciones más fuertes, los resultados de años de labor pedagógica no están en relación alguna con los esfuerzos que se han hecho, mientras que, en el análisis, a menudo quitamos estas inhibiciones en un tiempo relativamente corto y se reemplazan por un verdadero placer en aprender. Lo mejor sería por lo tanto, invertir el proceso; primero habrían de quitarse las inhibiciones presentes en mayor o menor grado en todo niño y la labor de la escuela debería partir de esta base. Cuando ya no necesitara disipar sus fuerzas en desalentadores ataques contra los complejos, la escuela podría lograr una obra fructífera y significativa en el desarrollo del niño.

4. ANALISIS INFANTIL

(1923)

A menudo encontramos en el análisis que las inhibiciones neuróticas del talento están determinadas por represiones que han detenido las ideas libidinales asociadas con actividades especiales y así, al mismo tiempo, a las actividades en sí. En el curso del análisis de niños pequeños y mayores me encontré con material que me condujo a la investigación de ciertas inhibiciones, que fueron reconocidas únicamente como tales durante el análisis. Las características siguientes demostraron ser inhibiciones típicas: torpeza en juegos y gimnasia, y aversión por ellos, poco o ningún placer en las lecciones, falta de interés por una materia especial, en general, distintos grados de la llamada pereza; a menudo también capacidades o intereses más débiles de lo que es común, resultaron estar "inhibidos". En muchos casos, no se ha reconocido que esas características eran verdaderas inhibiciones y como inhibiciones similares que forman parte de la personalidad de todo ser humano, no podían ser denominadas neuróticas. Cuando han sido resueltas por el análisis nos encontramos —como lo ha demostrado Abraham en el caso de neuróticos que sufren de inhibición motora—¹ que la base de estas inhibiciones era también un intenso placer primario que había sido reprimido debido a su carácter sexual. Jugar a la pelota o con aros, el patinaje, deslizarse en el tobogán, bailar, hacer gimnasia, la natación —en realidad, todos los juegos atléticos— resultaron tener una catexia libidinal, y el simbolismo genital representaba siempre un papel en ellos. Lo mismo se aplicaba al camino a la escuela, la relación con maestros y maestras, y también al aprender y enseñar ellos mismos. Por supuesto que una enorme serie de determinantes activos y pasivos, hétero y homose-

¹ Abraham: "Un fundamento constitucional de la ansiedad motriz" (1914).

xuales, que varían con los individuos y que proceden de los diversos instintos parciales, son también de mucha importancia.

A semejanza de las inhibiciones neuróticas, las que podemos denominar "normales" estaban fundadas evidentemente en una capacidad constitucionalmente grande de producir placer y en su significado simbólico-sexual. El énfasis mayor, sin embargo, debe ponerse sobre el significado simbólico-sexual. Es éste el que, determinando una catexia libidinal, aumenta en un grado cuya disposición original y el placer primario aún no podemos determinar. Al mismo tiempo, es éste el que atrae la represión sobre sí, porque la represión se dirige contra el matiz de placer sexual asociado a la actividad, y conduce a la inhibición de esta actividad o tendencia.

He llegado a ver que en la mayoría de estas inhibiciones, fueran o no reconocibles como tales, la tarea de revertir el mecanismo era realizada por la angustia y especialmente por el "miedo a la castración"; sólo cuando esta ansiedad se resolvía, resultaba posible progresar en la remoción de la inhibición. Estas observaciones me dieron cierto *insight* en las relaciones entre ansiedad e inhibición, que voy ahora a exponer con más detalles.

La íntima conexión entre ansiedad e inhibición fue notablemente esclarecida por el análisis del pequeño Fritz.² En este análisis, cuya segunda parte fue muy a lo profundo, pude establecer el hecho de que la ansiedad (que en un momento fue muy considerable, pero que gradualmente se fue apaciguando después de haber alcanzado cierto punto) seguía de tal modo el curso del análisis, que era siempre un indicio de que las inhibiciones estaban por ser removidas. Cada vez que la ansiedad era resuelta, el análisis daba un gran paso hacia adelante, y la comparación con otros análisis confirma mi impresión de que la importancia de nuestro éxito en hacer desaparecer inhibiciones está en proporción directa con la claridad con que la ansiedad se manifiesta como tal y puede ser resuelta.³ Por eliminación exitosa no quiero significar únicamente que las inhibiciones disminuyan o se supriman, sino que el análisis logre restablecer el placer original en la actividad. Esto es indudablemente posible en los análisis de niños pequeños y cuanto menores son, tanto más rápidamente ocurre, porque la trayectoria que se debe recorrer para invertir el mecanismo de la inhibición es menos larga y complicada en los niños *pequeños*. En Fritz, este proceso de remoción por vía de la ansiedad era precedido

² Cf. "El desarrollo de un niño", cap. I de este volumen.

³ En Fritz apareció en forma violenta (y esto me pareció muy importante), con todo el afecto adecuado a ella. En otros análisis no fue siempre así. Por ejemplo, en Félix, de trece años, a cuyo análisis me referiré repetidamente en este artículo, la ansiedad era a menudo reconocida como tal, pero no era vivida con tal poderoso afecto. En su artículo "El complejo de castración en la formación del carácter" (1923), el Dr. Alexander señala la gran importancia de este "vivenciar" afectivo. Esto es lo que el psicoanálisis se proponía en su infancia, y a lo que llamaba "abreacción".

algunas veces por la aparición de síntomas transitorios. ⁴ Estos, a su vez, eran principalmente resueltos por medio de la ansiedad. El hecho de que la supresión de estas inhibiciones y síntomas ocurre por medio de la ansiedad demuestra con seguridad que su fuente es la ansiedad.

Sabemos que la ansiedad es uno de los afectos primarios. "He dicho que la conversión en angustia, o mejor, la descarga en forma de angustia, es el destino inmediato de la libido que tropieza con la represión". ⁵ Al reaccionar así con angustia, el yo repite el afecto que en el momento del nacimiento constituye el prototipo de toda angustia, y lo emplea como "la moneda corriente por la que todo afecto se cambia o puede ser cambiado". ⁶ El descubrimiento de cómo el yo trata, en las diferentes neurosis, de defenderse del desarrollo de la angustia, llevó a Freud a inferir que: "En un sentido abstracto, por lo tanto, parece correcto decir que los síntomas están formados exclusivamente por el propósito de escapar al desarrollo, de otro modo inevitable, de la angustia." En correspondencia con esto, la angustia en los niños precederá invariablemente a la formación de síntomas y será la primera manifestación neurótica que allana el camino, por así decirlo, para los síntomas. Al mismo tiempo, no siempre será posible indicar la razón por la cual en un estadio temprano a menudo no se manifiesta o no se advierte la ansiedad. ⁷

De todos modos, no hay posiblemente un solo niño que no haya sufrido terrores y, quizá, se justifica que digamos que en todos los seres humanos, en uno u otro momento, se han presentado ansiedades neuróticas en mayor o menor grado.

"Recordamos el hecho de que el motivo y propósito de la represión es simplemente el de evitar el 'dolor'. Se deduce que el destino de la carga de afecto perteneciente a la representación es mucho más importante que el de su contenido ideacional y es decisivo para la opinión que nos formamos del proceso de represión. Si la represión no consigue evitar que surjan los sentimientos displacenteros a la angustia, podemos decir que ha fallado, aun cuando haya alcanzado su propósito en lo que se refiere al elemento ideacional." ⁸ Si la represión falla, el resultado es la formación de síntomas. "En las neurosis

⁴ Cf. S. Ferenczi: "Construcciones transitorias de síntomas durante el análisis" (1912*).

⁵ S. Freud: *Conferencias de introducción al psicoanálisis*, O.C., 15-16.

⁶ *Ibid.*

⁷ En muchos análisis pude establecer el hecho de que los niños a menudo ocultan a los que los rodean considerables cantidades de ansiedad, como si advirtieran inconscientemente su significado. En los varones está también el hecho de que creen que su ansiedad es cobardía y se avergüenzan de ella, y en realidad éste es un reproche que generalmente se les hace si la confiesan. Estos son probablemente los motivos para olvidar fácil y completamente las ansiedades de la niñez, y podemos estar seguros de que cierta ansiedad primaria está siempre escondida detrás de la amnesia de la infancia, y puede ser únicamente reconstruida por un análisis realmente profundo.

⁸ "La represión", O.C., 14.

ocurren procesos que intentan evitar el desarrollo de la ansiedad y consiguen hacerlo por diferentes medios." ⁹

Ahora bien, ¿qué ocurre con una cantidad de afecto que se hace desaparecer sin conducir a la formación de síntomas? (me refiero a los casos de represión exitosa). En lo que se refiere al destino de este monto de afecto, que está destinado a ser reprimido, Freud dice: "El destino del factor cuantitativo en la presentación del instinto puede ser uno de tres, como podemos ver a través de un rápido examen de las observaciones hechas en psicoanálisis: o el instinto es completamente suprimido y no se encuentran rastros de él, o está encubierto bajo un afecto de un tono cualitativo especial, o se convierte en angustia." ¹⁰

Pero, ¿cómo es posible que se suprima la carga de afecto en la represión exitosa? Parece justificado suponer que siempre que tiene lugar la represión (sin exceptuar los casos en que es exitosa), el afecto se descarga en forma de ansiedad, cuya primera fase a veces no se manifiesta o pasa inadvertida. Este proceso es frecuente en la histeria de angustia y también presumimos su existencia cuando esta histeria no se desarrolla realmente. En ese caso, la ansiedad estaría presente inconscientemente por un tiempo en el que "... encontramos imposible evitar aún la extraña conjunción y 'conciencia inconsciente de culpa' o una paradójica 'ansiedad inconsciente'." ¹¹ Es verdad que al examinar el uso del término "afectos inconscientes", Freud continúa diciendo: "Así, no se puede negar que el uso de los términos en cuestión es lógico; pero una comparación del afecto inconsciente con la idea inconsciente revela la significativa diferencia de que la idea inconsciente continúa, después de la represión, como una formación real en el sistema inconsciente, mientras que al afecto inconsciente le corresponde en el mismo sistema sólo una disposición potencial a la que se le impide desarrollar más." ¹² Vemos, pues, que la carga de afecto que se ha desvanecido por una represión exitosa ha sufrido seguramente también la transformación en ansiedad, pero que cuando la represión se realiza con éxito completo, a veces la ansiedad no se manifiesta de ningún modo, o sólo débilmente, y permanece como una disposición en potencia en el inconsciente. El mecanismo por el que se posibilita la "ligazón" y descarga de esta ansiedad, o la disposición a la ansiedad, sería el mismo que el que hemos visto dar por resultado la inhibición, y los descubrimientos del psicoanálisis nos han enseñado que la inhibición interviene en mayor o menor grado en el desarrollo de todo individuo normal, si bien también en esto es sólo el factor cuantitativo el que determina si será sano o enfermo.

Surge la pregunta: ¿por qué una persona sana puede descargar en

⁹ *Conferencia de introducción al psicoanálisis*, *ibid.*

¹⁰ "La represión", *ibid.*

¹¹ "Lo inconsciente", O.C., 14.

¹² *Ibid.*

forma de inhibiciones lo que a un neurótico lo ha llevado a la neurosis? Las siguientes características pueden formularse como distintivas de las inhibiciones que estamos tratando: 1) ciertas tendencias del yo reciben una poderosa catexia libidinal; 2) una cantidad de ansiedad es distribuida en tal forma entre estas tendencias que ya no aparece como ansiedad, sino como "displacer",¹³ desasosiego mental, incomodidad, etc. El análisis, sin embargo, demuestra que esas manifestaciones representan ansiedad, de la que se diferencia sólo en grado y que no se ha manifestado ella misma como tal. Por consiguiente, la inhibición implicaría que cierta cantidad de ansiedad ha sido incorporada por una tendencia yoica que ya ha tenido una catexia libidinal previa. La base de una represión satisfactoria sería entonces la catexia libidinal de los instintos del yo, acompañada en este doble camino por la inhibición como resultado.

Cuanto más perfectamente realiza su trabajo el mecanismo de la represión exitosa, menos fácil resulta reconocer la ansiedad, aun en la forma de aversión. En las personas enteramente sanas y apariencia completamente libres de inhibiciones, aparecen en última instancia sólo en forma de inclinaciones debilitadas o parcialmente debilitadas.¹⁴

Si equiparamos la capacidad de emplear la libido superflua en una catexia de tendencias del yo, con la capacidad de *sublimar*, podemos suponer que la persona que permanece sana logra hacerlo por su mayor capacidad para sublimar en un estadio muy temprano del desarrollo de su yo.

La represión actuaría entonces sobre las tendencias del yo elegidas para ese fin y así surgirían las inhibiciones. En otros casos, los mecanismos de las neurosis se movilizarían en mayor o menor grado dando como resultado la formación de síntomas.

Sabemos que el complejo de Edipo hace que la represión surja en forma particularmente intensa y moviliza al mismo tiempo el miedo a la castración. Podemos quizá suponer también que esta gran "oleada" de ansiedad es reforzada por la ansiedad preexistente (posiblemente sólo como una disposición en potencia) a consecuencia de represiones tempranas: esta última ansiedad puede haber operado directamente como angustia de castración originada en las "primeras

¹³ Al escribir sobre la conexión entre "displacer" y "angustia" en los sueños, Freud dice en *Conferencias de introducción al psicoanálisis*: "La hipótesis que resulta adecuada para los sueños de angustia puede ser adoptada también sin ninguna modificación para los que han sufrido cierto grado de modificación, y para otros tipos de sueños desagradables en los que los sentimientos de displacer que los acompañan se aproximan probablemente a la angustia".

¹⁴ Aun en esta forma de represión, en la que la transformación sufrida por la angustia la vuelve irreconocible, indudablemente es posible efectuar la retirada de grandes cantidades de libido. He encontrado en el análisis de numerosos casos que el desarrollo de hábitos y peculiaridades del individuo había sido influenciado por ideas libidinales.

castraciones."¹⁵ He descubierto muchas veces en el análisis la angustia del nacimiento como angustia de castración que revivía material temprano y he encontrado que resolviendo la angustia de castración se disipaba la angustia del nacimiento. Por ejemplo, encontré en un niño el temor a que estando sobre hielo éste pudiera ceder debajo de él, o a caer a través de un agujero en un puente —expresiones evidentemente de angustia del nacimiento—. Repetidamente he encontrado que estos temores estaban movilizados por deseos menos evidentes —activados como resultado del significado simbólico-sexual de patinar, de los puentes, etc.—, de forzar el regreso a la madre por medio del coito, y esos deseos originaron el miedo a la castración. Esto también hace más fácil entender por qué la procreación y el nacimiento son concebidos frecuentemente en el inconsciente como un coito del niño, quien, aunque sea con ayuda del padre, penetra de este modo en la vagina materna.

No parece, por lo tanto, arriesgado considerar el pavor nocturno que aparece a los dos o tres años como ansiedad originada en el primer estadio de represión del complejo de Edipo, cuya ligazón y descarga prosigue posteriormente por diversos caminos.¹⁶

El temor a la castración que se desarrolla cuando se reprime el complejo de Edipo, se dirige ahora a las tendencias del yo que ya han recibido una catexia libidinal, y luego a su vez, por medio de esta catexia es ligado y descargado.

Pienso que es bien evidente que en la medida en que las sublimaciones hasta aquí efectuadas sean cuantitativamente abundantes y cualitativamente fuertes, la ansiedad con la cual están ahora investidas será completa e imperceptiblemente distribuida entre ellas y descargadas así.

En Fritz y Félix pude comprobar que las inhibiciones del placer en los movimientos estaban estrechamente conectadas con las del placer en el estudio y con varias tendencias e intereses yoicos (que no voy a especificar ahora). En ambos casos lo que hizo posible este *desplazamiento* de la inhibición o angustia de un grupo de las tendencias del yo hacia otro, fue evidentemente la catexia principal de carácter simbólico-sexual común a ambos grupos.

En Félix, de trece años de edad (cuyo análisis usaré para ilustrar mis observaciones en una parte posterior de este artículo), la forma

¹⁵ Cf. S. Freud: "Sobre las trasposiciones de la pulsión en particular del erotismo anal", *O.C.*, 17; Stürcke, *Psicoanálisis y psiquiatría*; Alexander, *loc. cit.*

¹⁶ El resultado de la represión aparece entonces en forma notoria algo después (a los tres o cuatro años, o aun siendo mayores) en ciertas manifestaciones, algunas de las cuales son síntomas plenamente desarrollados, efecto del complejo de Edipo. Es claro (pero el hecho requiere aún verificación) que si fuera posible emprender un análisis del niño en el momento del *pavor nocturno* o poco después, y resolver su ansiedad, se disolvería el terreno subyacente a la neurosis y se abrirían posibilidades de sublimación. Mis observaciones me llevan a creer que no es imposible hacer investigaciones analíticas en niños de esa edad.

en que apareció este desplazamiento fue la alternancia de sus inhibiciones entre juegos y lecciones. En sus primeros años escolares había sido un buen alumno, pero por otra parte era muy tímido y torpe en toda clase de juegos. Cuando el padre volvió de la guerra acostumbraba pegar y reprender al niño por su cobardía, y con estos métodos consiguió el resultado deseado. Félix llegó a ser bueno para los juegos y apasionadamente interesado en ellos, pero junto a este cambio se desarrolló en él una aversión por la escuela y todo estudio o conocimiento. Esta aversión se convirtió en manifiesta antipatía, que tenía cuando llegó al análisis. La catexia simbólico-sexual en común estableció una relación entre las dos series de inhibiciones, y fue en parte la intervención de su padre, conduciéndolo a considerar los juegos como una sublimación más en consonancia con su yo, la que lo capacitó para desplazar la inhibición de los juegos a las lecciones.

Pienso que el factor de "consonancia con el yo" es también de importancia para determinar contra qué tendencia investida libidinalmente se dirigirá la libido reprimida (descargada como ansiedad), y qué tendencia sucumbiría de este modo, en mayor o menor grado, a la inhibición.

Este mecanismo de desplazamiento de una inhibición a otra me parece presentar analogías con el mecanismo de las fobias. Pero mientras en éstas todo lo que ocurre es que el contenido de la ideación cede el paso por desplazamiento a una formación sustitutiva, sin que desaparezca el monto de afecto, en la inhibición la descarga del monto de afecto parece ocurrir simultáneamente.

"Como sabemos, el desarrollo de angustia es la reacción del yo al peligro y la señal preparatoria para huir; no es por lo tanto arriesgado imaginarse que en la angustia neurótica también el yo intenta una huida ante las exigencias de su libido, y está tratando el peligro interno como si fuera externo. Entonces, nuestra teoría de que cuando la angustia se presenta debe haber algo de lo que se tiene miedo, quedaría confirmada. La analogía va más lejos que esto, sin embargo. Así como la tensión que promueve el intento de huir del peligro externo es resuelta aferrándose al propio terreno y tomando medidas defensivas apropiadas, así también el desarrollo de la ansiedad neurótica cede a la formación de un síntoma que permite a la angustia ser 'ligada'."¹⁷

En forma análoga, creo yo, podemos considerar la inhibición como la restricción compulsiva, que nace ahora de adentro, de un peligroso exceso de libido; una restricción que en un período de la historia humana tomó la forma de una compulsión desde afuera. En un principio, entonces, la primera reacción del yo ante un peligro de estancamiento de la libido debe ser la angustia: "la señal para huir". Pero la incitación a la huida da lugar al "aferrarse al propio terreno y tomar medidas defensivas apropiadas" que corresponde a la for-

¹⁷ Freud: *Conferencias de introducción al psicoanálisis*.

mación de síntomas. Otra medida defensiva debe ser el sometimiento, restringiendo las tendencias libidinales, es decir, la inhibición, pero esto sólo puede ser posible si el sujeto triunfa en desvirtuar la libido dirigiéndola hacia las actividades de los instintos de autoconservación, dando así una salida en el campo de las tendencias del yo al conflicto entre energía instintiva y represión. Así la inhibición como resultado de una represión exitosa debe ser el prerrequisito y al mismo tiempo, la consecuencia de la civilización. Es en esta forma como el hombre primitivo, cuya vida mental es en tantos aspectos similar a la del neurótico,¹⁸ debe haber llegado al mecanismo de la neurosis, pues como no tenía suficiente capacidad de sublimación, probablemente también le faltaba la capacidad para el mecanismo de represión exitosa.

Habiendo alcanzado un nivel de civilización condicionado por la represión, aunque siendo principalmente capaz de represión sólo por el camino de los mecanismos de la neurosis, está incapacitado para avanzar más allá de este nivel cultural infantil.

Quisiera ahora llamar la atención hacia la conclusión que surge de mi exposición hasta este punto: la ausencia o presencia de capacidades (o incluso el grado en que están presentes), aunque parezcan determinadas simplemente por factores constitucionales y formando parte del desarrollo de los instintos del yo, demuestran estar determinados igualmente por otros factores, libidinales, y ser susceptibles de cambiar a través del análisis.

Uno de estos factores básicos es la catexia libidinal, como preliminar necesario de la inhibición. Esta conclusión está de acuerdo con hechos que hemos observado repetidamente en psicoanálisis. Pero encontramos que existe la catexia libidinal de una tendencia del yo aun cuando la inhibición no se ha producido. Es (como aparece con especial claridad en el análisis de niños) una componente constante de todo talento e interés. Si es así, debemos suponer que para el desarrollo de una tendencia del yo, no sólo tendría importancia una disposición constitucional sino también lo siguiente: cómo, en qué período y en qué cantidad —en realidad, bajo qué condiciones— tiene lugar la alianza con la libido; de modo que el desarrollo de la tendencia del yo depende del destino de la libido con la cual está asociada, es decir, del éxito de la catexia libidinal. Pero esto reduce la importancia del factor constitucional en el talento y, en analogía con lo que Freud ha demostrado en conexión con la enfermedad, se ve que el factor "accidental" es de gran importancia.

Sabemos que en el estadio narcisista, los instintos del yo y los sexuales están todavía unidos porque en un principio los instintos sexuales entran en el terreno de los instintos de autoconservación. El estudio de las neurosis de transferencia nos ha enseñado que posteriormente se separan funcionando como dos formas separadas de

¹⁸ Cf. Freud: *Tótem y tabú*, O.C., 13.

energía y desarrollándose de diferentes modos. Aunque aceptamos como válida la diferenciación entre instintos del yo e instintos sexuales, sabemos por otra parte, gracias a Freud, que una parte de los instintos sexuales permanece asociada a lo largo de la vida con los instintos del yo y los provee de componentes libidinales. Lo que he denominado previamente catexia simbólico-sexual de una tendencia o actividad perteneciente a los instintos del yo, corresponde al componente libidinal. Llamamos "sublimación" a este proceso de catectización con libido y explicamos su génesis diciendo que provee a la libido superflua, para lo cual no hay satisfacción adecuada, de la posibilidad de descarga y que de este modo disminuye o termina el estancamiento de libido. Este concepto está de acuerdo también con la idea de Freud de que el proceso de sublimación abre una vía de descarga para las excitaciones poderosas, que emanan de las distintas fuentes de la sexualidad y les permite ser aplicadas en otras direcciones. De este modo, dice Freud, cuando el sujeto tiene una disposición constitucional anormal, la excitación superflua puede encontrar descarga no sólo en la perversión o neurosis sino también en la sublimación.¹⁹

En su estudio del origen sexual del habla, Sperber muestra²⁰ que los impulsos sexuales han desempeñado un papel importante en su evolución, que los primeros sonidos hablados eran los llamados seductores a la pareja y que este lenguaje rudimentario se desarrolló como acompañamiento rítmico del trabajo, el que quedó asociado al placer sexual. Jones saca la conclusión de que la sublimación es la repetición ontogenética del proceso descrito por Sperber.²¹ Pero, al mismo tiempo, los factores que condicionan el desarrollo del lenguaje están activos en la génesis del simbolismo. Ferenczi postula que la base de la identificación, como estadio preliminar del simbolismo, está en el hecho de que en un estadio temprano de su desarrollo, el niño trata de redescubrir los órganos de su cuerpo y las actividades de éstos, en cada objeto que encuentra. Como establece una comparación similar con el interior de su cuerpo, probablemente ve en la parte superior de su cuerpo un equivalente de cada aspecto afectivamente importante de la parte inferior. Según Freud, la primera orientación del sujeto hacia su propio cuerpo está acompañada también por el descubrimiento de nuevas fuentes de placer. Puede muy bien ser esto lo que hace posible la comparación entre diferentes órganos y zonas del cuerpo. Esta comparación será posteriormente seguida por el proceso de identificación con otros objetos, proceso en el cual, de acuerdo con Jones, el principio de placer nos permite comparar dos objetos completamente diferentes sobre la base de una

¹⁹ *Tres ensayos de teoría sexual*, O.C., 7.

²⁰ Sperber, 1915.

²¹ Jones (1916): *Papers of Psychoanalysis*, 3a. ed. Cf. también Rank y Sachs (1913).

semejanza de tonalidad placentera, o de interés.²² Pero tenemos probablemente razones para suponer que por otra parte esos objetos y actividades, que no son de por sí fuentes de placer, llegan a serlo por esta identificación, siendo desplazado hacia ellos un placer sexual, como supone Sperber que fue desplazado hacia el trabajo en el hombre primitivo. Entonces, cuando la represión comienza a actuar y se progresa de la identificación a la formación de símbolos, es este último proceso el que proporciona una oportunidad a la libido de desplazarse a otros objetos y actividades de los de autoconservación, que originariamente no poseían una tonalidad placentera. Aquí llegamos al mecanismo de la sublimación.

De acuerdo con esto, vemos que la *identificación* es un estadio preliminar no sólo de la formación de símbolos sino al mismo tiempo de la evolución del lenguaje y de la sublimación. Esta última se produce por medio de la formación de símbolos; las fantasías libidinales quedan fijadas en forma simbólico-sexual sobre objetos, actividades e intereses especiales. Ilustraré esta afirmación en la siguiente forma. En los casos que he citado de placer en el movimiento —juegos y actividades atléticas— debemos reconocer la influencia del significado sexual del campo de deportes, del camino, etc. (como símbolos de la madre), en tanto que caminar, correr y toda clase de movimientos atléticos representan la penetración dentro de la madre. Al mismo tiempo, los pies, las manos y el cuerpo que llevan a cabo estas actividades y que, como consecuencia de identificaciones tempranas, son comparados con el pene, sirven para atraer sobre ellos algunas de las fantasías que realmente están en relación con el pene y las situaciones y gratificaciones asociadas con dicho órgano. El eslabón que conectó esto fue probablemente el placer por el movimiento, o más bien el órgano mismo. Este es el punto en que la sublimación difiere de la formación de síntomas histéricos, habiendo seguido hasta aquí el mismo curso.

Con el fin de formular con mayor precisión las analogías y diferencias entre síntomas y sublimación, quisiera referirme al análisis de Leonardo da Vinci, hecho por Freud. Como punto de partida, Freud toma el recuerdo de Leonardo —o mejor, su fantasía— de que estando aún en la cuna un buitre voló sobre él, abrió su boca con su cola, y apoyó la cola repetidas veces sobre sus labios. Leonardo mismo comenta que de este modo su absorbente y minucioso interés por los buitres quedó determinado muy tempranamente en su vida, y Freud hace notar cómo esta fantasía tuvo realmente gran importancia en el arte de Leonardo y también en su inclinación por las ciencias naturales.

Por el análisis de Freud aprendemos que el contenido mnésico real de la fantasía es la situación del niño amamantado y besado por la madre. La idea de la cola del pájaro en su boca (correspondiente a

²² Jones, *loc. cit.*

la fellatio) es evidentemente una reconstrucción de la fantasía en forma pasiva homosexual. Al mismo tiempo, vemos que representa una condensación de las tempranas teorías sexuales infantiles de Leonardo, que lo llevaron a suponer que la madre poseía un pene. Encontramos con frecuencia que cuando el instinto epistemofílico está asociado tempranamente con intereses sexuales, el resultado es la inhibición o la neurosis obsesiva y rumiación obsesiva. Freud prosigue mostrándonos que Leonardo escapó a este destino por la sublimación de este componente instintivo que de este modo no cayó víctima de la represión. Me gustaría preguntar ahora: ¿Cómo escapó Leonardo de la histeria? Porque la raíz de la histeria me parece reconocible en la fantasía, en este elemento condensado de la cola del buitre, el elemento que se encuentra frecuentemente en los histéricos como fantasía de fellatio, expresado por ejemplo como sensación del bolo histérico. Según Freud, tenemos en la sintomatología de la histeria una reproducción de la capacidad para el desplazamiento de las zonas erógenas que se manifiestan en la orientación e identificación temprana del niño. De este modo, vemos que la identificación es también un estadio preliminar de la formación del síntoma histérico, y es esta identificación la que capacita al histérico para efectuar el típico desplazamiento de abajo hacia arriba. Si ahora suponemos que la situación de gratificación por fellatio, que quedó fijada en Leonardo, fue alcanzada por la misma vía (identificación-formación simbólica-fijación) que lleva a la conversión histérica, me parece que el punto de divergencia aparece en la fijación. En Leonardo la situación placentera no quedó fijada como tal: la transfirió a las tendencias del yo. Debe haber tenido que hacer muy temprano en su vida una identificación muy profunda con los objetos que lo rodeaban. Posiblemente, esa capacidad fuera debida a un desarrollo desusadamente temprano e intenso de la libido narcisística en libido objetal. Otro factor contribuyente parece ser la capacidad para mantener la libido en estado de suspensión. Por otra parte, podemos suponer que hay aún otro factor de importancia para la capacidad de sublimación: uno que bien podría formar una parte considerable del talento con que un individuo está constitucionalmente dotado. Me refiero a la facilidad para que una actividad o tendencia del yo adquiriera una catexia libidinal y la medida en que de este modo sea receptiva; en el plano físico, vemos una analogía en la rapidez con que es innervada una zona especial del cuerpo y la importancia de este factor en el desarrollo de los síntomas histéricos. Estos factores, que podrían constituir lo que entendemos por "disposición" formarían una serie complementaria, como aquellas con que estamos familiarizados en la etiología de las neurosis. En el caso de Leonardo, no sólo se estableció una identificación entre el pezón, el pene y la cola del pájaro, sino que esta identificación se fusionó con el interés por el movimiento de dicho objeto, el pájaro, y su vuelo y el espacio en el cual volaba. Las situaciones placenteras, realmente experimentadas

o fantaseadas, permanecerían sin embargo inconscientes, y fijadas, pero se les dio intervención en una tendencia del yo y así pudieron descargarse. Cuando reciben esta clase de representación, las fijaciones quedan despojadas de su carácter sexual; marchan de acuerdo con el yo y si la sublimación tiene éxito —es decir, si se fusionan con una tendencia del yo— no son reprimidas. Cuando esto sucede, proporcionan a la tendencia del yo el motivo de afecto que actúa como estímulo y como fuerza impulsora del talento y, como la tendencia del yo les proporciona campo libre para actuar en consonancia con el yo, permiten a la fantasía desplegarse sin restricciones y en esta forma ellas mismas son descargadas.

Por otra parte, en la fijación histérica, la fantasía se aferra tan tenazmente a la situación placentera que antes de que sea posible la sublimación, sucumbe a la represión y a la fijación; y así, suponiendo que actúen los otros factores etiológicos, está forzada a encontrar representación y descarga en los síntomas histéricos. La forma en que se desarrolló el interés científico de Leonardo por el vuelo de los pájaros, muestra que también en la sublimación continúa funcionando la fijación a la fantasía con todos sus determinantes.

Freud ha resumido ampliamente las características esenciales de los síntomas histéricos.²³ Si aplicamos su descripción a la sublimación de Leonardo considerada en conexión con la fantasía del buitre, veremos la analogía entre síntomas y sublimación. Creo, también, que esta sublimación corresponde a la fórmula de Freud de que un síntoma histérico expresa a menudo una fantasía sexual inconsciente masculina por un lado y femenina por otro. En Leonardo, la parte femenina se expresa en la fantasía pasiva de fellatio; la fantasía masculina me parece reconocible en un pasaje de las anotaciones de Leonardo que Freud cita como una especie de profecía: "El gran pájaro realizará su primer vuelo desde el lomo de su gran cisne, llenará al mundo de asombro y la literatura contará su fama y será una gloria eterna para el nido en que nació". ¿No significa esto ganar el reconocimiento de la madre por sus realizaciones genitales? Creo que esta fantasía, que expresa también un temprano deseo infantil, quedó representada, junto con la fantasía del buitre, en su estudio científico del vuelo de los pájaros y la aeronáutica. De este modo, la actividad genital de Leonardo, que desempeñó tan poco papel en lo que se refiere a gratificación instintiva real, se fusionó totalmente en sus sublimaciones.

Según Freud, el ataque histérico es simplemente una representación pantomímica de las fantasías, trasladada en términos de movimiento y proyectada en la motilidad. Lo mismo puede decirse de las fantasías y fijaciones que, como en el caso del artista, están representadas por innervaciones físicas motrices, ya sea en relación con el cuerpo mismo del sujeto o con algún otro medio. Esta opinión está

²³ "Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad", *O.C.*, 9.

de acuerdo con lo que Ferenczi y Freud han escrito sobre las analogías y relaciones entre arte e histeria por una parte, y el ataque histérico y el coito, por otra.

Ahora bien, así como el ataque histérico usa para su material una peculiar condensación de fantasías, así también el desarrollo de un interés por el arte o de un *talento* creador dependerían en parte de la riqueza e intensidad de las fijaciones y fantasías representadas en la sublimación. Sería importante no sólo en qué cantidad están presentes los factores constitucionales y accidentales involucrados y cuán armoniosamente cooperan, sino también cuál es el grado de actividad genital que podrá ser desviada para la sublimación. En forma similar, la primacía de la zona genital en la histeria ha sido alcanzada siempre.

El genio difiere del talento no sólo cuantitativamente, sino también en su cualidad esencial. Sin embargo, podemos suponer que tiene las mismas condiciones genéticas que el talento. El genio parece posible cuando todos los factores involucrados están presentes con tal abundancia como para hacer surgir agrupaciones únicas, configuraciones de unidades que mantienen cierta similitud esencial unas con otras: me refiero a las fijaciones libidinales.

Al examinar el problema de la sublimación, sugerí que un factor determinante de su éxito era que las fijaciones destinadas a la sublimación no hayan sufrido una represión demasiado temprana, porque esto impide la posibilidad de desarrollo. De acuerdo con esto tenemos que postular una serie complementaria entre la formación de síntomas por una parte, y la sublimación eficaz por otra. Estas series incluirían también posibilidades de sublimaciones menos eficaces. En mi opinión, encontramos que la fijación que conduce a un síntoma estaba ya en vías de sublimación, pero fue apartada de ella por la represión. Cuanto más pronto ocurre esto, mayor será el grado en que la fijación retendrá el verdadero carácter sexual de la situación placentera y tanto más sexualizará la tendencia en la que ha colocado su catexia libidinal, en vez de fusionarse con esa tendencia. También será más inestable esa tendencia o interés porque estará continuamente expuesta a la arremetida de la represión.

Me gustaría agregar algunas palabras acerca de la distinción entre sublimación sin éxito e inhibición, y sobre las relaciones entre ambas. He mencionado algunas inhibiciones que llamé normales y que nacieron cuando la represión tuvo éxito; cuando el análisis las resolvió se encontró que se basaban en parte en sublimaciones muy intensas. Es verdad que éstas se habían formado, pero habían sido inhibidas luego enteramente o en cierta medida. No tenían el carácter de sublimaciones fracasadas, las que oscilan entre formación de síntomas, rasgos neuróticos y sublimación. Sólo en el análisis fueron reconocidas como inhibiciones; se manifiestan en forma negativa, como una falta de inclinación o capacidad o a veces sólo como una disminución de éstas. Las inhibiciones están formadas (como he tratado

de demostrar en la pág. 89 de este capítulo) por la *transferencia de libido superflua*, que encuentra descarga como angustia, a la sublimación. De este modo, la sublimación es disminuida o destruida por represión en la forma de inhibición, pero se evita la formación de síntomas porque la angustia es así descargada en forma análoga a aquella que conocemos en la formación de síntomas histéricos. De acuerdo con esto, podemos suponer que el hombre normal alcanza su estado de salud por medio de inhibiciones, ayudadas por represiones eficaces. Si la cantidad de angustia que inviste a las inhibiciones excede a la de las sublimaciones, el resultado es la inhibición neurótica, porque la lucha entre la libido y la represión no se resuelve en el campo de las tendencias del yo y, por lo tanto, se ponen en marcha los mismos procesos empleados en las neurosis para ligar la angustia. Mientras que en la sublimación fracasada las fantasías se topan con la represión en su camino hacia la sublimación y en esta forma quedan fijadas, debemos suponer que para que una sublimación sea inhibida tiene que haber existido realmente como sublimación. Nuevamente aquí podemos postular las series complementarias inferidas ya entre síntoma por un lado y sublimación eficiente por el otro. Podemos suponer, sin embargo, que por otra parte, en la proporción en que tengan éxito las sublimaciones y por lo tanto pueda una parte pequeña de libido estancada dentro del yo, lista para ser descargada como angustia, menor será la necesidad de inhibición. Podemos asegurar también que cuanto más exitosa sea la sublimación, menos estará expuesta a la represión. Aquí podemos postular nuevamente una serie complementaria.

Conocemos la importancia de las fantasías de masturbación en los síntomas y ataques histéricos. Daré una ilustración del efecto de las fantasías de masturbación sobre la sublimación. Félix, de trece años, produjo durante el análisis la siguiente fantasía. Estaba jugando con hermosas niñas desnudas cuyos pechos frotaba y acariciaba. No veía la parte inferior de sus cuerpos. Jugaban al fútbol entre ellos. Esta fantasía sexual, que para Félix era un sustituto del onanismo, fue seguida durante el análisis por muchas otras fantasías; algunas aparecían en forma de ensueños diurnos; otras, durante la noche, como sustitutos del onanismo, y todas referidas a juegos. Estas fantasías nos demuestran cómo algunas de sus fijaciones fueron elaboradas en un interés por los juegos. En la primera fantasía sexual, que era sólo fragmentaria, el coito fue reemplazado por el fútbol.²⁴ Este juego, junto con otros, había absorbido enteramente su interés y ambición, porque esta sublimación estaba reforzada reactivamente, como protección contra otros intereses reprimidos e inhibidos que estaban menos en consonancia con su yo.

²⁴ Descubrí con el análisis, tanto de varones como de niñas, que era típico este significado del fútbol y también de todo tipo de juegos con pelotas. Ilustraré esta afirmación en otra parte; ahora solamente dejaré sentado que llegué a esta conclusión.

Este refuerzo reactivo, por otra parte obsesivo, puede muy bien ser en general un factor determinante de la destrucción de sublimaciones que ocurre a veces durante el análisis, aunque por regla general en nuestra experiencia el análisis sólo estimula sublimaciones. El síntoma es abandonado, por ser una costosa formación sustitutiva, cuando se resuelven las fijaciones y se abren otros canales para la descarga de la libido. Pero al traer a la conciencia estas fijaciones que forman la base de la sublimación tiene por regla general un resultado diferente: generalmente la sublimación se refuerza porque se la retiene como el canal sustitutivo más expeditivo y probablemente más temprano de descarga de libido que debe quedar insatisfecha.

Sabemos que la fijación a escenas o fantasías "primarias" es poderosa en la génesis de la neurosis. Voy a dar un ejemplo de la importancia de las fantasías primarias en el desarrollo de las sublimaciones. Fritz, que tenía casi siete años, contaba varias fantasías acerca del "general Pipi" (el órgano genital) que conducía los soldados "gotas de pipi", a través de las calles; Fritz dio una descripción exacta de la situación y lugar de estas calles y las comparó con la forma de las letras del alfabeto. El general conducía a los soldados a un pueblo, donde eran acuartelados. El contenido de estas fantasías era el coito con la madre, el movimiento que acompaña al pene y el camino que toma. Del contexto surgió que eran al mismo tiempo fantasías de masturbación. Encontramos que intervenían en sus sublimaciones, junto con otros elementos, en cuyo desarrollo no voy a extenderme ahora. Cuando corría con su "monopatín" atribuía especial importancia a dar vueltas y curvas,²⁵ tales como había descrito en varias fantasías sobre su "pipi". Una vez, por ejemplo, dijo que había inventado una patente para el "pipi". La patente consistía en poder hacer aparecer el "pipi" con un salto a través de la abertura de sus pantalones, sin tocarlo con las manos, enroscando y torciendo todo el cuerpo.

Tenía repetidamente fantasías de inventar tipos especiales de motocicletas y autos. Lo importante de esas construcciones de su fantasía²⁶ era invariablemente conseguir una destreza especial en la dirección y en las curvas. "Las mujeres —decía— tal vez puedan conducir, pero no pueden girar rápidamente." Una de sus fantasías era que

²⁵ Su gran placer y habilidad en este pasatiempo había sido precedido originalmente por torpeza y disgusto. Durante el análisis apareció primeramente una oscilación entre el placer y el disgusto, que se dio también en relación con sus demás juegos de movimiento y deportes. Luego consiguió un placer y una destreza perdurables en lugar de la inhibición, que había sido determinada por el miedo a la castración. La misma determinación se hizo evidente en relación con su inhibición (su siguiente placer) para andar en tobogán. Allí nuevamente atribuía especial importancia a las distintas posturas asumidas. Descubrimos en él una actitud análoga para todo juego de movimiento y atlético.

²⁶ Era evidente que la raíz de la patente de invenciones y construcciones que fantaseaba yacía siempre en los movimientos y funciones del "pipi", al que sus invenciones tenían como objetivo perfeccionar más.

los niños, tanto niñas como varones, tuvieran en seguida de nacer su pequeña motocicleta. Cada niño podría llevar a tres o cuatro más en su motocicleta, y dejarlos en el camino donde ellos quisieran. Los niños malos se caerían de la motocicleta al tomar una curva muy cerrada y los demás descenderían al llegar a término (nacerían). Hablando de la letra S, con la cual tenía varias fantasías, decía que los hijos de dicha letra, las pequeñas s, pueden hacer arrancar y conducir motos estando todavía en pañales, que todos ellos tenían motocicletas, con las que podían ir en un cuarto de hora mucho más lejos que lo que las personas mayores podían en una hora; y que los niños eran superiores a los mayores en correr y saltar y en todo lo que se refiriera a destreza del cuerpo. Tenía también muchas fantasías acerca de las diferentes clases de vehículos que le hubiera agrado poseer y con los que habría ido a la escuela tan pronto como los tuviera, llevando a su madre y a su hermana con él. Una vez demostró angustia ante la idea de verter petróleo en el tanque de un motor, por el peligro de explosión; resultó que en la fantasía de llenar una motocicleta grande o pequeña con petróleo, este último representaba el "Pipi-agua" o semen, al que suponía necesario para el coito, mientras que la destreza especial para manejar la motocicleta y realizar constantes curvas y vueltas representaba destreza en el coito.

Fue sólo durante los primeros años de su vida que dio señales de esta fijación tan grande en los caminos y en cuestiones conectadas con ellos. Cuando tenía alrededor de cinco años, sentía un marcado desagrado por salir a caminar. También su incapacidad para entender las distancias en tiempo y espacio a esa edad era muy notable. Así, después de haber viajado durante algunas horas, pensaba que estaba todavía en su ciudad natal. Asociada con este disgusto por salir a caminar estaba su completa falta de interés por conocer el lugar adonde había ido y su total falta de sentido de orientación.

El intenso interés por los vehículos adquirió la forma de estarse horas mirando pasar los carros desde la ventana o del vestíbulo de la casa y también de pasión por conducir. Su principal ocupación era jugar a ser cochero o chófer, juntando las sillas para formar el vehículo. A este juego, que realmente consistía en sentarse y quedarse quieto, se dedicaba en tal forma que parecía compulsivo, especialmente porque tenía una total aversión por cualquier otro tipo de juego. Fue en ese momento cuando empecé su análisis y después de algunos meses se notó un gran cambio, no sólo respecto a esto sino en general.

Hasta entonces no había manifestado angustia, pero durante el análisis apareció una intensa angustia que fue resuelta analíticamente. En la última parte de su análisis manifestó fobia a los chicos callejeros. Estaba conectada con el hecho de haber sido molestado repetidas veces por ellos en la calle. Manifestó temerlos y finalmente no se lo pudo persuadir de salir solo a la calle. No pude conocer esta fobia analíticamente porque por razones externas el análisis no pudo conti-

nuar, pero supe que poco tiempo después de interrumpido, la fobia desapareció completamente y fue reemplazada por un placer especial por vagabundear.²⁷

Al mismo tiempo desarrolló un mayor sentido de orientación en el espacio. Al comienzo, su interés se dirigía especialmente a las estaciones, las puertas de los coches de los trenes y después las entradas y salidas de los lugares, en cuanto llegaba a ellos. Empezó a interesarse por las vías de los trenes eléctricos y las calles por donde pasaban. El análisis desvaneció su disgusto por el fuego, que resultó tener varios factores determinantes. Su interés por los vehículos, que se desarrolló temprano y que tenía carácter obsesivo, se manifestó en diferentes juegos, que, en contraste con el anterior juego monótono del chófer, practicaba con gran riqueza de fantasías. Desarrolló también un apasionado interés por los ascensores y por subir y bajar en ellos. En esa época estaba enfermo y debía quedar en cama; entonces inventó los siguientes juegos. Se metió debajo de las sábanas y dijo: "el agujero es cada vez más grande, pronto podré salir". Diciendo esto se deslizaba suavemente por debajo de las sábanas hasta la otra punta de la cama, como si la abertura fuera demasiado grande para él para trepar y saltar afuera. Después jugaba a que iba a hacer un viaje debajo de las sábanas; a veces salía por un costado y otras por el otro, y decía cuando se ponía sobre ellas que ahora estaba "sobre la tierra", lo que significaba que era lo opuesto de un tren subterráneo. Lo había impresionado extraordinariamente ver salir el subterráneo de debajo de la tierra en una estación terminal y continuar por encima. Durante este juego con las sábanas tenía mucho cuidado de que no fuera a deslizarse hacia un lado u otro durante su trayecto, de manera de ser visible sólo cuando salía por un extremo o el otro, lo que llamaba la "estación terminal". Otra vez hizo un juego diferente con las sábanas, que consistía en deslizarse y salir de ellas en diferentes puntos. Cuando jugaba así le dijo una vez a su madre: "Voy adentro de tu vientre." En esa época produjo la siguiente fantasía. Iba en el subterráneo. Había mucha gente allí, el conductor subía y bajaba rápidamente algunos escalones y entregaba los billetes al público. El iba en el subterráneo, bajo la tierra, hasta que las vías se encontraban. Después había un hoyo y césped. En otro de esos juegos en la cama hacía repetidamente que un juguete con motor y chófer anduviera sobre el cobertor y sábanas que había arrollado para formar un promontorio. Luego decía: "El chófer siempre quiere ir por encima de la montaña pero eso es un mal camino para andar"; luego, mandando al chófer por debajo de las sábanas, decía: "éste es un buen camino". Tenía siempre un interés especial por una parte del tren

²⁷ Cuando tenía dos años y nueve meses se escapó de la casa y cruzó calles de mucho tránsito sin demostrar temor. Esa inclinación a escaparse duró alrededor de seis meses. Después empezó a mostrar una marcada cautela frente a los motores (el análisis demostró que esto era angustia neurótica), y su deseo de escaparse tanto como su placer en vagar parecían haberse desvanecido finalmente.

eléctrico en la que había una sola vía y donde se formaba una vuelta cerrada. Decía que tenía que estar esa vuelta por si el otro tren venía en dirección contraria y chocaban. Le explicaba a su madre el peligro: "Mira, si dos personas llegan en dirección contraria (al decir esto corría hacia ella) chocan y así hacen dos caballos, si corren así." Una fantasía frecuente en él era imaginarse cómo era su madre en su interior: se imaginaba toda clase de aparatos, especialmente en el estómago. Esto era seguido por la fantasía de un columpio o calesita donde había una cantidad de gente pequeña que trataba de meterse allí unos después de otros y salir por el otro lado. Había alguien que presionaba algo y los ayudaba a hacer esto.

Su nuevo placer por vagar y todos sus otros intereses duraron algún tiempo, pero después de algunos meses fueron vencidos por su antiguo disgusto por salir a caminar. Esto duró así hasta que empecé a analizarlo nuevamente. Tenía entonces cerca de siete años.²⁸

Durante esta parte de su análisis, que fue ahora muy a lo profundo, este rechazo se acrecentó y se reveló claramente como inhibición, hasta que la ansiedad latente se hizo después manifiesta y pudo ser resuelta. Era especialmente el *camino a la escuela* el que provocaba esta gran ansiedad. Encontramos que una de las razones por las que no le gustaban las calles que lo conducían a la escuela era que tenían árboles. A las calles que tenían terrenos sin edificar a ambos lados, por otra parte, las encontraba muy hermosas porque se podía hacer senderos y se los podía convertir en jardines, si se plantaban flores y se las regaba.²⁹ Su antipatía por los árboles, que por algún tiempo tomó la forma de temor a los bosques, demostró estar determinada en parte por fantasías sobre un árbol derribado, que podía caer sobre él. El árbol representaba para él el enorme pene del padre, que deseaba cortar y que por eso temía. Que temía el camino a la escuela lo vimos en varias fantasías. Una vez me habló acerca de un puente (que existía únicamente en su imaginación) que estaba en el camino a la escuela.³⁰ Si el puente hubiera tenido un agujero, él podría haber caído por ahí. Otra vez fue un pedazo de cordel grueso que vio tirado en el campo lo que le causó angustia, porque le hizo pensar en una víbora. En esa época también acostumbraba ir saltando sobre un pie una parte del camino, diciendo que le habían cortado un pie. En relación con un dibujo que había visto en un libro, tuvo fantasías sobre una bruja que encontraría en su camino a la escuela y que vaciaría un jarro de tinta sobre él y su cartera. En este caso, el jarro representaba el pene de la madre.³¹ Entonces añadió espontáneamente que lo te-

²⁸ El niño había tenido una recaída, que se debió en parte a que, en mi deseo de ser prudente, no había hecho el análisis bastante profundo. Parte del resultado obtenido, sin embargo, había resultado duradero.

²⁹ Conectado con plantar flores estaba su hábito de orinar en lugares determinados de su camino.

³⁰ S. Ferenczi: "El simbolismo del puente" (1921).

³¹ Sus asociaciones de estar sucio con tinta eran: aceite y leche condensada, li-

mía, pero que al mismo tiempo era lindo. Otra vez fantaseó que se encontraba con una bruja hermosa y miraba fijamente la corona que ella llevaba sobre su cabeza. Como la miraba tan fijamente (*kuckte*) él era un cuco (*Kuckuck*) y ella hizo desaparecer su cartera y lo transformó de cuco en paloma (un animal femenino, según pensaba).

Voy a dar un ejemplo de fantasías que aparecieron más tarde en su análisis, donde es evidente el significado placentero original del camino. Una vez me dijo que tendría placer en ir a la escuela tan sólo si no fuera por el camino. Entonces fantaseó que para evitar el camino tendería una escalera desde la ventana de su cuarto hasta la de la maestra, así él y su madre podrían ir juntos, trepando de un peldaño a otro. Después me habló de una cuerda, también tendida de ventana a ventana, por la cual él y su hermana podrían llegar a la escuela. Había una señorita que los ayudaba tirando de la cuerda, y los chicos que ya estaban en la escuela ayudaban también. El mismo hacía volver la cuerda, "ponía en movimiento la cuerda", según decía.³²

Durante su análisis, se volvió mucho más activo y entonces me contó la siguiente historia que él denominó "robo en el camino". Había un caballero muy rico y feliz, y aunque era muy joven, quería casarse. Iba a la calle, veía allí a una hermosa dama y le preguntaba cómo se llamaba. Ella contestaba: "Eso no le importa a usted". Entonces le preguntaba dónde vivía. Ella le contestaba nuevamente que eso no le importaba. Hacían cada vez más ruido al hablar. Entonces llegó un agente, que los había estado observando, y llevó al joven en un gran carruaje, el tipo de carruaje que un caballero así debería tener. Fue llevado a una casa con barrotes de hierro en la ventana: una prisión. Fue acusado de robo en el camino. "Así es como lo llaman".³³

El placer original por los caminos corresponde a su deseo de coito con la madre, y por esto no pudo llegar a actuar completamente hasta que fue resuelta la angustia de castración. Igualmente vemos que en estrecha conexión con esto, su interés por explorar caminos y calles (que formaba la base de su sentido de orientación) se de-

quidos que, como su análisis demostró, representaban en su mente el semen. Era una mezcla de heces y semen lo que suponía que habría en el pene de su padre y de su madre.

³² Esto era parte de una fantasía, muy larga y sobredeterminada, que dio material a varias teorías sobre la procreación y el nacimiento. Fritz proporcionó también otras asociaciones sobre una máquina de su invención, por medio de la cual podía tirar la cuerda a diferentes partes del pueblo. Esta fantasía reveló nuevamente su idea de haber sido procreado por su padre, unida a ideas de coito por su propia parte.

³³ Esta fantasía nos muestra qué había determinado su primitiva fobia por los chicos de la calle, la que había desaparecido temporariamente. El primer análisis, que no fue bastante profundo, no consiguió resolver suficientemente las fijaciones, subyacentes a la fobia, y sus inhibiciones. Esto hizo posible su recaída. Este hecho, considerado con mayores experiencias en análisis de niños, me parecía demostrar que el análisis infantil tanto como el análisis posterior debe llegar tan profundamente como sea necesario.

sarrolló con la liberación de la curiosidad sexual que había sido asimismo reprimida a causa del miedo a la castración. Daré algunos ejemplos. Me dijo una vez que cuando estaba orinando tenía que poner los frenos (lo que hacía apretando su pene) porque si no toda la casa podía derrumbarse.³⁴ En relación con esto existían muchas fantasías que demostraban que estaba bajo la influencia de la imagen mental del interior del cuerpo de su madre, y por identificación con ella, del suyo propio. Lo representaba como un pueblo, a veces como un país y después como el mundo, atravesado por líneas de ferrocarril; se imaginaba ese pueblo provisto de todo lo necesario para los habitantes y los animales que vivían allí y equipado con toda clase de artículos modernos.

Tenía telégrafos y teléfonos, diferentes clases de vías, ascensores y calesitas, anuncios, etc. Las vías estaban construidas en diferentes direcciones, a veces eran vías circulares con una cantidad de estaciones, y otras eran como las vías de su pueblo, con dos estaciones terminales. Había dos clases de trenes en los rieles: uno era el "tren-Pipi", manejado por una "gota de pipi", mientras que el otro era un "tren-Caca", manejado por una "caca".³⁵ A menudo el tren "Caca" estaba representado por un tren común de pasajeros, mientras que el tren "Pipi" era un tren expreso o eléctrico. Las dos estaciones terminales eran la boca y el "Pipi". En este caso había cierto lugar donde el tren tenía que cruzar otra vía que corría inclinada por una pendiente y luego bajaba. Entonces se producía un gran estrépito, porque el tren que corría por esta vía y conducía a los niños —los niños "Cacas"— chocaba con otro. Los niños lastimados eran llevados al puesto de señales.³⁶ Este resultó ser el agujero "Caca" que después fue introducido a menudo en fantasías como la plataforma de llegada o de salida. También había una colisión y estrépito cuando un tren venía en la otra dirección, esto es, cuando entraba por la boca. Esto representaba la fecundación a través de la comida, y su rechazo de cierta clase de alimentos estaba determinado por estas fantasías. Tenía otras, en las que hablaba de que las dos vías del tren tenían la misma plataforma de salida. Los trenes entonces corrían por las mismas vías, se separaban más abajo y así conducían hacia el agujero "Pipi" y "Caca". Se ve cuán fuerte era en él la influencia de la idea de la fecundación a través de la boca, en la fantasía que lo obligaba a detenerse siete veces cuando estaba orinando. La idea de las siete detenciones era originada por el número de gotas de un medicamento que estaba tomando en esa época y por el cual sentía una

³⁴ Encontramos estas ideas en su primer análisis (Cf. "El desarrollo de un niño"). Como el análisis no fue bastante profundo, las fantasías ligadas a esas ideas no pudieron ser liberadas. Hicieron su aparición recién en el segundo análisis.

³⁵ Heces.

³⁶ Quiero referirme aquí nuevamente a una fantasía descrita en "El desarrollo de un niño". En esa fantasía, los niños "Caca" bajaban algunos escalones desde el balcón al jardín (el cuarto).

gran repugnancia, porque, como lo demostró el análisis, lo equiparaba con orina.

Hay todavía otro detalle que quiero mencionar en la extraordinaria riqueza de imaginación que se reveló en estas fantasías de un pueblo, vías,³⁷ estaciones y caminos. Otra fantasía frecuente era la de una estación, a la que daba diferentes nombres, y que yo llamaré A. Había otras dos estaciones B y C, pegadas a la primera. A veces describía estas dos como una sola estación grande. A era muy importante porque de ella eran enviadas toda clase de mercaderías, y a veces también pasajeros, por ejemplo, oficiales del ferrocarril, que representaba con su dedo. A era la boca desde donde la comida seguía su camino. Los oficiales del ferrocarril eran el "Pipi" y esto llevaba a sus ideas de fecundación por la boca. B y C eran usadas para descargar las mercaderías. En B había un jardín sin árboles pero con muchos senderos que comunicaban unos con otros, y en los que había cuatro entradas, que no eran puertas sino simples agujeros. Estos aparecían como las aberturas de los oídos y la nariz. C era el cráneo y B y C juntos, toda la cabeza. Decía que la cabeza estaba sólo pegada a la boca, idea determinada en parte por su complejo de castración. El estómago también era a menudo una estación, pero este arreglo variaba frecuentemente. En todo esto, ascensores y calesitas jugaban un gran papel y eran usados únicamente para trasladar "Caca" y niños.

A medida que éstas y otras fantasías fueron interpretadas, su sentido y facultad de orientación se intensificaron, como se vio claramente en sus juegos e intereses.

Así encontramos que su sentido de orientación, anteriormente muy inhibido, pero que se desarrolló ahora en forma notable, estaba determinado por su deseo de penetrar en el cuerpo de la madre e investigar su contenido, con los pasadizos para entrar y salir de él y los procesos de fecundación y nacimiento.³⁸

³⁷ El tren circular de sus fantasías aparecía igualmente en todos los juegos. Construía trenes que corrían en círculo y manejaba su aro en círculo. Su gradual aumento de interés por la dirección y nombre de las calles se había convertido en interés por la geografía. Jugaba a que realizaba viajes en el mapa. Todo esto demuestra que el progreso en sus fantasías de su hogar al pueblo, a su país y al mundo entero (progreso que se manifestó cuando las fantasías fueron liberadas), ejercían su efecto también en sus intereses, porque su esfera se ampliaba cada vez más. Quiero aquí llamar la atención sobre la gran importancia de las inhibiciones en el juego también desde este punto de vista. La inhibición y la restricción de interés por el juego conducen a una disminución de las potencialidades e intereses, tanto en el aprendizaje como en el completo desarrollo posterior de la mente.

³⁸ En la discusión que tuvo lugar en la reunión de la Sociedad de Berlín sobre mi artículo no publicado: "Über die Hemmung und Entwicklung des Orientierungssinnes" (mayo 1921), Abraham señaló que el interés en la orientación, en relación con el cuerpo de la madre, es precedido en un estadio muy temprano por interés en la orientación en relación con el cuerpo del sujeto mismo. Esto es seguramente exacto, pero esa primera orientación parece compartir el destino de la represión sólo cuando se reprime el interés en la orientación en relación con el cuerpo de la madre, desde luego

Encontré que esta determinación libidinal del sentido de orientación era típica y que el desarrollo favorable (o por el contrario, la inhibición del sentido de orientación a causa de la represión) dependían de ella. Inhibiciones parciales de esta facultad, por ejemplo, el interés por la geografía y la orientación, con mayor o menor falta de capacidad, demostraban depender de factores que considero como esenciales en la formación de las inhibiciones en general. Me refiero al período de la vida y al grado en que la represión empieza a actuar sobre fijaciones que están destinadas a la sublimación o que están ya sublimadas. Por ejemplo, si no se reprime el interés por la orientación, se conservan el placer e interés en ella y el grado de desarrollo de la facultad es entonces proporcional al grado de éxito que alcanza la búsqueda de conocimiento sexual.

Quiero llamar la atención sobre la gran importancia de esta inhibición, que no sólo en Fritz irradiaba sobre los más diversos intereses y estudios. Además del interés por la geografía, descubrí que era uno de los factores determinantes en la capacidad para el dibujo,³⁹ y el interés en las ciencias naturales y todo lo que se refiere a la exploración del globo terrestre.

Encontré también en Fritz una estrecha conexión entre su falta de orientación en el espacio y en el tiempo. Correspondiendo con su interés reprimido por el lugar de su existencia intrauterina, estaba su falta de interés por detalles sobre el tiempo que había estado allí. Así, ambas preguntas: "¿Dónde estaba yo antes de nacer?" y "¿Cuándo estaba allí?" estaban reprimidas.

La ecuación inconsciente entre sueño, muerte y existencia intrauterina era evidente en muchos de sus dichos y fantasías, y conectada con esto estaba su curiosidad por la duración de estos estados y su sucesión en el tiempo. Parecería que el cambio de la existencia intrauterina a la extrauterina, como prototipo de toda periodicidad

por los deseos incestuosos ligados a dicho interés; porque para el inconsciente, el anhelado retorno al útero materno y su exploración se realizan por medio del coito. Fritz, por ejemplo, hacía que un perrito (que frecuentemente representaba al hijo en sus fantasías) se deslizara por el cuerpo de su madre. Al hacer esto, tenía fantasías sobre países por los que vagaba. En su pecho había montañas y cerca de la región genital, un gran río. Pero de pronto, el perrito era detenido por sirvientes —figuras de juguete— que lo acusaban de algún crimen y decían que había estropeado el coche de su patrón, y la fantasía terminaba en discusión y lucha. Otra vez tuvo fantasías sobre viajes del perrito. Este había encontrado un paraje bonito donde pensaba que le gustaría establecerse, etc. Pero nuevamente todo terminaba mal, porque Fritz de pronto declaraba que había tenido que matar al perrito porque éste pretendía quitarle su cabaña. Había habido también indicaciones tempranas de esta "geografía del cuerpo de la madre". Cuando aún no tenía cinco años denominaba a todas las extremidades del cuerpo y a la articulación de la rodilla "límites" y llamaba a su madre "una montaña que él escalaba".

³⁹ Fritz, por ejemplo, hizo sus primeras tentativas de dibujo en esa época, aunque es verdad que no demostraban señales de talento. Los dibujos representaban vías de ferrocarril con estaciones y pueblos.

dad, es una de las raíces del concepto de tiempo y de la orientación en el tiempo.⁴⁰

Hay algo más que quiero mencionar, que me demostró que la inhibición del sentido de orientación es de gran importancia. Encontré en Fritz que su resistencia a instruirse, que resultó estar tan estrechamente conectada con su inhibición del sentido de orientación, nació de su retención de la teoría sexual infantil del "niño anal". El análisis demostró, sin embargo, que tenía esa teoría anal como consecuencia de la represión debida al complejo de Edipo, y que su resistencia a instruirse no estaba causada por una incapacidad para comprender el proceso genital debido a que no había alcanzado aún el nivel de organización genital. En realidad sucedía lo contrario: era esta resistencia la que impedía su progreso hacia ese nivel y fortificaba su fijación al nivel anal.

En relación con esto voy a referirme nuevamente al significado de su resistencia a ser instruido. El análisis de niños me ha confirmado cada vez más mi punto de vista sobre esto. Me he visto obligada a considerar esto como un síntoma importante, una señal de inhibiciones que determinan el entero desarrollo subsiguiente.

En Fritz encontré que su actitud frente al estudio estaba determinada también por la misma catexia sexual simbólica. El análisis demostró que su marcado disgusto por el estudio era una inhibición muy compleja ante diferentes temas escolares, determinada por la represión de distintos componentes instintivos. Como en la inhibición para caminar, los juegos y el sentido de orientación, el determinante principal era la represión —basada en angustia de castración— de la catexia simbólico-sexual, común a todos estos intereses, principalmente la idea de penetrar en la madre en el coito. Durante su análisis, esta catexia libidinal y con ella la inhibición, avanzó claramente de los primeros movimientos y juegos de movimiento al camino a la escuela misma, la maestra y las actividades de la escuela.

Porque en sus fantasías, las líneas de su libro de ejercicios eran caminos, el libro era el mundo y las letras cabalgaban sobre motocicletas, esto es, sobre la lapicera. Otras veces, la lapicera era un bote y el cuaderno era un lago. Encontramos que muchos errores de Fritz (que por un tiempo no pudieron ser superados, hasta que fueron resueltos en el análisis, en que desaparecieron sin dificultad) estaban determinados por sus muchas fantasías acerca de las diferentes letras que eran amigas unas con otras o se peleaban y tenían toda clase de experiencias. En general, consideraba a las minúsculas como hijas de las mayúsculas. Veía a la S mayúscula como emperador de las largas eses germanas; tenía dos ganchos en las puntas para distinguirlo de la emperatriz, la s final, que tenía solamente un gancho.

Descubrimos que para él la palabra hablada era idéntica a la

⁴⁰ En esta conclusión estoy de acuerdo con el Dr. Hollós (1922), que llegó al mismo resultado desde un punto de partida diferente.

escrita. La palabra significaba pene o niño, mientras que el movimiento de la lengua y la lapicera significaba coito.

Mencionaré sólo brevemente que el análisis de niños me demostró la importancia general de la catexia libidinal para el desarrollo del habla infantil y de sus particularidades, y en realidad para el desarrollo del habla como un todo. En el lenguaje,⁴¹ las fijaciones orales canibalísticas y anal sádicas son sublimadas, con más o menos éxito, según el grado en que las fijaciones de los primeros niveles de organización quedan abarcadas por la primacía de las fijaciones genitales. Creo que este proceso, que permite la descarga de fijaciones perversas se puede demostrar en todas las sublimaciones. Por acción de los complejos surgen diversas intensificaciones y desplazamientos, que son de naturaleza regresiva y reactiva. Esto proporciona un número ilimitado de posibilidades para el individuo, como se ve, para seguir con el ejemplo del lenguaje, tanto en sus propias peculiaridades del habla como en el desarrollo de los idiomas en general.

Encontré en Fritz que el hablar, que indudablemente es una de las primeras sublimaciones, estaba inhibido desde el principio. Durante el análisis, este niño, que había empezado a hablar inusualmente tarde y parecía tener disposición a quedarse callado, se volvió un niño notablemente conversador. Nunca se cansaba de contar cuentos inventados por él y en ellos había un desarrollo de fantasías que no había demostrado poseer antes del análisis. Pero era evidente también que le deleitaba el hecho de hablar y que tenía una relación especial con las palabras mismas. Junto con esto apareció un gran interés por la gramática. Como ilustración, voy a anotar brevemente lo que él decía que la gramática significaba para él. Me dijo: "la raíz de la palabra misma no varía, solamente su terminación". Quería regalar a su hermana para su cumpleaños un anotador donde escribiría todo lo que hacía una cosa. ¿Qué puede hacer una cosa? "Una cosa salta, una cosa corre, una cosa vuela", etc. Lo que deseaba escribir en el libro era la representación de lo que el pene puede hacer y también hacerlo en la madre.

El significado del lenguaje como actividad genital, como lo expone también Abraham en un caso de pseudología, se confirmó en mis trabajos en mayor o menor grado en todos los casos. En mi opinión, tanto esto como la determinación anal son típicos. Esto fue peculiarmente evidente para mí en un caso de una niña tartamuda, que tenía fuertes fijaciones homosexuales. Esta niña, Grete, que tenía nueve años, consideraba el hablar y el cantar como una actividad masculina, y el movimiento de la lengua como el del pene. Encontraba un deleite especial cuando, acostada en el diván, recitaba ciertas ora-

⁴¹ Quiero referirme aquí a un interesante artículo del Dr. S. Spielrein (1922), en el que en forma muy esclarecedora refiere el origen de las palabras infantiles "papá" y "mamá" al acto de chupeteo.

ciones francesas. Decía que era "tan divertido cuando su voz subía y bajaba como alguien en una escalera". La asociación era que la escalera estaba metida en un caracol. Pero, ¿habría sitio para la escalera dentro de un caracol? (Caracol, también, era el nombre que daba a sus genitales.) El punto y la coma, así como la pausa correspondiente a ellos en el lenguaje, significaban que uno tenía que ir de "arriba abajo" una vez y empezaba de nuevo. Una sola palabra representaba al pene y una oración, la penetración del pene en el coito y también el coito entero.

En muchos casos apareció claramente que teatros y conciertos, de hecho cualquier ocasión en que hay algo que ver u oír, siempre pasaban por ser el coito de los padres —oír y mirar, representan a la observación en la realidad o en la fantasía— así como los telones que caen representan objetos que estorbaban las observaciones, tal como la ropa de cama, los costados de la cama, etc. Voy a citar un ejemplo: la pequeña Grete me habló de una representación en el teatro. Al principio se había sentido infeliz porque no tenía un buen asiento y tenía que estar a cierta distancia del escenario. Pero notó que veía mejor que la gente que estaba sentada cerca del escenario, que no podía ver todo. Las asociaciones condujeron luego a la posición de las camas de los niños, que estaban colocadas de tal modo en el dormitorio de sus padres que su hermano menor dormía cerca de la cama de ellos, pero los costados de la cama hacían que fuera difícil para él poder verlos. En cambio, su cama estaba más apartada y podía ver la de ellos perfectamente.

En Félix, que contaba trece años y hasta entonces no había demostrado ningún talento musical, se desarrolló gradualmente durante el análisis un marcado amor por la música. Esto ocurrió cuando el análisis estaba haciendo consciente su fijación a las tempranas observaciones infantiles del coito. Encontramos que los sonidos, algunos de los cuales había oído provenir de la cama de sus padres y otros que había fantaseado, formaron la base de un intenso (y muy tempranamente inhibido) interés por la música, interés que fue liberado nuevamente durante el análisis. Este determinante del interés por la música y del talento musical lo encontré presente (junto con el determinante anal) en otros casos también, y creo que es típico.

En la señora H. encontré que una notable apreciación artística de los colores, formas y cuadros estaba determinada en forma similar, con esta diferencia: que en ella las observaciones y fantasías infantiles tempranas se referían a aquello que podía ser *visto*. Por ejemplo, en este caso, cierto matiz azulado en los cuadros representaba directamente el elemento masculino; era una fijación de la analizada al color del pene en erección. Estas fijaciones resultaban de la observación del coito, que la llevaron a comparaciones con el color y la forma del pene no erecto, y luego a observaciones de ciertos cambios de color y forma en diferentes luces, el contraste con el vello del pubis, y así sucesivamente. Aquí, la base anal del interés por el color estaba

siempre presente. Se puede establecer repetidamente el hecho de esta catectización libidinal de los cuadros, como representantes del pene o del hijo (lo mismo se aplica a las obras de arte en general) y además de pintores, virtuosos y artistas creadores, como representantes del padre.

Voy a dar un ejemplo más del significado de los cuadros como hijo y pene, sentido que he encontrado repetidas veces en el análisis. Fritz, de cinco años y medio, dijo que quería ver a su madre desnuda, añadiendo: "Me gustaría ver tu barriga y el retrato de adentro". Cuando ella le preguntó: "¿Quieres decir, donde estuviste tú una vez?", contestó "Sí, me gustaría mirar dentro de tu barriga y ver si no hay otro chico adentro". En esa época, bajo la influencia del análisis, su curiosidad sexual se manifestó más libremente y su teoría del "niño anal" apareció en primer plano.

Resumiendo lo que ya dije, he encontrado que las fijaciones artísticas e intelectuales, tanto como las que subsiguientemente conducen a la neurosis, tienen como algunos de sus más poderosos factores determinantes, la escena primaria o fantasías sobre ella. Un punto importante es cuál de los sentidos es más fuertemente excitado; si el interés se aplica más a lo que se ve o a lo que se oye. Esto, probablemente, también determinará y por otra parte dependerá de que las ideas se presenten para el sujeto visualmente o auditivamente. No hay duda de que los factores constitucionales juegan aquí un gran papel.

En Fritz, era el movimiento del pene a lo que él estaba fijado; en Félix, eran los sonidos que había oído; en otros, los efectos de los colores. Por supuesto, para que se desarrolle el talento o la inclinación intervendrán esos factores especiales que ya he discutido en detalle. En la fijación a la escena primaria (o fantasías), el *grado de actividad*, que es tan importante para la sublimación misma, indudablemente determina también si el sujeto desarrolla talento para la creación o para la reproducción. Pues el grado de actividad influye seguramente el modo de identificación. Quiero decir, es cuestión de si se volcará en la admiración, estudio e imitación de las obras maestras de los demás o si hará un esfuerzo para sobrepasarlos con sus propias obras. Encontré en Félix que el primer interés por la música que se manifestó en el análisis, consistía únicamente en críticas a los compositores y directores de orquesta. A medida que fue liberando su actividad, empezó a tratar de imitar lo que oía. Pero en un estado aun mayor de actividad aparecieron fantasías en las que el joven compositor era comparado con los viejos. Aunque aparentemente no era cuestión de talento creador en este caso, mi observación de la forma en la cual su actividad, cuando se tornó más libre, influenciaba su actitud en todas sus sublimaciones, me proporcionó cierta comprensión de la importancia de la actividad en el desarrollo del talento. Su análisis me demostró lo que otros análisis me confirmaron: que la crítica siempre tiene su origen en la observación y crítica de la

actividad genital paterna. En Félix era claro que era espectador y crítico a la vez y que en su fantasía él también tomaba parte de lo que veía y oía, como miembro de una orquesta. Fue recién en un estadio muy posterior de actividad liberada que pudo tener confianza en el rol paterno, esto es, recién entonces habría podido armarse del coraje necesario para ser él mismo un compositor, si hubiera tenido talento suficiente.

Voy a resumir. El habla y el placer en el movimiento tienen siempre una catexia libidinal que es también de carácter simbólico genital. Esta se efectúa por intermedio de la identificación temprana del pene con el pie, la mano, lengua, cabeza y cuerpo, transferida luego a las actividades de dichos miembros, las que adquieren así el significado de coito. Después del uso que hacen los instintos sexuales de los instintos de autoconservación en relación con la función de nutrición, las siguientes actividades del yo hacia las que se vuelven son el lenguaje y el placer en el movimiento. Por lo tanto, puede suponerse que el lenguaje no sólo ha concurrido a la formación de símbolos y de la sublimación, sino que es él mismo el resultado de una de las primeras sublimaciones. Parece, por lo tanto, que cuando existen las condiciones necesarias para la capacidad de sublimación, las fijaciones, comenzando con estas primeras sublimaciones y en conexión con ellas, prosiguen dando continuamente una catexia sexual simbólica a subsiguientes actividades e intereses del yo. Freud demostró que aquello que parece ser un impulso hacia la perfección en los seres humanos es el resultado de la tensión nacida de la disparidad entre el deseo humano de gratificación (que no es satisfecho por todo tipo posible de formaciones reactivas sustitutivas y de sublimaciones) y la gratificación que obtiene en la realidad. Creo que debemos referir a este motivo no sólo lo que Groddeck llama la compulsión a hacer símbolos,⁴² sino también un constante desarrollo de los símbolos. En correlación con esto, el impulso constante para efectuar por medio de las fijaciones una catexia libidinal de más actividades e intereses del yo (por ejemplo, por medio del simbolismo sexual) genéticamente conectados unos con otros, y para crear nuevas actividades e intereses, sería la fuerza propulsora en la evolución cultural de la humanidad. Esto explica también cómo es que encontramos la actuación de símbolos en inventos y actividades cada vez más complicados, tal como el niño avanza constantemente desde sus primitivos símbolos, juegos y actividades, hacia otros, dejando atrás los primeros.

Además, en este artículo he tratado de señalar la gran importancia de esas inhibiciones que no pueden llamarse neuróticas. Hay algunas que no parecen en sí mismas de ninguna importancia práctica y pueden ser reconocidas como inhibiciones sólo en análisis (en todo lo que implican, sólo si se hace *análisis infantil*). De ese tipo son la

⁴² Groddeck (1922).

falta aparente de ciertos intereses, aversiones insignificantes; en resumen, las inhibiciones de las personas sanas, que toman los aspectos más variados. Pero llegaremos a atribuirles mucha importancia cuando consideremos con qué gran sacrificio de energía instintiva el hombre normal adquiere su salud. "Si, no obstante, en lugar de atribuir amplio significado al término impotencia psíquica, buscáramos ejemplos de su peculiar sintomatología en formas menos marcadas, no podríamos negar que la conducta en el amor, de los hombres de la civilización actual, demuestra en general el carácter del tipo psíquicamente impotente".⁴³ Hay un pasaje en *Introducción al psicoanálisis*, en el que Freud examina qué posibilidades de profilaxis podrían ofrecerse a los educadores. Llega a la conclusión de que aun una rígida protección de la infancia (cosa muy difícil en sí) es probablemente impotente ante el factor constitucional, pero que sería también peligroso si esa protección llegara a conseguir su objetivo demasiado bien. Esta observación se confirmó enteramente en el caso del pequeño Fritz. El niño tuvo desde sus primeros días una crianza cuidada por personas influenciadas por conocimientos analíticos, pero esto no impidió que surgieran inhibiciones y los rasgos de carácter neurótico. Por otra parte, el análisis me demostró que las fijaciones mismas que lo condujeron a las inhibiciones podían formar la base de espléndidas capacidades.

Por una parte, entonces, no debemos valorar demasiado la importancia de la así llamada educación analítica, aunque debemos hacer todo lo que está en nuestro poder para evitar todo daño mental al niño. Por otra parte, el tema de este artículo demuestra la necesidad de análisis en la temprana infancia como ayuda a toda educación. No podemos alterar los factores que conducen al desarrollo de la sublimación o de la inhibición y la neurosis, pero el análisis infantil nos hace posible, en una época en que este desarrollo está aún en marcha, influir en su dirección en forma fundamental.

He tratado de demostrar que las fijaciones libidinales determinan la génesis de las neurosis y también de la sublimación, y que por algún tiempo las dos siguen el mismo camino. Es la fuerza de la represión la que determina cuándo ese camino conducirá a la sublimación o se desviará hacia la neurosis. En ese punto es donde el análisis infantil tiene posibilidades, porque puede en gran proporción sustituir la represión por la sublimación y así trocar el camino hacia la neurosis por el que conduce al desarrollo de talentos.

⁴³ S. Freud: "Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa", *O.C.*, 11.

5. UNA CONTRIBUCION A LA PSICOGENESIS DE LOS TICS¹ (1925)

En el siguiente extracto de una historia bastante extensa del caso me propongo examinar principalmente los factores que tienen relación con la psicogénesis de los tics. En este caso el tic parecía ser sólo un síntoma secundario y durante bastante tiempo apenas si intervino en el material. A pesar de esto, el papel que representaba en la personalidad entera del paciente, en el desarrollo de su sexualidad, neurosis y carácter era tan fundamental que, cuando el análisis logró curar el tic, el tratamiento quedaba muy próximo a su fin.

Cuando se me envió a Félix, de trece años, para que lo analizara, el muchacho ejemplificaba en forma notable lo que Alexander ha denominado "carácter neurótico". Aunque exento de verdaderos síntomas neuróticos actuales, era muy inhibido en intereses intelectuales y relaciones sociales. Su capacidad mental era buena, pero no tenía interés en nada, fuera del juego. Se mantenía muy apartado de sus padres, hermano y compañeros de colegio. También era llamativa su falta de afectos. La madre mencionó sólo de pasada que durante algunos meses había tenido un tic, que aparecía ocasionalmente, y al que ella —y yo también, por lo menos por un período— no dio importancia especial.

Como venía al análisis sólo tres veces por semana, y como su tratamiento fue interrumpido repetidas veces, sus 370 sesiones se extendieron a lo largo de tres años y cuarto. Cuando el niño vino a mí estaba aún en el estadio prepuberal, y la larga duración del tratamiento me permitió comprender la forma en que sus dificultades se intensificaron por la aparición de la pubertad.

¹ Nota, 1947. Debo agradecer a D.J. Barnett por la ayuda que me prestó en la traducción de este artículo.

He aquí algunos puntos esenciales de su desarrollo. A la edad de tres años le fue operado el prepucio, y la conexión entre esta operación y la masturbación quedó especialmente grabada en él. Además, el padre le había hecho repetidas advertencias e incluso lo había amenazado; como resultado de estas amenazas Félix estaba resuelto a abandonar la masturbación. Pero incluso durante el período de latencia sólo ocasionalmente lograba llevar a cabo esta resolución. Cuando tenía once años, se hizo necesario un examen nasal y esto reactivó su trauma conectado con la operación que había sufrido a los tres años, y lo llevó a una renovación de la lucha contra la masturbación, esta vez con completo éxito. El regreso de su padre de la guerra y sus renovadas amenazas contribuyeron notablemente a este resultado. La angustia de castración y la consiguiente lucha incesante contra la masturbación dominaron el desarrollo del niño. De gran importancia fue el hecho de que hasta los seis años había compartido la habitación de sus padres y sus observaciones de la relación sexual entre ellos habían dejado una duradera impresión en él.

El trauma de la operación a la edad de tres años —edad en que la sexualidad infantil alcanza su clímax— fortificó su complejo de castración y lo llevó a pasar de la actitud heterosexual a la homosexual. Pero hasta la situación edípica invertida estaba obstaculizada por la angustia de castración. Su desarrollo sexual retrocedió al estadio sádico-anal y mostró tendencia a una regresión mayor hacia el narcisismo. Así se dieron las bases para un rechazo del mundo externo, actitud que se volvió cada vez más clara en su conducta bastante asocial.

Cuando era muy pequeño le gustaba mucho cantar, pero hacia los tres años había dejado de hacerlo. Recién cuando estaba en análisis se reavivó su talento musical y su interés por la música. En esta edad temprana apareció ya una excesiva inquietud física que tendió a incrementar. En la escuela le era imposible tener las piernas quietas; se revolvía sin cesar en su asiento, hacía muecas, se restregaba los ojos, etcétera.

Cuando tenía siete años, el nacimiento de un hermanito intensificó en muchas formas sus dificultades. Su anhelo de ternura aumentó, pero se hizo más notable su apartamiento de sus padres y ambiente.

Durante sus primeros años en la escuela era un buen alumno. Pero los juegos y la gimnasia le provocaban mucha ansiedad, y mostraba gran aversión hacia ellos. Cuando tenía once años, el padre, recién llegado de la guerra, lo amenazó con castigarlo por su cobardía física. El muchacho logró superar su angustia. Incluso se volcó hacia el otro extremo,² se convirtió en un ferviente futbolista y empezó a

² Para la alternancia entre el amor por los juegos y el amor por el aprendizaje —que también he encontrado, aunque no tan marcada, en otros casos— véase mi capítulo "Análisis infantil".

nadar y a hacer gimnasia, aunque de cuando en cuando aparecían recaídas. Por otra parte, reaccionó a la insistencia de su padre en supervisar sus deberes perdiendo interés por el trabajo escolar. Una aversión cada vez mayor hacia el aprendizaje convirtió gradualmente a la escuela en una tortura. En este período la lucha contra la masturbación se reavivó con mayor energía. El análisis de su pasión por jugar que, junto a su desagrado por el trabajo escolar estuvo muy en primer plano durante la primera parte de su tratamiento, mostró claramente que los juegos y otras actividades físicas eran para él un sustituto de la masturbación. Al principio de su análisis la única fantasía masturbatoria de la que aún podía recordar algunos fragmentos era la siguiente: *Está jugando con algunas niñas, acaricia sus pechos y juegan juntos al fútbol. En este juego está continuamente perturbado por una choza que puede verse detrás de las niñas.*

El análisis reveló que esta choza era una lavatorio que representaba a la madre, expresaba su fijación anal hacia ella, y tenía también el significado de degradarla. Jugar al fútbol demostró representar un *acting out* de sus fantasías de coito y tomaba el lugar de la masturbación como una forma permitida de descarga de tensión sexual, estimulada, incluso exigida por el padre. Al mismo tiempo los juegos le procuraban oportunidad de utilizar su excesiva inquietud física que estaba estrechamente conectada con su lucha contra la masturbación. Pero esta sublimación era sólo parcialmente exitosa.³

La ecuación entre juegos y relación sexual había sido la causa, por la presión de la angustia de castración, de la anterior inhibición de su amor por los juegos. A consecuencia de las amenazas de su padre había logrado desplazar parte de su angustia en el trabajo escolar, que tenía también cierta conexión inconsciente con la relación sexual, y que se convirtió entonces en una actividad prohibida, como lo habían sido antes los juegos. En mi artículo "El papel de la escuela en el desarrollo libidinal del niño" expliqué esta conexión más específicamente con respecto a este caso particular, como también con respecto a sus aplicaciones más amplias. Aquí mencionaré sólo que a Félix no le era posible un manejo exitoso de la angustia por medio de los juegos, aprendizaje y otras sublimaciones. La angustia surgía una y otra vez. Se hizo cada vez más claro para él durante el análisis que los juegos eran una supercompensación infructuosa de la angustia, un sustituto infructuoso de la masturbación; y por consecuencia disminuyó su interés por jugar. Al mismo tiempo desarrolló —también gradualmente— interés por diversas materias escolares. Simultáneamente su "Berührungsangst" (el miedo a tocar su genital) disminuyó y después de muchos esfuerzos infructuosos superó gradualmente sus miedos de larga data a la masturbación.

³ En mi capítulo "Análisis infantil" hice una contribución a la teoría de la sublimación y examiné también este mismo caso y los factores subyacentes al abandono de una sublimación sin éxito, tal como ésta.

Se advirtió en este momento un aumento en la frecuencia del tic. Había aparecido primero pocos meses antes del análisis, siendo el factor precipitante el que Félix hubiera presenciado clandestinamente la relación sexual entre sus padres. Inmediatamente después aparecieron los síntomas, de los que se desarrolló el tic; una crispación de la cara y sacudir hacia atrás la cabeza. El tic comprendía tres fases. Al principio Félix sentía que se le estaba desgarrando la depresión del cuello, en la parte de atrás de la cabeza. A causa de esta sensación se sentía impelido primero a sacudir hacia atrás la cabeza y luego a rotarla de derecha a izquierda. El segundo movimiento estaba acompañado por la sensación de que algo crujía sonoramente. La fase final consistía en un tercer movimiento en que presionaba el mentón lo más posible hacia abajo. Esto daba a Félix la sensación de estar taladrando algo. Durante un tiempo realizaba estos tres movimientos tres veces consecutivas. Un significado de los "tres" era que en el tic —volveré luego a esto con mayor detalle— Félix representaba tres roles: el rol pasivo de la madre, el rol pasivo de su propio yo, y el rol activo de su padre. Los roles pasivos estaban representados principalmente por los dos primeros movimientos; aunque en la sensación de "crujido" estaba contenido también el elemento sádico que representaba el rol activo del padre, elemento que lograba mayor expresión en el tercer movimiento, el de taladrar algo.

Para traer al tic a la esfera de acción del análisis, fue necesario obtener las asociaciones libres del paciente sobre las sensaciones conectadas con el tic y sobre las circunstancias que lo originaron. Después de un tiempo se convirtió en un síntoma que aparecía cada vez con mayor frecuencia, aunque al principio a intervalos irregulares. Recién cuando el análisis logró penetrar en las capas más profundas de su homosexualidad reprimida, cuyo material había aparecido primero en sus relatos de juegos y fantasías a ellos asociadas, empezó a surgir su significación. Más tarde su homosexualidad encontró expresión en la forma de un interés, hasta entonces no revelado, por los conciertos, especialmente por los directores de orquesta y los solistas. Apareció un amor por la música que dio lugar a una real y duradera apreciación de la misma.

Ya en su tercer año de vida Félix había demostrado en el canto una identificación con su padre. Después del trauma, este interés, al igual que el resto de su desventajoso desarrollo, quedó reprimido. Su reemergencia en el curso del análisis fue precedida por recuerdos encubridores de la temprana infancia. Recordaba que cuando era muy pequeño se levantaba por la mañana y veía su rostro reflejado en la pulida superficie del piano de cola, notaba que era un reflejo distorsionado y se asustaba. Otro recuerdo encubridor era oír a su padre roncar por la noche y ver cuernos que crecían en su frente. Sus asociaciones condujeron, desde un piano negro, que había visto en casa de un amigo, a la cama de sus padres, y demostraron que los sonidos que había oído surgiendo de la cama habían contribuido al principio

en gran medida a su interés por los sonidos y la música, y luego habían provocado la inhibición de este interés. Después de escuchar un concierto se quejó, durante el análisis, de que el piano de cola había ocultado completamente al artista, y en relación con esto recordó que la posición de su cuna a los pies de la cama de sus padres había sido tal que el final de la cama le había impedido ver lo que estaba sucediendo, pero no le había impedido escuchar y hacer observaciones. Se hizo cada vez más claro que su interés por los directores de orquesta estaba determinado por la ecuación entre el director de orquesta y su padre en el acto de copulación. El deseo de participar activamente en lo que estaba sucediendo, aunque aun como espectador, apareció en la siguiente asociación: le gustaría mucho saber cómo se las arregla el director de orquesta para hacer que los músicos sigan el compás con tanta precisión. A Félix eso le parecía extremadamente difícil, porque mientras el director tiene una batuta bastante larga, los músicos sólo usan sus dedos.⁴ Fantasías de ser músico y tocar al compás del director constituían parte esencial de sus fantasías masturbatorias reprimidas. La progresiva sublimación de sus fantasías masturbatorias en un interés por los elementos rítmicos y motores de la música, quedó impedida por la prematura y violenta instauración de la represión, y en relación con esto tenía importancia el trauma de la operación a los tres años. Entonces la necesidad de actividad motriz se descargaba en inquietud excesiva, y en el curso de su desarrollo se expresó también en otras formas, a las que me referiré posteriormente.

En este niño la fantasía de tomar el lugar de la madre en relación con el padre, o sea la actitud pasiva homosexual, quedaba oculta por la fantasía homosexual activa de tomar el lugar de su padre en la relación sexual con un niño. Esta fantasía era expresión de su elección homosexual de objeto en el nivel narcisista; se elegía a sí mismo como objeto de amor. Era la angustia de castración provocada por el trauma lo que determinó el desarrollo narcisista de su homosexualidad. Además, su alejamiento primero de su madre y luego de su padre como objetos amados fue el resultado de su regresión narcisista y formó la base de su conducta asocial. Pero tras este contenido homosexual de sus fantasías de masturbación era posible distinguir en numerosos detalles (como por ejemplo en su interés por el piano de cola y por las partituras) la identificación original de Félix con su padre, o sea, la fantasía heterosexual de relación sexual con la madre. En el tercer año de su vida Félix había expresado esta identificación con el canto, que luego abandonó.

También se volvieron claros los componentes anales de sus fantasías masturbatorias. Por ejemplo, su deseo de saber si la música so-

⁴ Este deseo de mantener el ritmo se expresaba también en otras formas, por ejemplo, en su reacción emocional cuando un muchacho mayor le aventajaba al caminar.

naba tan apagada porque la orquesta estaba ubicada bajo el escenario del teatro, estaba determinado por su interpretación anal de los sonidos que provenían de la cama de sus padres. Su crítica de los compositores jóvenes que utilizaban tanto los instrumentos de viento nos llevó a su interés infantil por el ruido de los flatos. El mismo, en cuya sensibilidad musical los componentes anales entraban tan fuertemente, era el joven compositor que sentía que sólo era capaz de una realización anal en comparación con la realización de su padre. Es significativo que este intensificado interés por los sonidos era en parte resultado de la represión del interés en la esfera visual. En un estadio muy temprano de su desarrollo, su escoptofilia, intensificada por la experiencia de la escena primaria, había quedado sometida a represión. Esto se volvió nuevamente evidente en el curso del análisis. Luego de una visita a la ópera hizo una fantasía basada en los puntos y rayas negras de la partitura del director, que había tratado de descifrar desde su asiento cercano al escenario. (Aquí tenemos nuevamente un vínculo con sus deseos heterosexuales, porque la música que yacía frente al director, Félix la identificaba con los genitales de su madre.) Comprenderemos esto mejor cuando examinemos los síntomas transitorios de guiñar y restregarse los ojos.

Cuando llegó al análisis, Félix tenía una tendencia muy pronunciada a no ver las cosas que estaban más cerca de él. Su desagrado por el cinematógrafo⁵ al que concedía valor sólo para fines científicos, estaba conectado con la represión de la escoptofilia, que fue aumentada por la escena primaria.

En la admiración de Félix por el director que, imperturbable ante la audiencia y su aplauso, era capaz "simultáneamente" de dirigir y de volver tan rápidamente las hojas de la partitura que sonaban como si las estuviera desgarrando (*herumreissen*), encontramos un ejemplo de su concepción sádica del coito. Pretendía que incluso desde su asiento podía oír el ruido de las páginas cuando las doblaban —ruido que le interesaba mucho y que le evocaba gritos y violencia—, pero dudaba de que esto fuera posible a esa distancia. La sensación de haberlo oído se conectaba con la situación original de la infancia. Este ruido de violento desgarramiento, que para él representaba desgarrar forzosamente y penetrar, se reveló como un importante elemento sádico de sus fantasías masturbatorias. Trataremos luego esto al analizar el tic.

El creciente interés que adquirió en la misma época por poetas,

⁵ En forma similar en otro caso de tic —el de un muchacho de quince años en el que el tic también parecía ser meramente un síntoma sin importancia— la aversión al cinematógrafo estaba vinculada también con la represión de la escoptofilia estimulada por la observación de la relación sexual. Además sufría de severos temores por sus ojos. No pude analizar lo suficiente a este muchacho porque luego de una mejoría temprana, su análisis fue interrumpido. Su tic —que consistía también en movimientos de la cabeza— no había sido analizado. Sin embargo, logré algunos datos que estaban de acuerdo con el material examinado en el presente artículo.

escritores y compositores se conectaba con esta temprana admiración por su padre, que luego había reprimido profundamente. En relación con esto experimentó por primera vez un interés homosexual directo, después de leer un libro que contenía una descripción del amor de un hombre por un muchacho. Desarrolló un violento "enamoramamiento" de un compañero de escuela. Este muchacho, además de ser adorado por muchos otros muchachos, era el favorito de uno de los maestros, y toda la clase suponía, aparentemente con buenas razones, que había un *affaire* amoroso entre maestro y alumno. Fue principalmente esta relación con el maestro lo que determinó la elección objetal de Félix. El análisis mostró que este muchacho, A, representaba por una parte una idealización de Félix mismo, y por otra parte algo intermedio entre hombre y mujer, la madre con pene. La relación de A con el maestro representaba la realización del propio anhelo insatisfecho de Félix de ser querido como hijo por el padre, y también tomar el lugar de la madre en la relación con el padre. Su amor por A se basaba principalmente en la identificación y correspondía a una relación objetal narcisista. Este amor no fue correspondido. En verdad, Félix apenas se atrevía a acercarse al muchacho amado. Llegó a compartir este amor desgraciado con otro compañero, B, y luego tomó a B por objeto de amor. El material demostró que B por su tez y por otros aspectos, evocaba en Félix a su padre y podía reemplazarlo. Esta relación llevó a una masturbación mutua, y en vista de las complicaciones sentí que en interés del análisis tenía que interrumpir esta relación entre los dos niños.

Simultáneamente con esta evolución —reaparición del interés por la música, homosexualidad manifiesta, y renovación de la masturbación— hubo una marcada disminución en la frecuencia del tic, y cuando en ocasiones aparecía, podíamos captar su significado inconsciente. En la época en que Félix me contó que sentía que había superado su amor tanto por A como por B, el tic reapareció con creciente intensidad. Esto mostró claramente lo que el tic había estado representando: o sea, los impulsos homosexuales reprimidos, o más bien, la descarga de estos impulsos en fantasías o en masturbación. Durante el período de conflictos tempranos de su infancia, Félix se sintió compelido, por la angustia de castración, a reprimir sus deseos hacia su madre y padre. Ahora, en parte a pedido mío, había repetido el proceso alejándose de A y de B. Entonces el tic apareció como sustituto, del mismo modo que antes una excesiva inquietud física había tomado el lugar de la masturbación y de las fantasías masturbatorias. Se hizo entonces posible un análisis más intenso de sus tendencias homosexuales. Declinó en forma notable la homosexualidad directa y aparecieron sublimaciones, especialmente empezó en este período la amistad con otros niños.

El análisis del tic nos llevó una y otra vez a sus fuentes en la temprana infancia. En una oportunidad, cuando Félix estaba haciendo los deberes junto con un compañero, se propuso ser el primero en

resolver un problema de matemáticas, pero el amigo lo resolvió primero, y entonces apareció el tic. Las asociaciones revelaron que esta derrota en la competencia con el amigo le recordó nuevamente la superioridad del padre y revivió su complejo de castración. Como resultado se sintió impulsado nuevamente a adoptar el rol femenino en su relación con el padre. En otra oportunidad reapareció el tic cuando tuvo que confesar al profesor de inglés que no había podido mantenerse a nivel de las tareas y que quería tomar lecciones particulares para mejorar sus deficiencias. Para él, también esto tenía el significado de una admisión de derrota en relación con su padre.

El siguiente incidente fue especialmente característico. Félix trataba de entrar en un concierto para el que se habían agotado las entradas, estaba parado con mucha gente a la entrada del teatro, cuando por la aglomeración un hombre rompió un vidrio y hubo que llamar a un policía. En ese momento apareció el tic. El análisis reveló que esta situación especial representaba la repetición de la escena que había fisgoneado en la temprana infancia, y que estaba tan estrechamente ligada con el origen del tic. Se había identificado con el hombre que rompió el vidrio porque, como este último, también él en esa situación temprana había querido forzar la entrada al "concierto", o sea, a la relación sexual entre sus padres. El policía representaba al padre que lo descubría en este intento.

La posterior disminución del tic tuvo lugar en dos sentidos: el tic se volvió menos frecuente, y sus tres movimientos se redujeron a dos, y luego a uno. Primero desapareció la sensación de que algo se le desgarraba en la parte posterior del cuello; y luego desapareció también la sensación de un crujido audible, que iniciaba el segundo movimiento. Todo lo que quedó fue la sensación de taladrar algo, que tenía la doble significación de presionar en sentido anal y de una penetración por medio del pene. Asociadas con esta sensación estaban sus fantasías de destruir el pene de su padre y el de su madre taladrando dentro de ellos con su pene. En este estadio los movimientos del tic se condensaron en uno, en el que aun podía detectarse trazas de los dos primeros movimientos.

La desaparición de las sensaciones de desgarramiento y crujido, que estaban determinadas por factores homosexuales pasivos, se produjo junto con una alteración similar de las fantasías masturbatorias; su contenido homosexual cambió de pasivo a activo. Sin embargo, el ritmo de la relación sexual estaba simbolizado en el desgarrar tanto como en el crujir y taladrar. Cuando Félix, a pesar de la urgencia de estas sensaciones, se contenía para no hacer los movimientos del tic, sentía una fuerte sensación de tensión, un aumento y luego una disminución de estas sensaciones, durante un tiempo predominantemente la de desgarrar, después la de taladrar. Luego de cierto tiempo el tic desapareció completamente, pero fue reemplazado por un movimiento que consistía en impulsar hacia atrás los dos hombros. El significado de esto fue revelado por el incidente siguiente.

te: mientras hablaba con su maestro, Félix se sintió sobrecogido por el deseo irresistible de rascarse la espalda, y esto fue seguido por irritación del ano y contracción del esfínter. Se hizo evidente que también había sentido el deseo reprimido de insultar a su maestro con lenguaje coprofilico y ensuciarlo con heces. Esto nos llevó nuevamente a la escena primaria, ante la que había surgido el mismo deseo con respecto al padre, y se había expresado con evacuación y llanto.

En un estadio posterior en el análisis del tic, aparecieron como sustitutos de éste el restregarse los ojos y el parpadeo, transformación que se explica como sigue: habían escrito una inscripción medieval en la pizarra de la escuela y Félix tuvo la sensación —sin justificación alguna— de que no podría descifrarla correctamente. Entonces empezó a restregarse violentamente los ojos y a parpadear. Las asociaciones revelaron que la pizarra⁶ y la escritura en ella significaban —como en muchas otras ocasiones durante el análisis— el genital de su madre como el elemento incognoscible, incomprensible, de la situación de coito que él había observado. Hay una analogía entre esta inscripción en la pizarra y la partitura del director de orquesta, cuyas rayas negras había tratado de descifrar desde su asiento en el teatro. De ambos ejemplos parecería que la escoptofilia reprimida llevó al parpadeo, y que particularmente en el restregarse los ojos, obtenía expresión el deseo de masturbarse —que surgió al mismo tiempo— por medio del desplazamiento. Durante el análisis pudimos también llegar a comprender plenamente la conexión entre estas situaciones y los estados de aislamiento que con frecuencia le acometían en la escuela. La mirada ausente se asociaba con fantasías de las que lo siguiente es un ejemplo: está mirando y escuchando una tormenta; esto le recuerda una tormenta de su temprana infancia. Después de la tormenta había mirado por la ventana para ver si el dueño de casa y su esposa, que antes estaban en el jardín, se habían lastimado. Pero este recuerdo resultó ser un recuerdo encubridor que condujo nuevamente a la escena primaria.

Progresó más en el análisis del tic y de sus formaciones sustitutivas, hasta que eventualmente incluso dejó de restregarse los ojos y de parpadear, y sólo el recuerdo del tic aparecía en su mente en ocasiones especiales. Cuando también éstas revelaron su conexión con deseos masturbatorios reprimidos y con la escena primaria, desapareció hasta el pensar en el tic y con esto se produjo la completa y duradera curación del tic. Al mismo tiempo había tenido lugar en el análisis un cambio notable en otras direcciones. Aparecieron por primera vez deseos heterosexuales que tomaron la forma de admiración por una actriz. Esta elección objetal estaba en la línea de la permanente identificación de Félix,⁷ del teatro, conciertos, etc., con la re-

⁶ Para este significado simbólico de la mesa escritorio, lapicera, escribir, etc., véase mi capítulo sobre "El papel de la escuela en el desarrollo libidinal del niño".

⁷ He encontrado la ecuación entre teatro, concierto, cinematógrafo, y toda clase

lación sexual, y de los ejecutantes con sus padres. El mismo figuraba entonces como ya he mostrado, como espectador y auditor, y simultáneamente, a través de la identificación con sus padres, como ejecutante de los diferentes roles.

Una vez, después de haber tenido que esperarme en la sala de espera durante unos minutos, Félix me informó que había mirado por la ventana a los departamentos de enfrente y que al hacerlo había sentido una sensación especial. En las numerosas ventanas había visto sombras y formas y había tratado de imaginarse qué estaban haciendo. Le parecía que era como estar en un teatro donde uno ve interpretar diversos roles y al mismo tiempo tiene la sensación de compartir lo que pasa.

La primera elección objetal heterosexual de Félix estaba muy influida por su actitud homosexual. Para él esta actriz poseía atributos masculinos, era la madre con pene. Esta actitud persistió aun en su relación con su segundo objeto de amor heterosexual. Se enamoró de una niña mayor que él y que había tomado la iniciativa en el asunto. Ella personificaba su infantil representación de su madre como prostituta, y al mismo tiempo a la madre fálica, superior a él. La transferencia me pareció lo bastante fuerte como para imponerle una interrupción temporaria de esta relación,⁸ especialmente porque Félix había logrado el *insight* de que había sentimientos de angustia mezclados con estas relaciones. Esta elección objetal servía al propósito de huida a las fantasías y deseos dirigidos hacia mí, y que sólo en este estadio aparecieron más en primer plano en el análisis. Podía verse ahora que el alejarse de la madre originalmente amada pero prohibida había participado en el reforzamiento de la actitud homosexual y, de las fantasías sobre la madre castradora, tan temida.

El cambio de las tendencias homosexuales a las heterosexuales, y la modificación de estas últimas, se expresó también en el desarrollo y modificación de las fantasías masturbatorias. El análisis nos llevó a remontarnos a las primeras fantasías masturbatorias directamente conectadas con su observación de la relación sexual de los padres. Describiré ahora a grandes rasgos el desarrollo de esas fantasías en su orden cronológico real.

Cuando era pequeño, cuando aún compartía el dormitorio de sus padres, lo que aconteció hasta que tuvo seis años, Félix se representaba frente a él el tronco de un gran árbol que apuntaba en dirección opuesta a la de la cama de sus padres. Un hombrecito se deslizaba por este árbol e iba hacia él, y era mitad viejo y mitad niño: una condensación de su padre y de él mismo; esto expresaba su elección obje-

de representación, y la escena primaria, característica de todo análisis infantil. Se la describe en mi capítulo "Análisis infantil".

⁸ Contrariamente a mi costumbre habitual tuve que imponer una prohibición en este caso como también en la relación anterior, para hacer posible la continuación del análisis.

tal narcisista homosexual. Después eran cabezas de hombres, en especial cabezas de héroes griegos, que veía volar hacia él y que eran también para su mente proyectiles y objetos pesados. Este era ya el material para sus posteriores fantasías con el fútbol, y para su método posterior de sobrecompensar el miedo al padre castrador con su habilidad para el fútbol.

Con la aparición de la pubertad física surgió un nuevo esfuerzo de realizar una elección objetal heterosexual, en las fantasías masturbatorias conectadas con niñas con las que jugaba al fútbol. En estas fantasías también cambió las cabezas (de las niñas) tal como anteriormente había introducido las cabezas de los héroes, para hacer irreconocibles los verdaderos objetos amados. En el curso del análisis, y con la gradual reasunción de la masturbación que se incrementó a medida que disminuía el tic, sus fantasías masturbatorias se desarrollaron paso a paso hasta el contenido siguiente: tenía fantasías de una mujer que yacía sobre él, después de una mujer que yacía a veces sobre él y ocasionalmente también debajo de él, y finalmente de una exclusivamente en la última posición. Varios detalles de las fantasías asociadas a la relación sexual correspondían a estas diferentes posiciones.

El análisis de las fantasías masturbatorias había resultado en el caso de Félix el factor decisivo en la curación del tic. Su abandono de la masturbación había llevado a la descarga motora en otras direcciones, que fueron, como hemos visto, hacer muecas, parpadear y restregarse los ojos, movilidad excesiva en las más diversas formas, juego, y finalmente el tic.

Pero si consideramos ahora las vicisitudes de las fantasías masturbatorias específicas reprimidas, encontramos que estaban en parte conectadas con estas descargas motoras, y en parte contenidas en todos sus intentos de sublimación. En la base de su amor por el deporte yacían las mismas fantasías de masturbación que se habían revelado en asociación con el tic, es decir, la identificación, basada en la escena primaria, con ambos padres en el acto sexual, cuando en su mente participaba como espectador y como objeto amado. Ya que en su análisis representó un gran papel su interés en los juegos y los relatos sobre éstos, tuve amplio material para fundamentar que la misma identificación subyacía a sus fantasías conectadas con juegos. Su oponente en el fútbol, etc., era siempre su padre que amenazaba castrarlo y contra el que tenía que defenderse. Pero el arco al que se tira la pelota y el campo de juego representaban a su madre. También de otras formas el análisis permitió ver la figura de la madre incluso tras las tendencias homosexuales, del mismo modo que pasaba con las fantasías asociadas con el tic. Los juegos y la movilidad excesiva servían también como huida del tic, o más bien de la masturbación. Se debía en especial a la angustia de castración siempre recurrente que esta sublimación sólo se consiguiera imperfectamente y que la relación del niño con los juegos fuera inestable. Pero en-

contramos que estas fantasías masturbatorias eran también la causa de su actitud ambivalente hacia el aprendizaje, estando también estrechamente ligadas a esa actividad.

Un día, mientras el maestro estaba apoyado en su escritorio durante una clase, Félix sintió el deseo de que el maestro golpeará el escritorio, lo rompiera, y se lastimara al hacerlo. Para Félix esto representaba una nueva versión de su padre en relación sexual con su madre, mientras él miraba. Su relación con el maestro fue, desde el principio, la repetición de su relación con su padre, y estaba determinada de la misma forma por la homosexualidad reprimida. Toda respuesta que diera en clase, todo el trabajo que hacía en la escuela, tenían el significado de relación sexual con el padre. Pero también aquí, tal como en su relación con sus compañeros y oponentes en los juegos, aparecía la relación original con la madre —por escondida que estuviera— bajo la tendencia homosexual. La forma en que se sentaba en la escuela, el escritorio en que se apoyaba el maestro y la pizarra en que escribía, el aula, el edificio: todos éstos representaban, en relación con el maestro, a la madre con la que el maestro (padre) tiene relación sexual, tal como el arco en que cae la pelota, el campo de juego en la escuela, el patio de recreo, etc. La angustia de castración explicaba tanto su inhibición para el aprendizaje como su inhibición para los juegos. Por consiguiente, podemos comprender cómo resultó que Félix, a pesar de ciertas inhibiciones, fuera un buen alumno en los primeros años, ya que ese período correspondía a la ausencia del padre debida a la guerra, de modo que la angustia asociada con el aprendizaje estaba de algún modo disminuida. Fue con el retorno del padre cuando surgió la aversión a la escuela. Por otra parte, Félix sublimó entonces por un tiempo sus fantasías masturbatorias en las actividades físicas exigidas por su padre, es verdad que en parte sobrecompensando la angustia.

El mismo contenido cambiante de las fantasías masturbatorias puede encontrarse, como he mostrado, en su amor por la música: sublimación que había sido incluso más intensamente reprimida pero que fue gradualmente liberada en el curso del análisis. Fue otra vez debido a la angustia provocada por sus fantasías masturbatorias que se había desarrollado esta inhibición aun mayor y más temprana.

En el caso de Félix se tornó evidente que había una estrecha conexión del tic con la personalidad entera del paciente, tanto con su sexualidad como con su neurosis, con el resultado de sus sublimaciones, con el desarrollo de su carácter y con su actitud social. Esta conexión estaba enraizada en sus fantasías masturbatorias, y en el caso de Félix resultó especialmente evidente que estas fantasías influyeron en forma esencial en sus sublimaciones, neurosis y personalidad.

En forma similar, encontré en el caso de otro paciente que el desarrollo del tic estaba determinado por la significación y estructura de las fantasías masturbatorias. Se trataba no de un tic pronunciado

sino de descargas motoras que, en muchos aspectos importantes, eran semejantes a un tic. Werner, que vino a verme a los nueve años, era un niño neurótico. Ya al año y medio había manifestado excesiva inquietud física, que se incrementaba constantemente. A los cinco años desarrolló el curioso hábito de mover sus manos y pies imitando los movimientos de una locomotora. De este juego se desarrolló lo que él mismo y los de su alrededor llamaban "agitación", lo que llegó a dominar cada vez más todos sus juegos. El juego original de la locomotora pronto dejó de ser el único contenido de su juego. A la edad de nueve años a menudo se agitaba horas y horas. Decía: "Agitarse es divertido, pero no es siempre divertido, no se puede dejar de hacerlo cuando uno quiere, como por ejemplo cuando hay que hacer los deberes."

En el análisis se hizo evidente que la supresión del movimiento provocaba no sólo angustia sino también una sensación de tensión —era entonces que tenía que pensar siempre en agitarse— así como en Félix la supresión del tic no había liberado la angustia sino la tensión. Otras semejanzas importantes se encuentran en el contenido de las fantasías. Durante el análisis descubrí lo que Werner llamaba sus "pensamientos de agitación". Me dijo que se agitaba por los animales de Tarzán.⁹ Los monos caminan por la jungla, en su fantasía él camina tras ellos y se acomoda a su paso. Las asociaciones mostraron claramente su admiración por el padre que copula con la madre (mono = pene) y su deseo de participar como tercera persona. Esta identificación, de nuevo con padre y madre a la vez, formaba también la base de otros numerosos pensamientos de "agitación", todos los cuales podían reconocerse como fantasías masturbatorias. Es significativo que mientras se agitaba tenía que hacer girar un lápiz o regla entre los dedos de su mano derecha, y también que no podía "agitarse adecuadamente" en presencia de otros.

La siguiente es otra de las fantasías que acompañaban la agitación: vio ante él un bote hecho de una madera especialmente resistente y equipado con escalerillas bastante fuertes por las que una persona podía bajar y subir con perfecta seguridad. En la parte inferior había almacenes con provisiones y un gran balón lleno de gas. Hidroaviones podían aterrizar en este "buque de rescate" (como él lo llamaba) si estaban en dificultades. Esta fantasía expresaba la angustia de castración que surgía de su adopción de la actitud femenina en relación con su padre y también la defensa contra esa actitud. Los hidroaviones en dificultades lo representaban a él, el casco del buque a la madre, el balón y el almacén de provisiones, el pene del padre. En este caso, como en el de Félix, la angustia de castración llevó a una vuelta narcisista hacia sí mismo como objeto de amor. En sus fantasías representaba un papel importante un "Pequeño" que se

⁹ La referencia es uno de los libros de Tarzán, cuya tapa había visto, y usado después como tema de su fantasía.

une y compite también con un "Grande", y demuestra ser más diestro, como por ejemplo una locomotora más pequeña y especialmente un payaso más pequeño. El "Chiquito" no es sólo el pene sino también él mismo, en comparación con su padre, y la admiración hacia sí mismo, que expresaba de este modo, mostraba la disposición narcisista de su libido.

Otra semejanza entre los dos casos es el papel importante que representaba el sonido en las fantasías de Werner. Werner no había desarrollado aún un sentimiento marcado hacia la música pero mostraba mucho interés por los ruidos que, como el análisis reveló, estaba estrechamente conectado con fantasías provenientes de observaciones de la relación sexual entre los padres. Compartió temporalmente el dormitorio de los padres cuando tenía cinco meses. Nada puede establecerse —por lo menos en el estadio actual de su análisis—¹⁰ sobre sus observaciones en esta edad temprana. Por otra parte, el análisis ha probado más allá de toda duda la importancia de lo que repetidamente oyó a través de la puerta abierta que daba a la habitación de sus padres, alrededor de los dieciocho meses. Fue en este período cuando apareció la excesiva movilidad. Lo siguiente ilustra el importante papel que representó el factor acústico en sus fantasías masturbatorias: me dijo que se había "agitado" por un gramófono que quiere conseguir; la "agitación" era, como siempre, la imitación de ciertos movimientos, en este caso los de dar cuerda al gramófono y de la púa que se mueve sobre el disco. Pasó luego a fantasías sobre una motocicleta que quería poseer y de la misma forma describió los movimientos de ésta como "agitación". Hizo dibujos de sus fantasías. La motocicleta tenía un motor enorme, evidentemente dibujado como un pene, y como el balón del "buque de rescate", estaba bien lleno, en este caso con petróleo. En el motor se sentaba una mujer que ponía en movimiento la motocicleta. Los sonidos producidos al arrancar caían en forma de rayos puntiagudos sobre "un pobre hombrecito" al que asustaban mucho. En conexión con esto produjo Werner una fantasía sobre una banda de jazz, cuyos sonidos imitó, y dijo que él se estaba "agitando" por esto. Me mostró cómo toca el trompetista, cómo dirige el director y cómo otro tocaba la batería. Al preguntarle sobre qué se estaba "agitando" en conexión con esto, me contestó que estaba tomando parte en todas estas actividades. Entonces dibujó en un papel un gigante con grandes ojos y una cabeza que contenía antenas y aparatos telegráficos. Un muñequito diminuto quería ver al gigante y para hacerlo se subía a la Torre Eiffel que en el dibujo estaba conectada con un rascacielos. Su admiración por su padre se expresaba aquí a través de la admiración por su madre; tras la actitud pasiva homosexual podía advertirse la heterosexual.

¹⁰ Nota, 1947. Cuando estaba escribiendo este artículo, el análisis de Werner aún estaba en curso; en realidad, en esa época sólo había durado alrededor de tres meses.

En Werner, como en el caso de Fritz, el intenso interés por lo acústico que tiene que encontrar expresión rítmica, estaba asociado con la represión de la escoptofilia. Después de las fantasías que acabo de describir, sobre la banda de jazz representada por un gigante, Werner me habló de los cinematógrafos a los que había ido. Es verdad que no tenía una aversión tan marcada como Félix por el cine, pero he notado signos de escoptofilia reprimida cuando tuve oportunidad de verlo con otros niños durante una representación teatral. Apartaba sus ojos del escenario por períodos bastante largos, y dijo después que todo era aburrido y falso. Por momentos permanecía como encantado, con la mirada fija en la escena que se estaba representando, pero luego volvía a la actitud anterior.

También en el caso de Werner, el complejo de castración era extraordinariamente fuerte; la lucha contra la masturbación había fracasado, pero el niño buscaba un sustituto en otras descargas motoras. Su análisis no ha podido asegurar aún cuáles fueron las impresiones traumáticas que llevaron al desarrollo de un complejo de castración tan intenso, y al miedo a la masturbación. Sin duda que la observación auditiva del coito a la edad de cinco años —de nuevo a través de la puerta abierta—, luego probablemente también la observación visual entre la edad de seis y siete años, cuando compartió el cuarto de los padres por un breve período, sirvieron para intensificar todas sus dificultades, incluso la “agitación” que ya se había desarrollado para entonces. La analogía entre “agitación” y un tic es incuestionable. Posiblemente se justificaría considerar el síntoma motor como una especie de estadio preliminar del desarrollo de un tic real. También en el caso de Félix una difusa movilidad excesiva se había evidenciado desde la temprana infancia, y sólo fue reemplazada por un tic en la pubertad, después de una experiencia especial que sirvió como factor precipitante. Quizá suceda a menudo que un tic se desarrolla finalmente sólo en la pubertad, cuando aparecen tantas dificultades.

Compararé ahora las conclusiones de mi material con las publicaciones psicoanalíticas sobre el tic. Quisiera referirme al amplio artículo “Observaciones psicoanalíticas sobre el tic”, de Ferenczi,¹¹ y el artículo de Abraham leído ante la Sociedad Psicoanalítica de Berlín.¹² Una de las conclusiones de Ferenczi (que el tic es un equivalente de la masturbación) está confirmada en los dos casos que he descrito. La tendencia a efectuar el tic en soledad, que fue también subrayada por Ferenczi, podía verse en el caso de Werner, en el que pudimos observar la condición en estado de desarrollo; le era necesario estar solo para poder “agitarse”. La conclusión de Ferenczi de que en el análisis el tic no juega el mismo papel que otros síntomas, que —en cierta medida— elude el análisis, puedo también confir-

¹¹ Ferenczi (1921b).

¹² Abraham (1921).

marla, pero sólo hasta cierto punto. Por mucho tiempo yo también tuve la impresión, en el análisis de Félix, de que había algo muy diferente sobre su tic en comparación con otros síntomas que revelaron su significado mucho antes y más claramente. Encontré también que a Félix no le importaba tener un tic, y esto nuevamente está de acuerdo con las conclusiones de Ferenczi. Estoy también de acuerdo con Ferenczi en que las razones de todas estas diferencias deben encontrarse en la naturaleza narcisista del tic.

Pero aquí surge cierto desacuerdo esencial con Ferenczi. El considera al tic como un síntoma narcisista primario que tiene una fuente común con las psicosis narcisistas. La experiencia me ha convencido de que el tic no es accesible a la influencia terapéutica hasta que el análisis no ha logrado descubrir las relaciones objetales en que se basa. He descubierto que subyacentes al tic había impulsos genitales, anal-sádicos y oral-sádicos dirigidos al objeto. Es verdad que el análisis tuvo que penetrar en los estadios más tempranos del desarrollo infantil, y el tic no desapareció completamente hasta que las fijaciones predisponentes del período infantil hubieran sido minuciosamente exploradas.¹³ No puede sostenerse el argumento de Ferenczi de que en el caso del tic no parece de ningún modo que haya relaciones objetales escondidas tras el síntoma. La relación objetal original se tornó clara en el curso del análisis en los dos casos que he descrito; meramente habían sufrido una regresión al estadio narcisista, bajo la presión del complejo de castración.

Las relaciones objetales anal-sádicas que señaló Abraham también se revelaron en mis casos. En Félix, la contracción de los hombros que seguía al tic era un sustituto de la contracción del esfínter, que formaba también la base del movimiento rotatorio del tic. En conexión con esto surgió el impulso a insultar al maestro. El movimiento de “taladrar” del tic, la tercera fase, es compatible no sólo por taladrar dentro sino también con taladrar hacia afuera, defecación.

En la época en que el tic fue reemplazado por excesiva movilidad difusa, Félix tenía la costumbre de balancear los pies en tal forma

¹³ Me parece que esto explica por qué en el análisis de adultos, el tic, como dice Ferenczi “no parece al fin del análisis pertenecer al marco de la complicada estructura de la neurosis”.

En los adultos frecuentemente puede no ser posible llevar el análisis a la profundidad requerida para descubrir las primeras fijaciones y relaciones objetales que determinan el tic. En tanto no se haga esto, el tic —en virtud de lo que yo llamaría su carácter seminarcisístico— siempre eludirá el análisis. En el caso de Félix el análisis logró no sólo reconstruir los detalles de su desarrollo más temprano que determinaron la forma de sus fantasías masturbatorias y de su tic, sino también, con la ayuda de recuerdos, hacerlos plenamente conscientes otra vez. Podemos suponer que es un elemento narcisístico del tic, el responsable de la dificultad de lograr acceso a este síntoma en el análisis, una dificultad que aumenta en proporción con la edad del paciente. Uno debería concluir que el tratamiento de un tic debe ser emprendido a una edad temprana, lo antes posible luego de la aparición del síntoma.

que a menudo pateaba al maestro cuando éste pasaba. Era incapaz de dominar este hábito a pesar de las dificultades que le traía. Este componente agresivo de su inquietud física que fue nuevamente representado en el tic, también se reveló claramente en el caso de Werner, en una conexión tan significativa que mostró claramente el significado fundamental de los impulsos sádicos en las descargas semejantes a tics. Durante las sesiones analíticas, una serie de preguntas compulsivas y apasionadas, que resultaron ser expresión de curiosidad conectada con la escena primaria —de cuyos detalles el niño de un año y medio no podía encontrar explicación— eran seguidas repetidamente por violentos estallidos de ira. En esos momentos Werner ensuciaba el alféizar de la ventana y la mesa con lápices de colores, trataba de ensuciarme a mí también, me amenazaba con sus puños y con las tijeras, trataba de pegarme puntapiés, hacía sonidos semejantes a flatos hinchando los carrillos, me insultaba de todas formas, hacía muecas y silbaba; en medio de esto se ponía repetidamente los dedos en las orejas¹⁴ y de repente anunciaba que podía oír un ruido raro, distante, pero no sabía qué era.

Mencionaré otro hecho que provee pruebas inequívocas de que esta escena era una repetición de las descargas motoras agresivas provocadas por la escena primaria. Durante el estallido de ira, Werner solía salir de la habitación para ver si podía golpearme con una pelota arrojada desde el vestíbulo a través de la puerta abierta, una repetición evidente de la situación en que, a la edad de dieciocho meses, quería insultar y dañar a sus padres a través de la puerta abierta.¹⁵

Numerosas fantasías que demostraron estar conectadas con el tic, por ejemplo la de los instrumentos de viento con los que Félix sentía que quería participar en la relación sexual de los padres, atestiguan la relación objetal anal. Werner también se “agitaba” para imitar al trompetista de la banda de jazz —que representaba a su padre en el acto sexual— y la expresaba también silbando e imitando el ruido de los flatos.

La forma en que estos componentes sádico-anales no sólo entraban en el tic sino que demostraron ser importantes factores de su construcción, me parece que confirma la opinión de Abraham de que el tic es un síntoma de conversión del estadio sádico-anal. Ferenczi, en réplica a Abraham, expresó su acuerdo con esta opinión, y tam-

¹⁴ Silbar, taparse los oídos, etc., era en este caso un síntoma de resistencia que reaparecía siempre en el análisis; pero también hacía uso de él en la casa.

¹⁵ Los padres confirmaron que en la época en que habían tenido lugar estas observaciones auditivas, o sea, a los dieciocho meses, el niño solía molestarlos repetidamente durante la noche, y por la mañana encontraban con frecuencia que había ensuciado la cama con sus excrementos. En esta época, como ya he mencionado, hicieron su aparición los primeros indicios de movilidad excesiva, que tomaron primero la forma de correr continuamente de aquí para allá con trocitos de madera que había sacado de un taller adyacente.

bién llamó la atención en su artículo sobre la importancia de los componentes sádico-anales del tic y su conexión con la coprolalia.

Las relaciones objetales genitales se vieron claramente en el material anterior. Las fantasías de coito asociadas con el tic se habían expresado originalmente en actividades masturbatorias. Esto se evidenció cuando en el curso del análisis reapareció la elección objetal en conexión con la masturbación tanto tiempo evitada bajo la presión de la angustia. La elección objetal heterosexual, que fue la última en ser descubierta, estuvo acompañada por más cambios en las fantasías masturbatorias, y con éstas se restableció claramente el retorno a la masturbación de la temprana infancia.

Puedo señalar aquí un pasaje del artículo de Ferenczi que parece tender un puente entre las diferencias de opinión de Ferenczi y las mías propias. Ferenczi escribe: “En el caso de un tic que aparece en un ‘narcisista constitucional’, en general la primacía de la zona genital no parece firmemente establecida, de modo que estimulaciones ordinarias o perturbaciones inevitables dan lugar a ese desplazamiento. La masturbación sería entonces una especie de actividad sexual seminarcisista de la que son posibles tanto la transición a la gratificación normal con otro objeto como el retorno al autoerotismo”.

Mi material muestra que un retroceso de las relaciones objetales ya conseguidas al narcisismo secundario ha tenido lugar por medio de la masturbación; por ciertas razones, que deben ser examinadas en detalle, la masturbación se tornó nuevamente una actividad autoerótica. Pero esto me parece que aclara la diferencia entre las ideas de Ferenczi y las mías. Según mis descubrimientos, el tic no es un síntoma narcisista primario sino secundario. Como ya he señalado, en mis casos la desaparición del tic fue seguida no sólo por angustia sino también por una sensación de tensión, lo que está de acuerdo con las afirmaciones de Abraham.

En cierta medida mis conclusiones pueden ser consideradas como complementarias de las opiniones de Ferenczi y Abraham. Encontré que el tic era un síntoma narcisista secundario, y fue la revelación de las relaciones objetales originales anal-sádicas y genitales en las que estaba basado lo que me llevó a esta conclusión. Además, apareció que el tic no es sólo un equivalente de la masturbación sino que también hay fantasías masturbatorias ligadas a él. La exploración y disolución analítica del tic sólo se hizo posible luego del cuidadoso análisis de las fantasías masturbatorias, lo que implicaba develar el entero desarrollo sexual de la infancia. Así el análisis de las fantasías masturbatorias resultó ser la clave para la comprensión del tic.

Al mismo tiempo llegué a ver que el tic, que al principio había parecido un síntoma accidental y desvinculado, estaba estrecha y orgánicamente conectado con graves inhibiciones y con un desarrollo asocial del carácter. He señalado repetidamente que cuando la sublimación tiene éxito, todo talento y todo interés están basados en parte en fantasías masturbatorias. En el caso de Félix, sus fantasías mas-

turbatorias estaban estrechamente conectadas con su tic. La sublimación de sus fantasías masturbatorias en numerosos intereses fue paralela a la desintegración y desaparición del tic. El resultado final del análisis fue la disminución de gran alcance tanto de las inhibiciones como de los defectos caracterológicos. También en el caso de Werner, el análisis reveló la significación central de la "agitación" y su conexión con sus graves inhibiciones y conducta asocial. A pesar de que el análisis de Werner no ha penetrado aún lo bastante profundamente como para ejercer un efecto terapéutico en el síntoma, es ya claro hasta dónde toda su rica vida de fantasía ha sido puesta al servicio de este síntoma, y apartada por consiguiente de otros intereses. El análisis muestra también que la inhibición de su personalidad había sido progresiva.

Creo que estos factores señalan la necesidad de examinar desde este ángulo la significación del tic, esto es, descubrir hasta dónde no es meramente una indicación de inhibición y desarrollo asocial, sino de importancia fundamental para el desarrollo de estas perturbaciones.

Quisiera señalar una vez más los factores específicos subyacentes a la psicogénesis del tic, tal como se me aparecieron en el material presentado. Las fantasías masturbatorias subyacentes al tic son ciertamente inespecíficas, porque sabemos que tienen la misma importancia para casi cualquier síntoma neurótico, y como he tratado de mostrar repetidamente, para la vida de fantasía y las sublimaciones. Pero incluso el contenido especial de las fantasías masturbatorias que era común a mis dos casos —identificación simultánea con ambos padres en tanto que el sujeto mismo participa— no parece en sí mismo específico. Uno se encuentra seguramente con este tipo de fantasía en pacientes que no tienen ni un tic.

Pero un factor más específico me parece que yace en el desarrollo que en ambos casos tomó esta forma de identificación. Al principio la identificación con el padre estaba encubierta por la identificación con la madre (actitud homosexual pasiva); debido a una angustia de castración particularmente intensa esta actitud dio lugar luego a la renovada aparición de una actitud activa. Tuvo lugar nuevamente un tipo de identificación con el padre, pero ya no era exitosa porque las características de éste estaban fusionadas con el propio yo del paciente, y el yo del paciente, amado por el padre, emergió como el nuevo objeto amado.

Hay sin embargo un factor específico preciso que favoreció tanto la regresión narcisista, que surgía del complejo de castración, como el tic basado en esta regresión. En el caso de Félix, como en el de Werner, las observaciones de la relación sexual se hicieron de tal modo que el interés principal se dirigió a los sonidos acompañantes. En Félix este interés por el sonido estaba intensificado por una considerable represión de la escoptofilia. En el caso de Werner, no hay duda de que como sus observaciones fueron hechas desde el cuarto conti-

guo, y fueron entonces principalmente observaciones auditivas, llevaron a su interés por el sonido. Un aumento de la movilidad, probablemente de origen constitucional (Ferenczi, *loc. cit.*) aparece en conexión con este interés.¹⁶ Imitaba¹⁷ lo que oía, primero por representación en movimientos masturbatorios rítmicos. Cuando abandonó la masturbación bajo la presión de la angustia de castración, entonces los sonidos tenían que ser reproducidos por otras descargas motoras. Por ejemplo, en ambos casos describí la fantasía de llevar el compás en música, con el director. Podemos suponer que este interés acústico no sólo estaba influido por circunstancias, sino que derivaba de un factor constitucional que en estos dos casos mostró estar conectado con fuertes componentes sádico-anales. Estos se revelaron en un interés por los sonidos de los flatos y en la agresión subyacente a la movilidad incrementada.

Sólo la experiencia posterior puede decidir si los factores específicos que actuaban en los casos que he observado son también en otros casos de importancia en la psicogénesis de tics.

APENDICE AGREGADO AL CORREGIR LAS PRUEBAS (1925)

Desde que escribí este artículo he comenzado el análisis de un niño, Walter, de cinco años y medio, cuyo síntoma principal consistía en un movimiento estereotipado. La juventud del paciente y el progreso hecho en el análisis (que hasta ahora duró seis meses) hizo posible explorar con detalle los factores interactuantes que subyacían al síntoma, e influir en forma muy favorable en el síntoma recientemente desarrollado. Una neurosis obsesiva y una deformación caracterológica incipiente en el niño hacen necesario un análisis más profundo. Este caso revela también la actuación de los factores que demostraron ser decisivos en los dos primeros casos. Por razones de brevedad escogeré el de oír el coito desde una habitación adyacente, en el segundo año de vida. A esta edad aparecieron movilidad excesiva y miedo al ruido de golpear. Semana tras semana en el análisis Walter hace una repetición compulsiva, con variaciones, del show de Kasperle (semejante al de Punch y Judy). En esta actuación yo tengo que empezar como el director de orquesta y con un palito u objeto similar golpear, lo que representa la música; al compás de este golpeo él hace trucos acrobáticos. Muchos detalles prueban que el show de Kasperle es la relación sexual en la que toma el lugar de la madre. Su miedo a la masturbación, asociado con un suceso traumático a los

¹⁶ La conexión entre las impresiones auditivas y su reproducción en movimientos puede verse como fenómeno normal en la necesidad de bailar provocada por escuchar músicaailable.

¹⁷ En Félix y en Werner era cuestión de imitar al padre en el coito. La necesidad de imitar, de representar, en pacientes que sufren de tics, es mencionada también por Ferenczi.

cuatro años, era evidente. Hasta ahora la representación teatral es siempre seguida por un estallido de ira, acompañado por descargas motoras agresivas, y una representación de ataques anales y uretrales de ensuciar dirigidos todos a los padres en coito. La base anal-sádica de los síntomas motores pudo verse claramente.

Mis conclusiones se confirman en todos los puntos por este tercer caso, y es particularmente instructivo notar que los casos pertenecen a diferentes y muy importantes periodos del desarrollo. Parece ahora claramente probado que el tic tiene su base en la agitación e inquietud física tan frecuente en la temprana infancia, la que por consiguiente requiere seria consideración. Si esta movilidad excesiva, difusa, es invariablemente condicionada por observaciones auditivas del coito, incluso si no se desarrolla en un tic, sólo podría afirmarse luego de mayor experiencia. En cualquier caso, fueron un factor fundamental en los tres casos que analicé y en los que la movilidad excesiva sí se convirtió en un tic o en movimientos semejantes a un tic. En Walter, como en Werner, la condensación en síntomas motores apareció en el sexto año de vida. Me refiero al hecho mencionado por Ferenczi de que en el período de latencia los tics aparecen frecuentemente como un síntoma transitorio. En dos de mis tres casos impresiones traumáticas contribuyeron seguramente al fracaso en la superación de los complejos edípico y de castración, mientras que en el tercer caso no ha sido lo bastante analizado aún en ese sentido. Esto dio origen, luego de la declinación del complejo de Edipo, a una lucha particularmente intensa contra la masturbación, de la que el síntoma motor se tornó entonces un sustituto inmediato. Puede suponerse que en otros casos también los tics y movimientos estereotipados —frecuentemente transitorios— del período de latencia pueden desarrollarse luego en un verdadero tic, cuando la recrudescencia de los conflictos de la temprana infancia, o de experiencias traumáticas —especialmente en la pubertad, o incluso después— sobrevienen como factores precipitantes.

6. PRINCIPIOS PSICOLOGICOS DEL ANALISIS INFANTIL

(1926)

En el siguiente artículo me propongo examinar en detalle ciertas diferencias entre la vida mental de los niños pequeños y la de los adultos. Estas diferencias requieren que usemos una técnica adaptada a la mente del niño pequeño, y trataré de demostrar que hay una cierta *técnica de juego* analítica, que cumple con este requisito. Esta técnica está planeada de acuerdo con ciertos puntos de vista que examinaré con algún detalle en este artículo.

Como sabemos, los niños forman relaciones con el mundo externo dirigiendo hacia los objetos de los que se obtiene placer la libido originalmente apegada exclusivamente al propio yo del niño. La relación del niño con estos objetos, sean vivientes o inanimados, es en primer lugar narcisista. Sin embargo, es de este modo como los niños llegan a tener relaciones con la realidad. Quisiera ahora ilustrar con un ejemplo la relación de los niños pequeños con la realidad.

Trude, una niña de tres años y tres meses, se fue de viaje con la madre luego de una única sesión de análisis. Seis meses después reinició el análisis. Fue sólo después de tiempo considerable que habló de algo que había pasado en ese intervalo, y la ocasión en que lo hizo fue durante el relato de un sueño. Soñó que estaba nuevamente en Italia con su madre, en un restaurante familiar. La camarera no le daba jarabe de frutilla, porque no quedaba más. La interpretación de este sueño mostró, entre otras cosas, que la niña sufría aún de la privación del pecho materno impuesta por el destete; además, reveló su envidia a su hermanita. Por lo general, Trude me contaba toda clase de cosas aparentemente irrelevantes, y también mencionaba repetidamente detalles de su primera sesión analítica, seis meses atrás, pero era sólo la conexión con las frustraciones que había experimen-

tado lo que le hacía pensar en sus viajes, que por otra parte no tenían interés para ella.

En una edad muy temprana los niños empiezan a conocer la realidad a través de las privaciones que ésta les impone. Se defienden a sí mismos contra la realidad repudiándola. Sin embargo lo fundamental y el criterio de toda capacidad ulterior de adaptación a la realidad, es el grado en que son capaces de tolerar las privaciones que resultan de las situaciones mismas. De ahí que incluso en niños pequeños, un repudio exagerado de la realidad (a menudo encubierto bajo una aparente "adaptabilidad" y "docilidad") es una indicación de neurosis y difiere de la huida de la realidad del adulto neurótico sólo en las formas en que se manifiesta. Por consiguiente, incluso en el análisis de niños pequeños, uno de los resultados finales a obtener es la adaptación exitosa a la realidad. Una forma en que esto se manifiesta en los niños es la modificación de las dificultades que presentan en su educación. En otras palabras, estos niños se han hecho capaces de tolerar frustraciones reales.

Podemos observar que los niños muestran a menudo, ya al principio de su segundo año, una marcada preferencia por el progenitor del sexo opuesto y otros indicios de tendencias edípicas incipientes.

Cuándo empiezan los conflictos subsiguientes, es decir, en qué punto el niño llega a estar realmente dominado por el complejo de Edipo, es menos claro, ya que deducimos su existencia sólo de ciertos cambios que advertimos en el niño.

El análisis de un niño de dos años y nueve meses, otro de tres años y tres meses, y varios de alrededor de cuatro años, me ha llevado a la conclusión de que en ellos el complejo de Edipo ejerció una profunda influencia ya en su segundo año de vida¹. Ilustraré esto con el desarrollo de una pequeña paciente. Esta mostró preferencia

¹ Con esta conclusión está estrechamente conectada una segunda, que sólo puedo indicar aquí.

En una serie de análisis de niños descubrí que la elección de la niñita del padre como objeto de amor seguía al destete. Esta privación, que es seguida del aprendizaje de hábitos higiénicos (proceso que se presenta al niño como un nuevo y penoso retiro de amor), afloja el vínculo con la madre y hace que empiece a funcionar la atracción heterosexual, reforzada por las caricias del padre, que son ahora interpretadas como seducción. Como objeto de amor, también el padre sirve en primera instancia al propósito de gratificación oral. En el artículo que leí en el Congreso de Salzburgo en abril de 1924, di ejemplos para mostrar que los niños conciben y desean el coito al principio como acto oral.

Creo que el efecto de estas privaciones en el desarrollo del complejo de Edipo en los varones es a la vez inhibitorio y propulsor. El efecto *inhibitorio* de estos traumas se ve en el hecho de que es a ellos a los que el niño retrocede en seguida, cuando trata de escapar de su fijación a la madre; y refuerzan su actitud edípica invertida. La circunstancia de que estos traumas, que preparan el camino para el complejo de castración, procedan incluso de la madre es también, como he podido ver, la razón de por qué en ambos sexos es la madre la que en los estratos más profundos del inconsciente es especialmente temida como castrador.

Además, por otra parte, las privaciones orales y anales de amor parecen *promover*

por su madre hasta el comienzo de su segundo año; después mostró una llamativa preferencia por el padre. Por ejemplo, a los quince meses repetidamente pedía quedarse sola con él en la habitación, sentarse en sus rodillas, mirar libros junto con él. Pero a los dieciocho meses, su actitud cambió nuevamente, y prefirió otra vez a la madre. Simultáneamente empezó a sufrir terrores nocturnos y miedo a los animales.

Desarrolló una excesiva fijación a la madre y una muy profunda identificación con el padre. Al comienzo de su tercer año manifestó creciente ambivalencia, y era tan difícil criarla que cuando tenía dos años y nueve meses fue traída al tratamiento analítico. En esta época había mostrado por algunos meses una considerable inhibición en el juego, incapacidad para tolerar frustraciones, excesiva sensibilidad al dolor y marcado malhumor. Las siguientes experiencias han contribuido a este desarrollo. Hasta la edad de casi dos años Rita durmió en la habitación de sus padres, y los efectos de la escena primaria se mostraron claramente en su análisis. Sin embargo, la ocasión de la irrupción de su neurosis fue el nacimiento de su hermanito. Poco después de esto se manifestaron dificultades aun mayores que aumentaron rápidamente. No puede haber dudas de que hay una estrecha conexión entre la neurosis y efectos tan profundos del complejo de Edipo experimentados en edad tan temprana. No puedo determinar si es a niños neuróticos a quienes la actuación temprana del complejo de Edipo afecta tan intensamente, o si los niños se vuelven neuróticos cuando este complejo se instala demasiado pronto. Es, sin embargo, seguro que experiencias como las que he mencionado aquí hacen el conflicto más grave, y que por consiguiente o incrementan la neurosis o provocan su irrupción.

Seleccionaré ahora de este caso los rasgos que los análisis de niños de diferentes edades me han enseñado que son típicos. Se los ve más directamente en el análisis de niños *pequeños*. En varios casos en los que analicé ataques de angustia en niños muy pequeños, estos ataques resultaron ser la repetición de un terror nocturno que había ocurrido en la segunda mitad del segundo año y al comienzo de su tercer año. Este temor era a la vez un efecto de una elaboración neurótica del complejo de Edipo. Hay muchas elaboraciones de este tipo, que nos llevan a establecer conclusiones firmes sobre los efectos del complejo de Edipo².

Entre estas elaboraciones, en las que era muy clara la vinculación con la situación edípica, debe recalcarse la forma en que los niños frecuentemente se caen y se lastiman, su hipersensibilidad, su incapacidad

el desarrollo de la situación edípica en los varones, ya que los impulsan a cambiar su posición libidinal y a desear a la madre como objeto de amor genital.

² La estrecha conexión de tales elaboraciones con la angustia ya ha sido demostrada por mí en mi capítulo sobre "Análisis infantil", en el que examiné la relación entre angustia e inhibición.

cidad de tolerar frustraciones, sus inhibiciones de juego, su actitud ambivalente hacia ocasiones festivas y regalos, y finalmente diversas dificultades en la crianza que a menudo hacen su aparición a una edad sorprendentemente temprana. Pero encuentro que la causa de estos fenómenos muy comunes es un sentimiento de culpa particularmente fuerte, cuyo desarrollo examinaré ahora con detalle.

Mostraré con un ejemplo cuán intensamente el sentimiento de culpa opera incluso en el terror nocturno. Trude, a la edad de cuatro años y tres meses, jugaba constantemente durante la sesión a que era de noche. Ambas teníamos que irnos a dormir. Después salía del rincón al que llamaba su habitación, venía sigilosamente hacia mí y me hacía toda clase de amenazas, me iba a apuñalar la garganta, arrojarme al patio, quemarme o entregarme a la policía. Trataba de atar mis manos y pies, levantaba la cobertura del sofá y decía que estaba haciendo "po-caca-cucú"³.

Resultó que estaba mirando en el "popo" de la madre para ver si había cacas, que para ella representaban el niño. Otra vez quiso pegarme en el estómago y declaró que estaba sacando las "a-a" (heces), y dejándome pobre. Después sacó los almohadones, a los que repetidamente llamaba "niños" y se escondió con ellos en el rincón del sofá, en el que se agachó con intensos signos de miedo, se cubrió, se succionó el pulgar y se orinó. Esta situación seguía siempre a sus ataques hacia mí. Su actitud era, sin embargo, similar a la que, cuando aún no tenía dos años, había adoptado en la cama cuando empezó a sufrir de intensos terrores nocturnos. También en esta época solía correr repetidamente a la habitación de sus padres durante la noche sin poder decirles qué era lo que quería. Cuando nació su hermano tenía dos años, y el análisis logró revelar qué había en su mente en esa época y también cuáles eran las causas de su angustia y del orinar y ensuciar la cama. El análisis logró también abolir estos síntomas. En esa época ya había deseado robar a su madre, que estaba embarazada, los hijos, matarla y tomar su lugar en el coito con el padre. Estas tendencias al odio y la agresión eran la causa de su fijación a la madre (que, a la edad de dos años, se estaba volviendo particularmente intensa), y también de sus sentimientos de angustia y culpa. En el período en que estos fenómenos eran tan prominentes en el análisis de Trude, se las arreglaba para lastimarse casi siempre justo antes de la sesión. Descubrí que los objetos con los que se lastimaba (mesas, armarios, estufas, etc.) significaban para ella (de acuerdo con la primitiva identificación infantil) a la madre, o a veces al padre, que la castigaba. En general he descubierto, especialmente en niños muy pequeños, que "estar constantemente en guerra" y caer y lastimarse está estrechamente conectado con el complejo de castración y el sentimiento de culpa.

Los juegos de los niños nos permiten formular ciertas conclu-

³ Popo: trasero - Caca: heces - Cucú: mirar.

siones especiales sobre el temprano sentimiento de culpa. Ya en su segundo año, los que estaban en contacto con Rita se sorprendían de su remordimiento por cualquier travesura, por pequeña que fuera, y de su hipersensibilidad a cualquier tipo de reproche. Por ejemplo, estallaba en lágrimas cuando su padre, jugando, amenazaba a un oso de un libro de láminas. Aquí, lo que determinó su identificación con el oso fue su miedo al reproche del padre *real*. También su inhibición de juego procedía de su sentimiento de culpa. Cuando tenía dos años y tres meses declaraba repetidamente, cuando jugaba con su muñeca (juego del que no disfrutaba mucho), que ella no era la muñeca-bebé de su madre. El análisis reveló que ella no se *animaba* a jugar a ser la madre porque la muñeca-bebé representaba para ella entre otras cosas, a su hermanito, que había deseado arrebatar a la madre, incluso durante el embarazo. Pero aquí la prohibición del deseo infantil ya no provenía de la madre *real*, sino de la madre introyectada, cuyo rol representó ante mí en diversas formas, y quien ejercía una influencia más severa y cruel sobre ella que lo que su madre *real* hubiera hecho nunca. Un síntoma obsesivo que Rita desarrolló a los dos años fue un ritual nocturno que implicaba mucha pérdida de tiempo.

Su punto principal era que insistía en ser fuertemente arropada con la sábana por miedo a que "un ratón o una *butty* (mariposa) podrían venir a través de la ventana y arrancar con los dientes su *butty* (genital)".⁴ Sus juegos revelaron otros determinantes: la muñeca tenía que ser siempre arropada igual que Rita misma, y en una oportunidad puso un elefante junto a la cama de la muñeca. Se suponía que este elefante iba a impedir que la muñeca se levantara; si no, entraría furtivamente a la habitación de sus padres y les haría daño o les quitaría algo. El elefante (*imago* paterna) tenía que tomar la parte del que ponía obstáculos. Este papel lo había representado el padre introyectado dentro de ella desde la época en que, entre los quince meses y los dos años, había querido usurpar el lugar de la madre con el padre, robar a la madre el niño con que estaba embarazada, y dañar y castrar a sus padres. Las reacciones de ira y angustia que seguían al castigo a la "niña" durante esos juegos mostraron, además, que Rita estaba representando internamente ambos papeles: el de las autoridades que juzgan y el del niño que es castigado.

Un mecanismo fundamental y universal en el juego de representar un papel sirve para separar estas identificaciones operantes en el niño, que tienden a formar un todo único. Por la división de roles el niño logra expulsar al padre y a la madre que en la elaboración del complejo de Edipo ha absorbido dentro de sí, y que ahora lo ator-

⁴ El complejo de castración de Rita se manifiesta en una serie de síntomas neuróticos y en el desarrollo de su carácter. También sus juegos mostraban claramente su fuerte identificación con el padre y su temor a fracasar en el rol masculino, angustia que se originaba en el complejo de castración.

mentan internamente con su severidad. El resultado de esta expulsión es una sensación de alivio, que contribuye en gran medida al placer extraído del juego. Aunque este juego de representar parece a menudo muy simple y ser expresión sólo de identificaciones primarias, ésta es sólo la apariencia superficial. Es de gran importancia en el análisis de niños penetrar detrás de esta apariencia. Sin embargo, puede tener un pleno efecto terapéutico sólo si la investigación revela todas las identificaciones y elementos subyacentes y, ante todo, si hemos encontrado el camino hacia el sentimiento de culpa que está aquí en acción.

En los casos que he analizado, el efecto inhibitorio de los sentimientos de culpa fue evidente a una edad muy temprana. Lo que encontramos aquí corresponde a lo que conocemos como el superyó en adultos. El hecho de que supongamos que el complejo de Edipo alcanza su punto culminante hacia el cuarto año de vida y que reconozcamos el desarrollo del superyó como el resultado final del complejo, me parece que no contradice de ningún modo estas observaciones. Esos fenómenos definidos, típicos, cuya existencia podemos reconocer en la forma más claramente desarrollada cuando el complejo de Edipo ha alcanzado su punto culminante y que precede a su declinación, son solamente la terminación de un desarrollo que dura años. El análisis de niños muy pequeños muestra que éstos, en cuanto surge el complejo de Edipo, empiezan a elaborarlo y de ahí a desarrollar el superyó.

Los efectos de este superyó infantil sobre el niño son análogos a los del superyó del adulto, pero pesan mucho más sobre el débil y infantil. Como nos enseña el análisis de los niños, fortificamos este yo cuando el procedimiento analítico frena las exigencias excesivas del superyó. No puede haber dudas de que el yo de niños pequeños difiere del de los niños mayores o del de los adultos. Pero, cuando hemos liberado el yo del niño pequeño de la neurosis, resulta perfectamente adaptado a las exigencias de la realidad que encuentra exigencias todavía menos graves que las que se hacen a los adultos.⁵

Así como la mente de los niños pequeños difiere de la de los niños mayores, así también su reacción al psicoanálisis es en la temprana infancia diferente de la reacción posterior. Nos sorprendemos a menudo de la facilidad con que en ciertas ocasiones son aceptadas nuestras interpretaciones: incluso a veces los niños expresan considerable placer ante ellas. La razón por la cual este proceso es diferente del que encontramos en análisis de adultos es que en ciertos estratos

⁵ Los niños no pueden cambiar las circunstancias de su vida, como a menudo hacen los adultos al final de su análisis. Pero un niño ha sido muy ayudado si, como resultado del análisis, lo capacitamos para sentirse más cómodo en las circunstancias existentes, y de este modo a desarrollarse mejor. Además, hacer desaparecer las neurosis en los niños disminuye a menudo las dificultades de su *milieu*. Por ejemplo, repetidamente he comprobado que las reacciones de la madre eran mucho menos neuróticas cuando tenían lugar cambios favorables en sus hijos después del análisis.

de la mente infantil hay una comunicación mucho más fácil entre la conciencia y el inconsciente, y por consiguiente es mucho más fácil volver sobre los pasos del uno al otro. Esto explica el rápido efecto de nuestra interpretación, que por supuesto nunca es formulada excepto sobre la base de material adecuado. Sin embargo, los niños a menudo producen este material con sorprendente rapidez y mucha variedad. El efecto, además, es a menudo sorprendente, incluso cuando el niño no ha parecido recibir de ningún modo la interpretación. Se reanuda el juego interrumpido a causa de la instauración de las resistencias; se lo transforma y amplía, y se expresan estratos más profundos de la mente, se restablece el contacto entre el niño y el analista; el placer en el juego, que sigue visiblemente a la formulación de una interpretación, se debe también al hecho de que el gasto requerido por la represión no se necesita ya luego de la interpretación. Pero pronto encontramos otra vez resistencias durante algún tiempo, y aquí el asunto ya no es tan fácil como he descrito. En realidad, en esos momentos tenemos que luchar contra grandes dificultades. Esto sucede especialmente cuando encontramos un sentimiento de culpa.

En su juego los niños representan simbólicamente fantasías, deseos y experiencias. Emplean aquí el mismo lenguaje, el mismo modo de expresión arcaico, filogenéticamente adquirido con el que estamos familiarizados gracias a los sueños. Sólo podemos comprenderlo plenamente si lo enfocamos con el método que Freud ha desarrollado para descifrar los sueños. El simbolismo es sólo una parte de él; si queremos comprender correctamente el juego del niño en conexión con todo su comportamiento durante la sesión, debemos tener en cuenta no sólo el simbolismo que a menudo aparece tan claramente en sus juegos, sino también todos los medios de representación y los mecanismos empleados en el trabajo del sueño, y tenemos que tener en cuenta la necesidad de examinar el nexo total de los fenómenos.⁶

Si empleamos esta técnica pronto encontramos que los niños producen no menos asociaciones con los rasgos distintos de sus juegos,

⁶ Mis análisis revelan una y otra vez cuán distintos significados pueden tener las cosas, por ejemplo muñecos, en el juego. A veces representan el pene, a veces el hijo robado a la madre, a veces al paciente mismo, etc. Es sólo examinando los mínimos detalles del juego, y su interpretación, que pueden hacérsenos claras las conexiones y eficaz la interpretación. El *material* que los niños producen durante la sesión, a medida que pasan de juego con juguetes a dramatizar en su propia persona y a jugar con agua, cortar papel, o dibujar, el *modo* en que hacen esto, la *razón* por la que cambian de un juego a otro, los *medios* que eligen para sus representaciones, toda esta miscelánea de factores, que tan menudo parece confusa y sin sentido, es vista como coherente y plena de significado, y se nos revelan las fuentes y pensamientos subyacentes, si los interpretamos exactamente como los sueños. Además, los niños a menudo representan en su juego lo mismo que ha aparecido en algún sueño que narraron antes, y con frecuencia producen asociaciones por medio del juego que le sigue, y que es su forma más importante de expresarse.

que lo que hacen los adultos con los elementos de sus sueños. Los detalles de su juego señalan el camino para un observador atento; y entretanto, el niño cuenta toda clase de cosas que deben valorarse plenamente como asociaciones.

Además de este modo arcaico de representación, los niños emplean otro mecanismo primitivo, es decir, sustituyen con acciones (que fueron los precursores originales de los pensamientos) a las palabras: en los niños, *actuar* representa una parte prominente.

En "De la historia de una neurosis infantil"⁷, Freud dice: "Un análisis hecho en un niño neurótico debe, por supuesto, parecer más confiable, pero no puede ser muy rico el material, deben prestarse al niño demasiadas palabras y pensamientos, e incluso así los estratos más profundos pueden resultar impenetrables a la conciencia."

Si enfocamos el análisis infantil con la técnica adecuada al de los adultos seguramente no lograremos penetrar en los niveles más profundos de la vida mental del niño. Pero son precisamente esos niveles los importantes para el éxito y valor de un análisis. Sin embargo, si tomamos en cuenta las diferencias psicológicas entre niños y adultos y recordamos el hecho de que en los niños encontramos el inconsciente actuando aun junto al consciente, las tendencias más primitivas junto a los desarrollos más complicados que conocemos, como el superyó, es decir, si comprendemos correctamente la forma de expresión del niño, desaparecen todos estos puntos dudosos y factores desfavorables, ya que encontramos que con respecto a la profundidad y amplitud del análisis, podemos esperar tanto de los niños como de los adultos. Y más aun, en el análisis de los niños podemos retroceder a experiencias y fijaciones que en el análisis de adultos sólo podemos *reconstruir*, mientras que en los niños se las representa *directamente*⁸. Tomemos por ejemplo el caso de Ruth que, de bebé, había sufrido hambre durante un tiempo porque la madre tenía poca leche para darle. A los cuatro años y tres meses, al jugar con el lavatorio, llamó al tapón de agua, tapón de leche. Declaró que la leche iba a parar a las bocas (los agujeros de la cañería) pero que sólo corría muy poco. Este deseo oral insatisfecho apareció en innumerables juegos y dramatizaciones y se manifestó en toda su actitud.

⁷ O.C., 17.

⁸ En el Octavo Congreso Psicoanalítico Internacional, celebrado en Salzburgo en 1924, mostré que un mecanismo fundamental en el juego de los niños y en toda sublimación subsiguiente es la descarga de fantasías masturbatorias. Esto subyace a toda actividad lúdica y sirve como estímulo constante del juego (compulsión a la repetición). Las inhibiciones de juego y aprendizaje se originan en la represión exagerada de estas fantasías, y con ellas de toda fantasía. Experiencias sexuales están asociadas con fantasías masturbatorias y, con éstas, logran expresión y abreacción en el juego. Entre las experiencias dramatizadas, juegan un papel prominente las representaciones de la escena primaria, que regularmente aparecen en primer plano en el análisis de niños pequeños. Es sólo luego de considerable análisis, habiéndose revelado parcialmente la escena primaria y el desarrollo genital, que llegamos a representaciones de experiencias y fantasías pregenitales.

Por ejemplo, aseveraba que era pobre, que sólo tenía un abrigo, y que tenía muy poco que comer; ninguna de estas afirmaciones tenía el más mínimo acuerdo con la realidad.

Otra pequeña paciente (que sufría de neurosis obsesiva) era Erna, de seis años, cuya neurosis se basaba en impresiones recibidas durante el período de aprendizaje de hábitos higiénicos⁹. Dramatizaba para mí estas impresiones con el máximo detalle. Una vez puso un muñequito sobre una piedra, jugó a que estaba defecando y colocó otros muñecos alrededor, que se suponía que lo estaban admirando. Después de esta dramatización Erna trajo el mismo material, en un juego de representación. Quería que yo fuera un bebé de largas ropas que se ensuciaba, mientras ella era la madre. El bebé era un niño mimado y objeto de admiración. Esto fue seguido por una reacción de ira en Erna, y ella representó el papel de una maestra cruel que golpeaba al niño. En esta forma Erna representó ante mí uno de los primeros traumas en su experiencia: el fuerte golpe que recibió su narcisismo cuando imaginaba que las medidas utilizadas para enseñarle hábitos de limpieza significaban la pérdida del excesivo afecto que se le dio en su infancia.

En general, en el análisis de niños no podemos sobreestimar la importancia de la fantasía y de la traducción a la acción por efecto de la compulsión a la repetición. Naturalmente, los niños *pequeños* usan mucho más el recurso de la acción, pero incluso los mayores recurren constantemente a este mecanismo primitivo, especialmente cuando el análisis ha anulado algunas de sus represiones. Es indispensable para llevar a cabo el análisis, que los niños obtengan el placer que está ligado a ese mecanismo, pero el placer debe seguir siendo siempre sólo un medio para un fin. Es justamente aquí donde vemos la predominancia del principio del placer sobre el principio de realidad. No podemos apelar al sentido de realidad en pacientes pequeños como podemos en los mayores.

Así como los medios de expresión de los niños difieren de los de los adultos, así también la situación analítica en el análisis de niños parece ser enteramente diferente. Sin embargo, es en ambos casos *esencialmente* la misma. Interpretaciones adecuadas, resolución gradual de las resistencias, y persistente descubrimiento por la transferencia de situaciones anteriores: esto constituye en los niños tanto como en los adultos la situación analítica correcta.

⁹ Este aprendizaje, que Erna había sentido como el más cruel acto de coerción, fue realizado en realidad sin ninguna estrictez y tan fácilmente que al año se mantenía perfectamente limpia. Un fuerte incentivo fue su ambición, que se desarrolló inusualmente temprano, la que, empero, la hizo sentir todas las medidas utilizadas para entrenarla como un ultraje, desde el principio. Esta ambición temprana fue la condición primaria de su susceptibilidad a los reproches y del precoz y marcado desarrollo de su sentimiento de culpa. Pero es frecuente ver estos sentimientos de culpa jugar ya un gran papel en el aprendizaje del control esfinteriano, y podemos reconocer en ellos los primeros principios del superyó.

He dicho ya que en el análisis de niños pequeños he visto una y otra vez cuán rápidamente surten efecto las interpretaciones. Es un hecho llamativo que, aunque haya numerosas indicaciones inequívocas de este efecto (el desarrollo del juego, la consolidación de la transferencia, la disminución de la angustia, etc.), sin embargo, durante bastante tiempo el niño no elabora conscientemente las interpretaciones. Pero he podido probar que esta elaboración se establece realmente después. Por ejemplo, los niños empiezan a distinguir entre la madre "imaginada" y la madre real, y entre el muñequito de madera y su hermano como bebé vivo. Entonces insisten firmemente en que querían hacer tal o cual daño sólo al bebé de juguete; dicen que por supuesto aman al bebé real. Sólo cuando han sido superadas resistencias muy poderosas y de larga data los niños se dan cuenta de que sus actos ágresivos estaban dirigidos hacia los objetos *reales*. Entonces, cuando se admite esto, el resultado, incluso en niños muy pequeños es generalmente un paso notable hacia la adaptación a la realidad. Mi impresión es que al principio la interpretación sólo es inconscientemente asimilada. Es sólo después cuando la relación de ésta con la realidad penetra gradualmente en la comprensión del niño. El proceso de esclarecimiento es análogo. Durante largo tiempo el análisis sólo revela el material de teorías sexuales y fantasías del nacimiento, e interpreta este material sin ninguna "explicación". Así, el esclarecimiento tiene lugar poco a poco con la remoción de resistencias inconscientes que actuaban contra él.

De ahí que lo primero que sucede como resultado del psicoanálisis es que mejoran las relaciones emocionales con los padres; la comprensión consciente sólo surge cuando esto ha tenido lugar. Esta comprensión es admitida ante el mandato del superyó, cuyas exigencias son modificadas por el análisis de modo que puede ser tolerado y complacido por un yo menos oprimido y por consiguiente más fuerte. De este modo, el niño no es *súbitamente* confrontado con la situación de admitir un nuevo conocimiento de su relación con los padres, o en general, de ser obligado a absorber un conocimiento que lo abruma. Siempre ha sido mi experiencia que el efecto de tal conocimiento gradualmente elaborado, es en realidad *aliviar* al niño, establecer una relación fundamentalmente más favorable hacia sus padres e incrementar así su capacidad de adaptación social.

Cuando esto ha tenido lugar los niños son también bastante capaces de reemplazar en cierta medida la represión por un rechazo razonado. Vemos esto en que en un estado posterior del análisis, los niños han avanzado tanto desde los diversos anhelos sádico-anales o canibalistas (que en un estadio anterior eran aún tan poderosos), que ahora pueden adoptar a veces una actitud de crítica humorística hacia ellos. Cuando esto sucede oigo incluso a niños muy pequeños hacer chistes sobre que, por ejemplo, hace un tiempo ellos realmente querían comerse a su mamita o cortarla en pedazos. Cuando tienen lugar estos cambios, no sólo está disminuyendo inevitablemente el

sentimiento de culpa, sino que al mismo tiempo los niños son capaces de *sublimar* los deseos que previamente estaban totalmente reprimidos. Esto se manifiesta en la práctica en la desaparición de inhibiciones de juego y en la iniciación de numerosos intereses y actividades.

Para resumir lo que he dicho: las especiales características primitivas de los niños requieren una técnica especial adaptada a ellos, consistente en el análisis de sus juegos. Por medio de esta técnica podemos alcanzar las experiencias y fijaciones reprimidas más profundas y esto nos permite influir fundamentalmente en el desarrollo de los niños.

Se trata sólo de una diferencia de *técnica*, no de los *principios* del tratamiento. Los criterios del método psicoanalítico propuestos por Freud, es decir: que usemos como punto de partida la transferencia y la resistencia, que debemos tomar en cuenta los impulsos infantiles, la represión y sus efectos, la amnesia y la compulsión a la repetición y además, que debemos descubrir la escena primaria, como lo exige en "De la historia de una neurosis infantil", todos estos criterios se mantienen íntegramente en la técnica del juego. El método del juego conserva todos los principios del psicoanálisis y lleva a los mismos resultados que la técnica clásica. Sólo que en los recursos técnicos que utiliza está adaptado a la mente de los niños.

7. SIMPOSIUM SOBRE ANALISIS INFANTIL¹

(1927)

[Nota 1947. El siguiente artículo representa mi contribución a una discusión sobre problemas del análisis de niños, en la que se prestó particular atención al libro de Anna Freud *Introducción a la técnica del análisis de niños*, publicado en Viena en 1926. En una versión ampliada, publicada en Londres en 1946 bajo el título: *El tratamiento psicoanalítico de los niños* (Imago Publishing Co.), las consideraciones de Anna Freud se han acercado más a las mías en lo que respecta a algunos puntos. Estas modificaciones de sus opiniones se discuten en una nota al final de este artículo, el cual, de cualquier modo sigue siendo una exposición de mis propias ideas.]

Comenzaré mis observaciones con una breve revisión del desarrollo del análisis de niños en general. Sus comienzos datan de 1909, año en que Freud publicó "Análisis de la fobia de un niño de cinco años". Esta publicación fue de la más grande importancia teórica, al confirmar, como lo hizo en la persona del niño de que se trataba, la verdad de lo que Freud había descubierto que existía en los niños partiendo del análisis de adultos. El artículo tuvo sin embargo otra significación más, cuya importancia no podía ser apreciada en aquel entonces. Este análisis estaba destinado a ser la piedra angular del subsiguiente análisis infantil. No sólo mostró la presencia y la evolución del complejo de Edipo en los niños y las formas en que opera en ellos; también mostró que estas tendencias inconscientes podían aflorar a la conciencia sin peligro y con gran provecho. Freud mismo describe su descubrimiento de la siguiente forma:² "Debo ahora preguntar en qué ha perjudicado a Juanito el haberle hecho conscientes complejos no sólo reprimidos por los niños sino también temidos por padres. ¿Emprendió acaso el niño alguna acción grave en lo que respecta a sus pretensiones con su madre? ¿Trató acaso sus malas intenciones contra el padre en actos malos? *Sin duda se les ocurrieron tales temores a muchos doctores, que entienden mal la esencia del psicoanálisis y opinan que al hacer conscientes los malos instintos, éstos se fortifican*³.

Y nuevamente, en la página 285: "Por el contrario, las únicas

¹ Leído ante la Sociedad Psicoanalítica Británica, mayo 4 y 18, 1927.

² *O.C.*, 10.

³ La bastardilla es mía.

consecuencias del análisis fueron que Juanito se recuperó, no tuvo ya miedo a los caballos y empezó a tomarse libertades con su padre, como lo comunicó éste, bastante divertido. Pero lo que el padre pudo haber perdido en respeto lo ganó en confianza: 'Creí —decía Hans— que como supiste lo del caballo sabías todo'. Y es que el análisis no anula los efectos de la represión. Los instintos antes reprimidos siguen reprimidos; pero el mismo efecto es alcanzado por un camino diferente. El análisis sustituye el proceso de la represión, que es automático y excesivo, por el control medido e intencionado por parte de las más elevadas facultades psíquicas. En una palabra, *el análisis reemplaza la represión por la condensación*. Esto parece aportarnos la prueba tan largamente buscada de que la conciencia tiene una función biológica, y que su entrada en escena asegura una importante ventaja".

H. Hug-Hellmuth, quien tuvo la honrosa distinción de ser la primera en emprender el análisis sistemático de niños, comenzó su tarea con algunos preconceptos en su mente, que mantuvo hasta el final. En su artículo titulado "Técnica del análisis de niños", escrito después de cuatro años de trabajo en este terreno y que nos da una clara idea de sus principios y de su técnica, expresa muy claramente que desapruueba la idea de analizar niños muy pequeños; que consideraba necesario contentarse con "éxitos parciales" sin penetrar demasiado profundamente en el análisis de los niños por temor a estimular con demasiada fuerza las tendencias e impulsos reprimidos, o por temor a hacer exigencias a las que su capacidad de asimilación no podría responder.

A través de este artículo y de otros escritos suyos vemos que evitó penetrar profundamente en el complejo de Edipo. Otra de las suposiciones que sostuvo en su trabajo es la de que en el caso del niño no sólo se requiere del analista que haga el tratamiento analítico sino también que ejerza una influencia educativa definida.

Ya en 1921, cuando publiqué mi primer artículo "El desarrollo de un niño", yo había llegado a conclusiones muy distintas. En mi análisis de un niño de cinco años y tres meses encontré (como todos mis posteriores análisis me lo confirmaron) que era perfectamente posible e incluso saludable, explorar el complejo de Edipo hasta sus profundidades, y que en esta tarea se podían obtener resultados por lo menos iguales a los obtenidos en los análisis de adultos. Además de esto descubrí que en un análisis de este tipo no sólo era innecesario que el analista se empeñara en ejercer una influencia educativa sino que ambas cosas eran incompatibles. Tomé estos principios como guía de mi trabajo y los defendí en todos mis escritos; y así es como llegué a intentar el análisis de niños muy pequeños, de tres a seis años de edad, y a encontrarlo afortunado y pleno de perspectivas. Escojamos en primer lugar del libro de Anna Freud los que parecen ser sus cuatro puntos principales. Nos encontramos aquí nuevamente con la idea fundamental que mencionamos anteriormente como la misma

de H. Hug-Hellmuth: la convicción de que el análisis de niños no debe ser llevado demasiado lejos. Por esto, y como es claro también por las conclusiones más directas que se han sacado, se quiere significar que no se deben tratar demasiado las relaciones del niño con sus padres, o sea que no se debe explorar minuciosamente el complejo de Edipo. Los ejemplos que da Anna Freud no muestran ningún análisis del complejo de Edipo.

La segunda idea conductora es, también aquí, que se debe combinar el análisis del niño con influencias educativas.

Es notable, y debería dar que pensar, que aunque se intentó el análisis de niños hace dieciocho años y se lo practicó desde entonces, tengamos que enfrentarnos con el hecho de que sus principios fundamentales no han sido todavía enunciados claramente. Si comparamos con esto el desarrollo en el psicoanálisis de adultos, descubrimos que en un período de tiempo aproximadamente igual no sólo fueron establecidos todos los principios para el trabajo posterior, sino que también fueron probados y comparados, y que se desarrolló una técnica cuyos detalles tenían que perfeccionarse pero cuyos principios fundamentales han permanecido incólumes.

¿Cómo se explica el hecho de que precisamente el análisis de niños haya sido mucho menos afortunado en su desarrollo? El argumento que a menudo se oye en los círculos analíticos de que los niños no son sujetos adecuados para el análisis no parece ser válido. H. Hug-Hellmuth era realmente muy escéptica sobre los resultados que se podían obtener con niños. Expresó que ella "debía contentarse con éxitos parciales y contar con recaídas". Es más, restringió el tratamiento a un limitado número de casos. También Anna Freud establece límites bien definidos a la aplicación del tratamiento; pero por otro lado, en lo que respecta a las posibilidades del análisis de niños adopta una posición más optimista que la de H. Hug-Hellmuth. Al final de su libro dice: "A pesar de las dificultades que he enumerado, en el análisis de niños producimos realmente cambios, progresos y curas que no nos atreveríamos a soñar en el análisis de adultos" (pág. 86).

Con el objeto de contestar a la pregunta que he planteado, quiero establecer ahora algunos enunciados que me ocuparé de demostrar a continuación. Creo que el análisis de niños, comparado con el de adultos, se ha desarrollado en el pasado de manera mucho menos favorable porque no fue encarado con un espíritu de investigación libre y desprejuiciado, como lo fue el de adultos, y en cambio estuvo trabado y entorpecido por varios preconceptos. Si reflexionamos sobre el primer análisis de un niño, fundamento de todos los demás (el análisis de Juanito), descubrimos que no sufrió por esta limitación. Por cierto que no había aún una técnica especial: el padre del niño, que bajo la dirección de Freud llevó a cabo este análisis parcial, no era versado en la práctica del análisis. Sin embargo tuvo el valor de avanzar bastante en el análisis y obtuvo buenos resultados. En el re-

sumen mencionado anteriormente en este artículo, Freud dice que a él mismo le hubiera deseado ir más allá. Lo que dice muestra, además, que no veía peligro alguno en el análisis minucioso del complejo de Edipo; de modo que evidentemente no pensaba que por principio no hay que analizar en los niños este complejo. Pero H. Hug-Hellmuth, quien por tantos años trabajó sola en este campo, emprendió su tarea desde el comienzo con principios que obligatoriamente habrían de limitarla, y por consiguiente hacerla menos fructífera, no sólo en lo que respecta a sus resultados en la práctica, el número de casos en los que había que utilizar el análisis, etc., sino también en lo que respecta a los descubrimientos teóricos. Durante todos estos años, el análisis de niños, del que con toda razón hubiera podido esperarse una contribución directa al desarrollo de la teoría psicoanalítica, no ha hecho nada que merezca ser expuesto. Como H. Hug-Hellmuth, Anna Freud piensa que al analizar niños no sólo no podemos descubrir más sobre el primer período de la vida que cuando analizamos adultos, sino que incluso descubrimos *menos*.

Nos encontramos ahora con otro pretexto que ha sido esgrimido como razón del lento progreso en el campo del análisis de niños. Se dice que la conducta del niño en el análisis es evidentemente distinta a la del adulto, y que por consiguiente es necesario emplear una técnica diferente. Creo que este argumento es incorrecto. Si me está permitido adaptar el dicho "Es el espíritu el que construye el cuerpo", quisiera sostener que la actitud, la convicción interna, encuentra la técnica necesaria. Repito lo que ya he dicho: si emprendemos el análisis de niños con la mente abierta, podemos descubrir caminos y medios para explorar las profundidades más recónditas. Y por los resultados de estos procedimientos podremos darnos cuenta de cuál es la *verdadera naturaleza* del niño, y veremos que no es necesario imponer restricción alguna al análisis, tanto en lo que respecta a la profundidad de su penetración como en lo que respecta al método con el que trabajemos.

Con lo que acabo de decir trato ya el punto principal de mi crítica al libro de Anna Freud.

Creo que ciertos conceptos empleados por Anna Freud pueden explicarse desde dos puntos de vista: 1) supone que no se puede establecer la situación analítica con los niños; y 2) encuentra inadecuado o discutible el análisis puro del niño, sin intervención pedagógica.

La primera tesis es una consecuencia directa de lo enunciado en la segunda.

Si comparamos esto con la técnica del análisis de adultos, vemos que establecemos incondicionalmente que una verdadera situación *analítica* sólo puede darse con medios *analíticos*. Veríamos como grave error el asegurarnos una transferencia positiva por parte del paciente, con el empleo de las medidas que Anna Freud describe en el primer capítulo de su libro, o utilizar su ansiedad para hacerlo some-

tido, o intimidarlo o persuadirlo por medios autoritarios. Pensaríamos que aun cuando esta introducción nos garantizara un acceso parcial al inconsciente del paciente, nunca podríamos establecer una verdadera situación analítica ni llevar a cabo un análisis completo que penetrara en lo más profundo de su mente. Sabemos que constantemente debemos analizar el hecho de que los pacientes quieren ver en nosotros una autoridad —ya sea odiada o amada— y que sólo por el análisis de esta actitud ganamos acceso a estos estratos más profundos.

Todos los medios que juzgaríamos incorrectos en el análisis de adultos son especialmente señalados por Anna Freud como valiosos en el análisis de niños; su objetivo es la introducción al tratamiento que estima necesaria y que llama la “entrada” en el análisis. Parecería obvio que después de esta “entrada” jamás logrará establecer una verdadera situación analítica. Ahora bien, me parece sorprendente e ilógico que Anna Freud, que no usa las medidas necesarias para establecer la situación analítica sino que las sustituye por otras que la contradicen, se refiere, sin embargo, a su suposición, tratando de demostrarla teóricamente, de que *no es posible* establecer una situación analítica con los niños, ni, por consiguiente, llevar a cabo un análisis puro en el sentido del análisis de adultos.

Anna Freud da una serie de razones para justificar los elaborados y penosos recursos que considera necesario emplear con los niños para establecer una situación que posibilite el trabajo analítico. Estas razones no me parecen firmes. Anna Freud se desvía en tantos aspectos de las reglas analíticas comprobadas porque piensa que los niños son seres muy *distintos* de los adultos. Sin embargo, el único propósito de estos elaborados recursos es que la actitud del niño hacia el análisis sea como la del adulto. Esto parece ser contradictorio y creo que debe ser explicado por el hecho de que en sus comparaciones Anna Freud coloca el consciente y el yo del niño y del adulto en primer plano, cuando indudablemente nosotros debemos trabajar en primer lugar y sobre todo con el inconsciente (aunque acordamos todas las consideraciones necesarias al yo). Pero en el inconsciente (y aquí baso mi afirmación en un trabajo analítico profundo tanto con niños como con adultos), los niños no son de ninguna manera fundamentalmente distintos de los adultos. Lo único que sucede es que en los niños el yo no se ha desarrollado aún plenamente y por lo tanto los niños están mucho más gobernados por el inconsciente. A él debemos aproximarnos, y a él debemos considerar el punto central de nuestro trabajo y si queremos aprender a conocer a los niños como realmente son, y a analizarlos.

No adjudico particular valor a la meta que Anna Freud persigue tan ardentemente: inducir en el niño una actitud hacia el análisis análoga a la del adulto. Creo además que si Anna Freud efectivamente alcanza esta meta por los recursos que describe (y esto sólo puede ocurrir con un número limitado de casos), el resultado no es el

que pretende con su trabajo, sino algo muy distinto. El “conocimiento de la enfermedad o del portarse mal” que ha logrado despertar en el niño emana de la angustia que para sus propios fines ha movilizad o en él: la angustia de castración y el sentimiento de culpa. (No entraré aquí en el problema de hasta qué punto también en los adultos el razonable y consciente deseo de curarse es simplemente una fachada que encubre esta angustia). Con los niños no podemos esperar encontrar ninguna base definitiva para nuestro trabajo analítico en un propósito consciente que como sabemos, ni siquiera en los adultos se mantendría por mucho tiempo como único soporte del análisis.

Es cierto que Anna Freud también cree que este propósito es necesario desde el comienzo como preparación para el trabajo, pero además cree que una vez que ese propósito existe puede contar con él a medida que progresa el análisis. Esta idea me parece errónea y siempre que apela a este *insight* lo que realmente hace es apelar a la angustia y al sentimiento de culpa del niño. En sí mismo esto no tendría nada censurable ya que los sentimientos de angustia y culpa son indudablemente factores importantísimos para la posibilidad de nuestro trabajo. Pero creo que debemos tener bien claro *cuáles* son los soportes en los que nos apoyamos y *cómo* los usamos. El análisis no es en sí mismo un método suave: no puede ahorrarle al paciente *ningún sufrimiento*, y esto se aplica también a los niños. De hecho, debe forzar la entrada del sufrimiento en la conciencia e inducir la abreacción si ha de ahorrar al paciente un sufrimiento posterior permanente y más fatal. Por lo tanto mi crítica no es que Anna Freud *active* la angustia y el sentimiento de culpa sino por lo contrario que no los *resuelva suficientemente*. Me parece una rudeza innecesaria para con un niño el que haga consciente su angustia para que no enloquezca (como lo describe por ejemplo en la página 9), sin atacar inmediatamente esta angustia en sus raíces inconscientes aliviándola así en la medida de lo posible.

¿Pero si realmente debemos apelar en nuestro trabajo a los sentimientos de angustia y de culpa, por qué no contar con ambos y trabajar con ellos sistemáticamente desde el principio?

Yo misma lo hago siempre, y he descubierto que puedo depositar una confianza absoluta en una técnica que se basa en considerar y trabajar analíticamente con cantidades de angustia y culpa que son tan grandes en todos los niños y mucho más claras y fáciles de percibir que en los adultos.

Anna Freud manifiesta (pág. 56) que una actitud hostil o ansiosa del niño hacia mí no me justifica para concluir inmediatamente que en el trabajo se da una transferencia negativa, porque “cuanto más tiernamente apegado a su madre está un niño, tanto menos impulsos amistosos le quedarán para los extraños”. No creo que, como lo hace ella, podamos hacer una comparación con niños muy pequeños que rechazan lo que les es extraño. No sabemos mucho acerca de ni-

ños muy pequeños, pero es posible aprender mucho de un análisis temprano de la mente de un niño de, digamos, tres años, y allí vemos que sólo niños neuróticos muy ambivalentes manifiestan miedo u hostilidad hacia los extraños. Mi experiencia ha confirmado mi creencia de que si inmediatamente explico este rechazo como sentimiento de angustia y de transferencia negativa, y lo interpreto como tal en conexión con el material que el niño produce al mismo tiempo, y luego lo retrotraigo a su objeto original, la madre, inmediatamente puede comprobar que la angustia disminuye. Esto se manifiesta con el comienzo de una transferencia más positiva, y con ella, de un juego más vigoroso. En niños más grandes la situación es análoga aunque diferente en algunos detalles. Por supuesto mi método presupone que desde el comienzo quiero atraer hacia mí tanto la transferencia positiva como la negativa, y además de esto, investigarla hasta su origen, en la situación edípica. Estas dos medidas concuerdan plenamente con los principios psicoanalíticos, pero Anna Freud las rechaza por razones que me parecen infundadas.

Creo por lo tanto que una diferencia radical entre nuestras actitudes hacia la angustia y el sentimiento de culpa en los niños es la siguiente: que Anna Freud utiliza estos sentimientos para que el niño se apegue a ella, mientras que yo los registro al servicio del trabajo analítico desde el comienzo. De cualquier modo no puede haber gran número de niños en los que se pueda provocar angustia sin que ésta resulte un elemento que perturbe penosamente e incluso imposibilite el progreso del trabajo, a menos que se proceda de inmediato a resolverla analíticamente.

Además, por lo que puedo comprender en su libro, Anna Freud emplea estos recursos solamente en casos especiales. En otros trata por todos los medios de lograr una transferencia positiva, con el objeto de llenar la condición, que ella considera necesaria para su trabajo, de pegar al niño a ella. De nuevo, este método me parece erróneo, porque indudablemente podemos trabajar con mayor seguridad y más eficacia con medios puramente analíticos. No todos los niños reaccionan ante nosotros con miedo y desagrado. Mi experiencia me apoya cuando digo que si un niño tiene hacia nosotros una actitud amistosa y juguetona se justifica suponer que hay transferencia positiva y utilizarla inmediatamente en nuestro trabajo. Y tenemos otra excelente y bien probada arma que usamos de manera análoga a como la empleamos en el análisis de adultos, aunque es cierto que allí no tenemos una oportunidad rápida y simple de intervenir. Quiero decir que *interpretamos* esta transferencia positiva, o sea que tanto en el análisis de niños como en el de adultos la retrotraemos hasta el objeto de origen. Probablemente notaremos por lo general a la vez la transferencia positiva y la negativa, y se nos darán todas las oportunidades para el trabajo analítico si desde el comienzo manejamos ambos analíticamente. Al resolver parte de la transferencia negativa obtendremos, igual que en los adultos, un incremento de la transfe-

rencia positiva, y de acuerdo con la ambivalencia de la niñez, ésta será pronto seguida de una nueva emergencia de la negativa. Este es ahora un verdadero trabajo analítico y se ha establecido una verdadera situación analítica. Además, tenemos establecida ya la base para trabajar con el niño mismo, y a menudo podemos ser en gran medida independientes del conocimiento de su ambiente. En resumen, hemos cumplido con las condiciones necesarias para el análisis y no sólo prescindimos de las laboriosas, difíciles y no confiables medidas descritas por Anna Freud, sino que (y esto me parece aun más importante) podemos garantizar para nuestro trabajo todo el valor y el éxito de un análisis equivalente en todo sentido al análisis de adultos.

En este punto no obstante choco con una objeción expresada por Anna Freud en el segundo capítulo de su libro, titulado "Los recursos empleados en el análisis infantil".

Para trabajar en la forma que he descrito debemos obtener el material de las asociaciones del niño. Anna Freud y yo, y probablemente todos los que analizan niños, están de acuerdo con que los niños no pueden dar, y no dan, asociaciones de la misma manera que el adulto, y por lo tanto no podemos obtener suficiente material únicamente por medio de la palabra. Entre los medios que Anna Freud sugiere como eficaces para suplir la falta de asociaciones verbales se encuentran algunos que en mi experiencia yo también he hallado valiosos. Si examinamos estas técnicas bastante más estrechamente —digamos por ejemplo el dibujo, o el relato de fantasías, etc.—, vemos que su objeto es obtener material de otra forma que el obtenido por la asociación acorde con la regla y esto es sobre todo importante para que los niños liberen su fantasía y para inducirlos a fantasear. En uno de los postulados de Anna Freud tenemos una clave, que debemos considerar cuidadosamente, en cuanto a cómo debe realizarse esto. Establece que "no hay nada más fácil que hacer comprender a los niños la interpretación de los sueños". Y de nuevo (pág. 31) "aun niños de poca inteligencia que en todos los otros aspectos parecían lo más ineptos posible para el análisis, lograron la interpretación de los sueños". Creo que estos niños no hubieran sido de ninguna manera tan ineptos para el análisis si Anna Freud hubiera utilizado, tanto de otras formas como de la interpretación de los sueños, la comprensión del simbolismo que manifestaban tan claramente. Porque en mi experiencia he encontrado que si se hace esto, ningún niño, incluso el menos inteligente, es inepto para el análisis.

Porque éste es precisamente el punto de apoyo que debemos utilizar en el análisis de niños. El niño nos traerá muchas fantasías si en esta senda lo seguimos con la convicción de que lo que nos relata es simbólico. En el capítulo III Anna Freud presenta una serie de argumentos teóricos en contra de la técnica de juego que yo he ideado, por lo menos mientras se aplique a los fines del análisis y no meramente a la observación. Cree dudoso que uno esté justificado para interpretar como simbólico el contenido del drama representado en

el juego del niño, y piensa que muy probablemente éste sea ocasionado simplemente por observaciones reales o experiencias de la vida diaria. Aquí debo decir que por los ejemplos de Anna Freud de mi técnica puedo ver que la entiende equivocadamente. "Si un niño tumba un poste de farol o una figura, ella (Melanie Klein), probablemente interprete esta conducta como debida a tendencias agresivas hacia el padre, mientras que si un niño hace chocar dos carros lo interpreta como signo de la observación del coito entre los padres". Jamás aventuraría yo una interpretación simbólica tan "silvestre" del juego de niños. Por lo contrario he recalcado esto muy especialmente en mi último artículo. Suponiendo que un niño exprese el mismo material psíquico en numerosas repeticiones —a menudo por varios medios, por ejemplo juguetes, agua, recortando, dibujando, etc.—, y suponiendo que además yo pueda observar que estas particulares actividades están casi todas acompañadas por un sentimiento de culpa expresado ya sea por angustia o en representaciones que implican sobrecompensación, que son la expresión de formaciones activas; suponiendo entonces que yo haya logrado *insight* en ciertas conexiones: entonces interpreto estos fenómenos y los enlace con el inconsciente y con la situación analítica. Las condiciones prácticas y teóricas para la interpretación son precisamente las mismas que en el análisis de adultos.

Los pequeños juguetes que uso son sólo recursos que proveo: papel, lápices, tijeras, cuerda, pelotas, ladrillos y sobre todo agua. Están a disposición del niño para que los use si quiere, y su finalidad es simplemente ganar acceso a su fantasía y liberarla. Hay algunos niños que durante mucho tiempo no tocan un juguete o que durante semanas quizá sólo cortan las cosas. En el caso de niños por completo inhibidos para jugar, es posible que los juguetes puedan simplemente ser un instrumento para estudiar más de cerca las razones de esta inhibición. Algunos niños, a menudo los muy pequeños, una vez que los juguetes les han dado la oportunidad de dramatizar algunas fantasías o experiencias que los dominan, dejan completamente de lado los juguetes y pasan a cualquier clase de juego imaginable en el que ellos mismos, ciertos objetos de la habitación y yo debemos tomar parte.

He entrado con cierta extensión en estos detalles de mi técnica porque quiero dejar claro el principio que, según mi experiencia, hace posible manejar las asociaciones del niño en su mayor cantidad, y penetrar en los estratos más profundos del inconsciente.

Podemos establecer un contacto más rápido y seguro con el inconsciente de los niños si, actuando con la convicción de que están mucho más profundamente dominados que los adultos por el inconsciente y los impulsos instintivos, acertamos la ruta que toma el análisis de adultos por el camino del contacto con el yo y *nos conectamos directamente con el inconsciente del niño*. Si esta preponderancia del inconsciente se da, es obvio que también deberíamos esperar que la

forma de representación simbólica que prevalece en el inconsciente fuera mucho más natural en los niños que en los adultos; en realidad, que los niños estuvieran dominados por él. Sigámoslos por este sendero, o sea, pongámonos en contacto con su inconsciente, utilizando este lenguaje a través de nuestra interpretación. Si lo hacemos habremos ganado acceso a los niños mismos. Por supuesto que esto no se realiza tan fácil y rápidamente como parece; si así fuera el análisis de niños pequeños duraría poco tiempo, y esto no es el caso de ninguna manera. En el análisis de niños detectamos una y otra vez resistencias no menos marcadas que en el de adultos; en los niños muy a menudo en la forma más natural para ellos, a saber, la angustia.

Es éste, pues, el segundo factor que me parece esencial si queremos penetrar en el inconsciente del niño. Si observamos los cambios en su manera de representar lo que ocurre dentro suyo (ya sea si cambia de juego, o si lo abandona, o si hay un ataque directo de angustia) y tratamos de ver qué hay en el nexo del material que cause estos cambios, nos convenceremos de que continuamente nos enfrentamos con el sentimiento de culpa, y que a su vez debemos interpretarlo.

Estos dos factores, que según he descubierto, son los auxilios más dignos de confianza en la técnica del análisis de niños, son mutuamente dependientes y complementarios. Sólo *interpretando* y por lo tanto *aliviando* la angustia del niño siempre que nos encontremos con ella, ganaremos acceso a su inconsciente y lograremos que *fantasee*. Entonces, si llevamos hasta el fin el simbolismo que sus fantasías contienen, pronto veremos reaparecer la angustia y podremos así garantizar el progreso del trabajo.

La exposición de mi técnica y la importancia que le atribuye al simbolismo contenido en la conducta de los niños podrían interpretarse erróneamente, como si esto implicara que en el análisis de niños se procede sin la ayuda de la asociación libre en su verdadero sentido. En un pasaje anterior de mi artículo señalé que Anna Freud y yo, y todos los que trabajamos en el análisis de niños, estamos de acuerdo con que los niños no pueden asociar, y no asocian, de la misma manera que los adultos. Quiero agregar aquí que probablemente lo principal es que los niños *no pueden* asociar, no porque les falte capacidad para poner sus pensamientos en palabras (hasta cierto grado esto sólo se aplicaría a niños muy pequeños) sino porque la *angustia* se resiste a las asociaciones verbales. No pertenece al propósito de este artículo discutir con mayor detalle esta interesante cuestión especial: sólo mencionaré brevemente algunos datos de la experiencia.

La representación por medio de juguetes —en realidad, la representación simbólica en general, al estar hasta cierto punto alejada de la persona misma del sujeto— está menos investida de angustia que la confesión por la palabra hablada. Si entonces logramos aliviar la angustia y obtener en primer lugar representaciones más indirectas, estaremos en condiciones de convencernos a nosotros mismos de que podemos despertar para el análisis toda la expresión verbal de que es

capaz el niño. Y entonces descubrimos repetidas veces que en los momentos en que la ansiedad se hace más marcada las representaciones indirectas ocupan una vez más el primer plano. Permítaseme ilustrarlo brevemente. Cuando hube progresado bastante en el análisis de un niño de cinco años, éste tuvo un sueño cuya interpretación fue muy profunda y provechosa en sus resultados. Esta interpretación ocupó toda la sesión analítica y todas las asociaciones fueron *exclusivamente verbales*. En los dos días siguientes trajo nuevamente sueños que resultaron ser continuaciones del primero. Pero las asociaciones verbales del segundo sueño sólo podían ser producidas con mucha dificultad y una por vez. La resistencia era evidente y la angustia marcadamente mayor que el día anterior. Pero el niño se dirigió al canasto de juguetes y por medio de muñecos y otros juguetes me representó sus asociaciones, ayudándose nuevamente con palabras cada vez que vencía una resistencia. Al tercer día la angustia era aun mayor, correspondiendo al material que había aflorado en los días anteriores. Producía las asociaciones casi exclusivamente por medio del juego con juguetes y agua.

Si somos lógicos en nuestra aplicación de los dos principios sobre los que he puesto énfasis, a saber que debemos seguir el modo de representación simbólica del niño y que debemos tener en cuenta la facilidad con que surge la angustia en el niño, podremos también contar con que sus asociaciones son un recurso muy importante en el análisis, pero, como ya lo he dicho, sólo en algunos momentos y como un medio entre varios.

Creo por lo tanto que es incompleto lo que manifiesta Anna Freud cuando dice: "De vez en cuando, también, vienen en nuestra ayuda asociaciones inintencionales e involuntarias" (pág. 41). El que las asociaciones aparezcan o no depende de bastante regularidad de ciertas actitudes precisas del analizando, y de ninguna manera del azar. En mi opinión podemos utilizar este recurso en mucha mayor medida de lo que probablemente parece. Una y otra vez éste salva el abismo que lo separa de la realidad, y ésta es una razón por la que este modo está más estrechamente asociado con la angustia que el modo de representación irreal, indirecta. Por esto yo no consideraría terminado ningún análisis de niños, ni siquiera el de niños muy pequeños, a menos de lograr finalmente que se exprese con palabras, hasta el grado de que es capaz el niño, y así de vincularlo con la realidad.

Tenemos entonces una analogía perfecta con la técnica del análisis de adultos. La única diferencia es que con los niños encontramos que el inconsciente prevalece en mucho mayor grado y por lo tanto su modo de representación predomina mucho más que en los adultos, y además que debemos tener en cuenta la mayor tendencia del niño a angustiarse.

Pero indudablemente esto también es cierto en el análisis en los períodos de latencia y en el prepuberal y hasta cierto punto en la pu-

bertad. En cierto número de análisis en los que los sujetos estaban en una u otra de estas fases del desarrollo, yo estaba obligada a adoptar una forma modificada de la misma técnica que empleo con los niños. Creo que lo que acabo de decir quita fuerza a las dos objeciones principales que hace Anna Freud a mi técnica del juego. Puso en duda 1) que estuviéramos justificados en suponer que el contenido simbólico del juego del niño sea su móvil principal, y 2) que pudiéramos considerar el juego del niño como equivalente de las asociaciones verbales del adulto. Porque, sostiene, falta en estos juegos la idea de propósito que el adulto trae a sus análisis y que "le permite, al asociar, excluir todas las directivas e influencias conscientes en su cadena de pensamiento".

Quisiera además contestar a esta última objeción que estas intenciones de los pacientes adultos (que en mi experiencia ni siquiera son tan efectivas en ellos como Anna Freud supone) son absolutamente superfluas en los niños, y con esto no quiero decir sólo niños muy pequeños.

Es evidente por lo que acabo de decir que los niños están tan dominados por su inconsciente que para ellos es verdaderamente innecesario excluir deliberadamente ideas conscientes.⁴ Anna Freud misma también sopesó en su mente esta posibilidad (pág. 49).

Dediqué tanto espacio a la cuestión de la técnica que debe emplearse con los niños porque esto me parece fundamental en todo el problema del análisis infantil. Cuando Anna Freud rechaza la técnica de juego, su argumento no sólo se refiere al análisis de niños pequeños sino en mi opinión también al principio básico del análisis de niños mayores, tal como yo lo entiendo. La técnica de juego nos provee una rica abundancia de material y nos da acceso a los estratos más profundos de la mente. Si la usamos incondicionalmente llegamos al análisis del complejo de Edipo, y una vez allí, no podemos poner límites al análisis en ninguna dirección. Si entonces realmente queremos evitar el análisis del complejo de Edipo, no debemos utilizar la técnica de juego, aun en sus aplicaciones modificadas a niños más grandes.

Se sigue de esto que la cuestión no es si el análisis de niños *puede* ir tan profundo como el de adultos, sino si *debe* ir tan a lo profundo. Para contestar a esta pregunta debemos examinar las razones que da

⁴ Debo ir aun un paso más allá. No creo que el problema sea inducir al niño durante la sesión "a excluir toda dirección e influencia consciente en su cadena de pensamientos", sino más bien que debemos tratar de inducirlo a reconocer todo lo que yace fuera de su inconsciente, no sólo durante la sesión, sino en la vida en general. La relación especial de los niños con la realidad descansa (como he mostrado con mayor detalle en mi último artículo ya citado, "Principios psicológicos del análisis infantil") sobre el hecho de que intentan excluir y repudiar todo lo que no está de acuerdo con sus impulsos inconscientes, y en esto está incluida la realidad en su sentido más amplio.

Anna Freud, en el capítulo IV de su libro, *contra* penetrar tan hondo.

Antes de hacerlo, sin embargo, quisiera discutir las conclusiones de Anna Freud, expuestas en el capítulo III de su libro, acerca del papel que juega la transferencia en el análisis de niños.

Anna Freud describe algunas diferencias esenciales entre la situación transferencial en los adultos y en los niños. Llega a la conclusión de que en éstos puede haber una transferencia satisfactoria, pero que no se produce una neurosis de transferencia. En apoyo de esta declaración aduce el siguiente argumento teórico. Los niños, dice, no están capacitados como los adultos para comenzar una nueva edición de sus relaciones de amor, porque sus objetos de amor originales, los padres, todavía existen como objetos en la realidad.

Para responder a esta afirmación, que me parece incorrecta, debería entrar en una detallada discusión sobre la estructura del superyó en los niños. Pero como esto está expuesto en un pasaje posterior, me contentaré aquí con unos pocos enunciados que están apoyados por mi exposición siguiente. El análisis de niños muy pequeños me ha mostrado que incluso un niño de tres años ha dejado atrás la parte más importante del desarrollo de su complejo de Edipo. Por consiguiente está ya muy alejado, por la represión y los sentimientos de culpa, de los objetos que originalmente deseaba. Sus relaciones con ellos sufrieron distorsiones y transformaciones, por lo que los objetos amorosos actuales son ahora *imagos* de los objetos originales.

De ahí que con respecto al analista los niños pueden muy bien entrar en una nueva edición de sus relaciones amorosas en todos los puntos fundamentales y por lo tanto decisivos. Pero aquí encontramos una segunda objeción teórica. Anna Freud considera que al analizar niños el analista no es, como cuando el paciente es un adulto, "impersonal, indefinido, una página en blanco sobre la cual el paciente puede inscribir sus fantasías", que evita imponer prohibiciones y permitir gratificaciones. Pero de acuerdo con mi experiencia es exactamente así como debe comportarse un analista de niños, una vez que ha establecido la situación analítica. Su actividad es sólo aparente, porque aun cuando se vuelque completamente en todas las fantasías en el juego del niño, conforme a los modos de representación peculiares de los niños, está haciendo exactamente lo que el analista de adultos, quien, como sabemos, también sigue de buen grado las fantasías de sus pacientes. Pero fuera de esto, yo no permito a los pacientes infantiles ninguna gratificación personal, ya sea en forma de regalos o caricias, o de encuentros personales fuera del análisis, etcétera. En resumen, mantengo en todo las reglas aprobadas en análisis de adultos. Lo que doy al niño es ayuda analítica y alivio, que él siente relativamente rápido aun si antes no ha tenido ninguna sensación de enfermedad. Además de esto, en respuesta a su confianza en mí, puede contar absolutamente con perfecta sinceridad y honestidad hacia él de mi parte.

Pero debo discutir las conclusiones de Anna Freud, tanto como sus premisas. En mi experiencia, aparece en los niños una plena neurosis de transferencia, de manera análoga a como surge en los adultos. Cuando analizo niños observo que sus síntomas cambian, que se acentúan o disminuyen de acuerdo con la situación analítica. Observo en ellos la abreacción de afectos en estrecha conexión con el progreso del trabajo y en relación conmigo. Observo que surge angustia y que las reacciones del niño se resuelven en el terreno analítico. Padres que observan a sus hijos cuidadosamente con frecuencia me han contado que se sorprendieron al ver reaparecer hábitos, etc., que habían desaparecido hacia mucho. No he encontrado que los niños expresen sus reacciones cuando están en su casa de la misma manera que cuando están conmigo: en su mayor parte reservan la descarga para la sesión analítica. Por supuesto, ocurre que a veces, cuando están emergiendo violentamente afectos muy poderosos, algo de la perturbación se hace llamativo para los que rodean al niño, pero esto es sólo temporario y tampoco puede ser evitado en el análisis de adultos.

En este punto por lo tanto mi experiencia está en completa contradicción con las observaciones de Anna Freud. La razón de esta diferencia en nuestros descubrimientos es fácil de ver: depende de la distinta forma en que ella y yo manejamos la transferencia. Permítaseme resumir lo que acabo de decir: Anna Freud piensa que una transferencia positiva es condición necesaria para el trabajo analítico con niños. Considera indeseable una transferencia negativa. "En el caso de niños, escribe, es particularmente inconveniente que haya tendencias negativas dirigidas al analista, a pesar de los muchos puntos que puedan iluminar. Debemos empeñarnos en destruirlas o modificarlas lo antes posible; el verdadero trabajo provechoso se hará siempre cuando la relación con el analista es positiva" (pág. 51).

Sabemos que uno de los principales factores en el trabajo analítico es el manejo de la transferencia, estricta y objetivamente, de acuerdo con los hechos, en la forma que nuestros conocimientos analíticos nos han enseñado que es la correcta. Una resolución cabal de la transferencia es considerada como uno de los signos de que un análisis ha concluido satisfactoriamente. Sobre esta base el psicoanálisis ha establecido una serie de importantes reglas que en todos los casos han demostrado ser necesarias. Anna Freud deja de lado en su mayor parte estas reglas, en el análisis del niño. Con ella, la transferencia, el claro reconocimiento de lo que sabemos que es una importante condición para nuestro trabajo, se convierte en un concepto incierto y dudoso. Dice que el analista "probablemente debe compartir con los padres el amor o el odio del niño" (pág. 56). Y no comprendo qué es lo que se intenta al "demoler o modificar" las inconvenientes tendencias negativas.

Aquí las premisas y las conclusiones se mueven en un círculo. Si no se produce la situación analítica con medios analíticos, si no se

maneja lógicamente la transferencia positiva y la negativa, entonces ni causaremos una neurosis de transferencia ni podremos esperar que las reacciones del niño se efectúen en relación con el análisis y con el analista. Más adelante trataré en este artículo este punto con mayor detalle, pero ahora sólo recapitularé brevemente lo que ya he dicho al declarar que el método de Anna Freud de atraer hacia sí la transferencia positiva por todos los medios posibles y la de disminuir la transferencia negativa cuando está dirigida hacia ella, no sólo me parece técnicamente incorrecto, sino que me parece militar mucho más en contra de los padres que mi método. Porque no es sino natural que la transferencia negativa queda entonces dirigida contra aquellos con quienes el niño está vinculado en la vida diaria.

En su cuarto capítulo Anna Freud llega a una serie de conclusiones que me parecen poner de manifiesto este círculo vicioso, esta vez de manera especialmente clara. He explicado en otro lugar que el término "círculo vicioso" significa que a partir de ciertas premisas se extraen conclusiones que son luego utilizadas para confirmar estas mismas premisas. Citaría como ejemplo de una de las conclusiones que me parecen erróneas, la declaración de Anna Freud de que en el análisis de niños es imposible vencer el obstáculo del imperfecto dominio del lenguaje del niño. Es cierto que hace una reserva: "Hasta donde alcanza mi experiencia hasta ahora, con la técnica que he descrito". Pero la siguiente frase contiene una explicación de naturaleza teórica general. Dice que lo que descubrimos acerca de la temprana infancia cuando analizamos adultos "se revela por estos métodos de asociación libre e interpretación de las reacciones transferenciales, o sea por aquellos medios que fracasan en el análisis de niños". En varios pasajes de su libro Anna Freud pone énfasis en la idea de que el análisis de niños, al adaptarse a la mente del niño debe alterar sus métodos. Pero basa sus dudas acerca de la técnica que yo he desarrollado en una serie de consideraciones teóricas, sin haberlas sometido a prueba en la práctica. Pero he comprobado por la aplicación práctica que esta técnica nos ayuda a obtener las asociaciones de los niños con mayor abundancia aun que las que obtenemos en el análisis de adultos, y penetrar así mucho más profundamente que en ellos.

Por lo que mi experiencia me ha enseñado entonces, sólo puedo combatir enfáticamente la declaración de Anna Freud de que los dos métodos utilizados en el análisis de adultos (o sea, la asociación libre y la interpretación de las reacciones transferenciales), con el objeto de investigar la temprana infancia del paciente, fracasan al analizar niños. Estoy incluso convencida de que incumbe especialmente al análisis de niños, en particular el de niños bastante pequeños, proporcionar valiosas contribuciones a nuestra teoría, precisamente porque en los niños el análisis puede ir mucho más profundo y puede por lo tanto traer a luz detalles que no aparecen tan claramente en el caso de los adultos.

Anna Freud compara la situación de un analista de niños con la de un etnólogo "que por el contacto con un pueblo primitivo trata de adquirir información acerca de los tiempos prehistóricos más fácilmente que si estudiara las razas civilizadas" (pág. 66). Esto me parece nuevamente una declaración teórica que contradice la experiencia práctica. Si el análisis de niños pequeños, igual que el de niños más grandes, es llevado lo suficientemente lejos, brinda un panorama muy claro de la enorme complejidad del desarrollo que encontramos aun en niños muy pequeños y muestra que niños de, digamos, tres años, precisamente por el hecho de ser hasta tal punto productos de la civilización, han pasado y pasan por serios conflictos. Ateniéndome al ejemplo de Anna Freud, diría que precisamente desde el punto de vista de la investigación un analista de niños se encuentra en una afortunada situación que nunca se le presenta a un etnólogo, a saber, la de encontrar la gente civilizada en asociación estrecha con la gente primitiva, y a consecuencia de esta extraña asociación, la de recibir las más valiosas informaciones sobre los primeros y los últimos períodos.

Trataré ahora con mayor detalle los conceptos de Anna Freud sobre el superyó del niño. En el capítulo IV de su libro hay algunas proposiciones que tienen especial significado, tanto por la importancia de la cuestión teórica a que se refieren como por las amplias conclusiones que Anna Freud extrae de ellas.

El análisis profundo de niños, y en particular de niños pequeños, me ha llevado a formar un cuadro del superyó en la temprana infancia muy distinto al cuadro pintado por Anna Freud, principalmente como resultado de conclusiones teóricas. Es verdad que el yo de los niños no es comparable al de los adultos. El superyó, por otra parte, se aproxima estrechamente al del adulto y no está influido radicalmente por el desarrollo posterior como lo está el yo. La dependencia del niño de los objetos externos es naturalmente mayor que la de los adultos y este hecho produce resultados incontestables, pero que creo que Anna Freud sobreestima demasiado y por lo tanto no interpreta correctamente. Porque estos objetos externos no son por cierto idénticos al superyó ya desarrollado del niño, aun cuando una vez hayan contribuido a su desarrollo. Sólo de esta manera podemos explicar el hecho asombroso de que en niños de tres, cuatro o cinco años, descubramos un superyó de una severidad que se encuentra en la más tajante contradicción con los objetos de amor reales, los padres. Quisiera mencionar el caso de un niño de cuatro años cuyos padres no sólo nunca lo castigaron ni amenazaron sino que en realidad son extraordinariamente cariñosos y buenos. El conflicto entre el yo y el superyó en este caso (que sólo tomo como un ejemplo entre muchos) muestra que el superyó es de una fantástica severidad. Basado en la conocida fórmula que prevalece en el inconsciente, el niño espera, en razón de sus propios impulsos canibalísticos y sádicos, castigos tales como castración, ser cortado en pedazos, devorado

etc., y vive perpetuamente aterrado por ello. El contraste entre su tierna y cariñosa madre y el castigo con que lo amenaza su propio superyó es realmente grotesco, y es una ilustración del hecho de que no debemos de ningún modo identificar los objetos reales con aquellos que el niño introyecta.

Sabemos que la formación del superyó tiene lugar sobre la base de varias identificaciones. Mis resultados muestran que este proceso, que termina con el período del complejo de Edipo, o sea con el comienzo del período de latencia, comienza a una edad muy temprana. Basando mis observaciones en mis descubrimientos en el análisis de niños muy pequeños, indiqué en mi último artículo que el complejo de Edipo se forma por la frustración sufrida con el destete, es decir, al final del primer año de vida o al comienzo del segundo. Pero parejamente con esto vemos los comienzos de la formación del superyó. Los análisis de niños mayores y de niños muy pequeños brindan un panorama claro de los diversos elementos a partir de los cuales se desarrolla el superyó y los diferentes estratos donde tiene lugar el desarrollo. Vemos cuántos escalones tiene esta evolución antes de terminar con el comienzo del período de latencia. Se trata realmente de *terminación*, porque contrariamente a Anna Freud, estoy llevada a creer por el análisis de niños que su superyó es un producto sumamente resistente, inalterable en su núcleo, y que no es esencialmente diferente del de los adultos. La única diferencia es que el yo *más maduro* de los adultos está más capacitado para llegar a un acuerdo con el superyó. Pero esto a menudo sólo es *aparentemente* lo que pasa. Además los adultos pueden defenderse mejor de las autoridades que representan al superyó en el mundo exterior; inevitablemente los niños dependen más de éstas. Pero esto no implica, como concluye Anna Freud, que el superyó del niño sea "aún demasiado inmaduro, demasiado dependiente de su objeto, para controlar espontáneamente las exigencias de los instintos, cuando el análisis lo ha desembarazado de la neurosis". Aun en los niños estos objetos —los padres— no son idénticos al superyó. Su influencia sobre el superyó del niño es enteramente análoga a la que podemos comprobar que está en juego en los adultos cuando la vida los coloca en situaciones algo similares, por ejemplo, en una posición de particular dependencia. La influencia de temidas autoridades en los exámenes, de los oficiales en el servicio militar, etc., es comparable con el efecto que Anna Freud percibe en las "constantes correlaciones en los niños entre el superyó y los objetos amorosos, que pueden ser comparadas con las de dos vasos comunicantes". Presionados por situaciones de la vida como las que mencioné u otras similares, los adultos, como los niños, reaccionan con un incremento en sus dificultades. Esto sucede porque se reactivan o refuerzan viejos conflictos por la dureza de la realidad, y aquí juega un papel predominante precisamente la actuación intensificada del superyó. Ahora bien, éste es exactamente el mismo proceso al que se refiere Anna Freud, a saber, la influencia de objetos aún ac-

tualmente presentes en el superyó (del niño). Es verdad que las buenas y malas influencias sobre el carácter y todas las otras relaciones contingentes de la niñez ejercen mayor presión sobre los niños que la que sufren los adultos. Sin embargo, también en los adultos esto es indudablemente importante.⁵

Anna Freud cita un ejemplo (págs. 70-71) que le parece ilustrar particularmente bien la debilidad y la dependencia de las exigencias del ideal del yo en los niños. En el período de la vida que precede inmediatamente a la pubertad, un niño que tenía un impulso incontrollable a robar descubrió que el agente principal que lo influía era su temor al padre. Anna Freud toma esto como prueba de que aquí el padre, que realmente existía, podía todavía ser reemplazado por el superyó.

Ahora bien, creo que con bastante frecuencia podemos encontrar en los adultos desarrollos similares del superyó. Hay muchas personas que (a menudo durante toda su vida) en última instancia controlan sus instintos asociales únicamente por miedo a un "padre" con una apariencia algo distinta: la policía, la ley, el desprestigio, etc. Lo mismo es también cierto en lo que respecta a la "doble moralidad" que Anna Freud observa en los niños. No son sólo los niños quienes tienen un código moral para el mundo de los adultos y otro para ellos mismos y sus camaradas. Muchos adultos se comportan exactamente del mismo modo y adoptan una actitud cuando están solos o con sus iguales, y otra para superiores y extraños. Creo que una razón de la diferencia de opinión entre Anna Freud y yo es la siguiente. Entiendo por superyó (y en esto estoy completamente de acuerdo con lo que Freud nos enseñó sobre su desarrollo), la facultad que resulta de la evolución edípica a través de la introyección de los objetos edípicos, y que, con la declinación del complejo de Edipo, asume una forma duradera e inalterable. Como ya lo he explicado, esta facultad, durante su evolución y más aun cuando ya está completamente formada, difiere fundamentalmente de aquellos objetos que realmente iniciaron su desarrollo. Por supuesto que los niños (pero también los adultos) establecerán toda clase de ideales del yo, instalando diversos "superyoes" pero esto tiene seguramente lugar en los estratos más superficiales y está determinado en el fondo por aquel superyó firmemente arraigado en el niño y cuya naturaleza es inmutable. El superyó que Anna Freud cree funciona todavía en la persona de los padres no es idéntico a este superyó interno en el verdadero sentido, aunque no discuto su influencia en sí. Si queremos penetrar en el verdadero superyó, reducir su poder de actuación e influirlo, nuestro único re-

⁵ Abraham (1921-25) dice: "Pero la dependencia de los rasgos de carácter del destino general de la libido no se limita a un período especial de la vida, sino que es válida universalmente para la vida entera. El proverbio *Jugend kennt keine Tugend* (la juventud no conoce virtudes), proclama el hecho de que en una edad temprana el carácter es inmaduro y falto de firmeza. Sin embargo, no deberíamos sobreestimar la estabilidad del carácter incluso en años posteriores".

curso para hacerlo es el análisis. Pero con esto quiero decir un análisis que investigue todo el desarrollo del complejo de Edipo y la estructura del superyó.

Volvamos al ejemplo de Anna Freud que he mencionado anteriormente. En el niño cuya mejor arma contra el asalto de sus instintos era su temor al padre, nos encontramos con un superyó indudablemente inmaduro. Preferiría no llamar a semejante superyó típicamente "infantil". Tomando otro ejemplo: el niño de cuatro años cuyos sufrimientos por la presión de un superyó castrador y canibalístico, en absoluto contraste con sus buenos y cariñosos padres, seguramente no tiene este único superyó. Descubrí en él identificaciones que correspondían más estrechamente a sus verdaderos padres, aunque de ninguna manera eran idénticas a ellos. El niño llamaba a estas figuras, que aparecían como buenas y protectoras y dispuestas a perdonar, su "papá y mamá hadas", y cuando su actitud hacia mí era positiva, me adjudicaba en el análisis el rol de la "mamá-hada" a quien se podía confesar todo. Otras veces —siempre que reaparecía la transferencia negativa— yo jugaba el rol de la madre mala de la que esperaba todo lo malo que fantaseaba. Cuando yo era la mamá-hada, era capaz de satisfacer los pedidos más extraordinarios y de gratificar deseos que no tenían ninguna posibilidad de ser colmados en la realidad. Yo debía ayudarlo trayéndole como regalo, a la noche, un objeto que representaba el pene del padre, y éste debía ser cortado y comido. El que él y ella mataran a su padre era uno de los deseos que la "mamá-hada" debía gratificar. Cuando yo era el "papá mágico", debíamos hacer lo mismo a su madre, y cuando él mismo tomaba el rol del padre, y yo representaba el del hijo, no sólo me permitía el coito con su madre sino que me daba informaciones acerca de éste, me animaba a hacerlo, y también me mostraba cómo podía realizarse el coito fantaseado con la madre por padre e hijo simultáneamente. Toda una serie de las más variadas identificaciones, opuestas entre sí, originadas en estratos y períodos muy diferentes, fundamentalmente distintos de los objetos reales, tuvieron como resultado en este niño un superyó que realmente daba la impresión de ser normal y haber evolucionado bien. Una razón más para seleccionar este caso entre otros muchos análogos es que se trata de un niño que se podría llamar *perfectamente normal* y que estaba en tratamiento analítico sólo por razones profilácticas. Sólo después de un tiempo de análisis, y cuando el complejo de Edipo fue explorado en profundidad, pude reconocer la estructura completa y diferentes partes del superyó del niño. Mostró las reacciones de un sentimiento de culpa con una ética de nivel realmente elevado. Condenaba todo lo que consideraba malo o feo de un modo que aunque apropiado para el yo de un niño, era análogo al funcionamiento del superyó de un adulto con un alto nivel ético.

La evolución del superyó del niño, aunque no menos que la del adulto, depende de varios factores que no necesitamos tratar aquí

con mayor detalle. Si por alguna razón esta evolución no se ha realizado totalmente y las identificaciones no son totalmente afortunadas, entonces la angustia, a partir de la cual se originó toda la formación del superyó, tendrá preponderancia en su funcionamiento.

Creo que el caso citado por Anna Freud no prueba otra cosa sino que tales desarrollos del superyó existen. No creo que muestre que éste es un caso de desarrollo específicamente infantil, ya que nos encontramos con el mismo fenómeno en aquellos adultos cuyo superyó no está desarrollado. Por eso creo que las conclusiones que Anna Freud extrae de este caso son erróneas.

Lo que Anna Freud dice con respecto a esto me da la impresión de que ella cree que el desarrollo del superyó, con formaciones reactivas y recuerdos encubridores, tiene lugar en alto grado durante el período de latencia. Mi conocimiento analítico de niños pequeños me obliga a diferir de ella en forma absoluta en este punto.

Mi observación me ha enseñado que todos estos mecanismos están ya establecidos cuando surge el complejo de Edipo, y son activados por éste. Cuando el complejo de Edipo ha declinado, ya realizaron su tarea fundamental; los desarrollos y reacciones subsiguientes son más bien la superestructura de un sustrato que ha tomado una forma fija y persiste inmodificado. Algunas veces y en ciertas circunstancias, las formaciones reactivas están acentuadas, y, nuevamente, cuando la presión extrema es más poderosa, el superyó opera con mayor fuerza.

Estos fenómenos, no obstante, no son privativos de la niñez. Lo que Anna Freud considera como una ampliación adicional del superyó y como formaciones reactivas en el período de latencia y en el período inmediatamente anterior a la pubertad, es simplemente una adaptación aparente y superficial a las presiones y exigencias del mundo exterior, y no tiene nada que ver con el verdadero desarrollo del superyó. A medida que crecen, los niños (como los adultos) aprenden a manejar el "doble código moral" más hábilmente que los niños pequeños, que todavía son menos convencionales y más honestos.

Pasemos ahora a las deducciones de la autora a partir de sus proposiciones sobre la naturaleza dependiente del superyó de los niños y su doble código moral en relación con los sentimientos de vergüenza y desagrado.

En las páginas 73-75 de su libro, Anna Freud sostiene que los niños difieren de los adultos en este aspecto: cuando las tendencias instintivas del niño se han hecho conscientes no se puede esperar que el superyó asuma por sí mismo la total responsabilidad de su dirección. Piensa que los niños, dejados solos en esto, sólo pueden descubrir "un único sendero corto y adecuado, a saber, el que conduce a la gratificación directa". Anna Freud no acepta —y da buenas razones para su actitud— que la decisión sobre cómo deben ser empleadas las fuerzas instintivas liberadas de la represión deba corresponder a las

personas responsables de la educación del niño. Considera por lo tanto que lo único que debe hacerse es que "el analista guíe al niño en este aspecto tan importante". Da un ejemplo para ilustrar la necesidad de intervención educacional por parte del analista. Veamos lo que dice. Si mis objeciones a sus proposiciones teóricas son válidas, deberán soportar la prueba de un ejemplo práctico.

El caso en cuestión es uno que Anna Freud discute en varios pasajes de su libro: el de una niña de seis años que sufría de neurosis obsesiva. Esta niña, que antes del tratamiento manifestaba inhibiciones y síntomas obsesivos, se tornó en ese momento desobediente y falta de límites. Anna Freud infirió que en ese punto hubiera debido intervenir con el rol de educadora. Creyó reconocer que el hecho de que el niño gratificara sus impulsos anales fuera del análisis una vez libres de la represión, indicaba que ella había incurrido en un error y había confiado demasiado en la fuerza del ideal del yo del niño. Pensó que este superyó aún insuficientemente establecido hubiera necesitado una influencia educativa temporaria por parte del analista, y por lo tanto, en este punto no era capaz de controlar los impulsos del niño sin ayuda.

Creo que sería bueno que yo también seleccionara una ilustración para sustentar mi opinión, opuesta a la de Anna Freud. El caso que citaré fue muy grave: el de una niña de seis años que en el comienzo del análisis sufría de una neurosis obsesiva.⁶

Erna, cuya conducta en el hogar era intolerable y que manifestaba marcadas tendencias asociales en todas sus relaciones, sufría de frecuente insomnio, de excesivo onanismo obsesivo, inhibición completa para el aprendizaje, profundas depresiones, ideas obsesivas y varios otros síntomas graves. Fue tratada analíticamente durante dos años, y es evidente que la curación fue su resultado, porque desde hace más de un año ha estado en un colegio que por principio sólo toma "niños normales" y que está enfrentando allí la prueba de la vida. Como es de suponer, en un caso tan grave de neurosis obsesiva la niña sufría de inhibiciones excesivas y profundos remordimientos. Manifestaba el característico viraje de la personalidad de "ángel a demonio", de "princesa buena a malvada", etc. En ella, también, el análisis liberó tanto enormes cantidades de afecto como impulsos sádicos anales. Durante las sesiones analíticas tenían lugar extraordinarias cargas: rabieta que se desahogaban en los objetos de mi cuarto, tales como almohadones, etc., ensuciaba y destrozaba juguetes, manchaba papel con agua, plastilina, lápices y demás. En todo esto la niña daba la impresión de estar considerablemente liberada de inhibiciones y parecía extraer un placer notable de esta conduc-

⁶ Examiné esta historia del caso con mayor detalle en el Würzburger Tagung Deutscher Analytiker (otoño de 1924), y en una de mis conferencias en Londres, en el verano de 1925. Me propongo publicar posteriormente la historia. A medida que progresó el análisis descubrí que la grave neurosis obsesiva enmascaraba una paranoia.

ta a menudo bastante salvaje. Pero descubrí que no se trataba simplemente de un caso de gratificación desinhibida de sus fijaciones anales, sino que otros factores jugaban un rol decisivo.

De ninguna manera era tan "feliz" como se hubiera podido pensar a primera instancia, y como los que rodeaban al niño hubieran pensado que sería en el caso citado por Anna Freud. Lo que en gran parte se encontraba debajo de su "falta de freno" era angustia y también la necesidad de castigo que la impellían a repetir su comportamiento. En éste, también, había una evidencia clara de todo el odio y el desafío que databa del período en que se le había enseñado hábitos de limpieza. La situación cambió completamente cuando analizamos estas fijaciones tempranas, sus conexiones con la evolución del complejo de Edipo, y el sentimiento de culpa asociado a éste.

En estos periodos en los que se liberaban con tanta fuerza impulsos sádico-anales, Erna manifestaba una inclinación temporaria a descargarlos y gratificarlos fuera del análisis. Llegué a la misma conclusión que Anna Freud: que el analista debía haberse equivocado. Sólo que —y ésta es probablemente una de las diferencias más sobresalientes y fundamentales entre nuestras opiniones— yo inferí que había fracasado de alguna manera por el lado analítico y no por el educacional. Quiero decir que me di cuenta de que había fracasado en resolver completamente las resistencias durante la sesión analítica y en liberar totalmente la transferencia negativa. En este y en todos los otros casos encontré que si queremos capacitar a los niños para controlar mejor sus impulsos sin que se agoten en una laboriosa lucha contra ellos, la evolución edípica debe ser desnudada analíticamente tan completamente como sea posible, y los sentimientos de odio y culpa que resultan de esta evolución deben ser investigados hasta sus mismos comienzos.⁷ Ahora bien, si tratamos de ver hasta qué punto Anna Freud encontró necesario reemplazar las medidas analíticas por medidas educativas encontramos que la pequeña paciente misma nos da una información exacta. Después de que Anna Freud le hubo demostrado claramente (pág. 41) que la gente sólo podía portarse tan mal con quienes odiaba, la niña preguntó "por qué habría ella de tener ese sentimiento de odio por su madre a quien ella suponía que quería mucho". Esta pregunta tenía una buena justificación y muestra esa buena comprensión de la esencia del análisis que a menudo encontramos en pacientes de cierto tipo obsesivo, incluso muy pequeños. La pregunta señala el camino que hubiera debido tomar el análisis: hubiera debido penetrar más profundamente. Anna Freud, sin embargo, no tomó este camino, ya que leemos:

⁷ También la pequeña paciente de Anna Freud reconoció esto bastante correctamente cuando luego de contar cómo había salido victoriosa de su lucha con el diablo, definió así el objeto de su análisis: "Debes ayudarme a no ser tan infeliz si tengo que ser más fuerte que él"; creo, sin embargo, que este objetivo puede alcanzarse plenamente sólo cuando hayamos podido despejar las primeras fijaciones orales y sádico-anales y los sentimientos de culpa conectados.

“Aquí rehusé decirle nada más, ya que también yo había llegado al fin de lo que sabía”. La pequeña paciente trató entonces ella misma de ayudar a encontrar la forma que la podría conducir más lejos. Repitió un sueño que ya había mencionado y cuyo significado era un reproche contra su madre porque ésta salía precisamente cuando la niña más la necesitaba. Algunos días después trajo otro sueño que indicaba claramente celos de sus hermanos y hermanas menores.

Anna Freud se detuvo entonces, cesó de avanzar más lejos en el análisis precisamente en el momento en que hubiera debido analizar el odio de la niña por su madre, o sea cuando realmente lo que primero debía hacerse era dilucidar en primer lugar toda la situación edípica. Vemos que es verdad que había liberado y llevado a su descarga algunos de los impulsos sádico-anales, pero no puso atención en la conexión de estos impulsos con la evolución edípica; por el contrario, confinó sus investigaciones a estratos superficiales conscientes o preconscientes, porque hasta donde podemos juzgar a través de lo que escribe, también parece haber omitido la prosecución del análisis de los celos de sus hermanos y hermanas hasta sus deseos inconscientes de matarlos. Si Anna Freud lo hubiera hecho, también esto la habría conducido hasta los deseos de la niña de matar a la madre. Más aun, debe haber omitido también el análisis de la actitud de rivalidad con la madre, ya que de otro modo tanto la paciente como la analista hubieran debido saber para entonces algo de las causas del odio de la niña por su madre.

En el cuarto capítulo de su libro, Anna Freud cita este análisis como una ilustración de la necesidad de que el analista intervenga durante un tiempo con el rol de educador; aparentemente está considerando este punto decisivo en el análisis que acabo de discutir. Pero yo me represento la situación de la siguiente manera: la niña llegó a ser parcialmente consciente de sus tendencias sádico-anales, pero no se le dio la oportunidad de liberarse más amplia y fundamentalmente de ellas a través de un análisis más profundo de su situación edípica. En mi opinión no se trataba de dirigirla hacia un dominio y control dolorosos de los impulsos liberados de la represión. Lo que se necesitaba era más bien someterla a un análisis más profundo y completo de las fuerzas que motivaban estos impulsos.

Pero debo hacer la misma crítica a algunos otros ejemplos que brinda Anna Freud. Se refiere varias veces a las confesiones de onanismo recibidas de sus pacientes. La niña de nueve años que hizo tales confesiones en dos sueños que relató (págs. 31-32), estaba, creo, contando mucho más que eso, y algo muy importante. Su terror al fuego y el sueño de la explosión en el géiser, que se produjo a causa de una mala conducta de su parte y fue acompañado de castigo, me parece indicar claramente la observación del coito entre los padres. Esto es también evidente en el segundo sueño. En él había “dos ladrillos de distintos colores y una casa a la que incendiaban”. Estos, como mi experiencia en análisis de niños me permite generalizar, por

lo regular representan la escena primaria. Que esto fuera cierto en el caso de esta niña, me parece evidente en sus sueños con fuego a través de sus dibujos de los monstruos (descritos por Anna Freud, págs. 37-38) que ella llamaba “mordedores”, y de la bruja que arrancaba el cabello de un gigante. Anna Freud está indudablemente en lo cierto cuando interpreta estos dibujos como indicadores de la angustia de castración de la niña, y de su masturbación. Pero no me cabe la menor duda de que la bruja, que castra al gigante, y el “mordedor” representan el coito entre los padres, concebido por la niña como un sádico acto de castración; y además que cuando ella tuvo esta impresión, ella misma concibió deseos sádicos contra sus padres (la explosión del géiser que ella causa en el sueño); que su masturbación estaba asociada a estos deseos y que por lo tanto, de su conexión con el complejo de Edipo, involucraba un profundo sentimiento de culpa, y en relación con esto, involucraba la compulsión a la repetición y parte de la fijación.

¿Qué es, entonces, lo que falta en la interpretación de Anna Freud? Todo lo que hubiera profundizado en la situación edípica. Pero esto significa que omitió explicar las causas más profundas del sentimiento de culpa y de la fijación, e imposibilitó la resolución del complejo de Edipo. Me siento obligada a extraer la misma conclusión que en el caso de la pequeña neurótica obsesiva: si Anna Freud hubiera sometido los impulsos instintivos a un análisis más profundo, no hubiera sido necesario enseñar a la niña cómo controlarlos. Y al mismo tiempo la curación hubiera sido más completa. Porque sabemos que el complejo de Edipo es el complejo nuclear de las neurosis; por lo tanto si el análisis evita analizar este complejo, tampoco puede resolver la neurosis.

Ahora bien, ¿cuáles son las razones de Anna Freud para abstenerse de un análisis más profundo, que investigara sin reservas la relación del niño con sus padres y con el complejo de Edipo? Hay una serie de importantes argumentos con los que nos encontramos en varios pasajes de su libro. Resumámoslo y consideremos sus alcances.

Anna Freud siente que ella no debe intervenir entre el niño y sus padres, y que la educación del hogar peligraría y se crearían conflictos si se le hace consciente al niño su oposición a los padres.

Creo que este punto es el que determina principalmente la diferencia entre las opiniones de Anna Freud y las mías, y nuestros opuestos métodos de trabajo. Ella misma dice que siente remordimientos para con los padres del niño, que son los que la emplean, si como ella dice, “se vuelve contra ellos”. En el caso de una niñera que tenía hostilidad hacia ella (págs. 20-21) hizo todo lo que pudo para predisponer al niño en contra de la mujer, desprender el sentimiento positivo del niño por la niñera y dirigirlo hacia ella misma. Vacila en hacer lo mismo cuando los padres entran en la cuestión, y creo que está plenamente en lo cierto. La diferencia en nuestro punto de vista es ésta: que yo jamás intento predisponer al niño en contra

de los que lo rodean. Pero si sus padres me lo han confiado para que lo analice, ya sea para curar una neurosis o por otras razones, creo que estoy justificada al tomar la línea que me parece la más ventajosa para el niño y la única posible. Quiero decir la de analizar sin reservas su relación con los que lo rodean, y por lo tanto, en especial con sus padres, hermanos y hermanas.

Hay varios peligros en el análisis de la relación con los padres que Anna Freud teme y que piensa que surgirían de la debilidad que ella supone que caracteriza el superyó del niño. Permítaseme mencionar algunos. Cuando se resuelve satisfactoriamente la transferencia, el niño ya no puede volver a dirigirse a los objetos amorosos adecuados y podría verse obligado ya sea "a volver a caer en una neurosis, o, si este camino estuviera cerrado en razón del éxito del tratamiento analítico, a tomar la dirección opuesta: la de la rebelión abierta" (págs. 61-62). O de nuevo: si los padres utilizan su influencia en oposición al analista el resultado sería "como el niño está vinculado emocionalmente a ambas partes, una situación similar a la que surge en un matrimonio infeliz en el que el niño se ha convertido en un tema de disputa" (pág. 77). Y nuevamente: "Donde el análisis del niño no puede llegar a ser parte orgánica de toda su vida sino que se introduce como un cuerpo extraño en sus otras relaciones, perturbándolas, probablemente lo único que hagamos sea complicarlo en más conflictos que los que nuestro tratamiento resuelve" (pág. 84).

En cuanto a la idea de que el superyó del niño no es aún lo suficientemente fuerte, y que hace temer a la autora que cuando el niño se libere de la neurosis no podrá ya adaptarse satisfactoriamente a las exigencias educacionales necesarias y a las de las personas que lo rodean, respondería yo de la siguiente manera:

Mi experiencia me ha enseñado que si analizamos un niño *sin ningún preconcepto* de ninguna clase en nuestra mente, nos formaremos de él una idea distinta, simplemente porque estaremos capacitados para penetrar más profundamente en el período crítico anterior a los dos años. Aquí se revela en mucho mayor grado la severidad del superyó del niño, rasgo que Anna Freud misma descubrió en ocasiones. Encontramos que lo que se necesita no es reforzar el superyó sino suavizarlo. No olvidemos que las influencias educativas y las exigencias culturales no están suspendidas durante el análisis aun cuando el analista, que actúa como un tercero absolutamente imparcial, no asuma la responsabilidad de estas influencias y exigencias. Si el superyó ha sido lo bastante fuerte como para conducir al conflicto y a la neurosis seguramente mantendrá suficiente influencia, aun si en el análisis lo modificamos gradualmente.

Nunca terminé un análisis con la impresión de que esta facultad se hubiera debilitado demasiado; por otra parte, hubo muchos análisis en cuyo término yo habría deseado que se pudiera reducir aun más su exagerado poder. Anna Freud señala con justeza que si nos aseguramos una transferencia positiva los niños habrán de contribuir

mucho en el sentido de la cooperación y en otros tipos de sacrificio. Pero creo que esto prueba indudablemente que, al lado de la severidad del superyó, este anhelo de amor es una garantía adecuada de que el niño tendrá un motivo suficientemente fuerte para obrar de acuerdo con exigencias culturales razonables, sólo si el análisis libera su capacidad de amar.

No debemos olvidar que lo que la realidad exige al yo del adulto es mucho más pesado que las demandas mucho menos exigentes que encuentra el yo mucho más débil del niño.

Naturalmente, es posible que si el niño debe vincularse con personas que no tienen *insight*, o con neuróticos, o con gente que lo perjudica, el resultado podría ser que no podremos desembarazarlo completamente de su propia neurosis o que su medio la haga surgir nuevamente. Sin embargo, según mi experiencia, aun en estos casos podemos hacer mucho para aliviar el asunto e inducir un desarrollo mejor. Más aun, en su reaparición la neurosis será más leve y más fácil de ser curada en el futuro. Los temores de Anna Freud de que un niño que ha sido analizado y permanece en un medio totalmente adverso al análisis, en razón de su separación de sus objetos amorosos puede tornarse más rebelde a éstos, y por lo tanto más presa de conflictos, me parecen consideraciones teóricas refutadas por la experiencia. Aun en tales casos he descubierto que el análisis capacitaba a los niños a adaptarse mejor y por lo tanto a pasar mejor la prueba de un *milieu* desfavorable, y a sufrir menos que antes de ser analizados.

Y he demostrado repetidas veces que cuando un niño se torna menos neurótico se hace mucho menos cansador para aquellos que lo rodean y que son neuróticos o faltos de *insight*, y de esta forma el análisis no ejercerá más que una influencia favorable en las relaciones entre el niño y su medio.

En los últimos ocho años he analizado gran número de niños, y mis descubrimientos con respecto a este punto, crucial en la cuestión del análisis de niños, ha sido constantemente confirmado. Podría resumirlo diciendo que el peligro temido por Anna Freud, que el análisis de los sentimientos negativos de un niño hacia sus padres arruinará su relación con éstos, es siempre y bajo toda circunstancia, inexistente. Por el contrario, lo opuesto es verdad. Exactamente lo mismo sucede en los adultos: el análisis de la situación edípica no sólo alivia los sentimientos negativos del niño para con sus padres, hermanos y hermanas sino que también los resuelve en parte, y así posibilita mayor fortificación de los impulsos positivos. Precisamente el análisis del período más temprano es el que revela las tendencias hostiles y los sentimientos de culpa que tienen origen en la temprana frustración oral, los hábitos de limpieza y la frustración relacionada con la situación edípica. Y este traerlos a luz es lo que libera al niño de ellos. El resultado final es una relación más profunda y mejor con los que lo rodean, y no es de ninguna manera una separación en el sentido de sentirse extraño. Lo mismo se aplica al período de la pubertad,

sólo que en este período la capacidad para la separación y la transferencia necesaria en esta fase particular del desarrollo está grandemente reforzada por el análisis. Hasta ahora nunca he tenido quejas de la familia después que el análisis terminara y aun durante su curso, de que la relación del niño con su ambiente hubiera empeorado. Esto significa mucho cuando recordamos la ambivalencia de las relaciones. Por otra parte, se me ha asegurado con frecuencia que los niños se tornaban mucho más sociables y mucho más dóciles con respecto a su educación. De modo que finalmente hago un gran servicio tanto a los padres como al niño justamente en lo que se refiere al *mejoramiento* de las relaciones entre ellos.

Indudablemente es deseable y provechoso que los padres nos asistan tanto durante como después del análisis. Debo decir, sin embargo, que estos ejemplos tan gratificadores son decididamente los menos: representan el *caso ideal*, y no podemos basar nuestro método sobre él. Anna Freud dice (pág. 83): "La enfermedad definida no es lo único que nos hará decidirnos a analizar a un niño. El lugar del análisis infantil es sobre todo el *milieu* analítico; por ahora debemos limitarlo a los niños cuyos padres son analistas, se han analizado o tienen cierta confianza o respeto por el análisis." En respuesta diría que debemos discriminar muy claramente entre las actitudes conscientes e inconscientes de los mismos padres, y he hallado repetidas veces que las actitudes inconscientes no están de ninguna manera garantizadas por las condiciones deseadas por Anna Freud. Los padres pueden estar por completo convencidos teóricamente de la necesidad del análisis y pueden desear conscientemente ayudarnos con todas sus fuerzas, y sin embargo, por razones inconscientes, pueden obstaculizar nuestro trabajo a cada momento. Por otra parte, constantemente hallé gente que no sabía nada sobre el análisis —a veces simplemente una niñera que me tenía confianza personal— que fue de la más grande ayuda debido a una favorable actitud inconsciente. Sin embargo, según mi experiencia, todo el que analice niños tiene que contar con una cierta hostilidad y celos por parte de niñeras, institutrices, e incluso la madre, y debe tratar de realizar el análisis a pesar y en contra de estos sentimientos. A primera vista esto parece imposible y representa por cierto una dificultad especial y muy considerable en el análisis del niño. No obstante en la mayoría de los casos no la he encontrado insuperable. Naturalmente presupongo que no debemos "compartir con los padres el odio y el amor del niño", sino que debemos manejar tanto la transferencia positiva como la negativa de manera tal que nos capacite para establecer la situación analítica y confiar en ella. Es asombroso cómo los niños, incluso niños pequeños, nos apoyan entonces con su *insight* y con su necesidad de ayuda y cómo podemos incluir en nuestro trabajo las resistencias causadas por aquellos con quienes están vinculados los pequeños pacientes.

Por lo tanto, mi experiencia me ha llevado a emanciparme en mi

trabajo de estas personas en la medida de lo posible. Aun cuando sus informaciones puedan ser a veces muy valiosas, cuando nos relatan cambios importantes que tienen lugar en los niños y nos proporcionan un conocimiento de la situación real, necesariamente debemos ser capaces de manejarnos sin esta ayuda. Por supuesto no quiero decir con esto que nunca pueda desbaratarse un análisis por culpa de los que rodean al niño; sólo puedo decir que si los padres envían a sus niños para que se analicen no es razón para que sea imposible llevar a cabo el análisis simplemente porque la actitud de éstos muestre falta de *insight* o sea desfavorable de alguna otra manera.

Resulta claro por todo lo que he dicho que mi posición con respecto a la conveniencia del análisis en distintos casos es completamente distinta a la de Anna Freud. Considero que el análisis es útil no sólo en todos los casos con perturbaciones mentales evidentes y desarrollo insuficiente, sino como medio para disminuir las dificultades de niños normales. El camino puede ser indirecto, pero estoy segura de que no es demasiado penoso, costoso o tedioso.

En esta segunda parte de mi artículo mi intención era demostrar que es imposible combinar en la persona del analista la tarea analítica y educativa, y esperaba mostrar por qué es así. Anna Freud misma describe estas funciones (pág. 82) como "dos tareas difíciles y contradictorias". Y dice nuevamente: "analizar y educar, o sea permitir y prohibir al mismo tiempo, liberar y atar nuevamente". Puedo resumir mis argumentos diciendo que una actividad efectivamente anula la otra. Si el analista incluso temporariamente se torna representante de agentes educativos, si asume el rol del superyó, bloquea en ese punto el camino de los impulsos instintivos a la conciencia: se vuelve un representante de los poderes represores. Avanzaré un poco más y diré que según mi experiencia, lo que debemos hacer con los niños tanto como con los adultos es, no simplemente establecer y mantener la situación analítica con todos los medios analíticos y abstenernos de toda influencia educativa directa, sino, más aun, que el análisis de niños debe tener la misma actitud inconsciente que pedimos al analista de adultos, si ha de tener éxito. Esta lo debe capacitar para querer realmente sólo analizar, y no desear moldear y dirigir la mente de sus pacientes. Si la angustia no se lo impide, podrá esperar con calma la evolución del resultado correcto, y de este modo se alcanzará este resultado.

Si lo hace, además, demostrará la validez del segundo principio que expongo en oposición a Anna Freud, a saber: que debemos analizar completamente y sin reservas la relación del niño con sus padres y su complejo de Edipo.

Postscriptum, mayo de 1947.

En el Prefacio y en la Tercera parte de su nuevo libro, Anna

Freud presenta diversas modificaciones de su técnica. Algunas de estas modificaciones conciernen a algunos puntos que traté en este artículo.

Una divergencia en nuestras opiniones surgió de su utilización de métodos educativos en el análisis de niños. Anna Freud explicó que esta técnica era necesaria a causa del superyó débil y no desarrollado de los niños, aun en el período de latencia (que en ese entonces ella consideraba el único período en el que los niños podían ser analizados). Declara ahora en su Prefacio que la parte educativa en la tarea del analista de niños ya no es necesaria (porque los padres y las autoridades educacionales se han vuelto mucho más instruidas) y que el analista "puede ahora, salvo raras excepciones, concentrar su energía en el aspecto puramente analítico de su labor". (Prefacio, pág. xi.) Además, cuando Anna Freud publicó su libro en 1926, no sólo criticó la técnica de juego (que yo había empleado en el análisis de niños pequeños), sino que también se opuso por principio a que niños pequeños, por debajo del período de latencia, se analizaran. Ahora, como lo dice en su Prefacio, redujo la edad "desde el período de latencia, como lo sugirió en un principio, hasta los dos años..." y según parece también aceptó hasta cierto grado la técnica de juego como parte necesaria del análisis de niños. Además amplió el número de pacientes no sólo en lo que respecta a la edad sino también en lo que respecta al tipo de enfermedad, y ahora considera "que se puede analizar niños cuyas perturbaciones son de tipo esquizofrénico" (pág. x).

La cuestión siguiente es más complicada porque subsiste una importante diferencia aunque haya surgido una similitud en el enfoque. Anna Freud dice de su "fase introductoria" en el análisis de niños, que su estudio de los mecanismos de defensa del yo la ha llevado a encontrar "camino y medios de poner al descubierto y penetrar las primeras resistencias en el análisis de niños, con lo cual se acorta la fase introductoria del tratamiento, y, en algunos casos la hace innecesaria" (Prefacio, págs. xi-xii). La consideración de mi contribución al Simposium mostrará que la esencia de mi argumento en contra de la "fase introductoria" de Anna Freud era lo siguiente: si el analista trata desde el comienzo la angustia y la resistencia inmediatas del niño con recursos analíticos, la situación transferencial se establece inmediatamente, y no se hacen necesarios ni aconsejables recursos que no sean analíticos. Nuestras opiniones sobre este problema tienen por lo tanto en común que la fase introductoria es innecesaria (aunque Anna Freud sólo parece admitir esto en algunos casos especiales) si se descubre que los caminos y los medios analíticos penetran las primeras resistencias. En mi contribución al Simposium traté este problema principalmente desde el ángulo de la angustia aguda del niño pequeño. Sin embargo, en mi libro *El psicoanálisis de niños*, muchos ejemplos muestran que en aquellos casos en los que la angustia es menos aguda, atribuyo gran significación al análisis

de las defensas desde el comienzo. En realidad, no es posible analizar las resistencias sin analizar las defensas. No obstante, aunque Anna Freud no se refiere al análisis de la angustia aguda sino que parece poner el acento principalmente en el análisis de las defensas, nuestras opiniones coinciden en cuanto a la posibilidad de conducir un análisis desde el comienzo con recursos analíticos. Estas alteraciones en las opiniones de Anna Freud, que sólo doy como ejemplo, implican en realidad, aunque ella no lo manifieste, una disminución de ciertas divergencias importantes entre ella y yo en lo que respecta al psicoanálisis de niños. Mencionaré otro punto que está relacionado fundamentalmente con mi enfoque de los principios y la técnica del análisis temprano, punto que ilustro en este libro. Anna Freud declara (pág. 71): "Melanie Klein y sus seguidores expresaron repetidamente la opinión de que con la ayuda de la técnica de juego se puede analizar niños de casi cualquier edad, de la más temprana infancia en adelante." No sé sobre qué fundamento se basa esta declaración, y el lector de este libro y de mi libro *El psicoanálisis de niños* no encontrará pasajes que lo justifiquen ni material de análisis de niños de menos de dos años y tres meses de edad. Por supuesto que atribuyo gran importancia al estudio de la conducta de los lactantes, especialmente a la luz de mis descubrimientos sobre los tempranos procesos mentales, pero estas observaciones analíticas son algo esencialmente distinto que llevar a cabo un tratamiento psicoanalítico.

También llamaría aquí la atención sobre el hecho de que en esta nueva edición de su libro (págs. 69-71), Anna Freud repita la misma descripción errónea de mi técnica que hizo veinte años atrás, puesto que infiere que confío predominantemente en interpretaciones simbólicas y utilizo muy poco —si alguna vez lo hago— el lenguaje del niño, ensueños diurnos, sueños, cuentos, juego imaginativo, dibujos, sus reacciones emocionales y sus relaciones con la realidad exterior, por ejemplo, en su hogar. He corregido explícitamente esta interpretación errónea en esta contribución al Simposium y cuesta entender cómo pudo haberse mantenido frente a mi libro *El psicoanálisis de niños* y mis diversas publicaciones, compiladas ahora en este volumen.

8. TENDENCIAS CRIMINALES EN NIÑOS NORMALES

(1927)

Una de las bases del psicoanálisis es el descubrimiento de Freud de que encontramos en un adulto todos los estadios de su desarrollo infantil temprano. Los encontramos en el inconsciente, que contiene todas las fantasías y tendencias reprimidas. Como sabemos, el mecanismo de la represión está principalmente dirigido por las facultades de juicio y de crítica —el superyó—. Es evidente que las represiones más profundas son aquellas que están dirigidas contra las tendencias más antisociales.

Así como el individuo repite biológicamente el desarrollo de la humanidad, también lo hace psíquicamente. Encontramos reprimidos e inconscientes los estadios que aún observamos en pueblos primitivos: canibalismo y tendencias asesinas de la mayor variedad. Esta parte primitiva de una personalidad contradice enteramente la parte aculturada de la personalidad, que es la que realmente engendra la represión.

El análisis infantil, especialmente el análisis temprano, por el que se entiende el análisis de niños entre tres y seis años, da un cuadro muy esclarecedor de cuán temprano comienza esta lucha entre la parte aculturada de la personalidad y la parte primitiva. Los resultados que he obtenido en mi trabajo analítico con niños pequeños me han demostrado que ya en el segundo año encontramos el superyó en acción.

En esta edad, el niño ya ha pasado estadios muy importantes de su desarrollo psíquico; ha atravesado sus fijaciones orales, en las que debemos distinguir entre la fijación oral de *succión* y la fijación oral de *morder*. Esta última está muy conectada con tendencias canibalísticas. El hecho de que podamos observar muy a menudo que los bebés muerden el pecho de la madre es una de las pruebas de esta fijación.

Además, en el primer año, tienen lugar gran parte de las fijaciones sádico-anales. Este término, erotismo sádico-anal, se utiliza para denotar el placer extraído de la zona erógena anal y de la función excretoria, junto con el placer en la crueldad, dominación o posesión, etc., que se ha encontrado estrechamente conectado con placeres anales. Los impulsos sádico-orales y sádico-anales representan el papel principal en las tendencias que me propongo examinar en este artículo.

Acabo de mencionar que ya en el segundo año encontramos al superyó en acción, por cierto que en su estadio de desarrollo. Lo que produce esto es el advenimiento del complejo de Edipo. El psicoanálisis ha demostrado que el complejo de Edipo juega el papel más amplio en el entero desarrollo de una personalidad, tanto en las personas que se convertirán en normales como en las que se convertirán en neuróticas. El trabajo psicoanalítico ha demostrado cada vez más que también la entera formación del carácter deriva del desarrollo edípico, que todo matiz de dificultades de carácter, desde el ligeramente neurótico al criminal, está determinado por él. En esta dirección —el estudio del criminal— se han dado sólo los primeros pasos, pero son pasos que prometen desarrollos de gran alcance.¹

Es el tema de este artículo mostrarnos cómo podemos ver en todo niño tendencias criminales en acción; y hacer algunas sugerencias sobre qué es lo que determina si estas tendencias van o no a establecerse en la personalidad.

Debo retroceder ahora al punto del que he partido. Cuando se instala el complejo de Edipo, lo que, según los resultados de mi trabajo, sucede al final del primer año o al comienzo del segundo, están plenamente en acción los estadios tempranos que he mencionado: sádico-orales y sádico-anales. Se conectan con las tendencias edípicas, y se dirigen hacia los objetos alrededor de los cuales se desarrolla el complejo de Edipo: los padres. El varón, que odia al padre como rival por el amor de la madre, hará esto con el odio, la agresión y las fantasías provenientes de sus fijaciones sádico-orales y sádico-anales. No faltan en el análisis de ningún varón las fantasías de penetrar en el dormitorio y matar al padre, incluso en el caso de un niño normal. Quisiera mencionar un caso especial, el de un niño de cuatro años, muy normal y satisfactoriamente desarrollado en todo aspecto, de nombre Gerald. Este caso es muy esclarecedor en muchos aspectos. Gerald era un niño muy vivaz y aparentemente feliz, en el que nunca se había advertido ninguna angustia, y fue traído al análisis sólo por razones profilácticas.

Durante el curso del análisis descubrí que el niño había pasado

¹ Véase Freud, "Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo psicoanalítico", *O.C.*, 14 y Reik (1925).

por una intensa ansiedad y estaba aún bajo la tensión de la misma. Mostraré después cómo es posible para un niño esconder tan bien sus temores y dificultades. Uno de sus objetos de angustia que establecimos durante el análisis, era una bestia que sólo tenía las costumbres de una bestia, pero que en realidad era un hombre. Esta bestia que hacía grandes ruidos en la habitación próxima, era el padre cuyos ruidos emanaban del dormitorio adyacente. El deseo de Gerald de penetrar allí, de cegar al padre, castrarlo y matarlo, provocaron el temor a ser tratado del mismo modo por la bestia. Ciertos hábitos transitorios, tales como un movimiento de los brazos, que el análisis demostró que significaban empujar a la bestia, eran debidos a esta angustia. Gerald tenía un tigre pequeño y su gran afecto por este animal se debía en parte a la esperanza de que lo protegería de la bestia. Pero a veces este tigre resultó ser no sólo un defensor sino también un agresor. Gerald proponía mandarlo a la habitación adyacente para llevar a cabo sus deseos agresivos hacia el padre. También en este caso el pene del padre sería mordido, cocinado y comido, deseo proveniente en parte de las fijaciones orales del niño, y en parte recurso para luchar con el enemigo; ya que un niño, como no tiene otra arma, usa en forma primitiva sus dientes como un arma. Esta parte primitiva de la personalidad estaba representada en este caso por el tigre, que, como comprobé después, era Gerald mismo, pero en una parte suya de la que hubiera querido no darse cuenta. Pero Gerald tenía también fantasías de cortar en pedazos a su padre y a su madre, fantasías conectadas con actos anales, con ensuciar al padre y a la madre, con heces. Una cena que simuló después de estas fantasías resultó ser una comida en la que él y su madre se comían al padre. Es difícil ilustrar cómo un niño tan sensible como éste sufre por estas fantasías, que la parte cultivada de su personalidad condena fuertemente. Este niño no podía mostrar bastante amor y bondad hacia su padre; y aquí vemos un fuerte motivo para que reprimiera su amor por la madre, la que de algún modo es causa de estas fantasías, y de que permaneciera apegado al padre en redoblada fijación que podría formar la base de una actitud homosexual permanente en la vida posterior.

Mencionaré brevemente el caso de una niña. La rivalidad por el padre, el deseo de tomar el lugar de la madre en su amor, lleva también a fantasías sádicas del más diverso carácter. Aquí el deseo de destruir la belleza de la madre, de mutilar su rostro y su cuerpo, de apropiarse para sí del cuerpo de la madre —esa fantasía primitiva de morder, cortar, etc.—, está conectado con un fuerte sentimiento de culpa, que fortifica la fijación a la madre. En esta edad, entre los dos y los cinco años, vemos a menudo niñas pequeñas excesivamente afectuosas con sus madres, pero este afecto está en parte basado en angustia y sentimiento de culpa, y es seguido por un alejamiento del padre. Así esta complicada situación psíquica se hace aun más complicada por el hecho de que, al defenderse contra estas tenden-

cias que su superyó condena, el niño apela a sus tendencias homosexuales, las fortifica y desarrolla, lo que llamamos el complejo de Edipo "invertido". Este es el desarrollo que se muestra en una fuerte fijación de la niña a la madre, del varón al padre. Un paso más, y llegamos al estadio en que esta relación tampoco puede ser mantenida, y el niño se aparta de ambos. Esta es seguramente la base de una personalidad antisocial, porque la relación con el padre y la madre determina todas las subsiguientes relaciones de la vida. Hay otra relación que juega un papel fundamental. Es la relación hacia los hermanos y hermanas; todo análisis demuestra que todos los niños sufren grandes celos tanto de los hermanos y hermanas menores como de los mayores. Incluso el niño muy pequeño que aparentemente no sabe nada sobre el nacimiento, tiene un conocimiento *inconsciente* muy específico del hecho de que los niños crecen en el útero de la madre. Gran odio es dirigido contra este niño en el útero de la madre por motivos de celos, y como típico de las fantasías del niño durante un embarazo de la madre, encontramos deseos de mutilar el útero de la madre y deshacer al niño que está allí, mordiéndolo y cortándolo.

También contra el niño recién nacido se dirigen deseos sádicos. Además, estos deseos sádicos se dirigen también contra hermanas y hermanos mayores, porque el niño se siente disminuido en comparación con los mayores, incluso cuando no sea realmente así. Pero estos sentimientos de odio y celos dan al niño un fuerte sentimiento de culpa, que puede influir para siempre en su relación con sus hermanas y hermanas. El pequeño Gerald, por ejemplo, poseía un muñequito al que cuidaba tiernamente y a menudo lo vendaba. Representaba a su hermanito, al que según su severo superyó él había mutilado y castrado cuando estaba en el útero de la madre.

En todas estas situaciones, en la medida en que sus sentimientos son negativos, el niño reacciona con todo el poder e intensidad del odio característico de los tempranos estadios sádicos del desarrollo. Pero, como los objetos que odia son al mismo tiempo objetos de su amor, el conflicto que surge se hace muy pronto intolerablemente pesado para el débil yo; el único escape es la huida a través de la represión, y la entera situación conflictiva, que de este modo nunca es aclarada, permanece activa en la mente inconsciente. Aunque la psicología y la pedagogía hayan mantenido siempre la creencia de que un niño es un ser feliz sin ningún conflicto, y hayan supuesto que los sufrimientos de los adultos son el resultado del peso y dureza de la realidad, debe afirmarse que *justamente lo opuesto es lo cierto*. Lo que aprendemos sobre el niño y el adulto a través del psicoanálisis es que todos los sufrimientos de la vida posterior son en su mayor parte repeticiones de estos sufrimientos tempranos, y que todo niño en los primeros años de su vida pasa por un grado inmensurable de sufrimiento.

No puede negarse que las apariencias hablan en contra de estas afirmaciones. Incluso aunque en una observación atenta se puedan

notar signos de dificultades, el niño parece superarlos más o menos fácilmente. La cuestión de cómo debe explicarse la diferencia entre las apariencias y la verdadera situación psíquica se contestará posteriormente, cuando examinemos las diversas formas y recursos que usa el niño para superar sus dificultades.

Debo retornar al punto en que hablé de los sentimientos negativos del niño. Estos se dirigen contra el padre del mismo sexo y los hermanos y hermanas. Pero, como he mencionado, se complica más la situación por el hecho de que se dirigen también sentimientos negativos contra el padre del sexo opuesto, en parte por la frustración que este progenitor también le impone, y en parte porque en sus esfuerzos para escapar al conflicto el niño se aparta de su objeto de amor, y cambia su amor por aversión. Pero la situación se complica más aun por el hecho de que las tendencias de amor del niño están coloreadas por teorías y fantasías sexuales típicas de los estadios pregenitales, del mismo modo que lo están sus sentimientos negativos. Se ha descubierto mucho sobre las teorías sexuales infantiles mediante el análisis de adultos; pero al analista que trata a los niños mismos se le revela una sorprendente variedad de teorías sexuales. Diré sólo pocas palabras sobre la forma en que se obtiene del niño este material. Cuando desde nuestro punto de vista psicoanalítico observamos al niño mientras juega y utilizamos recursos técnicos especiales para disminuir su inhibición, podemos hacer aparecer estas fantasías y teorías, descubrir qué experiencias ha tenido el niño, y ver todos sus impulsos y la reacción de sus facultades críticas en acción. Esta técnica no es fácil; requiere mucho de identificación con las fantasías del niño y una actitud especial hacia él, pero es extremadamente productiva; esta técnica nos conduce a profundidades del inconsciente que son sorprendentes incluso para el analista de adultos. Lentamente el analista, al interpretar al niño lo que significa su juego, sus dibujos y toda su conducta, resuelve las represiones contra las fantasías subyacentes al juego, y libera esas fantasías. Muñequitos, hombres, mujeres, animales, autitos, trenes, etc., permiten al niño representar diversas personas, la madre, el padre, los hermanos y hermanas, y por medio de estos juguetes representar todo su material inconsciente más reprimido. No es posible dentro de los límites de este artículo entrar más en los detalles de mi técnica. Debo limitarme a enunciar que obtengo este material en realizaciones tan diferentes y con tanta variedad que es imposible equivocarse sobre su significado; el que además es demostrado por el efecto de resolución y liberación de las interpretaciones. Se hacen claras tanto las tendencias primitivas como las reacciones de juicio. Si un niño ha mostrado en un juego, por ejemplo, que un hombrecito en lucha contra un hombre mayor fue capaz de superarlo, sucede muy a menudo que cuando está muerto, el hombre mayor es puesto en un carruaje y llevado al carnicero, quien lo corta en pedazos y lo cocina. El hombrecito come esta comida con placer, incluso invitando al festín a una señora que a veces

representa a la madre. Ella ha aceptado al pequeño asesino en vez de al padre asesinado. Por supuesto que la situación puede ser muy diferente. La fijación homosexual puede estar en primer plano, y podemos ver a la madre cocinada y comida, y los dos hermanos repartiendo la comida entre ellos. Como he mencionado, se manifiesta una innumerable variedad de fantasías, que difieren incluso en el mismo niño en diferentes estadios de su análisis. Pero esta manifestación de tendencias primitivas es invariablemente seguida por angustia, y por realizaciones que muestran cómo el niño trata ahora de hacer el bien y de arreglar lo que ha hecho. A veces trata de reparar a los mismos hombres, trenes, etc., que acaba de romper. A veces dibujar, construir, etc., expresan las mismas tendencias reactivas.

Quiero poner en claro un punto. Los juegos que he descrito, a través de los cuales el niño me provee del material que examiné, difieren mucho de los juegos a los que generalmente se observa jugar a los niños. Esto debe explicarse como sigue: el analista obtiene su material en forma muy específica. La actitud que muestra ante los juegos y asociaciones del niño está enteramente libre de críticas éticas y morales. Esta es realmente una de las formas en que puede establecerse la transferencia y ponerse en marcha el análisis. Así el niño mostrará al analista lo que nunca revelaría a su madre o niñera. Por buenas razones: ellas se alarmarían mucho al advertir tendencias antisociales y agresivas contra las que principalmente se dirige la educación. Además, es justamente el trabajo analítico el que resuelve las represiones y de esta forma hace aparecer las manifestaciones del inconsciente. Esto se obtiene lentamente, paso a paso, y algunos de los juegos que mencioné han aparecido en el curso del análisis y no al principio. Sin embargo, debe agregarse que los juegos de los niños, incluso fuera del análisis, son muy instructivos y dan pruebas de muchos de los impulsos que se examinan aquí. Pero para reconocerlos se requiere un observador especialmente entrenado, con conocimiento del simbolismo y de los métodos psicoanalíticos.

Las teorías sexuales son la base de una variedad de fijaciones muy sádicas y primitivas. Sabemos gracias a Freud que hay cierto conocimiento inconsciente que el niño obtiene, aparentemente, en forma filogenética. A éste pertenece el conocimiento sobre el coito paterno, el nacimiento de los niños, etc.; pero es de carácter bastante vago y confuso. De acuerdo con el estadio sádico-oral y sádico-anal que él mismo está atravesando, el coito llega a significar para el niño una situación en la que juegan el papel principal comer, cocinar, intercambio de heces y actos sádicos de todo tipo (morder, cortar, etc.). Deseo subrayar *cuán importante está destinada a ser en la vida posterior la conexión entre estas fantasías y la sexualidad*. Aparentemente todas esas fantasías habrán desaparecido para entonces, pero su efecto inconsciente será de gran importancia en la frigidez, en la impotencia y en otras perturbaciones sexuales. Esto puede verse muy bien en el análisis de niños pequeños. El varón que ha demostrado

sus deseos hacia su madre, mostrando en este aspecto fantasías muy sádicas, trata de escapar eligiendo en vez de a la madre como objeto, a la *imago* del padre; y después se apartará también de éste, si sus fantasías sádico-orales resultan también conectadas con este objeto de amor. Aquí encontramos la base de todas las perversiones que Freud ha descubierto que se originan en el desarrollo temprano del niño. Fantasías de que el padre o él mismo viola a la madre, la muerte, la araña, la corta en pedazos, son algunos ejemplos de la concepción infantil del coito. Me referiré aquí al hecho de que fantasías de esta naturaleza son realmente transportadas a la acción por los criminales, para mencionar sólo el caso de Jack el Destripador. En la relación homosexual estas fantasías cambian a castrar al padre, cortando o arrancando su pene, y toda clase de actos violentos. El nacimiento está conectado muy a menudo con fantasías de abrir el cuerpo cortándolo, y de sacar los bebés de diferentes partes del cuerpo. Estos son sólo pocos ejemplos de la abundante variedad de fantasías sexuales que pueden encontrarse *en todo niño normal*, punto que deseo subrayar especialmente. Ya que he tenido la suerte de tener varios niños normales en análisis, puedo afirmar esto desde el punto de vista profiláctico. Este aspecto repulsivo de la vida de fantasía del niño cambia enteramente cuando nos familiarizamos con las profundidades de su mente. El niño está enteramente dominado por sus impulsos, los que, sin embargo, vemos que son el fundamento de todas las atractivas y socialmente importantes tendencias creadoras. Debo decir que la impresión que obtengo de la forma en que incluso el niño muy pequeño lucha contra sus tendencias antisociales es bastante emocionante y admirable. Un momento después de que hemos visto los impulsos más sádicos, nos encontramos con actuaciones que muestran la mayor capacidad de amor, y el deseo de hacer todo sacrificio posible para ser amado. No podemos aplicar ninguna norma ética a estos impulsos; debemos dar por sentada su existencia sin ninguna crítica y ayudar al niño a enfrentarse con ellos; por lo que al mismo tiempo disminuimos sus sufrimientos, fortificamos sus capacidades, su equilibrio mental, y como resultado final realizamos una tarea de notable importancia social. Es impresionante ver en análisis cómo estas tendencias destructivas pueden ser utilizadas para la sublimación cuando resolvemos las fijaciones; cómo pueden liberarse estas fantasías para un trabajo realmente artístico y constructivo.

Esto se hace en análisis sólo a través de recursos puramente analíticos, de ningún modo aconsejando o estimulando al niño. Según mi experiencia, esta última forma, que es la pedagógica, no puede combinarse con la tarea analítica en la persona del analista, pero el análisis prepara el terreno para una tarea pedagógica muy productiva.

En una comunicación hecha hace algunos años a la Sociedad Analítica de Berlín, señalé una analogía entre algunos crímenes horribles que recientemente habían sucedido, y fantasías correspondientes que había encontrado en el análisis de algunos niños pe-

queños. Uno era un caso que era realmente una combinación de perversión y crimen. Actuando en forma muy habilidosa, de modo que no fue descubierto por mucho tiempo, el hombre pudo llevar a cabo los siguientes actos sobre gran número de personas: el criminal en cuestión cuyo nombre era Harmann intimaba con hombres jóvenes, a los que ante todo usaba para sus tendencias homosexuales, después les cortaba la cabeza, quemaba o hacía uso de las partes de su cuerpo en una forma u otra, e incluso vendía luego sus ropas. Otro caso muy horrible es el de un hombre que mató a varias personas, usando las partes de sus cuerpos para hacer salchichas. Las fantasías análogas de los niños que mencioné antes tenían en todos sus detalles las mismas características que estos crímenes. Las personas sobre las que se cometerían eran, por ejemplo, el padre y el hermano de un niño entre cuatro y cinco años, a los que estaba ligado por una fuerte fijación sexual. Después de haber expresado la deseada masturbación mutua y otros actos, cortó la cabeza de un muñeco, vendiendo el cuerpo a un carnicero imaginario, que a su vez debía venderlo como comida. Guardó para sí la cabeza, que quería comer él mismo, considerándola la porción más tentadora. Pero del mismo modo se apropió de las pertenencias de la víctima.

Entraré más de lleno en este caso especial, ya que creo que resultará más esclarecedor si doy detalles sobre un solo caso, antes que enumerar más ejemplos. Este niño, Peter, cuando llegó al análisis era un niño muy inhibido, extremadamente receloso, muy difícil de educar, enteramente incapaz de jugar; no podía hacer otra cosa con sus juguetes que romperlos. Su inhibición de juego, como su ansiedad, estaban estrechamente conectadas con sus fijaciones sádico-orales y sádico-anales. Como las fantasías son realmente el motor del juego, no podía jugar, porque debía mantener reprimidas sus crueles fantasías. Temeroso de lo que inconscientemente tenía deseos de hacer, esperaba siempre que le harían a él mismo las mismas cosas. Los deseos sádicos conectados con sus deseos hacia la madre lo llevaron a un apartamiento de ella y a relaciones bastante malas con ella. La libido estaba dirigida hacia el padre, pero como también le tenía mucho miedo, la única relación real que podía mantener era con su hermano pequeño. Naturalmente, ésta también era muy ambivalente. La forma en que este niño estaba siempre esperando un castigo puede mostrarse mejor con el siguiente ejemplo: jugaba una vez, representándose a él mismo y a su hermano por dos muñequitos, que estaban esperando que la madre los castigara por haberse portado mal; ella llega, los encuentra sucios, los castiga y se va. Los dos niños repiten nuevamente sus actos sucios, son castigados otra vez, etc. Por fin, el miedo al castigo se vuelve tan fuerte que los dos niños deciden matar a la madre, y él ejecuta a una muñeca. Entonces cortan y comen el cuerpo. Pero viene el padre en ayuda de la madre, y es también muerto en forma muy cruel, cortado y comido. Ahora los dos niños parecen muy felices. Pueden hacer lo que quieran. Pero luego

de muy poco tiempo aparece gran angustia, y parece que los padres muertos están vivos otra vez y retornan. Cuando empezó la angustia el niño había escondido los dos muñecos bajo el sofá, de modo que los padres no pudieran encontrarlos, y luego sucedió lo que el niño llamaba "volverse educado". El padre y la madre encuentran los dos muñecos, el padre le corta a él la cabeza, la madre se la corta al hermano, y también ellos son cocinados y comidos.

Pero es característico, y quiero subrayar este punto, que después de poco tiempo los actos malos son repetidos nuevamente, puede ser incluso en diferentes actuaciones, la agresión contra los padres comienza y los niños son castigados una y otra vez. El mecanismo que se expresa en este círculo, ocupará posteriormente nuestra atención.

Sólo diré unas pocas palabras sobre el resultado de este caso. Aunque el niño, cuando aún estaba en análisis, tuvo que soportar algunas experiencias difíciles, ya que los padres se divorciaron en esa época, y ambos se volvieron a casar en circunstancias apremiantes, su neurosis fue enteramente resuelta durante el análisis. Perdió su angustia e inhibición de juego y se convirtió en un buen alumno, socialmente bien adaptado y feliz.

Quizá surja la pregunta: ¿por qué, ya que el título de mi artículo promete tratar niños normales, he entrado con tanto detalle en un caso de un niño definitivamente neurótico obsesivo? Como he mencionado varias veces, el mismo material puede encontrarse también en niños normales. Un neurótico sólo muestra más claramente lo que se encuentra con menor intensidad también en niños normales. Este es un factor importante para la explicación del problema de cómo los mismos fundamentos psíquicos pueden llevar a resultados tan diferentes. En el caso del pequeño Peter, la intensidad de la fijación sádico-oral y sádico-anal era tan grande que todo su desarrollo estuvo dominado por ella. Ciertas experiencias fueron también un factor determinante en la producción de su neurosis obsesiva. El niño había cambiado en forma muy notable alrededor de los dos años. Los padres lo mencionan sin poder explicarlo. En esa época, el niño tuvo una gran recaída en el hábito de ensuciarse encima, interrumpió todo juego, empezó a romper sus juguetes y se tornó muy difícil de manejar.

El análisis reveló que en el verano en que apareció el cambio, el niño había compartido el dormitorio de los padres y presenciado su relación sexual. La impresión que recibió fue de un acto muy oral y muy sádico, y fortificó sus fijaciones. En esta época había alcanzado ya en cierta medida el estadio genital y bajo esta impresión hizo una regresión a los estadios pregenitales. De este modo todo su desarrollo sexual permaneció realmente bajo la dominación de estos estadios. El nacimiento de un hermanito, seis meses después, incrementó aun más sus conflictos y su neurosis. Pero hay aún otro factor, que es de la mayor importancia en el desarrollo de la neurosis obsesiva en general, y particularmente en este caso. Es el sentimiento de culpa en-

gendrado por el superyó. En Peter, ya en una edad muy temprana, funcionaba un superyó no menos sádico que sus propias tendencias. La intensidad de esta lucha, intolerable para el débil yo, condujo a una represión muy fuerte. También es importante otro factor: hay niños que pueden soportar muy poca angustia y sentimiento de culpa. Este niño sólo podía soportar muy poco; la lucha entre sus impulsos sádicos y su sádico superyó, amenazándolo con los mismos actos como castigo, era una carga terrible para él. En el inconsciente está en acción el precepto bíblico "ojo por ojo". Esto explica cómo es que encontramos en los niños ideas tan fantásticas de *lo que los padres podrían hacerles a ellos*: matarlos, cocinarlos, castrarlos, etcétera.

Como sabemos, los padres son la fuente del superyó en la medida en que sus órdenes, prohibiciones, etc., son absorbidas por el niño mismo. Pero este superyó no es idéntico a los padres, está formado en parte por las propias fantasías sádicas del niño. Pero esas fuertes represiones sólo estabilizan la lucha, sin poder llevarla a su término. Además, al impedir que aparezcan las fantasías, la represión hace que el niño no pueda abreaccionar estas fantasías en el juego, y usarlas de otras formas para la sublimación, de modo que todo el peso de estas fijaciones queda en un círculo sin fin. Sigue siendo un círculo, porque la represión, como he mencionado, no pone fin a este proceso. El sentimiento de culpa, también reprimido, no es menos pesado; de este modo el niño repite una y otra vez una variedad de actos, expresando sus deseos de ser castigado. Este deseo de castigo, que es un factor determinante cuando el niño repite constantemente actos de mala conducta, encuentra una analogía en las repetidas malas acciones del criminal, como indicaré posteriormente en este artículo. Os recordaré lo que hizo el pequeño Peter en el juego en que representó a él mismo y a su hermanito como muñecos: se portaron mal y fueron castigados, mataron a sus padres y los padres los mataron a ellos, y luego empezó todo otra vez. Vemos aquí una repetición compulsiva derivada de diversas causas, pero muy influida por el sentimiento de culpa que exige castigo. Aquí podemos ver ya algunas diferencias entre el niño normal y el neurótico: la intensidad de las fijaciones, la forma y época en que estas fijaciones se conectan con experiencias, el grado de severidad y tipo de desarrollo del superyó, que depende a su vez de causas internas y externas, y además, la capacidad del niño para soportar angustia y conflictos, son algunos de los factores más importantes que determinan el desarrollo normal o neurótico.

El niño normal, al igual que el anormal, usa la represión para manejar los conflictos, pero como éstos son menos intensos el círculo íntegro será menos fuerte. Hay también otros mecanismos que usan tanto el niño normal como el neurótico, y una vez más sólo una cuestión de grado determinará el resultado: uno de ellos es la huida de la realidad. Mucho más de lo que parecería superficialmente, el

niño se resiente por lo displacentero de la realidad y trata de *adaptarla a sus fantasías*, y no *sus fantasías a la realidad*. Aquí tenemos la respuesta a lo que planteé en un punto: cómo es posible que el niño no muestre externamente su sufrimiento interno. Vemos a menudo que un niño se consuela pronto, después de haber llorado amargamente, lo vemos a veces disfrutar de las bromas más insignificantes y sacamos la conclusión de que es feliz. Puede hacer esto porque tiene un refugio más o menos negado a los adultos: la huida de la realidad. Los que están familiarizados con la vida lúdica de los niños saben que esta vida lúdica se refiere enteramente a la vida instintiva y deseos del niño, representándolos y realizándolos a través de sus fantasías. De la realidad, a la que está más o menos bien adaptado, el niño extrae sólo lo absolutamente esencial. Por consiguiente, vemos que gran número de dificultades surgen en periodos de la vida del niño en que las exigencias de la realidad se tornan más urgentes, como por ejemplo, cuando empieza la escuela.

He mencionado ya que este mecanismo, la huida de la realidad, se encuentra en acción en todo tipo de desarrollo, pero la diferencia es principalmente una cuestión de grado. Cuando actúan algunos de los factores que he mencionado como determinantes del desarrollo de la neurosis obsesiva, además de otros especiales, vemos esta huida de la realidad desarrollada en gran medida, y preparando la base para la psicosis. Podemos percibir a veces estos factores en un niño que superficialmente da impresión de ser bastante normal, y que a menudo no muestra más que una intensa vida de fantasía y capacidad de jugar. El mecanismo de escapar a la realidad y recaer en la fantasía está conectado con otra forma muy común de reacción en el niño: su capacidad para consolarse constantemente de la frustración de sus deseos, probándose a sí mismo otra vez a través de su juego y de su imaginación que todo está bien y seguirá estando bien. Esta actitud del niño da fácilmente a los adultos la impresión de que es mucho más feliz de lo que en realidad es.

Volvamos al pequeño Gerald. Su alegría y vivacidad tenían en parte el propósito de ocultar su angustia e infelicidad ante sí mismo y los otros. Esto cambió mucho a través del análisis, que lo ayudó a desembarazarse de la angustia y a sustituir este contento en parte superficial por otro mucho mejor fundado. Es en este aspecto que el análisis de los niños normales encuentra su mayor oportunidad. No hay *ningún* niño sin dificultades, miedos y sentimientos de culpa, e incluso cuando éstos parecen de poca importancia, causan mucho más sufrimiento de lo que parece; y son además las primeras indicaciones de perturbaciones mucho mayores en la vida posterior.

Mencioné en el caso de Peter que el sentimiento de culpa juega un gran papel en la compulsión a repetir una y otra vez actos prohibidos, aunque con el tiempo estos actos adquieran un carácter muy distinto. Por lo general se puede considerar que en todo así llamado niño "malo o travieso" también está en acción el deseo de castigo.

Quisiera citar a Nietzsche y lo que llamó su "pálido criminal"; él sabía mucho sobre el criminal manejado por su sentimiento de culpa. Aquí llegamos a la parte más difícil de mi artículo: el problema de qué desarrollo deben sufrir estas fijaciones para constituir un criminal. Este punto es difícil de contestar, por la razón de que el psicoanálisis no se ha ocupado mucho aún de este problema especial. Desafortunadamente yo no tengo mucha experiencia con la que pueda relacionar este interesante e importante campo de trabajo. Pero algunos casos que se aproximaron algo al tipo criminal me han dado cierta idea de la forma en que resulta este desarrollo. Citaré un caso que me parece muy instructivo. Me fue enviado al análisis un niño de doce años al que iban a enviar a un reformatorio. Sus actos delictivos eran irrumpir en el armario de la escuela y en general tendencia a robar, pero principalmente romper cosas, y ataques sexuales a niñas pequeñas. La única forma de relación que tenía con la gente era de destrucción; sus amistades con varones también tenían principalmente este propósito. No tenía intereses especiales e incluso parecía indiferente a castigos y recompensas. La inteligencia de este niño estaba muy por debajo de lo normal, pero esto no resultó un obstáculo para el análisis, que se desarrolló muy bien, y que pareció prometer buenos resultados. Luego de pocas semanas me informaron que el niño empezó a cambiar favorablemente. Por desgracia tuve que hacer una larga interrupción por razones personales, luego de transcurridos dos meses de análisis. En esos dos meses el niño debía venir tres veces por semana, pero lo vi sólo catorce veces, porque su madre adoptiva hacía lo posible por impedir que viniera. Durante este análisis tan perturbado, el niño, sin embargo, no cometió ningún acto delictivo, pero los empezó otra vez durante la interrupción, por lo que fue enviado de inmediato a un reformatorio, y a mi regreso fracasaron todos mis intentos para que volviera al análisis. Basado en toda la situación, no tengo la menor duda de que se ha iniciado en el camino de una carrera criminal.

Daré ahora un breve resumen de las causas de su desarrollo en lo que pude deducirlas de su análisis. El niño creció en las circunstancias más desoladoras. La hermana mayor lo había forzado, a él y a su hermano menor, a realizar actos sexuales a edad muy temprana. El padre murió durante la guerra, la madre se enfermó, la hermana dominaba a toda la familia, en general toda la situación era lamentable. Cuando la madre murió fue cuidado por diversas madres adoptivas y fue de mal en peor. Odiaba a su hermana, que representaba para él los principios del mal, a causa de su relación sexual, pero también porque lo maltrataba, era mala para con la madre moribunda, etc. Además, por otra parte estaba ligado a esta hermana por una fijación dominante que aparentemente se basaba sólo en odio y angustia. Pero había también causas más profundas para sus actos delictivos. A lo largo de su infancia este niño había compartido el dormitorio de sus padres y extraído una impresión muy sádica de sus

relaciones sexuales. Su deseo de coito tanto con su padre como con su madre quedó bajo la dominación de sus fijaciones sádicas, y estaba conectado con gran angustia. La violencia de su hermana en estas circunstancias tomó en su inconsciente el lugar de su violento padre, y alternativamente, de su madre. En ambos casos era castración y castigo lo que debía esperar, y nuevamente el castigo correspondía a su propio superyó muy sádico y primitivo. Era evidente que repetía en las niñas los ataques en que él mismo era ahora el agresor. Su irrumpir en los armarios y sacar cosas, como sus propias tendencias destructivas, tenían las mismas causas inconscientes y significado simbólico que sus ataques sexuales. Este niño, sintiéndose abrumado y castrado, tenía que invertir la situación probándose que podía ser el *agresor* mismo. Una causa importante de estas tendencias destructivas era probarse una y otra vez que *aún era un hombre*, además de descargar su odio hacia su hermana en otros objetos.

Sin embargo, era no menos su sentimiento de culpa el que lo conducía a repetir una y otra vez actos que debían ser castigados por una madre o un padre cruel, o por ambos. Su aparente indiferencia al castigo, su aparente falta de miedo eran completamente engañosas. El niño estaba abrumado por miedo y sentimientos de culpa. Surge ahora la cuestión de si este desarrollo difería del niño neurótico que describí antes. Sólo puedo presentar algunas sugerencias. Puede ser que a través de sus experiencias con su hermana este superyó muy cruel y primitivo haya quedado fijado por una parte en el estadio del desarrollo que había alcanzado entonces; por otra parte, estaba ligado a esta experiencia y enfrentándola siempre. Así este niño estaba inevitablemente más abrumado por la angustia que el pequeño Peter. Conectado con esto, una represión aun más fuerte cerró todas las vías de descarga para las fantasías y la sublimación, de modo que no quedaba otro camino que repetir el deseo y el miedo continuamente *en los mismos actos*. Comparado con el niño neurótico, él había tenido realmente la experiencia de un superyó abrumador, que el otro niño sólo había desarrollado por causas internas. Así pasó también con su odio, el que a consecuencia de su experiencia *real*, encontró expresión en sus actos destructivos.

Mencioné que en este caso, como probablemente en otros del mismo tipo, la represión muy fuerte y temprana, al impedir las fantasías, lo despojó de la posibilidad de elaborar sus fijaciones a través de otras formas, o sea, de sublimarlas. En sublimaciones del más diverso tipo encontraremos que también representan un papel las fijaciones agresivas y sádicas. Quisiera indicar sólo un medio por el que, incluso físicamente, puede ser elaborado mucho sadismo y agresión: el deporte. Así, los ataques al objeto odiado pueden hacerse de un modo socialmente permisible; al mismo tiempo sirve como sobrecompensación de la angustia, ya que prueba al individuo que no sucumbirá al agresor.

En el caso del pequeño criminal era muy interesante ver, cuando

la represión fue debilitada por el análisis, que apareció la sublimación. El niño, que no tenía más que un interés destructivo en romper y estropear cosas, mostró un interés enteramente nuevo en la construcción de ascensores y en toda forma de trabajo de cerrajero. Puede suponerse que éste hubiera sido un buen camino para sublimar sus tendencias agresivas, y así el análisis podía haberlo convertido en un buen cerrajero, en vez de convertirse en un criminal, que es lo que puede esperarse ahora.

Me parece que una causa principal de la desviación del desarrollo de este niño con respecto al de un niño neurótico yace en la gran angustia provocada por la experiencia traumática con su hermana. Veo los efectos de esta gran angustia en diferentes direcciones. Un mayor temor causó una mayor represión en un estadio en el que aún no estaba abierto el camino para la sublimación, de modo que no quedara ninguna otra descarga o posibilidad de elaboración. Además, el mayor temor incrementó la crueldad del superyó, y por esa experiencia lo fijó en ese punto.

Hay aún otro efecto de esta mayor angustia que quisiera sugerir, pero para explicarlo debo hacer una pequeña digestión. Cuando mencioné las diferentes posibilidades del desarrollo, cité al normal, al neurótico obsesivo, al psicótico, y traté de acercarme al criminal. No hablé del perverso.

Sabemos que Freud llamaba a la neurosis el negativo de las perversiones. Un agregado importante a la psicología de las perversiones fue hecho por Sachs, que llegó a la conclusión de que el perverso no se permite simplemente a sí mismo, por falta de conciencia, lo que el neurótico reprime a consecuencia de sus inhibiciones. Encontró que la conciencia del perverso no es menos estricta, sino que sólo actúa en forma distinta. Permite que sean retenidas sólo una parte de las tendencias prohibidas, para escapar a otras partes que parecen al superyó aun más objetables. Lo que rechaza son deseos pertenecientes al complejo de Edipo, y la aparente ausencia de inhibición del perverso es sólo el efecto de un superyó no menos estricto, pero que actúa en forma distinta.

Llegué a una conclusión análoga sobre el criminal hace algunos años en el informe mencionado al principio de mi artículo, en el que di detalles de la analogía entre los actos criminales y las fantasías infantiles.

En el caso del niño que he descrito y en otros casos no tan pronunciados pero instructivos, encontré que la disposición criminal no se debía a un superyó menos severo sino a un superyó que actúa en otra dirección. Son justamente la angustia y el sentimiento de culpa los que conducen al criminal a sus actos delictivos. Al cometerlos también en parte trata de escapar a la situación edípica. En el caso de mi pequeño criminal el irrumpir en armarios, los ataques a niñas pequeñas, eran sustituciones de ataques a su madre.

Naturalmente, estas ideas necesitan ser examinadas y elaboradas

más. En mi opinión, todo parece apuntar a la conclusión de que no es la falta de superyó sino un desarrollo diferente del superyó —probablemente la fijación del superyó en un estadio muy temprano— lo que resultará el factor principal.

Si estas suposiciones resultan ciertas, se abren perspectivas prácticas de gran importancia. Si no es una deficiencia del superyó y la conciencia, sino un desarrollo distinto de éstos lo que causa el desarrollo criminal, el análisis debería ser capaz de modificarlos y también hacer desaparecer las cosas. Del mismo modo que en las perversiones y las psicosis, puede ser imposible encontrar formas de acercarse a los criminales adultos. Pero en lo que respecta a análisis en la infancia la situación es diferente. Un niño no necesita motivos especiales para el análisis, es una cuestión de medidas técnicas establecer la transferencia y mantener en marcha el análisis. *No creo en la existencia de un niño en el que sea imposible obtener esta transferencia, o en el que no pueda despertarse la capacidad de amar.* En el caso de mi pequeño criminal, estaba aparentemente despojado por completo de toda capacidad de amar, pero el análisis demostró que esto no era así. Tuvo buena transferencia conmigo, lo bastante buena como para hacer posible el análisis, aunque no tenía motivos para él, ya que incluso no mostraba especial aversión por ser enviado a un reformatorio. Además, el análisis demostró que este niño insensible tenía profundo y sincero amor por su madre. Esta murió en circunstancias terribles, de cáncer, lo que en el último estadio de su enfermedad la llevó a una decadencia completa. La hija no quería acercarse a ella, y era él quien la cuidaba. Cuando ella yacía muerta, la familia estaba por marcharse. No pudo ser encontrado durante un buen rato: se había encerrado en la habitación junto a su madre muerta.

Puede objetarse que en la infancia las tendencias aún no están claramente definidas, de modo que a menudo no podemos reconocer cuándo un niño está en camino de convertirse en criminal. Esto es sin duda cierto, pero es precisamente esta afirmación la que me conduce a mis observaciones finales. Sin duda que no es fácil saber a qué resultados conducirán las tendencias de un niño, si al normal, al neurótico, al psicótico, al perverso o al criminal. Pero precisamente porque no sabemos, debemos tratar de saber. El psicoanálisis nos da los medios para esto. Y hace aun más: no sólo puede establecer el desarrollo futuro del niño, sino que también puede cambiarlo, y encauzarlo hacia mejores caminos.

9. ESTADIOS TEMPRANOS DEL CONFLICTO EDIPICO

(1928)

En mis análisis de niños, especialmente entre tres y seis años, he obtenido una serie de conclusiones que resumiré a continuación.

Frecuentemente me he referido a que el conflicto de Edipo comienza a actuar más temprano que lo que generalmente se supone. En mi trabajo "Los principios psicológicos del análisis infantil", expongo este tema con más detalles. Allí llegué a la conclusión de que las tendencias edípicas son liberadas a consecuencia de la frustración que el niño experimenta con el destete, y que hacen su aparición al final del primer año de vida y principios del segundo; son reforzados por las frustraciones anales sufridas durante el aprendizaje de hábitos higiénicos. La siguiente influencia determinante en los procesos mentales es la diferencia anatómica entre los sexos.

El niño, al sentirse impelido a abandonar la posición oral y anal por la genital, pasa a los fines de *penetración* asociados con la posesión del pene. Así cambia, no sólo su posición libidinal, sino también su *fin*, y esto le permite retener su primitivo objeto de amor. *En la niña*, por otro lado, su fin *receptivo* es trasladado de la posición oral a la genital; así, cambia su posición libidinal, pero retiene su fin, que ya la había conducido a un desengaño en relación con la madre. En esta forma, se origina en la niña la receptividad para el pene y se dirige entonces al padre como objeto de amor.

Pero el comienzo mismo de los deseos edípicos se conecta ya con incipiente miedo a la castración y sentimientos de culpa.

El análisis de adultos, lo mismo que el de niños, nos ha familiarizado con el hecho de que los impulsos instintivos pregenitales se acompañan de sentimientos de culpa. En un principio se pensaba que los sentimientos de culpa aparecían después, y desplazados a estas

tendencias, aunque no conectados originalmente con ellas. Ferenczi supone que, conectado con los impulsos uretrales y anales, hay una "especie de precursor fisiológico del superyó" que él llama "moral esfinteriana". Según Abraham, la angustia hace su aparición en el estadio canibalístico, mientras que el sentimiento de culpa surge en la subsiguiente primera fase anal sádica.

Mis descubrimientos van más allá. Muestran que el sentimiento de culpa asociado con las fijaciones pregenitales es ya efecto directo del conflicto edípico. Y esto parece explicar satisfactoriamente la génesis de tales sentimientos, pues sabemos que el sentimiento de culpa es en realidad un resultado de la introyección (ya realizada, o agregaría, realizándose) de los objetos de amor edípicos, es decir, el sentimiento de culpa es el producto de la formación del superyó.

El análisis de niños pequeños revela que la estructura del superyó se origina en identificaciones que datan de diferentes periodos y estratos de la vida mental. Estas identificaciones son sorpresivamente contradictorias en su naturaleza; excesiva bondad y excesiva severidad coexisten juntas. Encontramos en ellas también una explicación de la severidad del superyó, que se manifiesta especialmente en análisis infantiles. Parece incomprensible que un niño, de por ejemplo cuatro años, albergue por ejemplo en su mente una imagen irreal y fantástica de padres que devoran, cortan y muerden. Pero es claro por qué en un niño de alrededor de *un año*, la ansiedad causada por el comienzo del conflicto edípico toma la forma de un temor a ser devorado y destruido. El niño mismo desea destruir su objeto libidinal mordiénolo, devorándolo y cortándolo, lo que le provoca angustia, ya que el despertar de las tendencias edípicas es seguido por la introyección del objeto, el que se transforma entonces en alguien de quien se debe esperar un castigo. El niño en consecuencia teme ahora un castigo que corresponda a su ataque; el superyó se transforma en algo que muerde, devora y corta.

La conexión entre la formación del superyó y las fases pregenitales del desarrollo es muy importante desde dos puntos de vista. Por un lado el sentimiento de culpa se vincula con las fases oral-sádica y anal-sádica aún predominantes, y por otro lado el superyó aparece cuando predominan estas fases, lo que explica su sádica severidad.

Estas conclusiones abren nuevas perspectivas. Solamente por una fuerte represión puede el yo, aún muy débil, defenderse de un superyó tan amenazador. Ya que al principio las tendencias edípicas se expresan principalmente bajo la forma de impulsos orales y anales, qué fijaciones predominarán en el desarrollo de la situación edípica estará sobre todo determinado por el grado de represión que tiene lugar en estos estadios tempranos.

Otra razón de que sea tan importante la conexión directa entre la fase pregenital del desarrollo y el sentimiento de culpa, es que las frustraciones orales y anales son el prototipo de toda frustración posterior en la vida; se sienten al mismo tiempo como un *castigo* y

por lo tanto producen ansiedad. Estas circunstancias hacen que la frustración sea sentida más agudamente y esa amargura contribuye sobremanera a hacer más penosas todas las frustraciones ulteriores.

Encontramos que se derivan importantes consecuencias de estar el yo tan poco desarrollado cuando es asediado por la aparición de las tendencias edípicas y la incipiente curiosidad sexual asociada a ellas. El niño aún no desarrollado intelectualmente es invadido por problemas e interrogantes. Uno de los más amargos motivos de queja que hemos encontrado en el inconsciente es que esta cantidad abrumadora de interrogantes, que son aparentemente sólo en parte conscientes, y aun cuando son conscientes, no pueden ser expresados en palabras, permanecen sin contestación. Otro reproche que sigue muy de cerca a éste es que el niño no podía comprender las palabras. De este modo sus primeros interrogantes remontan más allá de los comienzos de su comprensión del lenguaje.

En el análisis estos dos motivos de queja hacen surgir un extraordinario monto de odio. Solos o juntos son la causa de numerosas inhibiciones del impulso epistemofílico, por ejemplo, la incapacidad para aprender lenguas extranjeras, y más tarde el odio hacia los que hablan una lengua distinta. Son también responsables de trastornos del habla, etc. La curiosidad que se muestra abiertamente más tarde, sobre todo en el cuarto o quinto año de vida, no es el principio, sino la culminación y terminación de esta fase del desarrollo que también he encontrado en el conflicto edípico en general.

El temprano sentimiento de *no saber*, tiene múltiples conexiones: se une al sentimiento de ser incapaz, impotente, el que pronto resulta de la situación edípica. El niño también siente esta frustración en forma más aguda porque *no sabe nada* definido sobre procesos sexuales. En ambos sexos el complejo de castración es acentuado por este sentimiento de ignorancia.

La temprana conexión entre el impulso epistemofílico y el sadismo es muy importante para todo el desarrollo mental. Este instinto, activado por el surgimiento de las tendencias edípicas, está al principio principalmente en relación con el cuerpo de la madre, al que se supone escenario de todos los procesos y desarrollos sexuales. El niño está aún dominado por la posición sádico-anal de la libido, la que le impulsa a desear *apropiarse* de los contenidos del cuerpo. De este modo comienza a tener curiosidad, por lo que contiene, cómo es, etc. De esta manera el instinto epistemofílico y el deseo de tomar posesión llegan pronto a estar íntimamente conectados el uno con el otro, y al mismo tiempo con el sentimiento de culpa provocado por el incipiente conflicto edípico. Esta significativa conexión anuncia en *ambos sexos* una fase de desarrollo de vital importancia, y que no ha sido hasta aquí suficientemente valorizada. Consiste en una identificación muy precoz con la madre.

El curso seguido por esta fase "femenina" debe ser examinado separadamente en niños y niñas, pero antes de hacerlo trataré de de-

mostrar su conexión con la fase previa que es común a ambos sexos.

En el temprano estadio sádico-anal el niño pasa su segundo trauma grave, que refuerza su tendencia a alejarse de la madre. Ella ha frustrado sus deseos orales y ahora interfiere también en sus placeres anales. Parecería que en este momento las frustraciones anales hacen que las tendencias anales se unan a las tendencias sádicas. El niño desea tomar posesión de las heces de la madre, penetrando en su cuerpo, cortándolo en pedazos, devorándolo y destruyéndolo. Bajo la influencia de sus impulsos genitales el niño comienza a dirigirse a su madre como un objeto de amor. Pero sus impulsos sádicos están en plena actividad, y el odio, originado en las más tempranas frustraciones, se opone fuertemente a su amor objetal del nivel genital. Un obstáculo aun mayor a su amor es el temor de ser castrado por el padre, el que surge con los impulsos edípicos. El grado que alcance la posición genital dependerá en parte de su capacidad de tolerar esta ansiedad. En esto la intensidad de las fijaciones oral-sádicas y anal-sádicas es un factor importante. Condicionan el monto de odio que el niño siente hacia su madre y esto, a su vez, le impide en mayor o menor grado alcanzar una relación positiva con ella. Las fijaciones sádicas ejercen también una influencia decisiva en la formación del superyó, que aparece mientras esta fase está en pleno predominio. Cuanto más cruel es el superyó, más terrorífico aparecerá el padre castrador, y el niño, en su huida de los impulsos genitales, se aferrará tenazmente a los niveles sádicos, niveles que en última instancia también colorean sus tendencias edípicas.

En estos estadios tempranos, todas las posiciones del desarrollo edípico son catectizadas en rápida sucesión. Esto, sin embargo, no se nota, porque el cuadro está dominado por los impulsos pregenitales. Además no se puede trazar una línea rígida entre la actitud activa heterosexual, que se expresa en el nivel anal, y el posterior estadio de identificación con la madre. Hemos llegado ahora a la fase de desarrollo de la que ya hablé, denominándola fase femenina. Tiene sus bases en el nivel sádico-anal y da a este nivel un nuevo contenido ya que las heces son ahora equiparadas con el hijo anhelado, y ahora el deseo de robar a la madre se dirige tanto al niño como a las heces. Aquí debemos distinguir dos fines, que se combinan entre sí; uno surge del deseo de tener hijos, y la intención es apropiarse de ellos; mientras que el otro está motivado por los celos de los futuros hermanos y hermanas, cuya aparición se espera y por el deseo de destruirlos dentro de la madre (un tercer objeto de las tendencias sádico-orales del niño, dentro de la madre, es el pene del padre).

Lo mismo que en el complejo de castración de las niñas, también en el complejo femenino del varón hay en el fondo el deseo frustrado de un órgano especial. *Las tendencias a robar y destruir están en relación con los órganos* de la concepción, embarazo y parto, que el niño piensa existen en la madre y además con la vagina y los pechos, fuente de la leche, que son codiciados como órganos de receptividad

y abundancia desde la época en que la fase libidinal es puramente oral.

El niño teme el castigo por haber destruido el cuerpo de la madre, pero además de esto su temor es de naturaleza más general, y aquí tenemos una analogía con la ansiedad asociada con los deseos de castración de la niña. El teme que su cuerpo sea mutilado y desmembrado y este temor también significa castración: aquí tenemos una contribución directa al complejo de castración. En este temprano período de desarrollo la madre que saca las heces del niño también significa una madre que lo desmembra y lo castra. No solamente por medio de las frustraciones anales que ella inflige prepara el terreno para el complejo de castración; en términos de realidad psíquica ella ya *es la castradora*.

Este temor a la madre es tan abrumador porque está unido a él un intenso temor a ser castrado por el padre. Las tendencias destructivas cuyo objeto es el vientre están también dirigidas con toda su intensidad sádica oral y anal contra el pene del padre, que se supone situado allí. Es en este pene donde se centra en esta fase el temor a la castración por el padre. De este modo la fase femenina está caracterizada por ansiedad en relación con el vientre de la madre y el pene del padre, ansiedad que somete al niño a la tiranía de un superyó que devora, desmembra y castra, y que está formado por la imagen del padre y de la madre.

La incipiente posición genital está, de este modo, desde el principio entrelazada y mezclada con las múltiples tendencias pregenitales. Cuanto mayor es la preponderancia de las fijaciones sádicas, tanto más la identificación del niño con su madre se corresponde con una actitud de rivalidad hacia la mujer, con su mezcla de envidia y odio, porque de acuerdo con sus deseos de tener un hijo, se siente en desventaja e inferioridad con respecto a la madre.

Consideremos ahora por qué el complejo femenino de los hombres aparece mucho más oscuro que el complejo de castración de las mujeres, que es de igual importancia. La mezcla del deseo de tener un niño con el impulso epistemofílico permite al varón efectuar un desplazamiento al plano intelectual; su sentimiento de estar en desventaja queda entonces disimulado y sobrecompensado por la superioridad que él extrae de poseer el pene, reconocida también por las niñas. Esta exageración de la posición masculina conduce a excesivas manifestaciones de masculinidad. En un trabajo ("Die Wurzel des Wissensbegierde") Mary Chadwick ha referido también la sobreestimación narcisista del pene por el hombre, y su actitud de rivalidad intelectual hacia las mujeres a la frustración de su deseo de tener un hijo, y el desplazamiento de este deseo al plano intelectual.

La tendencia de los niños a expresar excesiva agresión, que aparece muy frecuentemente, tiene sus fuentes en el complejo femenino. Se acompaña con una actitud de desprecio y "suficiencia" y es sumamente asocial y sádica; está determinada en parte por el intento de

encubrir la ansiedad y la ignorancia subyacente. En parte coincide con la protesta del niño (originada en su temor a la castración) contra el rol femenino, pero está también enraizada en su temor a la madre, a la que quería robar el pene del padre, sus hijos y sus órganos sexuales femeninos. Esta excesiva agresión se une al placer de atacar que proviene de la situación edípica, directa, genital, pero representa la parte de la situación que es el mayor factor asocial en la formación del carácter. Esto explica por qué la rivalidad del hombre con las mujeres será mucho más asocial que su rivalidad con los mismos hombres, que está ampliamente incitada por la posición genital. Por supuesto que el monto de fijaciones sádicas también determinará las relaciones de un hombre con otros hombres, cuando éstos son rivales. Si por el contrario, la identificación con la madre está basada en una posición genital más fuertemente establecida, por un lado su relación con las mujeres será de carácter positivo y por el otro el deseo de tener un niño y el componente femenino, que juega un papel tan esencial en el trabajo de los hombres, encontrará oportunidades más favorables para la sublimación.

En ambos sexos una de las principales raíces de las inhibiciones en el trabajo es la ansiedad y el sentimiento de culpa, asociados con la fase femenina. La experiencia me enseñó, sin embargo, que un análisis profundo de esta fase es, por otras razones también, importante desde un punto de vista terapéutico, y debería poder ayudar en algunos casos obsesivos que parecen haber llegado a un punto donde nada más puede ser resuelto.

En el desarrollo del niño, la fase femenina es seguida por una prolongada lucha entre la posición pregenital y genital de la libido. Esta lucha, que está en su apogeo entre los tres y cinco años, es claramente reconocible como el conflicto edípico. La ansiedad asociada con la fase femenina conduce al niño a la identificación con el padre, pero este estímulo de por sí no suministra una firme base para la posición genital, ya que lleva principalmente a la represión y sobrecompensación de los instintos anal-sádicos, y no a superarlos. El temor a la castración por el padre refuerza la fijación a nivel sádico-anal. El grado de genitalidad constitucional juega también una parte importante con respecto a un resultado favorable, o sea, el logro del nivel genital. A menudo el resultado de la lucha permanece indeciso y esto da lugar a la aparición de trastornos neuróticos y perturbaciones de la potencia¹. Así lograr una potencia completa y alcanzar la posición genital, dependerán en parte de la resolución favorable de la fase femenina.

Enfocaré ahora el desarrollo de las niñas. A consecuencia del proceso de destete la niña se ha alejado de la madre, siendo impelida más fuertemente a hacerlo por las frustraciones anales que ha sufrido.

¹ W. Reich: *La función del orgasmo*.

do. Las tendencias genitales comienzan ahora a influir en su desarrollo mental.

Estoy completamente de acuerdo con Helene Deutsch, quien sostiene que el desarrollo genital de la mujer se completa con el afortunado desplazamiento de la libido oral a la genital. Sólo que mis conclusiones me llevaron a creer que este desplazamiento comienza con las primeras manifestaciones de los impulsos genitales y que el fin oral, receptivo, de los genitales, ejerce una influencia determinante para que la *niña se vuelva hacia el padre*. Además he llegado a la conclusión de que en cuanto los impulsos edípicos hacen su aparición no sólo surge un reconocimiento inconsciente de la vagina, sino también sensaciones en ese órgano y en el resto del aparato genital. En las niñas, sin embargo, la masturbación no proporciona una descarga tan adecuada para esos montos de excitación como proporciona en los niños. De ahí que la acumulada falta de gratificaciones proporciona otro motivo para que existan más complicaciones y disturbios en el desarrollo sexual femenino. La dificultad de obtener completa gratificación por la masturbación puede ser otra causa, además de las indicadas por Freud, del repudio del onanismo por la niña, y esto puede explicar en parte por qué, durante su lucha para abandonarla, la masturbación manual es generalmente reemplazada por apretar ambos muslos uno contra otro.

Además de la cualidad receptiva del órgano genital, movilizada por el intenso deseo de una nueva fuente de gratificación, la envidia y odio a la madre poseedora del pene del padre parece ser, en el período en que surgen estos primeros impulsos edípicos, un motivo más para que la niña se vuelva hacia el padre. Sus caricias tienen ahora el efecto de una seducción y se las ve como "la atracción del sexo opuesto"².

La identificación de la niña con la madre resulta directamente de los impulsos edípicos: toda la lucha provocada en el niño por su angustia de castración no existe en ella. En las niñas, tanto como en los niños, esta identificación coincide con las tendencias anal-sádicas de robar y destruir a la madre. Si la identificación con la madre tiene lugar predominantemente en un estadio en que las tendencias oral-sádicas y anal-sádicas son todavía muy fuertes, el miedo a un super-yó materno primitivo conducirá a la represión y fijación a esta fase e interferirá con el futuro desarrollo genital. El temor hacia la madre también impulsa a la niña a renunciar a la identificación con ella, y comienza entonces la identificación con el padre.

El impulso epistemofílico de la niña es despertado primero por el complejo edípico; el resultado es que ella descubre su falta de pene. Siente esta carencia como una nueva causa de odio hacia la madre,

² Nos encontramos regularmente con el reproche inconsciente de que la madre ha seducido al niño mientras lo atendía. Este reproche retrocede al período en que afloran los deseos genitales y despiertan las tendencias edípicas.

pero al mismo tiempo su sentimiento de culpa le hace verla como castigo. Esto agudiza su frustración, y a su vez ejerce una profunda influencia en todo su complejo de castración.

Este temprano pesar por la carencia de pene después se magnifica mucho, cuando la fase fálica y el complejo de castración están totalmente activos. Freud ha establecido que el descubrimiento de la falta de pene motiva el alejamiento de la madre y el acercamiento al padre. Mis observaciones muestran, sin embargo, que este descubrimiento sólo actúa como un reforzamiento en este sentido: se hace en un estadio muy temprano del conflicto edípico, y la envidia del pene sigue al deseo de tener un niño, que reemplaza nuevamente la envidia del pene en el desarrollo posterior. Yo veo la privación del pecho como la más fundamental causa del acercamiento al padre.

La identificación con el padre está menos cargada de ansiedad que la identificación con la madre; además el sentimiento de culpa hacia ella impulsa a sobrecompensarla con una nueva relación amorosa con ella. En contra de esta nueva relación amorosa con ella actúa el complejo de castración que dificulta una actitud masculina, y también el odio hacia ella que proviene de situaciones más tempranas. El odio y la rivalidad con la madre, sin embargo, la llevan nuevamente a abandonar la identificación con el padre y acercarse a él como objeto para amar y ser amada.

La relación de la niña con la madre lleva a que la relación con el padre sea a la vez positiva y negativa. La frustración que le produce el padre tiene como base más profunda el desengaño ya sufrido en relación con la madre; un poderoso motivo del deseo de poseerlo, surge del odio y de la envidia contra la madre. Si las fijaciones sádicas permanecen predominantes, este odio y su sobrecompensación afectará también esencialmente la relación de la mujer con los hombres. Por otra parte, si hay una relación más positiva con la madre, construida sobre la posición genital, no solamente estará la mujer más libre de sentimiento de culpa en relación con sus hijos, sino que su amor por su esposo será fuertemente reforzado, ya que para la mujer él siempre ocupa el lugar de la madre quien da lo que es deseado y ocupa también el lugar del hijo amado. Sobre estos importantes cimientos es construida la parte de la relación que está conectada exclusivamente con el padre. Al principio se centra en la acción del pene en el coito. Este acto, que también promete gratificación de los deseos que están ahora desplazados hacia lo genital, parece a la niñita el logro más completo.

Su admiración es sacudida por la frustración edípica pero a menos que se convierta en odio, constituye una de las características fundamentales de la relación de la mujer con el hombre. Más tarde, cuando obtiene completa gratificación de los impulsos amorosos, se une a esta admiración la inmensa gratitud que se deriva de la larga frustración. Esa gratitud halla su expresión en la mayor capacidad

femenina para una completa y duradera sumisión a un solo objeto amado, especialmente "para el primer amor".

Una causa por la que el desarrollo de la niña está en desventaja es la siguiente: mientras el varón *posee* en realidad el pene, con respecto al cual entra en rivalidad con el padre, la niña pequeña sólo tiene el deseo *insatisfecho* de maternidad, y de éste sólo tiene un reconocimiento confuso e incierto, aunque muy intenso. No es sólo esta incertidumbre lo que perturba su esperanza de una futura maternidad. Esta esperanza está mucho más debilitada por la ansiedad y el sentimiento de culpa, y esto puede perjudicar seria y permanentemente la capacidad materna de una mujer. A causa de las tendencias destructivas que en una época dirigió contra el cuerpo de la madre o ciertos órganos del mismo, y contra los niños en el vientre, la niña espera la retribución en forma de destrucción de su propia capacidad de maternidad o de los órganos relacionados con su función y de sus propios hijos. Esto es también una de las raíces de la constante preocupación de las mujeres (a menudo tan excesiva) por su belleza personal, pues temen que ésta también sea destruida por la madre. En el fondo del impulso a embellecerse y adornarse existe siempre la idea de *reparar* la belleza dañada, y esto se origina en la ansiedad y el sentimiento de culpa.³

Es probable que este profundo temor a la destrucción de los órganos internos pueda ser la causa psíquica de la mayor susceptibilidad de las mujeres, comparada con la de los hombres, para la histeria de conversión y las enfermedades orgánicas.

Esta ansiedad y sentimiento de culpa son la causa principal de la represión de los sentimientos de orgullo y alegría por el rol femenino, que generalmente son muy fuertes. Esta represión trae como consecuencia el desprecio de la capacidad de maternidad, al principio tan altamente valorada. De este modo la niña carece de la poderosa ayuda que el niño obtiene de la posesión del pene, y que ella misma podría encontrar en la expectativa de su maternidad.

La intensa ansiedad de la niña por su feminidad puede ser vista como análoga al temor a la castración del niño ya que seguramente contribuye al rechazo de sus impulsos edípicos. El curso seguido por la angustia de castración del varón en lo que se refiere al pene, que existe *visiblemente*, es sin embargo diferente; puede calificarse como más *aguda* que la ansiedad más crónica de la niña relativa a sus órganos internos, con los que está necesariamente menos familiarizada. Pero tiene que producir diferencia el que la ansiedad del varón esté determinada por el superyó paterno y la de la niña por el superyó materno.

Freud dijo que el superyó de la niña tiene un desarrollo distinto

³ Véase el trabajo de Hárník (1928) en el Congreso Psicoanalítico de Innsbruck: "Die ökonomischen Beziehungen zwischen dem Schuldgefühl und dem weiblichen Narzissmus".

que el del varón. Encontramos constantemente la confirmación del hecho de que los celos desempeñan un papel más importante en la vida de las mujeres que en la de los hombres, porque son reforzados por la envidia hacia el hombre a causa de su pene. Por otro lado, sin embargo, las mujeres poseen especialmente una gran capacidad, no sólo basada en sobrecompensación, para desatender sus propios deseos y dedicarse con autosacrificio a tareas éticas y sociales. No podemos explicar esa capacidad por la combinación de rasgos masculinos y femeninos, que, a causa de la disposición bisexual del ser humano, influye en casos particulares la formación del carácter, ya que esa capacidad es de índole evidentemente maternal. Pienso que a fin de explicar cómo las mujeres pueden recorrer una gama tan amplia desde los más bajos celos hasta el más completo y generoso olvido de sí mismas, debemos considerar las condiciones peculiares de la formación del superyó femenino... Desde la temprana identificación con la madre en la que el plano anal-sádico es tan preponderante, en la niña se originan celos y odio y se forma un superyó cruel extraído de la *imago* materna. El superyó que se desarrolla en esa etapa por una identificación paterna puede ser también amenazante y causar ansiedad, pero nunca parece alcanzar las mismas proporciones que las que derivan de la identificación materna. Cuanto más se estabiliza en una base genital la identificación con la madre, tanto más se caracterizará por la devoción de una madre generosa. De este modo, esta actitud afectiva positiva depende de las características del ideal materno alcanzado en el estadio pregenital o genital. Pero en lo que respecta a la conversión activa emocional en actividades sociales o de otra índole, parecería que el que está activo es el ideal del yo paterno. La profunda admiración que siente la niña por la actividad genital del padre, lleva a la formación de un superyó paterno que establece ante ella fines activos que nunca podrá alcanzar totalmente. Si, debido a ciertos factores de su desarrollo, el incentivo para cumplir con esas finalidades es suficientemente fuerte, la imposibilidad de lograrlas puede dar ímpetu a sus esfuerzos, los que combinados con la capacidad de autosacrificio que derivan del superyó materno, da a una mujer, en casos especiales, una capacidad para logros excepcionales en el plano intuitivo y en campos específicos.

El niño obtiene también de la fase femenina un superyó materno que le lleva, igual que a la niña, a hacer identificaciones primitivas tanto crueles como bondadosas. Pero él pasa a través de esa fase para reasumir (es verdad, en diversos grados) la identificación con el padre. Por mucho que se haga sentir del lado materno en la formación del superyó, es sin embargo el superyó *paterno* el que tiene desde el principio una influencia decisiva para el hombre. El también pone ante sí una figura ejemplar, pero que no es alcanzable porque el varón *está* hecho a imagen de su ideal. Esta circunstancia contribuye a que la labor creativa del hombre sea más sostenida y objetiva.

El temor al daño de su feminidad ejerce una profunda influencia

en el complejo de castración de la niña ya que le hace sobreestimar el pene del que ella carece. Esta exageración es entonces mucho más evidente que la ansiedad subyacente por su propia feminidad. Quisiera recordarles aquí el trabajo de Karen Horney, que fue la primera en examinar las fuentes del complejo de castración de las mujeres, en la medida en que estas fuentes residen en la situación edípica.

Relacionado con esto debo hablar de la importancia para el desarrollo sexual de ciertas tempranas experiencias en la infancia. En el trabajo que leí en el Congreso de Salzburgo en 1924, mencioné que cuando se observa el coito en un estadio posterior del desarrollo estas experiencias asumen el carácter de un trauma, pero si ocurren en edades más tempranas se fijan y forman parte del desarrollo sexual. Debo agregar que una fijación de este tipo puede dominar no sólo ese estadio particular del desarrollo, sino también al superyó que se halla en ese momento en proceso de formación, y puede entonces perjudicar su futuro desarrollo. Cuanto más completamente alcance el superyó su cima en la etapa genital, menos predominarán las identificaciones sádicas en su estructura, y más probable será el logro de salud mental y el desarrollo de una personalidad con alto nivel ético.

Hay otro tipo de experiencia en la temprana infancia que me parece típica y muy importante. Estas experiencias a menudo siguen de cerca a las observaciones del coito, y son inducidas o fomentadas por las excitaciones que derivan de ellas. Me refiero a las relaciones sexuales de niños pequeños entre sí, entre hermanos y hermanas o entre compañeros de juego que consisten en los más variados actos: mirar, tocar, defecar en común, *fellatio*, *cunnilingus*, y a menudo intentos directos de coito. Están profundamente reprimidos y profundamente cargados de sentimientos de culpa. Estos sentimientos se deben principalmente al hecho de que el *objeto amado*, elegido bajo la presión de la excitación debida al conflicto edípico, es vivido por el niño como sustituto del padre, de la madre o de ambos. Es así como estas relaciones que parecen tan insignificantes y a las que aparentemente no escapa ningún niño bajo el estímulo del desarrollo edípico, toman el carácter de una relación edípica realmente realizada, y ejercen una influencia determinante sobre la formación del complejo de Edipo, sobre la liberación del sujeto de este complejo y sobre sus relaciones sexuales posteriores. Asimismo, una experiencia de este tipo crea un importante punto de fijación en el desarrollo del superyó. Como consecuencia de la necesidad de castigo y de la compulsión de repetición, esas experiencias a menudo llevan al niño a someterse al trauma sexual. En relación con esto quisiera remitirlos a Abraham, quien demostró que experimentar traumas sexuales forma parte del desarrollo sexual de los niños. La investigación analítica de estas experiencias, tanto en el análisis de adultos como de niños, nos esclarece mucho la situación edípica en relación con las fijaciones tempranas, y es por lo tanto importante desde el punto de vista terapéutico.

Resumiendo mis conclusiones: ante todo deseo recalcar que, se-

gún mi opinión, no contradicen las observaciones del profesor Freud. Pienso que el punto esencial de las consideraciones adicionales que he hecho está en que situó esos procesos en épocas más tempranas, y en que las diferentes fases (especialmente en los estadios iniciales) se fusionan más libremente la una con la otra de lo que hasta ahora se suponía.

Los estadios tempranos del conflicto edípico están tan dominados por las fases pregenitales del desarrollo que la fase genital, cuando comienza a ser activa, está al principio muy oculta, y sólo más tarde, entre los tres y cinco años, se torna más claramente reconocible. A esa edad el complejo de Edipo y la formación del superyó alcanzan su punto culminante. Pero el hecho de que las tendencias edípicas comiencen tanto más temprano de lo que suponíamos, la presión del sentimiento de culpa que por lo tanto recae en los niveles pregenitales, la influencia determinante así ejercida tan tempranamente en el desarrollo edípico por una parte, en la formación del superyó, por la otra y en consecuencia sobre la formación del carácter, sexualidad y todo el resto del desarrollo del sujeto, son hechos que me parecen de una importancia muy grande y hasta ahora no reconocida. Comprobé el valor terapéutico de estos conocimientos en los análisis de niños, pero no se limita a éstos. He podido comprobar estas conclusiones en el análisis de adultos y he encontrado que no sólo se confirmó su actitud teórica, sino que también se estableció su importancia terapéutica.

10. LA PERSONIFICACION EN EL JUEGO DE LOS NIÑOS

(1929)

En un trabajo anterior ("Principios psicológicos del análisis infantil") relaté algunos de los mecanismos fundamentales que encontré en el análisis de niños. Señalé que el contenido específico de sus juegos, que se repite constantemente o recurre a las formas más variadas, es idéntico al núcleo de las fantasías masturbatorias; y que es una de las principales funciones del juego infantil proporcionar una descarga de estas fantasías. Discutí después la considerable analogía que existe entre los medios de representación usados en el juego y en los sueños, y en la importancia de la realización de deseos en ambas formas de la actividad mental. También llamé la atención hacia un mecanismo importante en los juegos en que el niño inventa y asigna diferentes "personajes". El objeto del presente trabajo es discutir este mecanismo en mayor detalle, y también ilustrar con ejemplos de diferentes tipos de enfermedad la relación entre los "personajes" o personificaciones introducidas por los niños en el juego y los elementos de realización de deseos.

Hasta el presente mi experiencia es que los niños esquizofrénicos no son capaces de practicar juegos en el verdadero sentido de la palabra. Ejecutan ciertas acciones monótonas y es un trabajo laborioso penetrar a través de ellas hacia el inconsciente. En caso de tener éxito encontramos que la realización de deseo asociada a esas acciones es pre eminentemente la negación de la realidad y una inhibición de la fantasía. En estos casos extremos no se logran las personificaciones.

Mi pequeña paciente Erna, de 6 años de edad, presentaba al comienzo del tratamiento una grave neurosis obsesiva que enmascara-ba una paranoia que fue revelada después de considerable cantidad

de análisis. Erna en su juego me hacía representar a la hija mientras ella hacía de madre o maestra. Yo entonces tenía que padecer fantásticas torturas y humillaciones. Si en el juego alguien me trataba bondadosamente, generalmente resultaba que esta bondad era sólo fingida. Los rasgos paranoicos se manifestaban en que yo era constantemente espiada, mis pensamientos eran adivinados y el padre o la maestra se aliaban con la madre en contra mía. De hecho estaba constantemente rodeada de perseguidores. Yo misma en el rol de la niña tenía que espiar y torturar continuamente a los otros. Frecuentemente Erna misma representaba el papel de niña. Entonces en general su juego terminaba escapando ella a las persecuciones (en estas ocasiones la "niña era buena") haciéndose rica y poderosa, transformada en reina y vengándose cruelmente de sus perseguidores. Luego que se agotaba su sadismo en estas fantasías aparentemente exentas de inhibiciones (esto sucedió después de un tiempo de análisis), venía la reacción en forma de profunda depresión, ansiedad y agotamiento corporal. Entonces su juego reflejaba la incapacidad de soportar esa tremenda opresión, manifestándose en una serie de síntomas graves. ¹ En las fantasías de esta niña todos los roles utilizados entraban en una fórmula: dos partes principales, el superyó perseguidor y el ello o yo, según el caso, amenazados, pero de ninguna manera menos crueles.

En estos juegos la realización de deseos radicaba principalmente en el esfuerzo de Erna para identificarse con la parte más fuerte, para dominar así su miedo a la persecución. El yo fuertemente presionado trataba de influir o engañar al superyó para impedir su triunfo sobre el ello. El yo trataba de poner al ello muy sádico al servicio del superyó y combinar a ambos en la lucha contra un enemigo común. Esto requería el amplio uso de mecanismos de proyección y desplazamiento. Cuando Erna representaba el papel de madre cruel, la niña mala era el enemigo. Cuando ella misma era la niña perseguida, pero que se transformaba rápidamente en poderosa, el enemigo estaba representado por padres malvados. En cada caso existía un motivo que el yo trataba de hacer plausible ante el superyó, para entregarse a un sadismo sin restricciones. En función de este "bloque" el superyó debía tomar medidas contra el enemigo como si fuera contra el ello. No obstante el ello continuaba buscando secretamente su gratificación predominantemente sádica dirigida contra los objetos primarios. Con esas satisfacciones narcisistas logradas por el yo en sus victorias sobre los enemigos tanto internos como externos, también apaciguaba al superyó y así era de considerable valor para la disminución de la angustia. Esta alianza entre las dos fuerzas puede, en casos menos extremos, ser de relativo éxito: puede pasar inadvertida para el mundo externo o no conducir a una enfermedad, pero en

¹ Espero publicar pronto un libro en el que se encontrará un relato más detallado de este caso.

el caso de Erna se derrumbó completamente a causa del excesivo sadismo, tanto del ello como del superyó. Por consiguiente el yo se asociaba con el superyó y trataba, castigando al ello, de extraer cierta gratificación, pero esto, a su vez, se convertía inevitablemente en un fracaso. Se presentaban repetidamente intensas reacciones de angustia y remordimiento que mostraban que ninguna de las contradictorias realizaciones de deseos podía mantenerse en pie por mucho tiempo.

El ejemplo siguiente muestra cómo dificultades análogas a las de Erna fueron manejadas en formas distintas en ciertos aspectos. Jorge, de seis años de edad, me traía durante meses una serie de fantasías en las que él, como líder poderoso de una banda de cazadores salvajes de animales feroces, luchaba, conquistaba y mataba cruelmente a sus enemigos, que a su vez tenían animales feroces para defenderse. Los animales eran entonces devorados. La lucha nunca terminaba porque siempre aparecían nuevos enemigos. En el curso del análisis de este niño se revelaron, no sólo rasgos neuróticos, sino también rasgos marcadamente paranoicos. Jorge se sentía siempre conscientemente ² rodeado y amenazado (por magos, brujas y soldados), pero, al contrario de Erna, trataba de defenderse de ellos con el auxilio de figuras que le ayudaban, aunque eran por cierto seres muy fantásticos. Su realización de deseos en la fantasía era, hasta cierto punto, análoga a la del juego de Erna. En el caso de Jorge también el yo trataba de alejar la ansiedad, identificándose con el partido más fuerte, a través de fantasías de ser poderoso. También Jorge trataba de convertir el enemigo en un enemigo "malo", para apaciguar al superyó. Sin embargo, en él el sadismo no era un factor tan abrumador como en Erna y así el sadismo primario subyacente a su angustia quedaba menos astutamente disimulado. Su yo se identificaba más íntegramente con el ello y estaba menos dispuesto a hacer concesiones al superyó. Mantenía alejada la angustia por una marcada exclusión de la realidad. ³ La realización de deseos predominaba claramente sobre el reconocimiento de la realidad; una tendencia que es, para Freud, uno de los criterios de psicosis. El hecho de que en las fantasías de Jorge algunos papeles eran representados por figuras protectoras, distinguía ese tipo de personificaciones de las del juego de Erna. En sus juegos se representaban tres partes principales: la del ello y las del superyó en sus aspectos persecutorios y protectores.

El juego de un niño con una grave neurosis obsesiva puede ejemplificarse con el juego de mi pequeña paciente Rita, de 2 años y nueve meses. Después de un ceremonial típicamente obsesivo, arrojaba su muñeca para dormir y ponía un elefante junto a la cama de

² Como muchos niños, mantenía el contenido de sus ansiedades en secreto para los que lo rodeaban. No obstante se advertía su efecto.

³ Al desarrollarse Jorge, este apartamiento de la realidad se hacía cada vez más marcado. Estaba completamente atrapado por sus fantasías.

la muñeca. El elefante debía impedir que "la niña" se levantara, porque si no ésta se introduciría a hurtadillas en el dormitorio de los padres para hacerles daño o quitarles algo. El elefante (*imagen* del padre) ejercía el rol de una figura que *impide*. En la mente de Rita su padre, por introyección, había ejercido este rol "del que impide" desde que ella, entre los quince meses y hasta los dos años, había deseado usurpar el lugar de su madre con él, robar el niño con que la madre estaba embarazada y lastimar y castrar a ambos padres. La reacción de rabia y ansiedad que se producía cuando "la niña" era castigada en el juego, muestra que en la mente de Rita actuaban ambos papeles: el de la autoridad que infligía el castigo y el del niño que lo recibía. La única realización de deseos aparente en este juego residía en que el elefante conseguía por un tiempo impedir que "la niña" se levantara. Había sólo dos personajes principales: el de la muñeca que representaba el ello, y el del elefante que representaba el superyó. La realización de deseos consistía en la derrota del ello por el superyó. Y este cumplimiento de deseo y la adjudicación de la acción a dos "personajes" es interdependiente, ya que este juego representa la lucha entre el superyó y el ello que en las neurosis graves domina casi íntegramente los procesos mentales. En los juegos de Erna también vimos estas mismas personificaciones consistentes en la influencia de un superyó dominador y la ausencia de *imagos* protectoras. Pero mientras en el juego de Erna la realización de deseos residía en la alianza con el superyó, y en el de Jorge principalmente en el desafío del ello al superyó (por medio del aislamiento de la realidad), en Rita consistía en la derrota del yo por el superyó. Es por el trabajo analítico hecho previamente que fue posible esta supremacía apenas mantenida del superyó. La excesiva severidad del superyó impedía al principio toda fantasía y no fue hasta que el superyó se hizo menos severo que Rita empezó a hacer fantasías en juegos como el arriba descrito. En comparación con la etapa anterior en la cual el juego estaba completamente inhibido, esto fue un progreso, porque ahora el superyó no *amenazaba meramente* de manera terrorífica y sin sentido, sino que trataba de *impedir* con amenazas las acciones prohibidas. El fracaso de la relación entre el superyó y el ello dio lugar a esa supresión forzosa de los instintos que consume toda la energía del sujeto y es característica de graves neurosis obsesivas en adultos.⁴

Consideremos ahora un juego que se originó en una fase menos seria de neurosis obsesiva. Más adelante en el análisis de Rita (cuando tenía tres años de edad), un "juego de viajar" que se desarrolló a través de casi todo el análisis tomó la siguiente forma. Rita y su oso

⁴ Rita sufría de una neurosis obsesiva inusitada a su edad. Se caracterizaba por un complicado ceremonial al acostarse y otros síntomas obsesivos graves. Mi experiencia es que cuando niños pequeños sufren de este tipo de enfermedades, que llevan el sello de la neurosis obsesiva tal como la vemos en adultos, es muy grave. Por otro lado creo que rasgos obsesivos aislados son un fenómeno común en el cuadro general de la neurosis en los niños.

(que entonces representaba el pene) iban en el tren a ver a una mujer buena que los iba a entretener y hacerles regalos. Al principio de esta parte del análisis este final feliz generalmente era estropeado. Rita quería conducir el tren ella misma y deshacerse del conductor. El, sin embargo, o rehusaba irse o volvía y la amenazaba. Algunas veces era una mujer la que impedía el viaje, o cuando llegaban al final de éste no encontraban una mujer buena, sino una mala. La diferencia entre la realización de deseos en este juego (por perturbado que esté) y los ejemplos antes mencionados es evidente. En este juego la gratificación libidinal es positiva y el sadismo no juega una parte tan preeminente como en los ejemplos anteriores. Los "personajes", como en el caso de Jorge, consisten en tres roles principales: el del ello o yo, el de una figura que ayuda y el de una figura que amenaza o frustra. Las figuras que ayudan son en general de tipo extremadamente fantástico, como se ve en el ejemplo de Jorge. En el análisis de un chico de cuatro años y medio aparecía una "mamá-hada" que solía venir de noche y traer cosas ricas para comer, las que compartía con el niño. La comida representaba el pene del padre que le robó en secreto. En otros análisis la "mamá-hada" solía curar con una varita mágica las heridas infligidas al niño por sus padres crueles, entonces él y ella juntos mataban cruelmente a estos padres severos.

Llegué a convencerme de que la actuación de tales *imagos* con características buenas y malas es un mecanismo general tanto en adultos, como en niños.⁵

Estas figuras representan estadios intermedios entre el superyó terriblemente amenazador que está totalmente separado de la realidad, y las identificaciones que se aproximan a la realidad. Esas figuras intermedias, cuya gradual evolución hacia los padres protectores (que también están más cerca de la realidad) puede ser constantemente observada en el juego analítico, me parecen muy instructivas para nuestro conocimiento de la formación del superyó. Es mi experiencia que en el principio del conflicto edípico y en el comienzo de su formación, el superyó es de carácter tiránico, formado sobre el esquema de los estadios pregenitales entonces predominantes. La influencia de lo genital ya ha empezado a hacerse sentir, pero al principio es difícilmente perceptible. La evolución ulterior del superyó hacia la genitalidad depende en última instancia de si las fijaciones orales predominantes tomaron la forma de succionar o de morder. *La primacía de la fase genital en relación tanto con la sexualidad como con el superyó requiere una fijación suficientemente fuerte al estadio oral de succión.* Cuanto más progresa el desarrollo del superyó y de la libido de los niveles pregenitales hacia el nivel genital, tanto más se aproximan a las figuras de los padres reales las identifi-

⁵ Tenemos un ejemplo de esto en la fantástica creencia de un dios que permitiría la perpetración de atrocidades (como en la reciente guerra) para destruir al enemigo y a su país.

caciones fantásticas de gratificación de deseos (cuyo origen es la imagen de una madre que provee gratificación oral.)⁶

Las *imagos* adoptadas en estas fases tempranas del desarrollo del yo llevan el sello de los impulsos instintivos pregenitales aunque estén estructuradas en realidad sobre la base de los objetos edípicos reales. Estos niveles tempranos son responsables de las *imagos* fantásticas que devoran, cortan y dominan en las cuales vemos una mezcla de varios impulsos pregenitales. Siguiendo la evolución de la libido estas *imagos* son introyectadas bajo la influencia de puntos de fijación libidinal. Pero el superyó en su totalidad está hecho de varias identificaciones adoptadas en los diferentes niveles de desarrollo cuyo sello llevan. Cuando comienza el período de latencia, termina el desarrollo tanto del superyó como de la libido.⁷

Ya durante el proceso de su construcción el yo emplea sus tendencias de síntesis tratando de formar una totalidad de estas identificaciones parciales; cuanto más extremas y contrastantes las *imagos* tanto menos brillante será la síntesis y tanto más difícil será mantenerlas. La influencia excesivamente fuerte ejercida por esos tipos extremos de *imagos*, la intensidad de la necesidad de figuras bondadosas opuestas a las amenazadoras, la rapidez con la cual los aliados pueden transformarse en enemigos (que también es la razón por la cual la realización de deseos en el juego se quiebra tan frecuentemente), todo eso indica que el proceso de sintetizar las identificaciones ha fallado. Este fracaso se manifiesta en la ambivalencia, la tendencia a la ansiedad, la falta de estabilidad con que ésta puede ser derrumbada, y la defectuosa relación hacia la realidad característica de los niños neuróticos.⁸

La necesidad de una síntesis de superyó surge de la dificultad experimentada por el sujeto en llegar a un acuerdo con el superyó formado de *imagos* de estas naturalezas opuestas.⁹

⁶ En dos de mis trabajos anteriores llegué a la conclusión de que en ambos sexos el alejamiento de la madre como objeto oral de amor resulta de frustraciones orales infligidas por ella, y que la madre frustrante persiste en la vida mental del niño como madre temida. Quisiera referirme aquí a Rado (1928), que retrotrae a la misma fuente la disociación de la *imago* materna en madre buena y madre mala, y basa en ello sus puntos de vista sobre la génesis de la melancolía.

⁷ Fenichel, en su referencia a mi contribución al problema de la formación del superyó (1928, pág. 596), no tiene razón al suponer que yo sostengo que el desarrollo del superyó termina en el segundo o tercer año de vida. En mis escritos, he sugerido que la formación del superyó y el desarrollo de la libido terminan simultáneamente.

⁸ Cuanto más progresa el análisis tanto menos poderosa es la influencia de las figuras amenazadoras, y tanto más duradera y fuertemente aparecen en el juego figuras de realización de deseos; al mismo tiempo hay un incremento proporcional de deseo de jugar y final satisfactorio. Disminuye el pesimismo y aumenta el optimismo.

⁹ Los niños tienen generalmente una gran variedad de figuras paternas, desde la aterradora "mamá-gigante", "mamá-aplastante", a la generosa "mamá-hada". También encontré una "mamá-media" o una "mamá-tres-cuartos", lo que representa un compromiso entre los otros ejemplos extremos.

Cuando comienza el período de latencia se incrementan las exigencias de la realidad, el yo hace aun mayores esfuerzos para obtener una síntesis del superyó, para que sobre esta base se llegue a un equilibrio entre el superyó, el ello y la realidad.

Llegué a la conclusión de que esta disociación del superyó en sus identificaciones primarias introyectadas en los diferentes estadios del desarrollo es un mecanismo análogo a la proyección, con la que está estrechamente conectado. Creo que estos mecanismos (disociación y proyección) son un factor principal en la tendencia a la personificación en el juego. Por medio de ellos la síntesis del superyó, que sólo puede ser mantenida con mayor o menor esfuerzo, puede ser abandonada por el momento y, además, disminuye la tensión de tener que mantener la tregua entre el superyó como un todo y el ello. El conflicto intrapsíquico se hace así menos violento y puede ser desplazado hacia el mundo externo. El placer así obtenido se incrementa cuando el yo descubre que este desplazamiento hacia el mundo externo le proporciona diversas pruebas reales de que los procesos psíquicos, con su catexia de ansiedad y culpa, pueden tener un resultado favorable y puede reducirse la ansiedad.

He mencionado ya que el juego revela la actitud del niño hacia la realidad. Quiero aclarar ahora cómo la actitud hacia la realidad está emparentada con los factores de realización de deseos y personificación, que usamos hasta aquí como criterio de la situación mental.

En el análisis de Erna, fue imposible durante mucho tiempo establecer una relación con la realidad. Parecía no existir un puente sobre el abismo que separaba la madre real, cariñosa y amante, y las monstruosas persecuciones y humillaciones que "ella" infligía a la niña en el juego. Pero cuando el análisis llegó al punto en que los rasgos paranoicos se hicieron más prominentes, apareció un mayor número de detalles que reflejaron a la madre real en forma grotescamente distorsionada. Al mismo tiempo se reveló la actitud de la niña hacia la realidad, que había estado por cierto muy distorsionada. Con una capacidad notablemente aguda de observación, Erna captaba los detalles de las acciones y motivos de los que la rodeaban, pero de una *manera irreal* los incluía en su sistema de ser perseguida y espiada. Por ejemplo, creía que las relaciones sexuales entre sus padres (que imaginaba realizarse invariablemente cuando los padres estaban solos) y todas las muestras de afecto mutuo eran principalmente promovidas por el deseo de su madre de causarle celos a ella (Erna). Ella suponía los mismos motivos en todos los placeres de su madre, y en realidad en el goce de cualquiera, especialmente de mujeres. Usaban bonitos vestidos para causarle disgustos, etc. Pero era consciente de que había algo raro en esas ideas y tomaba grandes precauciones para mantenerlas secretas.

En el juego de Jorge el aislamiento de la realidad era como ya dije considerable. También el juego de Rita, en la primera parte del análisis, cuando las *imagos* amenazantes y punitivas eran predominantes,

mostraba apenas una relación con la realidad. Consideremos ahora esta relación en la segunda parte del análisis de Rita. La podemos considerar como típica de niños neuróticos incluso bastante mayores que Rita. En el juego de este período apareció, en contraste con la actitud de niños paranoicos, la tendencia a reconocer la realidad sólo en la medida en que se relacionaba con las frustraciones que había sufrido y de las que nunca se había recuperado.

Podemos comparar aquí el intenso apartamiento de la realidad revelado en el juego de Jorge. Esto le proporcionaba una gran libertad en sus fantasías liberadas del sentimiento de culpa sólo porque estaban tan alejadas de la realidad. En su análisis, cada paso adelante hacia la adaptación a la realidad implicaba la movilización de grandes cantidades de ansiedad y mayor represión de fantasías. Siempre era un gran progreso en el análisis¹⁰ cuando a su turno se levantaba esta represión, se liberaban las fantasías y se vinculaban más con la realidad.

En niños neuróticos existe un "compromiso", se reconoce una cantidad limitada de la realidad y se niega el resto. Al mismo tiempo existe intensa represión de las fantasías masturbatorias, inhibidas por el sentimiento de culpa, y el resultado de esto es la inhibición del juego y del aprendizaje común en niños neuróticos. El síntoma obsesivo en el que se refugian (primero en el juego) refleja el compromiso entre la intensa inhibición de las fantasías y la defectuosa relación con la realidad, y sobre esta base permite sólo formas muy limitadas de gratificación.

El juego de niños normales muestra un equilibrio mejor entre la fantasía y la realidad.

Resumiré ahora las diferentes actitudes hacia la realidad en el juego de niños que sufren diversos tipos de enfermedad. En las parafrenias existe una gran represión de la fantasía y alejamiento de la realidad. En niños paranoicos cuya relación con la realidad está subordinada a las vívidas elaboraciones de la fantasía, el equilibrio entre ambas se inclina hacia el lado de la *irrealidad*. Las experiencias representadas por los niños neuróticos en sus juegos están obsesivamente coloreadas por su necesidad de castigo y su miedo a un resultado desgraciado. En cambio los niños normales son más capaces de manejar la realidad de manera mejor. Su juego muestra que tienen mayor poder de influir y vivir la realidad de acuerdo con sus fantasías. Además, cuando no pueden alterar la situación real, son más capaces de soportarla, porque su fantasía más libre les propor-

¹⁰ Tal progreso se acompañaba siempre de considerable incremento de la capacidad de sublimación. Las fantasías, liberadas del sentimiento de culpa, podían ahora ser sublimadas más de acuerdo con la realidad. Puedo decir aquí que los resultados del análisis de niños sobrepasan mucho lo que el análisis puede hacer en adultos, en el sentido del incremento de la capacidad de sublimación. Aun en niños muy pequeños vemos constantemente que cuando desaparece el sentimiento de culpa, surgen nuevas sublimaciones y se refuerzan las ya existentes.

ciona un refugio, y también porque la mayor descarga que poseen para sus fantasías masturbatorias en forma ego-sintónica (juego y otras sublimaciones) les da mayores oportunidades de gratificación.

Examinemos ahora las relaciones entre la actitud hacia la realidad y los procesos de personificación y realización de deseos. En el juego de niños normales estos procesos testimonian una mayor y más duradera influencia de las identificaciones originadas en el nivel genital. En la medida en que las *imágenes* se aproximan a los objetos reales, se hace más marcada una buena relación con la realidad (característica de personas normales). Las enfermedades (psicosis y neurosis obsesivas graves) que se caracterizan por una relación perturbada o desplazada hacia la realidad, son también aquellas en las que la realización de deseos es negativa y se representan en el juego personajes sumamente crueles. Traté de demostrar con estos hechos que aquí predomina un superyó que está en las primeras etapas de su formación, y extraigo esta conclusión: la primacía de un superyó terrorífico que ha sido introyectado en los estadios más tempranos del desarrollo del yo, es un factor básico en el trastorno psicótico.

En este trabajo discutí la importante función del mecanismo de personificación en el juego de los niños. Tengo que señalar ahora el significado de este mecanismo en la vida mental de los adultos. Llegué a la conclusión de que es la base de un fenómeno de grande y universal significado, esencial también para el trabajo analítico, tanto en niños como en adultos, a saber, de la transferencia. Si la fantasía de un niño es suficientemente libre, adjudicaría al analista, durante su juego en el análisis, los roles más variados y contradictorios. Por ejemplo, me haré representar el papel del ello, porque en esta forma proyectada, sus fantasías pueden tener una descarga sin inspirar tanta ansiedad. Así el niño Gerald, para el que representé a la "mamá-hada" que le traía el pene de su padre, me hacía representar repetidamente el papel de un niño que se introducía durante la noche en la jaula de una "mamá-leona", la atacaba, le robaba sus cachorros, los mataba y se los comía. Después él mismo era la leona que me descubría y me mataba de manera muy cruel. Los roles alternaban de acuerdo con la situación analítica y el monto de angustia latente. En un período posterior, por ejemplo, el niño mismo representaba el papel de "hombre malvado" que penetraba en la jaula del león, y me hacía representar a la cruel leona. Pero en esta ocasión los leones eran rápidamente reemplazados por una protectora "madre-hada" cuyo papel también tenía yo que representar. En ese entonces el niño ya era capaz de representar él mismo al ello (lo que indicaba un progreso en su relación con la realidad) porque su ansiedad había disminuido hasta cierto punto, como estaba demostrado por la aparición de la "madre-hada".

Vemos entonces que el debilitamiento del conflicto o su desplazamiento al mundo externo, por medio de mecanismos de disociación y proyección, es uno de los principales incentivos para la transferencia

y una fuerza propulsora en el trabajo analítico. Una mayor actividad de la fantasía y una más abundante y positiva capacidad para la personificación son además el prerrequisito para una mayor capacidad de transferencia. El paranoico posee, es cierto, una rica vida de fantasías, pero el hecho de que en la estructura de su superyó predominen las identificaciones crueles y ansiógenas, es la causa de que los personajes que inventa sean predominantemente negativos y susceptibles sólo de reducirse a rasgos rígidos de perseguidor y perseguido. En la esquizofrenia, según creo, falla la capacidad para la personificación y la transferencia, entre otras razones, por el funcionamiento defectuoso de los mecanismos de proyección. Esto interfiere con la capacidad para establecer o mantener la relación con la realidad y el mundo externo.

De la conclusión de que la transferencia está basada sobre el mecanismo de representación de personajes, extraje una sugerencia para la técnica. Ya he mencionado el cambio tan frecuentemente rápido del enemigo al amigo, de la madre mala a la buena. En tales juegos que implican la personificación este cambio se observa constantemente después de la liberación de montos de ansiedad como consecuencia de las interpretaciones. Pero como el analista asume los roles hostiles requeridos para la situación del juego y los somete así al análisis, se produce un constante progreso en el pasaje de las *imagos* que inspiran ansiedad hacia las identificaciones más benévolas de mayor aproximación a la realidad. En otras palabras: uno de los fines principales del análisis —la modificación gradual de la severidad del superyó— se logra tomando el analista los roles que en la situación analítica le asignan.

Esta afirmación expresa meramente lo que sabemos: es una necesidad en el análisis de adultos, a saber, que el analista sea simplemente un medio en relación con el cual se pueden activar las diferentes *imagos* y revivir las fantasías para poder ser analizadas. Cuando en su juego el niño le asigna directamente cierto rol, la tarea del analista de niños es clara. Por supuesto que asumirá o por lo menos dará la impresión de simular, los roles que le son asignados,¹¹ porque de no ser así interrumpirá el progreso del trabajo analítico. Pero sólo en ciertas fases del análisis de niños, y tampoco invariablemente, llegamos a la personificación en esta forma manifiesta. Mucho más frecuentemente, tanto en niños como en adultos, tenemos que inferir de la situación analítica y del material, los detalles del rol hostil que nos es atribuido, y que el paciente indica a través de la transferencia negativa. Ahora bien, lo que es cierto de la personificación en su forma manifiesta lo encontré también indispensable en las formas más encubiertas y oscuras de las personificaciones subyacentes en la transferencia. El analista que desea penetrar hasta las más tempranas y

¹¹ Cuando los niños me piden que represente papeles que son demasiado difíciles o desagradables, accedo a sus deseos diciendo que estoy "simulando que lo hago".

angustiantes *imagos* o sea llegar a las raíces de la severidad del superyó, no debe tener ninguna preferencia por un rol particular; debe aceptar lo que surja de la situación analítica.

Como conclusión, deseo decir algunas palabras sobre la terapia. En este trabajo traté de mostrar que la angustia más intensa y apremiante procede del superyó introyectado en un estadio muy temprano del desarrollo del yo, y que la supremacía de este superyó temprano no es un factor fundamental en la génesis de la psicosis.

Mi experiencia me convenció de que con la ayuda de la técnica del juego es posible analizar en niños pequeños y mayores las fases tempranas de la formación del superyó. El análisis de estos estratos disminuye la angustia más intensa y abrumadora y abre así el camino para el desarrollo de las *imagos* bondadosas originadas en el estadio oral de succión y de ahí para lograr la primacía genital en la sexualidad y en la formación del superyó. De esta manera podemos entrever una buena perspectiva para el diagnóstico¹² y curación de psicosis en la infancia.

¹² Es en casos extremos que las psicosis infantiles tienen las características de la psicosis en adultos. En los casos menos extremos, generalmente sólo un análisis penetrante y de considerable duración puede revelar la psicosis.

11. SITUACIONES INFANTILES DE ANGUSTIA REFLEJADAS EN UNA OBRA DE ARTE Y EN EL IMPULSO CREADOR

(1929)

Mi tema principal es el interesantísimo material psicológico subyacente a una ópera de Ravel, que actualmente se representa en Viena. Mi relato de su contenido está tomado casi textualmente del resumen de Eduard Jakob en el *Berliner Tageblatt*.

Un niño de seis años está sentado ante sus deberes, pero no los hace. Mordisquea su lapicera y despliega ese estadio final de la pereza en el que el *ennui* ha pasado a ser *cafard*. “No quiero hacer los estúpidos deberes”, exclama en dulce voz de soprano. “Quiero ir a pasear al parque. ¡Lo que más quisiera es comerme todas las tartas del mundo, o tirar de la cola del gato o arrancar todas las plumas del loro! ¡Quisiera reprender a todos! Ante todo quisiera poner a mamá en el rincón.” Se abre ahora la puerta. Todo lo que hay sobre el escenario es muy grande —para destacar la pequeñez del niño— de modo que todo lo que vemos de su madre es una falda, un delantal y una mano. Un dedo lo señala y una voz pregunta afectuosamente si ha hecho los deberes. El niño se revuelve con rebeldía en su silla y le saca la lengua. Ella se va. Todo lo que oímos es el ruido de su falda y las palabras: “¡Tendrás pan seco y nada de azúcar para tu té!”

El niño estalla de rabia. Salta, tamborilea en la puerta, hace caer de la mesa la tetera y la taza, de modo que se rompen en mil pedazos. Trepa al asiento de la ventana, abre la jaula y trata de molestar a la ardilla con su lapicera. La ardilla se escapa a través de la ventana abierta. El niño salta de la ventana y coge al gato. Chilla y blande las tenazas, atiza furiosamente el fuego de la parrilla abierta, y con sus manos y pies empuja la marmita dentro de la habitación. Se escapa una nube de cenizas y humo. Blande las tenazas como una espada y empieza a desgarrar el empapelado. Luego abre la caja del reloj de la pared y arrebata su péndulo de cobre. Vierte la tinta sobre la mesa. Los cuadernos y libros vuelan por el aire. ¡Hurra!...

Las cosas que ha maltratado se animan. Un sillón rehúsa dejarlo sentar encima o usar los almohadones para dormir sobre ellos.

La mesa, la silla, el banco y el sofá levantan súbitamente sus brazos y exclaman: “¡Fuera con esta sucia criaturita!” El reloj tiene un terrible dolor de estómago y empieza a dar la hora como loco. La tetera se apoya sobre la taza y empiezan a hablar en chino. Todo sufre un cambio aterrador. El niño retrocede contra la pared y tiembla de miedo y desolación. La estufa le escupe una ducha de chispas. Se esconde tras los muebles. Los jirones del empapelado que desgarran empiezan a balancearse y se yerguen, mostrando pastoras y ovejas. La flauta del pastor hace oír un lamento desgarrador; el rasgón del papel que separa a Corydon de su Amaryllis, se ha convertido en un rasgón en la tela del mundo. Pero el triste cuento se desvanece. De la cubierta de un libro, como si saliera de la casilla de un perro, emerge un hombrecito. Sus ropas están hechas de números, y su sombrero es como una *pi**. Sostiene una regla y salta por la habitación con pequeños pasos de danza. Es el espíritu de las matemáticas, y empieza a examinar al niño: milímetro, centímetro, barómetro, trillón—ocho y ocho son cuarenta. Tres veces nueve es dos veces seis. El niño desfallece. Casi sofocado se refugia en el parque que rodea la casa. Pero allí otra vez el clima infunde terror, insectos, ranas (lamentándose en suaves tercetos), un tronco de árbol lastimado, que rezuma resina en lentas notas de bajo, libélulas y adelfas, todos tocan al recién llegado. Búhos, gatos y ardillas vienen en multitud. La disputa sobre quién va a morder al niño se convierte en una lucha mano a mano. Una ardilla que ha sido mordida cae al suelo, gritando, al lado del niño. El instintivamente se quita la bufanda y venda la pata del animalito. Hay gran asombro entre los animales, que se reúnen vacilando en segundo plano. El niño ha murmurado: “¡Mamá!” Es restituido al mundo humano de protección, de “ser bueno”. “Este es un buen chico, un chico que se porta muy bien”, cantan los animales muy seriamente en una suave marcha —el final de la pieza— mientras abandonan el escenario. Algunos de ellos no pueden contenerse de exclamar: “¡Mamá!”

Examinaré ahora más estrechamente los detalles con que se expresa el placer del niño en la destrucción. Me parece que evocan la situación infantil temprana que en mis escritos más recientes he descrito como importancia fundamental tanto para la neurosis como para el desarrollo normal de los varones. Me refiero al ataque al cuerpo de la madre y al pene del padre dentro de ella. La ardilla de la jaula y el péndulo arrancado del reloj son símbolos claros del pene en el cuerpo materno. El hecho de que es el pene del *padre* y que está en el acto del coito con la madre está indicado por la rajadura en el empapelado que “separa a Corydon de su Amaryllis”, de la que se ha

* Melanie Klein parece referirse aquí a la letra griega T. [Ed.]

dicho que para el niño se ha convertido en "un rasgón en la tela del mundo". Ahora bien, ¿qué armas emplea el niño en sus ataques a los padres unidos? La tinta vertida sobre la mesa, la marmita vaciada, de la que escapa una nube de ceniza y humo, representan el arma que todo niño pequeño tiene a su disposición: el recurso de ensuciar con excrementos. Romper cosas, desgarrarlas, usar las tenazas como espada, esto representa las otras armas del sadismo primario del niño, quien emplea sus dientes, uñas, músculos, etcétera.

En mi artículo ante el último Congreso (1928) y en otras ocasiones en nuestra Sociedad, he descrito esta fase temprana del desarrollo, cuyo contenido es el ataque al cuerpo de la madre con todas las armas de que dispone el sadismo del niño. Ahora, empero, puedo ampliar este enunciado anterior y decir más exactamente dónde debe insertarse esta fase en el esquema del desarrollo sexual propuesto por Abraham. Mis resultados me llevan a concluir que la fase en que el sadismo está en su apogeo en todos los campos de que deriva, precede a la primera fase anal y adquiere una significación especial del hecho de que es también en este estadio del desarrollo donde las tendencias edípicas aparecen por primera vez. Es decir, que el conflicto edípico empieza bajo la completa dominación del sadismo. Mi suposición de que la formación del superyó sigue de cerca al principio de las tendencias edípicas, y que por consiguiente el yo cae bajo la influencia del superyó incluso en este período temprano, explica según creo por qué esta influencia es tan tremendamente poderosa. Porque, cuando los objetos están introyectados, el ataque dirigido hacia ellos con todas las armas del sadismo provoca el terror del sujeto a ser atacado en forma análoga por los objetos externos e internalizados. Quería recordaros estos conceptos míos porque con ello puedo tender un puente con un concepto de Freud: uno de los más importantes entre las nuevas conclusiones que nos ha presentado en *Inhibición, síntoma y angustia*, es decir, la hipótesis de una temprana situación infantil de angustia o peligro. Creo que esto pone al trabajo analítico sobre una base más firme y precisa aun que la que ha tenido hasta ahora, y da así a nuestros métodos una dirección todavía más clara. Pero a mi entender también hace al análisis una nueva exigencia. La hipótesis de Freud es que hay una situación infantil de peligro que sufre modificaciones en el curso del desarrollo, y que es la fuente de la influencia ejercida por una serie de *situaciones de angustia*. Ahora bien, la nueva exigencia hecha al análisis es ésta: que el análisis debe descubrir por completo estas situaciones de angustia directamente hasta lo que yace en lo más profundo. Esta exigencia de un análisis *completo* se vincula con la que Freud sugiere como exigencia nueva en la conclusión de su "Historia de una neurosis infantil", donde dice que un análisis completo debe revelar la escena primaria. Esta última exigencia puede tener su pleno efecto sólo en unión con lo que acabo de presentar. Si el analista tiene éxito en la tarea de descubrir las situaciones infantiles de peligro, elaborar su re-

solución y dilucidar en cada caso individual las relaciones entre las situaciones de angustia y la neurosis por una parte, y con el desarrollo del yo por la otra, entonces, según creo, logrará más completamente el objetivo principal de la terapia psicoanalítica: la remoción de las neurosis. Por consiguiente, me parece que todo lo que puede contribuir a la dilucidación y descripción exacta de las situaciones infantiles de angustia es de gran valor, no sólo desde el punto de vista teórico, sino también terapéutico.

Freud supone que la situación infantil de peligro puede ser reducida en última instancia a la pérdida de la persona amada (anhelada). Piensa que en las niñas la pérdida del objeto es la situación de peligro que actúa más poderosamente; en los varones es la castración. Mi trabajo me ha probado que estas dos situaciones de peligro son modificación de otras más tempranas aun. He descubierto que en los varones el miedo a la castración por el padre está conectado con una situación especial que según creo resulta ser la más temprana situación de angustia. Como he señalado, el ataque al cuerpo de la madre, cuyo momento psicológico es el apogeo de la fase sádica, implica también la lucha con el pene del padre dentro de la madre. El hecho de que esté en cuestión una unión de ambos padres imparte especial intensidad a esta situación de peligro. En concordancia con el sádico temprano superyó, que ya se ha establecido, estos padres unidos son agresores extremadamente crueles y muy temidos. Así la situación de angustia relacionada con la castración por el padre es una modificación en el curso del desarrollo de la situación de angustia más temprana, tal como la he descrito.

Ahora bien, creo que la angustia engendrada por esta situación está claramente representada en el libreto de la ópera que fue el punto de partida de mi artículo. Al examinar el libreto he tratado ya con algún detalle *una* fase, la del ataque sádico. Consideremos ahora qué sucede luego de que el niño ha dado rienda suelta a su anhelo de destrucción.

Al principio del resumen su autor menciona que todas las cosas del escenario son muy grandes para acentuar la pequeñez del niño. Pero la angustia del niño le hace parecer gigantescas las cosas y las personas, mucho más allá que la diferencia real de tamaño. Además, vemos lo que descubrimos en el análisis de cualquier niño: que las cosas representan seres humanos, y por consiguiente, son objetos de angustia. El autor de la síntesis escribe lo siguiente: "Las cosas maltratadas empiezan a vivir". El sillón, los almohadones, mesa, silla, etc., atacan al niño, se rehúsan a servirlo, lo dejan afuera. Encontramos que las cosas para sentarse y descansar sobre ellas, tanto como las camas, aparecen por lo general en el análisis de niños como símbolos de la madre protectora y amante. Los rasgones del empapelado representan el interior dañado del cuerpo materno, mientras que el viejo hombrecito de los números que sale de la cubierta del libro es el padre (representado por su pene), ahora en carácter de

juez, y que está por pedir al niño, que desfallece de angustia, que dé cuentas del daño y el robo cometido en el cuerpo de la madre. Cuando el niño escapa al mundo de la naturaleza, vemos cómo ésta toma el rol de la madre, a la que ha agredido. Los animales hostiles representan una multiplicación del padre, al que también ha atacado, y también los niños que supone que están dentro de la madre. Vemos los incidentes que tuvieron lugar dentro de la habitación reproducidos ahora en mayor escala en un espacio más amplio y con mayor número. El mundo, transformado en el cuerpo de la madre, enfrenta hostilmente al niño y lo persigue.

En el desarrollo ontogenético el sadismo es superado cuando el sujeto avanza en el nivel genital. Cuanto más poderosamente se instaura esta fase, más capaz se vuelve el niño de amor objetal, y de vencer su sadismo por medio de compasión y simpatía. Este paso del desarrollo se muestra también en el libreto de Ravel: cuando el niño siente piedad de la ardilla herida, y va en su ayuda, el mundo hostil se torna amistoso. El niño ha aprendido a amar y cree en el amor. Los animales concluyen: "Este es un buen chico; un chico que se porta muy bien". El profundo *insight* psicológico de Colette — que escribió el libreto de la ópera — se muestra en la forma en que tiene lugar la transformación de la actitud del niño. Cuando cuida a la ardilla herida murmura "mamá". Los animales que lo rodean repiten esta palabra. Es esta palabra redentora la que ha dado su título a la ópera: "La palabra mágica" (*Das Zauberwort*). Pero aprendemos también del texto cuál es el factor que ha contribuido al sadismo del niño. El dice: "¡Quiero ir a pasear por el parque! ¡Quiero ante todo comerme todas las tartas del mundo!" Pero la madre lo amenaza con darle té sin azúcar y pan seco. La frustración oral que convierte a la "madre buena" indulgente en la "madre mala" estimula su sadismo.

Pienso que podemos comprender ahora por qué el niño, en vez de hacer tranquilamente sus deberes, se ha visto involucrado en una situación tan displacentera. *Tenia* que ser así, porque fue conducido a ella por la presión de la antigua situación de angustia que nunca había dominado. Su angustia fortifica la compulsión de repetición, y su necesidad de castigo contribuye a la compulsión (que se ha hecho ahora muy fuerte) a procurarse un castigo real para que la angustia sea apaciguada por un castigo menos grave que el que la situación de angustia le hace anticipar. Estamos bastante familiarizados con el hecho de que los niños son traviosos porque quieren ser castigados, pero parece de la mayor importancia descubrir qué papel representa la angustia en este anhelo de castigo, y cuál es el contenido ideatorio que subyace a esta angustia urgente.

Ilustraré ahora con otro ejemplo literario la angustia que he encontrado conectada con la primera situación de peligro en el desarrollo de una niña.

En un artículo titulado "El espacio vacío", Karin Michaelis da

un relato del desarrollo de su amiga, la pintora Ruth Kjær. Ruth Kjær poseía un notable sentido artístico, que empleaba especialmente en el arreglo de su casa, pero no tenía pronunciado talento creador. Hermosa, rica e independiente, pasaba gran parte de su vida viajando, y constantemente dejaba su casa, en la que había gastado tantos cuidados y gusto. A veces era presa de accesos de profunda depresión, que Karin Michaelis describe como sigue: "Había sólo un punto negro en su vida. En medio de la felicidad que era natural en ella, y que parecía sin perturbaciones, se hundía repentinamente en la más profunda melancolía. Una melancolía suicida. Si trataba de explicar esto, decía algo así: 'Hay un espacio vacío en mí, que nunca puedo llenar'".

Llegó el momento en que Ruth Kjær se casó, y parecía perfectamente feliz. Pero luego de poco tiempo reaparecieron los accesos de depresión. En las palabras de Karin Michaelis: "El maldecido espacio vacío estaba, una vez más, vacío". Dejaré a la escritora hablar por sí misma: "Os he dicho ya que su hogar era una galería de arte moderno. El hermano de su marido era uno de los más grandes pintores del país, y sus mejores cuadros decoraban las paredes de la habitación. Pero antes de la Navidad el cuñado se llevó un cuadro, que sólo le había prestado. El cuadro fue vendido. Esto dejó un espacio vacío en la pared, que en alguna forma inexplicable parecía coincidir con el espacio vacío dentro de ella. Cayó en un estado de la más profunda tristeza. El espacio en blanco de la pared la hizo olvidar su hermoso hogar, su felicidad, sus amigos, todo. Por supuesto, se podía conseguir un nuevo cuadro, y se lo conseguiría, pero eso llevaba tiempo; uno tenía que buscar para encontrar el cuadro justo.

"El espacio vacío se burlaba horriblemente de ella.

"Marido y mujer estaban sentados uno frente a otro a la mesa del desayuno. Los ojos de Ruth estaban velados de desesperanza. Pero de repente su rostro quedó transfigurado por una sonrisa. '¡Te diré lo que se me ocurre! Creo que trataré de pintarrajar un poco yo misma en la pared, hasta que consigamos un nuevo cuadro.' 'Hazlo, mi querida', dijo el marido. Era seguro que cualquier pintarrajeo que hiciera no resultaría monstruosamente feo.

"Apenas había dejado él la habitación cuando, en perfecto rapto, había telefoneado para pedir las pinturas que solía usar su cuñado, pinceles, paleta, y todo el resto del 'equipo', para que se lo enviaran inmediatamente. Ella misma no tenía la más remota idea de cómo empezar. Nunca había sacado pintura de un tubo, puesto la base en el lienzo, o mezclado colores en la paleta. Mientras que las cosas encargadas estaban en camino, se paró frente a la vacía pared con un trozo de tiza negra en la mano e hizo trazos al azar, como le venían a la imaginación. ¿Tendría que tomar el automóvil y correr a ver a su cuñado para preguntarle cómo se pinta? ¡No, antes preferiría morir!

"Hacia el atardecer retornó su esposo, y ella corrió a recibirlo

con febril brillo en sus ojos. ¿Es que estaba por enfermarse? Lo atrajo con ella, diciendo: '¡Ven, verás!' Y él vio. No podía apartar su mirada de lo que se veía, no podía entender, no lo creía, no *podía* creerlo. Ruth se arrojó al sofá exhausta, desfallecida: '¿Lo crees posible?'

"La misma tarde mandaron a buscar al cuñado. Ruth palpitaba de ansiedad por el veredicto del conocedor. Pero el artista exclamó inmediatamente: '¿No te imaginarás que me vas a convencer de que tú lo pintaste? ¡Qué mentira infame! Este cuadro fue pintado por un artista experimentado. ¿Quién demonios es? ¡No lo conozco!'

"Ruth no podía convencerlo. El pensaba que le estaban haciendo una broma. Y al retirarse, su despedida fue: '¡Si *tú* lo pintaste, yo voy a ir a dirigir una sinfonía de Beethoven en la Capilla Real mañana, aunque no sé ni una nota de música!'

"Esa noche Ruth no pudo dormir mucho. El cuadro de la pared había sido pintado, eso era seguro, no era un sueño. Pero, ¿cómo había sucedido eso? ¿Y qué vendría después?

"Estaba febril, devorada por un ardor interno. Debía probarse a sí misma que la divina sensación, el inexpresable sentimiento de felicidad que había sentido podía repetirse."

Karin Michaelis agrega entonces que después de este primer intento, Ruth Kjær pintó varias obras maestras, y las exhibió ante los críticos y el público.

Karin Michaelis anticipa una parte de mi interpretación de la angustia relacionada con el espacio vacío en la pared al decir: "En la pared había un espacio vacío, que en alguna forma inexplicable parecía coincidir con el espacio vacío dentro de ella". Ahora bien, ¿cuál es el significado de este espacio vacío dentro de Ruth, o más bien, para decirlo más exactamente, de la sensación de que a su cuerpo le faltaba algo?

Aquí ha venido a la conciencia una de las ideas conectadas con la angustia, que en el artículo que leí ante el último Congreso (1928) describí como la angustia más profunda experimentada por las niñas. Es el equivalente de la castración en varones. La niña tiene un deseo sádico, originado en los estadios tempranos del conflicto edípico: robar los contenidos del cuerpo de la madre, es decir, el pene del padre, las heces, los hijos, y destruir a la madre misma. Este deseo provoca la angustia de que la madre a su vez le robe a ella de sus propios contenidos (especialmente de hijos) y de que su cuerpo sea destruido y mutilado. A mi entender, esta angustia que he descubierto en el análisis de niñas y mujeres como la más profunda angustia, representa la primera situación de peligro de la niña. He llegado a ver que el terror a estar sola, a la pérdida de amor y a la pérdida del objeto de amor —que Freud sostiene que es la situación infantil básica de peligro en las niñas—, es una modificación de la situación de angustia que acabo de describir. Cuando la niña que teme que la madre agrede su cuerpo, no puede *ver* a su madre, esto intensifica la angus-

tia. La presencia de la madre real, amante, disminuye el miedo a la madre terrorífica, cuya imagen introyectada está en la mente de la niña. En un estadio posterior del desarrollo el contenido del miedo cambia: la madre real, amante, puede perderse y la niña quedará sola y abandonada.

Al buscar la explicación de estas ideas, es instructivo considerar qué tipo de cuadros ha pintado Ruth Kjær desde su primer intento, cuando llenó el espacio vacío de la pared con la figura en tamaño natural de una negra desnuda. Aparte de un cuadro de flores, se ha dedicado a los retratos. Ha pintado dos veces a su hermana menor, que vivió en su casa y posó para ella, y además, el retrato de una mujer anciana y otro de su madre. Karin Michaelis describe los dos últimos como sigue: "Y ahora Ruth no puede detenerse. El cuadro siguiente representa a una anciana que lleva la marca de los años y de las desilusiones. Su piel está arrugada, su pelo descolorido, sus ojos suaves y cansados muestran pesadumbre. Mira ante sí con la resignación desconsolada de la ancianidad, con una mirada que parece decir: 'No os preocupéis ya más por mí. ¡Mi vida está tan cerca del fin!'

"No es ésta la impresión que recibimos de su última obra de Ruth, el retrato de su madre, una irlandesa-canadiense. Esta señora tiene mucho tiempo ante sí, antes de que deba poner los labios para la copa del renunciamento. Delgada, imperiosa, desafiante, está allí, parada con un chal color de luna sobre sus hombros; da el efecto de una soberbia mujer de tiempos primitivos, que en cualquier momento puede entrar en combate con los niños del desierto, con sus manos desnudas. ¡Qué mentón! ¡Qué fuerza en la altanera mirada!

"El espacio vacío ha sido llenado."

Es obvio que el deseo de reparar, de arreglar el daño psicológicamente hecho a la madre, y también restaurarse a sí misma, estaban en el fondo del impulso a pintar estos retratos de sus parientes. El de la anciana, en el umbral de la muerte, parece ser la expresión del deseo sádico primario de destruir. El deseo de la niña de destruir a su madre, de verla vieja, gastada, desfigurada, es la causa de la necesidad de representarla en plena posesión de fuerza y belleza. Al hacerlo, la hija puede apaciguar su propia angustia y puede tratar de reparar a la madre y hacerla nueva a través del retrato. En los análisis de niños, cuando la representación de deseos destructivos es seguida de la expresión de tendencias reactivas, encontramos constantemente que el dibujo y la pintura son utilizados como medios de reparar a la gente. El caso de Ruth Kjær muestra claramente que esta angustia de la niña es de la mayor importancia para el desarrollo del yo en las mujeres, y es uno de los incentivos de realizaciones. Pero, por otra parte, esta angustia puede ser la causa de grave enfermedad y muchas inhibiciones. Como en el miedo de castración del varón, el efecto de la angustia sobre el desarrollo del yo depende del mantenimiento de cierto equilibrio óptimo y del interjuego satisfactorio entre los diversos factores.

12. LA IMPORTANCIA DE LA FORMACION DE SIMBOLOS EN EL DESARROLLO DEL YO

(1930)

El planteo de este artículo se basa en la suposición de que hay una etapa temprana del desarrollo mental en que se activa el sadismo en cada una de las diversas fuentes de placer libidinal¹. Según mi experiencia, el sadismo alcanza su punto culminante en dicha fase, que se inicia con el deseo oral-sádico de devorar el pecho de la madre (o toda ella) y desaparece con el advenimiento de la primera etapa anal. En el período a que me refiero, el fin predominante en el sujeto es apoderarse del contenido del cuerpo de la madre y destruirla con todas las armas que el sadismo tiene a su alcance. Esta fase constituye, al mismo tiempo, la introducción del complejo de Edipo. Las tendencias genitales comienzan ahora a ejercer influencia, aunque ésta no es todavía evidente porque los impulsos pregenitales dominan el campo. Mi planteo se apoya en el hecho de que el conflicto edípico comienza en un período en el que predomina el sadismo.

El niño espera que en el interior del cuerpo de su madre encontrará: a) el pene del padre; b) excrementos y c) niños, y homologa todas estas cosas con sustancias comestibles. De acuerdo con las más primitivas fantasías (o "teorías sexuales") infantiles sobre el coito de los padres, durante el acto el pene del padre (o todo su cuerpo) es incorporado por la madre. De este modo, los ataques sádicos del niño tienen por objeto a ambos padres a la vez, a quienes muerde, despedaza o tritura en sus fantasías. Esos ataques despiertan angustia porque el niño teme ser castigado por los padres unidos, y esta angustia también es internalizada a consecuencia de la introyección oral-

¹ Véase mi "Estadios tempranos del conflicto edípico" (1928).

sádica de los objetos y así se dirige ya hacia el superyó temprano. He podido observar que estas situaciones de angustia de las primeras fases del desarrollo mental son muy profundas y abrumadoras. Según mi experiencia, en los ataques fantaseados contra el cuerpo materno desempeñan un papel considerable el sadismo uretral y anal, que se agrega muy pronto al sadismo oral y el muscular. En la fantasía, los excrementos son transformados en armas peligrosas: orinar es para el niño lo mismo que lastimar, herir, quemar, ahogar, mientras que las materias fecales son homologadas con armas y proyectiles. En una etapa posterior a la fase descrita esas formas violentas de ataque son reemplazadas por ataques encubiertos con los métodos más refinados que el sadismo puede inventar, y los excrementos son homologados a sustancias venenosas.

El exceso de sadismo despierta angustia y moviliza los mecanismos de defensa más primitivos del yo. Freud escribe (1926): "Bien pudiera ser que antes de que el yo y el ello hayan llegado a diferenciarse nítidamente y antes de que se haya desarrollado el superyó, el aparato mental utilice modos de defensa distintos de los que pone en práctica una vez que ha alcanzado dichos niveles de organización". Según lo que he podido observar en el análisis, la primera defensa impuesta por el yo está en relación con dos fuentes de peligro: el propio sadismo del sujeto y el objeto que es atacado. Esta defensa, en correlación con el grado de sadismo, es de carácter violento y difiere fundamentalmente del ulterior mecanismo de represión. En relación con el sadismo del sujeto, la defensa implica expulsión, mientras que en relación con el objeto atacado implica destrucción. El sadismo se convierte en una fuente de peligro porque ofrece ocasión para la liberación de angustia y, también, porque el sujeto siente que las armas empleadas para destruir al objeto apuntan a su propio yo. El objeto atacado se convierte en una fuente de peligro, porque el sujeto teme de él ataques similares (retaliatorios). De este modo, el íntegro yo no desarrollado se encuentra ante una tarea que, en esta etapa, está totalmente fuera de su alcance: la tarea de dominar la angustia más intensa.

Ferenczi sostiene que la identificación, precursora del simbolismo, surge de las tentativas del niño por reencontrar en todos los objetos sus propios órganos y las funciones de éstos. Según Jones, el principio del placer hace posible la ecuación entre dos cosas completamente diferentes por una semejanza de placer o interés. Hace algunos años, escribí un artículo basado en estos conceptos, en el que llegué a la conclusión de que el simbolismo es el fundamento de toda sublimación y de todo talento, ya que es a través de la ecuación simbólica que cosas, actividades e intereses se convierten en tema de fantasías libidinales.

Puedo ampliar ahora lo expresado entonces (1923) y afirmar que, junto al interés libidinal, es la angustia que surge en la fase descrita la que pone en marcha el mecanismo de identificación. Como el niño

desea destruir los órganos (pene-vagina-pecho) que representan los objetos, comienza a temer a estos últimos. Esta angustia contribuye a que equipare dichos órganos con otras cosas; debido a esa equiparación éstas, a su vez, se convertirán en objetos de angustia. Y así el niño se siente constantemente impulsado a hacer nuevas ecuaciones que constituyen la base de su interés en los nuevos objetos, y del simbolismo.

Entonces el simbolismo no sólo constituye el fundamento de toda fantasía y sublimación, sino que sobre él se construye también la relación del sujeto con el mundo exterior y con la realidad en general. He señalado que el objeto del sadismo en su punto culminante —y el impulso epistemofílico surge simultáneamente con el sadismo— es el cuerpo materno con sus contenidos fantaseados. Las fantasías sádicas dirigidas contra el interior del cuerpo materno constituyen la relación primera y básica con el mundo exterior y con la realidad. Del grado de éxito con que el sujeto atraviesa esta fase, dependerá la medida en que pueda adquirir, luego, un mundo externo que corresponda a la realidad. Vemos, entonces, que la primera realidad del niño es totalmente fantástica; está rodeado de objetos que le causan angustia, y en este sentido excrementos, órganos, objetos, cosas animadas e inanimadas son en principio equivalentes entre sí. A medida que el yo va evolucionando, se establece gradualmente a partir de esa realidad irreal una verdadera relación con la realidad. Por consiguiente, el desarrollo del yo y la relación con la realidad dependerán del grado de capacidad del yo, en una etapa muy temprana, para tolerar la presión de las primeras situaciones de angustia. Y, como siempre, también aquí es cuestión de cierto equilibrio óptimo entre los factores en juego. Una cantidad suficiente de angustia es una base necesaria para la abundante formación de símbolos y fantasías; para que la angustia pueda ser satisfactoriamente elaborada, para que esta fase fundamental tenga un desenlace favorable y para que el yo pueda desarrollarse con éxito, es esencial que el yo tenga adecuada capacidad para tolerar la angustia.

Estas conclusiones son el resultado de mi experiencia analítica general, pero se ven confirmadas de manera sorprendente en un caso en el que existía una desusada inhibición en el desarrollo del yo.

Este caso, del que daré ahora algunos detalles, es el de un niño de cuatro años que por la pobreza de su vocabulario y desarrollo intelectual estaba en el nivel de un niño de 15 ó 18 meses. Faltaban casi completamente la adaptación a la realidad y relaciones emocionales con su ambiente. Este niño, Dick, carecía de afecto y era indiferente a la presencia o ausencia de la madre o la niñera. Desde el principio, sólo rara vez había manifestado angustia, e incluso en un grado anormalmente reducido. Con excepción de cierto interés especial, al que me referiré en seguida, no tenía casi intereses, no jugaba y no tenía contacto con su medio. Generalmente, articulaba sonidos ininteligibles y repetía constantemente ciertos ruidos. Cuando hablaba,

utilizaba incorrectamente su escaso vocabulario. Pero no sólo era incapaz de hacerse inteligible; tampoco lo deseaba. Más aun, la madre advertía a veces claramente en Dick una actitud fuertemente negativa, que se expresaba en que con frecuencia hacía precisamente lo *contrario* de lo que se esperaba de él. Por ejemplo: si la madre lograba hacerlo repetir junto con ella algunas palabras, con frecuencia Dick las alteraba completamente, aunque otras veces podía pronunciar perfectamente esas mismas palabras. Además, a veces repetía correctamente las palabras, pero seguía repitiéndolas en forma incesante y mecánica hasta que hartaba a todos. Ambas formas de conducta difieren de la de un niño neurótico. Cuando un niño neurótico manifiesta oposición en forma de rebeldía, y cuando manifiesta obediencia (incluso acompañada por un exceso de angustia), lo hace con cierta comprensión y alguna forma de referencia a la cosa o persona implicada. Pero en la oposición y obediencia de Dick no se advertía afecto ni comprensión alguna. Además, cuando se lastimaba, demostraba gran insensibilidad al dolor y no experimentaba para nada el deseo universal en niños pequeños de ser consolado y mimado. Su torpeza física era también muy notable. No era capaz de asir cuchillos ni tijeras, en cambio era llamativo que manipulara normalmente la cuchara con que comía.

La impresión que me causó su primera visita fue que su comportamiento era muy diferente del que observamos en niños neuróticos. Dejó que su niñera se retirara sin manifestar ninguna emoción, y me siguió al consultorio con absoluta indiferencia. Allí corrió de un lado a otro sin ningún propósito, y correteó varias veces a mi alrededor como si yo fuese un mueble más, pero no mostró ningún interés hacia los objetos del cuarto. Al correr de un lado al otro, sus movimientos parecían carecer de coordinación. La expresión de sus ojos y su rostro era fija, ausente y falta de interés, comparada una vez más con el comportamiento de los niños con neurosis graves. Recuerdo niños que, sin tener verdaderos ataques de angustia, durante su primera visita se reclusan tímida y obstinadamente en un rincón, o se sentaban sin moverse ante la mesa con juguetes, o, sin jugar, tomaban un objeto u otro, sólo para dejarlos en seguida. En todas estas formas de conducta es inequívoca la gran angustia latente. El rincón o la mesa son lugares para refugiarse de mí. Pero el comportamiento de Dick carecía de sentido y propósito, y no tenía relación con ningún afecto o angustia.

Daré ahora algunos detalles de la historia previa de Dick. Su lactancia había sido excepcionalmente insatisfactoria y perturbada porque durante varias semanas la madre había insistido en una infructuosa tentativa de amamantarlo, y el niño había estado a punto de morir de inanición. Se había recurrido entonces a la alimentación artificial. Por fin, cuando Dick tenía siete semanas, se le procuró una nodriza, pero ya no pudo mejorar en sus mamadas. Padeció de trastornos digestivos, prolapso anal, y, más tarde, de hemorroides. Po-

siblemente su desarrollo quedó afectado por el hecho de que, aunque recibió toda clase de cuidados, nunca se le prodigó verdadero amor; la actitud de la madre hacia él había sido, desde el principio, de excesiva angustia.

Como, por otra parte, ni su padre ni su niñera le demostraron mucho afecto, Dick creció en un ambiente sumamente pobre de amor. Cuando tenía dos años de edad, tuvo una nueva niñera, hábil y afectuosa, y, poco después, pasó una larga temporada con su abuela, que era muy cariñosa con él. La influencia de estos cambios pudo notarse en su desarrollo. Había aprendido a caminar a edad normal, pero hubo dificultades para enseñarle el control esfintérico. Bajo la influencia de la nueva niñera, adquirió hábitos de limpieza mucho más rápidamente. A los tres años ya se controlaba y, en este punto demostraba realmente cierto grado de ambición y celo. En otro aspecto, se manifestaba a los cuatro años sensible a los reproches. Su niñera había descubierto que practicaba la masturbación y le había dicho que eso era "malvado" y que no debía hacerlo. Esta prohibición dio origen indudablemente, a temores y sentimientos de culpa. Además, a los cuatro años, Dick había hecho en general un intento mayor para adaptarse, aunque relacionado principalmente con cosas externas, especialmente con el aprendizaje mecánico de una serie de palabras nuevas. Desde los primeros días la alimentación de Dick había sido anormalmente difícil. Cuando tuvo la nodriza no había manifestado ningún deseo de mamar, y ese rechazo persistió. Después, se negaba a tomar el biberón. Cuando llegó el momento de darle alimentos más sólidos se negaba a morderlos y rechazaba todo lo que no tuviese la consistencia de una papilla; y hasta para esto era preciso forzarlo a que comiera. Otro efecto favorable de la influencia de la nueva niñera fue un interés un poco mayor por la comida, pero, con todo, las dificultades principales subsistieron². De manera que, si bien la niñera afectuosa había alterado ciertos aspectos de su desarrollo, los defectos fundamentales no se habían modificado. Tampoco con ella —como pasaba con los demás— había logrado establecer un contacto emocional. Así, ni su ternura ni la de la abuela habían conseguido poner en marcha la ausente relación objetal.

En el análisis de Dick descubrí que la razón de la desusada inhibición de su desarrollo era el fracaso de las etapas primitivas a que me he referido al comienzo de este artículo. Había en el yo de Dick una incapacidad completa, aparentemente constitucional, para tolerar la angustia. Lo genital había intervenido muy precozmente; esto produjo una prematura y exagerada identificación con el objeto atacado y contribuyó a la formación de una defensa igualmente prematura contra el sadismo. El yo había cesado el desarrollo de su vida de fan-

² Al finalizar el primer año se le ocurrió pensar que el niño era anormal, y un sentimiento de este tipo puede haber afectado su actitud hacia él.

tasía y su relación con la realidad. Después de un débil comienzo, la formación de símbolos se había detenido. Las primeras tentativas habían dejado su huella en un interés que, aislado y sin relación con la realidad, no podía servir de base a nuevas sublimaciones. El niño era indiferente a la mayor parte de los objetos y juguetes que veía a su alrededor, y tampoco entendía su finalidad o sentido. Pero le interesaban los trenes y las estaciones, y también las puertas, los picaportes y abrir y cerrar puertas.

El interés hacia esos objetos y acciones tenía un origen común: se relacionaba en realidad con la penetración del pene en el cuerpo materno. Las puertas y cerraduras representaban los orificios de entrada y salida del cuerpo de la madre, mientras que los picaportes representaban el pene del padre y el suyo propio. Por lo tanto, lo que había producido la detención de la actividad de formación de símbolos era el temor al castigo que recibiría (en especial por parte del pene del padre) cuando hubiese penetrado en el cuerpo de la madre. Además, sus defensas contra sus propios impulsos destructivos resultaron un impedimento fundamental de su desarrollo. Era absolutamente incapaz de cualquier agresión, y la base de dicha incapacidad estaba señalada en un período muy temprano en su rechazo a morder los alimentos. A los cuatro años, no podía manejar tijeras, cuchillos ni herramientas y era sumamente torpe en todos sus movimientos. Las defensas contra los impulsos sádicos dirigidos contra el cuerpo materno y sus contenidos —impulsos relacionados con fantasías de coito— habían tenido por consecuencia el cese de las fantasías y la detención de la formación de símbolos. El desarrollo ulterior de Dick había sido perturbado porque el niño no podía vivir en fantasías la relación sádica con el cuerpo de la madre.

La dificultad desusada con la que tuve que luchar en el análisis no fue su incapacidad de expresarse verbalmente. En la técnica del juego, que sigue las representaciones simbólicas del niño, y que da acceso a su angustia y sentimientos de culpa, podemos, en gran parte, prescindir de las asociaciones verbales. Pero esta técnica no se limita al análisis de los juegos del niño. Podemos extraer material (como tenemos que hacer en niños con inhibición del juego) del simbolismo revelado por detalles de su comportamiento en general.³ Pero en Dick el simbolismo no se había desarrollado. Esto se debía en parte a la falta de relación de afecto con las cosas de su ambiente, hacia las que era casi completamente indiferente. Prácticamente, no tenía relaciones especiales con objetos en particular, como las que solemos observar aun en niños con graves inhibiciones. Como no existía en su

³ Esto se refiere únicamente a la primera parte y a algunas otras etapas posteriores de su análisis. Una vez que tuve acceso a su inconsciente y que la angustia fue atenuada, fueron apareciendo en forma gradual las actividades del juego, las asociaciones verbales y todas las demás formas de representación, junto con un desarrollo del yo que facilitó la labor analítica.

mente ninguna relación afectiva o simbólica con los objetos, ninguno de sus actos casuales relacionados con ellos estaba coloreado por la fantasía, siendo por lo tanto imposible considerar dichos actos como representaciones simbólicas. Su falta de interés por el ambiente y las dificultades para establecer un contacto con su mente eran tan sólo el resultado de su falta de relación simbólica con las cosas —como pude percibir a través de ciertos aspectos en los que su conducta difería de la de otros niños—. El análisis tuvo, pues, que comenzar con esto, el obstáculo *fundamental* para establecer un contacto con él.

Ya dije que la primera vez que Dick vino a verme no manifestó ninguna clase de afecto cuando su niñera lo dejó conmigo. Cuando le mostré los juguetes que había ya dispuesto para él, los miró sin el más mínimo interés. Tomé entonces un tren grande, lo coloqué junto a uno más pequeño y los designé como “Tren papito” y “Tren Dick”. Entonces él tomó el tren que yo había llamado Dick, lo hizo rodar hasta la ventana y dijo: “Estación”. Expliqué: “La estación es mamita; Dick está entrando en mamita”. Dejó entonces el tren, fue corriendo hacia el espacio formado por las puertas exterior e interior del cuarto y se encerró en él diciendo: “oscuro”, y volvió a salir corriendo. Repitió esto varias veces. Le expliqué: “Dentro de mamita está oscuro. Dick está dentro de mamita oscura”. Entretanto, él tomó nuevamente el tren, pero pronto corrió otra vez al lugar entre las puertas. Mientras yo le decía que él estaba entrando en la mamita oscura, él había dicho dos veces en tono interrogativo: “¿Niñera?” Le contesté: “Niñera viene pronto”, cosa que él repitió, utilizando luego las palabras correctamente, y reteniéndolas en su mente. En la sesión siguiente se comportó de idéntica manera. Pero esta vez Dick escapó corriendo de la habitación hacia el oscuro vestíbulo. Colocó allí el tren “Dick” e insistió en dejarlo allí. Preguntaba repetidamente: “¿Viene niñera?” En la tercera hora analítica se comportó de la misma manera, sólo que además de correr al vestíbulo y entre las puertas, se escondió también detrás de la cómoda. Entonces se angustió y me llamó por primera vez. Su aprensión era evidente entonces por la forma en que preguntaba insistentemente por su niñera, y al finalizar la sesión la acogió con placer inusitado. Vemos que simultáneamente con la aparición de la angustia había surgido un sentimiento de dependencia, primero hacia mí y luego hacia la niñera, y al mismo tiempo empezó a interesarse por las palabras tranquilizadoras: “Niñera viene en seguida”, que contrariamente a su conducta habitual, había repetido y recordado. Pero también durante esa tercera sesión había observado por vez primera los juguetes con interés, en el que se evidenciaba una tendencia agresiva. Señaló un carrito de carbón y dijo: “Corta”. Le di un par de tijeras y él trató de raspar los trocitos de madera que representaban el carbón, pero no pudo manejar las tijeras. Respondiendo a una rápida mirada suya, corté los pedazos de madera del carrito, que él arrojó en seguida, junto con su contenido, dentro del cajón, diciendo: “Se fue”. Le dije que

eso significaba que Dick estaba sacando heces del cuerpo de su madre. Fue entonces corriendo al espacio entre las puertas, y las arañó un poco, expresando de este modo que identificaba el espacio entre ambas puertas con el carrito y a ambos con el cuerpo de la madre, al que estaba atacando. En seguida regresó corriendo desde el espacio entre las puertas, vio el armario y se deslizó en su interior. Al comenzar la siguiente hora analítica lloró cuando la niñera se fue, lo que era inusitado en él. Pero pronto se calmó. Esta vez evitó el espacio entre las puertas, el armario y el rincón, pero se interesó por los juguetes, examinándolos con indudable curiosidad naciente. Al hacer esto encontró el carrito que había destrozado durante la sesión anterior, y su contenido. Empujó ambos rápidamente hacia un lado y los cubrió con otros juguetes. Cuando le expliqué que el carrito roto representaba a la madre, lo buscó nuevamente, lo mismo que los pedacitos de carbón sueltos, y se los llevó al espacio entre las puertas. A medida que su análisis progresaba, se vio claramente que al arrojarlos fuera de la habitación en esa forma estaba expresando su expulsión, tanto del objeto dañado como de su propio sadismo (o de los recursos por éste utilizados), que de este modo era proyectado al mundo exterior. Dick había descubierto el lavatorio, que simbolizaba el cuerpo de su madre, y manifestaba un extraordinario temor a mojarse con agua. Cada vez que sumergía sus manos —o las mías— en el agua, se apresuraba ansiosamente a secarlas, e inmediatamente después manifestaba idéntica angustia al orinar. La orina y las heces eran para él sustancias dañinas y peligrosas⁴.

Se hizo evidente que en su fantasía las materias fecales, la orina y el pene eran los objetos con los cuales atacaba el cuerpo de la madre, representando por consiguiente un peligro también para él mismo. Estas fantasías aumentaban su temor a los contenidos del cuerpo de la madre y, en particular, el pene del padre que él imaginaba en el interior del vientre de ella. Durante el análisis de Dick llegamos a ver en muy diversas formas ese pene fantaseado así como también un sentimiento de agresividad cada vez mayor contra él, predominando especialmente los deseos de devorarlo y destruirlo. En una oportunidad, por ejemplo, Dick se llevó a la boca un hombrecito de juguete y, rechinando los dientes, dijo: “Tea Daddy”, lo cual significaba “Eat Daddy” (“Comer papito”). En seguida pidió un vaso con agua. La introyección del pene del padre demostró estar conectada a

⁴ Encontré en esto la explicación de un temor peculiar, que la madre había observado en Dick cuando éste tenía unos cinco meses, y también algunas veces en épocas posteriores. Cuando defecaba u orinaba, la expresión de su rostro revelaba gran angustia. Como las heces no eran duras, el hecho de que sufriera de prolapso anal y hemorroides no parecían justificar tal aprensividad, sobre todo porque también se manifestaba en forma idéntica cuando pedía orinar o defecar, sólo lo hacía después de largas vacilaciones y con signos inconfundibles de la angustia más profunda y lágrimas en los ojos. Una vez analizada esta angustia, su actitud con respecto a ambas funciones se modificó considerablemente y es hoy casi normal.

la vez con dos temores: el temor al pene como superyó primitivo y dañino, por un lado y, por el otro, el temor al castigo por la madre así robada, es decir, el temor al objeto externo y al objeto introyectado. En este punto apareció en primer plano lo ya mencionado —y que había sido un factor determinante en el desarrollo de Dick—: que la fase genital había comenzado prematuramente. Esto se reveló con claridad en el hecho de que representaciones del tipo de la que acabo de citar desencadenasen no sólo angustia, sino remordimiento, lástima y la sensación de que tenía que reparar. Por esa razón, Dick volvía a depositar sobre mi falda o en mis manos el hombrecito de juguete, guardaba todo otra vez en el cajón, etc. La temprana actuación de las reacciones provenientes del plano genital era el resultado de un desarrollo prematuro del yo; no obstante, sólo había conseguido inhibir el desarrollo ulterior del yo. Esta temprana identificación con el objeto no podía ser aún relacionada con la realidad. Una vez, por ejemplo, Dick vio sobre mi falda algunos recortes de madera de lápiz y dijo: "Pobre Sra. Klein". Pero en otra ocasión similar dijo, en el mismo tono: "Pobre cortina". Simultáneamente con su incapacidad para tolerar la angustia, su prematura *empatía* había sido un factor decisivo en la represión de sus impulsos destructivos. Dick había roto sus lazos con la realidad y había detenido su vida de fantasía, refugiándose en las fantasías del cuerpo oscuro y vacío de su madre. De este modo había logrado, también, apartar su atención de los diversos objetos del mundo externo que representaban el contenido del cuerpo de la madre, el pene del padre, heces y niños. Porque eran peligrosos y agresivos, tenía que deshacerse (o negar) de su propio pene —órgano del sadismo— y de sus excrementos.

En el análisis de Dick pude llegar hasta su inconsciente a través de los rudimentos de vida de fantasía y de formaciones simbólicas que manifestaba. El resultado obtenido fue una disminución de la angustia latente, de modo que cierto monto de angustia quedó manifiesta. Pero esto implicaba que la elaboración de dicha angustia comenzaba con el establecimiento de una relación simbólica con cosas y objetos, y al mismo tiempo se movilizaban impulsos epistemofílicos y agresivos. Todo progreso era seguido por la liberación de nuevas cantidades de angustia, y lo llevaba a apartarse en cierta medida de las cosas con las que había establecido ya relaciones afectivas, y que, por consiguiente, se habían convertido en objetos de angustia. Al apartarse de ellos, se dirigía hacia nuevos objetos, y éstos también llegaban a convertirse en el objetivo de sus impulsos epistemofílicos y agresivos. Así, por ejemplo, durante algún tiempo Dick evitó totalmente el armario, pero en cambio se ocupó de investigar a fondo el lavatorio y la estufa eléctrica, examinándolos con toda minuciosidad y manifestando una vez más impulsos destructivos contra dichos objetos. Luego transfirió su interés a cosas nuevas y también a otras con las cuales ya había llegado a familiarizarse anteriormente, y que había luego abandonado. Volvió a demostrar interés por el armario, pero

esta vez su interés iba acompañado por una actividad y curiosidad mucho mayor y por tendencias agresivas mucho más intensas de todo tipo. Golpeaba el armario con una cuchara, lo rayaba o le hundía un cuchillo, y le arrojaba agua. Examinaba con vivacidad las bisagras de la puerta, la forma en que ésta se abría y se cerraba, y la cerradura, etc., se trepaba en el interior del armario preguntando cómo se llamaban sus diferentes partes, etc. De este modo, a medida que iban aumentando sus intereses, fue enriqueciendo simultáneamente su vocabulario, porque había comenzado a demostrar un interés cada vez mayor no sólo por las cosas en sí, sino también por sus nombres. Palabras que antes había oído sin ningún interés, las recordaba y aplicaba ahora correctamente.

Junto con el aumento de intereses y el establecimiento de una transferencia cada vez más intensa hacia mí, había aparecido la relación de objeto que hasta entonces faltaba. Durante estos meses su actitud hacia la madre y la niñera se ha tornado afectuosa y normal. Desea ahora su presencia, quiere que ellas le presten atención y se entristece cuando lo dejan. También con su padre su relación muestra indicios cada vez más claros de una actitud edípica normal, y, en general, existe una relación mucho más firme con todos los objetos. El deseo de hacerse inteligible, antes nulo, está actualmente en plena actividad. Dick trata de hacerse entender por medio de su vocabulario, todavía pobre, pero en constante aumento, y que él mismo se empeña en enriquecer. Existen además muchos otros indicios de que ha comenzado a establecer relación con la realidad.

Han transcurrido hasta ahora seis meses desde que comenzó su análisis y la evolución que durante este período se ha iniciado en aspectos fundamentales justifica un pronóstico favorable. Muchos de los problemas peculiares que se presentaron en este caso han resultado solucionables. Con la ayuda de muy pocas palabras fue posible llegar a establecer contacto con él. Ha sido posible también movilizar la angustia en un niño que carecía de intereses y afectos; a la vez, fue posible luego resolver y regular gradualmente la angustia liberada. Quisiera subrayar que en el caso de Dick he modificado mi técnica habitual. En general, no interpreto el material hasta tanto éste no ha sido expresado a través de varias representaciones, pero en este caso, en que la capacidad de expresión por medio de representaciones casi no existía, me vi obligada a interpretar sobre la base de mis conocimientos generales, pues en la conducta de Dick las representaciones eran relativamente vagas. Al lograr por este medio acceso a su inconsciente, pude movilizar angustia y otros afectos. Las representaciones se tornaron entonces más completas y pronto conseguí bases más sólidas para el análisis, pudiendo entonces pasar paulatinamente a la técnica que utilizo generalmente en el análisis de niños pequeños.

Ya he explicado cómo logré que la angustia se hiciese manifiesta, y que se atenuara así la que existía en estado latente. Una vez que la angustia se hizo manifiesta pude resolverla, en parte, gracias a la in-

interpretación, aunque fue también posible elaborarla mejor, o sea distribuirla sobre nuevas cosas e intereses; así fue mitigada de tal modo que el yo pudo tolerarla. Si regular así cantidades de angustia permitirá al yo tolerar y elaborar montos normales, es cosa que sólo podrá indicar el curso posterior del análisis. En el caso de Dick el problema consiste, por lo tanto, en modificar mediante el análisis, un factor fundamental de su desarrollo.

En el análisis de este niño, que era absolutamente incapaz de hacerse inteligible y cuyo yo no era accesible a ninguna influencia, lo único que se podía hacer era tratar de llegar hasta su inconsciente, y disminuyendo las dificultades inconscientes, abrir camino para el desarrollo del yo. Naturalmente, en este caso —lo mismo que en cualquier otro— el acceso al inconsciente debió lograrse a través del yo. Los hechos han demostrado, por consiguiente, que aun aquel yo tan poco desarrollado bastaba para permitir el establecimiento de una vinculación con el inconsciente. Creo que, desde el punto de vista teórico, es importante advertir que aun en este caso se logró hacer evolucionar a la vez al yo y a la libido, sólo por el análisis de los conflictos inconscientes, y sin que fuese necesario imponer al yo ninguna influencia educacional. Es evidente que si el yo tan escasamente desarrollado de un niño que carecía de todo contacto con la realidad, fue capaz de tolerar la supresión de represiones por el análisis sin que se sintiera abrumado por el ello, está claro que en niños neuróticos (es decir, en casos mucho menos extremos) no tenemos ninguna razón para temer que el yo pueda sucumbir al ello. Es también interesante advertir el hecho de que la influencia educacional que anteriormente habían ejercido sobre el niño las personas de su ambiente, había resbalado sobre Dick sin dejar ninguna huella. En cambio hoy, que su yo se encuentra, gracias al análisis, en plena evolución, el niño se muestra cada vez más dócil a dicha influencia, la que ha podido adaptarse al ritmo de los impulsos instintivos movilizados por el análisis y que basta para manejarlos.

Queda todavía sin aclarar la cuestión del diagnóstico. El doctor Forsyth había diagnosticado demencia precoz, y pensó que valía la pena intentar el análisis. Dicho diagnóstico parecía ser corroborado por el hecho de que el cuadro clínico coincidía, en muchos aspectos importantes, con el de la demencia precoz avanzada de los adultos. Resumiéndolo una vez más: se trataba de un caso caracterizado por una ausencia casi total de afectividad y de angustia, gran alejamiento de la realidad y falta de accesibilidad, así como de *rapport* emocional, conducta negativista alternando con indicios de obediencia automática, indiferencia ante el dolor, perseveración —síntomas todos característicos de la demencia precoz—. Además, este diagnóstico estaba también confirmado por el hecho de que pudo excluirse con seguridad la presencia de cualquier enfermedad orgánica, en primer término, porque así lo reveló el examen efectuado por el doctor Forsyth, y, en segundo lugar, porque el caso demostró ser tratable

psicológicamente. El análisis me demostró que la idea de una psicosis neurosis podía ser también definitivamente descartada.

En contra del diagnóstico de demencia precoz existe el hecho de que el rasgo fundamental en el caso de Dick era una inhibición del desarrollo, y no una regresión. Además, la demencia precoz es muy poco frecuente en la primera infancia, por lo que muchos psiquiatras sostienen que no existe en este período.

No quiero adelantar un diagnóstico desde esta perspectiva de psiquiatría clínica, pero mi experiencia general en el análisis de niños me permite hacer algunas observaciones de índole general sobre las psicosis infantiles. He llegado al convencimiento de que la esquizofrenia infantil es mucho más común de lo que generalmente se admite. Daré algunas razones por las que no se la reconoce. 1) Los padres, especialmente en las clases más pobres, en general sólo consultan al psiquiatra cuando el caso es desesperado, es decir, cuando ellos mismos no pueden hacer nada con el niño. Por esta razón, un gran número de casos jamás llega a la observación médica. 2) En los pacientes que el médico alcanza a ver, suele ser imposible para él, en un rápido y único examen, establecer la presencia de esquizofrenia. Por consiguiente, muchos casos son clasificados bajo diversas denominaciones, tales como “detención del desarrollo”, “deficiencia mental”, “predisposición psicopática”, “tendencias asociales”, etc. 3) La esquizofrenia en los niños es menos evidente y llamativa que en los adultos. Rasgos típicos de esta enfermedad son menos llamativos en un niño porque en menor grado son naturales en el desarrollo de niños normales. Síntomas tales como alejamiento de la realidad, falta de *rapport* emocional, incapacidad para concentrarse en cualquier ocupación, conducta tonta y charla sin sentido, no nos llaman tanto la atención en un niño, a quien no juzgamos con el mismo criterio con que juzgaríamos a un adulto. Excesiva movilidad, tanto como movimientos estereotipados en los niños son sumamente comunes y solamente difieren en grado de la hiperkinesia y estereotipia de los esquizofrénicos. La obediencia automática tiene que ser realmente muy llamativa para que los padres la consideren como otra cosa que “docilidad”. La conducta negativa es considerada a menudo como “traviesa” y la disociación es en el niño un fenómeno que la mayoría de las veces escapa a toda observación. La angustia fóbica de los niños contiene a menudo ideas de persecución de carácter paranoide⁵ y los temores hipocondríacos son hechos que requieren una observación muy profunda y que a menudo sólo pueden llegar a descubrirse mediante el análisis. 4) Más frecuentes incluso que las verdaderas psicosis son, en los niños, los rasgos psicóticos que, en circunstancias desfavorables, pueden desencadenar enfermedades posteriores.

Creo que la esquizofrenia, y, en particular la presencia de rasgos esquizofrénicos en los niños, es un fenómeno muchísimo más fre-

⁵ Véase mi artículo sobre “La personificación en el juego de los niños” (1929).

cuenta de lo que en general se supone. He llegado a la conclusión —por razones que explicaré en otro lugar— de que el concepto de esquizofrenia en particular y de psicosis en general, tales como se presentan en la infancia, debe ser ampliado y creo que una de las tareas fundamentales del psicoanálisis de niños consiste en descubrir y curar las psicosis infantiles. El conocimiento teórico adquirido en esta forma sería sin duda una valiosa contribución para nuestra comprensión de la estructura de la psicosis, y nos permitiría, al mismo tiempo, establecer diagnósticos más exactos entre las distintas enfermedades.

Si ampliamos, pues, el uso del término en la forma propuesta, creo que se justifica mi clasificación de la enfermedad de Dick como esquizofrenia. Es verdad que difiere de la esquizofrenia típica de los niños en el hecho de que el trastorno era en este caso una inhibición del desarrollo, mientras que en la mayoría de estos casos se trata de una regresión después que el niño ha superado con éxito cierta etapa de su desarrollo⁶. Además, a la naturaleza poco común del cuadro clínico se sumaba, en Dick, la gravedad del caso. No obstante, tengo mis razones para pensar que no es éste un caso aislado, puesto que recientemente han llegado a mi conocimiento otros dos casos análogos en niños de alrededor de la misma edad de Dick. Pienso, por lo tanto, que si estuviéramos en condiciones de hacer observaciones más penetrantes, encontraríamos muchos más casos similares.

Resumiré ahora mis conclusiones teóricas, obtenidas no sólo de mis observaciones en el caso de Dick sino también de otros casos menos extremos de esquizofrenia en niños entre cinco y trece años de edad, y también de mi experiencia analítica general.

Los estadios tempranos del complejo de Edipo están dominados por el sadismo. Tienen lugar durante una etapa del desarrollo que se inicia con el sadismo oral (al que se suman el sadismo uretral, muscular y anal) y termina cuando la predominancia del sadismo anal llega a su fin.

Es sólo en los estadios posteriores del conflicto edípico cuando aparece la defensa contra los impulsos libidinales; en los estadios tempranos es contra los impulsos *destructivos* asociados contra lo que se dirige la defensa. La primera defensa erigida por el yo va dirigida contra el propio sadismo del sujeto y contra el objeto atacado, ya que ambos son considerados como fuentes de peligro. Esta defensa tiene carácter violento y difiere de los mecanismos de represión. En el varón, esta poderosa defensa se dirige también contra su propio pene, como el órgano ejecutor de su sadismo, y es una de las

⁶ Sin embargo, el hecho de que el análisis permitiera establecer un contacto con la mente de Dick y que se haya obtenido algún resultado en un período de tiempo relativamente breve, hace pensar en la existencia de cierto desarrollo latente, además del escaso desarrollo manifiesto. Pero aun así, el grado total de desarrollo era tan anormalmente escaso, que la hipótesis de una regresión desde una etapa ya superada me parece difícilmente admisible en este caso.

causas más frecuentes de todas las perturbaciones de la potencia sexual.

Estas son mis hipótesis sobre la evolución de personas normales y neuróticas. Veamos ahora la génesis de la psicosis.

El período inicial de la fase de sadismo máximo es aquel en que los ataques son concebidos como de un carácter violento. He encontrado en este período el punto de fijación de la demencia precoz. En la segunda parte de esta fase los ataques fantaseados son imaginados como envenenamientos, y predominan los impulsos sádicos uretrales y anales. Creo que éste es el punto de fijación de la paranoia⁷. Quiero recordar aquí que Abraham sostuvo que en la paranoia la libido hace una regresión a la primera fase anal. Mis conclusiones coinciden con las hipótesis de Freud, según las cuales los puntos de fijación de la demencia precoz y de la paranoia deben buscarse en la etapa narcisista, los de la demencia precoz precederán a los de la paranoia.

Una excesiva y prematura defensa del yo contra el sadismo impide el establecimiento de la relación con la realidad y el desarrollo de la vida de fantasía. La posesión y exploración sádica del cuerpo materno y del mundo exterior (el cuerpo de la madre por extensión), quedan detenidas y esto produce la suspensión más o menos completa de la relación simbólica con cosas y objetos que representan el cuerpo de la madre y, por ende, del contacto del sujeto con su ambiente y con la realidad en general. Este retraimiento forma la base de la falta de afecto y angustia, que es uno de los síntomas de la demencia precoz. En esta enfermedad, entonces, la regresión iría directamente a la fase temprana del desarrollo en que la apropiación y destrucción sádica del interior de la madre —tal como lo concibe el sujeto en sus fantasías— y el establecimiento de una relación con la realidad han sido impedidos o refrenados debido a la angustia.

⁷ En otro trabajo me referiré al material en que se apoyan estas opiniones y daré entonces argumentos más detallados a favor de las mismas. (Véase mi *El psicoanálisis de niños*, O. C. M. K., tomo 2.)

13. LA PSICOTERAPIA DE LAS PSICOSIS

(1930)

Si se estudian los criterios diagnósticos de los psiquiatras, llama la atención el hecho de que, aunque parezca que son muy complicados y que cubren un amplio campo clínico, sin embargo, en esencia, se centran principalmente alrededor de un punto especial: la relación con la realidad. Pero evidentemente, la realidad en que piensa el psiquiatra es la realidad tanto subjetiva como objetiva del adulto normal. En tanto que esto se justifica desde el punto de vista social de la locura, ignora el hecho más importante: que los fundamentos de las relaciones con la realidad de la temprana infancia son de un carácter enteramente diferente. El análisis de niños pequeños entre dos años y medio y cinco años muestra claramente que para todos los niños, al principio, la realidad externa es principalmente un reflejo de la vida instintiva del propio niño. Ahora bien, la primera fase de relación humana está dominada por los impulsos sádico-orales. Estos impulsos sádicos son acentuados por experiencias de frustración y privación, y el resultado de este proceso es que todos los otros instrumentos de expresión sádica que posea el niño, a los que damos el rótulo de sadismo uretral, sadismo anal, sadismo muscular, se activan y dirigen a su vez hacia objetos. El hecho es que en esta fase en la imaginación del niño la realidad externa está poblada con objetos de los que se espera que tratarán al niño precisamente de la misma forma sádica con que el niño se siente impulsado a tratar a los objetos. Esta relación es realmente la realidad primitiva del niño muy pequeño.

En la primera realidad del niño no es exageración decir que el mundo es un pecho y un vientre lleno de objetos peligrosos, peligrosos a causa del impulso del propio niño a atacarlos. En tanto que el curso normal del desarrollo del yo es evaluar gradualmente los obje-

tos externos a través de una escala realista de valores, para el psicótico, el mundo —y esto en la práctica significa objetos— es valorado en el nivel original; es decir, que para el psicótico el mundo es todavía un vientre poblado de objetos peligrosos. Si, por consiguiente, se me pidiera que dé en pocas palabras una generalización válida para la psicosis yo diría que las agrupaciones principales corresponden a las defensas contra las principales fases de desarrollo del sadismo.

Una de las razones por las cuales estas relaciones no son generalmente apreciadas es que, aunque hay por supuesto casos de semejanzas bastante estrechas, por lo general los rasgos diagnósticos de psicosis en la infancia son esencialmente diferentes de los de la psicosis clásica. Por ejemplo, yo diría que el rasgo más siniestro en un niño de cuatro años sería la actividad no disminuida de los sistemas de fantasía característicos de un niño de un año; en otras palabras, una fijación, que clínicamente origina la detención del desarrollo. Aunque la fijación de la fantasía es sólo descubierta por el análisis, sin embargo hay muchas pruebas clínicas de retardo que rara vez o nunca son adecuadamente apreciadas.

En los pacientes que el médico llega a ver, es a menudo imposible para él, en un único examen rápido, establecer la presencia de una esquizofrenia. De modo que muchos casos de este tipo son clasificados bajo títulos imprecisos, tales como “detención del desarrollo”, “estado psicopático”, “tendencia asocial”, etc. Ante todo, en los niños la esquizofrenia es menos evidente que en los adultos. Rasgos característicos de esta enfermedad son menos llamativos en un niño porque, en menor grado, son naturales en el desarrollo de niños normales. Cosas tales como, por ejemplo, un marcado apartamiento de la realidad, falta de *rapport* emocional, incapacidad de concentrarse en cualquier ocupación, conducta tonta y charla sin sentido, no nos sorprenden como tan notables en los niños, y no las juzgamos como lo haríamos si aparecieran en adultos. Un exceso de actividad y movimientos estereotipados son muy comunes en los niños y difieren sólo en grado de la hiperkinesia y esterotipia de la esquizofrenia. La obediencia automática debe ser realmente muy notable para que los padres la consideren como otra cosa que “docilidad”. La conducta negativista es generalmente considerada como “travesura”, y la disociación es un fenómeno que por lo general escapa por completo a la observación del niño. El que la angustia fóbica de los niños contenga a menudo ideas de persecución de carácter paranoico y temores hipocondríacos es un hecho que requiere una observación muy directa y a menudo sólo puede ser revelado por el análisis. Incluso más comúnmente que psicosis encontramos en los niños rasgos psicóticos que en circunstancias desfavorables llevan a la enfermedad en la vida posterior (véase “La formación simbólica”, 1930a).

Podría dar un ejemplo de un caso en que acciones estereotipadas se basaban enteramente en una base de angustia psicótica, pero que de ningún modo hubieran hecho surgir tales sospechas. Un niño de

seis años jugaba durante horas a ser un policía que dirigía el tránsito, juego en el que tomaba ciertas actitudes una y otra vez, permaneciendo inmóvil en algunas de ellas durante bastante tiempo. Mostraba así signos de catatonía tanto como de estereotipia, y el análisis reveló el miedo y terror abrumadores característicos que encontramos en casos de psicosis. Es nuestra experiencia que este abrumador terror psicótico es obstruido típicamente como por una barricada mediante diversos recursos con los que están conectados los síntomas.

Está también el niño que vive la fantasía, y podemos ver cómo en su juego estos niños deben dejar fuera completamente la realidad, y sólo pueden conservar sus fantasías excluyéndola del todo. Estos niños encuentran intolerable cualquier frustración porque les recuerda la realidad; y son considerablemente incapaces de concentrarse en cualquier ocupación conectada con la realidad. Por ejemplo, un niño de seis años de este tipo jugaba repetidamente a que era el poderoso líder de una banda de salvajes cazadores y animales salvajes; luchaba, conquistaba y condenaba cruelmente a muerte a sus enemigos, que también tenían bestias salvajes a su servicio. Después los animales eran devorados. La lucha nunca terminaba, ya que siempre aparecían más animales. El transcurso del análisis ha revelado en este niño no sólo una grave neurosis sino también marcados rasgos paranoides. Se había sentido siempre conscientemente rodeado y amenazado por magos, soldados, brujas, etc. Como muchos niños este chico había mantenido invariablemente el contenido de su angustia en total secreto para los que lo rodeaban.

Además, encontré, por ejemplo, en un niño aparentemente normal, que tenía una desusada creencia obstinada en la constante presencia alrededor de él en todo momento de hadas y figuras amistosas como Papá Noel, que estas figuras encubrían su angustia de estar siempre rodeado por animales terroríficos que amenazaban atacarlo y tragárselo.

En mi opinión la esquizofrenia plenamente desarrollada es más común —y especialmente la aparición de rasgos esquizofrénicos es un fenómeno mucho más general— en la infancia de lo que se supone generalmente. He llegado a la conclusión de que el concepto de esquizofrenia en particular y el de psicosis en general que aparecen en la infancia, debe ser ampliado, y creo que una de las tareas principales del analista de niños es descubrir y curar las psicosis infantiles. El conocimiento teórico así adquirido sería sin duda una valiosa contribución para nuestra comprensión de la estructura de las psicosis y nos ayudaría también a lograr un diagnóstico diferencial más correcto entre las diversas enfermedades.

14. UNA CONTRIBUCION A LA TEORIA DE LA INHIBICION INTELLECTUAL

(1931)

Me propongo tratar aquí algunos mecanismos de la inhibición intelectual y comenzaré con un corto extracto de un análisis de un niño de siete años, ocupándome de los principales puntos de dos sesiones analíticas consecutivas. La neurosis del niño consistía en parte en síntomas neuróticos, en parte en dificultades de carácter, y también en inhibiciones intelectuales bastante graves. En el momento en que tuvieron lugar las dos sesiones que intento tratar, el niño llevaba más de dos años de tratamiento, y el material en cuestión ya había sido sometido a considerable análisis. En general la inhibición intelectual había disminuido gradualmente hasta cierto punto durante este período; pero sólo en estas dos sesiones se aclaró la conexión de este material con una de sus dificultades especiales respecto del aprendizaje. Esto me llevó a un progreso notable en lo concerniente a sus inhibiciones intelectuales.

El niño se quejaba de que no podía distinguir entre sí ciertos términos franceses. En la escuela había una lámina con diversos objetos para ayudar a los niños a comprender las palabras. Las palabras eran: *poulet*, pollo; *poisson*, pescado; *glace*, hielo. Siempre que se le preguntaba qué significaba alguna de estas palabras, contestaba invariablemente dando el significado de alguna de las otras dos, por ejemplo si se le preguntaba *poisson* contestaba hielo; *poulet*, pescado, etc. Esto le hacía sentirse bastante desesperado, y decía que nunca podría aprenderlas. Obtuve el material por asociación común, pero al mismo tiempo jugaba despreocupadamente en el cuarto.

Le pedí primero que me dijera en qué le hacía pensar *poulet*. Se colocó de espaldas sobre la mesa, balanceando las piernas y dibujando

do con un lápiz en un trozo de papel. Pensó en un zorro introduciéndose en un gallinero. Le pregunté a qué hora podía ocurrir esto y en vez de decir "de noche", contestó "a las cuatro de la tarde", hora en que yo sabía que a menudo su madre estaba fuera. "El zorro se introduce y mata a un pollito", y mientras dijo esto cortó lo que había dibujado. Le pregunté qué era y dijo: "No sé". Cuando lo miramos vimos que era una casa, cuyo techo había cortado. Se dio cuenta de que él mismo era el zorro, que el pollito era un hermanito y que el momento en que se introducía el zorro era precisamente cuando su madre había salido.

Ya habíamos trabajado mucho en lo que respecta a sus intensos impulsos agresivos y fantasías de atacar a un hermanito dentro de la madre mientras ésta estaba embarazada y después de su nacimiento, y también en lo que respecta a la intensa carga de culpa relacionada con estos impulsos y fantasías.¹ El hermano tiene ahora aproximadamente cuatro años. Cuando era un bebé había sido para mi paciente una espantosa tentación quedarse solo con él, aun durante un minuto, e incluso ahora, cuando la madre está fuera, vemos que sus deseos todavía funcionan. Esto se debía en parte a sus extremados celos del bebé, que gozaba del pecho de la madre.

Le pregunté en qué le hacía pensar *poisson* y comenzó a patear con más violencia y a llevar las tijeras cerca de los ojos y a tratar de cortarse el cabello, de modo que tuve que pedirle las tijeras. Me contestó sobre *poisson* que el pescado frito era muy lindo y le gustaba. Comenzó entonces nuevamente a dibujar, esta vez un hidroavión y un barco. No obtuve ninguna otra asociación para pescado y pasé al hielo. De éste dijo: "Un gran trozo de hielo es lindo y blanco, y se pone primero rosa y luego colorado". Le pregunté por qué hacía eso y dijo: "Se derrite". "¿Cómo es eso?" "Lo iluminó el sol". Aquí tenía bastante angustia y no pude obtener nada más. Cortó el barco y el hidroavión y trató de ver si podían flotar en el agua.

Al día siguiente mostró angustia y dijo que había tenido un mal sueño. "El pescado era un cangrejo. Estaba parado en un muelle, en la costa, donde había estado muchas veces con su madre. Se suponía que él debía matar un enorme cangrejo que salía del agua hacia el muelle. Le pegó un tiro con su pequeño revólver y lo mató con su espada, que no era muy eficiente. Ni bien mató al cangrejo, tuvo que matar otros y otros que seguían saliendo del agua". Le pregunté por qué tenía que hacer eso y dijo que para impedir que entraran al mundo, porque matarían a todo el mundo. En seguida que comenzamos con el sueño se colocó sobre la mesa en la misma posición que el día anterior, pateando más fuerte que nunca. Le pregunté entonces por qué pateaba, y contestó: "Estoy flotando en el agua y me ro-

¹ Estas tendencias hacia su hermano menor contribuyeron en gran medida a perturbar sus relaciones con su hermano mayor, que tenía cuatro años más que él, y en el que presuponía la existencia de intenciones similares hacia él.

dean cangrejos completamente". El día anterior las tijeras habían representado los cangrejos que lo mordían y lo cortaban, y por eso había dibujado un bote y un hidroavión, para escaparse de ellos. Le dije que él había estado en un muelle, y contestó: "Oh, sí, pero me caí al agua hace mucho". Casi todos los cangrejos querían meterse en un cuarto de carne que estaba en el agua y que parecía una casa. Era cordero, su carne preferida. Dijo que nunca habían estado adentro todavía, pero que podían entrar por las puertas y ventanas. Toda la escena en el agua era el interior de su madre —el mundo—. La casa de carne representaba el cuerpo de su madre y el suyo propio. Los cangrejos representaban el pene del padre y formaban legión. Eran grandes como elefantes, negros por fuera y rojos por dentro. Eran negros porque alguien los había hecho negros, y por eso todos se habían vuelto negros en el agua. Habían entrado en el agua del otro lado del mar. Alguien que quería volver negra el agua los había puesto allí. Resultó que los cangrejos representaban no sólo el pene del padre sino también sus propias heces. Uno de ellos no era más grande que una langosta y era rojo por dentro y por fuera. Este representaba su propio pene. También había mucho material que mostraba la identificación de sus heces con animales peligrosos que por orden suya (por una especie de magia) podían entrar en el cuerpo de su madre y dañar y envenenar tanto a ella como al pene del padre.

Creo que este material arroja alguna luz sobre la teoría de la paranoia. Aquí sólo puedo aludir muy brevemente a este punto; pero sabemos que Van Ophuijsen² y Stärcke³ han referido el "perseguidor" a la idea inconsciente del paranoico de su escibalo en sus entrañas, y al que identifica con el peñe del perseguidor. Tanto el caso en discusión como el análisis de muchos niños y adultos me han llevado a creer que el temor de una persona a sus heces como perseguidor, deriva en última instancia de sus fantasías sádicas, en las que emplea su orina y sus heces como armas venenosas y destructivas en sus ataques al cuerpo de la madre. En estas fantasías convierte a sus propias heces en cosas que persiguen a sus objetos; y por una suerte de magia (que en mi opinión es la base de la magia negra) las empuja secreta y cautelosamente en el ano y otros orificios de los objetos y los aloja dentro de sus cuerpos. Por haber hecho esto siente miedo de su propio excremento como sustancia peligrosa que está dañando su propio cuerpo; también siente miedo de los excrementos, introyectados dentro suyo, de sus objetos, puesto que espera que estos últimos le hagan ataques secretos similares por medio de sus peligrosas heces. Estos temores engendran el terror de tener una serie de perseguidores dentro del cuerpo y de ser envenenado; también engendran temores hipocondríacos. El punto de fijación de la paranoia está situado, se-

² Van Ophuijsen, 1920.

³ Stärcke, 1919.

gún creo, en el período de la fase de sadismo máximo en el cual el niño lleva a cabo sus ataques al cuerpo de la madre y al pene del padre que supone estar allí, por medio de sus heces transformadas en animales o sustancias venenosas y peligrosas⁴.

Puesto que, como resultado de sus impulsos sádico-uretrales, el niño considera a la orina como algo peligroso que quema, corta y envenena, ya está preparado el camino para que piense en el pene como cosa sádica y peligrosa. Y sus fantasías del escíballo como perseguidor —fantasías formadas bajo el predominio de las tendencias sádico-anales, y que hasta tanto se puede ver preceden a la idea del peligroso pene como perseguidor— también tienden hacia la misma dirección, en virtud del hecho de que él equipara excrementos y pene. A consecuencia de la ecuación entre ambos, las peligrosas propiedades de las heces sirven para aumentar el carácter peligroso y sádico del pene, y del objeto perseguidor que está identificado con ella.

En este caso los cangrejos representaban una combinación de las heces peligrosas y el peligroso pene del niño y de su padre. Al mismo tiempo el niño se sentía responsable del empleo de todos estos instrumentos y fuentes de destrucción, puesto que sus propios deseos sádicos contra sus padres en coito, transformaban al pene del padre y a sus excrementos en animales peligrosos, de modo que su padre y su madre se destruían uno al otro.

En su imaginación John también había atacado al pene del padre con sus propias heces y de este modo lo había hecho más peligroso que antes; y había puesto sus propias heces peligrosas dentro del cuerpo de su madre.

Le pregunté nuevamente en qué le hacía pensar *glace* (hielo) y empezó a hablar de un vaso y se dirigió a la canilla y bebió un vaso de agua. Dijo que era malta —que le gusta— y habló de un vaso que tenía “pequeños trozos” rotos, queriendo decir cristal tallado. Dijo que el sol había estropeado este vaso, como había estropeado el gran bloque de hielo del que había hablado el día anterior. Dijo que había disparado al vaso y arruinado también toda la malta. Cuando le pregunté cómo le había disparado al vaso, dijo: “Con su calor”.

⁴ Véase mi artículo: “La importancia de formación de símbolos en el desarrollo del yo”. La concepción allí presentada está de acuerdo con la teoría de Abraham de que en los paranoicos la libido ha hecho una regresión al primer estadio anal; ya que la fase del desarrollo en la que el sadismo alcanza su punto máximo, comienza en mi opinión, con la emergencia de los instintos sádico-orales y finaliza con la declinación del primer estadio anal. Este período de la fase que ha sido descrito más arriba, y que a mi entender, forma la base de la paranoia, surgiría por consiguiente en la época en que predomina el primer estadio anal. De tal manera la teoría de Abraham se ampliaría en dos direcciones. En primer lugar vemos que hay una cooperación intensiva de los diversos instrumentos del sadismo del niño en esta fase, y en especial, además de su sadismo oral, qué enorme importancia atribuye a sus hasta entonces poco reconocidas tendencias sádico-uretrales, para reforzar y elaborar sus tendencias sádico-anales. En segundo lugar, logramos una comprensión más detallada de la estructura de las fantasías en que se expresan sus impulsos sádico-anales pertenecientes al primer estadio.

Mientras decía esto eligió un lápiz amarillo entre varios lápices que estaban delante suyo, y comenzó a hacer puntos y agujeros en un trozo de papel, luego hizo agujeros hasta que finalmente lo redujo a tiras. Luego empezó a cortar el lápiz con un cuchillo, rebanando el amarillo de fuera. El lápiz amarillo representaba al sol, que simbolizaba su pene y orina quemantes. También, por asociación verbal, la palabra “sol” lo representaba a él, el “hijo”. * En muchas de sus sesiones analíticas había quemado trozos de papel, fósforos y cajas de fósforos en la estufa, y al mismo tiempo, o alternando con esto, los había rasgado o había echado agua sobre ellos y los había enjabonado o cortado en pedazos. Estos objetos representaban el pecho de su madre o toda su persona. También había roto vasos repetidamente en la habitación de juego. Representaban el pecho de la madre y también el pene del padre.

El sol tenía otra significación más como pene sádico del padre. Mientras estaba cortando el lápiz dijo una palabra que resultó estar construida por las palabras “ir” y el nombre de pila de su padre. Así el vaso era destruido tanto por el hijo como por el padre; representaba el pecho y la malta significaba leche. El gran trozo de hielo que tenía el mismo tamaño de la casa de carne, representaba el cuerpo de su madre; estaba derretido y arruinado por el calor del niño y por el pene y orina del padre; y cuando enrojecía esto simbolizaba la sangre de la madre lastimada.

John me mostró una tarjeta de Navidad con un bulldog, y un pollito muerto al que evidentemente había matado. Ambos estaban pintados de marrón. Dijo: “Ya sé, son todos lo mismo, el pollito, el hielo, el vaso y los cangrejos”. Le pregunté por qué eran todos lo mismo, y dijo: “Porque son todos marrones y están todos rotos y muertos”. Esta es la razón de que no pudiera distinguir entre estas cosas, porque todos estaban muertos; él había matado a todos los cangrejos, pero los pollitos, que representaban a los bebés, y el hielo y el vaso que representaban a la madre, estaban todos sucios y lastimados, o muertos también.

Después de esto, en la misma sesión, empezó a dibujar líneas paralelas que se hacían más estrechas y más amplias. Era el símbolo de la vagina más claro posible. Entonces puso su pequeña locomotora sobre ella y la dejó ir sobre las vías hasta la estación. Estaba muy aliviado y contento. Sentía ahora que podía tener relación sexual simbólicamente con la madre; mientras que antes de este análisis su cuerpo era para él un lugar de horrores. Esto parece mostrar lo que uno puede ver confirmado en el análisis de todo hombre: que su miedo al cuerpo de la mujer como un lugar lleno de destrucción puede ser una de las causas principales de perturbación de la potencia. Pero esta angustia es también un factor básico de inhibición del impulso epistemofílico, ya que el interior del cuerpo de la madre es el

* En inglés *sun* (sol) y *son* (hijo) son homófonos. [T.]

primer objeto de ese impulso; en la fantasía es explorado e investigado, y también atacado con todo el armamento sádico, incluyendo el pene como un arma peligrosa y ofensiva, y ésta es otra causa de la subsiguiente impotencia en los hombres: penetrar y explorar son en gran medida sinónimos para el inconsciente. Por esta razón, después del análisis de su angustia relacionada con su propio pene sádico y el de su padre —el punzante lápiz amarillo homologado al sol quemante— John fue mucho más capaz de representarse a sí mismo simbólicamente en coito con la madre e investigando su cuerpo. Al día siguiente podía mirar atentamente y con interés la lámina de la pared de la escuela y podía distinguir fácilmente las palabras unas de otras.

J. Strachey ha mostrado⁵ que leer tiene el significado inconsciente de tomar conocimiento del cuerpo de la madre, y que el temor a robarla es un factor importante para las inhibiciones en la lectura. Quisiera agregar que es esencial para un desarrollo favorable del deseo de conocimiento que se sienta que el cuerpo de la madre está bien y no lastimado. Representa en el inconsciente la casa del tesoro, de todo lo deseable que sólo puede conseguirse allí; por consiguiente, si no está destruido, si no está demasiado en peligro y entonces él mismo no es tan peligroso, puede llevarse más fácilmente a cabo el deseo de tomar de él alimento para la mente.

Cuando describí la lucha que en la fantasía tenía John dentro del cuerpo de la madre con los penes del padre (cangrejos) —en realidad con un enjambre de ellos— señalé que la casa de carne, en la que aparentemente no habían irrumpido y en la que John trataba de impedir que entraran, representaba no sólo el interior del cuerpo de su madre, sino también su propio interior. Sus defensas contra la angustia se expresaban aquí en elaborados desplazamientos e inversiones. Al principio lo que él comía era un rico pescado frito. Después se convertía en un cangrejo. En la primera versión sobre el cangrejo él estaba parado en el muelle y trataba de impedir que los cangrejos se arrastraran fuera del agua. Pero surgió que él realmente se sentía a sí mismo en el agua, y allí —dentro de su madre— a merced del padre. En esta versión trataba aún de sostener la idea de que estaba impidiendo que los cangrejos entraran en la casa de carne, pero su miedo más profundo era que los cangrejos *ya habían* entrado en ella y la estaban destruyendo, y sus esfuerzos eran para sacarlos afuera otra vez. Tanto el mar como la casa de carne representaban el cuerpo de su madre.

Debo señalar ahora otra fuente de angustia que está estrechamente conectada con la de destruir a la madre, y mostrar cómo influye en las inhibiciones espirituales y perturbaciones de desarrollo del yo. Esto está conectado con el hecho de que la casa de carne era no sólo el cuerpo de su madre sino también el suyo. Tenemos aquí una representación de las tempranas situaciones de angustia que surgen en am-

⁵ Strachey, 1930.

bos sexos del impulso sádico-oral de devorar los contenidos del cuerpo de la madre, y especialmente los penes que se imagina que están dentro de él. El pene del padre, que desde el punto de vista oral de succión es homologado al pecho, y que se convierte así en un objeto de deseo,⁶ es entonces incorporado y en la fantasía del varón se transforma muy rápidamente a consecuencia de sus ataques sádicos contra él, en un terrorífico agresor interno y es homologado a animales o armas peligrosas y asesinas. A mi entender es el pene del padre introyectado el que forma el núcleo del superyó paterno.

El ejemplo del caso de John muestra: a) que la destrucción imaginada que ha sido infligida al cuerpo de la madre es también esperada e imaginada como habiendo ocurrido en su propio cuerpo; b) cómo se siente el miedo a los ataques en el interior del propio cuerpo por los penes internalizados del padre y por las heces.

Así como la angustia excesiva con respecto a la destrucción infligida al cuerpo de la madre inhibe la capacidad de obtener una *concepción clara* de sus contenidos, así también en forma análoga la angustia relativa a las cosas terribles y peligrosas que están sucediendo dentro del propio cuerpo puede suprimir toda investigación sobre él; y esto nuevamente es un factor de la inhibición intelectual.⁷ Para ilustrar esto del caso de John: el día después del análisis del sueño del cangrejo, esto es, el día en el que se encontró a sí mismo repentinamente capaz de distinguir las palabras francesas, John comenzó su análisis diciendo: "Voy a dar vuelta mi cajón"; éste era el cajón en el que guardaba los juguetes que usaba en su análisis; durante meses había arrojado en él toda clase posible de desperdicios, trozos de papel, cosas pegajosas con goma, trocitos de jabón, pedacitos de cuerda, etc., sin que nunca se hubiera decidido a limpiarlo.

Ahora sacó todos sus contenidos y tiró las cosas inútiles o rotas. El mismo día encontró en un cajón de su casa su lapicera, que durante meses no había podido hallar. Así en forma simbólica había mirado dentro del cuerpo de su madre y lo había reparado, y también había encontrado otra vez su pene. Pero el cajón representaba también su propio cuerpo; se expresó su impulso ahora menos inhibido de familiarizarse con sus contenidos, como lo mostró el curso de su análisis.

⁶ Esto se demuestra por su asociación sobre el rico pescado frito, que le gustaba.

⁷ En un artículo que apareció hace algunos años ("Análisis infantil") examiné una forma especial de inhibición en la capacidad de representarse el interior del cuerpo de la madre con sus funciones especiales de concepción, embarazo y parto: la perturbación del sentido de orientación y el interés por la geografía. Señalé entonces, sin embargo, que el efecto de esta inhibición puede ir mucho más allá y afectar toda la actitud hacia el mundo externo y perturbar la orientación en su sentido más amplio y metafórico. Desde entonces, la investigación posterior me ha mostrado que esta inhibición se debe al miedo del cuerpo de la madre, a consecuencia de los ataques sádicos contra él; y ha demostrado también que las tempranas fantasías sádicas sobre el cuerpo de la madre, y una capacidad de elaborar éstas exitosamente, tienden un puente hacia las relaciones objetales y la adaptación a la realidad, influyendo así fundamentalmente en la posterior relación del sujeto con el mundo externo.

sis, en una cooperación mucho mayor de su parte en el trabajo analítico y el más profundo *insight* en sus propias dificultades. Este *insight* más profundo fue el resultado de un progreso en el desarrollo de su yo que siguió a este fragmento particular del análisis de su superyó amenazador. Porque, como sabemos de nuestra experiencia con niños, especialmente con los muy pequeños, el análisis de los estadios tempranos de la formación del superyó promueve el desarrollo del yo al disminuir el sadismo del superyó y del ello.

Pero en lo que deseo llamar la atención aquí, además de esto, es en la conexión que puede observarse una y otra vez en análisis entre la disminución de la angustia por parte del yo con respecto al superyó, y una capacidad aumentada en el niño de conocer sus propios procesos intrapsíquicos y de controlarlos con mayor eficacia a través de su yo. En el presente caso limpiar representaba inspeccionar la realidad intrapsíquica. Cuando John estaba arreglando su cajón, estaba arreglando su propio cuerpo y separando sus posesiones de las cosas que había robado del cuerpo de la madre, tanto como separando heces "malas" de heces "buenas", y objetos "malos" de "buenos". Al hacer esto John vinculaba las cosas rotas, dañadas y sucias con el objeto "malo", heces "malas" y niños "malos", de acuerdo con el inconsciente, en el que el objeto dañado se convierte en "malo" y peligroso.

En la medida en que John podía ahora examinar los diferentes objetos y ver cómo podía usárselos o qué daño habían sufrido, etc., se mostraba a sí mismo como animándose a enfrentar los estragos imaginados infligidos por su superyó y su ello; o sea, estaba llevando a cabo una prueba de la realidad. Esto permitió a su yo funcionar mejor al hacer decisiones sobre para qué podían usarse las cosas, si podían ser reparadas o había que tirarlas, etc. Al mismo tiempo se pusieron más en armonía su superyó y su ello, y entonces el yo, más fuerte, pudo enfrentarlos mejor.

En relación con esto quisiera volver una vez más al tema de su redescubrimiento de la lapicera. Hasta aquí lo hemos interpretado en el sentido de que había disminuido su temor a las cualidades destructivas y peligrosas de su pene —en última instancia a su sadismo— y era capaz de reconocer la posesión de tal órgano.

Estas líneas de interpretación nos descubren las causas subyacentes tanto de la potencia sexual como de los instintos epistemofílicos, ya que descubrir y penetrar en las cosas son actividades homologadas en el inconsciente. Además de esto la potencia en el hombre (o en el caso del varoncito, las condiciones psicológicas para ella) es la base para el desarrollo de gran número de actividades, intereses creativos y capacidades.

Pero —y esto es lo que quiero señalar— tal desarrollo depende de que el pene se haya convertido en el representante del yo del individuo. En los primeros estadios de su vida el varón considera su pene como el órgano ejecutor de su sadismo, y por consiguiente se con-

vierte en el vehículo de sus sentimientos primarios de omnipotencia. Por esta razón, y porque siendo un órgano externo, puede ser examinado y puesto a prueba en diversas formas, adquiere la significación de su yo, sus funciones yoicas y su conciencia; mientras que el pene internalizado e invisible de su padre —su superyó—, sobre el que no puede saber nada, se convierte en el representante de su inconsciente. Si el temor del niño a su superyó y a su ello es demasiado poderoso, no sólo será incapaz de saber sobre los contenidos de su cuerpo y sus procesos mentales, sino que también será incapaz de usar su pene en su aspecto psicológico como órgano regulador y ejecutor de su yo, de modo que también sus funciones yoicas estarán sujetas a inhibiciones en estos sentidos.

En el caso de John, encontrar la lapicera significaba no sólo que había reconocido la existencia de su pene y el orgullo y placer que le daba, sino que también había reconocido la existencia de su propio yo: actitud que se expresó en su mayor progreso del desarrollo de su yo y una ampliación de sus funciones yoicas tanto como en la disminución del poder de su superyó que hasta entonces había dominado la situación.

Para resumir lo que se ha dicho: mientras que el progreso en la capacidad de John para concebir el estado del interior del *cuerpo de su madre* llevó a una mayor capacidad de comprender y apreciar el mundo externo, la reducción de su inhibición para saber realmente sobre el interior de su *propio* cuerpo, llevó al mismo tiempo a una más profunda comprensión y mejor control de sus procesos. Lo primero resultó en mayor capacidad de incorporar conocimientos; lo segundo trajo consigo mejor capacidad de elaborar, organizar y correlacionar los conocimientos obtenidos, y también de volver a darlos, o sea devolverlos, formularlos o expresarlos —un progreso en el desarrollo del yo—. Estos dos contenidos fundamentales de la angustia (relacionada con el cuerpo de la madre y con el propio cuerpo) se condicionan mutuamente y reaccionan uno sobre el otro en cada detalle, y del mismo modo la mayor libertad de las dos funciones de introyección y extrayección (o proyección), resultante de una reducción de la angustia de estas fuentes, permite que ambos sean empleados en forma más adecuada y menos compulsiva.

Pero, cuando el superyó ejerce una dominación demasiado amplia sobre el yo, con frecuencia este último en sus intentos de mantener el control por medio de la represión sobre el ello y los objetos internalizados, se cierra a las influencias del mundo externo y sus objetos despojándose así de toda fuente de estímulo que formaría la base de los intereses y realizaciones de su yo, tanto de las del ello como de las de fuentes externas.

En los casos en que ha mantenido su preponderancia la significación de la realidad y de los objetos como reflejos del temido mundo interno e *imágenes*, los estímulos del mundo externo pueden sentirse casi tan alarmantes como la fantaseada dominación de los objetos

internalizados, que han tomado posesión de toda iniciativa y a los que el yo se siente compulsivamente obligado a someter la ejecución de toda actividad y operaciones intelectuales, y además por supuesto la responsabilidad por ellas. En ciertos casos, inhibiciones graves para el aprendizaje están combinadas con conducta huraña e ineducabilidad y actitud de suficiencia; lo que he encontrado entonces es que el yo se siente oprimido y paralizado por una parte por las influencias del superyó a las que siente tiránicas y peligrosas, y por otra parte su desconfianza para aceptar las influencias de los objetos reales, a menudo porque se los siente en completa oposición a las exigencias del superyó, pero más frecuentemente porque están demasiado identificados con las temidas influencias internas. El yo trata entonces (por medio de la proyección al mundo externo) de demostrar su independencia de las *imágenes* rebelándose contra todas las influencias que emanan de los *objetos reales*. El grado en que pueda ser conseguida una reducción del sadismo y de la angustia y de la actuación del superyó, de modo que el yo adquiera una base más amplia para funcionar, determina el grado de progreso de la accesibilidad del paciente a la influencia del mundo externo, junto con una progresiva resolución de sus inhibiciones intelectuales.

Hemos visto que los mecanismos examinados llevan a ciertas clases definidas de inhibiciones intelectuales. Pero cuando entran en un cuadro clínico adquieren el carácter de rasgos psicóticos. Sabemos ya que el miedo de John a los cangrejos como perseguidores internos era de carácter paranoide. Además, esta angustia lo hacía cerrarse a las influencias externas, a los objetos y a la realidad externa: estado mental que consideramos como una de las indicaciones de perturbación psicótica, aunque en este caso el resultado principal fue una disminución de las capacidades intelectuales del paciente. Pero que incluso en casos como éste la operación de tales mecanismos no se limita a la producción de inhibiciones intelectuales, se ve en los grandes cambios que tienen lugar en toda la persona y en su carácter no menos que en la disminución de los rasgos neuróticos que pueden observarse, a medida que progresa el análisis de la inhibición intelectual, especialmente si el paciente es un niño o una persona joven.

En John, por ejemplo, pude establecer el hecho de que una marcada aprensión, ocultación y mentiras, tanto como una intensa desconfianza a todo, que eran parte de su estructura mental, desaparecieron completamente en el curso de su análisis, y que tanto su carácter como el desarrollo de su yo cambiaron mucho y mejoraron. En este caso los rasgos paranoides en su mayor parte se habían modificado hasta llegar a ciertas distorsiones de carácter e inhibiciones intelectuales; pero resultó que también habían llevado a una cantidad de síntomas neuróticos.

Mencionaré aquí uno o dos mecanismos más de inhibición intelectual, esta vez de carácter definidamente neurótico-obsesivo, que aparecen como resultado de la intensa actuación de situaciones

tempranas de angustia. En alternancia con una inhibición del tipo antes descrito vemos a veces el extremo opuesto como resultado: un anhelo de incorporar todo lo que se ofrece, junto con la incapacidad de distinguir entre lo que es valioso y lo que no lo es. En varios casos he notado que estos mecanismos empezaban a establecerse y a hacer sentir su influencia cuando el análisis había logrado disminuir los mecanismos de tipo psicótico que acabamos de examinar. Este apetito de alimento intelectual que ocupó el lugar de la anterior incapacidad del niño para incorporar nada, fue acompañado por otros impulsos obsesivos, en especial por un deseo de coleccionar cosas y acumularlas y por las correspondientes compulsiones a abandonar las cosas indiscriminadamente o sea, a expulsarlas. La incorporación obsesiva de este tipo, a menudo se acompaña de un sentimiento de vacío en el cuerpo, de empobrecimiento —una sensación que mi paciente John solía tener con mucha intensidad— y descansa sobre la angustia del niño, proveniente de los niveles más profundos de su mente, de que su interior haya sido destruido o esté lleno de sustancias “malas” y peligrosas, que sea pobre en sustancias “buenas” o que éstas falten por completo. Este material ansiógeno sufre mucho más remodelación y alteración por los mecanismos obsesivos que por los psicóticos.

Mis observaciones de este caso, tanto como de otros neuróticos obsesivos, me han llevado a establecer conclusiones sobre los mecanismos obsesivos especiales relacionados con el fenómeno de la inhibición intelectual que nos interesa en este momento. Antes de enunciarlas brevemente, dejadme decir que a mi entender, como en seguida estableceré con detalles, los mecanismos y síntomas obsesivos en general sirven al propósito de ligar, modificar y detener la angustia perteneciente a los niveles más primitivos de la mente, de modo que las neurosis obsesivas están edificadas sobre la angustia de las primeras situaciones de peligro.

Retornemos al tema: creo que la colección y acumulación de cosas del niño, compulsiva, casi voraz (incluyendo el conocimiento como sustancia), está basada entre otros factores que no es necesario mencionar aquí, en su siempre renovado intento a) de apresar sustancias y objetos “buenos” (en última instancia, leche “buena”, heces “buenas”, un pene “bueno” y niños “buenos”) y paralizar con su ayuda la acción de los objetos y sustancias “malos” dentro de su cuerpo; y b) acumular suficientes reservas dentro de sí mismo para ser capaz de resistir a los ataques de sus objetos externos, y si es necesario devolver al cuerpo de su madre, o a sus objetos, lo que les ha robado. Como sus intentos de hacer esto por medio de actos obsesivos están continuamente perturbados por apariciones de angustia de muchas fuentes contrarias (por ejemplo, su duda de si lo que acaba de incorporar dentro suyo es realmente “bueno” y si lo que ha arrojado fuera era realmente la parte “mala” de su interior; o su temor de que al poner más material dentro de sí fue culpable una vez más

de robar al cuerpo de su madre) podemos comprender por qué estaba bajo la constante obligación de repetir sus intentos y cómo esta obligación es en parte responsable del carácter compulsivo de su conducta.

En el presente caso ya hemos visto cómo en la proporción en que disminuyó la influencia del feroz y fantástico superyó del niño —en última instancia, su propio sadismo— perdieron su eficacia los mecanismos que hemos reconocido como psicóticos y que originaron sus inhibiciones intelectuales. Me parece que una disminución de este tipo en la severidad del superyó debilita los mecanismos de la inhibición intelectual que son también del tipo neurótico obsesivo. Si esto es así, entonces demostraría que la presencia de situaciones tempranas de angustia excesivamente fuertes y la predominancia de un superyó amenazador proveniente de los primeros estadios de su formación son factores fundamentales, no sólo en la génesis de la psicosis⁸ sino también en la producción de perturbaciones del desarrollo e inhibiciones intelectuales.

⁸ Para una exposición de esta teoría, véanse mis artículos "La personificación en el juego de los niños" y "La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo", y también mi libro *El psicoanálisis de niños*.

15. EL DESARROLLO TEMPRANO DE LA CONCIENCIA EN EL NIÑO

(1933)

Una de las más importantes contribuciones de la investigación psicoanalítica ha sido el descubrimiento de los procesos mentales que subyacen al desarrollo de la conciencia del individuo. En su tarea de sacar a la superficie las tendencias instintivas inconscientes, Freud ha reconocido también la existencia de las fuerzas que sirven de defensa contra ellas. Según sus hallazgos, que la práctica psicoanalítica ha confirmado en cada caso, la conciencia de la persona es un precipitado o representante de sus primeras relaciones con los padres. En cierto modo, ha incorporado sus padres a sí, los ha puesto en su interior. Y entonces ellos se convierten en una parte diferenciada de su yo —su superyó—, en un agente que presenta, contra el resto del yo, ciertas exigencias, reproches y admoniciones, y que se opone a sus impulsos instintivos.

Freud ha demostrado que el funcionamiento de ese superyó no se limita a la mente consciente, no es sólo lo que se entiende por conciencia, sino que ejerce también una influencia inconsciente y a menudo sumamente opresiva, influencia que constituye un importante factor, tanto en las enfermedades mentales como en el desarrollo de la personalidad normal. Este nuevo descubrimiento ha hecho que la investigación psicoanalítica enfoque cada vez más el estudio del superyó y de sus orígenes.

En el curso de mis análisis de niños pequeños, mientras comenzaba a adquirir conocimiento directo de los cimientos sobre los que estaba construida su personalidad, me topé con ciertos hechos que parecían admitir una ampliación, en determinadas direcciones, de la teoría de Freud al respecto. No podía haber duda alguna de que un su-

peryo había estado en plena actividad, durante cierto tiempo, en mis pequeños pacientes de entre dos años y nueve meses, y cuatro años de edad, en tanto que, según la concepción aceptada, el superyó no comenzaba a funcionar hasta que había desaparecido el complejo de Edipo, es decir, aproximadamente en el quinto año de vida. Más aun, mis datos demostraban que este primer superyó era inconmensurablemente más riguroso y cruel que el del niño mayor o el del adulto, y que, literalmente, aplastaba el débil yo del niño pequeño.

Es verdad que en el adulto encontramos en funciones un superyó más severo de lo que fueron en realidad los padres del sujeto, y que en modo alguno es idéntico a éstos.¹ Esto no obstante, se les aproxima más o menos. Pero en el niño pequeño encontramos un superyó de características altamente increíbles y fantásticas. Y cuanto más pequeño es el niño, o cuanto más profundo el plano mental en que penetramos, tanto más sucede eso. Llegamos a considerar que el temor del niño a ser devorado, o cortado o despedazado, o su terror a ser rodeado y perseguido por figuras amenazadoras, es un componente regular de su vida mental; y sabemos que el lobo comedor de hombres, el dragón vomitador de fuego y todos los monstruos malignos surgidos de los mitos y los cuentos de hadas florecen y ejercen su influencia inconsciente en la fantasía de cada niño, que se siente perseguido y amenazado por esas formas adversas. No me queda ninguna duda, gracias a mis observaciones analíticas, de que las identidades que se ocultan detrás de esas figuras imaginarias, aterradoras, son las de los padres del propio niño, ni de que, de uno u otro modo, esas terroríficas formas reflejan características del padre y la madre del chiquillo, por deformada y fantástica que pueda parecer la semejanza.

Si aceptamos estos hechos de las primeras observaciones analíticas y admitimos que las cosas que el niño teme son esos monstruos y animales salvajes que ha internalizado en sí y que iguala a sus padres, nos vemos arrastrados a las siguientes conclusiones: 1) El superyó del niño no coincide con el cuadro presentado por sus padres reales, sino que es creado con elementos imaginarios de ellos, o *imago*s, que ha incorporado a sí. 2) Su temor a los objetos reales —su ansiedad fóbica— se basa en su temor a su yo irrealista y a los objetos que son reales en sí mismos, pero que él contempla bajo una luz fantástica debido a la influencia de su superyó.

Esto nos trae al problema que para mí es el central en toda la cuestión de la formación del superyó. ¿Cómo se lleva a cabo la creación, por parte del niño, de una imagen tan fantástica de sus padres, una imagen tan alejada de la realidad? La respuesta se en-

¹ En "Symposium on Child Analysis" (1927) fueron presentadas opiniones similares, basadas en el análisis de adultos y vistas desde ángulos un tanto distintos, por Ernest Jones, Joan Riviere, Edward Glover y Nina Searl. La opinión de Nina Searl también fue confirmada por su experiencia en análisis infantiles.

contrará en los hechos descubiertos en los análisis infantiles. Al penetrar en las capas más profundas de la mente del niño y descubrir esas enormes cantidades de ansiedad —esos temores hacia objetos imaginarios y esos terrores a ser atacado de todos los modos posibles—, dejamos también al desnudo una cantidad correspondiente de impulsos de agresión reprimidos, y podemos observar la relación causal que existe entre los temores del niño y sus tendencias agresivas.

En su libro *Más allá del principio del placer*, Freud formuló una teoría según la cual, al comienzo de la vida en el organismo humano, el instinto de agresión, o instinto de muerte, es opuesto y contenido por la libido o instinto de vida, el Eros. A continuación se produce una fusión de los dos instintos, que da nacimiento al sadismo. A fin de evitar ser destruido por su propio instinto de muerte, el organismo emplea su libido narcisista o de autoconservación para expulsar a aquél hacia afuera y dirigirlo contra sus objetos. Freud considera que este proceso es fundamental para las relaciones sádicas de la persona con sus objetos. Y yo diría, más aun, que paralelamente a esa desviación hacia afuera del instinto de muerte, contra los objetos, se produce una reacción intrapsíquica de defensa contra la parte del instinto que no ha podido ser exteriorizada de tal modo. Porque el peligro de ser destruido por ese instinto de agresión provoca, creo, una excesiva tensión en el yo, que es sentida por éste como una ansiedad,² de modo que se ve, en el comienzo mismo de su desarrollo, ante la tarea de movilizar la libido contra su instinto de muerte. Sin embargo, sólo puede llevar a cabo en forma imperfecta esa misión, ya que, debido a la fusión de los dos instintos, no puede ya, como lo sabemos, efectuar una separación entre los mismos. Se produce una división en el ello, o en los planos instintivos de la psique, debido a la cual una parte de los impulsos instintivos es dirigida contra la otra.

Esta medida defensiva por parte del yo, aparentemente la primera, constituye, creo, la piedra fundamental del desarrollo del superyó, cuya excesiva violencia en esa primera etapa quedaría así explicada por el hecho de que es un producto de intensísimos instintos destructivos y de que contiene, juntamente con cierta proporción de impulsos libidinales, cantidades sumamente grandes de impulsos agresivos.³

Este punto de vista hace que resulte menos difícil entender por qué el niño forma imágenes monstruosas y fantásticas de sus padres. Porque percibe que su ansiedad surge de sus instintos agresivos, co-

² Esta tensión, es verdad, es sentida asimismo como una tensión libidinal, puesto que los instintos destructivo y libidinal se funden; pero su efecto de causar ansiedad es referible, en mi opinión, a sus componentes destructivos.

³ Freud dice: "... que la severidad original del superyó no representa —o no representa en tan gran proporción— la severidad que ha sido experimentada o anticipada del objeto, sino la agresividad del niño hacia dicho objeto". *El malestar en la cultura*, O.C., 21.

mo temor hacia un objeto externo, porque ha hecho de dicho objeto su meta, de tal modo que parecen iniciarse contra él mismo desde ese terreno.⁴

De esa manera, desplaza la fuente de su ansiedad hacia afuera y convierte sus objetos en objetos peligrosos; pero, en definitiva, ese peligro pertenece a sus propios instintos agresivos. Por ese motivo, su temor hacia los objetos será siempre proporcionado al grado de sus impulsos sádicos.

Sin embargo, no se trata simplemente de una cuestión de convertir una cantidad dada de sadismo en una cantidad correspondiente de ansiedad. La relación es también una relación de contenido. El temor del niño hacia su objeto y hacia los ataques imaginarios que sufrirá de éste se ajusta en todos los detalles a los particulares impulsos agresivos y fantasías que experimenta con respecto a su ambiente. De ese modo, cada niño crea *imagos* de sus padres que le son peculiares; aunque en cada caso esas *imagos* serán de un carácter irreal y terrorífico.

Según mis observaciones, la formación del superyó comienza al mismo tiempo que el niño efectúa la primera introyección oral de sus objetos.⁵ Puesto que las primeras *imagos* que de tal modo forma son dotadas de todos los atributos del intenso sadismo correspondiente a este estadio de su desarrollo, y puesto que serán proyectadas una vez más sobre objetos del mundo exterior, el chiquillo es dominado por el temor de sufrir ataques inimaginablemente crueles, tanto de sus objetos reales como de su superyó. Su ansiedad sirve para aumentar sus impulsos sádicos, al acicatearle a destruir dichos objetos hostiles a fin de escapar a sus embestidas. El círculo vicioso que de tal modo queda establecido y en el que la ansiedad del niño le impulsa a destruir su objeto, produce un aumento de su propia ansiedad, cosa que, a su vez, le lanza contra su objeto y constituye un mecanismo psicológico que, en mi opinión, se encuentra en el fondo de las tendencias asociales y criminales del individuo. Así, debemos suponer que la responsable de la conducta de las personas asociales y criminales es la excesiva severidad y la aplastante crueldad del superyó, y no la debilidad o la falta de dicha severidad, como se cree habitualmente.

En una etapa un tanto posterior del desarrollo, el temor al superyó hará que el yo se aparte del objeto provocador de la ansiedad. Es-

⁴ Incidentalmente, el niño tiene motivos reales para temer a su madre, puesto que cobra cada vez más conciencia de que ella tiene el poder de concederle o negarle la satisfacción de sus necesidades.

⁵ Este punto de vista está también basado en mi creencia de que las tendencias edípicas del niño, asimismo comienzan mucho antes de lo que se creía hasta ahora, a saber, mientras todavía se encuentra en su etapa de lactancia, mucho antes de que sus impulsos genitales hayan adquirido primacía. En mi opinión, el niño incorpora sus objetos edípicos durante la etapa oral-sádica, y en ese momento empieza a desarrollarse su superyó, en estrecha relación con sus primeros impulsos edípicos.

te mecanismo de defensa puede crear una defectuosa o menoscabada relación del niño con los objetos.

Como lo sabemos, cuando aparece la etapa genital, los instintos sádicos del niño han sido normalmente superados, y sus relaciones con los objetos han adquirido un carácter positivo. Tal avance en su desarrollo acompaña a alteraciones producidas en la naturaleza de su superyó e interactúa con ellas. Porque cuanto más se aminora el sadismo del niño, tanto más se retira hacia el fondo la influencia de sus irreales y terroríficas *imagos*, puesto que éstas son producto de sus propias tendencias agresivas. Y a medida que sus impulsos genitales crecen en energía, surgen *imagos* benéficas y útiles, basadas en sus fijaciones —en la etapa oral de succión— en su generosa y bondadosa madre, que se aproximan más estrechamente a los objetos reales; y su superyó, que era una fuerza amenazadora, despótica, que emitía órdenes insensatas y contradictorias que el yo era totalmente incapaz de cumplir, comienza a ejercer un gobierno más suave y más persuasivo y a presentar exigencias posibles de cumplir. En rigor, se transforma gradualmente en conciencia moral, en el verdadero sentido de la palabra.

Más aun: a medida que varía el carácter del superyó, del mismo modo varía su efecto sobre el yo y sobre el mecanismo defensivo que éste pone en movimiento. Sabemos, por Freud, que la piedad es una reacción a la crueldad. Pero las reacciones de esa especie no se establecen hasta que el niño ha adquirido cierto grado de relaciones positivas con los objetos; hasta que, en otras palabras, su organización genital pasa al frente. Si colocamos este hecho junto a los concernientes a la formación del superyó, tales como yo los veo, podremos llegar a las siguientes conclusiones: mientras la función del superyó sea principalmente la de provocar ansiedad, estimulará los violentos mecanismos defensivos que hemos descrito antes y cuya naturaleza es aética y asocial. Pero en cuanto disminuye el sadismo del niño, y cambian las funciones y el carácter del superyó, provocando menos ansiedad y más sentimiento de culpabilidad, son activados los mecanismos defensivos que forman la base de una actitud moral y ética y el niño comienza a sentir consideración hacia sus objetos y a responder a los sentimientos sociales.⁶

Numerosos análisis de niños de todas las edades han confirmado esta opinión. En el análisis de los juegos podemos seguir el curso de las fantasías de nuestros pacientes, tales como están representadas por sus juegos y pasatiempos, y establecer una conexión entre dichas fantasías y su ansiedad. Cuando analizamos el contenido de la an-

⁶ En el análisis de adultos, sólo atraían la atención, en su mayor parte, estas últimas funciones y atributos del superyó. En consecuencia, los analistas mostraban inclinación a considerarlos como constituyentes del carácter específico del superyó; y, en verdad, reconocían el superyó únicamente en la medida en que aparecía con tal carácter.

siedad, vemos que las tendencias agresivas y las fantasías que dan nacimiento a aquélla surgen a la superficie cada vez más y crecen hasta alcanzar enormes proporciones, tanto en cantidad como en intensidad. El yo del niño corre peligro de ser aplastado por la fuerza elemental de esas tendencias y fantasías, y por la gigantesca extensión de las mismas, y sostiene una perpetua lucha para mantenerse contra ellas, con la ayuda de sus impulsos libidinales, ya sea conteniéndolas o tornándolas inocuas.

Este cuadro ejemplifica la tesis de Freud sobre los instintos de vida (Eros) en combate contra los instintos de muerte, o instintos de agresión. Pero también reconocemos que existe la más íntima unión e interacción entre las dos fuerzas, en todo momento, de modo que el análisis podrá descubrir en todos sus detalles las fantasías agresivas del niño —para así disminuir el efecto de las mismas—, sólo en la medida en que pueda seguir también el curso de las fantasías libidinales y descubrir sus primeras fuentes, y viceversa.

En relación con el contenido y los objetivos reales de esas fantasías, sabemos, por Freud y Abraham, que en etapas primeras, pregenitales, de la organización libidinal, en las que tiene lugar esa fusión de libido e instintos destructivos, los impulsos sádicos del niño tienen primerísima importancia. Como lo demuestra el análisis de toda persona mayor, en la etapa oral-sádica que sigue a la oral de succión, el niño pasa por una fase canibalística a la que está asociada una pléthora de fantasías canibalistas. Estas fantasías, aunque todavía se concentran en torno al hecho de devorar el pecho de la madre, o la madre entera, no están interesadas solamente en la satisfacción de un deseo primitivo de alimentación. Sirven también para satisfacer los impulsos destructores del niño. La fase sádica que sigue a ésta —la fase anal-sádica— se caracteriza por un interés dominante en los procesos excretorios, en las heces y el ano; y también este interés está estrechamente aliado a tendencias destructivas extraordinariamente fuertes.⁷

Sabemos que la eyección de las heces simboliza una enérgica expulsión del objeto incorporado, y que es acompañada de sentimientos de hostilidad y crueldad y de deseos destructivos de distintas clases, en los que se asigna importancia a las asentaderas como objeto de esas actividades. Sin embargo, en mi opinión, las tendencias anal-sádicas tienen fines y objetos aun más profundos y hondamente reprimidos. Los datos que me ha sido posible reunir en primeros análisis demuestran que entre las tendencias oral-sádicas se inserta una etapa en que se hacen sentir tendencias uretral-sádicas, y que las tendencias anal y uretral son una continuación directa de las oral-sádicas, en cuanto a fin específico y objeto de ataque. En sus fanta-

⁷ Aparte de Freud, Jones, Abraham y Ferenczi han sido los principales contribuyentes a nuestro conocimiento de la influencia que esa alianza ha ejercido sobre la formación del carácter y la neurosis del individuo.

sías oral-sádicas, el niño ataca el pecho de su madre, y los medios que emplea son los dientes y las mandíbulas. En sus fantasías uretral y anal trata de destruir el interior del cuerpo de su madre, y para este propósito emplea la orina y las heces. En este segundo grupo de fantasías, los excrementos son considerados como sustancias ardientes y corrosivas, como animales salvajes, armas de toda clase, etc.; y el niño entra en una fase en que dirige todos los instrumentos de su sadismo hacia el único fin de destruir el cuerpo de su madre y lo que ese cuerpo contiene.

En lo que atañe a su elección objetal, los impulsos oral-sádicos del niño son aún el factor subyacente, de tal manera que piensa en succionar y devorar el interior del cuerpo de su madre como si se tratase de un pecho. Pero esos impulsos son ampliados por las primeras teorías sexuales del niño, que se desarrollan durante esa fase. Ya sabemos que cuando despertaron sus instintos genitales comenzó a tener teorías inconscientes sobre la copulación entre sus padres, el nacimiento de los niños, etc. Pero el análisis temprano ha demostrado que desarrolla tales teorías mucho antes, en momentos en que sus impulsos genitales, aún ocultos, tienen mucho que decir en la cuestión. Esas teorías dicen que, en la copulación, la madre se incorpora continuamente el pene del padre por vía bucal, de manera que su cuerpo está colmado de muchísimos penes y niños. Y el niño desea comer y destruir todo eso.

En consecuencia, al atacar el interior del cuerpo de su madre, el niño ataca una gran cantidad de objetos y se embarca en una conducta preñada de sucesos. Primeramente, la matriz representa al mundo; y al comienzo el niño se aproxima a ese mundo con deseos de atacarlo y destruirlo; por lo tanto, está preparado desde un principio para ver el mundo real, externo, como más o menos hostil hacia él y poblado de objetos listos para atacarlo.⁸ Su convicción de que al atacar de tal modo el cuerpo de su madre ha atacado también el cuerpo de su padre y el de sus hermanos y hermanas, y, en un sentido más amplio, a todo el mundo, constituye, en mi experiencia, una de las causas subyacentes de su sentimiento de culpa y del desarrollo de sus sentimientos sociales y morales en general.⁹ Porque cuando la excesiva severidad del superyó ha aminorado un tanto, sus apariciones en el yo, debido a aquellos ataques imaginarios, producen sentimientos de culpa que provocan fuertes tendencias, en el niño, a poner en práctica el daño imaginario que ha inferido a sus objetos. Y entonces el contenido individual y los detalles de sus fantasías destructoras

⁸ La excesiva fuerza de esas primeras situaciones de ansiedad es, en mi opinión, un factor fundamental para la producción de perturbaciones psicóticas.

⁹ Debido a la creencia que el niño sustenta acerca de la omnipotencia de los pensamientos (véanse Freud, *Tótem y tabú*; Ferenczi, "Estadios en el desarrollo del sentido de la realidad") —creencia que data de una anterior etapa de desarrollo—, confunde sus ataques imaginarios con ataques reales; y las consecuencias de ello todavía pueden verse actuar en la vida adulta.

ayudan a determinar el desarrollo de sus sublimaciones, que, indirectamente, sirven a sus tendencias sustitutivas,¹⁰ o para producir deseos aun más directos de ayudar a otras personas.

El análisis de los juegos demuestra que cuando los instintos agresivos del niño se encuentran en su apogeo, éste jamás se cansa de rasgar o cortar, de romper, mojar y quemar toda clase de cosas, como papel, fósforos, cajas, juguetes, todo lo cual representa a sus padres, hermanos y hermanas y el cuerpo y los pechos de su madre, y que esta furia de destrucción alterna con accesos de ansiedad y un sentimiento de culpabilidad. Pero cuando, en el curso del análisis, la ansiedad va disminuyendo lentamente, sus tendencias constructivas comienzan a adquirir predominio.¹¹ Por ejemplo, un niño que antes no hacía otra cosa que romper en pedazos trozos de madera, comienza a intentar convertir esos pedazos en un lápiz. Toma porciones de mina sacadas de lápices que ha cortado, las inserta en una hendidura de la madera y luego cose un trozo de tela en torno de la tosca madera para darle un aspecto más bonito. Que este lápiz de fabricación casera representa al pene de su padre, que él ha destruido en su fantasía, y el suyo propio, cuya destrucción teme como medida retaliatoria, se torna más evidente por el contexto general del material que el chiquillo presenta y por las asociaciones que le asigna.

Cuando en el curso del análisis, el niño empieza a mostrar tendencias constructivas más enérgicas, en todas las formas posibles, en sus juegos y sublimaciones —cuando pinta o escribe o dibuja cosas, en lugar de mancharlo todo con cenizas; cuando cose o diseña, en tanto que antes cortaba o desgarraba—, exhibe también cambios en sus relaciones con su padre o su madre, o con sus hermanos y hermanas; y estos cambios marcan el comienzo de una relación mejorada con los objetos en general y un crecimiento del sentimiento social. Qué vías de sublimación se abrirán para el niño, cuán potentes serán sus impulsos a ofrecer compensaciones y qué formas asumirán éstas, todo esto queda determinado, no sólo por el grado de tendencias agresivas primarias, sino por la interacción de una cantidad de otros factores que no tenemos espacio para analizar en estas páginas. Pero nuestro conocimiento del análisis infantil nos permite decir lo siguiente: que el análisis de las capas más profundas del superyó conduce invariablemente a un considerable mejoramiento de las relaciones del niño con los objetos, de su capacidad para la sublimación y de sus poderes de adaptación social. Mejoramiento que hace que el

¹⁰ En mi artículo "Situaciones infantiles de angustia reflejadas en una obra de arte y en el impulso creador", he afirmado que el sentido de culpabilidad de la persona y su deseo de reparar el objeto dañado constituyen un factor universal y fundamental en el desarrollo de sus sublimaciones. Ella Sharpe, en su trabajo "Certain aspects of sublimation and delusion", ha llegado a la misma conclusión.

¹¹ En el análisis, la descomposición de la ansiedad es efectuada gradual y parejamente, de modo que tanto ella como los instintos agresivos quedan liberados en proporciones debidamente prorrateadas.

niño no sólo sea mucho más feliz y más sano en sí, sino también más capaz de sentimientos sociales y éticos.

Esto nos lleva a considerar una objeción sumamente notoria que puede ser presentada contra el análisis infantil. Podría preguntarse: ¿una reducción demasiado grande de la severidad del superyó —una reducción por debajo de cierto nivel favorable—, no daría un resultado opuesto, conduciendo a la abolición, en el niño, de los sentimientos éticos y sociales? La respuesta a esto es, en primer lugar, que, hasta donde yo sé, jamás se ha dado en los hechos una disminución tan grande; y un segundo lugar, que existen razones teóricas para creer que jamás podrá ocurrir. Por lo que hace a la experiencia real, sabemos que, al analizar las fijaciones libidinales pregenitales, sólo podemos convertir en libido genital cierta proporción de las cantidades libidinales involucradas, aun en circunstancias favorables, y que el resto —un resto no poco importante— continúa funcionando como libido pregenital y como sadismo; aunque, ya que el plano genital ha establecido más firmemente su supremacía, puede ser manejado por el yo, ora recibiendo satisfacción, ora siendo contenido, ora sufriendo modificaciones o siendo sublimado. Del mismo modo, el análisis no puede nunca eliminar el núcleo de sadismo que se ha formado bajo la primacía de los planos genitales; pero puede mitigarlos aumentando la fuerza del plano genital, de modo que el yo, entonces más potente, puede enfrentar al superyó, como lo hace con sus impulsos instintivos, en una forma más satisfactoria para el individuo mismo y para el mundo que lo rodea.

Hasta este momento nos hemos ocupado de establecer el hecho de que los sentimientos sociales y morales de una persona se desarrollan a partir de un superyó de características más suaves, gobernado por el plano genital. Ahora debemos considerar lo que se puede inferir de esto. Cuanto más profundamente penetra el análisis en los planos inferiores de la mente del niño, tanto más éxito tendrá en suavizar la severidad del superyó al disminuir el funcionamiento de sus constituyentes sádicos, que surgen en las primeras etapas del desarrollo. Al hacerlo, el análisis prepara el terreno, no sólo para la consecución de la adaptabilidad social del niño, sino también para el desarrollo de normas morales y éticas en el adulto. Porque un desarrollo de esa clase depende de que el superyó y la sexualidad lleguen satisfactoriamente a un plano genital, al comienzo de la expansión de la vida sexual del niño,¹² de manera que el superyó haya alcanzado el carácter y función de los que se deriva el sentimiento de culpabilidad de la persona —es decir, su conciencia—, en la medida en que la persona sea socialmente valiosa.

La experiencia ha dejado demostrado ya, desde hace algún tiempo, que el psicoanálisis, aunque originariamente proyectado por

¹² Es decir, cuando se indica el período de latencia, aproximadamente entre las edades de cinco y seis años.

Freud como un método para curar enfermedades mentales, cumple asimismo con un segundo propósito. Elimina las perturbaciones de la formación del carácter, especialmente en los niños y adolescentes, en los que logra efectuar considerables alteraciones. En rigor, podemos decir que, después de que han sido analizados, todos los niños muestran radicales cambios de carácter; tampoco podemos evitar la convicción, basada en la observación de hechos, de que el análisis del carácter no es menos importante como medida terapéutica que el análisis de la neurosis.

En vista de estos hechos, no puede uno dejar de preguntarse si el psicoanálisis no estará destinado a ir más allá del individuo en su esfera de operaciones, para influir sobre la vida de la humanidad en su conjunto. Los repetidos intentos que se han hecho para mejorar a la humanidad —en especial para hacerla más pacífica— fracasaron porque nadie entendió toda la profundidad y el vigor de los instintos de agresión innatos en cada individuo. Tales esfuerzos no buscan otra cosa que estimular los impulsos positivos, los deseos bondadosos de cada persona, negando o suprimiendo los impulsos agresivos. Y, de tal modo, estuvieron condenados al fracaso desde el comienzo. Pero el psicoanálisis tiene a su disposición distintos medios para encarar una tarea de esa clase. No puede, es verdad, borrar por completo el instinto agresivo del hombre, en cuanto tal instinto; pero sí puede, disminuyendo la ansiedad que acentúa a ese instinto, quebrar el refuerzo mutuo que se produce continuamente entre su odio y su temor. Cuando en nuestro trabajo analítico, vemos a cada rato cómo la descomposición de la ansiedad infantil prematura no sólo aminora los impulsos agresivos del niño, sino que conduce a un empleo y satisfacción más valiosos de ellos, desde el punto de vista social; cómo el niño muestra un deseo continuamente creciente, profundamente arraigado, de ser amado y de amar, y de estar en paz con el mundo que lo rodea; y cuánto más placer y beneficios, y qué disminución de la ansiedad, extrae de la satisfacción de ese deseo, cuando vemos todo esto, estamos dispuestos a creer que lo que ahora podría parecer un estado de cosas utópico, llegará a darse en la realidad, en los días todavía lejanos en que —así lo espero— el análisis infantil llegue a constituir una parte de la educación de cada persona, como lo es ahora la educación escolar. Y quizás entonces la actitud hostil que surge del temor y la suspicacia, que se encuentra en estado latente, con mayor o menor fuerza, en todos los seres humanos, y que intensifica en ellos, multiplicándolos por cien, todos los impulsos de destrucción, cederá su lugar a sentimientos más bondadosos y confiados, y los hombres podrán habitar el mundo, todos juntos, más pacíficamente, y con mejor buena voluntad recíproca de lo que pueden hacerlo ahora.

16. SOBRE LA CRIMINALIDAD¹

(1934)

Señor Presidente, señoras y señores: Cuando vuestro secretario me pidió hace uno o dos días que hablara esta noche en esta reunión, contesté que lo haría con placer, pero que no podía con tan poca anticipación elaborar nada semejante a un artículo o contribución para este tema. Señalo esto porque sólo voy a reunir libremente algunas conclusiones que he formulado en otros contextos.²

En un artículo³ que leí a esta sección en 1927 traté de mostrar que las tendencias criminales funcionan también en los niños normales, y expresé algunas sugerencias sobre los factores que subyacen al desarrollo asocial o criminal. Había encontrado que los niños que muestran tendencias asociales y criminales, y que las actúan (por supuesto que en forma infantil) una y otra vez, eran quienes más temían una cruel represalia de sus padres como castigo de sus fantasías agresivas dirigidas contra esos mismos padres. Niños que inconscientemente estaban esperando ser cortados en pedazos, decapitados, devorados, etc., se sentían compelidos a portarse mal y hacerse castigar, porque el castigo real, por severo que fuera, era reasegurador en comparación con los ataques asesinos que esperaban continuamente de sus padres fantásticamente crueles. Llegué a la conclusión, en el artículo al que acabo de referirme, de que no es (como se supone generalmente) la debilidad o falta de superyó, o en otras palabras, no es la falta de conciencia, sino la abrumadora severidad del superyó,

¹ Contribución al Simposium sobre el Crimen en una reunión de la Sección Médica de la Sociedad Psicológica Británica, en octubre 24 de 1934.

² *El psicoanálisis de niños* y "El desarrollo temprano de la conciencia en el niño" (1933).

³ "Tendencias criminales en niños normales" (1927).

la responsable del comportamiento característico de personas asociales y criminales.

La labor consiguiente en el campo del análisis infantil ha confirmado estas sugerencias y ha dado un *insight* más profundo en los mecanismos que actúan en estos casos. El niño pequeño alberga primero impulsos y fantasías agresivos contra sus padres, después los proyecta en ellos, y así desarrolla una imagen fantástica y distorsionada de la gente que lo rodea. Pero al mismo tiempo actúa el mecanismo de introyección, de modo que se internalizan estas imágenes irreales, con el resultado de que el niño se siente a sí mismo gobernado por padres fantásticamente peligrosos y crueles: el superyó dentro de sí.

En la temprana fase sádica, que normalmente todo individuo sufre, el niño se protege contra este temor a sus violentos objetos, tanto introyectados como externos, redoblando en su imaginación sus ataques contra ellos; su propósito para deshacerse así de sus objetos es en parte silenciar las intolerables amenazas del superyó. Se establece un círculo vicioso, la angustia del niño lo impulsa a destruir sus objetos, esto lleva a un incremento de la propia angustia, y esto lo presiona una vez más contra sus objetos; este círculo vicioso constituye el mecanismo psicológico que parece estar en el fondo de las tendencias asociales y criminales en el individuo.

Cuando en el curso normal del desarrollo disminuyen tanto el sadismo como la angustia, el niño encuentra recursos y modos mejores y más socializados de dominar su angustia. La mejor adaptación a la realidad permite al niño conseguir más apoyo contra las *imágenes* fantásticas a través de su relación con los padres verdaderos. En tanto que en los estadios más tempranos del desarrollo sus fantasías agresivas contra sus padres, hermanos y hermanas despertaban principalmente la angustia porque estos objetos podrían volverse contra él, esas tendencias se convierten ahora en la base de los sentimientos de culpa y deseo de reparar lo que en su imaginación ha hecho. Cambios del mismo tipo surgen como resultado del análisis.

Los análisis del juego muestran que cuando los instintos agresivos y la angustia del niño son muy intensos, éste sigue una y otra vez rompiendo y cortando, desgarrando, mojando y quemando toda clase de cosas como papel, fósforos, cajas y juguetes, que representan a sus padres, hermanos y hermanas, y el cuerpo y pecho de la madre, y encontramos también que estas actitudes agresivas alternan con grave angustia. Pero cuando durante el análisis se resuelve gradualmente la angustia y disminuye así el sadismo, aparecen en primer plano sentimientos de culpa y tendencias constructivas, por ejemplo, cuando antes un niño no hacía más que romper en pedacitos trozos de madera, empieza ahora a tratar de convertir esos trocitos de madera en un lápiz. Toma pedacitos de grafito de lápices que ha cortado y los pone en una hendidura de la madera, y luego cose un trozo de tela alrededor de la madera para que parezca más bonito. Es evidente,

del contexto general del material que representa y de las asociaciones que proporciona, que este lápiz hecho por él, representa el pene de su padre, que en la fantasía ha destruido, y el suyo propio, cuya destrucción teme como medida retaliatoria.

Cuanto más aumenta la tendencia y capacidad de reparar y más crece la creencia y confianza en los que lo rodean, más se apacigua el superyó, y viceversa. Pero en los casos en que, como resultado de un fuerte sadismo y una angustia abrumadora (sólo puedo mencionar aquí algunos de los factores más importantes) el círculo vicioso entre el odio, la angustia y las tendencias destructivas no puede romperse, el individuo sigue estando bajo la tensión de las primeras situaciones de angustia y retiene los mecanismos de defensa pertenecientes a este estadio temprano. Si entonces el miedo al superyó, sea por razones externas o intrapsíquicas, pasa de ciertos límites, el individuo puede sentirse compelido a destruir a la gente, y esta compulsión puede formar la base del desarrollo de un tipo de conducta criminal o de una psicosis.

Vemos así que las mismas raíces psicológicas pueden desarrollarse hasta constituir paranoia o criminalidad. Ciertos factores llevarán en este último caso a una mayor tendencia en el criminal a suprimir las fantasías inconscientes y hacer *acting out* en la realidad. Las fantasías de persecución son comunes a ambos estados; es porque el criminal se siente perseguido que va destruyendo a otros. Naturalmente en casos en que los niños, no sólo en la fantasía, sino también en la realidad, experimentan cierto grado de persecución por padres malos o un ambiente miserable, se reforzarán fuertemente las fantasías. Hay una tendencia común a sobrestimar la importancia del ambiente insatisfactorio, en el sentido en que las dificultades psicológicas internas, que en parte resultan del ambiente, no se aprecian suficientemente. Por consiguiente, depende del grado de angustia intrapsíquica, el que ésta conduzca o no a mejorar el ambiente del niño.

Uno de los grandes problemas sobre los criminales, que siempre los ha hecho incomprendibles al resto del mundo, es su falta de los naturales sentimientos humanos buenos; pero esta falta es sólo aparente. Cuando en el análisis se llega a los más profundos conflictos de los que brotan la angustia y el odio, también se encuentra el amor. El amor no está ausente en el criminal, sino que está escondido y enterrado en forma tal que sólo el análisis puede traerlo a la luz. Como el objeto persecutorio odiado era originalmente para el bebé el objeto de su amor y libido, el criminal está ahora en situación de odiar y perseguir su propio objeto amado; como ésta es una situación intolerable es preciso suprimir todo recuerdo y conciencia de cualquier sentimiento de amor por cualquier objeto. Si no hay en el mundo más que enemigos, y esto es lo que siente el criminal, a su modo de ver su odio y destructividad se justifican ampliamente, actitud que alivia algunos de sus sentimientos inconscientes de culpa. El odio se usa a menudo como el encubridor más efectivo del amor, pero no de-

be olvidarse que para la persona que está bajo la continua tensión de la persecución, la seguridad de su propio yo es la primera y única consideración.

Entonces, para resumir: en los casos en que la función del superyó es principalmente provocar angustia, evocará violentos mecanismos de defensa en el yo, de carácter no ético y asocial; pero en cuanto disminuye el sadismo del niño y cambia el carácter y funcionamiento de su superyó de modo tal que provoca menos angustia y más sentimiento de culpa, se activan esos mecanismos defensivos que forman la base de la actitud moral y ética, y el niño empieza a tener consideración por sus objetos, y a tener sentimientos sociales.

Uno sabe cuán difícil es acercarse al adulto criminal y curarlo, aunque no tenemos razones para ser demasiado pesimistas en este punto, pero la experiencia muestra que uno sí puede acercarse y curar tanto niños criminales como psicóticos. Por consiguiente, parece que el mejor remedio contra la delincuencia sería analizar a los niños que muestran signos de anormalidad hacia una u otra dirección.

17. CONTRIBUCION A LA PSICOGENESIS DE LOS ESTADOS MANIACO-DEPRESIVOS

(1935)

En mis primeros trabajos ¹ describí una fase del sadismo en su cúspide, por la que pasan los niños durante el primer año de vida. En los primeros meses de la existencia del niño, éste tiene impulsos sádicos dirigidos no sólo contra el pecho de su madre, sino también contra el interior de su cuerpo; impulsos de vaciar su contenido, de devorarlo y destruirlo por todos los medios que el sadismo pueda sugerir. La evolución del niño pequeño está gobernada por los mecanismos de introyección y proyección. Desde el comienzo el yo introyecta objetos "buenos" y "malos", siendo el pecho de la madre el prototipo de ambos: de los objetos buenos cuando el niño lo consigue, y de los malos cuando le es negado. Esto se debe a que el bebé proyecta su propia agresión sobre estos objetos que siente que son malos, y no sólo porque frustran sus deseos: el niño los concibe como realmente peligrosos, como perseguidores que teme lo devoren, vacíen el interior de su cuerpo, lo corten en pedazos, lo envenenen, que, en resumen, maquinan su destrucción por todos los medios que el sadismo pueda imaginar. Estas *imago*s, que son un cuadro fantásticamente distorsionado de los objetos reales sobre los cuales se basan, las instala el bebé no sólo en el mundo exterior, sino, por el proceso de incorporación, también dentro del yo. De ahí que niños muy pequeños pasen por situaciones de ansiedad (y reaccionen con mecanismos de defensa) cuyo contenido es comparable al de la psicosis de los adultos.

¹ *El psicoanálisis de niños*, caps. 8 y 9.

Uno de los primeros métodos de defensa contra el miedo a los perseguidores, ya sentidos en el mundo externo o ya internalizados (eventualmente después de la proyección sobre un objeto real), es el de la escotomización, la *negación de la realidad psíquica*; esto puede llevar a una restricción considerable de los mecanismos de introyección y proyección y a la negación de la realidad externa, formando la base de psicosis más graves. Muy pronto, también, el yo trata de defenderse contra los perseguidores internalizados mediante los procesos de expulsión y proyección. Al mismo tiempo, puesto que el miedo a los objetos internalizados no es de ningún modo extinguido con su proyección, el yo dirige contra los perseguidores dentro de su cuerpo las mismas fuerzas y medios que emplea contra los del mundo externo. Estos contenidos de ansiedad y mecanismos de defensa forman la base de la paranoia. En los miedos infantiles a los magos, brujas, bestias salvajes, etc., descubrimos algo de esta misma ansiedad, pero sufriendo ya el proceso de la proyección y modificación. Una de mis conclusiones fue que la ansiedad psicótica del niño² en particular la ansiedad paranoide, se liga y modifica por los mecanismos obsesivos que hacen su aparición muy tempranamente.

En el presente trabajo me propongo tratar los estados depresivos en su relación con la paranoia por una parte y con la manía por otra. He obtenido el material sobre el cual se basan mis conclusiones, del análisis de estados depresivos en casos de neurosis graves, de casos marginales y de pacientes, tanto adultos como niños, que evidenciaron tendencias paranoicas y depresivas mezcladas.

He estudiado estados maníacos en diversos grados y formas, incluyendo estados ligeramente hipomaniacos en personas normales.

² Bajo este concepto comprendí la angustia y sentimientos que originan en las diferentes posiciones psicóticas (los que fundamentan todas las psicosis del adulto). "La neurosis del niño es una mezcla de los diferentes rasgos y mecanismos psicóticos y neuróticos que en el adulto conocemos aislados en forma más o menos pura." (*El psicoanálisis de niños*, M. Klein). "Llegué a la conclusión de que la neurosis obsesiva representa la tentativa de vencer la angustia psicótica de las capas más tempranas." (Ob. cit.)

Con respecto a los estados maniaco-depresivos señalaba el hecho de que el cambio de tristeza y alegría desmedidos —que es característico de la perturbación maniaco-depresiva— es un fenómeno regular en el niño pequeño. Además, "puedo decir, en base a mis experiencias, que la tristeza del niño, aunque leve, tiene las mismas causas que la perturbación melancólica del adulto, y que la depresión infantil también está acompañada de ideas de suicidio. También he observado que las automutilaciones (en los niños), ya sean leves o intensas, representan tentativas de suicidio emprendidas con medios insuficientes". (Ob. cit.)

Pero en mi libro me limité a la afirmación general de que los mecanismos depresivos ejercen su influencia también en el desarrollo del niño normal, y que esta fase temprana fundamenta la melancolía del adulto. Me ocupé allí, ante todo, de la temprana angustia paranoide del niño y de su elaboración por medio de mecanismos obsesivos y tendencias de reparación. Mis experiencias posteriores me permitieron una comprensión más profunda de la génesis de los estados maniaco-depresivos y en especial de las estrechas relaciones entre estados y angustias paranoicas y maniaco-depresivas.

El análisis de características depresivas y maníacas en niños y adultos normales también resultó muy instructivo.³

De acuerdo con Freud y Abraham, el proceso fundamental de la melancolía es la pérdida del objeto amado. La pérdida verdadera de un objeto real, o alguna situación similar que tenga el mismo significado, da por resultado la instalación del objeto dentro del yo. Debido, sin embargo, a un exceso de impulsos canibalísticos en el sujeto, esta introyección se malogra y la consecuencia es la enfermedad.

Ahora bien, ¿por qué el proceso de introyección es tan específico para la melancolía? Creo que la diferencia principal entre la incorporación en la paranoia y en la melancolía está relacionada con cambios en la relación del sujeto con el objeto, aunque también se trata de un cambio en la constitución del yo introyectante. De acuerdo con Edward Glover, el yo, al principio vagamente organizado, consiste en un número considerable de núcleos del yo. Según esto, en primer lugar un núcleo oral del yo y después un núcleo anal del yo predominan sobre los otros.⁴ En esta fase muy temprana, en la que el sadismo oral tiene un papel predominante y según mi criterio constituye la

³ En mi libro ya he descrito los mecanismos maníacos, sin denominarlos allí como tales, sino como un elemento de la formación del carácter y como síntomas. Basado en el estudio de algunos casos de carácter más o menos asocial, dije que ciertas formas de vivacidad desmedidas en el niño, unidas a burla y obstinación (y frecuente incapacidad para amar), tienen el significado de sobrecompensaciones a angustias y sirven a la defensa contra sentimientos de culpabilidad y contra la sensación de la propia responsabilidad. Los casos que cité al respecto, tenían fuertes rasgos obsesivos. Para ello valía lo que escribí sobre la coerción que frecuentemente ejerce el neurótico obsesivo sobre los otros. El neurótico obsesivo trata de defenderse contra su obsesión insoponible (me referí con esto a la angustia ante objetos internalizados y ante situaciones internas de peligro) conduciéndose contra el objeto como si éste fuera el *ello* o el *superyó*, empujando la obsesión hacia afuera. Al mismo tiempo, se satisface el sadismo primario por medio del tormento y dominación del objeto. El temor a la destrucción y a los ataques (que espera de parte de los objetos internalizados), que motiva la obsesión de dominar las *imágenes* (obsesión que en realidad nunca puede ser satisfecha), se dirige ahora contra los objetos externos. (Ob. cit.)

En su trabajo "Análisis de niños y adolescentes asociales" (*Int. Journal of Psychoanalysis*), Melitta Schmeideberg expuso que la conducta asocial corresponde en algunos casos a una mezcla de mecanismos maníacos y paranoicos por medio de la cual el sujeto asocial trata de sustraerse de la depresión.

W. Weiss ha expuesto (*Der Vergiftungswahn*, etc., t. 12, 1926) que, en la paranoia el objeto introyectado perseguidor, en la manía el objeto introyectado perseguido, es proyectado al mundo externo, mientras que en la melancolía quedan internalizados el objeto perseguido como el perseguidor.

Basándose en este trabajo, Melitta Schmeideberg llegó a la conclusión de que el sujeto asocial "proyecta sobre objetos externos —correspondiendo al mecanismo maniaco— el objeto introyectado perseguidor así como sus propios impulsos prohibidos y se identifica con el superyó perseguidor. Su posición paranoide, que sobrevino a raíz de la proyección del perseguidor introyectado, fue superada por medio de la agresión. De esta manera se sustrajo el sentimiento de culpabilidad, en parte al proyectar el superyó en el mundo externo, en parte al satisfacer al superyó por medio de la persecución de los objetos sobre los que proyectaba sus propios impulsos condenados".

⁴ Glover (1932).

base de la esquizofrenia,⁵ el poder del yo de identificarse con sus objetos es todavía pequeño, en parte porque todavía no está coordinado y en parte porque los objetos introyectados son todavía principalmente objetos parciales, que el niño equipara con las heces (Abraham).

En la paranoia, las defensas características se dirigen principalmente a la destrucción de los "perseguidores", mientras que la ansiedad del yo ocupa un lugar prominente en el cuadro. A medida que el yo completa su organización, las *imágenes* internalizadas se aproximan más a la realidad y el yo puede identificarse más ampliamente con los objetos "buenos". El miedo a la persecución, dirigido primero sólo al yo, se extiende ahora también al objeto bueno, y en adelante la preservación del objeto bueno será considerada como sinónimo de la supervivencia del yo.

Junto con este desarrollo se produce un cambio de mucha importancia, es decir, se pasa de la relación de objeto parcial a la relación de objeto total. Con este paso el yo llega a una nueva posición, que forma los cimientos de la llamada pérdida del objeto amado. Sólo después que el objeto haya sido amado como *un todo*, su pérdida puede ser sentida como total.

Con este cambio en la relación con el objeto, hacen su aparición nuevos contenidos de ansiedad y se produce un cambio en los mecanismos de defensa. El desarrollo de la libido es influido decisivamente por los cambios en la relación del sujeto con su objeto. La angustia paranoide de que los objetos sadísticamente destruidos sean una fuente de veneno dentro del cuerpo del sujeto, hace que éste, junto a la vehemencia de los ataques oral-sádicos, muestre una desconfianza profunda hacia ellos mientras los incorpora.

Esta desconfianza conduce a una debilitación de las fijaciones orales. Una manifestación de esto puede observarse en las dificultades que niños muy pequeños presentan con la comida, y que tienen, según mi opinión, una raíz paranoide. Si el niño (o el adulto) se identifica más ampliamente con el objeto bueno, los impulsos libidinales aumentan; desarrolla un deseo y un amor "codicioso" de devorar este objeto, y el mecanismo de introyección se refuerza. Además, se siente impelido constantemente a repetir la incorporación de un objeto bueno, en parte porque teme haberlo perdido con su canibalismo —es decir, la repetición del acto es para probar la realidad de sus temores y negarlos— y en parte porque teme a sus perseguidores internalizados y necesita un objeto bueno que lo ayude a vencerlos. En este estadio el yo es impulsado más que nunca, por amor y por necesidad, a introyectar el objeto.

⁵ El lector puede consultar mi concepción sobre la fase en la cual el niño realiza ataques sobre el cuerpo de su madre. Esta fase se inicia con la entrada del sadismo oral, y según mi punto de vista forma la base de la paranoia. (*El psicoanálisis de niños*, cap. 8.)

Otro estímulo para el aumento de la introyección es la fantasía de que el objeto amado puede ser conservado a salvo dentro del sujeto. En este caso los peligros internos son proyectados sobre el mundo exterior.

Sin embargo, si la importancia del objeto aumenta, y se establece un mejor reconocimiento de la realidad psíquica, la ansiedad por miedo a que el objeto sea destruido en el proceso de introyección conduce —según lo ha descrito Abraham— a perturbaciones de la función de introyección.

En mi experiencia he visto que hay además una profunda ansiedad por los peligros que esperan al objeto una vez introyectado. No puede ser mantenido a salvo en el interior puesto que éste es considerado como un lugar peligroso y venenoso donde el objeto amado moriría. Aquí vemos una de las situaciones que he descrito como fundamental para la angustia ante "la pérdida del objeto amado", es decir, la situación de angustia en la que el yo se identifica ampliamente con sus objetos buenos internalizados y al mismo tiempo —por el aumento de la percepción de la realidad psíquica— se da cuenta de su propia incapacidad para protegerlo y preservarlo contra los objetos internalizados perseguidores y contra el ello. Esta ansiedad está justificada psicológicamente, porque el yo, aun cuando se identifica más ampliamente con el objeto, no abandona sus primeros mecanismos de defensa. De acuerdo con la hipótesis de Abraham, la destrucción y expulsión del objeto —procesos característicos del primer nivel anal— inician el mecanismo depresivo. De ser exacto, confirmaría mi opinión de la conexión genética entre paranoia y melancolía.

En mi opinión, el mecanismo paranoico de la destrucción de objetos (ya sea dentro del cuerpo o en el mundo exterior) por todos los medios que el sadismo oral, uretral y anal tiene a su disposición persiste, pero en menor grado y con ciertas modificaciones debido al cambio en la relación del sujeto con sus objetos. Como he dicho, el temor de que el objeto "bueno" sea expulsado junto con el "malo" hace que los mecanismos de expulsión y proyección pierdan parcialmente su valor. Sabemos que, en este estadio, el yo hace un mayor uso de la introyección del objeto bueno como un mecanismo de defensa. Esto se halla asociado con el surgimiento de tendencias y fantasías muy importantes: realizar la reparación del objeto. En trabajos anteriores⁶ estudié en detalle el concepto de reparación y demostré que era algo más que una simple formación reactiva. El yo se siente impelido (y ahora puedo agregar: impelido por su identificación con el objeto bueno internalizado) a llevar a cabo una reparación por todos los ataques sádicos que en fantasías regresivas anteriores ha dirigido contra ese objeto. Cuando se ha logrado una divi-

⁶ "Situaciones infantiles de angustia reflejadas en una obra de arte y en el impulso creador" (1929); también *El psicoanálisis de niños*.

sión bien marcada entre los objetos buenos y malos, el sujeto trata de reparar a los primeros, compensando en la reparación todos sus ataques sádicos en cada detalle.⁷ Pero todavía el yo del niño pequeño no puede creer mucho en la bondad del objeto y en su propia capacidad para realizar una restitución. Por otra parte, por medio de su identificación con el objeto bueno y por medio de otros progresos mentales, el yo se ve forzado a un mayor reconocimiento de la realidad psíquica, y esto lo expone a conflictos terribles. Algunos de sus objetos —un número indefinido— son sus perseguidores, listos para devorarlo y aniquilarlo. De todos modos, ellos ponen en peligro al yo y a los objetos buenos. Todo daño que el niño hace en la fantasía a sus padres (primero por odio y después como autodefensa), todo acto de violencia cometido por un objeto contra otro (en particular el coito destructivo y sádico de los padres, que él considera como otra consecuencia de sus deseos sádicos), todo esto acontece para él tanto en el mundo exterior como dentro del yo (desde que el yo está absorbiendo constantemente todo el mundo exterior). Pero estos procesos son considerados como una fuente perpetua de peligro tanto para el objeto bueno como para el yo.

Es verdad que, ahora que los objetos buenos y malos están más claramente diferenciados, el odio del niño se dirige más bien contra los últimos, mientras que su amor y sus intentos de reparación se hallan más enfocados hacia los primeros; pero el exceso de sadismo temprano y ansiedad frena el avance de su desarrollo mental. Todo estímulo externo o interno (toda frustración real, por ejemplo) está lleno de los mayores peligros: no sólo los objetos malos, sino también los buenos están así amenazados por el ello, porque todo acceso de odio y de ansiedad puede temporariamente abolir la diferenciación y dar así por resultado una "pérdida del objeto bueno amado". Y no es solamente la vehemencia del odio incontrolable del sujeto, sino también la de su amor la que pone en peligro al objeto. Porque en este estadio de su desarrollo, amar un objeto y devorarlo están íntimamente relacionados. Un niño que cree, cuando su madre desaparece, que él la ha comido y destruido (ya sea por amor o por

⁷ He visto que las tendencias de reparación y las fantasías son activadas por los sentimientos de culpabilidad y las angustias, que aparecen ya en el niño muy pequeño a causa de sus fantasías sádicas, de manera que las tres tendencias (agresión, sentimiento de culpa y reparación), en relación con los procesos tempranos de introyección, se conectan muy pronto íntimamente entre ellas.

Los análisis de niños pequeños que hacen posibles conclusiones bien fundamentadas sobre estos estadios tempranos del desarrollo hacen suponer que las tendencias de reparación y fantasías de este carácter empiezan ya a originarse al medio año de vida y van junto con la introyección del objeto bueno total y son el despertar de los sentimientos de amor hacia éste.

La comprensión y el análisis de esta conexión temprana en las situaciones —tanto internas como externas— en las que se han desarrollado las tres tendencias es de la mayor importancia terapéutica. Si se cumple consecuentemente, este principio ejerce una influencia decisiva sobre la técnica.

odio) se halla atormentado por la ansiedad tanto por sí mismo como por la madre.

Ahora se aclara por qué en esta fase del desarrollo el yo se siente constantemente amenazado en su posesión de los objetos buenos internalizados. Está lleno de ansiedad por miedo de que tales objetos perezcan. Tanto en niños como en adultos que sufren de depresiones, he descubierto el miedo de albergar objetos moribundos o muertos (especialmente los padres) dentro de ellos y una identificación del yo con objetos en esta situación.

Desde el comienzo mismo del desarrollo psíquico hay una constante correlación entre los objetos reales y aquellos instalados dentro del yo. Es por esta razón que la ansiedad que acabo de describir se manifiesta en una exagerada fijación del niño hacia su madre o sustituta.⁸ La ausencia de la madre hace surgir ansiedad en el niño por miedo de que sea entregado a objetos malos, externos o internos, sea porque ésta muera o porque pueda transformarse en una madre "mala".

Ambos casos significan para él que ha perdido a su madre querida, y llamará particularmente la atención sobre el hecho de que el temor a la pérdida del objeto "bueno" internalizado se transforma en una fuente perpetua de ansiedad por miedo de que su madre real muera. Por otra parte, cualquier experiencia que sugiera la pérdida del objeto amado real estimula también el temor de perder al internalizado.

Ya he dicho que mi experiencia me ha llevado a la conclusión de que la pérdida del objeto amado tiene lugar durante la fase del desarrollo en la cual el yo realiza la transición de la incorporación parcial del objeto a la total. Habiendo descrito ya la situación del yo en esa fase, me puedo expresar con mayor precisión sobre este punto. Los procesos internos que posteriormente se definen como "pérdida de amor" y llevan a la depresión, están determinados por la sensación del sujeto de haber fracasado (durante el destete y en los períodos que lo preceden o lo siguen), en poner a salvo su *buen* objeto *internalizado*, etc., y no haberlo poseído. Una razón de su fracaso es que el yo ha sido incapaz de vencer su miedo paranoide de perseguidores internalizados.

En este punto nos enfrentamos con una cuestión importante para toda nuestra teoría. Mis propias observaciones y las de muchos colegas ingleses me han llevado a la conclusión de que la influencia directa de los primeros procesos de introyección sobre el desarrollo tanto normal como patológico es importantísima y, en ciertos aspectos,

⁸ Durante muchos años he sostenido la opinión de que el origen de la fijación infantil en la madre no es simplemente de dependencia hacia ella sino también su ansiedad y sentimiento de culpa, y que estos sentimientos están relacionados con su temprana agresión contra ella.

distinta de como ha sido aceptada hasta ahora en los círculos psicoanalíticos.

De acuerdo con nuestros puntos de vista, aun los primeros objetos incorporados forman la base del superyó e influyen en su estructura. La cuestión no es, sin duda alguna, simplemente teórica. Cuando estudiamos las relaciones del temprano yo infantil con sus objetos internalizados y con el ello y llegamos a comprender los cambios graduales que sufren estas relaciones, logramos una visión más profunda de las situaciones específicas de ansiedad por las que pasa el yo y los mecanismos específicos de defensa que desarrolla a medida que se va organizando más y mejor. Enfocado desde este punto de vista llegamos, en nuestra experiencia, a una comprensión más completa de las primeras fases del desarrollo psíquico, de la estructura del superyó y de la génesis de las enfermedades psicóticas.

Cuando nos ocupamos de la etiología, es esencial considerar la disposición libidinal no simplemente como tal, sino también considerarla en conexión con las primeras relaciones del sujeto con sus objetos internalizados y externos, consideración que implica una comprensión de los mecanismos de defensa desarrollados por el yo al enfrentarse con sus diversas situaciones de ansiedad.

Si aceptamos este criterio de la formación del superyó, su inflexible severidad en el caso del melancólico se hace más inteligible. Las persecuciones y exigencias de los malos objetos internalizados; los ataques de esos objetos uno contra otro (especialmente aquellos objetos representados por el coito sádico de los padres); la apremiante necesidad de cumplir con las estrictas exigencias de los objetos "buenos" y protegerlos y aplacarlos dentro del yo, con el resultante odio del ello; la constante incertidumbre sobre la "bondad" de un "objeto bueno", lo que hace que éste se transforme tan prontamente en uno malo; todos estos factores se combinan para producir en el yo la sensación de ser presa de exigencias imposibles y contradictorias que surgen del interior, condición que se siente como mala conciencia. Es decir, los primeros balbuceos de la conciencia están asociados con la persecución por objetos malos. La misma expresión "el roer de la conciencia" (*Gewissensbisse*) es testimonio de la implacable "persecución" de la conciencia y del hecho de que es originalmente concebida como devorando a su víctima.

Entre las diversas exigencias internas que contribuyen a la severidad del superyó en el melancólico, he mencionado la necesidad apremiante que existe para el yo de obedecer a las exigencias muy estrictas de los objetos "buenos". Es solamente esta parte del cuadro —la crueldad de los objetos "buenos", es decir, la del objeto como erigido en el yo— la que ha sido reconocida hasta ahora por la opinión analítica general como causa de la inflexible severidad del superyó en el melancólico. Pero, en mi opinión, únicamente observando la relación compleja del yo con sus objetos malos fantaseados, así como con sus objetos buenos, y observando el cuadro completo de la si-

tuación interna que he tratado de reseñar en este trabajo, podremos comprender la esclavitud a que se somete el yo cuando obedece a las exhortaciones y exigencias extremadamente crueles de su objeto amado erigido dentro de él. Según he mencionado anteriormente, el yo trata de mantener separados los objetos "buenos" de los "malos", los reales de los fantaseados. El resultado es un concepto de objetos extremadamente malos y extremadamente perfectos, es decir, sus objetos amados son, en muchos aspectos, intensamente morales y exigentes. Al mismo tiempo, desde que el yo no puede mantener separados los objetos malos y buenos en su mente,⁹ una parte de la crueldad de los objetos malos y del ello la adjudica a los objetos buenos, y esto aumenta aun más la severidad de sus exigencias.¹⁰ Estas estrictas exigencias tienen el propósito de amparar al yo en su lucha contra sus odios incontrolables y sus malos objetos perseguidores, con los cuales el yo está parcialmente identificado.¹¹ Cuanto mayor es la ansiedad por perder los objetos amados, mayor es la lucha del yo por salvarlos, y cuanto más difícil se hace la tarea de reparación, más estrictas se vuelven las exigencias asociadas con el superyó.

He tratado de demostrar que las dificultades que experimenta el yo cuando realiza la incorporación de objetos totales, proceden de su aún imperfecta capacidad para dominar, por medio de sus mecanismos de defensa, los nuevos contenidos de ansiedad que surgen de este adelanto de su desarrollo.

Comprendo la dificultad que hay para trazar una línea definida entre los sentimientos y contenidos de ansiedad del paranoico y del depresivo, desde que ambos están íntimamente ligados. Pero pueden distinguirse unos de otros, con un criterio de diferenciación, si se considera que la ansiedad de persecución está principalmente relacionada con la preservación de los buenos objetos internalizados (totales) con los cuales el yo se identifica. En este caso —que es el del depresivo— la ansiedad y los sufrimientos son de naturaleza mucho más compleja. La ansiedad, por miedo de que los objetos buenos, y con ellos el yo, sean destruidos, o que se encuentren en estado de desintegración, se halla entretrejida con esfuerzos continuos y desesperados para salvar los objetos buenos internalizados y externos.

Me parece que sólo cuando el yo ha introyectado el objeto como un todo y ha logrado mejores relaciones con el mundo externo y con

⁹ Ya he explicado que el yo, por la repetida unificación y diferenciación de los objetos buenos y malos, de los fantásticos y los reales, los internos y los externos, encuentra gradualmente su camino hacia una concepción más real tanto de los objetos internos como de los externos, y así obtiene una relación más satisfactoria con ambos.

¹⁰ En *El yo y el ello* Freud ha señalado que en la melancolía el componente destructivo se ha concentrado en el superyó y está dirigido contra el yo.

¹¹ Es bien sabido que algunos niños presentan una ansiedad urgente de ser mantenidos bajo estricta disciplina y estar de este modo impedidos por un agente externo de cometer algo malo.

personas reales, es capaz de comprender ampliamente el desastre creado por su sadismo y especialmente por su canibalismo, y sentirse apenado por ello. Este dolor se relaciona no sólo con el pasado sino también con el presente, puesto que en este temprano estadio del desarrollo el sadismo está en su apogeo. Se necesita una mayor identificación con el objeto amado. El yo se encuentra entonces enfrentado con el hecho psíquico de que sus objetos de amor se encuentran destruidos —en trozos—, y la desesperación, remordimiento y ansiedad que se derivan de este reconocimiento, forman la base de numerosas situaciones de ansiedad, entre las que citaré: cómo juntar los trozos de la manera correcta y a su debido tiempo; cómo recoger los trozos buenos y deshacerse de los malos; cómo hacer revivir el objeto una vez que se han juntado los trozos, y ver esta tarea obstaculizada por los objetos malos y por el propio odio.

Las situaciones de ansiedad de este tipo son las que he encontrado en el fondo no sólo de la depresión, sino también de toda inhibición para el trabajo. Las tentativas de salvar el objeto amado, de repararlo y restaurarlo, tentativas que en estado de depresión están unidas con la desesperación, desde que el yo duda de su capacidad para efectuar tal restauración, son los factores determinantes en toda sublimación y en el desarrollo total del yo. En relación con esto, sólo mencionaré la importancia específica que tiene para la sublimación la forma en que se halla reducido el objeto amado en trozos y el esfuerzo por juntarlos. Es un objeto "perfecto" que está en pedazos; así, la reparación presupone la necesidad de embellecerlo y "perfeccionarlo". La idea de perfección es, además, tan apremiante, porque refuta la idea de desintegración. En algunos pacientes que se han alejado de su madre por odio o desagrado y que han usado otros mecanismos para separarse de ella, he encontrado, sin embargo, que existía en sus espíritus un hermoso cuadro de la madre, pero sentido sólo como el *cuadro* de ella y no como realidad. El objeto real no era atractivo: en realidad, una persona dañada, incurable y por consiguiente temida. El cuadro hermoso había sido disociado del objeto real, pero no se había renunciado nunca a él, y jugaba un papel importante en los modos específicos de su sublimación.

Parece que el deseo de perfección está arraigado en la ansiedad depresiva de desintegración, que es así de gran importancia en todas las sublimaciones.

Como he señalado anteriormente, el niño llega a la comprensión de su amor por un objeto bueno, total, y además real, junto con un sentimiento de culpa abrumador hacia él. La identificación total con el objeto, basada en la atracción libidinal, primero hacia el pecho, después a toda la persona, va pareja con su ansiedad por él (por su desintegración), con culpabilidad y remordimiento, con un sentido de responsabilidad para conservarlo intacto contra los perseguidores y el ello y con una tristeza relacionada con la idea de una pérdida inevitable del mismo. Estas emociones, conscientes o inconscientes,

son, en mi opinión, uno de los elementos fundamentales de los sentimientos llamados amor. Podemos decir que estamos familiarizados con los autorreproches del depresivo, que representan reproches contra el objeto. Pero, según mi criterio, el odio del yo hacia el ello, que es importantísimo en esta fase, explica aun más sus sentimientos de desvalorización y desesperación que los reproches hacia el objeto. He encontrado a menudo que estos reproches y el odio contra los objetos malos, sufren secundariamente un aumento para enmascarar el odio frente al ello, que es todavía más insoportable. En último análisis, es el conocimiento inconsciente del yo de que el odio así como el amor, existe también allí, y que en cualquier momento puede llegar a dominar (la ansiedad del yo de ser arrastrado por el ello, destruyendo así el objeto amado) lo que provoca el dolor, los sentimientos de culpa y la desesperación que forman la base de la tristeza. Esta ansiedad es también responsable de la duda acerca de la bondad del objeto amado. Según ha puntualizado Freud, la duda es en realidad, la duda de nuestro propio amor, y "el hombre que duda de su amor, puede o, más bien, *tiene* que dudar de todas las cosas."¹²

Yo diría que el paranoico ha introyectado también un objeto real y total, pero no ha podido llegar a una identificación completa con él, o habiendo llegado a ésta, no ha podido mantenerla. Mencionaré unas cuantas razones responsables de este fracaso: la ansiedad de persecución es demasiado grande; hay sospechas y ansiedades de naturaleza fantástica que dificultan una completa y estable introyección de un objeto bueno y real. Habiendo sido introyectado como tal, hay poca capacidad para conservarlo como objeto bueno, puesto que dudas y sospechas de todas clases harán que el objeto amado se torne pronto en un perseguidor. Así, su relación con los objetos *totales* y con el mundo real está todavía influida por su primera relación con objetos parciales internalizados y con heces respectivamente como perseguidores, y puede ceder otra vez a estos últimos.

Me parece que es característico del paranoico que aunque desarrolle un fuerte y agudo poder de observación del mundo externo y de los objetos reales, a causa de su ansiedad de persecución y sus sospechas, esa observación y su sentido de la realidad están sin embargo falseados, puesto que su ansiedad de persecución hace que mire a la gente principalmente desde el punto de vista de si son perseguidores o no. Donde la ansiedad de persecución por el yo se halla en camino ascendente, no son posibles ni una identificación completa y estable con otro objeto, en el sentido de considerarlo y comprenderlo como realmente es, ni una capacidad plena para el amor.

Otra razón importante por la cual el paranoico no puede mantener su relación de objeto total, es que mientras las ansiedades de persecución y la ansiedad por sí misma están todavía operando tan fuertemente, no puede soportar el peso adicional de ansiedades por un

¹² "A propósito de un caso de neurosis obsesiva", O.C., 10.

objeto amado, por los sentimientos de culpa y remordimiento que acompañan esta posición depresiva. Además, en esta posición puede hacer mucho menos uso de la proyección; por temor de expulsar sus objetos buenos y de este modo perderlos, y, por otra parte, por temor a dañar objetos externos buenos al expulsar de su interior lo que es malo.

Vemos así que los sufrimientos relacionados con la posición depresiva lo arrojan regresivamente al estado paranoico. Sin embargo, aunque se haya alejado, la situación depresiva ha sido alcanzada, y por lo tanto la probabilidad de depresión está siempre presente. Esto explica, en mi opinión, el hecho de que frecuentemente encontremos la depresión junto con una paranoia grave, aun en casos de depresión no tan severa.

Si comparamos los sentimientos del paranoico con los del depresivo en lo que respecta al despedazamiento del objeto, se puede ver que, característicamente, el depresivo está lleno de dolor y ansiedad por el objeto, y luchará por unirlo de nuevo en un todo, mientras que para el paranoico el objeto despedazado es principalmente una multitud de perseguidores, desde que cada trozo crece de nuevo y se vuelve perseguidor.¹³ Este concepto de los fragmentos peligrosos a los que se ve reducido el objeto me parece estar en concordancia con la introyección de los objetos —fragmentos (trozos de objetos) que se equiparan a las heces (Abraham)— y con la ansiedad de una multitud de perseguidores internos, los cuales, en mi opinión, dan lugar a la introyección de muchos trozos de objetos y de multitud de heces peligrosas.

He considerado ya las distinciones entre el paranoico y el depresivo desde el punto de vista de sus distintas relaciones con sus objetos amados. Tomemos las inhibiciones y ansiedades relativas a la comida. La ansiedad de absorber sustancias destructivas, peligrosas, dentro de sí, será paranoica, mientras que la ansiedad de destruir los objetos buenos externos mordiéndolos y mascándolos, o la de poner en peligro el buen objeto interno introduciendo sustancias malas del mundo exterior, será depresiva. La ansiedad de poner en peligro a un objeto bueno externo dentro de uno mismo, incorporándolo es depresiva. Por otra parte en casos de fuertes rasgos paranoicos, he encontrado fantasías de atraer astutamente a un objeto externo hacia el interior, que es considerado como una cueva llena de monstruos peligrosos, etc., para destruirlo.¹⁴ Aquí podemos ver las razones paranoicas de una intensificación del mecanismo de introyección, mientras que, como sabemos, el depresivo emplea este mecanismo tan característicamente, con el propósito de incorporar un objeto bueno.

Considerando ahora los síntomas hipocondríacos de este modo

¹³ Según ha señalado Melitta Schmideberg (1930).

¹⁴ *El psicoanálisis de niños.*

comparativo, los dolores y otras manifestaciones que en forma de fantasía son el resultado de los ataques contra el yo de objetos malos internos dentro del individuo, son típicamente paranoicos.¹⁵ Los síntomas que se derivan, por otra parte, de los ataques de objetos malos internos y del ello contra los buenos —una guerra interna en la que el yo se identifica con los sufrimientos de los objetos buenos— son típicamente depresivos.

Por ejemplo, el paciente X al que siendo niño se le dijo que tenía la lombriz solitaria (que él nunca vio), relacionó las lombrices de su interior, con su voracidad. En su análisis tenía fantasías de que una lombriz se estaba abriendo camino a través de su cuerpo, comiéndolo, lo que provocó una gran ansiedad por la idea de que tenía cáncer. El paciente, que sufría de ansiedades hipocondríacas y paranoicas, desconfiaba mucho de mí y entre otras cosas, sospechaba que yo estuviera aliada con otras personas que lo hostilizaban. En esa época soñó que una persona que lo perseguía había sido detenida por un detective y puesta en la cárcel. Pero después el detective resultó no ser de toda confianza y se hizo cómplice del enemigo. El detective era yo, toda la ansiedad fue internalizada y también relacionada con la lombriz de su fantasía. La prisión donde fue encerrado el enemigo era su propio interior; en realidad la parte especial de su interior donde el perseguidor había de ser encerrado. Se hizo claro que la lombriz peligrosa (una de sus asociaciones fue que la lombriz era bisexual) representaba a los dos padres en una hostil alianza contra él (en realidad en relación sexual).

En la época en que fueron analizadas las fantasías de la lombriz, el paciente desarrolló una diarrea que —según X supuso erróneamente— estaba mezclada con sangre. Esto lo asustó mucho; creyó que era una confirmación de los procesos peligrosos que tenían lugar en su interior. Este sentimiento se fundaba en fantasías en las que él atacaba con excreciones venenosas a sus malos padres unidos en su interior. La diarrea significaba para él excreciones venenosas, así como el pene malo de su padre. La sangre peligrosa y mala que él creía que estaba en las heces, me representaba a mí (esto se vio en asociaciones en las que me relacionaba con sangre). Así, la diarrea representaba para él armas peligrosas con las cuales se defendía de sus padres malos internalizados, así como también sus padres mismos envenenados y destruidos —la lombriz—. En su primera infancia había atacado a sus padres reales, en fantasía, con excrementos venenosos y los había molestado en sus relaciones, defecando. La

¹⁵ El doctor Clifford Scott mencionó en su curso de conferencias sobre psicosis en el Instituto de Psicoanálisis, en el otoño de 1934, que, en su experiencia, en la esquizofrenia, clínicamente los síntomas hipocondríacos son más numerosos y extraños y están vinculados a las persecuciones y funciones de objetos parciales. Esto puede observarse aun después de un corto examen. En las relaciones depresivas, clínicamente los síntomas hipocondríacos son menos variados y más relacionados en su expresión con las funciones del yo.

diarrea había sido siempre algo muy terrorífico para él. Junto con estos ataques a sus padres reales, toda esta guerra se hizo internalizada y amenazaba su yo con la destrucción. Puedo mencionar que este paciente recordaba en su análisis que alrededor de los diez años tuvo la sensación definida de que tenía un hombrecito dentro del estómago que lo controlaba y le daba órdenes, las cuales el paciente tenía que ejecutar, aunque siempre eran malas y equivocadas (similares sentimientos tenía respecto a su padre real).

Cuando el análisis progresó y su desconfianza hacia mí disminuyó, el paciente se preocupó mucho por mí. A X siempre le había preocupado la salud de su madre, pero no había podido desarrollar un cariño real hacia ella, aunque hacía lo posible por complacerla. Ahora, con su interés por mí, ocuparon el primer plano sentimientos fuertes de amor y gratitud, junto con sentimientos de desvalorización, dolor y depresión. El paciente nunca se había sentido realmente feliz, su depresión se había extendido, podría decirse, sobre su vida íntegra, pero no había sufrido verdaderos estados depresivos. En su análisis pasó por fases de profunda depresión, con todos los síntomas característicos de este estado mental. Al mismo tiempo, los sentimientos y fantasías relacionados con sus dolores hipocondríacos cambiaron. Por ejemplo, el paciente sintió la ansiedad de que el cáncer le perforara la mucosa de su estómago, realmente quería protegerme a *mí* dentro de él —en realidad la madre internalizada—, que creía estaba siendo atacada por el pene del padre y por su propia voracidad (el cáncer). Otra vez el paciente tuvo fantasías relacionadas con trastornos físicos producidos por una hemorragia interna de la cual moriría. Se hizo claro que yo estaba identificada con la hemorragia: yo representaba la sangre buena. Debemos recordar que, cuando dominaban las ansiedades paranoides y yo era tomada principalmente como perseguidora, había sido identificada con la sangre *mala* que estaba mezclada con la diarrea (con el padre malo, los padres malos unidos). Ahora yo representaba la preciosa sangre *buena* —perderla significaba mi muerte, lo que implicaría su muerte—. Se hizo claro que el cáncer a quien él responsabilizaba por la muerte de su objeto amado, así como por la suya propia, y que representaba al pene malo del padre, ahora más que nunca era identificado con su propio sadismo, especialmente con su voracidad. Es por eso que se sentía tan desvalorizado y tan desesperado.

Mientras predominaron las ansiedades paranoides y prevaleció la ansiedad de sus malos objetos unidos, X sólo sentía ansiedades hipocondríacas por su propio cuerpo. Cuando la depresión y el dolor empezaron, el amor y el interés por el objeto bueno se colocaron en primer plano (y del mismo modo, en la situación transferencial, su preocupación por mí y luego por su madre real), y el contenido de ansiedad, así como todos los sentimientos y defensas, se alteraron. En este caso, así como en otros, he encontrado que los *temores y sospechas paranoides eran reforzados como defensa contra la posición*

depresiva encubierta. Citaré ahora el caso de un hombre de cuarenta y cinco años, Y, con fuertes rasgos paranoides y depresivos (predominantemente paranoides) y con hipocondría. Las quejas de múltiples trastornos físicos, que ocupaban gran parte de las horas de análisis, se alternaban con fuertes sentimientos de sospecha de las personas que lo rodeaban y a menudo se relacionaban directamente con ellos, puesto que los hacía responsables de un modo u otro de sus trastornos físicos. Cuando, después de un difícil trabajo analítico, disminuyeron la desconfianza y la sospecha, su relación conmigo mejoró cada vez más. Se hizo claro que sepultado bajo continuas acusaciones paranoides, de quejas y críticas de otros, existía un profundo amor por su madre e interés por sus padres así como por otras personas. Al mismo tiempo una gran tristeza y depresiones profundas tomaron el primer plano. Durante esta fase, las quejas hipocondríacas se alteraron, tanto en el modo como me fueron presentadas como en el contenido subyacente. Por ejemplo, el paciente se quejaba de los diversos trastornos físicos y después enumeraba las medicinas que había tomado para el pecho, garganta, nariz, orejas, intestinos, etc. Parecía como si hubiera estado cuidando estas partes del cuerpo y de sus órganos. Siguió hablando sobre su interés por algunos jóvenes a su cargo (era maestro), y luego sobre la preocupación que sentía por algunos miembros de su familia. Se hizo claro que los diversos órganos que trataba de curar estaban identificados con sus hermanos y hermanas internalizados, por los cuales se sentía culpable y a quienes tenía que estar salvando perpetuamente. La ansiedad *exagerada* por salvarlos —debido a que los había dañado en su fantasía— y su pena y desesperación *excesiva* fue lo que lo llevó a ese aumento de sus ansiedades y defensas paranoides, e hizo que el amor y el interés por las personas y su identificación con ellas se vieran sepultados bajo el odio. También, en este caso, cuando la depresión con todas sus fuerzas se instaló en primer plano y las ansiedades paranoides disminuyeron, las ansiedades hipocondríacas se relacionaron con los objetos amados internalizados y (así) con el yo, mientras que antes sólo habían sido experimentadas en relación al yo.

Después de haber tratado de establecer las diferencias entre el contenido de ansiedad, los sentimientos y defensas en acción en la paranoia y los que actúan en los estados depresivos, debo aclarar una vez más que, en mi opinión, el estado depresivo se basa en el estado paranoide y genéticamente se deriva de él. Considero al estado depresivo como el resultado de una mezcla de ansiedad, sentimientos y defensas de dolor relacionados con la inminente pérdida de todo objeto amado. Me parece que introducir un término para aquellas ansiedades y defensas específicas podría hacer más factible la comprensión de la estructura y naturaleza de la paranoia así como la de los estados maniaco-depresivos.¹⁶

¹⁶ Esto está relacionado con otro problema de terminología. En mi trabajo ante-

Según mi opinión, siempre que exista un estado de depresión, sea éste en los casos de sujetos normales, de neuróticos, de maniaco-depresivos o en casos mixtos, existe siempre este agrupamiento específico de ansiedades, de sentimientos de infelicidad, de mecanismos de defensa, que he descrito aquí como posición depresiva.

Si este punto de vista resulta correcto, podremos comprender esos casos tan frecuentes donde se nos presenta un cuadro de una mezcla de tendencias paranoicas y depresivas, puesto que podemos entonces aislar los diversos elementos que lo componen.

Las consideraciones que he presentado en este trabajo sobre los estados depresivos nos pueden conducir, según creo, a la mejor comprensión de la todavía enigmática reacción del suicida. De acuerdo con los hallazgos de Abraham y James Glover, el suicidio se dirige contra el objeto introyectado.¹⁷ Pero mientras que al cometer un suicidio el yo intenta matar sus objetos malos, según mi opinión, al mismo tiempo también se propone siempre salvar sus objetos amados, internos y externos. Para abreviar: en algunos casos las fantasías subyacentes al suicidio se dirigen a salvar los objetos buenos internalizados y esa parte del yo que está identificada con los objetos buenos, y también a destruir la otra parte del yo que está identificada con los objetos malos y con el ello. Al mismo tiempo se satisface el odio contra el objeto por medio del exterminio de los objetos internos. Una satisfacción más, que está en el fondo de la fantasía de suicidio, es la unión pacífica del yo con sus objetos amados.

En otros casos, el suicidio parece estar determinado por el mismo tipo de fantasías, pero aquí ellas se relacionan con el mundo externo y con los objetos reales, en parte como sustitutos de los internalizados. Como se ha dicho, el melancólico odia no sólo sus objetos "malos", sino también su ello, y a este último vehementemente. Al cometer un suicidio, su propósito puede ser el de establecer una reparación definida de sus relaciones con el mundo externo, porque él desea librar el objeto real —o el objeto "bueno" que ese mundo entero

rior he descrito las ansiedades psicóticas y los mecanismos de defensa del niño usando los términos de fases de desarrollo. La conexión genética entre ellos, en verdad, ha sido respetada en mi descripción y también la fluctuación que continúa entre ellas bajo la presión de la ansiedad hasta que se alcanza más estabilidad, pero desde que en el desarrollo normal las ansiedades psicóticas y los mecanismos nunca predominan aislados (un hecho que por supuesto yo he puntualizado), el término fases psicóticas no es realmente satisfactorio. Uso ahora el término "posición", en relación con las primeras ansiedades y defensas psicóticas en el desarrollo del niño. Me parece más fácil asociarlas con este término que con las palabras "mecanismos" o "fases", para las diferencias entre las ansiedades psicóticas del desarrollo del niño y las psicosis del adulto: por ejemplo, el rápido cambio que tiene lugar de una ansiedad de persecución o de un sentimiento depresivo a una actitud normal, cambio que es tan característico en el niño.

¹⁷ Publicado en el *Int. Journal of Psychoanalysis*, vol. III, 1922; es el resumen de una conferencia dada en la Sociedad Psicoanalítica Británica con el título de "Notes on the Psychopathology of Suicide". Abraham describe el caso de un enfermo que hizo una tentativa de suicidio para librarse del objeto introyectado.

representa y con el cual el yo está identificado— de sí mismo, de aquella parte de su yo que está identificada con sus objetos malos y con su ello.¹⁸ En el fondo percibimos que tal paso es la reacción contra sus propios ataques sádicos sobre el cuerpo de la madre, que es para el niño la primera representación del mundo exterior. El odio y la venganza contra los objetos reales (buenos) también tienen un papel importante en ese paso, pero es precisamente en él contra el que lucha en parte el melancólico por medio del suicidio, para salvar a sus objetos reales.

Freud ha declarado que la manía tiene como base los mismos contenidos que la melancolía y que es, en realidad, una vía de escape de ese estado. Diría que en la manía el yo busca refugio no sólo de la melancolía sino también de una situación paranoica que no puede dominar. La dependencia peligrosa y torturante de sus objetos amados impulsa al yo a librarse de ellos. Pero su identificación con estos objetos es demasiado profunda para poder renunciar a los mismos. Por otra parte, el yo está perseguido por su miedo a los objetos malos y al ello, y, en sus esfuerzos por escapar de todas estas miserias, recurre a muchos mecanismos de defensa distintos, algunos de los cuales, desde que pertenecen a distintas fases del desarrollo, son mutuamente incompatibles.

El *sentimiento de omnipotencia* es, en mi opinión, lo que primero y principalmente caracteriza a la manía, y después, como lo ha declarado Helene Deutsch,¹⁹ la manía está basada en el mecanismo de la *negación*. Yo difiero, sin embargo, con Helene Deutsch en el punto siguiente: ella sostiene que esta "negación" está conectada con la fase fálica y el complejo de castración (en las niñas es la negación de la falta de pene), mientras que mis observaciones me han llevado a la conclusión de que este mecanismo de negación se origina en aquella fase muy temprana en la que el yo aún no desarrollado se esfuerza por defenderse de la más abrumadora y profunda de las ansiedades, o sea su temor a los perseguidores internalizados y al ello. Es decir, lo que se niega *primeramente es realidad psíquica*, y el yo puede seguir negando una gran parte de la realidad exterior.

Sabemos que la escotomización puede conducir al sujeto a la completa separación de la realidad y a su completa inactividad. En la manía, sin embargo, la negación está asociada a una sobreactividad, aunque este exceso de actividad, según señala Helene Deutsch, a menudo no tiene relación con los resultados reales. He explicado que en este estado, la fuente del conflicto es la incapacidad y falta de voluntad del yo para renunciar a sus objetos buenos internos, tratando, sin embargo, de escapar a los peligros de subordinación por parte de ellos y de los objetos malos. Su tentativa de alejarse de un objeto sin

¹⁸ Estas razones son en gran parte responsables de ese estado mental del melancólico con el cual interrumpe toda relación con el mundo externo.

¹⁹ Deutsch (1933).

renunciar al mismo tiempo a él por completo parece que está condicionada a un aumento de la fuerza del yo. Tiene éxito en esta formación de compromiso *negando la importancia* de sus objetos buenos y también de los peligros que los amenazan por parte de los malos y del ello. Al mismo tiempo, sin embargo, trata incesantemente de *dominar y controlar* todos sus objetos, y la manifestación de este esfuerzo es su hiperactividad.

Lo que en mi opinión es bien específico de la manía es la *utilización del sentimiento de omnipotencia con el propósito de controlar y dominar* los objetos introyectados. Esto es necesario por dos razones: a) con el fin de negar el miedo que se está sintiendo, y b) para que el mecanismo (adquirido en la posición depresiva anterior) de efectuar la reparación del objeto pueda llevarse a cabo.²⁰ Al dominar sus objetos, el maniaco imagina que impedirá que lo dañen y que sean un peligro el uno para el otro. Emplea su dominio para impedir el coito peligroso entre los padres internalizados y su muerte.²¹ La defensa del maniaco asume tantas formas que no es fácil postular un mecanismo general. Pero yo creo que realmente ese mecanismo consiste (aunque sus variedades son infinitas) en ese dominio de los padres internalizados, mientras que al mismo tiempo la existencia de este mundo interno es disminuida y negada. He encontrado que, tanto en niños como en adultos, donde la neurosis obsesiva era el factor más poderoso en el caso, tal dominio denotaba una enérgica separación de dos (o más) objetos; mientras que donde la manía predominaba, el paciente recurría a métodos más violentos. Es decir, los objetos eran matados, pero, desde que el sujeto era omnipotente, suponía que podía inmediatamente devolverles la vida. Uno de mis pacientes se refirió a este proceso como "manteniéndolos con una vida en suspenso". El matarlos corresponde al mecanismo de defensa (conservado de la primera fase de destrucción del objeto); el resucitarlos está de acuerdo con la reparación hecha al objeto. En esta posición el yo transige de nuevo de manera similar con su relación con los objetos reales. El hambre de objetos, tan característico de la manía, indica que el yo ha retenido un mecanismo de defensa de la posición depresiva: la introyección de los objetos buenos. El sujeto maniaco *niega* las diferentes formas de ansiedad asociadas con la introyección (ansiedad, ya sea que haya introyectado objetos malos o destruido los buenos por el proceso de introyección); su negación se relaciona no sólo con los impulsos del ello sino también con su propio interés por la salvación del objeto. Así podemos suponer que el proceso por el cual el yo y el ideal del yo coinciden (como Freud ha

²⁰ Esta "reparación" de acuerdo con el carácter de fantasía de la situación total es casi siempre de una naturaleza nada práctica e irrealizable. Véase Helene Deutsch, obra citada.

²¹ Bertram Lewin (1933) informó sobre una paciente maniaca grave que se identificaba con ambos padres en relación sexual.

demostrado que se lleva a efecto en la manía) es como sigue. El yo incorpora el objeto de un modo cabalístico (la "fiesta", como Freud la denomina en su explicación de la manía) pero niega sentir algún interés por él. "Seguramente", arguye el yo, "no es asunto de mucha importancia si este objeto particular se destruye... ¡Hay tantos otros para incorporar!" Este *menosprecio de la importancia del objeto y su desprecio por él* es, creo, una característica peculiar de la manía y permite al yo llevar a cabo una separación parcial que observamos que produce al mismo tiempo que su apetito por los objetos. Tal separación, que el yo no puede lograr en la posición depresiva, representa un adelanto, una fortificación del yo en relación con sus objetos. Pero este adelanto está neutralizado por los mecanismos regresivos descritos, que el yo emplea al mismo tiempo en la manía.

Antes de seguir dando algunas indicaciones sobre el papel que las posiciones paranoide, depresiva y maniaca juegan en el desarrollo normal, hablaré sobre dos sueños de un paciente que ilustran algunos de los puntos que he presentado en conexión con las posiciones psicóticas. Diferentes síntomas y ansiedades paranoides e hipochondríacas habían inducido al paciente C a ser analizado. En la época en que él tuvo estos sueños el análisis estaba bastante adelantado. Soñó que estaba viajando con sus padres en un coche de ferrocarril, probablemente sin techo, puesto que estaban al aire libre. El paciente sintió que él estaba "dirigiendo todo", cuidando a sus padres, que eran más ancianos y estaban más necesitados de sus cuidados que en la realidad. Los padres estaban acostados en la cama, no uno al lado del otro, como acostumbraban, sino con los extremos de las camas unidos. Al paciente le fue difícil mantenerlos calientes. Luego el paciente orinó en una vasija que tenía en el medio un objeto cilíndrico, mientras sus padres lo observaban. Este procedimiento de orinar parecía complicado, puesto que tenía que tener especial cuidado de no hacerlo dentro de la parte cilíndrica. Sintió que esto no hubiera importado si él hubiera podido acertar exactamente dentro del cilindro sin derramar nada alrededor. Cuando hubo terminado de orinar notó que la vasija desbordaba, y esto le produjo una sensación incómoda por esto: como si su padre no debiera verlo, puesto que se sentiría vencido por el hijo, y él no quería humillarlo. Al mismo tiempo sentía que orinando le ahorra a su padre la molestia de salir de la cama y orinar. Aquí el paciente se detuvo, y luego dijo que realmente sentía como si sus padres formaran parte de él mismo. En el sueño, la vasija con el cilindro se suponía que fuera un vaso chinesco, pero no era así porque el pie no estaba dentro de la vasija, como debiera haberlo estado: estaba "en un lugar equivocado", puesto que se hallaba sobre la vasija —realmente dentro de ella—. El paciente luego asoció la vasija con un bol de vidrio como el que se usaba en la casa de su abuela para dar luz de gas, y la parte cilíndrica le recordaba el tubo por donde pasaba el gas. Luego pensó en un corredor oscuro al final del cual había una luz de gas que ardía débilmente y dijo

que el cuadro le evocaba sentimientos tristes. Le hacía pensar en casas pobres y arruinadas, donde todo parecía muerto excepto la débil luz de gas. Es cierto que con sólo estirar la cuerda, la luz se enciende plenamente. Esto le recordó que siempre había tenido miedo al gas y que las llamas del gas le hacían sentir como si ellas estuvieran saltando sobre él, mordiéndolo, como si fueran la cabeza de un león. Otra cosa que lo asustaba, referente al gas, era el ruido ("pop") que hacía cuando se apagaba. Después de mi interpretación de que la parte cilíndrica de la vasija y el tubo de gas eran la misma cosa y de que él temía orinar dentro porque no quería por alguna razón apagar la llama, contestó que naturalmente uno no puede extinguir la llama del gas de ese modo, puesto que el veneno perdura: no es como una vela, a la que uno puede simplemente apagar de un soplo.

A la noche siguiente el paciente tuvo este sueño: oyó el ruido de algo que se estaba friendo en el horno. No podía ver lo que era, pero pensó en algo castaño, probablemente un riñón que se estaba friendo en la sartén. El ruido que oyó era como el chillido o lloro de una voz débil, y su creencia era que se estaba friendo a una criatura viva. Su madre estaba allí y él trató de llamarle la atención sobre eso, y hacerle comprender que freír algo vivo era lo peor que se podía hacer, peor que hacerlo hervir o cocinarlo. Era más torturante puesto que la grasa caliente impedía que se quemara del todo y lo mantenía vivo mientras se le quemaba la piel. No pudo hacer que su madre comprendiera esto y a ella no pareció importarle. Esto lo preocupaba, pero en cierto sentido lo consoló, porque pensó que después de todo no podía estar tan mal si a ella no le importaba. El horno, que él no abrió durante el sueño —nunca vio el riñón en la sartén—, le recordaba un refrigerador. En el departamento de un amigo había confundido la puerta del refrigerador con la del horno. Se preguntaba si el frío y el calor eran, en cierto modo, la misma cosa para él. La torturante grasa caliente de la sartén le recordó un libro sobre torturas que había leído siendo niño; se había emocionado especialmente con los degollamientos y con las torturas con aceite caliente. El degollamiento le recordaba al King Charles. Se había emocionado mucho con la historia de su ejecución y más tarde había desarrollado una especie de devoción por él. En lo referente a las torturas con aceite caliente, acostumbraba a pensar mucho en ellas, imaginándose en esa situación (especialmente que quemaban sus piernas), y tratando de descubrir cómo podría hacerse en caso de que se llevara a efecto, para que causara el menor dolor posible.

El día en que el paciente me contó su segundo sueño había observado primero la manera en que yo prendía el fósforo para encender el cigarrillo. Dijo que era evidente que yo no lo prendía de la manera correcta porque un trocito de la punta había volado hacia él. Quiso decir que yo no lo había encendido en el ángulo correcto, y siguió diciendo: "como mi padre, que *saca* (hacer el saque) las pelotas de manera errónea en el tenis". El se preguntaba con qué frecuencia había

sucedido antes en su análisis que la punta del fósforo volara hacia él. (Antes había mencionado una o dos veces que yo debía tener fósforos malos, pero ahora la crítica se dirigía a mi manera de encenderlos). No se sintió inclinado a hablar, quejándose de que había tenido un fuerte resfrío los dos últimos días; sentía su cabeza muy pesada y sus oídos estaban tapados; el mucus era más espeso que otras veces en que había estado resfriado. Luego me contó el sueño que he relatado, y durante las asociaciones mencionó una vez más el resfrío y que éste le desanimaba para todo.

A través del análisis de estos sueños una nueva luz se arrojó sobre algunos puntos fundamentales del desarrollo del paciente. Estos habían aparecido antes en su análisis, pero ahora volvían con nuevas conexiones para él. Sólo destacaré los puntos que sostienen las conclusiones a que hemos llegado en este trabajo. Debo decir que no tengo espacio para citar sus asociaciones más importantes.

El orinar en el sueño lo condujo a sus tempranas fantasías agresivas hacia sus padres, especialmente dirigidas contra su relación sexual. Había tenido fantasías en las cuales los mordía y devoraba, y entre estos ataques, orinaba encima y dentro del pene de su padre, para desollarlo y quemarlo y hacer que su padre encendiera fuego en el interior de su madre durante sus relaciones (la tortura con aceite caliente). Estas fantasías se extendían a bebés dentro del cuerpo de la madre, que debían ser destruidos. El riñón quemado vivo representaba tanto al pene del padre (equiparado con las heces) como a los bebés dentro del cuerpo de su madre (el horno que él no abrió). La castración del padre está expresada por las asociaciones sobre degollamiento. La apropiación del pene paterno fue demostrada por el sentimiento de que su pene era tan grande y de que él orinaba por él y por su padre (fantasías de tener el pene de su padre dentro del suyo o unido al suyo se habían presentado en gran número en el análisis). El orinar del paciente dentro del bol significaba también su relación sexual con su madre (de donde el bol y la madre en el sueño representaban a ella como figura real y como internalizada). Al padre impotente y castrado se le hizo presenciar la relación del paciente con su madre —el reverso de la situación por la cual había pasado en fantasía en su niñez—. El deseo de humillar a su padre está expresado por su sentimiento de que él no debía hacerlo. Estas (y otras) fantasías sádicas han dado origen a diferentes angustias: en el sueño, a la madre no se le podía hacer entender que estaba en peligro debido al pene ardiente y mordiente en su interior (la cabeza ardiente y mordiente del león, el anillo de gas que él había encendido), y que sus bebés estaban en peligro de ser quemados, siendo al mismo tiempo un peligro para ella misma (el riñón en el horno). La creencia del paciente de que el pie cilíndrico estaba "en posición incorrecta" (dentro del bol en vez de fuera) expresaba no sólo su temprano odio y celos porque su madre había hecho entrar en su interior el pene paterno, sino también su ansiedad por este peligroso acontecimiento. La fantasía

de conservar el riñón (el pene y los bebés) mientras lo torturaba, expresaba tanto las tendencias destructivas contra el pene y los bebés como, en cierto grado, el deseo de conservarlos sanos. La posición especial de las camas en las que los padres yacían (diferente de la que tenían en el dormitorio real) demostraba no sólo el primer impulso agresivo y de celos de separarlos en sus relaciones sino también la ansiedad por que no se dañaran o mataran durante sus relaciones que en su fantasía el hijo representaba tan peligrosas. Los deseos de muerte contra sus padres lo habían llevado a una abrumadora ansiedad por su muerte (la de ellos). Esto está demostrado por las asociaciones y sentimientos sobre la débil luz de gas, la edad avanzada de los padres en el sueño (más viejos que en la realidad), su desamparo y la necesidad de que el paciente los mantenga en calor.

El mecanismo defensivo de desplazamiento de la responsabilidad de la culpa sobre el objeto atacado, se ve bien en sus asociaciones de que estoy encendiendo mal los fósforos y de que su padre hace el saque de manera equivocada. De este modo hace a los padres responsables de su coito equivocado y peligroso, pero el temor de la venganza basada en la proyección (que yo lo quemara), está exagerada por su observación de que él se preguntaba con qué frecuencia durante el análisis los extremos de los fósforos habían volado hacia él, y todos los otros contenidos de ansiedad relacionados con los ataques contra él (la cabeza del león, el aceite caliente).

El hecho de que él había internalizado (introyectado) a sus padres se demuestra en lo siguiente: 1) El coche del ferrocarril, donde viajaba con sus padres, continuamente cuidándolos, "dirigiéndolo todo", representa su cuerpo. 2) El coche estaba abierto, en contraste con su sentimiento —representando la internalización de ellos— de que él no podía librarse de sus objetos internalizados, pero el estar abierto era una negación de eso. 3) Que él tenía que hacerlo todo por ellos, aun orinar por su padre. 4) La expresión definitiva de un sentimiento o creencia de que ellos eran parte de él.

Por medio de la internalización de sus padres, todas las situaciones de ansiedad que he mencionado antes con respecto a sus padres reales, se hicieron internalizadas y así multiplicadas, intensificadas y, en parte, alteradas en su carácter. Su madre contenía el pene ardiente y a los niños moribundos (el horno con la sartén) en su interior. Esta ansiedad de que los padres tuvieran una peligrosa relación dentro de él y la necesidad de mantenerlos separados se tornó la fuente de muchas situaciones de ansiedad, y se encontró (en su análisis) que estaba en el fondo de sus síntomas obsesivos. En cualquier momento los padres podían tener relaciones peligrosas, quemarse y comerse entre ellos, y puesto que su yo se había convertido en el lugar donde se producían estas situaciones de peligro, destruirlo a él también. Así, tenía que sobrellevar al mismo tiempo una gran ansiedad por ellos y por sí mismo. Estaba muy acongojado por la inminente muerte de sus padres internalizados, pero al mismo tiempo no

se atrevía a devolverles la vida —no se atreve a tirar del hilo (o cordón) del gas—, puesto que sus relaciones sexuales estarían implicadas en su vuelta a la vida y esto causaría la muerte de ellos y la suya [el mecanismo maniaco de la resurrección].

Después están los peligros que amenazan desde el ello. Si los celos y el odio activados por alguna frustración real lo están torturando, él atacará de nuevo en su fantasía a su padre internalizado con su excremento ardiente, interrumpirá sus relaciones, lo que da lugar a renovadas ansiedades. Tanto los estímulos externos como los internos pueden aumentar sus ansiedades paranoides de perseguidores internalizados. Si entonces mata a su padre dentro de él, el padre muerto se vuelve un perseguidor de una naturaleza especial. Vemos esto por la observación del paciente (y las asociaciones siguientes) de que si el gas es extinguido como un líquido, el veneno perdura. Aquí la posición paranoide toma la delantera y el objeto muerto en su interior se equipara (o equivale) a las heces y flatos.²² Sin embargo, la posición paranoide, que había sido muy fuerte en el paciente en el comienzo del análisis, pero que ahora se halla muy disminuida, no aparece mucho en sus sueños.

Lo que domina en sus sueños son los sentimientos dolorosos relacionados con la ansiedad por los objetos amados, que, como ya he señalado, son característicos de la posición depresiva.

En los sueños, el paciente trata la posición depresiva de diferentes modos.

Utiliza el control maniaco sádico sobre sus padres, manteniéndolos separados uno del otro y deteniéndolos así en su relación tanto placentera como peligrosa. Al mismo tiempo, su modo de cuidarlos es signo de mecanismos obsesivos.

Pero su modo principal de dominar la posición depresiva es la restauración. En el sueño se dedica por entero a sus padres con el objeto de mantenerlos vivos y confortables. Su interés por su madre se remonta a su más temprana infancia, y su impulso por restaurar y restituir a sus padres y hacer que prosperen sus hijos en ella desempeña un papel importante en todas sus sublimaciones.

La conexión entre los hechos peligrosos en su interior y sus ansiedades hipocondríacas está demostrada por las observaciones que hizo el paciente sobre su resfriado, en la época de sus sueños.

Parecía que el mucus, que era tan extraordinariamente espeso, estaba identificado con la orina en el bol —con la grasa en la sartén— al mismo tiempo que con su semen, y que en su cabeza, que él sentía tan pesada, llevaba los genitales de sus padres (la sartén con el riñón). El mucus estaba para conservar sanos los genitales de su

²² Según mi experiencia, la concepción paranoica de un objeto muerto en el interior es la de un perseguidor secreto y siniestro. Se lo siente como si no estuviera completamente muerto, y pudiera volver a aparecer en cualquier momento de un modo astuto e intrigante, y parece tanto más peligroso y hostil porque el sujeto trata de deshacerse de él matándolo (el concepto de un fantasma peligroso).

madre, impidiendo el contacto con su padre, y al mismo tiempo esto significaba su semen y relación sexual con su madre en su interior. La sensación que tenía era la de que su cabeza estaba obstruida, sensación que correspondía a la de separar los genitales de sus padres, y a la separación de sus objetos internos. Un estímulo para la formación de sus sueños había sido una frustración verdadera que el paciente había experimentado poco antes de tener estos sueños, aunque esta experiencia no lo había llevado a la depresión, pero había influido profundamente en su equilibrio emocional, hecho que se hizo claro en sus sueños. En éstos, la fuerza de la posición depresiva aparece acrecentada, y la eficiencia de las fuertes defensas del paciente están, en cierto modo, disminuidas. Esto no es así en su vida real. Es interesante el hecho de que otro estímulo que provocó el sueño era completamente distinto y sucedió después de la dolorosa experiencia por la que había pasado recientemente con sus padres en un corto viaje donde había gozado mucho. En realidad el sueño comenzó de un modo que le hacía recordar ese placentero viaje, pero luego los sentimientos depresivos ensombrecieron los agradables. Según he señalado antes, el paciente se preocupaba mucho por su madre, pero esta actitud había cambiado durante el análisis, y ahora mantenía relaciones felices y despreocupadas con sus progenitores.

Los puntos que particularicé en conexión con los sueños, me parece que demuestran que el proceso de internalización, que comienza en el primer estadio de la infancia, es fundamental para el desarrollo de las posiciones psicóticas. Vemos ahora cómo, tan pronto como los padres se internalizan, las tempranas fantasías agresivas contra ellos llevan al miedo paranoide de persecuciones externas y, aun más, internas, y producen penas y tristeza por la inminente muerte de los objetos incorporados, junto con ansiedades hipocondríacas, dando origen a una tentativa por defenderse de manera maniaca omnipotente de los insoportables sufrimientos que se le han impuesto al yo de adentro. También vemos cómo el centro dominante y sádico de los padres internalizados se modifica a medida que aumentan las tendencias a la restauración.

El espacio no me permite tratar en detalle los modos en que los niños normales desarrollan las posiciones depresiva y maniaca, las cuales, según mi opinión, forman parte del desarrollo normal.²³ Me limitaré, por lo tanto, a unas cuantas observaciones de naturaleza general.

En mi trabajo anterior presenté el punto de vista, al que me he referido al comienzo de este trabajo, de que en los primeros meses de su vida el niño pasa por ansiedades paranoides relacionadas con los pechos "malos" frustradores, que se toman como perseguidores ex-

²³ Edward Glover (1932) sugiere que el niño atraviesa, en su desarrollo, fases que suministran las bases de las perturbaciones psicopáticas de la melancolía y de la manía.

ternos internalizados.²⁴ De esta relación con los objetos parciales y de su ecuación con las heces, surge en este estadio la naturaleza fantástica y fuera de la realidad de la relación del niño con todas las otras cosas: partes de su propio cuerpo y personas y cosas de su alrededor, que al principio se perciben confusamente. El mundo de los objetos del niño en los primeros dos o tres meses de su vida puede ser descrito como formado en partes y porciones del mundo real que son hostiles y perseguidoras, o bien gratificadoras y benéficas. No pasa mucho tiempo antes de que el niño perciba más y más todo el cuerpo de la madre, y estas percepciones más realistas se extienden al mundo que está más allá de la madre. El hecho de que una buena relación con la madre y con el mundo externo ayude al niño a vencer sus tempranas ansiedades paranoides arroja una nueva luz sobre la importancia de las primeras experiencias.

Desde su comienzo el análisis ha acentuado siempre la importancia de las primeras experiencias del niño, pero me parece que solamente desde que tenemos más conocimientos de la naturaleza y contenido de sus primeras ansiedades, y del continuo juego recíproco entre sus experiencias reales y su vida de fantasía, es que podemos comprender ampliamente *por qué* el factor externo es tan importante. Cuando el niño comienza a ver a la madre como ser total, sus fantasías y sentimientos sádicos, especialmente los canibalísticos, están en su punto culminante. Al mismo tiempo experimenta un cambio en su actitud emocional hacia la madre. La fijación libidinal del niño al seno se transforma en sentimiento hacia ella como persona. De este modo se experimentan sentimientos de naturaleza destructiva y amorosa hacia uno y el mismo objeto, y esto da lugar a profundos y conmovedores conflictos en la mente del niño.

En el curso normal de los acontecimientos, el yo se enfrenta en este punto de su desarrollo —más o menos entre los cuatro o cinco meses— con la necesidad de reconocer en cierto grado la realidad psíquica así como la externa. De este modo tiene que darse cuenta de que el objeto amado es al mismo tiempo el odiado, y además de esto, de que los objetos reales y las figuras imaginarias, tanto las externas como las internas, están ligadas unas a otras. He señalado en otro lugar que en los niños muy pequeños existen, junto con sus relaciones con objetos reales —pero en plano diferente— relaciones con sus *imágenes* no reales, como figuras excesivamente buenas o excesivamente malas²⁵ y que esas dos clases de relaciones con objetos se

²⁴ La doctora Susan Isaacs (1934) ha sugerido que las primeras experiencias infantiles de estímulos dolorosos externos e internos dan la base para las fantasías sobre objetos hostiles internos y externos, y que ellos en gran parte contribuyen a la formación de tales fantasías. Parece que en el más temprano de los estadios, todos los estímulos desagradables están relacionados con los pechos "malos", perseguidores y frustradores, y todos los estímulos agradables con los pechos "buenos" y gratificadores.

²⁵ "Estadios tempranos del conflicto edípico" y "La personificación en el juego de los niños".

entremezclan y disfrazan en un grado siempre creciente en el curso de su desarrollo.²⁶ El primer caso importante en esta dirección ocurre, en mi opinión, cuando el niño llega a conocer a su madre como persona completa y se identifica con ella como persona total, real y amada. Es entonces que la posición depresiva —cuyas características he descrito en este trabajo— se coloca en primer plano. Esta posición es estimulada y reforzada por “la pérdida del objeto amado” que el bebé experimenta una y otra vez cuando le han retirado el pecho de la madre, y esta pérdida alcanza el punto culminante durante el destete. Sandor Rado ha señalado que “el punto de fijación más profundo en la disposición depresiva es encontrarse en la situación de amenaza de pérdida del amor (Freud), más especialmente en la situación de hambre del niño de pecho”. Con respecto a la afirmación de Freud de que en la manía el yo se confunde una vez más con el superyó en unidad, Rado llega a la conclusión de que “este proceso es la fiel repetición intrapsíquica de la experiencia de esa fusión con la madre que tiene lugar durante el amamantamiento de su pecho”. Yo estoy de acuerdo con estas opiniones, pero mi enfoque difiere en puntos importantes con las conclusiones de Rado, especialmente sobre las formas indirectas y tortuosas en que la culpa —según él— se pone en conexión con estas primeras experiencias. He puntualizado anteriormente que, según mi opinión, ya durante el período de la lactancia, cuando se llega a conocer a su madre como un todo (o como persona completa) y cuando progresa de la introyección del objeto parcial a la del objeto total, el niño experimenta algunos de los sentimientos de culpa y remordimiento, algo del dolor que resulta del conflicto entre el amor y el odio incontralable, algunas de las ansiedades sobre la inminente muerte de los objetos amados internalizados y externos: es decir, en menor grado, los sufrimientos y sentimientos que encontramos completamente desarrollados en el adulto melancólico. Por supuesto que estos sentimientos se experimentan en distintas situaciones. La situación completa y las defensas del bebé que obtiene alivio una y otra vez en el amor de su madre difieren enormemente de las del adulto melancólico. Pero el punto importante es que estos sufrimientos, conflictos y sentimientos de culpa y remordimiento, resultantes de la relación del yo con su objeto internalizado, están ya activos en el bebé. Lo mismo se aplica, según he sugerido, a las posiciones paranoides y maníacas. Si el bebé en ese período de su vida fracasa en el establecimiento de su objeto amado dentro de él —si la introyección del objeto “bueno” no tiene éxito—, entonces la situación de “la pérdida del objeto amado” surge ya en el mismo sentido que se encuentra en el adulto melancólico. Esta primera y fundamental pérdida externa de un objeto amado real, que se experimenta a causa de la pérdida del pecho, antes y durante el destete, dará más tarde por resultado un estado depresivo, si el ni-

²⁶ *El psicoanálisis de niños*, cap. 8.

ño, en este primer período de su desarrollo, no ha tenido éxito en el establecimiento y conservación de su objeto amado dentro de su yo.

Estas afirmaciones difieren en un punto fundamental de los resultados de Rado y llevan a conclusiones diferentes. Según Rado, el lactante se encuentra en la situación de amenaza de pérdida del objeto si el pecho que le da la leche (el pecho real) le es retirado (situación de hambre). Yo creo como fundamental de la posición depresiva, el fracaso de los procesos de introyección que van junto con la relación, sumamente importante, del lactante con la madre real, es decir, un proceso intrapsíquico muy temprano. En mi opinión, es también en este temprano estadio del desarrollo que las fantasías maníacas comienzan, primero controlando el pecho, y muy pronto controlando a los padres internalizados y los externos, en todas las características de la posición maníaca que he descrito, y que utilizan para la defensa contra la posición depresiva. En cualquier momento en que el niño encuentra el pecho de nuevo, después de haberlo perdido, el proceso maníaco por el cual el yo y el ideal del yo llegan a coincidir (Freud) se pone en movimiento; porque la gratificación del niño de ser alimentado no sólo la siente como la incorporación canibalística de los objetos externos (la “fiesta” de la manía, como la llama Freud), sino que también pone en movimiento fantasías sobre los objetos ya internalizados y lo relaciona con el dominio de estos objetos. No hay duda que cuanto en mayor grado pueda el niño desarrollar una feliz afinidad con su madre real, en mayor grado podrá vencer la posición depresiva. Pero todo depende de cómo encuentre la salida del conflicto entre el amor y el incontrolable odio y sadismo. Según he señalado antes, en la fase más temprana del yo los objetos perseguidores y los buenos objetos parciales (pechos) son mantenidos completamente aparte en la mente del niño. Por medio de la introyección del objeto total y real se juntan cada vez más, lo que representa un proceso que es primariamente insoportable para el yo débil. El yo se refugia entonces en el mecanismo, tan importante para el desarrollo de las relaciones objetales, de dividir sus *imágenes* en amadas y odiadas, es decir, en buenas y malas.

Podría pensarse que es realmente en este punto donde comienza la ambivalencia, que, después de todo, tiene conexión con las relaciones de objetos —es decir, con los objetos totales y reales—. La ambivalencia, lograda con la separación de las *imágenes*, permite al niño pequeño obtener más confianza y fe en sus objetos reales, y de este modo en los internalizados —amarlos más y ganar de este modo una confianza más estable en su bondad—. Al mismo tiempo las ansiedades paranoides y las defensas están dirigidas hacia los objetos “malos”. El apoyo interno que recibe el yo por sus relaciones amistosas positivas con su objeto real y bueno aumenta a su vez la confianza en los objetos internalizados. De esta manera el yo se refugia alternativamente —sirviéndose en eso de la ambivalencia— en los objetos buenos externos e internos.

Parece que en este estadio del desarrollo, la unificación de los objetos externos e internos, amados y odiados, reales e imaginarios, se realiza de tal manera que cada paso hacia la unificación conduce de nuevo a una renovada división de las *imago*s. Pero a medida que la adaptación al mundo externo aumenta, esta división es realizada sobre planos que gradualmente se acercan más a la realidad. Esto continúa hasta que el amor por los objetos internalizados reales y la confianza en ellos están bien establecidos. Entonces, la ambivalencia, que es en parte una salvaguardia contra el propio odio y contra los objetos terroríficos y odiosos, disminuirá de nuevo en distintos grados durante el desarrollo normal.

Junto con el aumento de amor por los objetos propios buenos y malos se manifiesta una mayor confianza en la capacidad de uno para amar y una disminución de la ansiedad paranoide ante los objetos malos: cambios que conducen a una disminución del sadismo y al logro de mejores medios para dominar la agresión y utilizarla. Las tendencias de reparación, que tienen un papel tan importante en el proceso normal del triunfo de la posición depresiva infantil, son puestas en movimiento por diferentes métodos, de los cuales mencionaré dos, fundamentales: los mecanismos maniacos y los obsesivos.

Parecería que el paso de la introyección de objetos parciales a los objetos totales amados, con todas sus implicaciones, es de una importancia decisiva en el desarrollo. Su éxito —en verdad— depende enormemente de cómo el yo ha podido tolerar su sadismo y su ansiedad en el anterior estadio de desarrollo y de si ha desarrollado o no una fuerte relación libidinal con sus objetos parciales. Pero una vez que el yo ha dado este paso, ha llegado, por así decirlo, a un punto crucial desde el cual se bifurcan, en diferentes direcciones, las sendas que determinan todo el proceso mental.

Ya me he referido con algunos detalles a cómo el fracaso para mantener la identificación con ambos objetos amados, el internalizado y el real, puede dar por resultado trastornos psicóticos tales como estados depresivos, manía o paranoia.

Mencionaré ahora una o dos formas por las que el yo trata de poner fin a todos los sufrimientos que se relacionan con la posición depresiva, es decir: a) Por una "fuga hacia el objeto 'bueno' internalizado", sobre la cual M. Schmeideberg llamó la atención en relación con la esquizofrenia.

Dice ²⁷ que "en la esquizofrenia se logra la separación del mundo exterior por medio de una fuga hacia los objetos buenos internalizados, abandonando la proyección y sobrecompensando narcisísticamente el amor hacia los objetos malos introyectados y reales."

El resultado de tal fuga es a menudo la negación de la realidad psíquica y externa y una psicosis profunda. b) Por medio de una fuga

²⁷ M. Schmeideberg (1930).

hacia los objetos "buenos" externos como un medio para refutar todas las ansiedades —internas y externas—. ²⁸ Este es un mecanismo característico de la neurosis y puede conducir a una esclavizante subordinación a los objetos y a una debilitación del yo.

Estos mecanismos de fuga, según he señalado antes, desempeñan también un papel importante en el proceso normal de la posición depresiva infantil. El fracaso en el desarrollo de esta posición puede conducir al predominio de uno u otro de los mecanismos de fuga mencionados, y de este modo a una psicosis o neurosis grave.

He destacado en este trabajo que considero a la posición infantil depresiva como central para el desarrollo. La evolución normal del individuo y de su capacidad de amor parecen basarse ampliamente en el grado en el cual el yo temprano logró elaborar y superar esta posición decisiva. En último término, ello parece depender de la capacidad del yo de modificar suficientemente sus situaciones de angustia primitivas y sus mecanismos de defensa y de desarrollar así nuevos mecanismos de defensa, que llevan a una confianza mayor y más estable en la bondad de sus objetos (internalizados y reales) y simultáneamente a una mayor independencia de éstos y especialmente en un interjuego exitoso entre las posiciones depresiva, maniaca y obsesional y esos mecanismos defensivos.

²⁸ Desde hace muchos años opino que la fijación desmedida del niño en la madre proviene de sentimientos de culpa y angustia que resultan de su agresión contra ella; por ejemplo, el pequeño busca refugio en la madre real ante la madre mala fantaseada.

Miss Searl expone en su trabajo "The Flight of Reality" (*Int. Journal of Psychoanalysis*, tomo X, 1929) que la realidad representa para el yo en cierta manera el justo medio entre las fantasías de satisfacción de deseos y fantasías angustiantes. La autora confronta la fuga de la realidad angustiante en el neurótico hacia la fantasía y la fuga de las fantasías angustiantes hacia la realidad.

18. EL DESTETE

(1936)

Uno de los descubrimientos fundamentales y de más largo alcance con respecto a la historia del hombre es el realizado por Freud y que postula la existencia de una parte inconsciente de la mente cuyo núcleo se desarrolla en la más temprana infancia. Los sentimientos y fantasías infantiles dejan sus huellas en la mente, huellas que no desaparecen sino que se almacenan, permanecen activas y ejercen una continua y poderosa influencia sobre la vida emocional e intelectual del individuo adulto. Los tempranos sentimientos se experimentan en relación a estímulos externos e internos. La primera satisfacción que el niño tiene proviene del mundo externo y consiste en ser alimentado. El análisis ha demostrado que sólo una parte de la satisfacción deriva del hecho de aliviar su hambre; otra parte, no menos importante, proviene del placer que experimenta el bebé cuando su boca es estimulada al succionar el pecho de su madre. Este aspecto es una parte esencial de la sexualidad del niño. También se experimenta placer cuando el flujo tibio de la leche desciende por la garganta y llena el estómago.

El bebé reacciona a los estímulos displacenteros y a la frustración de su placer, con sentimientos de odio y agresión. Estos sentimientos se dirigen hacia los mismos objetos que proveen el placer: los pechos de la madre.

El trabajo analítico ha probado que aun niños de pocos meses de edad construyen fantasías. Creo que ésta es la actividad mental más primitiva y que estas fantasías existen en la mente de los bebés prácticamente desde el nacimiento. Parecería que, a cada estímulo que recibe, el bebé responde con fantasías; a los estímulos displacenteros,

aun la mera frustración, con fantasías agresivas y a los estímulos gratificantes con fantasías placenteras.

Como afirmé previamente, el objeto de todas estas fantasías es el pecho materno. Parecerá curioso que el interés del bebé se limite sólo a una parte de la persona y no a toda la persona; pero debemos tener presente que en esta etapa su percepción, tanto física como mental, es muy limitada y además que sólo se preocupa del hecho fundamental de satisfacerse de inmediato, o bien de que no está siendo satisfecho, lo que Freud denominó el "principio del placer-displacer". Es de este modo como el pecho de la madre, que gratifica o priva de la gratificación, se torna en la mente del bebé en "bueno" o "malo". Lo que denominamos pecho "bueno" se convierte en el prototipo de lo que a lo largo de la vida será beneficioso y bueno, mientras que el pecho "malo" representa todo lo malo y lo persecutorio. Esto podemos explicarlo considerando que cuando el niño dirige su odio contra el pecho frustrador o "malo" le atribuye todo su propio odio activo mediante un proceso denominado *proyección*.

Pero existe, al mismo tiempo, otro proceso de gran importancia, el proceso de introyección. Este último significa la actividad mental del bebé mediante la cual, en su fantasía, toma en sí mismo aquello que percibe en el mundo externo. Sabemos que en esta etapa el niño recibe sus mayores satisfacciones a través de la boca, la que se convierte en la vía principal por la cual no sólo ingiere el alimento sino que, mediante la fantasía, introduce el mundo externo. No sólo la boca lleva a cabo este proceso de "introducir", sino en cierto modo todo el cuerpo con sus sentidos y funciones, como por ejemplo cuando el bebé inspira o introduce a través de los ojos, los oídos, mediante el tacto, etc. Al principio el pecho materno es el objeto de su constante deseo y por consiguiente es lo primero en ser introyectado. En su fantasía, el niño succiona el pecho dentro de sí, lo mastica y lo traga; de ese modo siente que lo tiene dentro y que posee el pecho materno tanto en sus aspectos buenos como malos.

Este enfoque y ligamen a una parte de la persona es característico de esta temprana etapa del desarrollo, y da cuenta en gran parte de la naturaleza fantaseada e irreal de su relación con muchas cosas, por ejemplo con partes de su cuerpo, personas y objetos inanimados, todos los cuales al comienzo sólo son percibidos tenuemente. En los primeros dos o tres meses de vida se puede describir el mundo objetual del lactante como formado por partes o porciones del mundo real gratificantes o bien hostiles y persecutorias. Es aproximadamente en esta edad cuando comienza a percibir a su madre y a otros de su entorno como "personas totales". Gradualmente conecta su rostro, o los rostros que lo miran, con la mano que lo acaricia y con el pecho que lo satisface; es entonces cuando se afirma su capacidad de percibir "totalidades" (cuando se reasegura y adquiere confianza en el placer brindado por "personas totales") y puede ampliar su percepción totalizadora al mundo externo.

En esta época se llevan a cabo también otros cambios en el bebé. Cuando tiene unas pocas semanas de vida se puede observar que disfruta períodos de su vigilia; a juzgar por las apariencias, se siente muy feliz. Parece ser que en ese momento disminuyen los estímulos demasiado intensos (hasta la defecación, por ejemplo, es sentida al comienzo como displacentera) y se va logrando una mejor coordinación de las funciones corporales. Esto lleva a una mejor adaptación no sólo física sino también mental, a los estímulos externos e internos. Se puede inferir que estímulos que al comienzo eran dolorosos ya no lo son, y hasta algunos se tornan placenteros. El hecho de que la falta de estímulos pueda experimentarse ahora como placentera muestra que ya no depende tanto ni es tan conmovido por estímulos dolorosos ni está ávido de estímulos placenteros vinculados a la gratificación inmediata de la alimentación, puesto que su mejor adaptación permite que su necesidad sea menos urgente.¹

He explicado cómo las tempranas fantasías y temores de persecución están conectadas con los pechos hostiles y he desarrollado cómo se despliegan las fantásticas relaciones objetales del bebé. Las primeras experiencias con estímulos displacenteros externos e internos sientan la base para las fantasías sobre objetos hostiles externos e internos y contribuyen en gran parte a la construcción de dichas fantasías.² En las primeras etapas del desarrollo mental todo estímulo displacentero aparentemente está ligado a las fantasías del bebé de un pecho "hostil" o frustrante, y por otra parte todo estímulo placentero está relacionado con el pecho "bueno" gratificante.

Nos encontramos, pues, con dos círculos, uno benevolente y el otro malvado, ambos basados en el interjuego de factores externos o ambientales y factores psíquicos internos; es decir, que toda disminución en la cantidad o la intensidad de estímulos dolorosos, o bien todo incremento en la capacidad de adaptarse a ellos, ayudará a disminuir la fuerza de fantasías de naturaleza terrorífica. A su vez, la disminución de estas fantasías permitirá que el niño progrese en su adaptación a la realidad, lo que a su vez disminuirá aun más las fantasías aterradoras.

Para un adecuado desarrollo de la mente del bebé, es importante que caiga bajo la influencia del círculo benevolente descripto; cuando lo hace, logra formarse una idea de su madre como persona, y esto a su vez implica cambios muy importantes en su desarrollo emocional e intelectual.

Ya he mencionado que fantasías y sentimientos de naturaleza erótica, sean agresivos o gratificantes, fusionados en gran parte (fu-

¹ En relación con esto recuerdo un comentario que hizo recientemente el Dr. Edward Glover, quien dijo que el cambio abrupto entre sensaciones placenteras y dolorosas puede ser experimentado como doloroso en sí mismo.

² La doctora Susan Isaacs enfatizó la importancia de este punto en un trabajo presentado en 1934 a la Sociedad Psicoanalítica Británica.

sión que se denomina sadismo), desempeñan un papel dominante en la temprana vida del bebé. Al principio están centrados en los pechos de la madre, pero gradualmente se extienden a todo su cuerpo. Fantasías y sentimientos ávidos, eróticos y destructivos toman como objeto el interior del cuerpo materno y, en su imaginación, el bebé lo ataca, roba todos sus contenidos y los come.

Al comienzo, las fantasías destructivas son de succión. Algo de esto se evidencia en el modo vigoroso con que maman algunos bebés, aun cuando la leche sea abundante. A medida que se acerca la dentición, las fantasías van adquiriendo un contenido que implica morder, rasgar, masticar y así destruir el objeto. Muchas madres observan que mucho antes de la dentición aparecen estas tendencias, las que, según lo prueba la experiencia psicoanalítica, se acompañan de fantasías indudablemente canibalísticas. La naturaleza destructiva de estas fantasías y sentimientos alcanza toda su magnitud cuando el niño percibe a su madre como persona total, como lo prueba el análisis de niños pequeños.

Al mismo tiempo, experimenta un cambio en su actitud emocional hacia la madre. El lazo placentero con el pecho se transforma en sentimientos hacia la madre como persona. De ese modo se experimentan sentimientos amorosos y destructivos hacia la misma persona, lo que provoca profundos y perturbadores conflictos en la mente infantil.

Creo que es muy importante para el futuro del niño que pueda progresar desde sus tempranos temores persecutorios y la relación objetal fantaseada, a la relación con la madre como persona total y amorosa. Cuando lo logra, surgen sin embargo sentimientos de culpa respecto de sus impulsos destructivos que teme sean peligrosos para su objeto amado.

El hecho de que en esta etapa del desarrollo el niño no pueda controlar su sadismo, que se alimenta de cualquier frustración, agrava aun su conflicto y su preocupación por su amada madre. Una vez más es muy importante que el niño pueda manejar satisfactoriamente estos sentimientos conflictivos de amor, odio y culpa, que surgen en esta nueva situación. Si los conflictos son insoportables, el niño no puede establecer una relación feliz con su madre y queda abierta una brecha para futuros fracasos en su desarrollo. Deseo mencionar la existencia de depresiones anormales o inesperadas en los bebés, cuya fuente profunda considero que es el fracaso en manejar satisfactoriamente esos conflictos tempranos.

Pero veamos ahora qué sucede cuando los sentimientos de culpa y el miedo a que su madre muera (temor que surge como resultado de sus deseos inconscientes de muerte) pueden ser adecuadamente tolerados por el bebé. Creo que esos sentimientos tienen alcances muy extensos en lo que respecta al futuro bienestar mental del niño, su capacidad de amar y su desarrollo social. De ellos deriva *el deseo de reparar* que se expresa en numerosas fantasías de salvar a la madre y

ofrecerle todo tipo de desagrazos. He descubierto en el análisis de niños que esas tendencias a la reparación constituyen las fuerzas impulsoras de todas las actividades constructivas y del desarrollo social. Las encontramos en las primeras actividades lúdicas y en el fundamento de la satisfacción del niño en todos sus logros, aun los más simples, como por ejemplo colocar un bloque sobre otro, o levantarlo si se ha caído. Esto se debe en parte a que esos logros se derivan de la fantasía inconsciente de reparar a alguna persona o personas a quienes ha dañado en su fantasía. Pero aun más tempranamente, logros tales como jugar con sus dedos, encontrar algo que se ha alejado de él, ponerse de pie y toda clase de movimientos voluntarios están ligados, según mi opinión, con fantasías en las que el elemento reparatorio ya está presente.

El psicoanálisis de niños muy pequeños (he analizado niños entre uno y dos años) demuestra que bebés de meses conectan sus heces y orines con fantasías en las que simbolizan regalos, y no sólo regalos como muestra de afecto a sus madres, sino que tienen la propiedad de reparar. Por otra parte, cuando predominan los sentimientos destructivos, el niño en su fantasía defecará y orinará con odio y utilizará esos elementos como agentes hostiles. Por consiguiente, los excrementos producidos con sentimientos afectuosos son utilizados en la fantasía para reparar las injurias inferidas por ellos mismos en momentos de enojo.

Es imposible en este trabajo exponer adecuadamente la conexión entre las fantasías agresivas, el miedo, los sentimientos de culpa y el deseo de reparar; sin embargo, he tocado este tópico porque deseo señalar que los sentimientos agresivos, que tanto perturban la mentalidad infantil, son al mismo tiempo muy importantes para su desarrollo.

Ya he mencionado que el niño introduce dentro de sí, es decir, introyecta mentalmente, el mundo externo tal como lo percibe. Primero introyecta el pecho bueno y malo y luego gradualmente la madre total, también concebida como madre buena y mala. Conjuntamente introyecta además al padre y a otras personas del ambiente en menor grado; pero del mismo modo que la madre, a medida que pasa el tiempo estas figuras van adquiriendo mayor importancia e independencia en la mente del niño. Si el niño logra implantar dentro de sí una madre afectuosa y que lo ayuda, esta madre internalizada será una influencia muy beneficiosa a lo largo de su vida. Aunque normalmente esta influencia cambiará de carácter a medida que se desarrolle su mente, se la puede comparar en importancia con el lugar que ocupa la madre real para la vida del recién nacido. No quiero significar con esto que los padres buenos "internalizados" serán así experimentados de manera consciente (aun el sentimiento del bebé de poseer la madre dentro de sí es profundamente inconsciente), sino tan sólo que algo dentro de la personalidad es sabio y bondadoso; esto fomenta la confianza en uno mismo y ayuda a combatir y superar

los temores de tener dentro de sí figuras malas y de estar gobernado por un odio incontrolable, más aun, enseña a confiar en las personas más allá del círculo familiar.

Como ya he señalado, el niño experimenta toda frustración de modo muy agudo y si bien simultáneamente se lleva a cabo una progresiva adaptación a la realidad, la vida emocional del niño está dominada por el ciclo de gratificación-frustración, siendo los sentimientos de frustración de naturaleza muy compleja. El doctor Ernest Jones sostiene que la frustración siempre se experimenta como privación; si el bebé no obtiene lo que desea siente que la madre mala que tiene poder sobre él lo retiene.

Respecto del tema principal de trabajo podemos ahora decir que cuando el bebé desea el pecho y éste no está es como si lo hubiese perdido para siempre. Puesto que la concepción del pecho se extiende a la madre, el sentimiento de haber perdido el pecho lleva al temor de haber perdido a la madre amada y esto significa no sólo la madre real sino también la madre buena internalizada. Según mi experiencia, este temor a la pérdida total del objeto bueno (internalizado y externo), se mezcla con sentimientos de culpa de haberla destruido (haberla comido) y entonces el bebé siente su pérdida como un castigo por su horrible acción. De ese modo se asocian a la frustración sentimientos dolorosos y conflictivos que a su vez convierten una simple frustración en algo tan punzante. La experiencia del destete refuerza enormemente estos sentimientos dolorosos y mantiene esos temores. En la medida en que el niño nunca posee el pecho en forma ininterrumpida y cada tanto experimenta su pérdida, podríamos decir que en un cierto sentido es constantemente destetado o está en una situación que lleva al destete. Sin embargo, el momento crucial es aquel en que la pérdida del pecho o del biberón es total e irrevocable.

Citaré un caso observado por mí en el cual los sentimientos vinculados a esta pérdida se muestran con claridad. Cuando Rita, que tenía dos años y nueve meses, vino al análisis, era una niña muy neurótica con toda clase de miedos y grandes dificultades para venir; tenía depresiones y sentimientos de culpa nada infantiles y muy notorios. Estaba muy apegada a su madre, evidenciando a veces un amor exagerado y otras un gran antagonismo. Cuando vino a verme todavía tomaba un biberón a la noche y la madre me informó que debió continuar dándoselo pues la niña se mostraba muy perturbada cuando intentaba suspenderlo. El destete de Rita había sido muy difícil, fue amamantada unos meses y luego, con gran dificultad, se le dio biberón, que al comienzo no quiso aceptar. Luego se había acostumbrado y una vez más tuvo grandes dificultades al tener que reemplazarlo por comida sólida.

Cuando durante el análisis se le suspendió ese último biberón, se desesperó. Perdió el apetito, no quería comer, se apegó más y más a la madre, preguntando constantemente si la quería, si se había porta-

do mal, etc. No era un problema de dieta, puesto que la leche sólo era una parte de lo que comía y ahora el cambio consistía en que se la ofrecían en vaso. Yo había aconsejado a la madre que fuese ella misma quien le diera la leche con una o dos galletitas, junto a su cama o bien teniéndola en la falda. Pero la niña se negaba a tomarla. Su análisis reveló que su desesperación se debía al temor de que la madre se muriese o al temor de que la madre la castigase cruelmente por su maldad. Lo que consideraba su "maldad" eran sus deseos inconscientes pasados y presentes de que la madre se muriese. Estaba abrumada por la angustia de haber destruido, especialmente de haber comido, a su madre; y la pérdida del biberón era vivida como una confirmación. El mirar a la madre no aliviaba sus temores, hasta que éstos fueron resueltos mediante el análisis. En este caso, los tempranos temores persecutorios no fueron superados y por consiguiente no se estableció una relación personal con la madre. Su fracaso se debía en parte a su incapacidad de resolver sus conflictos, y por otra parte a la conducta de su madre, que era sumamente neurótica (y esto último también formaba parte del conflicto interno).

Es evidente que una buena relación entre el niño y la madre es de gran valor cuando surgen estos conflictos básicos y durante su elaboración. Debemos tener presente que, en el momento crítico del destete, el bebé pierde su objeto "bueno", es decir, lo que más ama. Todo lo que haga menos dolorosa la pérdida de un objeto "bueno" externo, y disminuya el temor a ser castigado ayudará a que el niño preserve la confianza en su objeto bueno interno. Al mismo tiempo prepara el camino para que el niño, pese a la frustración, conserve una feliz relación con su madre real y establezca relaciones placenteras con otras personas. Logrará entonces satisfacciones que reemplazarán la que perdió.

¿Qué podemos hacer para ayudar al niño en esta difícil tarea? Las medidas comienzan desde el nacimiento. Desde el principio la madre debe hacer todo lo posible por establecer una relación feliz con el niño. Frecuentemente observamos madres que se preocupan por todo lo vinculado con la condición física del bebé, se concentran en ese aspecto como si el niño, más que un ser humano, fuera una máquina que necesita constantes cuidados. También es la actitud de muchos pediatras, que sólo se interesan por las reacciones emocionales en la medida en que indican algo en relación con el estado físico o intelectual del bebé. Muchas madres no se dan cuenta de que el pequeño bebé ya es un ser humano cuyo desarrollo emocional es de enorme importancia.

El buen contacto entre madre y bebé puede peligrar en la primera o primeras mamadas si la madre no sabe cómo ofrecer y hacer que el bebé acepte el pezón. Si en lugar de ser paciente con las dificultades que surgen, empuja bruscamente el pezón dentro de la boca del bebé, éste puede no desarrollar un lazo adecuado con el pecho y el pezón, y tener dificultades para la alimentación. Por el contrario, podemos

también comprobar cómo bebés que tienen dificultades al comienzo, con una ayuda paciente se convierten en buenos comensales, tanto como los que no tuvieron ninguna.³

Además del amamantamiento, hay muchas otras ocasiones en las que el bebé podrá sentir y registrar inconscientemente el amor, la paciencia y la comprensión de la madre, o todo lo opuesto. Como ya he señalado, los primeros sentimientos se experimentan en relación con los estímulos externos e internos, placenteros o displacientes y se enlazan a fantasías. La manera como se trata al bebé, aun desde el parto, deja impresiones en su mente. Aunque en este temprano estadio de su desarrollo él no relacione sus sentimientos placenteros, que el cuidado y la paciencia de su madre despiertan en él, con ella como "persona total", es de vital importancia que experimente esas sensaciones de placer y confianza. Todo lo que contribuya a que se sienta rodeado de objetos amistosos (concebidos por el bebé en su mayor parte como "pechos buenos") prepara el terreno y colabora para una feliz relación con la madre y luego con otras personas.

Se debe mantener un equilibrio entre las necesidades físicas y psicológicas. La regularidad en el amamantamiento ha probado ser de gran valor para el bienestar físico del niño y esto influye a su vez en su desarrollo psíquico, pero hay muchos bebés que en la primera época no soportan intervalos muy largos entre mamadas. En estos casos es mejor no ceñirse de un modo estricto a las reglas y alimentar al bebé cada tres horas o menos, y aun, si es necesario, darle un poco de agua azucarada entre mamaderas. Creo que el uso del chupete es útil. Si bien es cierto que tiene sus desventajas —no las de índole higiénica, pues éstas pueden superarse— sino de naturaleza psicológica, específicamente la desilusión de no recibir la leche cuando succiona, por lo menos tiene la gratificación parcial de poder succionar. Si no se le permite el chupete succionará probablemente sus dedos y es más fácil desacostumbrarlo del chupete que de chuparse los dedos. Se puede comenzar el destete gradualmente y darle luego de mamar sólo antes de ir a dormir o si no se siente bien.

En lo que respecta a desacostumbrarlo de chuparse el pulgar, la doctora Middlemore (1936) expresa la opinión de que en general no se le debe prohibir. Creo que debo sostener dicha opinión. Se debe evitar causar frustraciones innecesarias. Además, está el hecho de que frustraciones orales muy intensas pueden llevar a una necesidad intensificada de placer genital, por ejemplo masturbación compulsiva, y que muchas frustraciones intrínsecamente orales se trasladan a lo genital.

Pero hay además otros aspectos que debemos considerar. El chupeteo incontrolado del pulgar o del chupete tiene el riesgo de fomentar una fijación oral (con esto quiero decir que se impide el movi-

³ Debo agradecer al doctor D. Winnicott por muchos detalles esclarecedores respecto de este tema.

miento natural de la libido de la boca a los genitales), mientras que una ligera frustración oral tiene el efecto deseable de distribuir los impulsos sexuales.

Una succión continua puede inhibir el desarrollo del lenguaje; más aun, con el chupeteo del pulgar, si es excesivo, puede lastimarse el dedo y experimentar dolor. Esto no sólo es molesto, sino que la conexión entre el placer de succionar y el dolor en sus dedos es desventajosa psicológicamente.

En lo que respecta a la masturbación, afirmo categóricamente que no se debe interferir, que el niño debe ser librado a su propio manejo.⁴ En lo que se refiere a la succión del pulgar, debo decir que en muchos casos puede ser reemplazada sin presionar, de modo parcial y gradualmente, con otras gratificaciones orales, tales como caramelos, frutas y en especial los alimentos favoritos. Estos deben ser provistos a voluntad del niño y al mismo tiempo, con la ayuda del chupete, suavizar el proceso del destete.

Otro punto que quiero remarcar es el error de intentar la educación de los esfínteres muy tempranamente. Algunas madres se enorgullecen de haberlo logrado, pero no se dan cuenta del daño psicológico que pueden provocar. Esto no significa que se cause daño si de vez en cuando se sienta al bebé en un orinal para que se vaya acostumbrando. Lo que debe subrayarse es que la madre no debe mostrarse muy ansiosa ni tratar de evitar que el niño se ensucie o se moje. El bebé percibe esa actitud hacia sus excrementos y se siente perturbado, puesto que experimenta un intenso placer sexual al cumplir con sus funciones excretorias y además gusta de sus excrementos como parte y producto de su cuerpo. Por otra parte, como ya he señalado, siente que sus heces y su orina son agentes hostiles cuando las produce con sentimientos de odio. Si la madre le impide ansiosamente tomar contacto del todo con ellos, siente esa conducta como una confirmación de que sus excrementos son malignos y de que su madre les teme, así la angustia de la madre incrementa la del bebé. Esta actitud frente a sus propios excrementos es dañina psicológicamente y tiene un papel importante en muchas neurosis.

Por supuesto que esto no significa que se deba permitir que el niño esté sucio indefinidamente; lo que pienso es que debe evitarse que su limpieza sea una cuestión fundamental, pues el niño siente enton-

⁴ Si tanto la masturbación como el chupeteo del pulgar se llevan a cabo excesiva o prolongadamente, puede ser que algo ande mal en la relación del niño con su ambiente. Por ejemplo, puede tener miedo de su niñera sin que sus padres lo sepan. Puede sentirse mal en la escuela porque se siente atrasado o porque se lleva mal con algún maestro o teme a otros niños. Se descubre en análisis que estas situaciones motivan una gran tensión mental que se alivia mediante la gratificación sexual compulsiva. Naturalmente, la remoción de los sectores externos no siempre alivia su tensión, pero, con dichos niños, una reprimenda por su excesiva masturbación sólo incrementa las dificultades subyacentes. Cuando éstas son muy grandes, sólo se puede solucionarlas con tratamiento psicológico.

ces cuán ansiosa está la madre al respecto. La limpieza debe llevarse a cabo con soltura, evitándose señales de desaprobación o disgusto cuando se asea al bebé. Pienso que un entrenamiento *sistemático* debe llevarse a cabo sólo después del destete. Esta educación es un verdadero esfuerzo, tanto mental como físico, para el bebé y no se le debe imponer mientras está lidiando con el destete. Aun más tarde, debe llevarse a cabo sin rigidez, como lo muestra la doctora Susan Isaacs en su trabajo "Hábitos" (Isaacs, 1936).

Un elemento de gran significación para la futura relación entre madre e hijo es si la madre puede o no amamantar naturalmente al bebé. Si las circunstancias lo impiden, aun puede establecer un fuerte lazo si es capaz de comprender la mentalidad del niño.

El bebé goza de la presencia de su madre de muchas maneras, juega con su pecho luego de mamar, disfruta cuando ella lo mira y le sonríe, cuando le habla y juega con él aunque no entienda el significado de las palabras. Se acostumbrará a su voz, su canto permanecerá como un recuerdo placentero y estimulante en su inconsciente. ¡Cuántas veces puede calmarlo y evitar su tensión o un estado mental displaciente permitiéndole dormir tranquilo en lugar de agotarse llorando!

Sólo puede establecerse una relación feliz madre-hijo cuando la alimentación no se convierte en un deber sino en un verdadero placer para la madre. Si disfruta de ella, el niño inconscientemente se dará cuenta y esta felicidad recíproca promoverá una comprensión emocional plena entre ambos. Sin embargo, la madre debe tener presente que el bebé no es su extensión, y que aunque es muy pequeño y dependiente, es una entidad por sí mismo y debe ser tratado como un individuo; no debe ligarlo demasiado a sí y debe ayudarlo a crecer independientemente. Cuanto antes adopte esta actitud será mejor: no sólo ayudará al niño sino que se protegerá de futuros desencantos.

No se debe interferir el desarrollo del niño; una cosa es gozar y comprender su crecimiento, otra es tratar de acelerarlo. Debe permitírsele que crezca tranquilamente a su ritmo propio. Como dijo Ella F. Sharpe (1936), el deseo de imponer un ritmo de crecimiento acorde con un plan prefijado es perjudicial para la relación madre-hijo. Dicho deseo a menudo se debe a la angustia, que es una de las causas principales de perturbaciones en dicha relación.

Otra actitud de gran trascendencia es la postura de la madre respecto del desarrollo sexual del niño, es decir, sus experiencias y sensaciones corporales y los sentimientos y deseos anexos. No siempre se tiene en cuenta que el bebé desde el nacimiento tiene fuertes sensaciones sexuales, las que al principio se ponen de manifiesto por el placer de sus actividades orales y excretorias, pero que muy pronto se conectan con los genitales (masturbación). Tampoco es sabido habitualmente que esas sensaciones sexuales son esenciales para un adecuado desarrollo, tanto de su personalidad y carácter como de una sexualidad adulta satisfactoria. Ya he opinado que no se debe inter-

ferir en la masturbación del bebé ni ejercer presión para desacostumbrarlo de chuparse el pulgar, así como también se debe ser comprensiva respecto del placer que siente en sus funciones excretorias. Pero todo eso no es suficiente; la madre debe tener además una actitud amistosa hacia esas manifestaciones de sexualidad. Con frecuencia se suele mostrar disgusto, dureza o burla, que son humillantes y perjudiciales para el niño. Puesto que todas las tendencias eróticas del niño se dirigen inicialmente hacia los padres, sus reacciones influirán todo su desarrollo.

Por otra parte, tampoco es aconsejable mostrar excesiva indulgencia, en especial en lo que respecta a tomarse demasiadas libertades con la madre. En ese aspecto ella debe restringir al bebé, suave pero firmemente, sin participar de su sexualidad. El límite del rol materno es aceptar la sexualidad del niño amistosamente. Las necesidades eróticas de la madre en lo que al bebé respecta deben ser controladas, evitando el excitado apasionamiento por las actividades del cuidado del bebé. Cuando lo baña, seca y entalca deberá limitar sus gestos, en particular en lo que se refiere a los genitales del bebé. La falta de control será vivenciada por el bebé como seducción y esto complicará su desarrollo. Pero tampoco debe privarlo de su amor, por cierto puede y debe acariciarlo y besarlo, tenerlo en brazos todo lo que sea necesario.

Es esencial que el niño no duerma en el dormitorio de los padres ni presencie las relaciones sexuales. Mucha gente cree que esto no es dañino para el bebé, porque no se dan cuenta de sus sentimientos sexuales. Su agresión y sus temores se incrementan a causa de esa experiencia, puesto que lo que parece no comprender intelectualmente, lo incorpora inconscientemente. A menudo, cuando los padres creen que duerme, está despierto o semidormido, y aun dormido puede percibir lo que sucede. Todo es sentido de un modo nebuloso, pero en su mente inconsciente permanece activo un recuerdo, distorsionado pero vívido, que tiene efectos perjudiciales para su desarrollo. Esencialmente perjudicial resulta cuando esta experiencia coincide con otras, como por ejemplo una enfermedad, operación o bien, volviendo al tema principal, con el destete.

En cuanto al proceso del destete, me parece de gran importancia que éste se lleve a cabo lenta y suavemente. Si se debe destetar al bebé, por ejemplo a los ocho o nueve meses, edad que me parece adecuada, ya a los cinco o seis meses debe sustituirse una mamada por el biberón, una vez por día. A continuación debe introducirse una mamadera por mes reemplazando al pecho. Al mismo tiempo se le empezará a dar comida sólida, para comenzar a suprimirle el biberón, que será reemplazado en parte con leche en vaso y en parte con alimento sólido. Se facilitará el destete si además se tiene paciencia y gentileza para acostumbrarlo a la nueva comida. No debe hacerse comer más de lo que desea ni comida que no le guste; por el contra-

rio, debe dársele en abundancia lo que prefiere, sin enseñarlo a "portarse bien en la mesa" en este momento.

He señalado la gran importancia que le atribuyo al amamantamiento natural; diré ahora algunas palabras con respecto a las situaciones en que no es posible hacerlo. El biberón es un sustituto del pecho materno, puesto que permite al bebé el placer de succionar y de ese modo establecer, en cierto grado, la relación pecho-madre en conexión con el biberón brindado por la madre o nifera. La experiencia nos demuestra que, a menudo, niños alimentados con biberón se desarrollan muy bien⁵. Sin embargo, en análisis siempre se descubre en dichos niños un profundo anhelo por el pecho nunca satisfecho, y aunque la relación madre-pecho ha sido establecida en alguna medida, hace una diferencia al desarrollo psíquico el hecho de que la temprana y fundamental gratificación haya sido obtenida de un sustituto y no del objeto real deseado. Puede decirse que aunque los niños alimentados con biberón se pueden desarrollar bien, el desarrollo sería distinto y mejor en uno u otro sentido si se los hubiese podido amamantar naturalmente. Además, mi experiencia establece que niños cuyo desarrollo se ve perturbado aun cuando fueron amamantados naturalmente, hubieran sido mucho peores de no haber sido alimentados así. Sintetizando: el amamantamiento natural es una ventaja para el desarrollo, aunque algunos niños que no tienen esta favorable experiencia se desarrollan bien sin ella.

He expuesto en este trabajo los métodos con los cuales hacer del amamantamiento y del destete una experiencia exitosa. Sin embargo, debo añadir que lo que parece ser un éxito no siempre es total. Aunque algunos niños aparentan pasar muy bien por el destete y por un tiempo progresan satisfactoriamente, en lo profundo no han podido superar las dificultades que surgen de esa situación y sólo se han adaptado externamente. Dicha adaptación se debe al deseo de complacer a aquellos de quienes tanto dependen, y a su necesidad de estar en buenos términos con ellos. Aun en este temprano período de la vida pueden observarse esas tendencias, puesto que, según creo, los bebés tienen mucha mayor capacidad intelectual que la que se presume. Existe también otra razón para esa adaptación exterior, la que sirve de escape de profundos conflictos internos que no pueden resolver. En ciertos casos hay signos más obvios del fracaso de una verdadera adaptación, por ejemplo defectos de carácter tales como celos, avidez y resentimiento. Al respecto mencionaré los trabajos del doctor Karl Abraham sobre la relación entre las dificultades tempranas y la formación del carácter.

Todos conocemos personas que viven quejándose constantemente

⁵ Más aun; niños que han sobrellevado experiencias muy difíciles en una etapa temprana, como enfermedades, destete brusco o una operación, a menudo se desarrollan satisfactoriamente, aunque dichas experiencias de un modo u otro constituyan una desventaja y deban ser evitadas en lo posible.

te. Por ejemplo, consideran el mal tiempo como algo que el destino les depara. Hay otros que se alejan de toda gratificación si no la obtienen de inmediato cuando la desean; como dice una vieja canción popular: "Deseo lo que quiero cuando lo quiero, si no no lo quiero" (*I want what I want when I want it, or I don't want it at all*).

He tratado de mostrarles que al bebé le resulta muy difícil tolerar la frustración debido a los profundos conflictos internos que con ella se enlazan. Un destete verdaderamente exitoso implica que el bebé no sólo se ha acostumbrado a la nueva comida, sino que ha dado los primeros y fundamentales pasos para superar sus temores y conflictos, y que por consiguiente se adapta a la frustración verdaderamente. Si esa adaptación se ha llevado a cabo, entonces podemos aplicar al destete su antiguo significado. Creo que en el inglés antiguo la palabra *weaning* (destetar) se utilizaba no sólo en el sentido de *weaning from* (destetar de algo) sino también como *weaning to* (destetar hacia algo). Aplicando los dos sentidos podemos decir que, cuando se ha llevado a cabo una verdadera adaptación a la frustración, el bebé no sólo es destetado *del* pecho de su madre, sino *hacia* otros sustitutos, todas las fuentes de gratificación y satisfacción necesarias para llevar adelante una vida plena y feliz.

*Post Scriptum*⁶

Las recientes investigaciones sobre los tempranos estadios de la infancia, en especial los primeros tres o cuatro meses de vida, han ampliado nuestro conocimiento y es por ello que creo necesario hacer esta adición.

Como describí en detalle en mi trabajo sobre el destete, las emociones del lactante son particularmente poderosas y dominadas por los extremos. Hay procesos vigorosos de disociación entre los dos aspectos (buenos y malos) de su primero y más importante objeto, la madre, y entre sus emociones (amor y odio) hacia ella. Esta división le permite dominar sus temores. Los tempranos temores surgen de sus impulsos agresivos que se despiertan fácilmente por cualquier frustración o incomodidad, y toman la forma de sentirse abandonados, dañados, atacados, es decir, intensamente perseguidos. Estos temores persecutorios se centran en la madre y prevalecen hasta que desarrollan una relación más integrada con ella (y en consecuencia con otras personas), lo que implica también una integración de su yo.

Se ha descubierto que el clivaje entre el amor y el odio, habitualmente descrito como disociación de emociones, varía en su forma e intensidad. Estas variaciones están ligadas a la intensidad de los temores persecutorios del lactante. Si la disociación es excesiva, la fun-

damental relación con la madre no puede lograrse con seguridad y se perturba el progreso normal hacia la integración del yo. Esto puede dar como resultado, más tarde, enfermedad mental. Otra consecuencia posible es la inhibición del desarrollo intelectual, que puede contribuir al retardo mental y, en casos extremos, a deficiencias mentales. Aun en el desarrollo normal hay perturbaciones temporales en relación con la madre, a las que se deben estados de alejamiento de la madre y de las emociones. Estos estados pueden ser frecuentes y prolongados, en ese caso deben considerarse como indicaciones de un desarrollo anormal.

Si las dificultades de la primera fase son superadas normalmente, el bebé supera los sentimientos depresivos que surgen en el crucial estado que aparece luego entre los cuatro y los seis meses.

Los hallazgos teóricos respecto del primer año de vida que derivan del análisis de niños pequeños (en general de dos años en adelante) se han visto confirmados en los análisis de niños mayores y adultos. Ellos fueron aplicados cada vez más a la observación de la conducta infantil, ampliándose el campo hasta incluir bebés muy pequeños. Desde que apareció este trabajo, se han reconocido sentimientos depresivos en niños muy pequeños de un modo más general y en cierto grado también se observaron algunos de los fenómenos descritos en los bebés de tres y cuatro meses. Por ejemplo, los estados de alejamiento mediante los cuales el niño se aísla de sus emociones implican una ausencia de respuesta al ambiente. En esos estados el bebé aparece apático, sin interés en su ambiente, situación que es pasada por alto más fácilmente que perturbaciones tales como llanto excesivo, inquietud o inapetencia.

La creciente comprensión de las angustias del bebé hará posible a todos los que lo cuidan encontrar la manera de aliviar sus dificultades. Las frustraciones son inevitables y las angustias que he descrito no pueden ser erradicadas totalmente. Sin embargo, una mejor comprensión de las necesidades emocionales del bebé puede influir favorablemente en nuestra actitud hacia el problema y ayudarlo en su camino hacia la estabilidad. Al expresar esta esperanza resumo el principal propósito de este estudio.

⁶ Agregado en 1952.

19. AMOR, CULPA Y REPARACION

(1937)

Las dos partes de este libro* tratan aspectos muy diferentes de las emociones humanas. La primera, *Odio, voracidad y agresión*, considera los poderosos impulsos de odio que constituyen una parte fundamental de la naturaleza humana. La segunda, en la que intento describir las fuerzas igualmente poderosas del amor y el impulso de reparación, complementa la primera, pues la aparente división implícita en este método de exponerlas en realidad no existe en la mente humana. Al separar así nuestro enfoque tal vez no logremos transmitir una idea clara de la constante "interacción" de amor y odio, pero se impone la división en este vasto tema, pues el modo como los sentimientos de amor y las tendencias de reparación se desarrollan en conexión con los impulsos agresivos y a pesar de ellos, sólo podrá demostrarse cuando se haya tenido en cuenta el papel que aquellas fuerzas destructivas desempeñan en la interacción de odio y amor.

El artículo de Joan Riviere demostró que estas emociones aparecen por primera vez en la temprana relación del niño con el seno materno y que se dirigen fundamentalmente hacia la persona deseada. Es necesario retomar la vida mental del niño para estudiar la interacción de las diferentes fuerzas que se congregan en el más complejo de todos los sentimientos humanos: el que llamamos amor.

La situación emocional del lactante

El primer objeto de amor y odio del lactante, su madre, es deseado y odiado a la vez con toda la fuerza e intensidad características de las tempranas necesidades del niño. Al principio ama a su madre

* *Amor, odio y reparación* (véase la nota aclaratoria de págs. 440-441).

cuando ésta satisface sus necesidades de nutrición, calmando sus sensaciones de hambre y proporcionándole placer sensual mediante el estímulo que experimenta su boca al succionar el pecho. Esta gratificación forma parte esencial de su sexualidad, de la que en realidad constituye la primera expresión. Pero cuando el niño tiene hambre y no se lo gratifica, o cuando siente molestias o dolor físico, la situación cambia bruscamente. Se despierta su odio y su agresión y lo dominan impulsos de destruir a la misma persona que es objeto de sus deseos y que en su mente está vinculada a todas sus experiencias, buenas y malas. Además, como lo ha señalado Joan Riviere, el odio y los sentimientos agresivos del lactante dan origen a los más penosos estados, como la sofocación, el ahogo y otras sensaciones similares que, al ser sentidas como destructivas para su propio cuerpo, aumentan nuevamente la agresión, la desdicha y los temores.

El medio primario e inmediato de aliviar al lactante de la dolorosa situación de hambre, odio, tensión y temor es la satisfacción de sus deseos por la madre. La temporaria seguridad obtenida al recibir gratificación incrementa grandemente la gratificación en sí; de este modo la seguridad se transforma en un importante componente de la satisfacción de recibir amor. Esto se aplica a las formas de amor más simples y a sus manifestaciones elaboradas, tanto al niño como al adulto. Nuestra madre desempeña un papel duradero en nuestra mente porque ella fue la que primero satisfizo todas nuestras necesidades de autopreservación y nuestros deseos sensuales, proporcionándonos seguridad, aunque los diversos modos en que esta influencia actúa y las formas que a veces toma no resulten muy obvios en una etapa ulterior. Por ejemplo: una mujer puede aparentemente haberse apartado de su madre, y sin embargo buscar inconscientemente algunos aspectos de aquel primer vínculo en su relación con el marido o con el hombre que ama. La parte importante que desempeña el padre en la vida emocional del niño influye también en todas las relaciones de amor posteriores y en todas las asociaciones humanas. Pero el primer lazo infantil con él, como figura gratificante, amistosa y protectora, está parcialmente basado en la relación con la madre.

El lactante, para quien la madre es primariamente sólo un objeto que satisface todos sus deseos, un pecho bueno,¹ pronto comienza a

¹ Con el objeto de simplificar la descripción de los fenómenos complicados y poco conocidos que presento en este artículo, al hablar de la alimentación del lactante me referiré sólo a la lactancia de pecho. Mucho de lo que expongo y deduzco en relación con la lactancia, se aplica también a la alimentación con biberón, aunque con algunas diferencias. En relación con esto, citaré un pasaje de mi artículo sobre "El destete" (1936): "El biberón es un sustituto del seno materno, pues permite al lactante el placer de succionar y establecer así cierto grado de relación con el biberón dado por la madre o la nifera. La experiencia nos enseña que, muy a menudo, los niños que no han sido amamantados se desarrollan muy bien. Sin embargo, descubrimos en el análisis que tales personas sienten por el seno un profundo anhelo que nunca ha sido satisfecho, y

responder a sus gratificaciones y cuidados desarrollando sentimientos de amor hacia ella como persona. Pero este primer amor se encuentra ya perturbado en su raíz por impulsos destructivos. Amor y odio luchan en su mente y, en cierto grado, esta lucha persiste durante toda la vida, pudiendo constituirse en fuente de peligro en las relaciones humanas.

Los impulsos y sentimientos del lactante se acompañan de un tipo de actividad mental que considero como la más primitiva: es la elaboración de la fantasía, o más familiarmente, el pensamiento imaginativo. Por ejemplo, el niño que anhela el pecho materno, al no tenerlo imagina que lo tiene, es decir, evoca la satisfacción que deriva de él. Este primitivo fantasear es la forma inicial de una capacidad cuyo desarrollo posterior se observa en los trabajos más elaborados de la imaginación.

Las fantasías tempranas que acompañan los sentimientos del lactante son variadas. En la que acabamos de mencionar imagina la gratificación que le falta. Con todo, las fantasías placenteras también coexisten con la satisfacción real, y las destructivas vienen con la frustración y los sentimientos de odio que ésta despierta. Cuando se siente frustrado por el pecho lo ataca en sus fantasías, pero si el pecho lo gratifica lo ama y fantasea agradablemente con él. En sus fantasías agresivas desea morder y destrozar a la madre y a sus pechos, y destruirla también en otras formas.

Un rasgo muy importante de la fantasía destructiva, equivalente al deseo de muerte, es el del lactante que cree que sus deseos fantaseados tienen efecto real, es decir, que siente que sus impulsos destructivos han destruido realmente al objeto y seguirán destruyéndolo; esto tiene consecuencias sumamente importantes para su desarrollo mental. Se defiende de tales temores mediante fantasías omnipotentes de tipo reparador, lo que también influye grandemente en su desarrollo. Si en sus fantasías agresivas el niño ha dañado a su madre mordiéndola y destrozándola, pronto puede fantasear que une de nuevo sus pedazos para repararla². Sin embargo, ello no aplaca del todo su recelo de haber destruido al objeto que, ya lo sabemos, es el que más ama y necesita, del que depende enteramente. En mi opi-

aunque la relación con el pecho de la madre se ha establecido en cierto grado, es enorme la diferencia en el desarrollo psíquico si la gratificación primera y fundamental se obtuvo por medio de un sustituto en lugar de la cosa real deseada. Podemos decir que, aunque los niños se desarrollen bien sin ser amamantados, el desarrollo hubiera sido mejor y diferente si hubieran tenido una lactancia satisfactoria al pecho. Por otra parte, deduzco de mi experiencia que los niños amamantados, aun cuando se desarrollen mal, hubieran estado peor sin la lactancia de pecho”.

² El psicoanálisis de los niños pequeños, que me permitió también llegar a conclusiones en lo que se refiere al trabajo de la mente en una primera etapa, me ha convencido de que tales fantasías se encuentran activas ya en los lactantes. El psicoanálisis de adultos me ha demostrado que los efectos de estas fantasías primitivas son duraderos e influyen profundamente en la mente inconsciente de éstos.

nión estos conflictos básicos actúan profundamente sobre el curso y la fuerza de la vida afectiva de los adultos.

Sentimiento inconsciente de culpa

Todos sabemos que al captar en nosotros impulsos de odio hacia la persona amada nos sentimos afligidos y culpables. Como dice Coleridge:

*...El enojo contra el ser amado
tortura al seso como la demencia.*

Como los sentimientos de culpa son muy dolorosos, solemos relegarlos muy al fondo de la mente. Sin embargo, se expresan disfrazados en distintas formas y constituyen una fuente de perturbación en nuestras relaciones personales. Ciertas personas, por ejemplo, se desazonan muy pronto cuando notan falta de aprecio, aun en quienes poco signifiquen para ellas; la razón es que en su inconsciente consideran que no merecen la atención de nadie, y una actitud fría les confirma la sospecha de no ser dignos. Otras están insatisfechas de sí mismas (sin base objetiva) en las más variadas formas, sea en relación con su apariencia, su trabajo o su capacidad en general. Algunas de estas manifestaciones son comúnmente reconocidas y suelen ser llamadas vulgarmente “complejo de inferioridad”.

Las investigaciones psicoanalíticas demuestran que las actitudes de esta naturaleza tienen raíces mucho más profundas de lo que habitualmente se supone y siempre están relacionadas con sentimientos inconscientes de culpa. Muchas personas tienen intensa necesidad de alabanza y aprobación general, precisamente porque necesitan la prueba de que son dignas de ser amadas. Esto se origina en su temor inconsciente de ser incapaces de brindar amor suficiente y genuino y, en particular, de no poder dominar los impulsos agresivos hacia los demás; temen ser un peligro para los que aman.

El amor y los conflictos en relación con los padres

La lucha entre el amor y el odio, con todos los conflictos a que da lugar, aparece, como he tratado de demostrar, en la primera infancia y opera activamente durante toda la vida. Comienza en la relación del niño con ambos padres. En el vínculo del lactante con su madre ya están presentes los sentimientos sensuales, que se expresan a través de sensaciones placenteras en la boca durante la succión. Pronto aparecen sensaciones genitales y el anhelo por el pecho materno disminuye. No desaparece del todo, sin embargo, sino que permanece activo en el inconsciente y también, en parte, en la mente consciente. En el caso de la niña, su atracción hacia el pecho materno se trans-

forma en interés, en gran parte inconsciente, por el genital paterno, el cual se convierte en el objeto de sus deseos y fantasías libidinales. A medida que prosigue el desarrollo, la niña desea al padre más que a la madre y tiene fantasías conscientes e inconscientes de ocupar el lugar de ésta, conquistándolo y transformándose en su esposa. Cela también a los niños de su madre y quisiera tener hijos con el padre. Estos sentimientos, deseos y fantasías provocan rivalidad, agresión y odio contra la madre y vienen a agregarse a anteriores agravios originados en las primeras frustraciones causadas por el pecho. No obstante, los deseos y fantasías sexuales hacia la madre permanecen activos en la mente de la niña. Bajo esa influencia, quisiera también reemplazar al padre en su relación con la madre; en ciertos casos este anhelo puede incluso ser más intenso que los que siente hacia él. De ese modo, su amor por los padres coexiste con sentimientos de rivalidad hacia ambos, y esta mezcla afectiva incluye también a los hermanos y hermanas. Los deseos y fantasías vinculados a la madre y a las hermanas constituyen la base de futuras relaciones homosexuales directas, ya sea como sentimientos homosexuales que se expresarán indirectamente en forma de amistad y afecto entre mujeres. En el desarrollo normal de las cosas, los deseos homosexuales quedan relegados al segundo plano, se modifican y subliman, y predomina la atracción hacia el otro sexo.

Una evolución similar ocurre en el niño, que pronto experimenta deseos genitales hacia su madre y odio hacia el padre rival. Pero también en él se desarrollan deseos genitales hacia el padre, y ésta es la raíz de la homosexualidad masculina. Estas situaciones suscitan conflictos: la niña, aunque odie a su madre, también la ama y el niño ama al padre y querría evitarle el peligro que emana de sus impulsos agresivos. Además, el principal objeto de todos los deseos sexuales —para la niña, el padre, para el niño, la madre— también despierta odio y rencor, porque defrauda estos deseos.

El niño cela intensamente a sus hermanos y hermanas, porque son sus rivales en el amor de los padres. Sin embargo, también los ama, y aquí de nuevo surgen fuertes conflictos entre los impulsos agresivos y los sentimientos de amor. Esto provoca culpa y origina nuevos deseos de hacer reparaciones, mezcla los sentimientos que tienen gran influencia no sólo en la relación entre hermanos sino también, ya que las relaciones humanas obedecen al mismo patrón, en la actitud social, el amor, la culpa y los futuros deseos de reparar.

Amor, culpa y reparación

Como lo expresé antes, los sentimientos de amor y gratitud surgen directa y espontáneamente en el niño, como respuesta al amor y cuidado de su madre. El poder del amor, que es la manifestación de las fuerzas tendientes a preservar la vida, está presente en el niño, así

como los impulsos destructivos, y encuentra su primera expresión fundamental en el vínculo con el pecho de la madre; al evolucionar, se transforma en amor por ella como persona. Mi labor psicoanalítica me ha convencido de que se produce una etapa muy importante en el desarrollo cuando surgen en la mente infantil los conflictos de amor y odio y se activa el temor de perder al ser amado. Los sentimientos de culpa y congoja entran en acción como un nuevo elemento de amor, del que forma parte integrante, influyendo profundamente sobre su cualidad y cantidad.

Hasta en el niño pequeño se observa cierta preocupación por el ser amado, que no es, como podía pensarse, tan sólo un signo de su dependencia del adulto benévolo y útil. Junto con los impulsos destructivos existe en el inconsciente del niño y del adulto una profunda necesidad de hacer sacrificios para reparar a las personas amadas que, en la fantasía, han sufrido daño o destrucción. En las profundidades de la mente el deseo de brindar felicidad a los demás se halla ligado a un fuerte sentimiento de responsabilidad e interés por ellos, que se manifiesta en forma de genuina simpatía y de capacidad de comprenderlos tales como son.

Identificación y labor de reparación

La simpatía genuina consiste en poder colocarse en el lugar del otro, esto es, de "identificarse" con él. La capacidad de identificación es un importantísimo elemento en las relaciones humanas en general, y una condición del amor intenso y auténtico. Sólo si tenemos capacidad de identificación con el ser amado llegamos a descuidar y hasta cierto punto sacrificar nuestros propios sentimientos y deseos, anteponiendo así temporariamente a los nuestros los intereses y emociones ajenos. Puesto que al identificarnos con otro ser compartimos la ayuda o la satisfacción que le proporcionamos, recuperamos por una vía lo que sacrificamos por otra.³ Los sacrificios por la persona

³ Como he dicho al comienzo, es constante en todos nosotros la interacción de amor y odio. No obstante, el tema que enfoco es el modo como los sentimientos de amor se desarrollan, se consolidan y estabilizan. Puesto que no trataré la agresión, debo, de todos modos, declarar que ella permanece activa aun en las personas que poseen gran capacidad de amor. En general en éstas, la agresión y el odio (disminuido éste y parcialmente contrarrestado por la capacidad de amar), se encauzan en gran parte hacia fines constructivos, lo que llamamos "sublimación". En realidad, no hay actividad constructiva en la que no entre algo de agresión, en una u otra forma. Tomemos, por ejemplo, el trabajo del ama de casa: la limpieza y demás menesteres atestiguan su deseo de crear un ambiente grato para sí y para los demás, lo que constituye una manifestación de amor hacia los seres y objetos que cuida. Al mismo tiempo, libera su agresión contra el enemigo, o sea la suciedad, que para su inconsciente representa las cosas "malas". El odio y la agresión originales, provenientes de las fuentes más tempranas, pueden resurgir en las mujeres para quienes la limpieza se vuelve obsesiva. Todos conocen al tipo de mujer que amarga la vida de la familia con su constante "manía de limpieza": en estos casos, el odio se vuelca precisamente contra las perso-

amada y la identificación con ella nos colocan en el papel de un padre bueno, y nos comportamos con ella como nuestros padres a veces lo han hecho con nosotros, o como hemos deseado que lo hicieran. A la vez desempeñamos el papel del niño bueno hacia sus padres, realizando en el presente lo que hubiéramos querido hacer en el pasado. Así, al invertir la situación, es decir, al actuar hacia otros como padres bondadosos, nos recreamos y gozamos en la fantasía del amor y la bondad que anhelamos en nuestros padres. Esto puede también constituir un modo de manejar los sufrimientos y frustraciones del pasado. Mediante la fantasía retrospectiva de desempeñar simultáneamente el papel del buen hijo y del buen padre eliminamos parte de nuestros motivos de odio, logrando así neutralizar las quejas contra los padres frustradores, el furor vindicativo que ellos nos han provocado y los sentimientos de culpa y desesperación provenientes de este odio que dañaba a los que eran al mismo tiempo objeto de nuestro amor. A la vez, en el inconsciente reparamos nuestros agravios fantaseados (producto de nuestra fantasía) que nos causaban aún gran dosis de culpa. Este mecanismo de "reparación" es, a mi juicio, un elemento fundamental en el amor y en todas las relaciones humanas; lo mencionaré, pues, a menudo en las páginas siguientes.

Una relación amorosa feliz

Teniendo presente lo que expuse sobre los orígenes del amor, consideraremos ahora algunas relaciones adultas, tomando como primer ejemplo una relación de amor estable y satisfactoria entre hombre y mujer, como la que puede existir en un matrimonio feliz. Involucra un vínculo profundo y capacidad para el sacrificio mutuo y para compartir tanto el dolor como el placer, tanto los intereses co-

nas que ama y cuida. Odiar a los seres y cosas que se consideran odiosas, ya sean personas que nos disgusten o principios (políticos, artísticos, religiosos o morales) que se oponen a los nuestros, es una manera general de desahogar sentimientos de odio, agresión, desdén y desprecio en forma permitida e incluso, a veces, muy constructiva, si no se la lleva a extremos. Si bien utilizadas en forma adulta, éstas son, en el fondo las emociones de nuestra infancia cuando odiábamos a las personas que eran al mismo tiempo, objeto de nuestro amor: los padres. Aun entonces intentábamos dirigir el amor hacia ellos y volcar el odio hacia otros seres y cosas, proceso que resultará más afortunado cuando hayamos desarrollado y estabilizado nuestra capacidad de amor, así bien como extendido nuestro ámbito de intereses, amores y odios en la vida adulta. Daré otro ejemplo: el trabajo de los abogados, políticos y críticos involucra enfrentar contrincantes, pero de modo tal que resulta permisible y útil. Aquí vuelven a aplicarse las conclusiones que preceden. Una de las muchas maneras en que la agresión puede expresarse legítima y loablemente, es en los juegos en que se ataca al adversario temporalmente —y esta transitoriedad ayuda a disminuir la culpa— con sentimientos que, otra vez, derivan de las primeras emociones infantiles. Existen, pues, varias formas sublimadas y directas, en que las personas cordiales y capaces de amar pueden expresar su odio y agresión.

mo los goces sexuales. Una relación de esta índole abre un extenso ámbito para las más diversas manifestaciones del amor.⁴ Si la actitud de la mujer hacia el hombre es maternal, satisface, en la medida posible, los tempranos deseos de él de recibir gratificaciones de su propia madre. En el pasado esos anhelos nunca fueron completamente satisfechos, y tampoco han sido abandonados del todo. Es como si él ahora tuviese a su madre para sí, con sentimientos de culpa relativamente escasos (cuya razón se detallará más adelante). Si la mujer tiene una vida emocional ricamente desarrollada, además de abrigar sentimientos maternos, conservará algo de su actitud infantil hacia su padre, y ciertas características de la antigua relación matizarán su vínculo con el marido. Por ejemplo, le brindará admiración y confianza, viéndolo en él una figura protectora y útil, tal como antes lo fuera su padre. Estos sentimientos forman la base de una relación que permitirá la plena satisfacción de los deseos y necesidades de la mujer como persona adulta. A su vez, esta actitud de la mujer proporciona al hombre la oportunidad de protegerla y cuidarla de mil maneras, es decir, de desempeñar hacia su madre, en su inconsciente, el papel de un buen marido.

Cuando una mujer es capaz de amar intensamente a su marido y a sus hijos podemos deducir que muy probablemente su relación infantil con sus padres y hermanos ha sido buena, o sea, que pudo manejar en forma satisfactoria sus tempranos impulsos de odio y venganza contra ellos. He mencionado anteriormente la importancia del deseo inconsciente de la niña de tener un hijo con su padre, y los impulsos sexuales involucrados en tal deseo. La frustración sexual que le inflige el padre suscita intensas fantasías agresivas, que tendrán gran influencia sobre su capacidad de obtener gratificación sexual en la vida adulta. En la niña pequeña las fantasías sexuales están, pues, conectadas con el odio que, específicamente, va dirigido contra el pene del padre, pues este órgano le niega la gratificación que proporciona a la madre. Su odio y sus celos la llevan a desear que el pene sea algo peligroso y malo que tampoco pueda gratificar a su madre; así en su fantasía el pene adquiere cualidades destructivas. A causa de sus deseos inconscientes, centrados alrededor de las gratificaciones sexuales de los padres, algunas de sus fantasías atribuyen a los órganos y placeres genitales un carácter peligroso y dañino. Estas fantasías agresivas son de nuevo neutralizadas en su mente por el deseo de reparar: más específicamente, de curar el genital paterno, al que mentalmente ha dañado o investido de maldad. También las fanta-

⁴ Al considerar las emociones y las relaciones adultas me referiré en este artículo principalmente a la influencia que tienen sobre las manifestaciones posteriores del amor, los primeros impulsos, sentimientos inconscientes y fantasías del niño. Esto lleva necesariamente a una presentación algo unilateral y esquemática, pues no me permite hacer justicia a los múltiples factores que ejercen durante toda la vida una interacción entre las influencias del mundo externo y las fuerzas internas del individuo y que actúan conjuntamente para elaborar una relación adulta.

sias de índole restauradora están conectadas con sentimientos y deseos sexuales. Todo este fantasear inconsciente tendrá gran influencia sobre los sentimientos de la mujer hacia su marido. Si éste la ama y además la gratifica sexualmente, sus fantasías sádicas inconscientes se debilitarán. Pero, aunque en la mujer normal nunca alcancen un grado que inhiba la tendencia a mezclarlas con impulsos eróticos más positivos o amistosos, estas fantasías jamás desaparecen del todo, sino que estimulan a las otras de naturaleza reparadora; vuelve así a actuar el impulso de reparación. Las gratificaciones sexuales no sólo le proporcionan placer, sino que también la apaciguan y protegen contra los temores y sentimientos de culpa derivados de sus primeros deseos sádicos. A su vez, el apaciguamiento acrecienta su gratificación sexual y despierta en ella gratitud y ternura, al mismo tiempo que acentúa su amor. Debido a que en las profundidades de su mente perdura la idea de que su genital es peligroso y podría dañar el del marido —noción que proviene de sus fantasías agresivas contra su padre— parte de la satisfacción que obtiene deriva del hecho de comprobar que sus genitales son buenos, puesto que proporcionan a su marido placer y felicidad.

Las fantasías de la niña pequeña sobre la peligrosidad de los genitales paternos conservan cierta vigencia en el inconsciente de la mujer. Pero si tiene con su marido una relación feliz y sexualmente gratificadora siente que los genitales de aquél son buenos, lo cual disipa su miedo. La gratificación sexual actúa así como doble garantía: de su propia bondad y de la de su marido, y la seguridad que esto le brinda incrementa a su vez el goce sexual, ampliando el círculo propicio a la paz íntima. Los celos y odios tempranos de la mujer hacia su madre considerada como rival en el amor del padre, han desempeñado un papel importante en sus fantasías agresivas. La felicidad mutua proveniente de la gratificación sexual y de la relación feliz y amorosa con su marido será parcialmente interpretada como indicio de que sus deseos sádicos contra la madre han sido inoperantes o anulados por la reparación.

También la actitud emocional y la sexualidad del hombre en su relación con la mujer sufren por supuesto la influencia de su pasado. La frustración de sus deseos genitales por su madre, en la niñez, despertó en él la fantasía de que su pene se transformaba en un instrumento capaz de herirla y dañarla. También contra su padre alentó fantasías sádicas a raíz de los celos y el odio que sentía contra ese rival en el amor materno. En la relación sexual con su compañera entran en juego, en cierto grado, sus tempranas fantasías agresivas, que lo llevaron a temer la destructividad de su pene. Y, por una transmutación de naturaleza similar a la que se produce en la mujer, el impulso sádico, cuando no es excesivo, estimula las fantasías de reparación. Sentirá entonces que su pene es un órgano bueno y curativo, que proporciona placer a la mujer, repara su genital dañado y le da hijos. Una relación feliz y sexualmente gratificadora le prueba la

bondad de su pene y también, inconscientemente, el éxito de sus intentos de reparación. Esto no sólo aumenta su placer sexual, su amor y ternura por la mujer, sino que propicia sentimientos de gratitud y seguridad, los que a su vez incrementan sus poderes creadores en otros campos e influyen favorablemente sobre su capacidad para el trabajo y otras actividades. Al compartir sus intereses (así como su amor y su placer sexual), la mujer le prueba el valor de su trabajo. Su primitivo deseo de ser capaz de hacer por su madre lo que su padre hacía en el terreno sexual y en otros de recibir de ella lo que él recibía, con ella produce también el efecto de disminuir su agresión contra el padre, intensamente estimulada por su fracaso en obtener a la madre como esposa. Esto le tranquiliza en cuanto a las consecuencias de sus prolongadas tendencias sádicas contra el padre.

Puesto que su odio y su rencor contra el padre han matizado sus sentimientos hacia los hombres que lo representan y los resentimientos contra su madre han igualmente afectado su relación con las mujeres que la simbolizan, una experiencia amorosa satisfactoria cambia su perspectiva vital y su actitud hacia la gente y las actividades en general. El amor y el aprecio de su esposa le dan el sentimiento de haber alcanzado plena madurez y de ser igual a su padre. Se atenúa la rivalidad hostil y agresiva contra éste, cediendo el lugar a una competencia más amistosa con él —o más bien con símbolos paternos admirados— en las realizaciones y tareas productivas y es muy probable que aumente o mejore su creatividad.

Del mismo modo, una mujer que establece una relación amorosa feliz con un hombre se siente inconscientemente a la altura del lugar que la madre ocupaba junto a "su" marido y capaz de obtener las satisfacciones de que aquélla disfrutaba y que le fueron negadas en su niñez. Puede entonces equipararse a su madre y gozar de la misma felicidad, derechos y privilegios, pero sin dañarla ni robarla. Los efectos sobre su actitud y el desarrollo de su personalidad son análogos a los cambios producidos en el hombre cuando, mediante un matrimonio feliz, se considera igual a su padre.

De esta manera ambos cónyuges experimentan la relación de amor y gratificación sexual mutua como una feliz recreación de sus primeros años familiares. Muchos deseos y fantasías nunca pueden ser satisfechos en la niñez,⁵ no sólo porque son irrazonables sino

⁵ Cuando se trata de un niño, por ejemplo, éste desea tener a la madre para sí las veinticuatro horas del día, tener con ella relaciones sexuales, darle hijos, matar al padre del que está celoso, despojar a sus hermanos y hermanas de todo lo que poseen y apartarlos si se interponen en su camino. Es obvio que si estos deseos imposibles se cumplieran, le causarían un profundo sentimiento de culpa. Hasta la admisión de deseos destructivos de mucho menor alcance le despierta conflictos agudos. Por ejemplo, muchos niños se sentirán culpables al ser favoritos de la madre, porque su padre y hermanos quedarán perjudicados. Esto es lo que quiero dar a entender cuando menciono deseos simultáneos contradictorios en el inconsciente. Los deseos del niño son ilimitados, lo mismo que sus impulsos destructivos en relación con éstos, pero al mismo tiempo tiene también, inconscientes y conscientemente, tendencias opuestas;

también porque en el inconsciente coexisten simultáneamente deseos contradictorios. Parece una paradoja, pero en cierta forma el cumplimiento de muchos deseos infantiles sólo es posible cuando el individuo ha crecido. En la relación feliz entre adultos el temprano deseo de tener a la madre o al padre para sí permanece aún inconscientemente activo. Por supuesto, la realidad no permite que la gente se case con su madre o con su padre; si ello fuera factible, los sentimientos de culpa hacia terceros interferirían en la gratificación. Pero sólo quien en el inconsciente pudo fantasear tales relaciones y, hasta cierto punto, vencer los sentimientos de culpa inherentes a estas fantasías y gradualmente logró desprenderse de los padres a la vez que permanecer vinculado a ellos, estará capacitado para transferir sus deseos a personas que representarán los anhelados objetos del pasado, sin ser idénticos a ellos. Es decir, que sólo el individuo que ha "crecido", en el verdadero sentido de la palabra, podrá realizar sus fantasías infantiles en la vida adulta; y por añadidura, con el alivio de la culpa sentida antaño por sus deseos infantiles. En efecto, una situación fantaseada en la niñez se ha hecho ahora real, pero lícita y en forma tal que le demuestra que los diversos males que su fantasía asociaba con dicha situación en realidad no han ocurrido. Una relación adulta feliz como la que he descrito puede significar, según lo expresé antes, una recreación de la temprana situación familiar, que será ahora más completa, ampliando el ámbito de apaciguamiento y seguridad mediante la relación del hombre y la mujer con los hijos. Esto nos lleva al tema de la paternidad.

Los padres: ser madre

Consideraremos primero una auténtica relación de afecto entre la madre y el hijo, tal como la que se desarrolla si la mujer ha alcanzado una personalidad plenamente maternal. Muchos lazos vinculan la relación de una madre con su hijo a la que en la niñez mantuvo con

desea también dar amor y reparar. En realidad, quiere que los adultos que lo rodean repriman sus agresiones y egoísmos, porque si les diera rienda suelta, sufrirá el dolor del remordimiento y del desprecio; cuenta con esta ayuda de los adultos, como con cualquier otra que necesite. En consecuencia, es psicológicamente inadecuado intentar solucionar las dificultades de los niños mediante el sistema de no frustrarlos de ninguna manera. Naturalmente, la frustración que es en realidad innecesaria o arbitraria y que no demuestra sino falta de amor y comprensión, es muy perjudicial. Es importante darse cuenta de que el desarrollo del niño depende, y hasta cierto punto está formado, de su capacidad de encontrar medios de soportar las frustraciones inevitables y necesarias y los conflictos de amor y odio que son en parte ocasionados por ellas: es decir, manejarse entre el odio que aumenta con las frustraciones, y el amor y el deseo de reparación impulsado por el dolor del remordimiento. El modo como el niño se adapta a estos problemas de su mente constituirá la base de todas sus relaciones sociales posteriores, su capacidad adulta para amar y su desarrollo cultural. Puede ser inmensamente ayudado en la niñez por el amor y la comprensión de los que lo rodean, pero estos profundos problemas no pueden ser solucionados ni eliminados.

su propia madre. En todos los niños existe un fuerte deseo consciente e inconsciente de tener hijos. En las fantasías inconscientes de la niña el cuerpo de su madre está lleno de hijos; se imagina que han sido puestos allí por el pene del padre, que para ella es símbolo de toda creatividad, poder y bondad. Su actitud predominantemente admirativa hacia su padre y sus órganos sexuales como creadores y capaces de dar vida se acompaña de un intenso deseo de poseer hijos propios y tenerlos dentro de sí como la posesión más preciosa.

La observación cotidiana nos muestra que las niñas pequeñas juegan con las muñecas como si éstas fueran sus hijos. A menudo hacen alarde de apasionada devoción, tratando a esos juguetes como a niños reales, compañeros, amigos que forman parte de su vida. No sólo no dejan las muñecas sino que constantemente se ocupan de ellas desde que comienza el día y presentan dificultad en abandonarlas cuando deben hacer otra cosa. Estos deseos de la niñez persisten hacia la edad adulta y contribuyen a cimentar la fuerza del amor que una mujer embarazada siente por el hijo que crece en sus entrañas y luego por el que ha dado a luz. La gratificación de tenerlo al fin alivia el dolor de su frustración infantil, cuando deseaba un hijo de su padre y no podía tenerlo. El cumplimiento de un deseo tan importante y largamente postergado tiende a disminuir su agresión y aumentar su capacidad de amor hacia su hijo. Además, el desamparo del niño y su gran necesidad de cuidados maternos demanda más amor que el que puede proporcionarse a cualquier otra persona, brindando así un cauce a todas las tendencias afectuosas y constructivas de la madre. Nadie ignora que algunas madres sacan partido de esta relación para gratificar sus propios deseos, es decir, su sentido posesivo y la satisfacción de tener quien dependa de ellas. Tales mujeres quieren conservar a sus hijos adheridos a ellas y detestan la idea de verlos crecer y adquirir personalidad. En otras, el desamparo del niño hace aflorar todos sus fuertes deseos de reparación, que derivan de varias fuentes y pueden ahora aplicarse al hijo largamente deseado, que representa el cumplimiento de sus tempranas aspiraciones. La gratitud hacia el niño que le proporciona el goce de poder amarlo aumenta estos sentimientos y puede conducirla a subordinar su propia gratificación al bienestar de su hijo, que se constituirá en su interés primordial.

La naturaleza de las relaciones de la madre con sus hijos cambia, por supuesto, a medida que ellos crecen. Su actitud hacia los hijos mayores estará más o menos bajo la influencia de la actitud que tuvo en el pasado hacia sus hermanos, hermanas, primos, etc. Ciertas dificultades en las relaciones pasadas pueden interferir en sus sentimientos hacia su propio hijo, especialmente si éste revela reacciones y rasgos que tienden a reactivar en ella los antiguos problemas. Los celos y la rivalidad fraterna le han despertado deseos de muerte y fantasías agresivas, y en su mente creyó dañar y destruir a sus hermanos. Si los sentimientos de culpa y conflictos derivados de estas fan-

tasias no son demasiado fuertes, la posibilidad de reparar gana así mayor alcance y sus afectos maternos pueden manifestarse de un modo más completo.

Uno de los elementos de esta actitud materna parece ser la capacidad de ponerse en el lugar del niño y ver la situación desde su punto de vista. El ser capaz de hacerlo con amor y simpatía está íntimamente asociado, como lo hemos visto, con los sentimientos de culpa y el impulso de reparación. Sin embargo, si la culpa es muy fuerte esta identificación puede llevar a una actitud extremada de autosacrificio, sumamente desventajosa para el niño. Es bien sabido que un niño educado por una madre que lo inunda de amor y no le pide nada a cambio, a menudo se transforma en una persona egoísta. La falta de capacidad de amor y consideración en un niño es en cierta medida un velo que encubre sentimientos de culpa excesivos. La indulgencia materna exagerada tiende a fomentar un clima de quietud y, además, no da campo suficiente para el ejercicio del impulso infantil de hacer reparación, sacrificios a veces, y desarrollar una verdadera consideración hacia los demás.⁶

Con todo, si la madre no está demasiado envuelta en los sentimientos del niño ni excesivamente identificada con él, puede hacer uso de su sensatez para guiar al hijo del modo más provechoso. Disfrutará entonces plenamente de la posibilidad de fomentar su desarrollo, satisfacción ésta que se refuerza con las fantasías de hacer por su hijo lo que logró o deseó que su madre hiciera por ella. Salda así su deuda y repara los daños que en su fantasía hizo a los hijos de su madre, lo cual contribuye a aplacar sus sentimientos de culpa. La capacidad materna de amar y comprender a sus hijos se pone a prueba especialmente cuando éstos llegan a la adolescencia. En este período los chicos tienden normalmente a separarse de sus padres y a liberarse en cierta medida de sus antiguos vínculos con ellos. Sus esfuerzos para abrirse camino hacia nuevos objetos de amor crean situaciones que quizá resulten muy dolorosas para los padres. La madre que tiene fuertes sentimientos maternos puede permanecer firme en su amor, ser paciente y comprensiva, proporcionar ayuda y consejo cuando sean necesarios y permitir, con todo, que los hijos elaboren sus propios problemas, todo ello sin pedir mucho. Sin embargo, esto sólo es posible si su capacidad de amar se ha desarrollado en forma tal que le permita una doble identificación, con su hijo y con la madre sensata que su mente evoca.

La relación de la madre con sus hijos volverá a cambiar de carácter, y su amor buscará nuevas formas de manifestarse cuando ellos

⁶ Un efecto similarmente perjudicial (aunque esto sucede en forma diferente) es causado por la rudeza o por falta de amor de los padres. Esto se relaciona con el importante problema de cómo el ambiente influye en el desarrollo emocional del niño de un modo favorable o desfavorable, pero esto está más allá del objeto del presente artículo.

hayan crecido y tengan su propia vida, liberados ya de sus antiguos lazos. La madre advierte ahora que no desempeña un papel muy amplio en sus vidas. Pero puede experimentar cierta satisfacción al conservar disponible su amor para cuando sus hijos lo necesiten. Inconscientemente siente que les proporciona seguridad: sigue siendo la madre de antes, cuyo seno les dio gratificación plena y que satisfizo sus necesidades y deseos. En esta situación se identifica completamente con su propia madre protectora, cuya influencia benigna jamás se ha desvanecido en su mente. Al mismo tiempo se identifica con sus propios hijos. En su fantasía vuelve, por así decirlo, a la niñez y comparte con ellos la posesión de una madre buena y protectora. El inconsciente de los niños a menudo responde al de la madre y, al margen del grado en que utilice el acopio de amor que le está destinado, frecuentemente derivan un gran aliento y apoyo interior del hecho de que este amor exista.

Los padres: ser padre

Aunque los hijos no signifiquen tanto para el hombre como para la mujer, desempeñan en su vida un papel importante, especialmente si él y su mujer viven en armonía. Para remontarnos a los orígenes profundos de esta relación reitero lo que ya expuse sobre la gratificación que obtiene el hombre al proporcionar un hijo a su mujer, en la medida en que esto representa una compensación de sus deseos sádicos hacia su madre y una reparación de ello. Este mecanismo aumenta la satisfacción real de crear un hijo y de realizar los deseos de su esposa. La gratificación de sus deseos femeninos al compartir el goce maternal de su mujer constituye una fuente adicional del placer. En la niñez deseó intensamente tener hijos con su madre y estos deseos incrementaron sus impulsos de robarle sus niños. Como hombre, "puede" dar hijos a su mujer, verla feliz con ellos; puede ahora, sin sentimientos de culpa, identificarse con ella en el parto y el amantamiento, así como en la relación con los hijos mayores.

De todos modos, el ser un "buen padre" para sus hijos da al hombre muchas satisfacciones. Todos sus impulsos protectores, que han sido estimulados por sentimientos de culpa en relación con su temprana vida familiar infantil, encuentran ahora expresión plena. Además, se produce una identificación con un padre bueno, ya sea su padre real o un padre idealizado. Otro elemento más en la relación con sus hijos será su identificación con ellos, pues en su mente comparte sus goces. Asimismo, al ayudarles en sus dificultades y promover su desarrollo reedita su propia niñez de una manera más satisfactoria. Mucho de lo expuesto sobre la relación de la madre con sus hijos en las diferentes etapas se aplica también al padre. Si bien desempeña un papel distinto del de ella, las actitudes de ambos se complementan mutuamente. Si (como lo damos por sentado en este capítulo

lo) la vida matrimonial se apoya en el amor y la comprensión, el marido también disfruta de la relación de su mujer con los hijos, mientras ella siente placer de la comprensión y ayuda que el marido les presta.

Dificultades en las relaciones familiares.

Sabemos que una vida familiar plenamente armoniosa como la que he descrito no es un caso corriente. Depende de una feliz coincidencia de circunstancias, de factores psicológicos y, primordialmente, de una capacidad de amor bien desarrollada en ambos cónyuges. Pueden acaecer dificultades de todo tipo en la relación entre marido y mujer, y en la de éstos con sus hijos; daré algunos ejemplos.

La individualidad del niño tal vez no corresponda a lo que los padres desearían. Cada uno de ellos pudo inconscientemente haber querido que el hijo se pareciera a uno de sus propios hermanos; y naturalmente, uno de los dos será defraudado, si no ambos. Asimismo, si ha habido en ellos una fuerte rivalidad e intensos celos en relación con los hermanos y hermanas, esta situación puede repetirse ante el desarrollo y las realizaciones de sus hijos. Otro problema se produce cuando los padres son muy ambiciosos y utilizan los logros de sus hijos para obtener seguridad y disminuir sus propios temores. Hay además mujeres incapaces de amar y de gozar el hecho de tener hijos porque se sienten, en la fantasía, demasiado culpables de ocupar el lugar de sus propias madres. Una mujer de este tipo tal vez no pueda atender a sus hijos, debiendo entregarlos al cuidado de niñeras o de otras personas que, en su inconsciente, representan a su madre. De este modo le devuelve los hijos que deseó quitarle. Este temor de amar al hijo, que naturalmente perturba la relación con él, puede ocurrir también en los hombres y es muy probable que afecte las relaciones mutuas entre marido y mujer.

He dicho que los sentimientos de culpa y el impulso de reparación están íntimamente ligados a la emoción amorosa. Sin embargo, si el primitivo conflicto entre amor y odio no ha sido satisfactoriamente resuelto, o si la culpa es demasiado fuerte, puede producirse una reacción de alejamiento ante el ser amado, e incluso de rechazo hacia él. En último análisis, el temor de que la persona amada —originalmente la madre— pueda morir a causa de los agravios que en la fantasía se le han infligido, torna intolerable el depender de ella. Podemos observar la satisfacción de los niños pequeños ante sus primeras realizaciones y todo lo que aumente su independencia. Ello se debe a muchas razones obvias, pero, según mi experiencia, hay una muy importante y profunda: el niño se siente impulsado a debilitar sus lazos con la persona más importante, su madre. Originariamente ella preservó su vida, satisfizo todas sus necesidades, le brindó protección y

seguridad; en consecuencia, es para él fuente de toda bondad y vida. En su fantasía inconsciente, ella forma parte inseparable de sí mismo y, por lo tanto, su muerte implicaría también la del niño. Si tales sentimientos y fantasías son muy intensos, el apego a las personas amadas puede llegar a ser una carga abrumadora.

Muchas personas buscan solución a estas dificultades mediante el recurso de reducir su capacidad de amor, "negándola" o suprimiéndola, y evitando toda emoción fuerte. Otras escapan a los peligros del amor desplazándola predominantemente de las personas a los objetos. El desplazamiento del amor a las cosas e intereses (que he tratado en relación con el explorador y el hombre que lucha contra las fuerzas de la naturaleza) forma parte del crecimiento normal. Pero en algunos, se transforma en el método principal para manejar los conflictos, o mejor, para evitarlos. Todos conocemos al individuo que se rodea de animales, al coleccionista apasionado, al científico, al artista y otros seres capaces de un gran amor y hasta de sacrificios por los objetos de su devoción o por su tarea favorita, pero que escatiman su interés y amor hacia los demás seres humanos.

Una evolución muy distinta se produce en los que pasan a depender enteramente de las personas con quienes establecen vínculos intensos. El miedo inconsciente a la muerte del ser amado fomenta esa dependencia excesiva. Los temores de esa naturaleza incrementan la voracidad, que viene a constituir uno de los elementos de tal actitud y se expresa a través de la utilización exagerada de la persona de quien se depende. El eludir responsabilidades es otro componente de la dependencia excesiva; el otro se hace responsable de nuestros actos y a veces hasta de nuestras opiniones y pensamientos. (Esta es una de las razones de la adopción indiscriminada de las ideas de un líder y de la obediencia ciega a sus mandatos). Para los que son tan dependientes, el amor se hace sumamente necesario como apoyo contra el sentimiento de culpa y los distintos temores. El ser amado debe probarles, con manifestaciones de afecto siempre reiteradas, que no son malos ni agresivos y que sus impulsos destructivos no se han hecho efectivos.

Estas ligaduras extremadas son especialmente perturbadoras en la relación de la madre con su hijo. Como lo he señalado antes, la actitud materna ante el hijo tiene mucho en común con los primeros sentimientos de la niña hacia su propia madre. Ya sabemos que esta primera relación se caracteriza por el conflicto entre amor y odio. Al tener un hijo, la mujer transfiere sobre él los deseos inconscientes de muerte que de niña sintió hacia su madre.

Los problemas afectivos entre hermanos y hermanas en la niñez, intensifican estos sentimientos. Si a causa del conflicto no resuelto en el pasado, la madre se siente demasiado culpable en relación con el hijo, puede necesitar su amor tan intensamente que utilizará varios recursos para mantenerlo estrechamente ligado a ella y dependiente;

o quizá se dedique a él hasta el punto de transformarlo en eje de toda su vida.

Consideremos ahora, aunque sólo desde un aspecto básico, una actitud mental muy diferente: la infidelidad. Las múltiples manifestaciones y formas de infidelidad (resultado de los más variados modos de desarrollo y expresión: en algunas personas, principalmente de amor; en otras, de odio, con todos los matices intermedios), tienen un fenómeno en común: el repetido alejamiento de una persona (amada) motivado en parte por el temor a la dependencia. He descubierto que, en las profundidades de la mente, el típico Don Juan se siente acosado por el miedo a la muerte de sus amadas, el que se abriría paso y provocaría depresión y grandes sufrimientos mentales, si no fuera por su defensa específica: la infidelidad. Por este medio se está probando constantemente a sí mismo que su objeto, "uno" y muy amado (originariamente su madre, cuya muerte temía porque su amor hacia ella era voraz y destructivo), no le es, después de todo, indispensable, ya que siempre podrá volcar en otra mujer sentimientos apasionados, aunque superficiales. En contraste con los que por temor a la muerte del ser amado, lo rechazan, o bien sofocan y niegan el amor, el Don Juan, por varias razones, toma el camino opuesto. Pero su actitud con las mujeres involucra una transacción inconsciente. Al abandonar y rechazar a algunas mujeres se aleja inconscientemente de su madre salvándola de sus deseos peligrosos y liberándose de su penosa dependencia, mientras que al buscar a otras y proporcionarles placer y amor, en su inconsciente retiene a la madre amada o vuelve a re-crearla.

En realidad se siente impulsado hacia una y otra porque pronto todas ellas se transforman en imagen de su madre. Su objeto original de amor es así reemplazado por una sucesión de objetos diversos. En la fantasía inconsciente, recrea o repara a su madre por medio de gratificaciones sexuales (que realmente brinda a otras mujeres), pues sólo en un aspecto siente su sexualidad como peligrosa; en otro, la siente reparadora y susceptible de hacerla feliz. Esta doble actitud forma parte de la transacción inconsciente que origina la infidelidad y es condición de ese tipo particular de desarrollo.

Esto me lleva a considerar otra clase de dificultad en las relaciones amorosas. A veces un hombre vuelca sus sentimientos afectuosos, tiernos y protectores en una mujer, quizá su esposa, pero es incapaz de obtener goce sexual con ella y debe reprimir sus deseos sexuales o satisfacerlos con otra. Los temores de que su sexualidad sea de naturaleza destructiva, el miedo al padre como rival y los resultantes sentimientos de culpa son otras tantas razones profundas de la separación entre los afectos tiernos y los específicamente sexuales. La mujer amada y altamente valorizada, que se erige como su madre, tiene que ser preservada de su sexualidad, que en la fantasía siente como peligrosa.

Elección del compañero de amor

El psicoanálisis nos muestra que profundos motivos inconscientes participan en la elección de la pareja y determinan la atracción sexual y el placer de la mutua compañía. Los sentimientos de un hombre hacia una mujer sufren la influencia de su vínculo temprano con la madre. Pero tal situación puede ser más o menos inconsciente y presentar manifestaciones muy enmascaradas. Quizás un hombre elija como compañera a una mujer que tenga algunas características completamente opuestas a las de su madre: tal vez la apariencia de la amada sea muy distinta, pero su voz o ciertos rasgos de su personalidad que le resultan especialmente atractivos, concordarán con las primeras impresiones que él recibió de su madre. O tal vez, precisamente con el propósito de desligarse de un vínculo demasiado fuerte con la madre, venga a elegir una compañera que presente un contraste absoluto con aquélla.

Muy a menudo, a medida que se produce el desarrollo del niño, una hermana o una prima ocupan el lugar de la madre en sus fantasías sexuales y en su amor. Es obvio que la actitud basada en estos sentimientos será distinta de la del hombre que busca fundamentalmente rasgos maternos en la mujer. Con todo, la elección resultante de sentimientos experimentados hacia una hermana, puede tender también a la búsqueda de aspectos de índole maternal en la compañera. La temprana influencia que sobre el niño ejercen las personas de su ambiente, crea una gran variedad de posibilidades: una niñera, una tía, una abuela, pueden desempeñar un papel muy importante. Naturalmente, al considerar la influencia de las primeras relaciones sobre la elección posterior, no debemos olvidar que lo que el hombre desea recrear en sus relaciones amorosas es su impresión infantil ante la persona amada y las fantasías que tuvo con ella. Además, el inconsciente establece asociaciones sobre bases muy distintas de las que rigen en la mente consciente. Toda suerte de impresiones completamente olvidadas —reprimidas— contribuye así para que una persona resulte para determinado individuo, más atractiva que las demás, en el terreno sexual y en otros.

Factores similares actúan en la elección femenina. Las impresiones que conserva de su padre, sus sentimientos hacia él —admiración, confianza, etc.—, pueden desempeñar un papel predominante en la elección del compañero. Pero quizá su temprano amor hacia su padre haya sufrido serias alteraciones. Tal vez se haya alejado de él muy pronto debido a fuertes conflictos o graves decepciones. En este caso, un hermano, un primo o un compañero de juegos puede haber asumido gran importancia, tornándose en el receptáculo de sus deseos y fantasías sexuales, así como de sus sentimientos maternales. Buscará entonces un amante o un marido que configure la imagen de ese hermano, de preferencia el que tenga cualidades de tipo paterno. En una relación de amor feliz el inconsciente de la pareja se corres-

ponde. En el caso de la mujer que tiene marcados sentimientos maternales, las fantasías y los deseos del hombre que busca una mujer predominantemente maternal corresponderán a los suyos. Si permanece muy ligada a su padre, inconscientemente buscará a un hombre que necesite desempeñar ante la mujer el papel de un buen padre.

Aunque los vínculos amorosos de la vida adulta están fundados en las primeras relaciones emocionales con los padres, hermanos y hermanas, los nuevos lazos no son necesariamente meras repeticiones de la temprana situación familiar. Los recuerdos, sentimientos y fantasías inconscientes entran en la nueva ligazón de amor y amistad en formas completamente disfrazadas. Pero además de las primeras influencias, muchos otros factores actúan en los complicados procesos que cimentan una relación amorosa o amistosa. Las relaciones normales adultas siempre contienen nuevos elementos derivados de la nueva situación: las circunstancias, la personalidad del otro, y su respuesta a las necesidades emocionales y a los intereses prácticos del adulto.

Logro de independencia

Hasta aquí me he referido principalmente a las relaciones íntimas entre los seres. Entraremos ahora en las manifestaciones más generales del amor y las formas en que éste participa de intereses y actividades de todo tipo. El vínculo primario del niño con el pecho y la leche de su madre constituye la base de todas las relaciones de amor en la vida. Pero si consideráramos la leche materna simplemente como un alimento saludable y adecuado, concluiríamos que sería fácil reemplazarlo por otro igualmente conveniente. Sin embargo, la leche de la madre, la primera que aplaca los tormentos del hambre en el niño y que proviene del pecho que llega a amar cada vez más, adquiere para él un inestimable valor emocional. El pecho y su producto, primeras gratificaciones de su instinto de autopreservación y de sus deseos sexuales, se erigen en su mente en símbolos de amor, placer y seguridad. Es por lo tanto de suprema importancia el saber hasta qué punto puede "psicológicamente" reemplazar este primer alimento por otros. La madre logra, con mayor o menor dificultad, que el niño se acostumbre a ingerir otras sustancias. Con todo, quizás él no abandone su intenso deseo del alimento primitivo; quizá no olvide sus quejas y su odio por haber sido privado de él, ni se adapte, en el verdadero sentido, a esta frustración; y si ello ocurriera, no podrá adaptarse a ninguna frustración de su vida futura.

Si llegamos a comprender, mediante la exploración del inconsciente, la fuerza y profundidad del primer apego a la madre y a su alimento así como la intensidad con que éste persiste en el inconsciente del adulto, nos sorprenderá ver que el niño logre paulatinamente desprenderse de ella y conquistar independencia. Es cierto que ya en el lactante existe un agudo interés por lo que ocurre a su alrede-

dor, una creciente curiosidad y placer en aumentar su ámbito de personas, cosas y realizaciones, todo lo cual parece facilitarle nuevos objetos de amor y de interés. Pero esto no basta para explicar su posibilidad de desligarse de la madre con quien tiene un vínculo inconsciente tan fuerte. La índole misma de este intenso apego lo impulsa a separarse de ella porque (dada la inevitabilidad de la avidez frustrada y del odio) despierta en él el miedo de perder a esta persona tan importante y, por lo tanto, el temor a depender de ella. Existe así, en el inconsciente, la tendencia a abandonarla, contrarrestada por el apremiante deseo de tenerla para siempre. Estos sentimientos contradictorios, juntamente con el crecimiento emocional e intelectual del niño, que le permite encontrar otros objetos de interés y placer, conducen a la capacidad de transferir el amor, reemplazando al ser amado por otras personas y cosas. Precisamente la cantidad de amor que el niño experimenta hacia su madre le proporciona una gran disponibilidad para sus vínculos futuros. El proceso de desplazar amor es de suma importancia para el desarrollo de la personalidad y para las relaciones humanas y podríamos decir, incluso, para el desarrollo de la cultura y de la civilización.

Junto con el proceso de desplazar el amor (y el odio) de la madre a otras personas y cosas, distribuyendo así estas emociones en un círculo más amplio, hay otra manera de manejar los primitivos impulsos. Las sensaciones sensuales que el niño experimenta en relación con el pecho materno se transforman en amor hacia la madre como persona integral; los sentimientos de amor se funden desde el comienzo con los deseos sexuales. El psicoanálisis ha subrayado el hecho de que los impulsos sexuales hacia los padres, hermanos y hermanas no sólo existen, sino que pueden ser observados en cierta medida en los niños muy pequeños. Con todo, sólo la exploración del inconsciente permite aquilatar su fuerza y su enorme importancia.

Ya hemos visto que los deseos sexuales están íntimamente ligados a impulsos y fantasías agresivas, a la culpa y al temor de que mueran las personas queridas. Todo ello impulsa al niño a disminuir su apego hacia los padres. El tiene, además, tendencia a reprimir estos sentimientos sexuales, que se vuelven inconscientes y quedan enterrados en las profundidades de la mente. Los impulsos sexuales se deslizan también de los primeros objetos de amor y el niño adquiere así la capacidad de amar a otros de modo predominantemente afectuoso.

El proceso descripto arriba, consistente en reemplazar a la persona amada por otras, en disociar parcialmente la sexualidad y la ternura y reprimir los impulsos y deseos sexuales, viene a integrar la capacidad del niño para establecer relaciones más amplias. No obstante, para lograr un desarrollo total exitoso es esencial que la represión de los deseos sexuales hacia los primeros seres queridos no sea demasiado fuerte,⁷ ni demasiado completo el desplazamiento de los senti-

⁷ Las fantasías y los deseos sexuales permanecen activos en el inconsciente y tam-

mientos de los padres a otras personas. Si el niño conserva bastante amor para los que se hallan próximos, si sus deseos sexuales hacia ellos no están muy reprimidos, amor y deseo sexual podrán, más tarde en la vida, revivir, unirse y desempeñar una parte vital en sus relaciones amorosas. En una personalidad realmente bien desarrollada, el amor por los padres subsiste, pero se le sumará el amor por otros seres y objetos, no como mera extensión del primero, sino, como lo he señalado, mediante una difusión de las emociones que disminuye el peso de los conflictos y de la culpa derivada del apego y dependencia en relación con las primeras personas que ama.

Al volcar sus conflictos en otras personas, el niño no los suprime, sino que los transfiere en forma menos intensa: de los primeros y más importantes, a nuevos objetos de amor (y odio) que parcialmente representan a los antiguos. Como sus sentimientos hacia estas nuevas personas no son tan fuertes, sus impulsos de reparación, que una culpa excesiva hubiera obstaculizado, pueden manifestarse ahora más plenamente.

Es bien sabido que la existencia de hermanos y hermanas favorece el desarrollo. El crecer juntos ayuda al niño a desprenderse más de los padres y elaborar con sus hermanos un nuevo tipo de relación. Sabemos, con todo, que no sólo los ama, sino que también tiene hacia ellos fuertes sentimientos de rivalidad, odio y celos. Por esta razón las relaciones con los primos, compañeros de juego y otros niños más alejados de la situación familiar permiten nuevas alternativas a la relación fraterna, variaciones éstas que son de gran importancia como fundamento de los futuros vínculos sociales.

Relaciones en la vida escolar

La escuela brinda la oportunidad de desarrollar la experiencia ya adquirida en materia de relaciones humanas y proporciona campo propicio para nuevos experimentos en este terreno. Entre un gran número de chicos el niño puede congeniar con uno, dos o varios mejor que con sus hermanos. Estas nuevas amistades le dan, entre otras satisfacciones, la posibilidad de corregir y mejorar, por así decirlo, las primeras relaciones con aquéllos, que tal vez hayan sido insatisfactorias. El niño puede haber sido realmente agresivo con un hermano más débil o menor; o quizá su sentimiento inconsciente de culpa debido al odio y a los celos fuera la causa principal que perturbó la relación, con trastornos susceptibles de persistir en la vida adulta. Este desagradable estado de cosas puede ejercer más adelante una

bién se expresan hasta cierto punto en el comportamiento, en los juegos y otras actividades del niño. Si la represión es demasiado fuerte, si las fantasías y deseos permanecen profundamente enterrados y no encuentran expresión, no solamente se inhiben en forma drástica las elaboraciones de su imaginación (y las actividades de toda clase) sino que también la futura vida sexual del individuo quedará seriamente obstaculizada.

profunda influencia sobre sus actitudes emocionales respecto de la gente en general. Sabemos que hay niños incapaces de hacerse de amigos en la escuela. Esto ocurre porque trasladan al nuevo ambiente sus primitivos conflictos. Entre los que logran liberarse suficientemente de sus primeras dificultades afectivas y hacer amistades entre los compañeros de escuela se observa a menudo una mejoría en la relación con sus hermanos. El nuevo compañero prueba al niño que es capaz de amar y ser amado y que el amor y la bondad "existen", lo que también inconscientemente significa que puede reparar el daño que en su imaginación o de hecho ha infligido a otros. Así las nuevas amistades colaboran para la solución de las primeras dificultades emocionales, sin que se tenga conocimiento de la naturaleza exacta de los primitivos trastornos o del modo como van siendo allanados. Todos estos medios proporcionan otras tantas válvulas a las tendencias de reparación, el sentimiento de culpa disminuye, y aumenta la confianza propia y en los demás.

La vida escolar también da oportunidad de establecer entre el odio y el amor una separación mayor que lo que es posible en el pequeño círculo familiar. En la escuela algunos niños son detestados o simplemente no gozan de simpatía, mientras que otros son queridos. En esta forma las emociones de amor y odio, reprimidas debido al conflicto que surge al odiar a la persona amada, pueden encontrar plena expresión en cauces más o menos aceptados socialmente. Los niños se unen de varias maneras y desarrollan ciertas normas que regulan hasta dónde pueden llevar sus manifestaciones de odio o disgusto por los demás. Los juegos y el espíritu de compañerismo implícito en ellos constituyen un factor moderador en estas alianzas y en el despliegue de la agresión.

Aunque los celos y la rivalidad por el amor y el aprecio del maestro pueden ser muy fuertes, se desarrollan en un marco distinto al de la vida de hogar. Los maestros están más alejados de los sentimientos del niño, aportan a la situación menos emoción que los padres y además reparten sus afectos entre varios niños.

Relaciones en la adolescencia

A medida que el niño avanza hacia la adolescencia, su tendencia al culto del héroe frecuentemente se expresa a través de sus relaciones con algunos maestros, mientras que otros le inspiran aversión, odio o desprecio. Aquí de nuevo se manifiesta el proceso de separar el odio del amor que proporciona alivio, porque permite preservar a la persona "buena" y brinda además la satisfacción de odiar a alguien que a nuestro juicio se lo merece. El padre amado y odiado, la madre odiada y amada son originariamente, como ya lo he expuesto, los objetos tanto de admiración como de odio y desvalorización. Pero estos sentimientos que mezclados resultan, como sabemos, dema-

siado contradictorios y gravosos para la mente del niño y son, por lo tanto, probablemente soterrados, encuentran expresión parcial en las relaciones con otras personas: niñeras, tíos y parientes en general. Más tarde, en la adolescencia, la mayoría de los niños tiende a alejarse de sus padres. Esto se debe en gran parte a que sus deseos sexuales y conflictos en relación con aquéllos están reforzándose una vez más. Los primeros sentimientos de rivalidad y odio contra el padre o la madre, según el caso, reviven y adquieren todo su vigor, aunque su origen sexual permanezca inconsciente. Los jóvenes suelen ser muy agresivos y desagradables con sus padres y con otras personas que se presten a ello, tales como sirvientes, un maestro débil o compañeros de escuela por los que sientan aversión. Pero cuando el odio ha llegado a esa intensidad, la necesidad de preservar el bien y el amor en el mundo interno y externo se hace muy urgente. El joven agresivo se siente, por lo tanto, impulsado a buscar seres a quienes pueda idealizar y reverenciar. Los maestros admirados pueden servir para ese fin y los sentimientos de amor, admiración y confianza hacia ellos le dan seguridad interior. Entre otras razones, porque para el inconsciente parecen confirmar la existencia de padres buenos con los cuales hay una relación positiva, lo que refuta así el odio intenso, la ansiedad y la culpa, que en este período se han vuelto muy fuertes. Hay, por supuesto, niños que pueden sentir amor y admiración por los propios padres mientras atraviesan estas dificultades, pero no son muy comunes. Creo que lo que se ha dicho explica en parte la posición especial que suelen ocupar en la mente las figuras idealizadas, como hombres y mujeres famosos, autores, atletas, aventureros, personajes imaginarios recogidos de la literatura, seres sobre quienes se vuelca la admiración y amor, sentimientos sin los cuales todo se matizaría de odio y desamor, lo cual se experimenta como peligroso para el yo y para los demás.

Simultáneamente con la idealización de ciertas personas se produce el odio hacia otras que son vistas bajo un cristal muy oscuro, especialmente seres imaginarios, como algunos villanos del cine o de la literatura, o bien individuos reales pero algo remotos, como los caudillos políticos del partido opositor. Odiar a la gente irreal o lejana resulta mucho menos peligroso para todos los interesados que odiar a los que nos son muy próximos. Hasta cierto punto esto es aplicable también al odio hacia algunos maestros o directores: la disciplina escolar y el conjunto de la situación interpone entre maestro y alumno una barrera mayor que la que existe entre padre e hijo.

La división entre amor y odio está dirigida hacia los menos íntimos; sirve también para salvaguardar mejor a las personas amadas, tanto en la realidad como en la mente. No sólo aquéllas se hallan físicamente lejos y son por lo tanto inaccesibles, sino que la división entre la actitud de amor y odio fomenta el sentimiento de que se puede conservar incólume el amor. El sentimiento de seguridad que proviene de la capacidad de amar está íntimamente ligado en el in-

consciente al de conservar sana y salva a la persona amada. Parecería que la creencia inconsciente rezara así: "puedo mantener intactos algunos de los seres que amo, por lo tanto no he dañado a ninguno, y los conservo a todos para siempre en mi mente". En último análisis, el inconsciente preserva la imagen de los padres amados como la posesión más preciosa, porque protege a su poseedor del dolor de la desolación total.

El desarrollo de las amistades

Las primeras amistades del niño cambian de índole durante la adolescencia. La fuerza de los afectos e impulsos, tan característica de esta etapa de la vida, favorece amistades intensas entre la gente joven, principalmente entre los del mismo sexo. Las tendencias y sentimientos homosexuales están subyacentes a estas relaciones, que frecuentemente conducen a verdaderas actividades homosexuales. Estos vínculos constituyen en parte una huida del impulso hacia el sexo opuesto, que en este período es a menudo ingobernable por varias razones internas y externas: sus deseos y fantasías se encuentran aún muy conectados con su madre y hermanas, y la lucha por alejarse de ellas y encontrar nuevos objetos de amor está en su punto culminante. Tanto las niñas como los muchachos en esta etapa sienten cargados de tantos peligros los impulsos hacia el otro sexo, que intensifican los que se dirigen hacia el mismo sexo. El amor, la admiración y la lisonja que puedan entrar en estas amistades constituyen también, como lo he señalado antes, una salvaguardia contra el odio, y por todos estos motivos los jóvenes se apegan más a tales vínculos. En este período del desarrollo las tendencias homosexuales intensificadas, sean conscientes o inconscientes, desempeñan también un papel importante en la adulación al maestro del mismo sexo. Las amistades de la adolescencia son, como sabemos, frecuentemente inestables; una de las razones es que la fuerza de los sentimientos sexuales (inconscientes y conscientes) las invaden y perturban. El adolescente aún no se ha emancipado de las fuertes ligaduras emocionales de la infancia y está todavía —más de lo que se imagina— dominado por ellas.

Las amistades de la vida adulta

Aunque en la vida adulta las tendencias homosexuales inconscientes tienen su parte en la amistad con el mismo sexo, ésta se caracteriza, a diferencia del vínculo homosexual,⁸ por la disociación par-

⁸ El tema de las relaciones de amor homosexual es amplio y muy complejo. Para tratarlo adecuadamente necesitaría más espacio del que dispongo; por lo tanto, me limito a mencionar que en estas relaciones puede haber mucho amor.

cial entre los sentimientos afectuosos y los sexuales, que pasan a segundo plano, y aunque activos en cierta medida en el inconsciente, en la práctica desaparecen. También en la separación entre sentimientos sexuales y afectivos. Pero como este amplio sector es sólo una parte de mi tema, me limitaré a hablar de las amistades entre personas del mismo sexo, y aun entonces sólo haré unas pocas observaciones generales.

Tomemos como ejemplo la amistad entre dos mujeres que no dependen demasiado una de otra. A favor de las circunstancias, una u otra puede necesitar protección o ayuda. La capacidad de dar y recibir afectivamente es esencial en la verdadera amistad. Aquí los elementos de situaciones tempranas se expresan en forma adulta. Inicialmente, protección, ayuda y consejo nos fueron proporcionados por nuestras madres. Si logramos madurez emocional y autosuficiencia, no dependeremos demasiado del apoyo y consuelo maternal, pero el deseo de recibirlos en los momentos difíciles y penosos perdura hasta la muerte. En la relación con una amiga podemos a veces recibir y dar algo del amor y cuidado de una madre. Una combinación exitosa de actitud maternal y filial parece constituir una de las condiciones de una personalidad femenina emocionalmente rica y capaz de amistad. (Una personalidad femenina completamente desarrollada involucra la capacidad de mantener buenas relaciones con los hombres en lo que concierne a sentimientos afectuosos y sexuales. Pero al hablar de la amistad entre mujeres me refiero a las tendencias y sentimientos homosexuales sublimados.). Quizás en las relaciones con nuestras hermanas hayamos tenido oportunidad de experimentar y expresar a la vez cuidados maternos y respuestas filiales. Podremos entonces fácilmente trasladarlos a la amistad adulta. Pero tal vez no existió una hermana o alguien con quien viviésemos estos sentimientos. En este caso, si llegamos a desarrollar una amistad con otra mujer, ésta traerá la realización, modificada por las necesidades adultas, de un fuerte e importante deseo de la niñez.

Con una amiga compartimos intereses y placeres, pero también somos capaces de alegrarnos por su felicidad y éxitos, aun cuando carezcamos de ellos. Los sentimientos de envidia y celos pueden permanecer soterrados si nuestra capacidad de identificarnos con ella y compartir así su felicidad es bastante fuerte. El elemento de culpa y reparación no está ausente nunca en tal identificación. Si hemos manejado con éxito nuestros odios, celos, insatisfacciones y resentimientos contra nuestra madre; si hemos logrado ser felices al verla feliz, al sentir que la hemos agraviado o que podemos reparar el daño hecho en la fantasía, seremos capaces de una verdadera identificación con otra mujer. Los sentimientos posesivos y reivindicatorios que originan grandes exigencias son elementos perturbadores de la amistad. En realidad, todas las emociones exageradamente intensas pueden socavarla. Cuando esto ocurre, la investigación psicoanalítica revela que han interferido las tempranas situaciones de deseos in-

satisfechos, rencor, voracidad o celos, o sea, que aun cuando los episodios actuales hayan desencadenado la perturbación, un conflicto infantil no resuelto desempeña un papel importante en la ruptura de una amistad. Un clima emocional equilibrado, lo cual no excluye para nada la fuerza del sentimiento, constituye la base del éxito de una amistad. No es muy probable que lo logremos si esperamos demasiado de ella, es decir, si esperamos que el amigo compense nuestras primeras privaciones. Tales exigencias son, en su mayor parte, inconscientes y, por lo tanto, no pueden ser manejadas de manera racional. Nos exponen necesariamente al desengaño, al dolor y al resentimiento. Si las exageradas demandas inconscientes ocasionan trastornos en la amistad, han acaecido repeticiones exactas —por muy distintas que sean las circunstancias— de situaciones tempranas, cuando la voracidad intensa y el odio perturbaron el amor hacia los padres, causándonos sentimientos de insatisfacción y soledad. Si el pasado no pesa demasiado sobre el presente seremos más capaces de hacer una adecuada elección de amigos y de satisfacernos con lo que ellos nos den.

Mucho de lo que he dicho sobre la amistad entre mujeres se aplica al desarrollo de las amistades entre hombres, por más que también haya desemejanzas derivadas de la diferencia entre la psicología masculina y la femenina. La separación entre los sentimientos afectuosos y los sexuales, la sublimación de las tendencias homosexuales y la identificación constituyen igualmente la base de la amistad entre hombres. Aunque los elementos y las nuevas gratificaciones que corresponden a la personalidad adulta entran renovados en la amistad masculina, también los hombres, en parte, buscan la repetición de sus relaciones con el padre o los hermanos, o tratan de hallar una nueva afinidad que satisfaga deseos pasados, o mejorar las relaciones insatisfactorias que antaño mantuvieron con quienes los rodeaban.

Aspectos más amplios del amor

El proceso por el cual desplazamos el amor de los primeros seres queridos hacia otros se extiende, desde la primera infancia en adelante, a todas las cosas. De este modo desarrollamos intereses y actividades en los que ponemos algo del amor que originariamente se dirigía a las personas. En la mente infantil una parte del cuerpo puede representar otra, y un objeto puede representar partes del cuerpo o personas. De esta manera simbólica, cualquier objeto redondeado puede en su inconsciente representar el pecho de su madre. Por un proceso gradual, todo lo que emana bondad y belleza, todo lo que causa placer y satisfacción en sentido físico o más amplio, vendría a tomar en el inconsciente el lugar de este seno generoso y el de la madre como persona total. Así, al referirnos a la patria la llamamos

“la madre tierra”, porque en el inconsciente el país natal puede simbolizar a nuestra madre, y por lo tanto, ser amado con sentimientos matizados por nuestro vínculo con ella.

Para ilustrar la forma en que la primitiva relación invade intereses que parecen serle muy ajenos tomemos el ejemplo de los exploradores que parten en busca de nuevos descubrimientos, sobrellevando las más penosas privaciones y encontrando a su paso grandes peligros y quizá la muerte. Además del estímulo de las circunstancias externas, muchos elementos psicológicos se hallan detrás del interés y el atractivo de la exploración. No mencionaré aquí más que uno o dos factores inconscientes específicos. En su voracidad el niño pequeño desea atacar el cuerpo de su madre, al que considera como una extensión de su pecho bueno. También tiene fantasías de robarle el contenido de su cuerpo, entre otras cosas, los hijos, preciosa posesión, que también ataca por celos. Estas fantasías agresivas de penetrar en su cuerpo pronto se enlazan con sus deseos genitales de tener un coito con ella. El trabajo psicoanalítico ha descubierto que las fantasías de explorar el cuerpo de la madre, que surgen de los deseos sexuales y agresivos del niño, de su voracidad, curiosidad y amor, contribuyen a fomentar el interés del adulto en explorar nuevos países.

Al discutir el desarrollo emocional del niño pequeño he señalado que sus impulsos agresivos dan lugar a fuertes sentimientos de culpa y al temor de que la persona querida muera, todo lo cual forma parte del amor, lo refuerza e intensifica. En el inconsciente del explorador, un nuevo territorio representa una nueva madre que compensará la pérdida de la madre real. Busca la “tierra prometida”, la “tierra de la que mana leche y miel”. Y hemos visto que el temor a la muerte de la persona más amada lleva al niño a alejarse de ella en cierta medida; pero al mismo tiempo lo conduce también a re-crearla y encontrarla nuevamente en cualquier tarea que emprenda. De ese modo, tanto el impulso de apartarse como el de mantener el vínculo original encuentran plena expresión. La temprana agresión del niño estimula la tendencia a restaurar y compensar, a devolver a su madre los bienes robados en su fantasía, y estos deseos de resarcimiento se unen más tarde a la vocación de explorador: encontrar una nueva tierra es dar algo al mundo en general y a algunas personas en particular. Su actividad expresa tanto su agresión como su deseo de reparar. Sabemos que al descubrir una nueva tierra la agresión se utiliza en la lucha con los elementos y con toda suerte de dificultades. Pero a veces se manifiesta más abiertamente. Ocurría en otras épocas, cuando los exploradores, que además conquistaban y colonizaban, dieron muestras de despiadada crueldad contra las poblaciones nativas. Con esta actitud concretaban los tempranos ataques fantaseados contra los niños imaginarios en el cuerpo de la madre y el odio real contra los hermanos recién nacidos. El deseo de restauración, sin embargo, encontró plena expresión al repoblar el país con ele-

mentos de su propia nacionalidad. Podemos ver cómo, a través del interés por la exploración, varios impulsos y emociones —la agresión (manifiesta o no), los sentimientos de culpa, el amor y el impulso de reparar— pueden transferirse a otra esfera, alejada de su objeto original.

La vocación de explorar no tiene que manifestarse necesariamente a través de la exploración física del mundo, sino que puede extenderse a otros campos, como cualquier tipo de pesquisa científica. Los primeros deseos y fantasías de explorar el cuerpo materno forman parte de la satisfacción que el astrónomo, por ejemplo, deriva de su trabajo. El anhelo de redescubrir a la madre de los primeros tiempos, real o afectivamente perdida, es también de gran importancia en el arte creador y en la forma de apreciarlo y disfrutar de él.

Para ilustrar algunos de los procesos que acabo de exponer transcribiré la conocida composición de Keats, *On First Looking into Chapman's Homer*⁹ (Primera ojeada al Homero de Chapman).

*Much have I travell'd in the realms of gold,
and many goodly states and kingdoms seen;
round many western islands have I been
which bards in fealty to Apollo hold.
Oft of one wide expanse had I been told
that deep-brow'd Homer ruled as his demesne:
yet did I never breathe its pure serene
till I heard Chapman speak out loud and bold:
then felt I like some watcher of the skies
when a new planet swims into his ken;
or like stout Cortez, when with eagle eyes
he stared at the Pacific — and all his men
look'd at each other with a wild surmise—
silent, upon a peak in Darien.*

Mucho viajé por comarcas de oro, y he visto países y reinos esplendentes; muchas islas recorrí del occidente donde los poetas guardan lealtad a Apolo. Frecuentemente oí de una vasta extensión donde ejerce su imperio el soñador Homero, pero jamás respiré su pura exaltación hasta escuchar de Chapman el verbo altanero. Entonces fui como un explorador del cielo inmenso cuando un nuevo planeta nada en las alturas o como el fuerte Cortés, cuyos ojos de halcón contemplaron el Pacífico, y su tripulación se miraba con salvaje conjetura sobre una cima del Darién, en profundo silencio.

⁹ Por razones de conveniencia transcribo todo el poema, a pesar de que es bien conocido.

Keats habla aquí con el enfoque del que goza ante una obra de arte. Compara la poesía con "países y reinos esplendentes" y "comarcas de oro". Al leer a Homero traducido por Chapman se siente al principio como un astrónomo que observa los cielos cuando "un nuevo planeta nada en las alturas". Pero luego se vuelve el explorador que descubre "con salvaje conjetura" nuevas tierras y mares. En este perfecto poema de Keats el mundo representa el arte, y es evidente que para él el goce y la exploración científicos y artísticos provienen de la misma fuente: del amor por las hermosas tierras, las "comarcas de oro". La exploración del inconsciente (precisamente, un continente desconocido descubierto por Freud) demuestra que, como lo he señalado antes, las hermosas tierras representan a la madre amada y el anhelo hacia ésta. Volviendo al poema, se puede sugerir, sin llegar al análisis detallado, que el "soñador Homero" que gobierna la tierra de la poesía representa al padre admirado y poderoso, cuyo ejemplo sigue el hijo (Keats) cuando penetra, él también, en el país de su deseo (arte, belleza, el mundo: en esencia, su madre).

Del mismo modo el escultor que da vida a su objeto de arte, ya sea que éste represente una figura humana o no, inconscientemente está restaurando y re-creando a las personas a quienes amó primero y a las que destruyó en su fantasía.

Sentimientos de culpa, amor y creatividad

Los sentimientos de culpa, como traté de señalar, constituyen un incentivo fundamental para la creación y el trabajo en general, aun en sus formas más simples. No obstante, si son demasiado intensos tienen el efecto de inhibir las actividades e intereses productivos. Estas complejas conexiones se tornaron claras en primer término a través del psicoanálisis de niños pequeños. En los niños los impulsos creadores que habían permanecido latentes despiertan y se expresan mediante actividades tales como el dibujo, el modelado, la construcción y la palabra cuando el psicoanálisis reduce sus diversos temas. Estos incrementan los impulsos destructivos y, por consiguiente, al disminuir los impulsos demostrativos también se debilitan. Simultáneamente con estos procesos, los sentimientos de culpa y de ansiedad por la muerte de la persona amada, que la mente infantil no pudo superar por ser demasiado abrumadores, disminuyen gradualmente, pierden intensidad, haciéndose por lo tanto más fácil su manejo. Como resultado aumenta el interés del niño por la gente, se estimula la piedad y la identificación con los demás, y así se acrece su caudal de amor. El deseo de reparar, tan íntimamente ligado al interés por el ser amado y a la ansiedad por su muerte, puede ahora expresarse en formas creadoras y constructivas. También en el psicoanálisis de adultos pueden observarse estos procesos y cambios.

He sugerido que cualquier fuente de alegría, belleza y enriquecimiento (externo o interno) representa para el inconsciente el pecho generoso y amante y el pene creador que en la fantasía posee cualidades similares: en esencia, los dos padres buenos y dadivosos. La relación con la naturaleza, que despierta fuertes sentimientos de amor, reverencia, admiración y devoción, tiene mucho en común con la relación con la madre, como siempre lo han reconocido los poetas. Los múltiples dones naturales son equiparados a los que hemos recibido de nuestra madre en los primeros tiempos de la vida. Pero no siempre nos han satisfecho. Muchas veces nos pareció mezquina y frustradora, aspectos que también se reviven en la relación con la naturaleza, que a menudo no está dispuesta a dar.

La satisfacción de las necesidades de autoconservación y la gratificación del deseo de amor permanecen eternamente ligados entre sí, ya que al principio ambas provenían de una misma fuente. La primera seguridad nos fue proporcionada por nuestra madre, que no sólo nos calmó los tormentos del hambre, sino que también nos satisfizo emocionalmente y alivió nuestra ansiedad. Por lo tanto, la seguridad derivada de la satisfacción de nuestras necesidades básicas se vincula a la seguridad afectiva, y la importancia de ambas se agranda, pues contrarrestan los primeros temores de perder a la madre amada. Tener asegurada la subsistencia en la fantasía inconsciente significa también no estar privado de amor y no haber perdido a la madre. El hombre que se queda sin trabajo y lucha por encontrar empleo tiene en mente, por sobre todo, sus necesidades materiales. No trato de subestimar los sufrimientos y penurias reales, directos e indirectos, que la pobreza provoca, pero la situación auténticamente dolorosa se hace más acerba por el infortunio y la desesperación que resurgen de tempranas experiencias emocionales, cuando lo acosaba el hambre porque la madre no satisfacía sus necesidades, y temía perderla y verse privado de amor y protección.¹⁰ La falta de trabajo le impide también expresar sus tendencias constructivas que constituyen un método fundamental de manejar temores inconscientes y sentimientos de culpa, o sea, de hacer reparación. La dureza de las circunstancias —aunque pueda ser en parte consecuencia de un sistema social insatisfactorio que justificaría que el miserable achacara a otros la culpa de su situación— tiene algo en común con la inexorabilidad

¹⁰ He descubierto frecuentemente, en el psicoanálisis de niños —en grados variables—, temores de que los echen de su casa como castigo por la agresión inconsciente (deseos de echar a otros) y por daños reales que hayan cometido. Esta ansiedad se implanta muy temprano y puede ejercer una intensa presión sobre la mente del niño. Un caso especial es el temor a ser un pobre huérfano o un pordiosero y no tener casa ni comida. Estos temores al desamparo eran en los niños que he observado, completamente independientes de la situación financiera de los padres. Posteriormente en la vida, los temores de esta naturaleza tienen el efecto de aumentar las dificultades reales que surgen de situaciones como pérdida de dinero, de una casa o del trabajo, añadiendo un elemento de desesperación amarga y profunda.

que los niños, bajo la presión de la ansiedad, atribuyen a los padres temidos. En cambio, la ayuda material o moral proporcionada a los pobres o a los desocupados, además de su valor real, inconscientemente les prueba la existencia de padres cariñosos.

Volvamos a la relación con la naturaleza. En algunas regiones del mundo la naturaleza es cruel y destructiva. Sin embargo, los habitantes no renuncian a su suelo, sino que desafían los elementos, sequías, inundaciones, heladas, calor, terremotos, plagas. Es cierto que las circunstancias externas desempeñan un papel importante, pues esta gente tenaz tal vez no pueda marcharse del lugar donde ha nacido. Sin embargo, no me parece que esto baste para explicar por qué se soportan tales penurias para conservar la tierra natal. Para los que viven en condiciones naturales tan arduas la lucha por la subsistencia sirve también para otros propósitos (inconscientes). La naturaleza representa para ellos una madre exigente y regañona cuyos dones deben serle extraídos a la fuerza, lo cual reedita las primeras fantasías violentas (aunque en forma sublimada y socialmente adaptada). Habiendo sentido culpa inconsciente por la agresión contra su madre, el hombre comprendía que ella fuera ruda con él; lo comprende aún ahora inconscientemente, en relación con la naturaleza. Este sentimiento de culpa actúa como incentivo para la reparación. La lucha contra la naturaleza se siente en parte como una lucha "para preservar la naturaleza", porque expresa también el deseo de reparar a la madre. De este modo, los que luchan contra los rigores naturales no sólo lo hacen en su propio beneficio sino que también sirven a la naturaleza. Al mantener su conexión con ella mantienen viva la imagen de la madre de antaño. En la fantasía, la protegen y se protegen permaneciendo unidos a ella. En la realidad, mediante el apego a su país. En cambio, el explorador busca en la fantasía una nueva madre para reemplazar a la real, de la que se siente apartado o que inconscientemente teme perder.

Relaciones consigo mismo y con los demás

He tratado en estos capítulos algunos aspectos del amor y de las relaciones con los demás. No puedo, con todo, concluir sin intentar echar alguna luz sobre la más complicada de todas las relaciones: la que mantenemos con nosotros mismos. Pero, ¿qué somos nosotros? Todo lo bueno y lo malo que hemos pasado desde los primeros días; todo lo que hemos recibido del mundo externo, y sentido en el mundo interno; experiencias felices y desdichadas, vínculos con la gente, actividades, intereses y pensamientos de todo tipo, es decir, todo lo que hemos vivido forma parte de nosotros y construye nuestra personalidad. Si algunas de nuestras relaciones pasadas, con todos los recuerdos que traen, con la riqueza de sentimientos que suscitan, pudieran ser súbitamente barridas de nuestra mente ¡qué pobres y va-

cios nos sentiríamos! ¡Cuánto se perdería del amor, confianza, placer, consuelo y gratitud que hemos brindado y recibido! Muchos no quisiéramos siquiera haber evitado las experiencias dolorosas, porque han contribuido al enriquecimiento de nuestra personalidad. Me he referido ya varias veces en este artículo a la influencia de nuestras primeras relaciones sobre las siguientes. Quisiera ahora demostrar la fundamental gravitación de las tempranas situaciones emocionales sobre nuestras relaciones con "nosotros mismos". Nuestra mente guarda como reliquias a los seres que amamos. En momentos difíciles sentimos a veces que ellos nos guían. De pronto se nos ocurre preguntarnos cómo habrían actuado "ellos" y si aprobarían o no nuestros actos. Por lo que he dicho podemos concluir que las personas a quienes así consideramos representan en esencia a los padres admirados y amados. Hemos visto, no obstante, que de ningún modo es fácil para el niño establecer con ellos relaciones armoniosas y que los primeros lazos de amor se ven seriamente inhibidos y perturbados por el odio y el concomitante sentimiento inconsciente de culpa. Es cierto que los padres pueden haber carecido de amor y comprensión, lo cual tendería a aumentar todas las dificultades. Los impulsos y fantasías destructivos, los temores y la desconfianza, que en cierta medida se hallan siempre activos, aun en las circunstancias más propicias, se incrementan innecesariamente si las condiciones son desfavorables y las experiencias desagradables. Además, lo que es también muy importante, es que si al niño no se le da bastante felicidad en la primera etapa de su vida, quedará perturbada su capacidad para desarrollar una actitud optimista, amor y confianza en los demás. No debe, sin embargo, deducirse que la capacidad de amar y ser feliz responde en proporción directa a la cantidad de amor que se haya recibido. En realidad, hay niños que configuran en su inconsciente imágenes paternas extremadamente duras y severas (lo que perturba su relación con los padres reales y con la gente en general) aunque hayan tenido padres buenos y cariñosos. Por otra parte, las dificultades mentales del niño no están frecuentemente en proporción con el trato desfavorable que puedan haber sufrido. Si por razones internas, que desde el principio varían en cada individuo, existe escasa capacidad para tolerar la frustración, y si la agresión, temores y sentimientos de culpa son muy intensos, la mente infantil puede exagerar y deformar grotescamente los defectos de los padres y en especial la intención que determina sus errores. De este modo, los padres y otras personas de su ambiente serán juzgados predominantemente duros y severos. Nuestro propio odio, temor y desconfianza tienden a crear en el inconsciente figuras paternas terribles y exigentes. Estos procesos se encuentran, en diverso grado, activos en todos, ya que todos tenemos que luchar, con mayor o menor intensidad y en un sentido o en otro, con sentimientos de odio y temor. Vemos así que las "cantidades" de impulsos agresivos, temores y sentimientos de culpa (que parcialmente surgen de razones internas) guardan una

relación importante con la actitud mental predominante que asumimos.

En contraste con niños que, en respuesta a un trato desfavorable, desarrollan en su inconsciente figuras paternas duras y severas, que afectan desastrosamente su perspectiva mental, en muchos otros los errores o la falta de comprensión de los padres producen consecuencias menos adversas. Los niños que, por razones internas, son desde el comienzo mucho más capaces de soportar las frustraciones (ya sean evitables o inevitables), es decir, que puedan hacerlo sin exceso de odio y sospechas, serán más tolerantes con los errores que los padres cometan al tratarlos. Podrán confiar más en sus propios sentimientos amistosos y, por lo tanto, al tener más autoseguridad serán menos susceptibles a lo que provenga del mundo externo. Ninguna mente infantil se encuentra libre de temores y sospechas, pero si la relación con los padres está basada sobre todo en la confianza y el amor, éstos podrán ser establecidos firmemente en la mente como figuras mentoras y benéficas, las que serán fuente de bienestar y armonía y prototipo de todas las relaciones amistosas de la vida futura.

He tratado de aclarar algo sobre las relaciones adultas señalando que, con ciertas personas, nos conducimos como nuestros padres lo hacían con nosotros, o bien como hubiésemos deseado que se comportasen, invirtiendo de esta manera las primeras situaciones. Asimismo, en algunos casos, nuestra actitud es la del niño afectuoso con sus padres. Esta relación recíproca niño-padre, que manifestamos frente a los demás, también *es experimentada internamente ante las figuras benéficas y mentoras que conservamos en la mente*. Inconscientemente, consideramos a los seres que forman parte de nuestro mundo interno como padres afectuosos y protectores y les retribuimos su amor; nos sentimos hacia ellos como padres. Estas relaciones fantaseadas, basadas en experiencias y recuerdos reales, integran nuestra continua y activa vida afectiva e imaginativa y contribuyen a darnos felicidad y fuerza mental. En cambio, si las figuras paternas que conservamos en los sentimientos y en el inconsciente son predominantemente duras, no lograremos estar en paz con nosotros mismos. Es harto sabido que una conciencia demasiado severa ocasiona desdicha y preocupación. Es menos sabido, pero comprobado por los descubrimientos psicoanalíticos, que la presión de las fantasías de lucha interna y los temores con ellas conectados, se hallan en el fondo de lo que reconocemos como conciencia vindicativa. Incidentalmente, estas tensiones y temores pueden expresarse en profundas perturbaciones mentales y conducir al suicidio.

He utilizado la extraña frase "relación con nosotros mismos". Quisiera ahora agregar que ésta es la relación de todo lo que apreciamos y amamos, con todo lo que odiamos en nosotros. He tratado de aclarar que la parte nuestra que apreciamos es la riqueza que hemos acumulado a través del contacto con otros seres, pues estos vínculos y las emociones que los acompañan han llegado a constituir

una posesión interna. Odiamos en nosotros las figuras duras y severas que también forman parte de nuestro mundo interno y que son en gran medida el resultado de nuestra propia agresión hacia nuestros padres. Sin embargo, en el fondo, lo que más violentamente odiamos es el odio interno en sí. Lo tememos tanto que nos vemos llevados a emplear una de nuestras más fuertes medidas de defensa, que consiste en ubicarlo en otros, o sea, proyectarlo. Pero también desplazamos amor hacia el mundo externo, y sólo podemos hacerlo genuinamente si hemos establecido buenas relaciones con figuras amistosas en nuestra mente, creando así un círculo benigno: en primer lugar brindamos amor y confianza a nuestros padres; luego los incorporamos a nosotros, por así decirlo, con todo ese caudal, y podemos de nuevo dar al mundo externo parte de esta riqueza de sentimientos positivos. El odio configura un círculo análogo pues, como hemos visto, erige figuras aterradoras en nuestra mente y entonces dotamos a los demás de cualidades desagradables y malas. Incidentalmente, esa actitud mental produce el efecto real de suscitar sospechas y desagrado en los demás, mientras que una actitud confiada y amistosa de nuestra parte tiende a provocar la confianza y la benevolencia ajenas.

Observamos que algunas personas, especialmente a medida que envejecen, se vuelven cada vez más desagradables. Otras en cambio, se suavizan y se hacen más comprensivas y tolerantes. Es bien sabido que tales variaciones no corresponden simplemente a las experiencias adversas o favorables que hayan tenido en la vida, sino que se deben a las diferencias de actitud y de carácter. De lo expuesto, podemos llegar a la conclusión de que la amargura, ya sea hacia la gente o hacia el destino —y por lo general abarca a ambos— se establece fundamentalmente en la niñez y puede reforzarse o intensificarse más tarde.

Si el amor no ha sido ahogado por el resentimiento, los pesares y el odio, sino que se ha consolidado internamente, la confianza en los demás y en nuestra propia bondad soporta como una roca los embates de la vida. Cuando surge el infortunio, la persona que se ha desarrollado de ese modo es capaz de preservar en sí a aquellos padres buenos cuyo amor constituye una ayuda infalible en la desdicha y volver a encontrar en el mundo personas que en su mente los reemplacen. La capacidad de invertir situaciones en la fantasía e identificarse con los demás —importante característica de la mente humana— permite al individuo otorgar a otros la ayuda y el amor que él mismo necesita, obteniendo de ese modo bienestar y satisfacción para sí.

Comencé por describir la situación emocional del lactante en su relación con la madre, fuente primera y fundamental de la bondad que recibe del mundo externo. Afirmé también que es un proceso extremadamente doloroso para el niño el privarse de la suprema satisfacción de ser alimentado por ella. Con todo, si su voracidad y su

resentimiento ante la frustración no son excesivos, puede éste desprenderse gradualmente de la madre y al mismo tiempo obtener satisfacción de otras fuentes. En su inconsciente los nuevos objetos de placer se eslabonan con las primeras gratificaciones recibidas de la madre. Puede por consecuencia, aceptar otros goces como sustitutos de los originales. Podría decirse que retiene la bondad primaria a la vez que la reemplaza, y cuanto más exitoso es ese proceso, menos apoyo tendrán en su mente la voracidad y el odio. Pero, como lo he señalado frecuentemente, los sentimientos inconscientes de culpa que derivan de la destrucción fantaseada del ser amado, desempeñan aquí un papel importante. Hemos visto que los sentimientos de culpa y pesar, provenientes de la fantasía agresiva y voraz de destruir a la madre, activan el impulso de curar estos daños imaginarios y repararla. Estas emociones actúan grandemente sobre el deseo y la capacidad infantiles de aceptar sustitutos maternos. Los sentimientos de culpa provocan el temor a depender de esta persona querida, cuya pérdida se recela, pues no bien surge la agresión el niño siente que está causándole daño. Este temor es un incentivo para desligarse, para volcarse en otras personas y cosas y agrandar así su círculo de intereses. Normalmente el impulso de reparar logra mantener a raya la desesperación suscitada por los sentimientos de culpa. En este caso, prevalecerá la esperanza; el amor y el deseo de reparación del niño serán inconscientemente extendidos a los nuevos objetos de amor e interés. Estos, como ya sabemos, se asocian en su mente con la primera persona amada, a quien vuelve a descubrir o crear a través de sus nuevas relaciones e intereses constructivos. En esta forma, la reparación —que es en parte inherente a la capacidad de amar— ensancha su ámbito, consolidando la posibilidad infantil de aceptar amor y de hacer suya, por varios medios, la bondad proveniente del mundo externo. Un equilibrio satisfactorio entre “dar” y “recibir” es condición primordial para la felicidad futura.

Si en nuestro temprano desarrollo hemos podido transferir interés y amor de nuestra madre a otras personas y hemos obtenido nuevas gratificaciones, entonces y sólo entonces, podremos en el futuro obtener placer de otras fuentes. Esto nos permite compensar, mediante un nuevo vínculo afectivo, los fracasos o engaños que sufrimos, bien como aceptar sustitutos para lo que no hemos logrado conseguir o conservar. Si la voracidad frustrada, el resentimiento y el odio no perturban la relación con el mundo externo, hay infinidad de modos de extraer de él belleza, bondad y amor. Al hacerlo, acrecentamos continuamente nuestro acervo de recuerdos felices y este acopio de valores nos da una seguridad difícil de vulnerar y un bienestar íntimo que aleja la amargura. Además del placer que proporcionan, estas satisfacciones tienen el efecto de mitigar las frustraciones (o mejor, el sentimiento de frustración) pasadas y presentes, incluso las primeras y fundamentales. Cuanto más satisfacción auténtica logremos, menor será nuestro resentimiento ante las privaciones y menos

nos dominarán la voracidad y el odio. Seremos entonces realmente capaces de aceptar de otros amor y bondad, de brindárselos y, en retribución, de recibir más aun. En otras palabras, la capacidad esencial de “dar y recibir” se desarrolla de tal manera que nos asegure satisfacciones y contribuye al placer, al bienestar o a la felicidad de otras personas.

Y para terminar, una buena relación consigo mismo condiciona el amor, la tolerancia y la buena disposición hacia los demás. En parte esta buena relación deriva, como intenté demostrar, de una actitud amistosa, comprensiva y afectuosa hacia los demás, o sea hacia aquellos que tanto significaron para nosotros en el pasado y cuyo vínculo con nosotros integra nuestra mente y personalidad. Si en lo más hondo del inconsciente logramos superar los rencores contra nuestros padres y perdonarles las frustraciones que debimos sufrir, podremos entonces vivir en paz con nosotros mismos y amar a otros en el verdadero sentido de la palabra.

20. EL DUELO Y SU RELACION CON LOS ESTADOS MANIACO-DEPRESIVOS¹

(1940)

Una parte esencial del trabajo de duelo, tal como lo señaló Freud en "Duelo y melancolía", es el juicio de realidad. Dice: "En la aflicción, explicamos este carácter, admitiendo un cierto lapso para la realización paulatina del mandato de la realidad, labor que devolvía al yo la libertad de su libido, desligándola del objeto perdido"². Y luego: "Cada uno de los recuerdos y esperanzas que constituyen un punto de enlace de la libido con el objeto, es sucesivamente sobrecargado, realizándose con él la sustracción de la libido. No nos es fácil indicar por qué la transacción que supone esta lenta y paulatina realización del mandato de la realidad, ha de ser tan dolorosa. Tampoco deja de ser singular que el doloroso displacer que trae consigo, nos parezca natural y lógico"³. Y en otro pasaje: "No nos es posible dar respuesta a esta objeción, que refleja nuestra impotencia para indicar con qué medios económicos lleva a cabo la aflicción su labor. Quizá pueda auxiliarnos aquí una nueva sospecha. La realidad impone a cada uno de los recuerdos y esperanzas que constituyen puntos de enlace de la libido con el objeto, su veredicto de que dicho objeto no existe ya, y el yo, situado ante la interrogación de si quiere compartir tal destino, se decide, bajo la influencia de las satisfacciones narcisistas de la vida, a abandonar su ligamen con el objeto

¹ Este artículo fue leído originariamente en París en 1938, durante el XV Congreso Internacional de Psicoanálisis. Fue luego revisado y ampliado en 1939 en el 60º Aniversario de Jones, en el *Int. J. Psycho-Anal.* Publicado luego en *Contribuciones al psicoanálisis* (1948a).

² "Duelo y melancolía", *O. C.*, 14.

³ *Ibid.*

destruido. Podemos, pues, suponer que este abandono se realiza tan lenta y paulatinamente, que al llegar a término, ha disipado el esfuerzo necesario para tal labor"⁴.

Desde mi punto de vista, hay una conexión entre el juicio de realidad en el duelo normal y los procesos mentales tempranos. Creo que el niño pasa por estados mentales comparables al duelo del adulto y que son estos tempranos duelos los que se reviven posteriormente en la vida, cuando se experimenta algo penoso. El método más importante para que el niño venza estos estados de duelo es, desde mi punto de vista, el juicio de realidad. Este proceso es, tal como Freud lo señaló, parte del trabajo de duelo.

En mi artículo "Contribución a la psicogénesis de los estados maniaco-depresivos",⁵ introduje el concepto de *posición depresiva infantil*, y mostré allí la conexión entre esta posición y los estados maniaco-depresivos. Ahora, para hacer más clara la relación entre la posición depresiva infantil y el duelo normal, me referiré primeramente a algunos de los conceptos que desarrollé en ese artículo y que ampliaré aquí.

En el curso de mi exposición trataré también de dar una contribución para una mayor comprensión de la conexión entre el duelo normal por una parte y el duelo patológico y los estados maniaco-depresivos por otra.

Dije que el niño experimenta sentimientos depresivos que llegan a su culminación antes, durante y después del destete. Este es un estado mental en el niño que denominé "posición depresiva" y sugiero que es una melancolía en *statu nascendi*. El objeto del duelo es el pecho de la madre y todo lo que el pecho y la leche han llegado a ser en la mente del niño: amor, bondad y seguridad. El niño siente que ha perdido todo esto y que esta pérdida es el resultado de su incontrolable voracidad y de sus propias fantasías e impulsos destructivos contra el pecho de la madre. Otros dolores en relación con esta pérdida inminente (en este momento de ambos padres) surge de la situación edípica que se instala tan tempranamente y que está tan íntimamente relacionada con las frustraciones del pecho que en sus comienzos está dominada por impulsos y temores orales. El círculo de los objetos amados que son atacados en la fantasía y cuya pérdida por lo tanto se teme, se amplía debido a la relación ambivalente del niño con sus hermanos y hermanas. La agresión fantaseada contra hermanos y hermanas a los que se ataca en el interior del cuerpo de la madre hacen también surgir sentimientos de culpa y pérdida. El dolor y la preocupación por la pérdida temida de los "objetos buenos", es decir, la posición depresiva, es, según mi experiencia, la fuente más profunda de los conflictos dolorosos en la situación edípica, así

⁴ *Ibid.*

⁵ Este artículo es la continuación de aquél, y mucho de lo que hoy afirmo se basará en las conclusiones a las que he llegado allí.

como en las relaciones de todo niño con su medio ambiente general.

En el desarrollo normal estos sentimientos de dolor, aflicción y temores, se vencen mediante varios métodos.

Junto con la relación del niño, primero con su madre y pronto con el padre y otras personas, se produce el proceso de internalización que he subrayado tanto en mi obra. El niño, al incorporar a sus padres, los siente como personas vivas dentro de su cuerpo, del modo concreto en que él experimenta estas fantasías inconscientes. Ellas son, en su mente, objetos "internos" o "internalizados", tal como los he denominado. Así se edifica un mundo interno en la mente inconsciente del niño, correspondiendo a las experiencias reales y a las experiencias del mundo exterior, aunque alterado por sus propias fantasías e impulsos. Si lo que rodea al niño es predominantemente un mundo de personas en paz unas con otras y con su yo, resulta de esto una integración, una armonía interior y un sentimiento de seguridad.

Hay una constante interacción entre las ansiedades relacionadas con la madre "externa" —tal como la he denominado, en contraste con la madre interna— y las que se relacionan con la madre "interna". Los métodos usados por el yo para tratar con estos dos grupos de ansiedades también están correlacionados íntimamente. En la mente del niño la madre "interna" está ligada a la "externa" de la que es un "doble", aunque alterado por los procesos de internalización; es decir, su imagen está influida por sus fantasías y por los estímulos y experiencias internas de toda clase. Cuando las situaciones externas se internalizan —y sostengo que es así desde los primeros días de vida en adelante— siguen este mismo patrón: se hacen "dobles" de las situaciones reales y son luego alteradas por las mismas razones. El hecho de que estos objetos internalizados, personas, cosas, situaciones y acontecimientos —el total mundo interno del niño que se está construyendo— se haga inaccesible a la observación exacta del niño y a su discernimiento y no pueda ser verificado por los medios de percepción de que dispone en relación con el mundo externo, tangible y palpable, tiene una gran importancia en la naturaleza fantaseada de su mundo interno. Las dudas, incertidumbres y ansiedades consiguientes, actúan en el niño pequeño como un continuo incentivo para observar los objetos del mundo externo —mundo del cual surge su mundo interno— y adquirir seguridad sobre ellos ⁶ para poder así comprender mejor lo interno. La madre que él ve, la madre real, le da así pruebas continuas de cómo es la "interna", de si lo quiere o está enojada, de si lo ampara o si es vengativa. La extensión en la que la realidad externa es capaz de refutar

⁶ Sólo me referiré aquí de paso a la importancia de esta ansiedad como impulsora de toda clase de intereses y sublimaciones. Si estas ansiedades son excesivas, pueden interferir o aun detener el desarrollo intelectual. (Véase cap. 14, "Una contribución a la teoría de la inhibición intelectual".)

ansiedades y penas en relación con la realidad interna varía en cada individuo pero puede ser tomada como un criterio para juzgar la normalidad.

En niños que están en tal forma dominados por su mundo interno que sus ansiedades no pueden ser suficientemente refutadas y contrarrestadas aun por los aspectos agradables de sus relaciones con la gente, son inevitables serios trastornos mentales. Por otra parte, una cierta cantidad de acontecimientos displacientes son importantes en el juicio de realidad, si el niño, venciendo, siente que puede retener sus objetos así como el amor de ellos y el suyo por ellos, y así preservar o restablecer la vida interna y la armonía frente a peligros. Todas las alegrías que el niño vive a través de su relación con la madre, son pruebas para él de que los objetos amados, *dentro y fuera de su cuerpo*, no están dañados y no se transformarán en personas vengadoras. El aumento de amor y confianza y la disminución de los temores a través de experiencias felices, ayuda al niño paso a paso a vencer su depresión y sentimiento de pérdida (duelo). Lo capacitan para probar su realidad interior por medio de la realidad externa. Al ser amado y a través de la alegría y comodidad que experimenta en la relación con el mundo, se fortalece su confianza en su propia bondad, así como en la de las personas que lo rodean, aumenta su esperanza de que los objetos buenos y su propio yo puedan salvarse y preservarse, y disminuye al mismo tiempo su ambivalencia y sus temores a la destrucción del mundo interno. Las experiencias desagradables y la falta de experiencias gratas, en el niño pequeño, especialmente la falta de alegría y contacto íntimo con los seres amados aumenta la ambivalencia, disminuye la confianza y la esperanza y confirma sus ansiedades sobre la aniquilación interna y la persecución externa; además, lentifica y a veces detiene permanentemente el proceso beneficioso a través del cual, a la larga, se logra una seguridad interior.

En el proceso de adquisición de conocimientos cada nueva experiencia debe ajustarse a los moldes suministrados por la realidad psíquica que prevalece en el momento; y al mismo tiempo, la realidad psíquica del niño está influida gradualmente por cada paso en el conocimiento progresivo de la realidad exterior. Cada uno de estos pasos es paralelo al establecimiento cada vez más firme de sus objetos "internos" buenos, y es utilizado por el yo como medio de vencer su posición depresiva.

En otras ocasiones he expresado mi opinión de que todo niño experimenta ansiedades que son de contenido psicótico, ⁷ y de que la neurosis infantil ⁸ es el medio normal de tratar y modificar estas an-

⁷ *El psicoanálisis de niños* (en particular cap. 8).

⁸ En ese libro, al referirme a mi punto de vista de que cada niño pasa por una neurosis que varía sólo en grado de un individuo a otro, agregué: "Este punto de vista que he mantenido hace ya muchos años, ha recibido hoy una confirmación valiosa".

siedades. Como resultado de mi trabajo sobre la posición depresiva infantil, puedo ratificar esta afirmación con más exactitud, ya que me ha llevado a la creencia de que es la posición central en el desarrollo del niño. En la neurosis infantil se expresan las primeras posiciones depresivas, se elaboran y gradualmente se superan; y ésta es una parte importante del proceso de organización e integración, la cual, junto con el desarrollo sexual⁹ caracteriza los primeros años de vida. Normalmente, el niño pasa a través de una neurosis infantil y entre otros acontecimientos llega paso a paso a una buena relación con la gente y con la realidad. Sostengo que una buena relación con el mundo depende del éxito logrado en la lucha contra el caos interior (la posición depresiva) y en haber establecido con seguridad objetos "buenos" internos.

Ahora consideraremos más detenidamente los métodos y mecanismos a través de los cuales se logra este desarrollo.

En el niño los procesos de introyección y proyección —ya que son dominados por la agresión y ansiedades que se refuerzan unas a las otras—, conducen a temores de persecución de objetos terroríficos; a estos miedos se agrega el temor a la pérdida de los objetos amados y es así como surge la posición depresiva. Cuando al principio introduje el concepto de posición depresiva, sugerí que la introyección de todos los objetos amados hace surgir la preocupación y el dolor por temor de que estos objetos puedan ser destruidos (por los objetos "malos" y el ello) y de que estos sentimientos penosos y temores agregados a los temores paranoides y sus defensas, constituyen la posición depresiva. De este modo existen dos grupos de temores, sentimientos y defensas, que no obstante su variación y el estar ligados los unos a los otros, pueden, con propósitos teóricos, aislarse unos de otros. Los sentimientos y fantasías del primer grupo son persecutorios y están caracterizados por temores relacionados con la destrucción del yo por perseguidores internos. La defensa contra estos temores es predominantemente la destrucción de los perseguidores por métodos secretos y violentos. He tratado estos miedos y defensas en detalle en otros artículos. Los sentimientos del segundo grupo que conducen a la posición depresiva los he descrito anteriormente pero sin denominarlos. Propongo usar para estos sentimientos de pena e

En *¿Pueden los legos ejercer el análisis?* Freud sostiene: "Desde que estamos aprendiendo a ver más claro, nos inclinamos a afirmar que la aparición de una neurosis en la infancia no es la excepción, sino la regla. Pareciera algo inevitable en el curso del desarrollo que va desde la disposición infantil a la vida del adulto".

⁹ En todo momento los sentimientos, temores y defensas del niño están ligados con los deseos libidinales y las fijaciones, y el resultado de su desarrollo sexual en la infancia depende siempre del proceso que describo en este artículo. Creo que tenemos un nuevo enfoque sobre el desarrollo libidinal del niño si lo consideramos en su conexión con la posición depresiva y con las defensas contra esta posición. Es éste un tema de tal importancia, que necesita ser tratado ampliamente y que va más allá del alcance de este artículo.

inquietud por los objetos amados, para los temores de perderlos y el ansia de reconquistarlos, una palabra simple, derivada del lenguaje diario, "penar" (*pinning*) por los objetos amados. En resumen, la persecución (por los objetos "malos") y las defensas características contra ella, por una parte, y el penar por los objetos amados ("buenos"), por la otra, constituye la posición depresiva.

Cuando surge la posición depresiva, el yo está forzado a desarrollar (además de las defensas tempranas) métodos defensivos que se dirigen esencialmente contra el "penar" por el objeto amado. Esto es fundamental en la total organización del yo. Anteriormente denominé a algunos de estos métodos *defensas mantacas* o *posición mantaca*, debido a su relación con la psicosis maniaco-depresiva.¹⁰

Las fluctuaciones entre la posición depresiva y la maníaca son parte esencial del desarrollo normal. El yo está conducido por ansiedades depresivas (ansiedad por miedo a que tanto él como los objetos amados sean destruidos) a construir fantasías omnipotentes y violentas, en parte con el propósito de controlar y dominar los objetos "malos", peligrosos, y en parte para salvar y restaurar los objetos amados. Desde el comienzo mismo, estas fantasías omnipotentes, tanto las destructivas como las de restauración, estimulan todas las actividades, intereses y sublimaciones del niño y entran en ellos. En el niño, el carácter externo, tanto de sus fantasías sádicas como de las constructivas, corresponde tanto a la maldad extrema de sus perseguidores como a la extrema perfección de sus objetos "buenos".¹¹ La idealización es una parte esencial de la posición maníaca y está ligada con otro elemento importante de esta posición, es decir la negación. Sin una negación parcial y temporaria de la realidad psíquica, el yo no podría soportar el desastre por el que él mismo se siente amenazado cuando la posición depresiva llega a su cúspide. La omnipotencia, la negación y la idealización, íntimamente ligadas con la ambivalencia, permiten al yo temprano afirmarse en cierto

¹⁰ "Contribución a la psicogénesis de los relatos maniaco-depresivos" (cap. 14).

¹¹ He señalado muchas veces (y por primera vez en "Estadios tempranos del conflicto edípico") que el miedo a perseguidores "malos" fantaseados y la creencia en objetos "buenos" fantaseados están ligados entre sí. La idealización es un proceso esencial en la mente del niño, ya que no puede de otro modo hacer frente a los miedos de persecución (como resultado de su propio odio). Mientras no se han aliviado suficientemente las ansiedades mediante experiencias que incrementen el amor y la confianza, no es posible establecer el proceso tan importante de juntar los varios aspectos de los objetos (externos, internos, "buenos", "malos", amados y odiados) y así mitigar el odio por el amor, lo que significa una disminución de la ambivalencia. Mientras opera con fuerza la separación de estos aspectos antagónicos, sentidos en el inconsciente como *objetos* antagónicos, permanecen tan divorciados los sentimientos de odio y amor que el amor no puede mitigar el odio.

La fuga hacia los objetos "buenos" internalizados, que Melitta Schmeideberg (1930) ha encontrado como un mecanismo fundamental en la esquizofrenia, entra también en el proceso de idealización al que recurre normalmente el niño durante sus ansiedades depresivas. Melitta Schmeideberg ha señalado siempre la conexión entre la idealización y la desconfianza ante el objeto.

grado contra los perseguidores internos y contra la dependencia peligrosa y esclavizante de sus objetos amados y así progresar más en su desarrollo. Aquí citaré un pasaje de mi artículo "Psicogénesis de los estados maniaco-depresivos" de este mismo libro.

"En las fases tempranas, los perseguidores y los objetos buenos (pechos) son mantenidos aparte en la mente del niño. Cuando junto con la introyección de los objetos reales y totales llega a unirlos, el yo recurre a un mecanismo tan importante para el desarrollo de las relaciones de objeto, como es la disociación de las *imágenes* en amadas y odiadas, es decir, en malas y buenas. Se podría pensar que es en este punto que la ambivalencia —que después de todo se refiere a las relaciones de objeto, es decir a los objetos reales y totales— se instala. La ambivalencia realizada en una disociación de *imágenes*, capacita al niño para ganar más y más seguridad, confianza y creencia en sus objetos reales y de este modo en los internos, a quererlos más y a llevar a cabo en mayor grado sus fantasías de restauración de sus objetos amados. Al mismo tiempo, las ansiedades paranoides y las defensas, se dirigen contra los objetos 'malos'. El apoyo que el yo logra de un objeto real 'bueno' se incrementa por un mecanismo de huida que alternativamente se dirige hacia los objetos buenos externos o internos. (Idealización.)

"Parece que en esta fase del desarrollo la unificación de los objetos externos e internos, amados y odiados, reales o imaginarios, se lleva a cabo en tal forma que cada paso hacia la unificación conduce otra vez a una renovada disociación de las *imágenes*. Pero como la adaptación al mundo externo aumenta, esta disociación se realiza en planos cada vez más cercanos a la realidad. Esto continúa hasta que se afirma bien el amor hacia los objetos reales internalizados y la confianza en ellos. De ahí que la ambivalencia que es en parte una salvaguardia contra su propio odio y contra los objetos odiados y terroríficos, vaya disminuyendo en grados variables durante el desarrollo normal" (véase nota 10).

Como ya queda dicho, en las fantasías tempranas, tanto destructivas como de reparación, prevalece la omnipotencia e influye sobre las sublimaciones, tanto como sobre las relaciones de objeto. Por otra parte, en el inconsciente, la omnipotencia está tan íntimamente ligada a los impulsos sádicos, con los que estuvo asociada al principio, que el niño siente una y otra vez que sus intentos de reparación no han tenido o no tendrán éxito. Siente que sus impulsos sádicos pueden dominarlo fácilmente. El niño pequeño, que no puede confiar suficientemente en sus sentimientos constructivos y de reparación como hemos visto, recurre a la omnipotencia maniaca. Por esta razón, en una fase temprana del desarrollo, el yo no tiene a su disposición métodos adecuados para tratar con eficiencia su culpa y ansiedad. Todo esto conduce al niño a la necesidad —y en cierto sentido al adulto también— de repetir ciertos actos de un modo obsesivo (desde mi punto de vista esto es parte de la compulsión a la repeti-

ción),¹² o de recurrir a un método de contraste, es decir, omnipotencia y negación. Cuando fracasan las defensas maniacas —defensas en las cuales los diversos peligros son negados o disminuidos de un modo omnipotente— el yo se ve conducido alternativa o simultáneamente a combatir los temores de deterioro y desintegración mediante intentos de reparación realizados de un modo obsesivo. He descrito en otra parte¹³ mi conclusión de que los mecanismos obsesivos son una defensa contra las ansiedades paranoides, tanto como medios de modificarlas, y aquí sólo mostraré brevemente la conexión entre los mecanismos obsesivos y las defensas maniacas en relación con la posición depresiva en el desarrollo normal.

El hecho de que las defensas maniacas operen en tan íntima conexión con las obsesivas, contribuye al miedo del yo de que los intentos de reparación por mecanismos obsesivos también fracasen. El deseo de controlar el objeto, la gratificación sádica de vencerlo y humillarlo, de dominarlo, el *triunfo* sobre él, pueden entrar tan intensamente en el acto de reparación (realizado por pensamientos, actividades o sublimaciones), que se rompa el círculo "benigno" comenzado por este acto. Los objetos que deben ser restaurados se transforman en perseguidores y a su vez se reviven los temores paranoides. Estos temores refuerzan los mecanismos de defensa paranoides (de destruir el objeto) tanto como los mecanismos maniacos (de controlarlos o de mantenerlos continuamente en acción, etc.). La reparación progresiva se perturba de este modo —o aun se hace nula— de acuerdo con la medida en que actúen estos mecanismos.

Como resultado del fracaso del acto de reparación el yo debe recurrir repetidamente a mecanismos de defensa obsesivos y maniacos.

Cuando en el curso del desarrollo normal se ha logrado un cierto equilibrio entre amor y odio, y se han unificado los diversos aspectos del objeto, se logra también un cierto equilibrio entre estos métodos tan antagónicos y tan íntimamente conectados y se disminuye su intensidad. En este sentido quiero subrayar la importancia del triunfo, íntimamente ligado con el menosprecio y subrayar la omnipotencia como factor de la posición maniaca. Sabemos la parte que desempeña la rivalidad en el deseo ardiente del niño de equiparar sus logros al de los adultos. Además de la rivalidad, su deseo, aunque con miedo, de superar sus deficiencias (en último término vencer su destructividad y sus malos objetos internos y ser capaz de controlarlos) es un incentivo para todos sus logros. En mi experiencia, el deseo de invertir la relación niño-padre, de vencer el poder de los padres y de triunfar sobre ellos va siempre en cierta medida asociado con deseos dirigidos hacia el logro del éxito. El niño fantasea que llegará un momento en que él será fuerte, grande, poderoso, rico y potente, y en que el padre y la madre se transformarán en niños indefensos o, en otras fanta-

¹² *El psicoanálisis de niños.*

¹³ *Ibid.*, cap. 9.

sías, en personas muy viejas, débiles, pobres o rechazadas. El triunfo sobre sus padres, a través de estas fantasías, por la culpa que origina, a menudo malogra todas sus conquistas. Muchos seres no pueden alcanzar el éxito, porque tenerlo significa para ellos humillar o dañar a otro, en primer lugar, el triunfo sobre los padres, hermanos y hermanas. Los esfuerzos por conseguir algo pueden ser de naturaleza muy constructiva, pero el triunfo implícito y la injuria y daño subsiguientes sobre el objeto pueden sobrepasar sus propósitos en la mente del sujeto e impedirle así su logro. El resultado es que la reparación de los objetos amados que en las más profundas capas mentales son los mismos sobre los que se triunfa, se frustra nuevamente, y de este modo la culpa permanece sin alivio. El triunfo del sujeto sobre sus objetos implica su deseo de triunfar sobre ellos y le conduce así a la desconfianza y a sentimientos de persecución. Puede seguir a esto una depresión o un aumento en las defensas maniáticas y un más violento control de sus objetos desde que él ha fracasado en reconciliarlos, restaurarlos o mejorarlos, y de este modo vuelven a tomar la delantera sentimientos de persecución. Todo esto influye mucho en la posición depresiva infantil, y en el fracaso o el éxito del yo para vencerla. El triunfo sobre los objetos internos que el yo del niño controla, humilla y tortura, es una parte del aspecto destructivo de la posición maniaca que perturba la reparación o la recreación de su mundo interno o de la paz y armonía internas; y de este modo el triunfo estorba el trabajo del duelo temprano.

Para ilustrar este proceso de desarrollo, consideremos algunos hechos observables en sujetos hipomaniacos. Una característica de los sujetos hipomaniacos frente a las personas, principios y acontecimientos, es su tendencia a la valoración exagerada: a la sobreadmiración (idealización) o desprecio (desvalorización). Junto a ello va su tendencia a concebir todo en gran escala, a pensar en *cantidades grandes*, todo esto de acuerdo con la magnitud de su omnipotencia, mediante la cual se defienden contra el miedo a la pérdida de un objeto irremplazable, su madre, núcleo de todo su duelo. Su tendencia a disminuir la importancia de los detalles, los números pequeños, y su descuido frecuente de detalles y de la escrupulosidad, contrasta profundamente con sus métodos meticulosos de concentración en las cosas pequeñas (Freud) que forman parte de sus mecanismos obsesivos.

Este desprecio, por otra parte, se basa en cierta medida en la negación. El sujeto debe negar su impulso a hacer una reparación detallada y general, porque debe negar la causa de esta reparación, es decir, la injuria del objeto y la culpa y pena consiguientes.

Volviendo al curso del desarrollo temprano, diré que cada paso en el desarrollo emocional, intelectual y físico es utilizado por el yo como medio de vencer la posición depresiva. La habilidad creciente del niño, sus dotes y destrezas, aumentan su creencia en la realidad psíquica de sus tendencias constructivas y en su capacidad de domi-

nar y controlar sus impulsos hostiles tanto como sus objetos internos "malos". De este modo se alivia la ansiedad de las diferentes fuentes y resulta una disminución de la agresión y a su vez de sus sospechas frente a los objetos malos internos y externos.

El yo fortalecido, junto a una mayor confianza en el mundo, lo ayuda a dar un paso más en la unificación de sus *imágenes* —externas como internas, amadas y odiadas— y hacia una futura mitigación del odio por medio del amor y de este modo a un proceso general de integración.

Cuando aumenta la creencia y confianza del niño en su capacidad de amor, en sus poderes de reparación y en la integración y seguridad de su mundo interno bueno, como resultado de las pruebas y contrapruebas constantes y múltiples que ha logrado a través de las pruebas de la realidad externa, disminuye la omnipotencia maniaca y la naturaleza obsesiva de sus tendencias de reparación, lo que significa en general que se ha superado la neurosis infantil.

Conectaré ahora la posición depresiva infantil con el duelo normal.

En el duelo de un sujeto, la pena por la pérdida real de la persona amada está en gran parte aumentada, según pienso, por las fantasías inconscientes de haber perdido también los objetos "buenos" *internos*.

Se siente así que predominan los objetos internos "malos", y que su mundo interno está en peligro de desgarrarse. Sabemos que en el sujeto en duelo, la pérdida de la persona amada lo conduce hacia un impulso de reinstalar en el yo este objeto amado perdido (Freud y Abraham). Desde mi punto de vista, no solamente acoge dentro de sí a la persona que ha perdido (la reincorpora), sino que también reinstala sus objetos buenos internalizados (en última instancia sus padres amados), que se hicieron parte de su mundo interno desde las fases tempranas de su desarrollo en adelante. Siempre que se experimenta la pérdida de la persona amada, esta experiencia conduce a la sensación de estar destruido. Se reactiva entonces la posición depresiva temprana y —junto con sus ansiedades, culpa, sentimiento de pérdida y dolor derivados de la situación frente al pecho— toda la situación edípica, desde todas sus fuentes. Entre todas estas emociones, se reavivan en las capas mentales más profundas los temores a ser robado y castigado por los padres temidos, es decir, todos los temores de persecución.

Por ejemplo, una madre frente a la muerte del hijo, no sólo siente dolor y pena, sino también se reactivan y se confirman en ella sus temores tempranos de ser robada por una madre mala, vengativa. Sus propias fantasías tempranas agresivas de robar los hijos a la madre, hicieron surgir temores y sentimientos de ser castigada, que fortalecen la ambivalencia y la conducen a odiar y desconfiar de los otros. El incremento de los sentimientos de persecución en esta fase del duelo es tanto más doloroso, ya que como resultado de un aumento

de la ambivalencia y la desconfianza, las relaciones amistosas con las gentes, que podrían serle tan útiles, están obstaculizadas.

El dolor experimentado en el lento proceso del juicio de realidad durante la labor de duelo, parece deberse en parte, no sólo a la necesidad de renovar los vínculos con el mundo externo y así continuamente reexperimentar la pérdida, sino al mismo tiempo y por medio de ello, reconstruir ansiosamente el mundo interno que se siente en peligro de deterioro y desastre.¹⁴ Cuando el niño pasa a través de la posición depresiva, lucha en su inconsciente con la tarea de establecer e integrar el mundo interno, del mismo modo que el sujeto en duelo sufre con el restablecimiento y la reintegración de este mundo.

Durante el duelo formal se reactivan las tempranas ansiedades psicóticas. El sujeto en duelo es realmente un enfermo, pero como este estado mental es común y nos parece natural, no llamamos enfermedad al duelo. (Por las mismas razones, hace muy pocos años, no hablábamos de neurosis infantiles en los niños normales.) Con más precisión, diré que el sujeto en duelo atraviesa por un estado maniaco-depresivo modificado y transitorio, y lo vence, repitiendo en diferentes circunstancias y por diferentes manifestaciones los procesos por los que atraviesa el niño en su desarrollo temprano.

El mayor peligro para el sujeto en duelo es la vuelta contra sí mismo del odio hacia la persona amada perdida. Una de las formas en que se expresa el odio en la situación de duelo, son los sentimientos de triunfo sobre la persona muerta. En la primera parte de este artículo me referí al triunfo como una parte de la posición maniaca en el desarrollo infantil. Los deseos de muerte del niño contra los padres, hermanos y hermanas se cumplen cuando alguien muere, porque necesariamente en un cierto sentido representan figuras importantes tempranas y de ahí que se cargan con los sentimientos correspondientes a aquéllas. Así la muerte, aunque frustre por otras razones, es sentida en cierto modo como una victoria; origina un triunfo y de ahí el aumento de la culpabilidad.

En este punto difiere de Freud, que dice: "La aflicción normal supera también la pérdida del objeto y absorbe igualmente todas las energías del yo. Mas ¿por qué no surge en ella ni el más leve indicio de la condición económica necesaria para la emergencia de una fase de triunfo consecutiva a su término? No nos es posible dar respuesta a esta objeción".¹⁵

En mi experiencia el sentimiento de triunfo está ligado inevitablemente con el duelo normal y tiene el efecto de retardar el trabajo de

¹⁴ Encuentro que estos hechos contestan el interrogante de Freud, que transcribo al comienzo de este artículo: "No es fácil indicar por qué la transacción que supone esta lenta y paulatina realización del mandato de la realidad, ha de ser tan dolorosa. Tampoco deja de ser singular que el doloroso *displacer* que trae consigo nos parezca natural".

¹⁵ Freud, S.: "Duelo y melancolía", *O.C.*, 14.

duelo y más aun contribuye mucho a las dificultades y pena que experimenta el sujeto en duelo. Cuando en el sujeto en duelo domina el odio hacia el objeto amado perdido, esto no sólo transforma a la persona amada perdida en un perseguidor, sino que hace tambalear su creencia en los objetos de su mundo interno. Esta creencia tambaleante en los objetos buenos trastorna más penosamente el proceso de idealización que es un paso intermedio esencial en el desarrollo mental. La madre idealizada es la salvaguardia de la que dispone el niño contra una madre vengativa o una madre muerta o contra todos los objetos malos y aun más, representa en sí misma seguridad y vida. Como sabemos, el sujeto en duelo se alivia recordando la bondad y buenas cualidades de la persona perdida y esto en parte debido a la tranquilización que experimenta al conservar su objeto de amor idealizado.

Las fases del tránsito hacia la elación,¹⁶ que acontecen entre penas y desgracias en el duelo normal, tienen un carácter maniaco y se deben al sentimiento de poseer dentro de sí un objeto amado perfecto (idealizado). Cuando resurge, en el sujeto en duelo, el odio hacia la persona amada, se derrumba su creencia en ella y se trastorna el proceso de idealización. (Su odio por la persona amada está aumentado por el miedo de que ésta, al morir, de amada se transforme en alguien que inflija castigos y privaciones, así como en el pasado sintió que su madre, cuando él la necesitaba y ella estaba ausente, había muerto para castigarlo y ocasionarle privaciones).

Sólo gradualmente, obteniendo confianza en los objetos externos y en múltiples valores, es capaz el sujeto en duelo de fortalecer su confianza en la persona amada perdida. Sólo así puede aceptar que el objeto no fuera perfecto, sólo así puede no perder la confianza y la fe en él, ni temer su venganza. Cuando se logra esto se ha dado un paso importante en la labor de duelo y se lo ha vencido.

Daré un ejemplo para ilustrar el modo en que un sujeto normal restablece las conexiones con el mundo externo después de un duelo.

La señora A., a pocos días después del quebranto de perder a su hijo cuya muerte aconteció súbitamente estando él en la escuela, se dedicó a clasificar sus cartas, guardando las del hijo y destruyendo las otras. Intentaba así, inconscientemente, restaurarlo y mantenerlo seguro dentro de sí, arrojando fuera lo que le pareció indiferente o, aun más, hostil, es decir, los objetos malos, peligrosos, excrementos y malos sentimientos. Mucha gente durante el duelo ordena la casa y da una nueva ubicación al mobiliaje, acciones que surgen de un aumento de los mecanismos obsesivos que son la repetición de una de las defensas usadas para combatir la posición depresiva infantil.

¹⁶ Abraham (1924) describe una situación similar: "Sólo tenemos que trastocar la afirmación de Freud 'La sombra del objeto cae sobre el yo' y decir que en este caso 'no es sólo la sombra sino la luz radiante de la madre amada la que se expande sobre el hijo'".

En la primera semana después del fallecimiento de su hijo, A. no lloró mucho y el hacerlo no le proporcionaba el alivio que le trajo después. Se sentía entumecida, cerrada y físicamente quebrantada. Sin embargo, el ver a una o dos personas de su intimidad le proporcionaba algún alivio. En este estado, la Sra. A., quien por lo general soñaba de noche, había dejado de hacerlo por completo, debido a la profunda negación inconsciente de su pérdida real. Al final de la semana tuvo el siguiente sueño: "Veo dos personas, una madre y su hijo. La madre viste de negro. Sé que el hijo ha muerto o está por morir. Esto no me aflige pero siento algo de hostilidad frente a los dos".

Las asociaciones condujeron a un recuerdo importante. Cuando la Sra. A. era pequeña, su hermano, a raíz de tener dificultades en la escuela, necesitó la ayuda de un compañero de colegio de su misma edad (al que llamaremos B.). La madre de B. fue a visitar a la madre de la Sra. A. para arreglar las condiciones de la enseñanza, y este incidente fue recordado por la Sra. A., con sentimientos muy intensos. La madre de B. actuó de un modo muy protector y su propia madre apareció ante ella muy rebajada. Ella misma sintió que había acontecido una desgracia, no sólo a su hermano querido y admirado, sino a toda la familia. Este hermano, que era pocos años mayor que ella, le había aparecido siempre lleno de conocimientos, habilidad y fuerza, un ideal de virtudes, y debió destruir este ideal cuando surgieron dificultades escolares. La intensidad de sus sentimientos, en esa ocasión, que ella vivió como una desgracia y que persistió en su memoria, se debía a sentimientos de culpa inconscientes. Sintió esto como el cumplimiento de sus propios deseos destructivos. Su hermano sufrió mucho también por esta situación y expresó odio y rechazo por el compañero. La señora A. se identificó en esa época muy fuertemente con él y con su resentimiento. En el sueño, las dos personas que ve la señora A., son B. y su madre, y el hecho de que el muchacho apareciera muerto, expresa el antiguo deseo de muerte contra él de la señora A. Al mismo tiempo, sin embargo, los deseos de muerte contra su propio hermano y el deseo de infligir castigo y privación a su madre mediante la pérdida de su hijo —deseos profundamente reprimidos— formaron parte de sus pensamientos en el sueño. La señora A., a pesar de toda su admiración y todo su amor por su hermano, había estado celosa de él, envidiándolo por su mayor conocimiento y superioridad mental y física y también por la posesión de un pene. Los celos que sentía frente a su madre muy querida por poseer un hijo así, habían contribuido a la formación de sus deseos de muerte contra su hermano. Por lo tanto uno de los pensamientos del sueño era: "El hijo de una madre ha muerto o morirá. Es el hijo de esta mujer desagradable, que hace daño a mi madre y a mi hermano el que debe morir". Pero en las capas más profundas, el deseo de muerte contra su hermano también fue reactivado, y el pensamiento del sueño es en verdad: "El hijo de mi madre murió, y no el mío". (En realidad tanto su madre como su hermano habían fallecido.)

Aquí se establecen sentimientos distintos: compasión por su madre y pena por ella misma. Su sentimiento fue: "Una muerte de esta naturaleza es bastante. Mi madre perdió a su hijo; ella no debe perder también a su nieto". Cuando falleció su hermano, además de sentir un gran dolor, inconscientemente también sintió un triunfo sobre él, derivado de sus celos y de su odio tempranos, así como de los sentimientos de culpa concomitantes. Ella había transferido parte de sus sentimientos por su hermano a su relación con su hijo. En su hijo también amaba a su hermano; pero al mismo tiempo, parte de la ambivalencia frente a su hermano, aunque modificada a través de sus fuertes sentimientos maternos, había sido transferida a su hijo. El duelo por su hermano, junto con su pena, con el triunfo y la culpa experimentada en relación con él, formaron parte de su dolor presente, y se revelaron en el sueño.

Consideremos ahora el juego recíproco de defensas según aparecieron en este material. Cuando ocurrió la pérdida, la posición maníaca se reforzó y la negación en particular entró especialmente en juego. Inconscientemente la señora A. rechazó con obstinación el hecho de que su hijo había muerto. Cuando ella ya no pudo hacer uso de esta negación con tanta obstinación —no siendo todavía capaz de hacer frente al dolor y al infortunio—, el triunfo, uno de los otros elementos de la posición maníaca, se reforzó. Según el curso de sus asociaciones, su pensamiento parecía ser el siguiente: "No es en realidad un gran dolor si *un* hijo muere. Es aun satisfactorio. Ahora me vengo de este muchacho desagradable que perjudicó a mi hermano". Sólo después de un intenso trabajo analítico se esclareció el hecho de que el triunfo sobre el hermano también había sido revivido y reforzado. Pero este triunfo estaba asociado con el control de la madre y hermano *internalizados*, y con el triunfo sobre ellos. En esta fase el *control* sobre los objetos internos fue reforzado, la desgracia y el dolor fueron *desplazados* hacia su propia madre internalizada. Aquí su negación entró de nuevo en juego, negación de la realidad psíquica de que ella y su madre interna eran una y sufrían juntas. Negó la compasión y el amor por la madre interna; se reforzaron los sentimientos de venganza y triunfo sobre los objetos internalizados y el control de los mismos, en parte debido a que a través de sus propios sentimientos de venganza, ellos se habían transformado en figuras perseguidoras.

En el sueño hubo sólo una ligera insinuación sobre el creciente conocimiento inconsciente de la señora A. (indicadora de que la negación disminuía), que había sido *ella* quien había perdido a su hijo. El día anterior al sueño había usado un vestido negro con un cuello blanco. La mujer del sueño tenía algo blanco alrededor de su cuello sobre su vestido negro.

Dos noches después de este sueño, soñó lo siguiente: "Estoy volando con mi hijo y desaparece. Siento que esto significaba su muerte: que él se ha ahogado. Siento que estoy también por ahogarme..."

pero entonces hago un esfuerzo y me libero del peligro y vuelvo a la vida”.

Las asociaciones mostraron que en el sueño ella había decidido que ella no moriría con su hijo sino que sobreviviría. Parecía que aun en el sueño ella sentía que era bueno estar vivo y malo estar muerto.

En este sueño el conocimiento inconsciente de su pérdida se acepta mucho más que en el que soñara dos días antes. El dolor y la culpa se habían ligado. El sentimiento de triunfo había, aparentemente, desaparecido, pero se hizo patente que sólo había disminuido; estaba todavía presente en su satisfacción en relación con la idea de permanecer viva, en contraste con la muerte de su hijo. Los sentimientos de culpa que ya se habían hecho sentir eran en parte debidos a este elemento de triunfo.

Recuerdo aquí el pasaje en el artículo de Freud sobre “Duelo y melancolía”.¹⁷ “La realidad impone a cada uno de los recuerdos y esperanzas que constituyen puntos de enlace de la libido con el objeto, su veredicto de que dicho objeto no existe ya, y el yo, situado ante la interrogación de si quiere compartir tal destino, se decide, bajo la influencia de las satisfacciones narcisistas de la vida, a abandonar su ligamen con el objeto destruido.”

En mi opinión, la “satisfacción narcisista” contiene, suavizado, el elemento de triunfo que Freud parece pensar que no forma parte del duelo normal.

En la segunda semana de su duelo, la señora A. encontró cierto alivio mirando casas bien situadas en el campo, y deseando poseer una casa de ese tipo. Pero este consuelo fue pronto interrumpido por crisis de desesperación y pena. Ahora lloraba abundantemente y encontraba alivio en las lágrimas. El solaz que encontraba mirando las casas provenía de la reconstrucción de su mundo interno en su fantasía, por medio de este interés y también por obtener satisfacción del conocimiento de que existían objetos buenos y casas pertenecientes a otras personas. En última instancia esto representaba el volver a crear a sus padres buenos, interna y externamente, unificándolos y haciéndolos felices y creadores. En su mente ella restauraba a sus padres por haber —en su fantasía— matado a los hijos de ellos, y así también impedía su enojo. De ahí que su temor de que la muerte de su hijo había sido un castigo que le habían infligido sus padres vengadores, perdió su fuerza, y también disminuyó el sentimiento de que su hijo la frustraba y castigaba con su muerte. La disminución del odio y del temor, permitió de este modo que el dolor se manifestara con toda su fuerza. El aumento de la desconfianza y de los temores había intensificado su sentimiento o creencia de ser perseguida y dominada por sus objetos internos, y reforzó su necesidad de dominarlos. Todo esto se había expresado por medio de un endureci-

¹⁷ “Duelo y melancolía”, *O.C.*, 14.

miento de sus relaciones y sentimientos internos; es decir, por un aumento de sus defensas maníacas. (Esto se vio en el primer sueño.) Si éstas vuelven a disminuir a través del reforzamiento de la creencia del sujeto en las cosas buenas —las suyas y las de los otros— y si los temores disminuyen a su vez, el sujeto en duelo está capacitado para entregarse a sus sentimientos y descargar por medio del llanto su dolor por la pérdida real sufrida.

Parece que los procesos de proyección y eyección, que están estrechamente conectados con la descarga de los sentimientos, se encuentran detenidos en ciertos estados de dolor por un gran control maníaco, y pueden volver a trabajar más libremente cuando dicho control se relaja. Por medio de las lágrimas el sujeto en duelo no sólo expresa sus sentimientos y alivia tensiones, sino que, desde que en el inconsciente ellas se equiparan a los excrementos, también expelle sus sentimientos “malos” y sus objetos “malos”, y esto aumenta el alivio obtenido al llorar. Esta mayor libertad en el mundo interno implica que a los objetos internalizados, estando menos controlados por el yo, se les permite también mayor libertad: que a estos objetos se les permite, en particular, mayor libertad de sentimientos. En el estado mental del sujeto en duelo, sus objetos internos están también apesadumbrados. En su mente, comparten su dolor en la misma forma que lo harían padres bondadosos reales. El poeta nos dice que *Nature mourns with mourner*: “La naturaleza se condele con el que está de duelo”. Creo que “naturaleza” representa aquí la madre buena interna. Sin embargo, esta experiencia de mutuo dolor y simpatía en las relaciones internas, está una vez más vinculada con las relaciones externas. Como ya he dicho, la mayor confianza de la señora A. en las personas y cosas reales, y la ayuda recibida del mundo externo, contribuyeron al relajamiento del control maníaco sobre su mundo interno. De este modo, la introyección (así como la proyección) pudieron operar aun más libremente, y pudo tomar del mundo exterior una mayor cantidad de bondad y amor para internalizar, y en grado creciente la bondad y el amor fueron experimentados por dentro. La señora A., que en una etapa anterior de su duelo había, hasta cierto punto, sentido o creído que su pérdida le había sido ocasionada por sus padres vengadores, pudo ahora, en fantasía, experimentar la compasión de estos padres (muertos hacia tiempo) y el deseo de ellos de apoyarla y ayudarla. Sentía que ellos también habían sufrido una gran pérdida y compartían su dolor, como lo hubieran hecho en caso de estar vivos. En su mundo interno habían disminuido la aspereza y la sospecha, y había aumentado el dolor. Las lágrimas que vertía ahora eran también, hasta cierto punto, las lágrimas que derramaban sus padres internos, y ella también deseaba aliviarlos del mismo modo que ellos —en su fantasía— la aliviaban.

Si se vuelve a lograr gradualmente una mayor seguridad en el mundo interno, y si se permite por lo tanto que los sentimientos y ob-

jetos internos vuelvan a surgir, entonces se establecen los procesos de recreación y retorna la esperanza.

Según hemos visto, este cambio es debido a ciertos movimientos en los dos conjuntos de sentimientos que forman la posición depresiva: la persecución disminuye y el penar por la pérdida del objeto amado se experimenta intensamente. En otras palabras, el odio retrocede y el amor se libera. Esto es inherente al sentimiento de persecución que es alimentado por el odio y al mismo tiempo lo alimenta. Además, el sentimiento de ser perseguido y vigilado por los objetos internos "malos", con la consiguiente necesidad de vigilarlos constantemente, conduce a cierta dependencia que refuerza las defensas maníacas. Estas defensas, en tanto se utilizan predominantemente contra sentimientos persecutorios (y no tanto contra el penar por el objeto amado) son de naturaleza muy sádica y violenta. Cuando la persecución disminuye, la dependencia hostil frente al objeto, junto con el odio, también disminuye y las defensas maníacas se relajan. El penar por el objeto amado perdido también implica una dependencia frente a él, pero una dependencia que se transforma en un incentivo para lograr la reparación y la conservación del objeto. Es creativa porque está dominada por el temor, mientras que la dependencia basada en la persecución y en el odio es estéril y destructiva.

Así, mientras que el dolor se experimenta con toda intensidad y la desesperación alcanza su punto culminante, surge el amor por el objeto, y el sujeto en duelo siente más poderosamente que la vida interna y la externa seguirán existiendo a pesar de todo, y que el objeto amado perdido puede ser conservado internamente. En esta etapa del duelo el sufrimiento puede hacerse productivo. Sabemos que experiencias dolorosas de toda clase estimulan a veces las sublimaciones, o aun revelan nuevos dones en algunas personas, quienes entonces se dedican a la pintura, a escribir o a otras actividades creadoras bajo la tensión de frustraciones y pesares. Otras se vuelven más productivas en algún otro terreno —más capaces de apreciar a las personas y las cosas, más tolerantes en sus relaciones con los demás—, se vuelven más sensatas. En mi opinión, este enriquecimiento se logra a través de procesos similares a aquellos pasos que acabamos de investigar en el duelo. Es decir, cualquier dolor causado por experiencias dolorosas, cualquiera sea su naturaleza, tiene algo de común con el duelo y reactiva la posición depresiva infantil. El encuentro y la superación de la adversidad de cualquier especie ocasiona un trabajo mental similar al duelo.

Parece que cada avance en el proceso del duelo da por resultado una profundización de la relación del individuo con sus objetos internos, la felicidad de reconquistarlos después de haber sentido su pérdida (*Paradise Lost and Regained*), una mayor confianza en ellos y amor por ellos, porque después de todo resultaron buenos, serviciales y útiles. Esto es similar a la forma en que el niño pequeño construye, paso a paso, sus relaciones con los objetos externos, cuya con-

fianza conquista no sólo a través de experiencias placenteras sino también de la forma con que es capaz de vencer las frustraciones y las experiencias displacientes, reteniendo, sin embargo, sus objetos buenos (externa e internamente). Cuando durante la labor de duelo, las defensas maníacas se relajan y se establece una renovación de vida por dentro, junto con una profundización de las relaciones internas, el sujeto pasa por fases comparables con los pasos que en el desarrollo temprano conducen al niño a una mayor independencia tanto de los objetos externos como de los internos.

Volviendo a la señora A., si experimentaba alivio, era porque al contemplar cosas agradables, la vida comenzaba de nuevo en su interior y en el mundo externo, debido al establecimiento de una esperanza en ella de poder volver a crear su hijo, así como a sus padres. En esa época pudo soñar de nuevo e inconscientemente hacer frente a su pérdida. Sintió entonces un deseo más fuerte de volver a ver a sus amigos, pero sólo a uno por vez y durante poco tiempo. Sin embargo, esos sentimientos de mayor comodidad se volvieron a alternar con sentimientos de dolor. (Tanto en el duelo como en el desarrollo infantil, la seguridad interna se presenta no en un movimiento continuo, sino ondulatorio). Después de unas semanas de duelo, por ejemplo, la señora A. salió a caminar con una amiga por calles conocidas, en un intento de restablecer antiguos vínculos. De pronto se dio cuenta que el número de personas que había en la calle le parecía abrumador, que las casas eran extrañas y que la luz del sol era artificial e irreal. Tuvo que refugiarse en un restaurante tranquilo. Pero allí sintió como si el cielo raso se viniera abajo y que las personas que se encontraban en el lugar se esfumaran y confundieran. De pronto le pareció que el único lugar seguro en el mundo era su propia casa. En el análisis se vio claramente que la terrible indiferencia de la gente era un reflejo de sus objetos internos, los que en su mente se habían transformado en una multitud de objetos "malos" perseguidores. Sintió el mundo externo como artificial e irreal debido a que la confianza real en la bondad interna había desaparecido temporalmente.

Muchos sujetos en duelo pueden sólo lentamente restablecer los vínculos con el mundo externo porque están luchando todavía con el caos interior; por las mismas razones el niño desarrolla su confianza en los objetos del mundo externo, primero en conexión con muy pocas personas amadas. Sin duda existen también otros factores, por ejemplo su inmadurez intelectual, que son responsables en parte de este desarrollo gradual de las relaciones de objeto en el niño, pero sostengo sin embargo que sobre todo es debido al estado caótico de su mundo interno.

Una de las diferencias entre la temprana posición depresiva y el duelo normal, es que cuando el niño pierde el pecho o el biberón que ha llegado a representar para él un objeto bueno, beneficioso y protector dentro de él, y experimenta dolor, lo siente aunque su madre

esté junto a él. En el adulto, sobreviene el dolor con la pérdida real de una persona real; sin embargo, lo que lo ayuda para vencer esta pérdida abrumadora es haber establecido en sus primeros años, una buena *imago* de la madre dentro de sí. El niño pequeño, sin embargo, está en la cúspide de sus luchas contra el miedo a perderla, interna y externamente, porque no ha logrado establecerla dentro de sí de un modo seguro. En esta lucha, la relación del niño con su madre, su presencia real, es la más grande ayuda. Del mismo modo que el sujeto en duelo, si está rodeado de personas que él quiere y que comparan su dolor, y si puede aceptar su compasión, también esto favorece la restauración de la armonía de su mundo interno y se reducen más rápidamente sus miedos y penas.

Habiendo descrito algunos de los procesos que he observado durante la labor de duelo y en los estados depresivos, quiero ahora ligar esta contribución con lo que nos han enseñado Freud y Abraham.

Basándose en los trabajos de Freud y en sus propias observaciones sobre la naturaleza de los procesos arcaicos que obran en la melancolía, Abraham encontró que estos procesos operan también durante la labor normal de duelo. Llegó a la conclusión de que en el duelo normal el sujeto logra restablecer la persona amada y perdida en su yo, mientras el melancólico fracasa en ese intento. Describió también algunos factores fundamentales que deciden que esto sea un éxito o un fracaso.

Mi experiencia me conduce a la conclusión de que si bien es verdad que el hecho característico del duelo normal es que el sujeto instala dentro de sí el objeto amado perdido, no hace esto por primera vez, sino que, a través de la labor de duelo reinstala el objeto perdido tanto como los objetos *internos* amados que sintió que había perdido. De este modo *recupera* lo que había logrado ya en la infancia. En el curso del desarrollo temprano, como sabemos, el niño instala sus padres en el yo. (Fue la comprensión del proceso de introyección en la melancolía y en el duelo normal lo que como es sabido condujo a Freud a reconocer la existencia del superyó en el desarrollo normal.) Pero en cuanto a la naturaleza del superyó y a la historia de su desarrollo individual, mis conclusiones difieren de las de Freud. Como he señalado a menudo, el proceso de introyección y proyección, desde los comienzos de la vida, conduce a la institución, dentro de nosotros mismos, de objetos amados y odiados, que son sentidos como "buenos" y "malos", que están interrelacionados los unos con los otros y con el sujeto; es decir: constituyen un mundo interno. Este conjunto de objetos internalizados se organiza, junto con la organización del yo, y en los más altos estratos de la mente llega a hacerse perceptible como superyó. En términos generales, lo que Freud vio como las voces y la influencia de los padres reales establecidos en el yo, es, de acuerdo con mis hallazgos, un mundo complejo de objetos sentido por el individuo en las más profundas capas de su inconsciente como algo concreto dentro de sí, razón por la cual yo y algunos de

mis colegas usamos los términos "objetos internalizados" y "mundo interno". Este mundo interno consiste en una gran cantidad de objetos dentro del yo que corresponden en parte a multitud de aspectos variados buenos y malos en que los padres (y las otras personas) aparecen en el inconsciente del niño, a través de las varias fases de su desarrollo. Aun más, también representan todas las personas que internaliza continuamente en una gran variedad de situaciones que provienen de las múltiples y siempre cambiantes experiencias del mundo externo, tanto como de las fantaseadas. Además, todos estos objetos están en el mundo interno en una relación infinitamente compleja, tanto los unos con los otros, como con el sujeto mismo.

Si ahora aplicamos al proceso del duelo esta descripción de la organización del superyó, tal como lo comparé con el superyó de Freud, se hace más clara mi contribución a la comprensión de este proceso. En el duelo normal, el individuo reintroyecta y reinstala tanto a la persona real perdida, como a sus padres amados que sintió como objetos internos buenos. En su fantasía, este mundo interno, que construyó desde los primeros días de su vida en adelante, fue destruido cuando se produjo la pérdida actual. La reconstrucción del mundo interno da la pauta del éxito de la labor de duelo.

La comprensión de este mundo interno complejo capacita al analista para encontrar y resolver muchas situaciones de ansiedad temprana, desconocidas anteriormente y que teórica y terapéuticamente son de tal importancia que quizá no las podamos valorar todavía. Creo también que el problema del duelo sólo puede ser totalmente comprendido, teniendo en cuenta estas situaciones de ansiedad temprana.

Ilustraré ahora, en conexión con el duelo, una de esas situaciones de ansiedad que he encontrado como de capital importancia en los estados maníaco-depresivos. Me refiero a la ansiedad provocada por los padres internalizados en coito destructivo; tanto ellos como el propio sujeto son sentidos como si estuvieran en constante peligro de destrucción violenta. Referiré a continuación extractos de algunos sueños de un paciente, un hombre de 40 años, D., que tenía rasgos depresivos y paranoides. No entraré en los detalles del caso, me limitaré aquí a mostrar el modo en que fueron activados estos miedos y fantasías cuando murió la madre del paciente. Su madre estaba muy enferma, empeorando día a día, y en esa época estaba ya casi inconsciente.

Un día, en su análisis, habló de su madre con odio y amargura, acusándola de haber hecho desgraciado a su padre. Relató también un caso de suicidio y uno de locura que había ocurrido en la familia de su madre. Dijo que su madre, en una época, "tenía la mente confusa". Luego aplicó este término "confuso" a sí mismo y dijo: "Sé

que Ud. me está volviendo loco, y que me van a encerrar.” Habló enseguida de un animal enjaulado. Interpreté que al pariente loco y a su madre confusa, los sentía dentro de sí y que el miedo de ser encerrado significaba su más profundo miedo de tener dentro de él esta gente loca y de enloquecer entonces. Contó luego un sueño de la noche anterior. “Veo un toro acostado en un gran establo. No está completamente muerto y tiene un aspecto misterioso y peligroso. Yo estoy de pie a un lado del toro y mi madre está del otro lado. Escapo y me refugio en una casa, sintiendo que he dejado a mi madre en peligro y que eso está mal; pero tengo la vaga esperanza de que se salvará.”

Con gran asombro para él, la primera asociación del paciente fue recordar cuánto le habían molestado los mirlos despertándolo temprano. Habló luego de los búfalos en América, país donde había nacido. Siempre se había interesado en los búfalos y le atraían. Dijo luego que podía matárselos y comerlos, pero como estaban extinguiéndose había que evitarlo. Mencionó luego la historia de un hombre que se había mantenido en el suelo inmóvil, con un toro encima de él, incapaz de moverse por miedo a ser aplastado. Asoció enseguida con un toro que había visto últimamente en la granja de un amigo y que este toro le había parecido horrible cuando lo vio. Por sus asociaciones, esta granja era como su propia casa. Había pasado gran parte de su infancia en la granja de su padre. En el intervalo dio asociaciones sobre semillas de flores esparcidas que venían del campo y echaban raíces en los jardines de la ciudad. D. vio de nuevo al dueño de la granja ese día y le instó a vigilar el toro. (Se había enterado que últimamente el toro había destruido algunas de las construcciones de la granja.) Esa misma tarde, el paciente recibió la noticia de la muerte de su madre. En la hora siguiente, no mencionó, al principio, la muerte de su madre, pero expresó odio contra mí: mi tratamiento lo iba a matar. Le recordé el sueño del toro interpretando que en su mente su madre se había unido con el padre-toro atacante —medio muerto— y se había vuelto misteriosa y peligrosa. Yo misma y el tratamiento representaban para él la figura de sus padres combinados. Le señalé que el reciente incremento del odio hacia la madre fue una defensa contra su tristeza y desesperación por su cercana muerte. Aludí a sus fantasías agresivas, mediante las cuales en su mente él había transformado a su padre en un toro peligroso que destruiría a la madre: de ahí sus sentimientos de responsabilidad y culpa sobre el inminente desastre. Aludí también a las observaciones del paciente sobre los búfalos que se comían y le expliqué que había incorporado la figura combinada de los padres y que tenía terror de ser aplastado internamente por el toro. El material anterior había mostrado su miedo a ser controlado y atacado internamente por seres peligrosos, miedos que entre otras cosas le habían llevado a adoptar posturas rígidas e inmóviles. Su relato del hombre que corría el peligro de ser aplastado por el toro y que se mantuvo inmóvil y

controlado, lo interpreté como la representación de peligros que le amenazaban internamente.¹⁸

Explicué luego al paciente el significado sexual del toro atacando a la madre, conectando esto con su fastidio por los pájaros que lo despertaban en la mañana (su primera asociación al sueño del toro). Le recordé que en sus asociaciones, los pájaros a menudo representaban personas, y que el ruido que hacen los pájaros —ruido al que estaba acostumbrado— representaban para él el coito peligroso de los padres, y era tan insoportable, especialmente esa mañana, debido al sueño del toro y a su estado agudo de ansiedad a causa de su madre moribunda. Así, la muerte de su madre significaba para él ser destruido en su interior por el toro, ya que el trabajo de duelo había comenzado y él la internalizó en esta situación tan peligrosa.

Señalaré ahora algunos aspectos optimistas del sueño. Su madre podrá salvarse del toro. Le gustan los mirlos y otros pájaros. Le mostré las tendencias de reparación y recreación presentes en este material. Su padre (el búfalo) debe ser preservado, por ejemplo, contra su propia voracidad. Le recordé, entre otras cosas, las semillas que deseaba diseminar en el suelo por todas partes, trayéndolas desde el campo, que él quería, hasta su pueblo, y que significaban niños creados por él y su padre como una reparación a su madre. Estos niños con vida significaban mantener viva a su propia madre.

Sólo después de esta interpretación pudo contarme la muerte de su madre acaecida la noche anterior. Admitió, lo que era raro en él, su total comprensión del proceso de internalización, tal como se lo había interpretado. Dijo que después de haber recibido la noticia de la muerte de su madre se sintió enfermo y pensó, aun en ese momento, que no había razones físicas para estarlo. Esto parecía confirmar mi interpretación de que había internalizado toda la situación imaginada de su lucha con los padres muertos.

Durante esta hora mostró odio, ansiedad y tensión, pero muy poco dolor; hacia el final de la hora, después de mi interpretación, se suavizaron sus sentimientos, estuvo algo triste y sintió cierto alivio.

La noche después del funeral de su madre, D. soñó que X. (que era una figura paterna) y otra persona (que me representaba a mí) trataban de ayudarlo, pero que realmente debía luchar contra ellos para vivir y dijo: “La muerte me reclama”. En su sesión habló otra vez amargamente de su análisis como de algo que lo desintegraba. Interpreté que él sentía que los padres externos que le ayudaban eran

¹⁸ He encontrado con frecuencia este proceso en el cual el paciente siente inconscientemente que algo dentro de él está representado por algo encima de él o muy cerca de él. Mediante la tan conocida “representación por lo contrario”, un acontecimiento externo puede aparecer como interno. Que la importancia esté en lo interno o en lo externo se aclara en el contexto total de los detalles de las asociaciones, de la naturaleza e intensidad de los afectos. Por ej., ciertas manifestaciones de ansiedad muy aguda y las defensas específicas contra esa ansiedad (particularmente el aumento de la negación de la realidad psíquica), indica que en ese momento predomina una situación interna.

al mismo tiempo padres que lo atacaban y desintegraban, que podrían atacarlo y destruirlo —el toro medio muerto y su madre moribunda dentro de él— y que yo y el análisis nos habíamos transformado en personas y acontecimientos peligrosos dentro de él; que él había internalizado a sus padres como algo moribundo o muerto se confirmó cuando me relató que en el funeral había dudado un momento sobre si su padre no estaría muerto también (en realidad el padre vivía). Hacia el final de la hora, después de una disminución de su odio y ansiedad, cooperó más. Dijo que el día anterior, mirando por la ventana en casa de su padre, vio el jardín y se sintió solo: le desagradó además un pájaro que había en un arbusto. Pensó que ese pájaro, malo y destructivo, podía meterse en el nido de otro y poner huevos en él. Asoció luego, que poco tiempo antes había visto ramas de flores silvestres desparramadas por el suelo —que posiblemente habían sido arrancadas y arrojadas allí por algunos niños—. Interpreté su odio y amargura como defensa contra la pena, soledad y culpa. El pájaro y los niños destructivos —como a menudo había ocurrido antes— representaban a él mismo que en su mente había destruido la casa y felicidad de sus padres y matado a su madre, destruyendo los niños en su interior. En conexión con esto, sus sentimientos de culpa se relacionaban con sus ataques *directos* fantaseados contra el cuerpo de su madre, mientras que, en conexión con el sueño del toro, la culpa se derivaba de sus ataques *indirectos* contra ella, cuando transformó a su padre en un toro peligroso que realizaba los propios deseos sádicos del paciente. En la tercera noche, después del funeral de su madre, D. soñó: “Veo un autobús que viene hacia mí de un modo incontrolado —aparentemente no tiene conductor—. Va contra un galpón con techo. No veo lo que le sucede al galpón, pero sé claramente que se ‘va al tacho’. Luego vienen dos personas detrás de mí que levantan el techo del galpón y miran dentro. D. no sabe para qué pero parecen pensar que es una ayuda”.

Además de mostrar su miedo a ser castrado por el padre a través de un acto homosexual que D. en ese momento también desea, su sueño expresa la misma situación interna que el sueño del toro: la muerte de su madre dentro de él y su propia muerte. El galpón significa el cuerpo de su madre, él mismo y también su madre internalizada. El coito peligroso representado por el autobús destruyendo el galpón ocurrió en su mente, tanto a su madre como a él mismo, pero, además y ésta es la razón dominante de su ansiedad, a su madre *dentro de él*. El no ser capaz de ver lo que sucede en el sueño, indica que, en su mente, la catástrofe fue un acontecimiento interno. También supo, sin verlo, que el galpón “iba al tacho”. El autobús yendo hacia él, además de significar el coito y castración por el padre, significa “un acontecimiento dentro de él”.¹⁹

Las dos personas abriendo el techo desde atrás (señaló mi sillón)

¹⁹ Un ataque al cuerpo desde fuera representa un acontecimiento interno. Ya seña-

éramos él y yo mirando dentro de su interior y dentro de su mente (psicoanálisis). Las dos personas también significaban: yo misma como la figura de los padres “malos” combinados y conteniendo el padre peligroso; de ahí sus dudas de que el mirar dentro del galpón (el análisis) pudiera serle de utilidad. El autobús sin frenos representaba también a él mismo en peligroso coito con su madre y expresaba sus miedos y culpa sobre la maldad de sus propios genitales. Antes de la muerte de su madre, cuando ya había comenzado su grave enfermedad, su auto había chocado accidentalmente contra un poste sin serias consecuencias. Este accidente parecía ser un intento de suicidio inconsciente que significaba destruir a los padres malos internos; también representaba a sus padres en coito peligroso dentro de él y fue así una realización tanto como una externalización de un desastre interno.

Las fantasías de los padres combinados en coito “malo” o, aun más, la acumulación de emociones de distintas índoles, deseos, temores y culpas que las involucran, habían trastornado mucho su relación con ambos padres y jugado un rol importante, no sólo en su enfermedad, sino también en su desarrollo total. A través del análisis de estas emociones referidas a la relación sexual de los padres, y particularmente a través del análisis de estas situaciones internalizadas, el paciente pudo experimentar realmente el duelo por su madre. Toda su vida, sin embargo, se había defendido de la depresión y pena de perderla y esto se originaba en sus sentimientos infantiles depresivos, y así negó su gran amor por ella. Inconscientemente había reforzado su odio y sentimientos de persecución porque no quería sufrir el miedo de perder a su madre *amada*. Cuando decrecieron sus ansiedades surgidas de su propia destructividad se fortaleció su confianza en su poder de restaurarla y preservarla, disminuyó la persecución y surgió su amor por ella. Pero, al mismo tiempo, experimentó, en forma creciente, pena y ansia por ella, sentimientos que él había reprimido y negado siempre, desde los primeros días. Mientras pasaba por este duelo con dolor y desesperación, su amor tan profundamente enterrado por su madre resurgía cada vez más y se modificó su relación con ambos padres. Un día, hablando de ellos y refiriéndose a un recuerdo agradable de su infancia, dijo de ellos: “Mis viejos queridos” —lo que significaba un pensamiento nuevo para él.

He mostrado aquí y en artículos anteriores, las razones más profundas de la incapacidad de un sujeto para vencer con éxito la posición depresiva infantil. El fracaso en este sentido origina depresión, manía o paranoia. He señalado (*op. cit.*) uno o dos métodos por los que el yo intenta escapar al sufrimiento, conectados con la posición depresiva: la huida hacia los objetos buenos internos (que puede conducir a una psicosis grave) y la huida hacia los objetos buenos exter-

lé que algo representado como encima o muy cerca de uno significa lo más profundamente interno.

nos (que hacen posible el vencimiento de la neurosis). Pero además existen muchos modos que, según mi experiencia, sirven para el mismo propósito de capacitar al individuo para huir de los sufrimientos causados por la posición depresiva; varían de individuo a individuo, y se basan en defensas obsesivas, maníacas y paranoides (y todos estos métodos, como ya he señalado, se utilizan en el desarrollo normal). Suelen observarse claramente durante el análisis de personas que no pueden experimentar el duelo. Sintiendo incapaces de salvar o reinstalar de un modo seguro los objetos buenos dentro de ellos, pueden alejarse de los mismos y, por lo tanto, negar su amor por ellos. Esto puede significar que sus emociones se hagan más inhibidas: en otros casos, son sólo los sentimientos de amor los que se sofocan, mientras que el odio aumenta. Al mismo tiempo, el yo utiliza diversos modos para tratar los temores paranoides (que son más fuertes cuanto más se ha reforzado el odio). Por ejemplo, los objetos malos internos se subyugan maníacamente, se inmovilizan, y al mismo tiempo se niegan, tanto como se proyectan fuertemente en el mundo externo. Hay personas que, incapaces de experimentar el duelo, pueden escapar a un ataque maniaco-depresivo o de paranoia sólo por una grave restricción en su vida emocional que empobrece su personalidad total.

En estas personas, el mantener una cierta medida de equilibrio mental, depende a menudo del modo en que interaccionan los diversos métodos y de su capacidad de mantener con vida, en otras direcciones, algo del amor que negaron a sus objetos perdidos. Las relaciones con personas que en su mente no están íntimamente relacionadas con el objeto perdido, el interés en cosas y actividades, pueden absorber algo del amor que corresponde al objeto perdido. Aunque esas relaciones y sublimaciones tendrán un carácter maniaco o paranoide, pueden aun así, dar alivio y tranquilizar la culpa, porque a través de ellas, el objeto amado perdido que ha sido rechazado y así destruido, es en cierta medida restaurado y retenido en el inconsciente.

Si en nuestros pacientes, el análisis disminuye la ansiedad por los padres internos, destructivos y perseguidores, se comprende que el odio y a su vez la ansiedad disminuyan, y que sean capaces de revisar su relación con los padres —vivos o muertos— y rehabilitarlos aun teniendo motivos de resentimiento. Esta mayor tolerancia hace posible para ellos alojar con firmeza en su mente figuras parentales buenas junto con objetos malos internos, y más aun mitigar el miedo a los objetos malos por la confianza en los objetos buenos. Esto los capacita para experimentar emociones —pena, culpa y tristeza, tanto como amor y confianza—, elaborar el duelo, vencerlo, y finalmente, vencer la posición depresiva infantil en la que ellos fracasaron en la infancia.

En conclusión: en el duelo normal, tanto como en el patológico, y en los estados maniaco-depresivos, se reactiva la posición depresiva

infantil. Sentimientos complejos, fantasías y ansiedades, incluidas bajo este término, son de una naturaleza que justifica mi afirmación de que el niño, en su desarrollo temprano, pasa a través de estados maniaco-depresivos transitorios, tanto como por estados de duelo, que luego son modificados mediante la neurosis infantil. La posición depresiva infantil se supera cuando desaparece la neurosis infantil.

La diferencia fundamental, entre el duelo normal, por una parte, y por la otra el duelo patológico y los estados maniaco-depresivos, es la siguiente: los enfermos maniaco-depresivos y los sujetos que fracasan en el trabajo de duelo, aunque las defensas puedan diferir ampliamente una de otra, tienen en común el no haber sido capaces, en su temprana infancia, de establecer objetos buenos internos y de sentir seguridad en su mundo interno. Realmente, no vencieron nunca la posición depresiva infantil. En el duelo normal, sin embargo, la posición depresiva temprana, que se ha revivido con la pérdida del objeto amado, se modifica una vez más y se vence por métodos similares a los que usó el yo en la infancia. El individuo reinstala dentro de él sus objetos de amor perdidos reales y al mismo tiempo sus primeros objetos amados, en última instancia, sus padres buenos, a quienes, cuando ocurrió la pérdida real, sintió también en peligro de perderlos.

Cuando el sujeto en duelo reinstala dentro de sí a los padres buenos y a las personas recientemente perdidas y reconstruye su mundo interno, que estuvo desintegrado y en peligro, puede vencer su pena, gana nueva seguridad y logra armonía y paz verdaderas.

21. EL COMPLEJO DE EDIPO A LA LUZ DE LAS ANSIEDADES TEMPRANAS

(1945)

INTRODUCCION

Tengo dos propósitos principales al presentar este artículo. Pretendo aislar algunas situaciones de ansiedades tempranas típicas y mostrar su conexión con el complejo de Edipo. Como estas ansiedades y defensas forman parte, según creo, de la posición infantil depresiva, espero con ello aclarar algo la relación entre la posición depresiva y el desarrollo libidinal. Mi segundo propósito es comparar mis conclusiones sobre el complejo de Edipo con las opiniones de Freud sobre el mismo tema.

Como ejemplo para mis argumentaciones expondré fragmentos de dos historiales clínicos. Se podrían aducir muchos más detalles de esos dos análisis, de la relación de los enfermos con su familia y de la técnica empleada. Sin embargo, me limitaré a exponer los detalles del material que considero esenciales para el tema de este artículo.

Los dos niños, cuyos historiales ilustrarán mis argumentaciones, padecían de dificultades emocionales intensas. Al emplear tal material psicoanalítico como base para fundamentar mis conclusiones sobre el curso normal del desarrollo edípico, sigo un método empleado repetidamente en psicoanálisis. Freud justificó este enfoque especial en muchos de sus artículos. Por ejemplo,¹ escribe:

“La patología, como Uds. saben, mediante el aislamiento y la exageración nos ha ayudado siempre a hacer reconocibles cosas que normalmente hubiesen quedado ocultas.”

¹ *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis, O.C., 22.*

El material, en el cual me detendré para ilustrar mis conclusiones acerca del desarrollo edípico del varón, proviene del análisis de un niño de 10 años. Sus padres tuvieron que consultarme, porque algunos de sus síntomas se habían intensificado tanto que le hacían imposible concurrir a la escuela. Se asustaba mucho de los otros niños y por ello evitaba más y más salir solo. Además, desde hacía ya unos años una inhibición progresiva de sus capacidades e intereses preocupaba mucho a sus padres. Fuera de estos síntomas, que le impedían concurrir a la escuela, estaba excesivamente preocupado por su salud y padecía de frecuentes estados de ánimo depresivo. Estas dificultades se manifestaban en su aspecto físico, porque daba la impresión de estar preocupado y de ser desgraciado. Sin embargo, en ocasiones —y esto se hacía más manifiesto en sus sesiones psicoanalíticas— cesaba su depresión y de pronto la vida y la luz venían a sus ojos y le transformaban por completo la cara.

Ricardo era un niño precoz y bien dotado en muchos aspectos. Tenía talento musical, demostrándolo ya muy tempranamente. Le gustaba mucho la naturaleza, pero solamente en sus aspectos agradables. Sus dotes artísticas se manifestaban, por ejemplo, en la manera como elegía las palabras y en un cierto sentido para lo dramático que vitalizaba su conversación. No se entendía bien con los otros niños; se sentía mejor en compañía de adultos y especialmente de mujeres. A éstas trataba de impresionarlas con sus dotes de conversación y quería entrar en su favor de un modo impropio de su edad.

La lactancia de Ricardo había sido breve e insatisfactoria. Había sido un niño delicado, padeciendo resfrios y enfermedades desde su primera infancia. Había sufrido dos operaciones (circuncisión y amigdalectomía) entre sus tres y seis años. La familia vivía modestamente, aunque no sin un cierto desahogo. El ambiente del hogar no era del todo feliz. Entre los padres no existía ni cordialidad ni intereses comunes, aunque no tenían entre sí reyertas manifiestas. Ricardo era el segundo de dos hijos; su hermano era unos pocos años mayor que él. Su madre, aunque no estaba enferma en el sentido clínico, era de tipo depresivo. Le preocupaba mucho cualquier enfermedad de Ricardo y no había duda de que con su actitud había contribuido a los temores hipocondríacos del niño. Su relación con Ricardo no era satisfactoria en varios aspectos. En tanto que su hermano mayor era de los primeros en la escuela y recibía la mayor parte del amor de la madre, Ricardo era más bien un desencanto para ella. Aunque él la quería mucho, era un niño sumamente difícil de manejar. No tenía intereses, ni juegos que le ocupasen. Estaba demasiado angustiado y demasiado ligado a su madre, a la que se adhería de un modo persistente y agotador.

Su madre lo cuidaba mucho y en cierto modo lo mimaba, pero no

apreciaba realmente los aspectos más sutiles de su carácter, tales como una gran capacidad innata para el amor y la bondad. No comprendía que el niño la quería mucho y tenía poca confianza en su desarrollo futuro. Por otro lado, tenía paciencia con él cuando lo cuidaba; por ejemplo, no intentaba imponerle la compañía de otros niños, ni lo obligaba a concurrir a la escuela.

El padre de Ricardo lo quería mucho y era amable con él, pero aparentemente dejaba la responsabilidad de su educación a la madre. Como demostró el análisis, Ricardo se daba cuenta de que su padre era demasiado indulgente con él y de que ejercía demasiado poco su autoridad en el círculo familiar. La mayoría de las veces su hermano mayor le mostraba amistad y tenía paciencia con Ricardo, pero los dos niños tenían poco en común.

El desencadenamiento de la guerra aumentó mucho las dificultades de Ricardo. Fue evacuado con su madre y, para analizarse, se trasladó con ella al pueblo donde yo residía entonces, mientras que su hermano fue a otro lugar con su escuela. El separarse de su hogar trastornó a Ricardo. Además, la guerra agudizó todas sus ansiedades, angustiándolo especialmente los bombardeos aéreos. Seguía las noticias con gran atención; se interesaba mucho por los cambios de la situación bélica y esta preocupación se manifestó una y otra vez en el transcurso de su análisis.

Aunque había dificultades en la situación familiar —lo mismo que había habido dificultades en el desarrollo precoz del niño— en mi opinión la gravedad de la enfermedad de Ricardo no se podía explicar solamente por estas circunstancias. En él, como en cualquier otro caso, debemos tener en cuenta los procesos internos que resultan y actúan conjuntamente con los factores tanto constitucionales como ambientales; pero no puedo aquí tratar en detalle la acción recíproca de todos estos factores. Me limitaré a señalar la influencia de ciertas ansiedades tempranas en el desarrollo genital.

El análisis se realizaba en un pueblo no muy cercano a Londres y en una casa cuyos propietarios estaban ausentes por entonces. En dicha casa yo no disponía de un cuarto de juegos en las condiciones que me hubiese gustado, ya que no podía sacar de él algunos libros, láminas, mapas, etc. Ricardo tenía una relación especial, casi de persona a persona, con esta habitación y con la casa, a la que identificaba conmigo. Por ejemplo: a menudo hablaba cariñosamente de la casa y a la casa; se despedía de ella antes de marcharse al final de la hora, y a veces, con gran cuidado, arreglaba los muebles de un modo que, según él, “alegraría” a la habitación.

En el transcurso del análisis, Ricardo hizo varias series de dibujos.² Unas de las primeras cosas que dibujó fue una estrella de mar

² Las reproducciones en este artículo han sido sacadas de los originales y son de tamaño algo menor. Los originales fueron dibujados con lápiz negro y luego coloreados con otros de colores. En tanto que ha sido posible en las reproducciones, los diferentes colores están indicados por señales diferentes. En el *Dibujo III*, sin embargo,

rondando cerca de una planta submarina, y Ricardo me explicó que era un bebé hambriento que deseaba comerse la planta. Uno o dos días después introdujo en sus dibujos un pulpo, mucho mayor que la estrella de mar y con una cara humana. Este pulpo representaba a su padre y al órgano genital de su padre en sus aspectos peligrosos; posteriormente se equiparó con el “monstruo”, que encontraremos en seguida en su material analítico. La forma de la estrella de mar se transformó pronto en un conjunto hecho de diferentes secciones coloreadas. Los cuatro colores principales de este tipo de dibujo —negro, azul, morado y rojo— simbolizaban, en este orden, a su padre, madre, hermano y a él mismo. En uno de los primeros dibujos, en que usó estos cuatro colores, puso el negro y el rojo moviendo los lápices hacia lo dibujado con ruidos acompañadores. Explicó que el negro era su padre y acompañó el movimiento del lápiz imitando el ruido de soldados marchando. El rojo vino después, y Ricardo dijo que era él mismo, y cantó una tonada alegre mientras movía el lápiz. Cuando coloreó las secciones azules, dijo que eran su madre; y cuando llenó las secciones moradas, dijo que su hermano era bueno y que le ayudaba.

El dibujo representaba un imperio, siendo sus diferentes secciones los distintos países. Es significativo que el interés de Ricardo por los sucesos bélicos tuviesen un papel importante en sus asociaciones. A menudo miraba en el mapa los países que Hitler había subyugado y entonces se hacía evidente la conexión entre los países del mapa y sus dibujos del imperio. Los dibujos del imperio representaban a su madre, que había sido invadida y atacada. Generalmente su padre aparecía como el enemigo. Ricardo y su hermano tenían diferentes papeles en los dibujos; a veces eran aliados de la madre, otras veces del padre.

Aunque parecidos a primera vista, estos dibujos variaban mucho en los detalles; nunca hubo dos exactamente iguales. Era significativo cómo Ricardo hacía estos dibujos y también la mayoría de sus dibujos. No los empezaba con un plan preconcebido y a menudo él mismo se sorprendía al ver el aspecto del dibujo terminado.

Usaba material de juego variado; por ejemplo, los lápices negros y de colores, con los que hacía sus dibujos, en sus juegos también representaban a personas. Además trajo a mi casa su propio conjunto de barcos de juguete, dos de los cuales siempre representaban a sus padres, mientras que los otros barcos tenían diferentes papeles.

Con la finalidad de esta exposición, he limitado mi selección de material a unos pocos ejemplos, sacados principalmente de sus horas de análisis. Durante estas horas —en parte debido a circunstancias exteriores, de las que me ocuparé más adelante—, algunas de las ansiedades de Ricardo se manifestaron con mayor intensidad. Se logró

los submarinos deben ser negros, y las banderas rojas y los peces y estrellas de mar, amarillos.

disminuir las mediante interpretaciones y los cambios resultantes aclararon la influencia de las ansiedades tempranas en el desarrollo genital. Estos cambios, que fueron solamente un paso hacia una genitalidad más desarrollada y hacia una estabilidad psíquica mayor, se habían anunciado ya anteriormente en el análisis de Ricardo.

En lo referente a las interpretaciones presentadas en este artículo, no es necesario decir que he seleccionado las que se aplican mejor a su tema. Aclararé cuáles fueron las interpretaciones dadas por el paciente mismo. Además de las interpretaciones que yo di al paciente, este artículo contiene varias conclusiones sacadas del material analítico y no siempre haré una clara distinción entre estas dos categorías. Tal demarcación traería consigo mucha repetición y embarullaría los puntos principales.

Ansiedades tempranas como obstáculos al desarrollo edípico

Como punto de partida elijo la reanudación del análisis después de una interrupción de diez días. Hasta entonces el análisis había durado seis semanas. Durante esos días yo fui a Londres y Ricardo partió de vacaciones. Nunca había estado en un bombardeo y sus temores de bombardeo se centraban en Londres como el lugar más peligroso. De ahí que para él mi marcha a Londres significase el ir a la destrucción y a la muerte. Esto se añadía a la ansiedad que le causaba la interrupción del análisis.

A mi vuelta encontré a Ricardo preocupado y deprimido. Durante la primera hora apenas me miraba y alternaba entre estar sentado rígidamente en su silla, sin levantar los ojos, y caminar sin descanso a la cocina vecina y al jardín. Sin embargo, a pesar de su resistencia intensa, me hizo algunas preguntas: ¿Había visto mucho del Londres destruido? ¿Había habido un bombardeo mientras yo estaba allí? ¿Hubo muchos truenos en Londres?

Una de las primeras cosas que me dijo fue que odiaba volver al pueblo donde se realizaba el análisis, y lo llamó "pocilga" y una "pesadilla". En seguida salió al jardín, donde parecía sentirse con mayor libertad para mirar a su alrededor. Vio algunos hongos, que me señaló temblando y me dijo que eran venenosos. Volvió al cuarto, tomó un libro del estante y en él me señaló especialmente la imagen de un hombrecito que se peleaba con un "monstruo terrible".

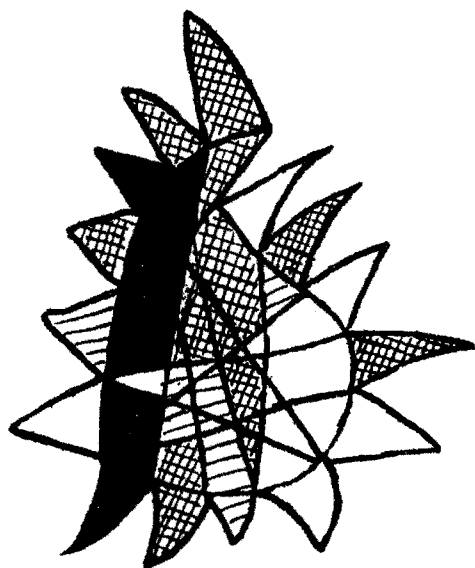
Dos días después de mi vuelta, Ricardo, con gran resistencia, me habló de una conversación que había tenido con su madre, durante mi ausencia. Había dicho a su madre que estaba muy preocupado acerca de tener él niños en el futuro y le había preguntado si le dolería mucho. Ella le contestó y le explicó lo que ya había hecho anteriormente, el papel del hombre en la reproducción. A lo que él le replicó que no le gustaría colocar su órgano genital en el genital de otra persona, porque le iba a asustar y además que todo el asunto le causaba una gran preocupación.

En mi interpretación uní este temor con el pueblo "pocilga"; el pueblo representaba, en la mente de Ricardo, mi "interior" y el "interior" de su madre, que se habían vuelto malos a causa de los truenos y de las bombas de Hitler. Estas representaban el pene "malo" de su padre, que entraba en el cuerpo de su madre y lo convertía en un lugar que corría peligro y que era peligroso. El pene "malo" dentro de su madre estaba también simbolizado por los hongos venenosos, que habían crecido en el jardín durante mi ausencia, así como por el monstruo, en contra del cual estaba luchando el hombrecito (que representaba a Ricardo). La fantasía de que su madre contenía el órgano genital destructivo de su padre explicaba en parte los temores de Ricardo al coito. Esta ansiedad se había agudizado e intensificado por mi marcha a Londres. Sus propios deseos agresivos relacionados con el coito de sus padres aumentaban mucho sus ansiedades y sentimientos de culpa.

Había una conexión íntima entre el temor de Ricardo al pene "malo" del padre dentro de la madre y su fobia a los niños. Estos dos temores estaban íntimamente unidos con sus fantasías del "interior" de su madre como un lugar peligroso, porque él sentía que había atacado y dañado a los niños por él imaginados en el "interior" del cuerpo de su madre y que ellos se habían convertido en sus enemigos. Gran parte de esta ansiedad la desplazó a su temor a los niños de su ambiente.

La primera cosa que Ricardo hizo con sus barcos durante estas horas fue que un destructor, que él llamaba "Vampiro", chocase con un acorazado, "Rodney", que para él siempre representaba a la madre. En seguida entró en resistencia y en ella Ricardo volvió rápidamente a arreglar los barcos. Me contestó, sin embargo —aunque no con agrado—, cuando le pregunté que a quién representaba el "Vampiro", diciéndome que era él mismo. La resistencia súbita, que le hizo interrumpir el juego, aclaró algo acerca de la represión de sus deseos genitales hacia la madre. En su análisis, el choque repetido de un barco contra otro simboliza el coito. Una de las causas principales de la represión de sus deseos genitales era su temor al carácter destructor del coito, porque —como lo sugiere el nombre "Vampiro"— lo consideraba como algo oral-sádico.

Ahora interpretaré el *Dibujo I*, que especifica más las situaciones angustiosas de Ricardo en esta etapa de su análisis. Como ya sabemos, en esta serie de dibujos el rojo siempre representaba a Ricardo, el negro a su padre, el morado a su hermano y el azul claro a su madre. Mientras coloreaba las secciones rojas, Ricardo me dijo: "Estos son los rusos". Aunque los rusos se habían hecho nuestros aliados, él los miraba con mucha desconfianza. Por lo tanto, al referirse al rojo (él mismo) como siendo los rusos sospechosos, me estaba dando a entender que temía su propia agresión. Era este temor el que le había hecho interrumpir su juego con los barcos, cuando se dio cuenta de que él era el "Vampiro", en su acercamiento sexual a



■ Negro	▨ Morado
□ Azul claro	▣ Rojo

I

su madre. El *Dibujo I* expresaba sus ansiedades referentes al cuerpo de su madre, atacado por el Hitler-padre malo (bombas, truenos, hongos venenosos). Como veremos, cuando discutamos sus asociaciones con el *Dibujo II*, todo el imperio representaba el cuerpo de su madre, que estaba perforado por el órgano genital “malo” de Ricardo. En el *Dibujo I*, sin embargo, la perforación se hacía por tres órganos genitales, que representaban a los tres hombres de la familia: el padre, el hermano, y él mismo. Sabemos que durante esta hora Ricardo había expresado su horror al coito. O sea, que a la fantasía de la destrucción que amenazaba a la madre, causada por el padre “malo”, se añadía para ella el peligro de la agresión de Ricardo, porque se identificaba con su padre “malo”. También aparecía su hermano como atacante. En este dibujo su madre (azul claro) contiene a los hombres malos o, en último término, los órganos genitales malos de éstos, y, por lo tanto, el cuerpo de su madre corre peligro y es un lugar peligroso.

Algunas defensas tempranas

Las ansiedades de Ricardo por su agresión y sobre todo por sus tendencias oral-sádicas eran muy grandes y motivaban una lucha

aguda dentro de él en contra de su agresión. A veces esta lucha se percibía claramente. Era significativo que en los momentos de rabia rechinase sus dientes y moviera sus mandíbulas como si estuviese mordeando. Debido a la intensidad de sus impulsos oral-sádicos, Ricardo temía dañar a su madre. A menudo preguntaba a su madre o a mí misma, aun después de alguna observación sin importancia: “¿He herido tus sentimientos?” El temor y la culpa, dependientes de sus fantasías destructivas, moldeaban toda su vida emocional. Para mantener su amor hacia su madre, Ricardo procuraba una y otra vez dominar sus celos y resquemores, negando hasta los motivos más evidentes de ellos.

Pero las tentativas de Ricardo para refrenar su odio y su agresividad y para negar sus resquemores no tenían mucho éxito. La rabia, reprimida por las frustraciones sufridas en el pasado y en el presente, se manifestaba claramente en la situación transferencial: por ejemplo, en sus reacciones a la frustración impuesta por la interrupción del análisis. Sabemos ya que al ir yo a Londres, en su mente me había convertido en un objeto dañado. Sin embargo, yo no estaba dañada únicamente por haber estado expuesta al peligro de las bombas, sino también porque, al frustrarle, había suscitado su odio; en consecuencia, de un modo inconsciente, él sentía que me había agredido. Repitiendo situaciones anteriores de frustración, Ricardo se había identificado —en los ataques que fantaseaba contra mí— con el Hitler-padre bombardeador y peligroso, y temía la retaliación. Por lo tanto me convertí para él en un sujeto hostil y vengativo.

La división precoz de la imagen materna en una “madre pecho” buena y mala, como una técnica de manejar la ambivalencia, fue muy patente en Ricardo. Esta división evolucionó ulteriormente a una división en la “madre pecho” que era “buena” y la “madre genital” que era mala. En esta etapa del análisis, su madre real representaba la “madre pecho buena”, mientras que yo me había convertido en la “madre genital mala” y, por ello, despertaba en él la agresión y los temores conectados con esa imagen. Me había convertido en la madre dañada por el padre en el coito o unida con el Hitler-padre “malo”.

La actividad del interés genital de Ricardo en aquella época quedó demostrada, por ejemplo, por su conversación con su madre sobre el coito, aunque entonces Ricardo expresase sobre todo horror. Y era este horror el que le había hecho separarse de mí, viéndome como la madre “genital”, y también el que lo impulsó hacia su madre real como objeto bueno. Durante mi estancia en Londres, Ricardo fue más inseparable que nunca de su madre. Como él me expresó, era el “pollito de mamá” y “los pollitos van detrás de sus madres”. Esta huida al pecho materno, como una defensa contra la angustia ante la madre genital, no tuvo éxito, porque Ricardo añadía: “pero los pollitos tienen que arreglarse sin ellas, porque las gallinas ya no se preocupan más de ellos y no los cuidan”.

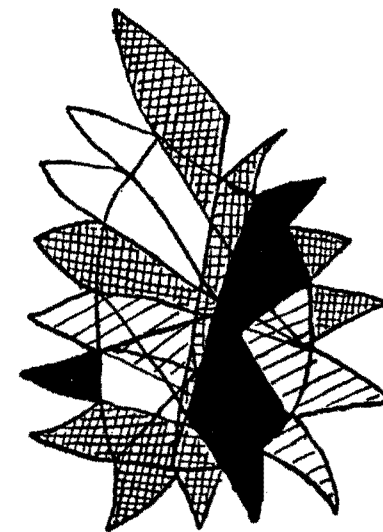
Las frustraciones, experimentadas en la situación transferencial por la interrupción del análisis, habían reavivado frustraciones y resquemores anteriores y, ante todo, la privación sufrida anteriormente por Ricardo del pecho de su madre. Por lo tanto, había fracasado su ilusión de tener una madre buena.

Inmediatamente después del choque entre “Vampiro” (él mismo) y “Rodney” (su madre), más arriba descrito, Ricardo colocó uno al lado del otro los acorazados “Rodney” y “Nelson” (su padre y su madre) y después, en una fila, algunos barcos que representaban a su hermano, a él mismo y a su perro, siguiendo —como él dijo— un orden de edad. Con esto el juego con los barcos expresaba su deseo de restaurar la armonía y la paz en la familia, al permitir a sus padres reunirse y al ceder él ante la autoridad de su padre y de su hermano. Esto implicaba la necesidad de frenar su envidia y su odio, porque sentía que sólo así podía evitar la lucha con el padre para obtener la posesión de la madre. De este modo rehuía su temor de castración y además conservaba al padre bueno y al hermano bueno. Y, sobre todo, así salvaba también a su madre de ser dañada en una lucha entre su padre y él mismo.

Así que Ricardo, no solamente estaba dominado por la necesidad de defenderse contra el temor de ser atacado por sus rivales, que eran su padre y hermano, sino también por preocupaciones acerca de sus objetos buenos. Los sentimientos de amor y la necesidad de reparar el daño que había hecho en su fantasía —daño que podía ocurrir de nuevo si se dejaba llevar por su odio y su envidia— se manifestaron con mayor intensidad.

Sin embargo, Ricardo podía conseguir la paz y la armonía en la familia, podía refrenar su envidia y su odio y conservar su objeto amado solamente si reprimía sus deseos edípicos. La represión de sus deseos edípicos implicaba una regresión parcial a la primera infancia, a ser bebé y esta regresión estaba unida a la *idealización* de la relación madre-bebé. Porque Ricardo quería convertirse en un niño libre de agresión y, sobre todo, libre de impulsos oral-sádicos. La idealización del bebé suponía una idealización correspondiente de la madre y, ante todo, de la de sus pechos. Era figurarse un pecho ideal que nunca frustrara y una madre y un hijo en una relación mutua únicamente amorosa. En su mente Ricardo alejaba el pecho malo, la madre mala, de la madre ideal.

El *Dibujo II* ilustra algunos de los procedimientos de Ricardo para manejar su ambivalencia, ansiedad y culpa. Me señaló Ricardo la sección roja “que pasa a través del imperio de mamá”, pero se corrigió en seguida, diciendo: “no es el imperio de mamá, es solamente un imperio, donde todos nosotros tenemos algunos territorios”. Le interpreté que temía darse cuenta de que había pensado que representaba el imperio de la madre, porque entonces la sección roja estaría penetrando en el interior de su madre. Entonces Ricardo miró una vez más el dibujo y manifestó que la sección roja tenía aspecto



II

“como un genital” y señaló que dividía al imperio en dos: en el oeste había territorios que pertenecían a todo el mundo, mientras que la parte del este no contenía nada de su madre, sino solamente a él mismo, a su padre y a su hermano.

La parte izquierda del dibujo representaba a la madre buena, muy unida a Ricardo, porque allí había poco de su padre y relativamente poco de su hermano. En contraste, en el lado derecho (el “este peligroso”, que ya había surgido anteriormente en su análisis), aparecían únicamente los hombres luchadores o, más bien, sus genitales malos. Su madre había desaparecido de este lado del dibujo, porque, como lo sentía Ricardo, había sido subyugada por los hombres malos. Este dibujo expresaba la división de la madre en la madre mala, llena de peligros (la madre genital) y a la madre querida y segura (la madre pecho). Ya en el primer dibujo, del que hice uso para señalar algunas situaciones de ansiedad, podemos ver algo de los mecanismos de defensa que aparecen más claramente en el *Dibujo II*. Aunque en el *Dibujo I* la madre azul claro ocupa todo el dibujo y la división entre la madre “genital” y la madre “pecho” no resalta tan claramente como en el *Dibujo II*, una tentativa de división de esta clase puede ser vista en él si aislamos la sección de su extrema derecha.

Es significativo que en el *Dibujo II* la división se efectúe por una

sección especial puntiaguda y alargada, que Ricardo interpretó como órgano genital. De este modo él expresaba su creencia de que el genital masculino era penetrante y peligroso. Esta sección especial se parece a un diente puntiagudo y largo o a una daga y, según mi opinión, tiene ambos significados: el primero, que simboliza el peligro para el objeto amado los impulsos oral-sádicos, y el último, el peligro dependiente, según sentía Ricardo, de la función genital como tal, debido a su capacidad penetrante.

Estos temores contribuían más y más a la huida hacia la madre "pecho". Ricardo podía solamente conseguir una estabilidad relativa en un nivel predominantemente pregenital. El movimiento de su libido hacia adelante estaba dificultado, porque eran demasiado grandes su ansiedad y su culpa, y su yo no era capaz de desarrollar las defensas adecuadas. Con ello su organización genital no podía estabilizarse suficientemente,³ lo cual implicaba en él una tendencia intensa a la represión. El juego entre estos fenómenos de fijación y regresión podía ser visto en cualquier etapa del desarrollo de Ricardo.

Disminución de la represión de los deseos edípicos

El análisis de las diversas situaciones de ansiedad que he descrito, tuvo el efecto de empujar hacia adelante los deseos y las ansiedades edípicas de Ricardo. Pero su yo podía mantener estos deseos únicamente mediante el empleo intensificado de ciertas defensas (de las que trataré en esta sección). Sin embargo, estas defensas podían ser eficaces solamente porque el análisis había disminuido algo la ansiedad, lo que también implicaba una disminución de las fijaciones.

Cuando se disminuyó en cierto grado la represión de los deseos genitales de Ricardo, su temor a la castración se presentó más intensamente en el análisis y se expresó de diferentes modos, juntamente con una modificación correspondiente de sus métodos de defensa. En la tercera hora, después de mi vuelta, Ricardo salió al jardín y me habló de su deseo de escalar montañas, sobre todo Snowdon, a la que había mencionado anteriormente en el transcurso de su análisis. Mientras hablaba, se dio cuenta de que había nubes en el cielo y expresó la opinión de que se estaba formando una tormenta peligro-

³ En su artículo "La organización genital infantil" (O.C., 19), Freud describe la organización genital infantil considerándola como una "fase fálica". Una de sus razones principales para introducir ese término era su opinión de que durante la fase genital infantil el órgano genital femenino no ha sido todavía descubierto o reconocido y que todo el interés del niño o la niña está centrado en el pene. Mi experiencia no confirma este punto de vista; tampoco creo que el uso del término "fálico" designe bien al material que se discute en este artículo. Por lo tanto sigo empleando el término original de Freud de "fase genital" ("organización genital"). Expondré más detalladamente mis razones para esta elección de términos en el resumen general teórico que se encuentra más adelante en este artículo.

sa. Dijo que en tales días compadecía a las montañas, porque lo pasaban mal cuando una tormenta descargaba sobre ellas. Así expresaba su temor al padre malo, que en el material citado anteriormente estaba representado por bombas y truenos. El deseo de escalar Snowdon, que simbolizaba su deseo de coito con su madre, le provocaba inmediatamente el temor a la castración por su padre malo y, por ello, la tormenta que se descargaba era un peligro tanto para su madre como para él mismo.

En la misma hora Ricardo me dijo que iba a hacer cinco dibujos. Me mencionó que había visto un cisne con cuatro cisnes pequeños "muy ricos". Jugando con sus barcos, Ricardo hizo que un barco fuese mío y otro de él; yo me iba en mi barco en un viaje de recreo, y lo mismo hacía él. En un primer momento alejó su barco, pero pronto le dio la vuelta y lo colocó bastante cerca del mío. En el material anterior el contacto de los barcos —sobre todo en lo referente a sus padres— había simbolizado con frecuencia el coito. Por lo tanto, en este juego Ricardo expresaba sus deseos genitales, así como su confianza de tener potencia. Los cinco dibujos, que él decía que me iba a dar, lo representaban (el cisne) dándome —o más bien dando a su madre— cuatro hijos (los cisnecitos).

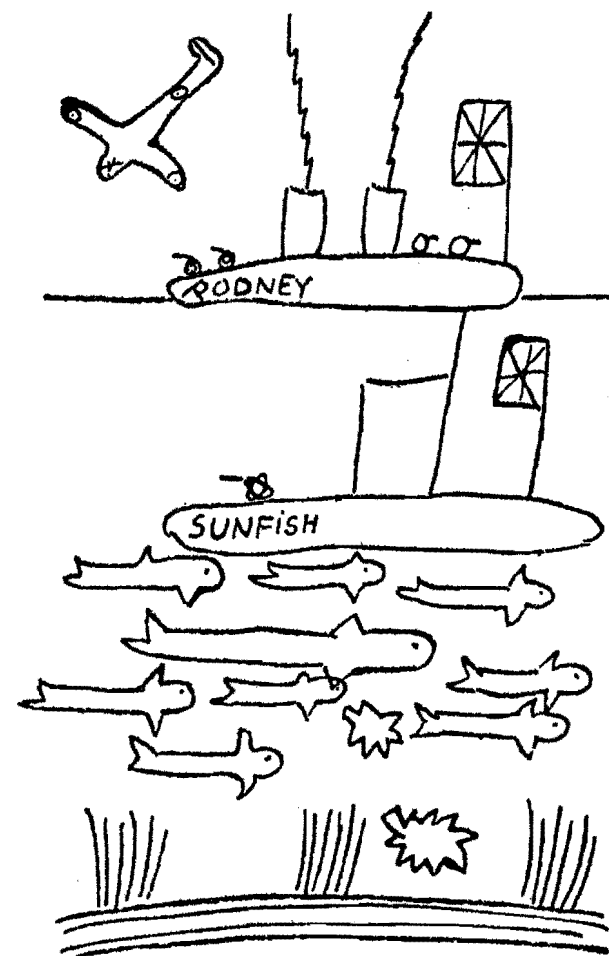
Como ya hemos visto, unos días antes había ocurrido algo similar en el juego de los barcos: "Vampiro" (Ricardo) tocaba a "Rodney" (su madre). Entonces esto trajo como consecuencia un cambio brusco en el juego, que fue provocado por el temor de Ricardo de que sus deseos genitales pudiesen estar dominados por sus impulsos oral-sádicos. Sin embargo, en los días siguientes se alivió parte de su ansiedad, disminuyó su agresión y por ello se reforzaron algunos métodos de defensa. Con lo que Ricardo pudo realizar un juego similar (su barco tocó al mío en un viaje de recreo), sin que ello le provocase ni ansiedad ni represión de los deseos genitales.

La creencia reforzada de Ricardo de que podría llegar a ser potente estaba unida a una mayor confianza de que su madre podía ser preservada de peligros. Ahora ya era capaz Ricardo de permitirse la fantasía de que ella lo iba a querer siendo él un hombre y que le permitiría ocupar el lugar del padre. Esto le hizo confiar en que ella sería su aliada y que lo iba a proteger contra todos sus rivales. Por ejemplo, Ricardo tomó el lápiz azul y el lápiz rojo (su madre y él mismo) y los colocó en la mesa levantados el uno al lado del otro. Luego movió el lápiz negro (su padre) hacia los otros y el lápiz negro fue rechazado por el rojo, mientras que el lápiz azul rechazaba al morado (su hermano). Este juego expresaba el deseo de Ricardo de que su madre, puesta de acuerdo con él, alejase a su padre y a su hermano peligrosos. Su madre, como alguien fuerte en lucha contra los hombres malos y contra los genitales peligrosos de éstos, también surgía de una asociación con el *Dibujo II*, porque Ricardo dijo que la madre azul en el oeste estaba preparándose a luchar contra el este, para reconquistar allí sus territorios. Como ya sabemos, en la parte

derecha del *Dibujo II* la madre había sido subyugada por los ataques genitales de los tres hombres que eran su padre, su hermano y él mismo. En el *Dibujo IV*, que describiré algo más adelante, Ricardo extendió el azul sobre la mayor parte del dibujo y con ello expresó su confianza en que la madre volvería a recuperar sus territorios perdidos. De este modo —restaurada y reavivada— la madre iba a ser capaz de ayudarlo y de protegerlo. Debido a su confianza en poder restaurar y reavivar a su objeto bueno, lo que implicaba su creencia de que él podría manejar mejor su agresión, Ricardo fue capaz de sentir sus deseos genitales más intensamente. Como disminuyó su ansiedad, pudo también dirigir su agresión hacia afuera y, en su fantasía, volver a la lucha con su padre y su hermano para conseguir la posesión de su madre. En su juego con los barcos, los puso en orden formando una fila larga, con el barco más pequeño delante. El significado de este juego era que él se había apropiado de los genitales de su padre y de su hermano y los había añadido al suyo propio. Sentía que con esta victoria fantaseada sobre sus rivales él se había hecho potente.

El *Dibujo III* es un conjunto de dibujos, frecuentes en el análisis de Ricardo, en los cuales figuran, en varias combinaciones, plantas, estrellas de mar, barcos y peces. Como ocurría con el tipo de dibujos que representaban el imperio, en ellos había una gran variación en los detalles, pero algunos de sus elementos siempre representaban el mismo objeto y la misma situación. Las plantas bajo el agua representaban los órganos genitales maternos; por lo común se trataba de dos plantas con un espacio en el medio. Las plantas también representaban los pechos maternos, y cuando una de las estrellas de mar estaba entre las plantas, significaba invariablemente que el niño estaba en posesión de los pechos de su madre o que realizaba un coito con ella. Los puntos salientes en el contorno de la estrella de mar representaban dientes y simbolizaban los impulsos oral-sádicos del bebé.

Al comenzar el *Dibujo III*, Ricardo primero dibujó los dos barcos, luego el pez grande y alguno de los pequeños a su alrededor. Al dibujar estos últimos, se animó más y más y llenó el espacio restante con los peces hijos. Luego me hizo notar que uno de los peces hijos estaba cubierto por una aleta de “pez-mami” y me dijo: “éste es el más joven de todos los hijos”. Este dibujo sugiere que el pececito está siendo alimentado por la madre. Le pregunté a Ricardo si él se encontraba entre los pececitos, pero me dijo que no. También me dijo que la estrella de mar situada entre las plantas era una persona adulta, y que la otra estrella de mar, más pequeña, era una persona medio desarrollada, explicándome que era su hermano; me señaló así mismo que el periscopio del “Pez solar” estaba “penetrando en Rodney”. Le sugerí que el “Pez solar” le representaba a él mismo (la palabra inglesa *sun* —sol— en lugar de *son* —hijo—) y que el peris-



III

copio penetrando en “Rodney” (la madre) representaba su coito con su madre.

La afirmación de Ricardo de que la estrella de mar entre las plantas era una persona adulta significaba que representaba al padre, mientras que Ricardo mismo estaba representado por el “Pez solar”, o sea por el barco que era de un tamaño aún mayor que “Rodney” (su madre). De este modo expresaba el cambio de los papeles en la relación padre-hijo. Al mismo tiempo el dibujo señalaba su amor hacia su padre y su deseo de reparación, porque colocaba la estrella de mar-padre entre las plantas, permitiéndole con ello estar en la posición de un niño a quien se trata bien.

El material presentado en esta sección demuestra que la situación edípica positiva y la posición genital se habían hecho más manifiestas. Como hemos visto, Ricardo lo alcanzó siguiendo varios métodos. Uno de ellos era hacer de su padre un bebé —un bebé no privado de satisfacciones y que, por lo tanto, sería “bueno”— mientras que él mismo se apropiaba del pene del padre.

Hasta entonces, Ricardo, que solía desempeñar varios papeles en esta clase de dibujos, siempre se reconocía a sí mismo en ellos, inclusive cuando hacía el papel de niño. Lo hacía, porque bajo el impacto de la ansiedad se retrotraía al papel idealizado del niño satisfecho y amante. Ahora, por vez primera, afirmaba que no estaba entre los bebés del dibujo. Esto me pareció otra indicación del refuerzo de su posición genital. Sentía ahora que podía crecer y hacerse potente sexualmente. En su fantasía, por lo tanto, podía tener niños con su madre y ya no necesitaba presentarse como si fuera un bebé.

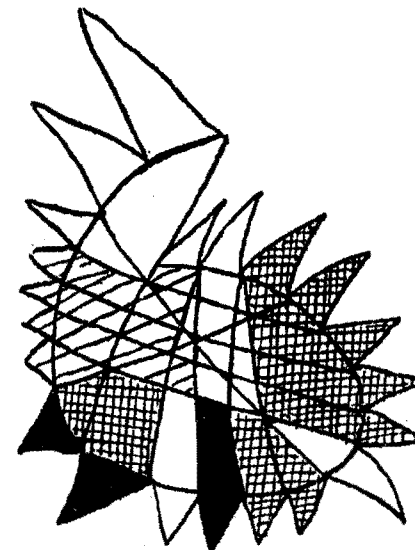
Sin embargo, estos deseos y fantasías genitales hacían surgir en él diversas ansiedades y, por ello, la tentativa de resolver sus conflictos edípicos colocándose Ricardo en el lugar del padre, sin tener que pelearse con él, sólo tuvo un éxito parcial. Al lado de esta solución relativamente pacífica, encontramos en el dibujo temores de Ricardo referentes a la sospecha de su padre acerca de sus deseos genitales hacia la madre, que por ello iba a vigilarlo de cerca y que lo iba a castrar. Porque cuando interpreté a Ricardo su cambio de la relación padre-hijo, me dijo que el aeroplano de arriba era inglés y que estaba vigilando. Se recordará que el periscopio del submarino penetrando en “Rodney” representaba el deseo de Ricardo de tener un coito con su madre. Lo cual implicaba que Ricardo intentaba desplazar a su padre y que, por lo tanto, suponía que su padre le miraba con recelo. Le interpreté que esto significaba, no solamente que su padre estaba transformado en un niño, sino también que estaba presente en el papel de superyó paterno, del padre que le vigilaba, que intentaba evitar que él tuviese un coito con la madre y que lo amenazaba con castigos (el aeroplano vigilante).

Le interpreté también que él mismo había estado “vigilando” a sus padres, porque, no solamente acechaba su vida sexual, sino que además deseaba intensamente interferir en ella y separar a sus padres.

El *Dibujo IV* ilustra el mismo material de un modo distinto. Mientras coloreaba las secciones azules, Ricardo estaba cantando el himno nacional; me explicó que su madre era la reina y que él era el rey. Es decir, que Ricardo se había convertido en el padre y que había adquirido el órgano genital potente del padre. Cuando terminó el dibujo y lo miró me dijo que allí había “mucho de mami” y de él mismo y que “en realidad podían vencer a papi”. Me señaló que había poco del padre malo en el dibujo (negro). Como el padre se había convertido en un niño indefenso, no parecía necesario vencerlo. Sin embargo, Ricardo no tenía demasiada confianza en esta solución

omnipotente, como lo demostró al decir que unido a su madre, si fuese necesario, él podría vencer al padre. O sea, que la disminución de la ansiedad le permitía enfrentar su rivalidad con el padre y hasta luchar con él.

Mientras coloreaba la sección morada, Ricardo cantaba los himnos noruego y belga y dijo: “él está bien”. La pequeñez de las secciones moradas (en comparación con las azules y rojas) señalaba que su hermano también había sido convertido en un bebé. El cantar los himnos nacionales de los dos pequeños países aliados me señaló que “él está bien” se refería a la vez a su padre y a su hermano, que se habían convertido en niños inofensivos. En esta etapa del análisis se había hecho más manifiesto el amor reprimido de Ricardo hacia su padre.⁴ Sin embargo, Ricardo percibía que no podía eliminar a su padre en sus aspectos peligrosos. Más aun, sus propias heces —en tanto que inconscientemente estaban equiparadas con el padre negro— le parecían una fuente de peligro y tampoco podían ser eliminadas. El reconocimiento de su realidad psíquica se demostró en el



■ Negro	▨ Morado
□ Azul claro	▩ Rojo

IV

⁴ Es significativo que al mismo tiempo el deseo libidinal por el pene de su padre, que había estado fuertemente reprimido, también apareció, y en su forma más primaria. Mirando de nuevo la lámina del monstruo, en contra del cual el hombrecito estaba peleando, Ricardo dijo: “Es horrible mirar al monstruo, pero es posible que su carne sea deliciosa para comer”.

hecho de que el negro no dejó de incluirse en el dibujo, aunque Ricardo se tranquilizó diciendo que en él solamente había un poco de padre-Hitler.

En los diferentes comportamientos que ayudaron a reforzar la posición genital de Ricardo, vemos algunas de las transacciones entre las exigencias del superyó y del ello, que el yo trata de realizar. Mientras Ricardo satisfacía los impulsos de coito con su madre, esquivaba el impulso de matar a su padre; por lo tanto, con ello conseguía disminuir los reproches del superyó. Sin embargo, las exigencias del superyó se satisfacían sólo parcialmente, porque, aunque el padre no sufriese, era separado de su posición junto a la madre.

Tales transacciones son componentes esenciales en cada etapa del desarrollo normal del niño. Siempre que hay grandes fluctuaciones entre las posiciones libidinales, las defensas se trastornan y es necesario encontrar nuevas transacciones. Por ejemplo, en la sección anterior he señalado que al disminuir las ansiedades orales de Ricardo, él intentó solucionar el conflicto entre sus temores y deseos colocándose, en la fantasía, en el papel de un bebé ideal que no ocasionaría disturbios en la paz familiar. Sin embargo, cuando se reforzó la posición genital y Ricardo pudo enfrentar bastante más su temor a la castración, resultó otra transacción. Ricardo mantuvo sus deseos genitales, pero evitó la culpa transformando a su padre y hermano en bebés que él tendría con su madre. Transacciones de este tipo, en cualquier etapa del desarrollo, solamente pueden conducir a una estabilidad relativa, si la cantidad de ansiedad y culpa no es excesiva en relación con la fortaleza del yo.

He tratado con tanto detalle la influencia de la ansiedad y las defensas en el desarrollo genital, porque me parece que no es posible comprender completamente el desarrollo sexual, sin tener en cuenta las fluctuaciones entre los diferentes estadios de la organización libidinal y las ansiedades y defensas especiales que caracterizan estos estadios.

Ansiedades relacionadas con los padres internalizados

Los *Dibujos V y VI* necesitan una introducción. La noche anterior Ricardo había tenido un ligero dolor de garganta y algo de temperatura, pero a pesar de ello acudió al análisis, ya que el tiempo era bueno. Ya he señalado anteriormente que los dolores de garganta y los resfríos se contaban entre sus síntomas, y que aun cuando eran leves, le producían una gran ansiedad hipocondríaca. En el comienzo de la sesión, en la que hizo los *Dibujos V y VI*, Ricardo estaba muy angustiado y preocupado. Me dijo que sentía muy caliente la garganta y que tenía veneno detrás de la nariz. La asociación siguiente, que me comunicó con gran resistencia, fue su temor a que sus alimentos pudiesen estar envenenados. Era un temor que Ricardo había tenido consciente durante años, aunque en esta ocasión, lo mismo que en

ocasiones anteriores, solamente lo pudo relatar en el análisis con dificultades.

Durante esta sesión Ricardo miraba con frecuencia a través de la ventana, como si sospechase de algo. Cuando vio a dos hombres conversando, me dijo que lo estaban espiando, lo cual constituía una de las repetidas indicaciones de sus temores paranoides referentes a su padre y su hermano, vigilantes y perseguidores, pero centrados sobre todo en sus padres en alianza secreta y hostil en contra de él. En mi interpretación, asocié su sospecha con su temor de tener perseguidores internos, que le espiaban y se complotaban en contra de él —una ansiedad que se había presentado anteriormente en su análisis. Un poco después, Ricardo, de repente, se introdujo todo lo que pudo el dedo en la garganta y pareció estar muy preocupado. Me dijo que estaba buscando gérmenes. Le interpreté que los gérmenes representaban a los germanos (al padre-Hitler negro en unión conmigo misma) y que, en su mente, ellos estaban relacionados con los dos hombres que lo espiaban y, en último término, con sus padres. O sea, que su temor a los gérmenes estaba íntimamente unido a su temor a ser envenado, lo que él hacía depender de sus padres inconscientemente, aunque conscientemente no le fueran sospechosos. Su resfrío había removido estos temores paranoides.

En esta sesión Ricardo había hecho los *Dibujos V y VI*, y la sola asociación que conseguí en ese día fue que *VI* era el mismo imperio que *V*. Ello coincidía con que los dos dibujos habían sido hechos en la misma hoja de papel. Al día siguiente Ricardo estaba bien del todo de su dolor de garganta y acudió con un estado de ánimo diferente. Me describió con animación cómo le había gustado su desayuno, sobre todo el cereal, y me demostró cómo lo había masticado. (Había comido muy poco los dos días anteriores.) Me dijo que hasta antes de tomar su desayuno había tenido el estómago muy pequeño, delgado y recogido, y que “los huesos grandes en él” “sobresalían”. Estos “huesos grandes” representaban a su padre internalizado —o al órgano genital de su padre—, presentado en el material anterior unas veces como el monstruo y otras como el pulpo. Los “huesos grandes” significaban los aspectos malos del pene de su padre, mientras que “la carne deliciosa” del monstruo eran los aspectos atrayentes del mismo. Le interpreté que el cereal representaba a la madre buena (el pecho y la leche buenos), ya que en una ocasión anterior lo había comparado con un nido de pájaro. Como su creencia en la madre buena internalizada había aumentado, Ricardo estaba menos asustado de los perseguidores internos (los huesos y el monstruo).

El análisis del significado inconsciente del dolor de garganta lo llevó a una disminución de sus ansiedades, con un cambio correlativo en los métodos de defensa. En esta sesión el estado de ánimo de Ricardo y sus asociaciones expresaban claramente este cambio. De repente el mundo se le convirtió en algo hermoso: admiraba el paisa-

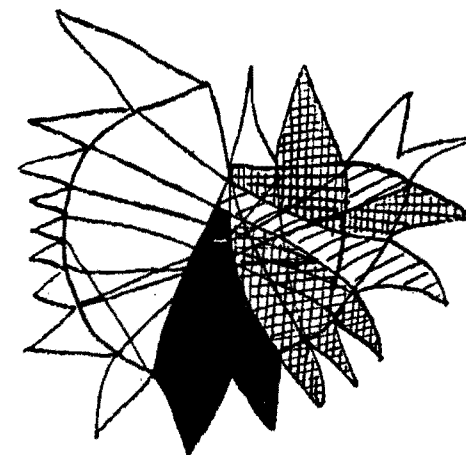
je, mi vestido, mis zapatos y me dijo que yo estaba bonita. También me habló de su madre con gran amor y admiración. De este modo, al disminuir sus temores de los perseguidores internos, el mundo exterior le parecía mejorado y podía confiar más en él, incrementándose su capacidad de disfrutarlo. Al mismo tiempo podía observarse que su depresión había dado lugar a un estado de ánimo hipomaniaco, en el cual negaba sus temores de persecución. En realidad era la disminución de la ansiedad lo que había permitido que se manifestase la defensa maniaca contra la depresión. Claro es que el estado de ánimo hipomaniaco de Ricardo no persistió, y en el curso ulterior de su análisis la depresión y la ansiedad reaparecieron una y otra vez.

Hasta ahora me he referido principalmente a la relación de Ricardo con su madre considerada como un objeto externo. Sin embargo, en su análisis, anteriormente, se había hecho evidente que el papel que ella tenía como objeto externo estaba constantemente mezclado con su papel como objeto interno. Con la finalidad de ser clara, he dejado este punto para ser ilustrado mediante los *Dibujos V y VI*, que exponen vivamente el papel de los padres internalizados en la vida mental de Ricardo.

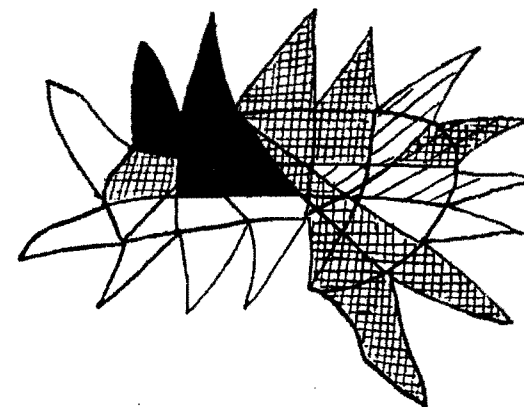
En esta sesión Ricardo tomó los *Dibujos V y VI*, hechos el día anterior, y asoció libremente con ellos. Disminuidas sus ansiedades depresivas e hipocondríacas, él era ahora capaz de enfrentar las ansiedades subyacentes a su depresión. Me señaló que el *Dibujo V* parecía un pájaro y un pájaro "muy, muy horrible". Según él, el azul claro de arriba era una corona, el trozo morado era el ojo, y el pico estaba "completamente abierto". Este pico, como puede verse, estaba formado por las secciones rojas y moradas a la derecha, es decir, por los colores que siempre los habían representado a él y a su hermano.

Le interpreté que la corona azul claro indicaba que el pájaro era su madre —la reina, la madre ideal del material anterior—, que ahora tenía un aspecto hambriento y destructor. El hecho de que su pico estuviese formado por las secciones rojas y moradas expresaba la proyección de Ricardo en su madre de sus propios impulsos oral-sádicos (y también de los de su hermano).

Este material parece demostrar que Ricardo había hecho importantes progresos hacia el enfrentamiento de su realidad psíquica, porque en él había sido capaz de expresar la proyección sobre su madre de sus impulsos oral-sádicos y canibalísticos. Además, como lo demuestra el *Dibujo V*, había permitido que se reuniesen más íntimamente los aspectos "buenos" y "malos" de su madre. Los prototipos de estos dos aspectos, que ordinariamente se mantienen muy apartados el uno del otro, eran el pecho bueno querido y el pecho malo odiado. Estas defensas, mediante la división y el aislamiento, podían ser vistas también en dicho dibujo, porque su parte izquierda era completamente azul. Sin embargo, en la parte derecha del *Dibujo V*, la madre aparecía simultáneamente como un pájaro "horrible"



V



 Negro	 Morado
 Azul claro	 Rojo

VI

(pico abierto) y como reina (corona azul claro). Con la disminución de la negación de su realidad psíquica, Ricardo se había hecho también más capaz de enfrentar la realidad externa, porque le había sido posible reconocer el hecho de que su madre realmente le había frustrado y de que, por lo tanto, había provocado que la odiase.

Siguiendo mis interpretaciones del *Dibujo V*, Ricardo repetía enfáticamente que el pájaro parecía "horrible", y me dio algunas aso-

ciaciones referentes al *Dibujo VI*. Me dijo que parecía asimismo un pájaro, pero sin cabeza, y que lo negro de abajo era "lo mayor" que caía de él. Me dijo que todo era "muy horrible".

En mi interpretación del *Dibujo V* recordé que me había dicho el día anterior que los dos imperios eran el mismo imperio. Le sugerí que el *Dibujo VI* lo representaba a él y que, como él había internalizado al "pájaro horrible" (*Dibujo V*), sentía que se había convertido en uno igual a éste. El pico abierto representaba la boca hambrienta de su madre, pero también expresaba los propios deseos de Ricardo de devorarla, porque los colores, con los cuales estaba formado el pico, los representaban a él y a su hermano (los bebés hambrientos). En su mente, Ricardo había devorado a su madre, siendo ella un objeto destructor y devorador. Cuando, al tomar el desayuno, internalizó a la madre buena, sintió que ella lo estaba protegiendo contra el padre malo internalizado, es decir, contra los "huesos de su estómago". Cuando internalizó a la madre pájaro "horrible", sintió que ella se había unido con el padre monstruo, y que en su mente esta imagen terrorífica de padres unidos lo estaba atacando desde dentro y lo estaba devorando, así como lo atacaba desde fuera y lo castraba.⁵

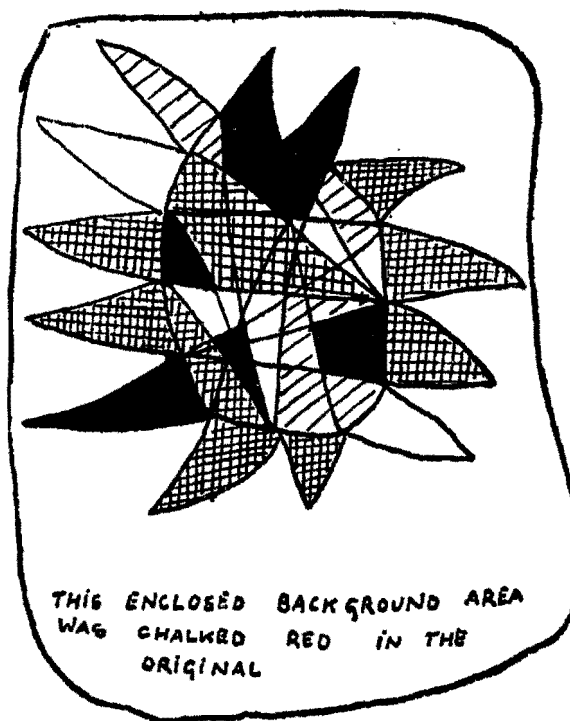
Así Ricardo se sentía mutilado y castrado por los padres malos internos y externos, que le devolvían sus ataques contra ellos; expresaba estos temores en el *Dibujo VI*, porque en él el pájaro aparecía sin cabeza. Como un resultado de sus impulsos oral-sádicos hacia sus padres en el proceso de internalizarlos, ellos, en su mente, se habían convertido en enemigos tan hambrientos y destructivos como él. Además, como sentía que devorando a sus padres los había cambiado en monstruo y en pájaro, experimentaba no sólo temor de estos perseguidores internalizados, sino también culpa, tanto mayor cuanto que temía que había sido él mismo quien había expuesto a la madre buena interna a los ataques del monstruo interno. Su culpa también dependía de sus ataques anales contra los padres externos e internos, lo que él había expresado por "lo mayor horrible" que caía del pájaro.⁶

En la hora precedente había estado tan sometido Ricardo a su ansiedad al hacer estos dibujos, que no los habría podido asociar; cierta disminución de la ansiedad le permitía asociar ahora.

Un dibujo anterior (*VII*), que expresa la internalización de sus objetos aun más claramente que los dibujos *V* y *VI*, es de interés en este aspecto. Cuando Ricardo terminó dicho dibujo, hizo una línea a su alrededor y llenó su fondo con color rojo. Me di cuenta de que es-

⁵ Es importante mencionar aquí que le habían hecho la circuncisión a la edad de tres años y que desde entonces siempre había tenido un intenso miedo consciente a los médicos y a las operaciones.

⁶ Tan importantes como las ya citadas eran, siguiendo sus fantasías, sus impulsos y ansiedades uretrales, aunque específicamente no formasen parte de este material.



■ Negro
□ Azul claro

▨ Morado
▤ Rojo

VII

to representaba el "interior" de Ricardo, el que contenía a su padre, madre, hermano y a él mismo, relacionados los unos con los otros. En sus asociaciones a este dibujo, expresó su satisfacción por el aumento de las secciones azul claro, o sea por las que eran su madre. También me refirió su confianza en que su hermano se aliase a él. Los celos de este hermano hacían que a menudo le mirase con desconfianza y que le temiese como rival. Pero en este momento insistía en la alianza con su hermano. Además me señaló que una de las secciones estaba completamente rodeada por su madre, por su hermano y por él mismo. Lo cual quería decir que él estaba aliado con la madre querida interna en contra del padre peligroso interno.⁷

⁷ Este dibujo representaba también el "interior" de la madre, en el que ocurría la misma lucha. Ricardo y su hermano aparecían en el papel de protectores internos de ella, y su padre como objeto peligroso interno de ella.

A la luz del material presentado en esta sesión parece ser que la parte que tenía en la vida emocional de Ricardo la madre buena, tan a menudo idealizada, se refería tanto a la madre interna como a la madre externa. Por ejemplo, cuando Ricardo expresó su confianza en que la madre azul en el oeste iba a extender su territorio (véase *Dibujo II*), esta confianza se refería tanto a su mundo interno como al mundo externo. Su creencia en la madre buena interna era su punto de apoyo mayor. Siempre que se le fortificaba esta creencia, sentía esperanza y confianza y le venía un sentimiento de seguridad más intenso. Cuando esta sensación de confianza no era tan firme, por una enfermedad o por otras causas, entonces aumentaba su depresión.⁸

Además cuando aumentaban los temores de Ricardo hacia sus perseguidores, que eran la madre mala y el padre malo, él sentía también que no podía proteger a sus objetos queridos internos del peligro de la destrucción y de la muerte, y que esta muerte de ellos traería inevitablemente consigo su propia muerte. Aquí hemos llegado a la ansiedad básica del individuo depresivo que, según mi experiencia, proviene de la posición depresiva infantil.

Un detalle significativo de su análisis ilustra el temor de Ricardo a la muerte de sus objetos externos e internos. Como ya he dicho anteriormente, su relación casi de persona a persona con el cuarto de juegos era uno de los rasgos característicos de su situación transfereencial. Después de mi viaje a Londres, que había aumentado intensamente el temor de Ricardo a los bombardeos aéreos y a la muerte, ocurrió en varias sesiones analíticas que Ricardo no soportase tener que apagar la estufa eléctrica hasta el momento mismo en que salíamos de la casa. En una de las sesiones, que he descrito en conexión con los análisis de los *Dibujos III y IV*, tal obsesión desapareció. En esas sesiones, juntamente con el fortalecimiento de sus deseos genitales y con la disminución de su ansiedad y su depresión, intervino más y más en sus asociaciones la fantasía de que él sería capaz de darnos bebés "buenos" a mí y a su madre, y también su amor por los bebés. Su insistencia obsesiva de mantener encendida la estufa en el cuarto todo el tiempo posible era un indicio de su depresión.⁹

Resumen del historial del niño

La incapacidad de Ricardo para afianzar su posición genital provenía en gran parte de su incapacidad para elaborar su ansiedad en la etapa previa de su desarrollo. El papel importante que el pecho malo tenía en la vida emocional de Ricardo dependía de su lactancia satis-

⁸ No hay duda de que a su vez tales ansiedades son capaces de provocar resfrios u otras enfermedades físicas y, por lo menos, de disminuir la resistencia a ellos. Lo que significa que aquí tenemos que enfrentarnos con un círculo vicioso, porque a su vez estas enfermedades reforzaban todos los temores de Ricardo.

⁹ Mantener la estufa encendida tenía también el significado inconsciente de demostrarse a sí mismo que ni él ni su padre estaban castrados.

factoria, que había estimulado fuertes impulsos y fantasías orales, uretrales y anal-sádicos. Los temores de Ricardo al pecho malo estaban contrarrestados hasta un cierto límite por la idealización del pecho bueno; así podía mantener parte de su amor hacia su madre. Las cualidades malas del pecho y los impulsos oral-sádicos de Ricardo contra él las transfería en gran parte al pene de su padre. Además Ricardo sentía intensos impulsos oral-sádicos hacia el pene de su padre, que provenían de los celos y del odio existentes en la temprana situación edípica positiva. Por ello el órgano genital de su padre, en su fantasía, se convertía en un objeto peligroso que muerde y envenena. El temor al pene, como perseguidor externo e interno, era tan intenso que Ricardo no podía llegar a confiar en las cualidades buenas y productoras del pene. Así la posición femenina temprana de Ricardo era trastornada en su raíz por temores de persecución. Estas dificultades, que él experimentaba en su situación edípica invertida, se mezclaban con el temor a la castración, que era estimulado por sus deseos genitales hacia su madre. El odio a su padre, que acompañaba a estos deseos genitales y que se manifestaba en el impulso de arrancar mordiendo el pene del padre, le llevaba al temor de que lo castrasen, siguiendo el mismo procedimiento, y, con ello, ese odio incrementaba la represión de sus deseos genitales.

Una de las características de la enfermedad de Ricardo era una inhibición creciente de todas sus actividades e intereses. Ello se unía a la represión intensa de sus tendencias agresivas, patente sobre todo en relación con su madre. En relación con su padre y con otros hombres reprimía menos la agresión, aunque ésta estaba muy restringida por temor. La actitud más frecuente de Ricardo hacia los hombres era la de pacificar a quienes podían ser atacantes y perseguidores.

Con otros niños la agresividad de Ricardo estaba menos inhibida, aunque él temía mucho expresarla directamente. Su odio a los niños, así como su temor a ellos, derivaba en parte de su actitud hacia el pene del padre. En su mente estaban muy unidos y relacionados el pene destructor y el niño destructor y hambriento que iban a agotar a la madre y finalmente a destruirla. Lo cual era debido a que Ricardo, inconscientemente, mantenía la equiparación "pene-niño" con gran intensidad. También sentía que el pene malo podía producir solamente niños malos.

Otro factor determinante de su fobia a los niños eran sus celos a su hermano y a cualquier otro niño que su madre pudiese tener en el futuro. Sus ataques sádicos inconscientes a los niños dentro del cuerpo de la madre estaban unidos a su odio al pene del padre dentro de la madre. Solamente en una situación podía manifestar a veces su amor a los niños: en su actitud amistosa hacia los bebés.

Ya sabemos que Ricardo sólo podía mantener su capacidad de amor si idealizaba la relación madre-bebé. Pero, debido a su temor y culpa inconscientes por sus propios impulsos oral-sádicos, conside-

raba a los niños ante todo como seres oral-sádicos. Era ésta una de las razones que hacían que él no pudiese llevar a cabo, en su fantasía, su deseo de dar niños a su madre. Aún era más importante su angustia oral, que desde el comienzo de su desarrollo había aumentado su temor de los aspectos agresivos de la función genital y de su propio pene. El temor de Ricardo a que sus impulsos oral-sádicos dominasen sus deseos genitales y a que su pene fuese un órgano destructor, era una de las causas principales de la represión de sus deseos genitales. Por ello le resultaba importante considerar la genitalidad como uno de los medios imprescindibles para hacer feliz a su madre y para hacer una reparación por los bebés que él creía que había destruido. De todos estos distintos modos, los impulsos, fantasías y temores oral-sádicos de Ricardo interferían una y otra vez con su desarrollo genital.

En las secciones precedentes me he referido repetidamente a la regresión a un estadio oral como defensa contra las nuevas ansiedades que surgen en la posición genital; sin embargo, es importante no descuidar el papel que tiene la fijación en estos procesos. Como las ansiedades orales, uretrales y anal-sádicas de Ricardo eran excesivas, su fijación a estos niveles libidinales era muy intensa; en consecuencia, su organización genital era débil y era fuerte su tendencia a la regresión. Sin embargo, a pesar de sus inhibiciones, Ricardo había desarrollado algunas tendencias genitales sublimadas. Más aun, en tanto que sus deseos estaban dirigidos predominantemente hacia su madre y sus sentimientos de celos y odio hacia su padre, él había alcanzado algunos de los componentes del desarrollo heterosexual. Sin embargo, este cuadro era decepcionante en cierto modo, porque el amor de Ricardo a su madre solamente podía ser mantenido mediante el refuerzo de los elementos orales de su relación con ella y mediante la idealización de la madre "pecho". Ya hemos visto en sus dibujos que las secciones azules representaban siempre a su madre; esta elección de color, asociada con su atracción por el cielo azul y sin nubes, expresaba su anhelo por un pecho ideal, completamente bondadoso, que no lo frustraría jamás.

El hecho de que de este modo Ricardo fuese capaz, hasta cierto punto, de mantener su amor por su madre, le había dado la pequeña estabilidad psíquica que él poseía y que le había permitido también desarrollar hasta cierto límite sus tendencias heterosexuales. Era patente que la ansiedad y los sentimientos de culpabilidad formaban parte amplia de su fijación a su madre. Ricardo la quería, pero de un modo más bien infantil. No toleraba separarse de ella, ni dejar de verla, aunque en él existían pocos rasgos de una relación independiente y masculina hacia la madre. Su conexión con otras mujeres —aunque muy lejana de ser verdaderamente masculina e independiente— expresaba un contraste llamativo con el gran amor y hasta la admiración ciega mostrados por su madre. Con las otras mujeres tenía una conducta inadecuada para su edad y en cierto modo pareci-

da a la de un don Juan adulto. Trataba de congraciarse con las mujeres de distintos modos, hasta adulándolas falsamente. Al mismo tiempo a menudo las criticaba y se disgustaba con ellas, y se divertía si podía engañarlas con sus adulaciones.

Aquí vemos dos actitudes contrapuestas en relación con las mujeres, lo que recuerda algunas conclusiones hechas por Freud. Hablando de la "separación entre las corrientes sexuales y cariñosas del sentimiento erótico" existente en algunos hombres que sufren —como Freud lo formula—, de "impotencia psíquica", es decir, que sólo pueden ser potentes en ciertas circunstancias, Freud escribe: "la vida erótica de esas personas permanece disociada y dividida en dos corrientes, en las mismas dos que aparecen personificadas en el arte como amor celestial y amor terrestre (o animal). Cuando esos hombres aman, no tienen deseo sexual, y cuando desean, no pueden amar".¹⁰

Hay alguna analogía entre la descripción de Freud y la actitud de Ricardo hacia la madre. Temía y odiaba éste a la madre "genital", mientras que daba su amor y cariño a la madre "pecho". Esta división siguiendo las dos corrientes se hacía aparente en el contraste entre su actitud hacia su madre y hacia las otras mujeres. Mientras sus deseos genitales hacia su madre estaban reprimidos fuertemente y, por lo tanto, ella seguía siendo para él un objeto de amor y admiración, estos deseos podían ser activos, hasta un cierto grado, hacia otras mujeres que no fuesen su madre. Pero, al ocurrir así, estas mujeres eran objeto de sus críticas y de su desagrado. Representaban a la madre "genital" y se tenía la impresión de que el horror de Ricardo por la genitalidad y su necesidad de reprimirla se reflejaban en su desagrado hacia los objetos que despertaban en él deseos genitales.

Entre las ansiedades de Ricardo, que traían consigo su fijación y su regresión hacia la madre "pecho", era predominante el temor al "interior" de su madre, considerado un lugar lleno de perseguidores. Porque la madre "genital", que era para él la madre cohabitando con el padre, según él contenía también el órgano genital "malo" del padre —o mejor dicho una gran cantidad de genitales del padre—, lo que originaba una alianza peligrosa de la madre con el padre en contra del hijo; la madre también contenía los bebés hostiles. Además, en Ricardo había la ansiedad de considerar a su propio pene como un órgano peligroso que iba a herir y a dañar a su madre amada.

Las ansiedades mostradas, que obstaculizaban su desarrollo genital, estaban muy conectadas con la relación de Ricardo con sus padres como imágenes internalizadas. A la visión que él se formaba del "interior" de su madre visto como un lugar peligroso, correspondía lo que él sentía acerca de su propio "interior". En las sesiones anteriores hemos visto que la madre buena (es decir, el alimento

¹⁰ "Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa", *O.C.*, 11.

bueno del desayuno) lo protegía internamente del padre, o sea, de los "huesos largos salientes" en su estómago. Esta visión de la madre protegiéndolo del padre internalizado, tenía como paralelo una imagen materna, a la cual Ricardo se consideraba impulsado a proteger del padre malo: la imagen de una madre dañada por los ataques orales y genitales del monstruo interno. Sin embargo, últimamente él también la percibía como dañada por sus propios ataques oral-sádicos en contra de ella. El *Dibujo II* muestra a los hombres malos (a su padre, a su hermano y a él mismo), que subyugan y se tragan a su madre. Aquel temor a haber dañado a la madre provenía del sentimiento de culpabilidad básico de Ricardo de haber destruido (devorado) a su madre y los pechos maternos, mediante sus ataques oral-sádicos en el proceso de internalizarla.

Además de esto expresaba su culpabilidad por sus ataques anal-sádicos en el *Dibujo VI*, ya que señalaba lo "mayor horrible" que caía del pájaro. La equiparación entre sus propias heces y el padre-Hitler negro se ha visto ya antes de su análisis, cuando empezaba a hacer los dibujos del imperio; en el primer dibujo Ricardo empezaba con el color negro como representante de sí mismo, pero pronto decidía que el rojo lo representase a él y el negro a su padre, manteniendo luego esto en el transcurso de todos sus dibujos. Esta equiparación quedó más aclarada mediante unas asociaciones con los *Dibujos V* y *VI*. En el *Dibujo V* la sección negra representaba al padre malo, en el *Dibujo VI* representaba lo "mayor horrible" que caía del pájaro mutilado.

El temor de Ricardo a su propia destructividad estaba relacionado con su temor hacia su madre como un objeto peligroso y represivo. El "pájaro horrible" con el pico abierto era una proyección en su madre de sus propios impulsos oral-sádicos. Las experiencias reales de Ricardo, de haber sido frustrado por su madre, no podían explicar por sí mismas que él se formase una imagen psíquica terrorífica de una madre que lo devoraba interiormente. Se hace patente en el *Dibujo VI* lo peligroso que él sentía que era el horrible madre-pájaro, porque el pájaro sin cabeza del dibujo lo representaba a él mismo y provenía de su temor a la castración efectuada por su madre peligrosa en unión con el padre monstruo, ambos considerados como enemigos externos.

Además Ricardo se sentía internamente amenazado por la alianza de la madre-pájaro "horrible" con el padre monstruo internalizados. Estas situaciones internas de peligro eran la causa principal de sus temores hipocondríacos y persecutorios.

Cuando durante su análisis Ricardo fue capaz de enfrentar el hecho psicológico de que su objeto querido era también su objeto odiado y de que la madre azul claro, es decir, la reina con la corona, estaba unida en su mente con el pájaro picudo horrible, pudo asentar más firmemente su amor hacia su madre. Sus sentimientos de amor se unieron más íntimamente a los de odio y sus vivencias felices con

la madre ya no se alejaron tanto de las frustradoras. Por ello Ricardo ya no se sintió impulsado a idealizar tan intensamente a la madre buena, ni a formarse una imagen tan terrorífica de la madre mala. Cuando se permitió reunir los dos aspectos de la madre, esto trajo consigo que el aspecto malo fuera atenuado por el bueno. Entonces esta madre buena, más asentada en él, podía protegerla contra el padre "monstruo". Lo que a su vez implicaba que en esos momentos no la sintiese dañada, sin remisión, por su avidez oral y por el padre malo, lo que también significaba que sentía que él y su padre se habían vuelto menos peligrosos. Una vez más la madre buena revivía y con ello desaparecía la depresión de Ricardo.

Su mayor confianza en poder conservar vivos al analista y a su madre, como objetos internos y externos, dependía del esfuerzo de su posición genital y de una mayor capacidad de experimentar los deseos edípicos. Ahora, en su fantasía, le era más posible la reproducción, o sea, la creación de bebés buenos, que inconscientemente consideraba como el medio más importante para combatir a la muerte y al temor a la muerte. Por asustarse menos de estar dominado por sus impulsos sádicos, Ricardo creía que iba a ser capaz de crear bebés buenos, debido a que el aspecto creador y productor del órgano genital masculino (tanto del de su padre como del suyo propio) se le había hecho más manifiesto. Esto aumentó su confianza en sus tendencias constructoras y reparadoras, así como en sus objetos internos y externos. Se le reforzó la confianza, no solamente en la madre buena, sino también en el padre bueno. Su padre ya no era un enemigo tan terrible como para que no pudiese enfrentar la lucha con él cuando lo consideraba como un rival odioso. De este modo dio un paso importante hacia el refuerzo de su posición genital y hacia el enfrentamiento de los conflictos y temores dependientes de sus deseos genitales.

EXTRACTOS DE UN HISTORIAL QUE ILUSTRAN EL DESARROLLO EDÍPICO DE LA NIÑA

He expuesto algunas de las ansiedades que trastornan el desarrollo genital del niño. Ahora voy a exponer parte del historial de una niña, al que he descrito ya en publicaciones anteriores desde diferentes puntos de vista.¹¹

Para su presentación este material tiene algunas ventajas, como la de ser sencillo y claro. La mayor parte de este caso ha sido publicado anteriormente. Sin embargo, añadiré algunos detalles hasta ahora no publicados, así como algunas interpretaciones nuevas que no hubiese podido hacer entonces, pero que retrospectivamente parecen confirmarse en el material.

¹¹ Véase la lista de pacientes al final de este tomo y también la que figura en el tomo 2 de estas *Obras completas*.

Mi paciente, Rita, tenía dos años y nueve meses al comienzo de su análisis. Era una niña muy difícilmente educable. Sufría de ansiedades de diferentes clases, de incapacidad de tolerar frustraciones y de frecuentes estados de tristeza. Demostraba rasgos obsesivos que se fueron incrementando en los últimos tiempos. También persistía en ceremoniales obsesivos complicados. Su conducta alternaba entre "bondad" exagerada y remordimientos y estados de "maldad", en los que intentaba dominar a todas las personas de su ambiente. También tenía dificultades en la alimentación; era "caprichosa" en sus gustos y a menudo no tenía apetito. Aunque era una niña muy inteligente, el desarrollo y la integración de su personalidad estaban detenidos por la fuerza de su neurosis.

Lloraba con frecuencia, aparentemente sin causa alguna, y cuando su madre le preguntaba por qué lloraba, contestaba: "Porque estoy tan triste". A la pregunta: "¿Por qué estás tan triste?", contestaba: "Porque estoy llorando". Su sentimiento de culpabilidad se expresaba en insistentes preguntas a su madre: "¿Soy buena?", "¿Me quieres?" No podía tolerar ningún reproche y si se la reñía empezaba a llorar o se mostraba hostil. Sus sentimientos de inseguridad en relación con sus padres se manifestaron, por ejemplo, en el siguiente incidente que ocurrió en su segundo año de vida. Me dijeron que una vez empezó a llorar porque su padre, jugando, amenazó a la figura de un oso de su libro con el cual ella se había identificado aparentemente.

Rita sufría de una intensa inhibición para jugar. Por ejemplo, lo único que podía hacer con sus muñecas era lavarlas y cambiarles los vestidos de un modo compulsivo. Tan pronto introducía en el juego alguna fantasía, se angustiaba y dejaba de jugar.

Lo que viene a continuación son algunos puntos cruciales de su desarrollo. Rita había sido amamantada durante unos pocos meses; después se le dio biberón, que no aceptó bien en un primer momento. También fue difícil destetarla del biberón para darle alimentos sólidos. Se le daba todavía un biberón por la noche y su madre me dijo que había tenido que renunciar a suprimírselo porque cada una de estas tentativas había provocado en la niña grandes complicaciones. En cuanto al control de esfínteres de Rita, conseguido ya a poco de tener un año, creo con fundamento que su madre se había preocupado demasiado. La neurosis obsesiva de Rita demostraba estar íntimamente conectada con su control de esfínteres precoz.

Rita compartió el dormitorio de los padres hasta casi los dos años, siendo a menudo testigo de los coitos de los padres. Cuando tuvo dos años, nació su hermano y entonces su neurosis se manifestó en toda su intensidad. Otra circunstancia coadyuvante fue el hecho de que su madre fuera también neurótica y tuviera una ambivalencia clara hacia Rita.

Sus padres me dijeron que hasta el final del primer año Rita quería mucho más a su madre que a su padre. Al comienzo de su se-

gundo año había desarrollado una preferencia clara por el padre, juntamente con celos intensos de su madre. A los quince meses Rita, cuando estaba sentada en las rodillas de su padre, expresó repetidamente y de un modo que no dejaba lugar a dudas su deseo de quedarse a solas con él en el cuarto. Es algo que no pudo decir con palabras. Cuando tuvo sus dieciocho meses, hubo un cambio notable, que se manifestó en modificaciones de su relación con ambos progenitores así como también en varios síntomas del tipo de terrores nocturnos y fobia a los animales (sobre todo a los perros). Su madre volvió a ser su favorita, aunque la relación con ella mostraba una ambivalencia intensa. Se adhería tanto a su madre que casi no podía dejar de verla. Esto iba acompañado con tentativas de dominarla y con un odio contra ella que a menudo no disimulaba. Al mismo tiempo Rita desarrolló un desagrado manifiesto contra su padre.

Estos hechos fueron observados claramente cuando ocurrieron y sus padres me los comunicaron. En el caso de niños mayores los informes de los padres acerca de lo ocurrido en los primeros años son menos de fiar, ya que con el transcurso del tiempo los hechos se falsifican más fácilmente en la memoria. En el caso de Rita, los detalles de aquellos sucesos todavía permanecían vivos en la mente de los padres y el análisis confirmó completamente lo esencial de sus informes.

Relaciones tempranas con los padres

Al comienzo del segundo año de Rita eran patentes algunos elementos importantes de su situación edípica, como su preferencia por el padre y sus celos de la madre y hasta el deseo de sustituir a la madre con el padre. Al estudiar el desarrollo edípico de Rita en su segundo año, tenemos que considerar algunos factores externos importantes. La niña compartía el dormitorio con sus padres, teniendo amplia oportunidad de ser testigo del coito entre ellos. Por lo tanto, había un estímulo constante para tener deseos libidinales y celos, odio y ansiedad. Cuando Rita cumplió quince meses, su madre quedó embarazada, comprendiendo la niña inconscientemente el estado de su madre. De este modo se reforzó fuertemente el deseo de Rita de recibir un bebé de su padre, así como su rivalidad con su madre. Como consecuencia de ello su agresividad y los sentimientos de culpabilidad y ansiedad, que la agresividad le provocaba, se incrementaron tanto que no pudo mantener sus deseos edípicos.

Sin embargo, las dificultades en el desarrollo de Rita no pueden ser explicadas solamente por estos últimos estímulos externos. Muchos niños están expuestos a vivencias similares, y hasta a otras mucho más desfavorables, sin que enfermen seriamente como consecuencia de ello. Por lo tanto, tenemos que tener en cuenta los factores internos, los cuales, interactuando con las influencias exteriores,

condujeron a la enfermedad de Rita y al trastorno de su desarrollo sexual.

Como reveló el análisis, los impulsos oral-sádicos de Rita eran realmente fuertes y ella tenía poca capacidad para tolerar tensiones de cualquier clase. Estas eran algunas de las características constitucionales de Rita, y determinaron el aspecto de sus reacciones a las frustraciones tempranas que ella sufrió. Estas reacciones afectaron intensamente, ya desde un comienzo, su relación con su madre. Cuando, al final del primer año, se manifestaron los deseos edípicos positivos esta nueva posición frente a sus progenitores reforzó los sentimientos de Rita de frustración, de odio y de agresividad, con sus afectos concomitantes de ansiedad y culpabilidad. La niña fue entonces incapaz de elaborar estos diferentes conflictos y por ello no pudo mantener sus deseos genitales.

La relación de Rita con su madre estaba dominada por dos grandes fuentes de ansiedad: temor persecutorio y ansiedad depresiva. Por un lado su madre era para ella una figura terrorífica y vengativa y por otro lado era su objeto bueno, querido e indispensable. Rita percibía su propia agresión como un peligro para esta madre querida y, por lo tanto, estaba aterrada por el temor a perderla. Fueron la intensidad de estas ansiedades tempranas y los sentimientos de culpabilidad los que en gran parte determinaron la incapacidad de Rita de tolerar otra ansiedad más y la culpa proveniente de los sentimientos edípicos: la rivalidad y el odio en contra de su madre. Como defensa reprimió su odio y lo sobrecompensó con un amor excesivo, lo que necesariamente traía consigo una regresión a estadios más tempranos de su libido. También fue influida básicamente por estos factores la relación de Rita con su padre. Parte del resentimiento que sentía hacia su madre fue desplazado hacia su padre, reforzando así contra él el odio que provenía de la frustración de sus deseos edípicos y que, al comienzo del segundo año, había suplantado su amor al padre. Su fracaso en establecer una relación satisfactoria con su madre se repitió en la relación oral y genital con su padre. Se hicieron patentes en su psicoanálisis unos deseos intensos de castrarlo (en parte derivados de frustraciones en su posición femenina y en parte de su envidia al pene proveniente de su posición masculina).

De este modo las fantasías sádicas de Rita estaban íntimamente unidas con los resentimientos derivados de frustraciones en diferentes posiciones libidinales que ella vivenciaba tanto en su situación edípica invertida como en la positiva. El coito entre los padres tenía un papel importante en sus fantasías sádicas y en la mente de la niña fue algo peligroso y terrorífico, donde su madre aparecía como víctima de la crueldad extrema del padre. Como consecuencia de ella se imaginaba al padre, no solamente como alguien peligroso para la madre sino también para ella misma, en la medida en que sus deseos edípicos se mantenían en identificación con la madre. La fobia de Rita a los perros, provenía del temor al pene peligroso del padre, que le

iba a morder, en venganza a sus propios impulsos de castrarlo. Todo su contacto afectivo con el padre estaba profundamente trastornado, porque Rita lo había convertido en un "hombre malo". Lo odiaba tanto más, porque corporizaba sus propios deseos sádicos en contra de su madre.

El episodio siguiente, que me comunicó la madre, ilustra este último punto. Al comienzo de su tercer año Rita había salido a pasear con su madre y vio a un cochero fustigando cruelmente a sus caballos. La madre se indignó mucho y la niña también expresó una indignación intensa. El mismo día, algo más tarde, Rita sorprendió a su madre, diciéndole: "¿Cuándo vamos a salir de nuevo para ver al hombre malo pegando a los caballos?" Reveló así que había tenido un placer sádico con aquella crueldad y que deseaba su repetición. En su inconsciente el cochero representaba al padre, y los caballos a su madre; su padre realizaba en el coito las fantasías sádicas de la niña dirigidas contra la madre. El temor al genital malo del padre, juntamente con la fantasía de su madre dañada y destruida por el odio de Rita y por el padre malo —el cochero—, interfería a la vez en sus deseos edípicos positivos y en los invertidos. Rita no podía identificarse con una madre tan destruida, ni tampoco permitirse sustituir al padre adoptando la posición homosexual. Por ello en estos estadios tempranos ella no pudo afianzar satisfactoriamente ninguna de las dos posiciones.

Algunos ejemplos del material analítico

Las ansiedades experimentadas por Rita al ser testigo de la escena primaria se observan en el siguiente material.

Durante su análisis en una ocasión puso un ladrillo triangular de juguete sobre uno de sus lados, y me dijo: "Esta es una mujercita". Luego tomó un "martillito", como ella llamaba a un ladrillito oblongo, y con él golpeó fuertemente la caja de ladrillos, diciéndome: "Cuando el martillo pegaba fuerte, la mujercita se asustaba mucho". El ladrillito triangular la representaba a ella misma, el "martillo" al pene del padre y la caja a su madre. Toda la situación la representaba siendo ella testigo de la escena primaria. Es significativo que Rita golpeará la caja exactamente en un lugar donde tenía únicamente papel, de modo que le hizo un agujero. Esta fue una de las veces en que Rita me demostró simbólicamente su conocimiento inconsciente de la vagina y el papel que tenía en sus teorías sexuales.

Los dos ejemplos siguientes se refieren a su complejo de castración y a su envidia del pene. Rita estaba jugando a que viajaba con su osito de juguete a la casa de una mujer "buena", donde se le daría "un trato maravilloso". Sin embargo, este viaje no se hizo tranquilamente. Rita se deshizo del maquinista, colocándose en su lugar, pero el maquinista volvía una y otra vez y la amenazaba, provocándole una gran ansiedad. Un objeto de disputa entre él y ella era su osito,

que para ella era algo esencial para el éxito del viaje. En este juego el osito representaba el pene del padre y la rivalidad de Rita con el padre estaba expresada en la lucha por el pene. Se lo había robado al padre, en parte con sentimientos de envidia, odio y venganza y en parte para sustituirle con la madre y —mediante el pene potente del padre— reparar los daños que había hecho a su madre en la fantasía.

El próximo ejemplo está relacionado con el ritual de Rita al acostarse. Este se había hecho más y más complicado y compulsivo en el transcurso del tiempo; tenía también otro ceremonial relacionado con el anterior pero con sus muñecas. El punto principal de este ceremonial era que ella (y también su muñeca) tenía que estar bien envuelta en las mantas y sábanas porque de otro modo —como ella decía— un ratón o un “Butzen” (una palabra que ella inventó) iba a entrar por la ventana y le arrancaría, mordiéndoselo, su propio “Butzen”. El “Butzen” representaba a la vez el órgano genital de su padre y el suyo propio: el pene de su padre le iba a arrancar, mordiéndoselo, su propio pene imaginario, exactamente del mismo modo que ella deseaba castrarlo a él. Como me doy cuenta ahora, el temor a que su madre atacase el “interior de su cuerpo” contribuía también a originar su temor de que alguien penetrase por la ventana. La habitación representaba también al cuerpo de Rita y el asaltante era su madre, que se vengaba de los ataques de la niña hacia ella. La necesidad obsesiva de que le envolviesen bien y con tantos cuidados con las mantas y sábanas era una defensa contra estos temores.

Desarrollo del superyó

Las ansiedades y los sentimientos de culpa descritos en las dos últimas secciones se encontraban en el desarrollo del superyó de Rita.

Encontré en ella un superyó cruel e inflexible, tal como se encuentra en las neurosis obsesivas severas de los adultos.

En el análisis pude encontrar el origen de este desarrollo en el comienzo de su segundo año. A la luz de mi experiencia posterior he llegado a la conclusión de que los comienzos del superyó de Rita se encontraban en los primeros meses de su vida.

En el juego del viaje, que he descrito, el maquinista representaba a su superyó además de su padre real. También vemos la actividad de su superyó en el juego obsesivo de Rita con su muñeca, cuando hacía un ritual parecido al ceremonial antes de dormirse, y hacía dormir a su muñeca tapándola cuidadosamente con las mantas. Una vez, durante el análisis, Rita colocó un elefante al lado de la cama de la muñeca. Me explicó que el elefante estaba allí para evitar que la “niña” (muñeca) se levantara, porque si no la “niña” entraría en el dormitorio de sus padres y “les haría daño o les quitaría algo”. El elefante representaba su superyó (su padre, su madre), y las agresiones a sus padres, que debía impedir, eran la expresión de los propios impulsos sádicos de Rita referentes al coito y al embarazo de su madre. El su-

peryo tenía la función de evitar que la niña robara a la madre su bebé, dañara o destruyera el cuerpo de la madre o castrara al padre.

Un detalle significativo de su historial es que al principio de su tercer año Rita declaraba repetidamente al jugar con sus muñecas que ella *no era la madre de la muñeca*. En el análisis se pudo ver que ella no podía permitirse ser la madre de la muñeca porque la muñeca representaba a su hermanito, a quien ella deseaba pero a la vez temía quitar a su madre.

Su culpabilidad también provenía de las fantasías agresivas tenidas durante el embarazo de su madre. Cuando Rita no podía asumir en los juegos el papel de la madre de su muñeca, esta inhibición provenía de sus sentimientos de culpa y además de su temor de una figura materna cruel, muchísimo más severa que su madre real.

Rita no solamente veía a su madre *real* en esta forma distorsionada, sino que sentía además un peligro constante frente a una figura materna terrorífica *interna*. Me he referido a los ataques fantaseados de Rita al cuerpo de su madre, y a la angustia correspondiente de que su madre la atacase y le robase sus bebés imaginarios, y además de su terror de ser atacada y castrada por su padre. Profundizando en mis interpretaciones, considero que a los ataques fantaseados a su cuerpo por sus padres como figuras externas, correspondía el temor de ataques internos por las figuras paternas perseguidoras internalizadas, que formaban la parte cruel de su superyó.¹²

La rudeza del superyó de Rita se demostró a menudo en sus juegos durante el análisis. Por ejemplo, solía castigar cruelmente a su muñeca, lo que iba seguido de un estallido de rabia y de temor. En ello se identificaba a la vez con los padres rudos, que infligen un castigo intenso, y con el niño castigado cruelmente que estalla de rabia. Esto era visible, no solamente en sus juegos, sino también en toda su conducta. En ciertos momentos, Rita parecía ser el portavoz de una madre severa e inaccesible y en otros el de un niño que no se domina y que está lleno de aidez y destructividad.

Se tenía la impresión de que existía muy poco de su propio yo para unir estos dos extremos y que sirviera para modificar la intensidad del conflicto. Con ello estaba perturbado el proceso gradual de la integración del superyó, no pudiendo Rita desarrollar su propia personalidad.

Ansiedades persecutorias y depresivas que interfieren en el desarrollo edípico

Los sentimientos depresivos de Rita eran un rasgo llamativo de su neurosis. Sus estados de tristeza y sus llantos sin causa alguna, las preguntas constantes a su madre sobre si la quería, eran señales de

¹² Algo más adelante, en mi resumen general teórico, me refiero al desarrollo del superyó en la niña y a la parte esencial que desempeña en él el padre. Este aspecto de la

sus ansiedades depresivas. Estas ansiedades tenían sus raíces en su relación con el pecho de la madre. A consecuencia de sus fantasías sádicas, en las que atacaba al pecho materno y a toda su madre, Rita estaba sometida a temores que influenciaban profundamente su relación con ésta. Por un lado quería a su madre, sintiéndola como un objeto bueno e indispensable, y se sentía culpable porque la había dañado con sus fantasías agresivas; por otro lado, la odiaba y la temía, viéndola como madre mala y perseguidora (en primer lugar como el pecho malo). Estos temores y sentimientos complicados, relacionados con la madre, sentida como objeto externo e interno, constituían su posición depresiva infantil. Rita no podía elaborar esta angustia y era incapaz de vencer su posición depresiva.

En este contexto es significativo cierto material del comienzo de su análisis.¹³ Rita trazó unos garabatos en un trozo de papel y lo ennegreció enérgicamente. Luego lo rompió y tiró los pedazos a un vaso de agua, que llevó a su boca como para beberse. En ese momento se interrumpió y dijo para sí misma: "Mujer muerta". Este material, con las mismas palabras, se repitió en otra ocasión.

El trozo de papel ennegrecido, roto y echado al agua representaba a su madre destruida por procedimientos orales, anales y uretrales, y esta imagen de la madre muerta se refería, no solamente a su madre externa en los momentos en que no podía verla, sino también a su madre interna. Rita tuvo que renunciar a su rivalidad con su madre en la situación edípica, porque su temor inconsciente a la pérdida del objeto interno y externo actuaba como una barrera contra cualquier deseo que pudiese incrementar su odio a la madre, y por lo tanto causarle la muerte. Estas ansiedades, que provenían de la posición oral, eran las que provocaban la depresión intensa que desarrolló Rita como reacción a las tentativas de su madre de privarle del último biberón. Rita no quiso beber la leche de una taza. Se sumió en un estado de desesperación; perdió el apetito, rechazó los alimentos y se adhirió más que nunca a su madre, preguntándole una y otra vez que si la quería, que si ella se había conducido mal, y otras preguntas por el estilo. Su análisis reveló que el destete o la supresión del biberón era para ella como un castigo cruel a causa de sus deseos agresivos y de muerte contra su madre. Como no tener más el biberón le representaba la pérdida definitiva del pecho, al privársele el biberón, Rita sentía que ella realmente había destruido a su madre. La misma presencia de ésta sólo servía para aliviar temporalmente estos temores, lo que lleva a pensar que mientras el biberón retirado le

formación del superyó no había aparecido en el análisis de Rita; sin embargo se manifestaba un desarrollo en esta dirección por la mejor relación con su padre hacia el fin del análisis. Considero que la angustia y la culpabilidad relacionada con su madre dominaban de tal manera su vida emocional, que tanto la relación con el padre externo como con la figura paterna internalizada estaban trastornadas.

¹³ Esta parte del material no ha sido publicada anteriormente.

representaba el pecho perdido, la taza de leche, que Rita rechazaba en su estado de depresión consecutivo a la privación del biberón, le representaba a la madre destruida y muerta, análogamente como el vaso de agua con el papel roto le había representado a la "mujer muerta".

Como ya he dado a entender, las ansiedades depresivas de Rita, referentes a la muerte de su madre, estaban unidas a temores persecutorios referentes a agresiones contra su propio cuerpo hechas por una madre vengativa. En realidad, a una niña tales agresiones siempre le parecen ser, no solamente un peligro para su cuerpo, sino también un daño hecho a todo lo valioso que ella se imagina que contiene su "interior", es decir, a sus posibles niños, a la madre buena y al padre bueno.

La incapacidad de proteger estos objetos amados en contra de perseguidores externos e internos es una parte fundamental de las ansiedades de la niña.¹⁴

La relación de Rita con su padre en gran parte estaba determinada por las situaciones de ansiedad centradas en su madre. Gran parte de su odio y de su temor al pecho malo fue transferido al pene de su padre. La culpabilidad excesiva y el temor de pérdida relacionados con la madre también habían sido transferidos al padre. Todo esto —juntamente con la frustración sufrida directamente del padre— había interferido con el desarrollo de su complejo edípico positivo.

El odio a su padre estaba reforzado por la envidia al pene y por la rivalidad con él en la situación edípica invertida. Su tentativa de vencer la envidia del pene le condujo a una creencia reforzada en su pene imaginario. Sin embargo, creía que este pene había sido dañado por un padre malo que la iba a castrar como venganza contra sus propios deseos de castrarlo a él. Cuando Rita temía que el "Butzen" del padre penetrara en su habitación y le arrancase su propio "Butzen" de un mordisco esto era una muestra de su temor de castración.

Sus deseos de apoderarse del pene del padre y de desempeñar el papel paterno con la madre eran indicaciones claras de su envidia del pene. Esto fue ilustrado en el material de juego que ya he citado: Viajaba con su osito de juguete, que representaba su pene, a casa de una "mujer buena", que le iba a ofrecer un "agasajo maravilloso". Sin embargo, su deseo de poseer un pene propio era reforzado fuertemente —como me lo demostró su análisis— por ansiedades y sentimientos de culpabilidad relacionados con la muerte de su madre querida. Estas ansiedades, que ya anteriormente habían dañado su relación con la madre, contribuyeron mucho al fracaso de su evolución edípica positiva. Tuvieron también la consecuencia de reforzar

¹⁴ Esta situación de ansiedad en cierto modo formaba parte del análisis de Rita, pero entonces yo no percibí totalmente la importancia de tales ansiedades ni su conexión íntima con la depresión. Esto se me hizo más patente a la luz de mi experiencia ulterior.

los deseos de Rita de poseer un pene, porque sentía que únicamente podía reparar el daño hecho a su madre y reponer los niños, que en su fantasía ella le había robado, poseyendo un pene propio, con el cual satisficiera a su madre y le diese niños. Las dificultades excesivas de Rita para manejar su complejo de Edipo invertido y positivo estaban, por lo tanto, arraigadas en su posición depresiva. Juntamente con la disminución de estas ansiedades, se hizo Rita más capaz de tolerar sus deseos edípicos y de alcanzar más intensamente una actitud femenina y maternal. Hacia el final de su análisis, que se interrumpió prematuramente por circunstancias externas, la relación de Rita con ambos progenitores, así como con sus hermanos, había mejorado. Su aversión hacia el padre, que hasta entonces había sido muy patente, fue sustituida por cariño hacia él; la ambivalencia hacia su madre disminuyó, desarrollándose una relación más amistosa y estable entre ambas.

El cambio de actitud de Rita hacia su osito y su muñeca reflejaba cuánto había progresado su desarrollo libidinal y todo lo que habían sido reducidas sus dificultades neuróticas y la severidad de su super-yó. Una vez, hacia el final de su análisis, mientras estaba besando su osito y abrazándolo y dándole nombres cariñosos, dijo: "Ahora no me siento desgraciada, porque ahora tengo un bebé a quien quiero mucho". Ahora Rita podía permitirse a sí misma ser la madre de su hijo imaginario. Este cambio no era una evolución totalmente nueva, sino, en cierto modo, un retorno a una posición libidinal anterior. En su segundo año, los deseos de Rita de recibir el pene del padre y de tener un hijo con él, habían sido perturbados por la ansiedad y la culpabilidad relacionadas con su madre; con ello su desarrollo edípico positivo fracasó y consecutivamente sufrió una agravación clara en su neurosis. Cuando Rita afirmó, con énfasis, que no era la madre su muñeca, expresó claramente su lucha en contra de sus deseos de tener un bebé. Bajo el agobio de su ansiedad y de su culpa, no pudo mantener su posición femenina, siendo por ello empujada a reforzar su posición masculina. De este modo el osito llegó a representar predominantemente el pene que ella deseaba. Rita no pudo permitirse el deseo de tener un niño de su padre, ni identificarse con su madre en la situación edípica, hasta que le disminuyeron las ansiedades y la culpabilidad relacionadas con sus progenitores.

RESUMEN GENERAL TEORICO

a) *Estadios tempranos del complejo de Edipo en los dos sexos*

El cuadro clínico de los dos casos presentados en este artículo, difiere en muchos aspectos. Sin embargo, los dos casos tenían importantes rasgos comunes como eran los fuertes impulsos oral-sádicos, la ansiedad y la culpabilidad excesivas y la poca capacidad del yo pa-

ra tolerar cualquier clase de tensión. En mi experiencia, éstos son algunos de los factores que, en combinación con circunstancias externas, impiden al yo ir construyendo gradualmente defensas adecuadas contra la ansiedad. Como consecuencia, la elaboración de situaciones de ansiedad temprana queda empeorada y sufre el desarrollo emotivo libidinal y del yo del niño. Debido al predominio de la ansiedad y de la culpabilidad, hay una fijación exagerada en los estadios tempranos de la organización libidinal y, actuando con esto mutuamente, una tendencia excesiva a regresar a aquellos estadios tempranos. En consecuencia, el desarrollo edípico queda dificultado y la organización genital no puede establecerse firmemente. En los dos casos tratados en este artículo, así como en otros casos, el complejo de Edipo empezó a desarrollarse por cauces normales al disminuir las ansiedades tempranas.

La actuación de la ansiedad y de la culpabilidad en el curso del desarrollo edípico hasta un cierto grado han sido ilustradas por los dos breves historiales que he citado. Sin embargo, la revisión que viene a continuación de mis conclusiones teóricas sobre ciertos aspectos del desarrollo edípico, está basada en toda mi actuación analítica con casos de niños y adultos, que comprenden desde la normalidad hasta las neurosis más graves.

Una descripción completa del desarrollo edípico debería incluir una valorización de los influjos externos de las vivencias en cada estadio, además de la descripción de la manera como actúan éstas a través de toda la infancia. He sacrificado deliberadamente la descripción exhaustiva de los factores externos a la necesidad de aclarar los resultados más importantes de la evolución.¹⁵

Mi experiencia me ha llevado a creer que, en el principio de la vida, la libido está combinada con agresividad y que el desarrollo de la libido en cualquier estadio está afectado vitalmente por la ansiedad proveniente de esta agresividad. La ansiedad, la culpabilidad y los sentimientos depresivos empujan a veces a la libido a nuevas fuentes de satisfacción, y otras veces frenan el desarrollo de la libido reforzando su fijación en un objeto y finalidades anteriores.

Comparándola con el desarrollo ulterior del complejo de Edipo, la imagen de sus primeros estadios es necesariamente más oscura porque el yo del niño es inmaduro y se halla totalmente bajo el influjo de las fantasías inconscientes; también su vida instintiva está en su fase más polimorfa. Estos estadios tempranos están caracterizados por fluctuaciones rápidas entre diferentes objetos y finalidades, con

¹⁵ En este resumen mi propósito principal es el presentar claramente mis puntos de vista sobre ciertos aspectos del complejo edípico. También intento comparar mis conclusiones con ciertas afirmaciones de Freud sobre este tema. Por lo tanto, considero imposible ocuparme también de citar otros autores o de hacer referencias a la copiosa bibliografía que trata de este asunto. Sin embargo, en lo que se refiere al complejo edípico de la niña, remito al lector al capítulo 11 de mi libro *El psicoanálisis de niñas* (1932), en el cual he señalado los puntos de vista de varios autores.

las correspondientes fluctuaciones en cuanto a las defensas. En mi opinión, el complejo de Edipo comienza en el primer año de vida y en ambos sexos. inicia su desarrollo siguiendo caminos similares. La relación con el pecho materno es uno de los factores esenciales que influye en todo el desarrollo emotivo y sexual del niño, por lo tanto, en la siguiente descripción de los comienzos del complejo de Edipo en los dos sexos, parto de la relación con el pecho.

Parece ser que la búsqueda de nuevas fuentes de satisfacción es inherente al movimiento progresivo de la libido. La satisfacción experimentada con el pecho materno permite al niño dirigir sus deseos hacia nuevos objetos y ante todo hacia el pene de su padre. Sin embargo, es dado a este nuevo deseo un empuje especial por las frustraciones sufridas con el pecho materno. Es importante recordar que las frustraciones dependen tanto de factores internos como de experiencias reales. Y cierta frustración con el pecho es inevitable, aun bajo las circunstancias más favorables, porque lo que el niño realmente desea son satisfacciones *ilimitadas*. Las frustraciones experimentadas con el pecho materno impulsan tanto al niño como a la niña a abandonarlo y estimulan en ellos el deseo de una satisfacción oral a través del pene del padre. Por lo tanto, el pecho y el pene son los objetos primarios de los deseos orales del niño.¹⁶

Desde un comienzo, la frustración y la satisfacción moldean la relación del niño con el pecho bueno querido y con el pecho malo odiado. La necesidad de manejar la frustración y la agresión resultante es uno de los factores que conducen a idealizar el pecho bueno y la madre buena y consecutivamente a intensificar el odio y los temores al pecho y a la madre malos, que se convierten en el prototipo de todos los objetos perseguidores asustadores.

Estas dos relaciones en conflicto con el pecho de la madre son trasladadas a la relación ulterior con el pene del padre. La frustración sufrida en la relación anterior con el pecho aumenta las exigencias y confianzas en la nueva fuente de satisfacción estimulando el amor hacia el nuevo objeto. El desengaño inevitable refuerza la regresión hacia el primer objeto y todo esto contribuye a la fragilidad y a la fluidez de las actitudes emocionales y de los estadios de la organización libidinal.

Además, los impulsos agresivos estimulados y reforzados por la frustración hacen que el niño, en su imaginación, convierta a las víctimas de sus fantasías en figuras dañadas y vengativas, que le amenazan con los mismos ataques sádicos que él realiza en su fantasía en

¹⁶ Al tratar de la relación fundamental del niño con el pecho de la madre, con el pene del padre y de las situaciones de ansiedad y las defensas resultantes, yo pienso en algo más que en una relación con objetos parciales. En realidad ya desde un comienzo el niño asocia estos objetos parciales con su padre y con su madre. Las vivencias diarias con sus padres y la relación inconsciente que se va desarrollando con ellos como objetos internos más y más se concentran alrededor de estos objetos parciales primarios y se suman a su importancia primordial en el inconsciente del niño.

contra de sus padres.¹⁷ Consecutivamente el niño siente una necesidad aumentada hacia un objeto amado y amante —un objeto ideal perfecto— para satisfacer en él su anhelo de recibir auxilio y seguridad.

Por lo tanto, según las ocasiones, cada objeto puede convertirse en bueno o malo. Esta oscilación entre los diferentes aspectos de las *imago*s primarias significa una interacción íntima entre los estadios tempranos del complejo de Edipo invertido y positivo.

Ya que durante el predominio de la libido oral, el niño introyecta sus objetos desde un comienzo, las *imago*s primarias tienen su contrapartida en su mundo interior. Las *imago*s del pecho de su madre y del pene de su padre se establecen dentro de su yo y forman el núcleo de su superyó. A la introyección del pene bueno y malo y de la madre corresponde la introyección del pene bueno y malo y del padre. Ellos se hacen así los primeros representantes, por un lado, de las imágenes internas protectoras y auxiliadoras, y por otro lado de las imágenes internas vengativas y perseguidoras, constituyendo las primeras identificaciones que desarrolla el yo.

La relación del niño con sus imágenes internas se entremezcla diversamente con la relación ambivalente del niño con sus dos progenitores, percibidos por él como objetos externos. Porque juntamente con la introyección de los objetos externos existe en cada momento la proyección de las imágenes internas en el mundo externo, y a esta interacción de introyección y proyección están sometidos tanto la relación del niño con los padres reales como el desarrollo de su superyó. A consecuencia de esta interacción, que supone una orientación hacia afuera y hacia adentro, hay una fluctuación constante entre los objetos y las situaciones internas y externas. Estas fluctuaciones son dependientes del movimiento de la libido entre las diferentes finalidades y objetos; de este modo el curso del complejo de Edipo está íntimamente unido al desarrollo del superyó.

Aunque todavía recubiertos por la libido real, uretral y anal, los deseos genitales se unen pronto a los impulsos orales del niño. Los deseos genitales tempranos, así como los orales, van dirigidos hacia la madre y el padre. Según supongo, hay en los dos sexos un conocimiento inconsciente referente a la existencia del pene así como a la vagina. En el niño varón las sensaciones genitales constituyen la base para su idea de que el padre posee un pene, que el niño desea siguiendo la ecuación "pecho = pene". Al mismo tiempo, sus sensaciones genitales e impulsos también implican la búsqueda de una abertura

¹⁷ Debe ser tenida en cuenta la gran dificultad de expresar, en lenguaje adulto, las fantasías y los sentimientos de un niño pequeño. Todas las descripciones de las fantasías inconscientes tempranas —y también de todas las fantasías inconscientes en general— pueden ser consideradas únicamente como señaladores de los contenidos, más bien que señaladores de las formas de tales fantasías.

en la cual introducir su pene, es decir, son impulsos dirigidos hacia la madre. De un modo similar, las sensaciones genitales de la niña preparan el deseo de recibir el pene de su padre en su vagina. Por lo tanto, parece ser que los deseos genitales hacia el pene del padre, que se unen con los deseos orales, forman la raíz de los estadios tempranos del complejo de Edipo positivo de la niña y del complejo de Edipo invertido del varón.

En cada estadio el curso del desarrollo libidinal está influido por sentimientos de ansiedad, de culpa y de depresión. En los dos artículos precedentes me he referido repetidamente a la posición depresiva infantil, señalándola como la posición central en el desarrollo temprano. Ahora sugeriría la siguiente formulación: el núcleo de los sentimientos depresivos infantiles, o sea, el temor del niño a la pérdida de sus objetos queridos, como consecuencia de su odio y de su agresión, entra desde un comienzo en sus relaciones de objeto y su complejo edípico.

Un corolario esencial de los sentimientos de ansiedad, de culpa y de depresión es la necesidad de reparación. Sometido a su culpa, el niño se siente impulsado a deshacer, mediante procedimientos libidinales, las consecuencias de sus impulsos sádicos. De este modo, los sentimientos de amor, que coexisten con los impulsos agresivos, están reforzados por la tendencia a la reparación. Las fantasías de reparaciones representan a menudo, aun en los detalles mínimos, lo contrario de las fantasías sádicas, correspondiendo al sentimiento de omnipotencia sádica el sentimiento de omnipotencia reparadora. Por ejemplo, la orina y las heces representan medios de destrucción cuando el niño odia, y regalos cuando el niño quiere; pero cuando se siente culpable e impulsado a hacer una reparación, los excrementos "buenos" se convierten en su mente en los medios por los cuales puede curar el daño hecho con sus excrementos "peligrosos". Igualmente, tanto el varón como la niña, aunque a través de caminos diferentes, sienten que el pene, que en sus fantasías sádicas ha dañado y destruido a la madre, se convierte el medio de restaurarla y curarla en las fantasías de reparación. Con esto, el deseo de dar y de recibir satisfacciones libidinales está aumentado por el impulso a la reparación, porque el niño siente que de este modo el objeto dañado puede ser restaurado y también que se ha disminuido el poder de sus impulsos agresivos, que sus impulsos de amor tienen curso libre y que su culpabilidad está tranquilizada.

Así, en cada etapa el curso del desarrollo libidinal está estimulado y reforzado por el impulso a la reparación y, en último término, por el sentimiento de culpa. Por otro lado, la culpa que origina el impulso de reparación también inhibe los deseos libidinales, porque cuando el niño siente que predomina su agresividad, los deseos libidinales le parecen un peligro para sus objetos amados, y, por lo tanto, los tiene que reprimir.

b) *El desarrollo edípico del niño varón*

Hasta ahora he delineado los estadios tempranos del complejo de Edipo en ambos sexos. Ahora trataré especialmente el desarrollo del varón. Su posición femenina —que influye de un modo vital en su actitud hacia los dos sexos— llega a constituirse bajo el dominio de impulsos y fantasías orales, uretrales y anales, y está íntimamente unida a su relación con los pechos de su madre. Si el niño puede desplazar una parte de sus deseos tiernos y libidinales del pecho de la madre al pene del padre, y al mismo tiempo sigue considerando al pecho como un objeto bueno, entonces imaginará el pene de su padre como un órgano bueno y creador que le causará una satisfacción libidinal y también que le dará niños, como se los da a su madre. Estos deseos femeninos constituyen siempre un rasgo inherente al desarrollo del varón. Constituyen la raíz de su complejo edípico invertido y forman la primera posición homosexual. La imagen tranquilizadora del pene paterno, como un órgano bueno y creador, es también una condición previa para la capacidad del varón de desarrollar sus deseos edípicos positivos. Porque solamente cuando tiene una creencia suficientemente intensa en la "bondad" del genital masculino —tanto de su padre como del suyo propio— puede permitirse el niño experimentar sus deseos genitales hacia la madre. Cuando su temor del padre castrador está mitigado por su confianza en el padre bueno, puede entonces enfrentar su odio y rivalidad edípicos. Así se desarrollan simultáneamente las tendencias edípicas invertidas y positivas y hay una interacción íntima entre ambas.

Existen bases firmes para suponer que, tan pronto como se tienen sensaciones genitales, se activa el temor a la castración. Según la definición de Freud, el temor a la castración en el varón es el temor de tener el órgano genital atacado, dañado o quitado. Yo creo que este temor se vivencia bajo el predominio de la libido oral. Los impulsos oral-sádicos del niño varón hacia el pecho de su madre se transfieren al pene de su padre, y sumándose a esto la rivalidad y el odio de la situación edípica temprana encuentra su expresión en el deseo del varón de arrancar, mordidiéndolo, el pene de su padre, lo cual despierta en él el temor a que su propio órgano genital vaya a ser arrancado de un mordisco por su padre, que se venga así de sus deseos. Hay varias ansiedades tempranas que provienen de diferentes fuentes y que constituyen el temor de la castración. Los deseos genitales del niño hacia su madre están conectados desde el principio con peligros fantásticos, a causa de sus fantasías de ataque al cuerpo materno, de contenidos orales, uretrales y anales. El varón siente que el "interior materno" está dañado, envenenado y que es venenoso; que también contiene, según sus fantasías, el pene del padre, el cual, debido a sus propios ataques sádicos contra él, es sentido como un objeto hostil y castrador que amenaza a su propio pene con la destrucción.

A esta imagen asustadora del "interior" de su madre —que co-

existe con la imagen de su madre como fuente de todo lo bueno y gratificador— corresponden los temores acerca del interior de su propio cuerpo. Predomina entre ellos el temor del niño a un ataque interno realizado por unas imágenes peligrosas que son ya maternas, ya paternas, ya de ambos unidos, en venganza a sus propios impulsos agresivos. Esos temores de persecución influyen decisivamente en las ansiedades del varón acerca de su propio pene, debido a que cada ataque en contra de su “interior” por los perseguidores internalizados implica también para él un ataque contra su propio pene, que él teme que pueda ser mutilado, envenenado o devorado desde dentro. Pero no es solamente el pene, lo que el niño siente que debe preservar, sino también los buenos contenidos de su cuerpo, las heces y orina buenas, los bebés que él desea tener en la posición femenina y los bebés que —identificándose con el padre bueno y creador— desea producir, siguiendo su posición masculina. Al mismo tiempo se siente impulsado a proteger y preservar los objetos amados que el niño había internalizado simultáneamente con las imágenes perseguidoras. De este modo su temor a los ataques internos en contra de sus objetos amados está íntimamente unido con el temor a la castración, reforzándolo.

Otra ansiedad que contribuye a su temor de castración procede de fantasías sádicas, según las cuales sus excrementos se han convertido en venenosos y peligrosos. También su propio pene, que es equiparado en su mente a estas heces peligrosas, está lleno de orina mala y, por lo tanto, en sus fantasías de coito se convierte en un órgano de destrucción. Este temor está incrementado por la creencia de que él contiene el pene malo de su padre, o sea, por una identificación con su padre malo. Cuando este tipo especial de identificación se hace intenso, se percibe como una alianza con el padre interno malo en contra de la madre. Consecutivamente, disminuye la creencia del niño varón en la capacidad productora y reparadora de su propio órgano genital; siente que sus propios impulsos agresivos se refuerzan y que el coito con su madre sería cruel y destructivo. Las ansiedades de este tipo tienen un papel importante en sus temores de castración y en la represión de sus deseos genitales, así como en la regresión a estadios anteriores. Si estos temores diversos son demasiado intensos y la necesidad de reprimir los deseos genitales es demasiado fuerte, posteriormente se presentan dificultades en la potencia. En el varón, tales temores están normalmente contrarrestados por una imagen del cuerpo de su madre como fuente de toda bondad (leche y bebés buenos), así como por su introyección de objetos amados. Cuando predominan sus impulsos de amor, los productos y contenidos de su cuerpo adquieren el significado de regalos; su pene se convierte en un medio de gratificación y de dar bebés a su madre, así como reparación.

También, si predomina la sensación de tener el pecho bueno de la madre y el pene bueno del padre, la confianza del niño en sí mismo

aumenta, lo que le permite liberar sus impulsos y deseos. En una unión e identificación con su padre bueno, el niño percibe que su pene adquiere cualidades reparadoras y creadoras. Todas estas emociones y fantasías le permiten enfrentar su temor a la castración y establecer de un modo firme su posición genital. Son también la condición previa para una potencia sublimada, que interviene fuertemente en las actividades e intereses del niño; al mismo tiempo se crea así la base para adquirir potencia en años venideros.

c) *El desarrollo edípico de la niña*

Ya he descrito los estadios tempranos del desarrollo edípico de la niña, en tanto que coinciden con el desarrollo del niño. Ahora señalaré ciertos rasgos esenciales que son específicos del complejo edípico de la niña.

A la niña se le presenta el deseo de recibir el pene cuando, dada la naturaleza receptiva de sus órganos genitales, se le refuerzan las sensaciones correspondientes.¹⁸

Al mismo tiempo tiene un conocimiento inconsciente de que su cuerpo contiene bebés en potencia, lo que siente ser su más valiosa posesión. El pene de su padre como el objeto que da los bebés, y que está equiparado con los bebés, se convierte en objeto fuertemente deseado y admirado por la niña. Esta relación con el pene, como fuente de felicidad y de dones buenos, está incrementada por la relación de amor y de agradecimiento con el pecho bueno.

Unidas a su conocimiento inconsciente de que en potencia ella contiene bebés, la niña tiene dudas intensas acerca de su capacidad de poder tener niños. En diferentes aspectos, se siente en una posición de desventaja al compararse con su madre. Según el inconsciente de la niña, la madre está dotada de un poder mágico, porque todo lo bueno procede de su pecho y porque la madre también contiene el pene del padre y los bebés. En contraste con el niño varón, cuya confianza de tener potencia se refuerza por la posesión de un pene, que puede ser comparado con el pene del padre, la niña no tiene medios de tranquilizarse en lo referente a su fertilidad futura. Además, sus dudas se incrementan por todas las ansiedades referentes a los contenidos de su cuerpo. Estas ansiedades intensifican los impulsos de robar el cuerpo de la madre, de sus niños y también del pene paterno, intensificando esto a su vez el temor de que su propio interior pueda ser atacado y robado, privándole de sus contenidos “buenos”, por una madre vengativa externa e interna.

Algunos de estos elementos actúan también en el niño, pero los

¹⁸ El análisis de niños pequeños no deja lugar a duda respecto al hecho de que la vagina está representada en el inconsciente del niño. La masturbación vaginal real en la primera infancia es mucho más frecuente de lo que se ha creído, lo cual está señalado por varios autores.

rasgos esenciales del desarrollo de la niña lo constituyen el hecho de que su desarrollo genital esté centrado en el deseo femenino de recibir el pene paterno y que su preocupación inconsciente principal sea la referente a sus bebés imaginados. Consecuentemente, sus fantasías y emociones se hacen predominantemente alrededor de su mundo y objetos interiores; su rivalidad edípica se expresa esencialmente en el impulso de robar a su madre el pene del padre y los bebés. El temor de que su cuerpo sea atacado y sus objetos internos buenos dañados o sacados de ella por una madre mala y vengativa, tiene un papel prominente y persistente en sus ansiedades. Según me parece, ésta es la situación de ansiedad predominante en la niña.

Además, así como en el niño la envidia de su madre (de la que cree que contiene el pene del padre y los bebés) es un elemento en su complejo edípico invertido, en la niña esta envidia forma parte de su situación edípica positiva, constituye un factor esencial a lo largo de su desarrollo sexual y emocional y tiene un efecto importante en su identificación con su madre, en su relación sexual con su padre, así como en su futuro papel de madre.

El deseo de la niña de poseer un pene y de ser varón es una expresión de su bisexualidad, y este rasgo es tan inherente en las niñas, como lo es en el niño el deseo de ser mujer. Su deseo de tener un pene propio es secundario a su deseo de recibir el pene, y está muy incrementado por las frustraciones en su posición femenina y por la ansiedad y culpa experimentadas en la situación edípica positiva. La envidia que la niña profesa al pene, encubre en cierta medida el deseo frustrado de tomar el lugar de la madre en la relación con el padre y de recibir niños de él.

Aquí sólo puedo referirme rápidamente a los factores específicos en los cuales descansa la formación del superyó en la niña. Debido a la gran importancia que tiene el mundo interior de la niña en su vida emocional, siente ella un fuerte impulso a llenar este mundo interior con objetos buenos. Esto contribuye a la intensidad de sus procesos introyectivos, que también están reforzados por la naturaleza receptiva de su órgano genital. El admirado pene del padre internalizado forma una parte intrínseca de su superyó. La niña se identifica a sí misma con su padre en la posición masculina, pero esta identificación se basa en la posesión de un pene imaginario. Su identificación principal con el padre está vivenciada en relación con el pene internalizado de su padre, estando basada esta relación tanto en la posición femenina como en la masculina. En la posición femenina, la niña está impulsada a internalizar el pene paterno por sus deseos sexuales y por su anhelo de tener bebés. Es capaz de una sumisión completa a este padre admirado internalizado, mientras que en la posición masculina desea imitar todas sus aspiraciones y sublimaciones masculinas. De este modo su identificación masculina con el padre está mezclada con su actitud femenina, siendo esta combinación la que caracteriza al superyó femenino.

En la formación del superyó de la niña el admirado padre bueno coexiste, hasta un cierto grado, con el padre malo y castrador. Empero, el objeto de su mayor ansiedad es la madre perseguidora. Si la internalización de una madre buena, con cuya actitud maternal ella puede identificarse, equilibra este temor persecutorio, su relación con el padre bueno internalizado se refuerza por su propia actitud maternal hacia él.

A pesar de la preeminencia del mundo interior en su vida emotiva, la necesidad de amor de la niña pequeña y su relación real con las personas indican una gran dependencia del mundo exterior. Sin embargo, esta contradicción es solamente aparente ya que su dependencia del mundo exterior está reforzada por su necesidad de reasegurarse en lo referente a su mundo interior.

d) *Algunas comparaciones con el concepto clásico*

Compararé aquí mis puntos de vista con los de Freud, en cuanto se refiere a ciertos aspectos del complejo de Edipo, así como aclarar algunas divergencias, a las cuales me ha conducido mi experiencia. Muchos aspectos del complejo de Edipo, en los cuales mi trabajo confirma completamente los descubrimientos de Freud, en cierto modo han sido ya expuestos implícitamente en mi descripción de la situación edípica. Sin embargo, la magnitud del tema hace necesario que al discutir el detalle de estos aspectos, tenga que limitarme a aclarar algunas de las divergencias. El resumen siguiente presenta, en mi opinión, lo esencial de las conclusiones de Freud sobre ciertos rasgos fundamentales en el desarrollo edípico.¹⁹

Según Freud, surgen los deseos genitales y hay una elección definida de objeto en la fase fálica, que se extiende entre los tres y cinco años y que coincide con el complejo de Edipo. En esta fase "solamente una clase de órgano genital cuenta: el órgano masculino". La primacía que, por lo tanto, se alcanza, no es una primacía del *órgano genital* sino del *falo*.²⁰

En el varón "el estadio fálico de la organización genital sucumbe a la amenaza de castración".²¹ Además, su superyó, el heredero del complejo de Edipo, se forma por la internalización de la autoridad paterna. La culpabilidad es la expresión de tensión entre el yo y el superyó. El uso de la palabra culpabilidad se justifica únicamente cuando el superyó está desarrollado. Freud considera que la autoridad internalizada del padre predomina en el superyó del niño; y aun-

¹⁹ Este resumen proviene en su mayor parte de las siguientes obras de Freud: *El yo y el ello*, "La organización genital infantil", "El sepultamiento del complejo de Edipo", "Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos", "Sobre la sexualidad femenina" y *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*.

²⁰ "La organización genital infantil."

²¹ "El sepultamiento del complejo de Edipo."

que reconoce hasta cierto punto la identificación con la madre como un factor en la formación del superyó del varón, no ha expresado en detalle sus puntos de vista acerca de este aspecto del superyó.

En lo que se refiere a la niña, según la opinión de Freud, se presenta su "apegamiento preedípico" a la madre en el periodo anterior al desarrollo de la situación edípica. Freud también caracteriza este periodo como "la fase del apeamiento exclusivo a la madre", lo que puede ser llamado "la fase preedípica".²² Por lo tanto, durante su fase fálica el deseo fundamental de la niña, en relación con su madre, mantenido con la mayor intensidad, se centra en el deseo de recibir un pene de ella. En la mente de la niña el clítoris representa el pene, y la masturbación clitoridiana es la expresión de sus deseos fálicos. Todavía no ha descubierto la vagina, que solamente empieza a intervenir en su pubertad. Cuando la niña descubre que no posee un pene, entonces se presenta su complejo de castración. En este momento se rompe su apeamiento a su madre, con resentimiento y odio, porque su madre no le ha dado un pene. Descubre también que hasta su misma madre carece de pene, y esto contribuye a que se desvíe de la madre y busque al padre. Primeramente se vuelve hacia el padre con el deseo de recibir un pene de él, y sólo secundariamente con el deseo de que le dé un niño: el niño sustituyendo al pene de acuerdo con la vieja ecuación simbólica.²³ De este modo su complejo edípico está empujado por su complejo de castración. La situación principal de ansiedad en la niña es la de pérdida de amor, y Freud conecta este temor con su temor a la muerte de su madre. El desarrollo del superyó de la niña difiere en distintos aspectos del del niño, pero tiene en común un rasgo esencial, que es que el superyó y el sentimiento de culpabilidad son secuelas del complejo de Edipo.

Freud señala que los sentimientos maternos de la niña derivan de la relación temprana con la madre en la fase preedípica; se refiere también a la identificación de la niña con la madre derivada de su complejo de Edipo. Pero no ha unido entre sí estas dos actitudes, ni tampoco ha señalado cómo la identificación femenina con su madre, en la situación edípica, afecta el curso del complejo de Edipo en la niña. Según su opinión, en tanto que la organización genital de la niña está conformándose, ella considera a su madre predominantemente en su aspecto fálico.

Ahora resumiré mis propios puntos de vista acerca de estos desarrollos especiales. Tal como yo lo veo, el desarrollo sexual y emocional del niño y de la niña incluyen desde la primera infancia sensaciones y rasgos genitales que constituyen los primeros estadios del complejo de Edipo invertido y positivo. Son sentidos bajo la primacía de la libido oral y se entremezclan con deseos y fantasías uretrales

²² "Sobre la sexualidad femenina."

²³ Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis.

y anales. Los estadios libidinales existen simultáneamente, sobreponiéndose los unos a los otros desde los primeros meses de vida. Desde un comienzo, las tendencias positivas e invertidas edípicas están en interacción mutua. Y es en el estadio de la primacía genital cuando la situación edípica positiva alcanza su punto culminante.

En mi opinión, tanto el niño como la niña experimentan deseos genitales dirigidos hacia la madre y el padre, y tienen un conocimiento inconsciente tanto de la vagina como del pene.²⁴ Por esta razón, la palabra primera de Freud, "fase genital", me parece más adecuada que su concepto ulterior de "fase fálica".

El superyó se inicia en la fase oral en ambos sexos. Con el influjo de la vida de fantasías y de emociones en conflicto, el niño en cada estadio de su organización libidinal, introyecta sus objetos —ante todo a sus padres— y crea el superyó de estos objetos. Por esta razón, aunque el superyó corresponde de varios modos a las personas reales en el mundo del niño pequeño, tiene varios componentes y rasgos que reflejan las imágenes fantásticas existentes en su mente. Todos los factores que intervienen en algo en sus relaciones de objeto, cumplen un papel desde el comienzo en la formación de su superyó.

El primer objeto introyectado, el pecho materno, forma la base del superyó. Así como la relación con el pecho materno precede e influye fuertemente en la relación con el pene del padre, la relación con la madre introyectada afecta de diferentes formas a todo el curso del desarrollo del superyó. Algunos de los rasgos más importantes del superyó, ya sea amante y protector o destructivo o devorador, provienen de estos componentes tempranos maternos del superyó. Los primeros sentimientos de culpabilidad en los dos sexos provienen de los deseos oral-sádicos de devorar a la madre y, ante todo, sus pechos (Abraham). Es, por lo tanto, en la primera infancia cuando se originan los sentimientos de culpabilidad. La culpabilidad no se presenta cuando se está terminando el complejo de Edipo, sino que más bien es uno de los factores que desde un comienzo moldean su curso y afectan su desenvolvimiento final.

Ahora me voy a ocupar específicamente del desarrollo del niño varón. En mi opinión, el temor a la castración se inicia en la infancia tan pronto como se tienen sensaciones genitales. Los primeros impulsos del niño varón de castrar a su padre toman el aspecto de arrancarle el pene mordiéndoselo, y, por lo tanto, el temor a la castración es sentido por el niño varón primeramente como un temor a que su pene pueda ser arrancado de un mordisco. Estos temores de castración tempranos, en un comienzo están encubiertos con ansiedades que proceden de otras muchas fuentes, entre las cuales

²⁴ Este conocimiento coexiste en el inconsciente del niño, y también, hasta cierto punto, en la conciencia, con el conocimiento de la existencia del ano, cuyo papel se puede observar más frecuentemente que el de la vagina en las teorías sexuales infantiles.

tienen un papel predominante las situaciones de peligro interno. Cuanto más se aproxima el desarrollo a la primacía genital, tanto más se hace presente la angustia de castración. Así como estoy de acuerdo con Freud en que la *angustia de castración es la situación de ansiedad predominante en el varón*, no estoy conforme con su descripción de que es el *único factor* que determina la represión del complejo de Edipo. A todo lo largo del desarrollo, las ansiedades tempranas de diferentes orígenes cumplen un papel al lado del papel predominante que cumple la angustia de castración en el momento álgido de la situación edípica. Además, el varón experimenta dolor y pena en relación con su padre, como un objeto querido, provocando sus impulsos de castrarlo y de matarlo, porque en sus buenos aspectos el padre es una fuente indispensable de fortaleza, es un amigo y un ideal al cual el varón se dirige buscando protección y guía, y al cual, por lo tanto, el niño se siente impulsado a preservar. Sus sentimientos de culpabilidad, en relación con los impulsos agresivos hacia el padre, le incrementan la tendencia a reprimir sus deseos genitales. Una y otra vez he encontrado en el análisis de varones que los sentimientos de culpabilidad en relación con el padre querido constituyen un elemento integrante importante del complejo de Edipo, influyendo de un modo vital en el desarrollo de este complejo. El sentimiento de que también la madre está en peligro por la rivalidad del hijo con el padre y que la muerte del padre sería una pérdida irreparable para ella, contribuyen a la intensidad del sentimiento de culpabilidad del niño y, por lo tanto, a la represión de sus deseos edípicos.

Como ya sabemos, Freud llegó a la conclusión teórica de que tanto el padre como la madre son objetos de deseos libidinales de Edipo. (Véase su concepto del complejo de Edipo invertido.) Además, Freud, en algunas de sus obras (entre sus historiales, especialmente en el "Análisis de la fobia de un niño de cinco años", 1909), ha tenido en cuenta el papel que desempeña el amor hacia el padre en el complejo de Edipo positivo del niño varón. Sin embargo, no ha insistido suficientemente en el papel fundamental de estos sentimientos de amor, tanto en el desarrollo del complejo de Edipo como en su superación. Según mi experiencia, la situación edípica pierde fuerza, no solamente porque el niño teme la destrucción de su órgano genital por un padre vengativo, sino porque, por sentimientos de amor o de culpabilidad, se siente empujado a preservar y proteger a su padre tanto como una imagen interna como externa.

Ahora voy a exponer brevemente mis conclusiones sobre el complejo de Edipo en la niña. La fase en la cual, según Freud, la niña está exclusivamente unida a su madre, según mi opinión incluye también los deseos dirigidos hacia el padre, así como los estadios tempranos del complejo de Edipo invertido y positivo. Aunque considero esta fase como un período de fluctuación entre los deseos dirigidos hacia la madre y hacia el padre en todas las posiciones libidinales, a mi parecer no hay duda acerca de la influencia profunda, de al-

cance largo y permanente, de cada aspecto de la relación con la madre en relación con el padre.

La envidia del pene y el complejo de castración juegan un papel esencial en el desarrollo de la niña; pero están muy reforzados por la frustración de los deseos edípicos positivos. Aunque la niña, en uno de sus estadios, supone que su madre posee un pene, como un atributo masculino, este concepto no desempeña en su desarrollo un papel tan importante como sugiere Freud. Según mi experiencia, la teoría inconsciente de que la madre contiene el pene admirado y deseado del padre, es posterior a muchos de los fenómenos que Freud ha descrito referentes a la relación de la niña con la madre fálica. Los deseos de la niña del pene paterno se mezclan con sus primeros deseos genitales de recibir dicho pene. Estos deseos genitales implican también el deseo de recibir un niño del padre, lo que asimismo está contenido en la ecuación "pene-niño". El deseo femenino de internalizar el pene y de recibir un niño de su padre precede invariablemente al deseo de poseer un pene propio.

Aunque estoy de acuerdo con Freud acerca de la preeminencia, entre las ansiedades de la niña, del temor a la pérdida del amor y a la muerte de la madre, yo mantengo que el temor a que su cuerpo sea atacado y sus objetos queridos internos destruidos contribuye esencialmente a su situación principal de ansiedad.

OBSERVACIONES FINALES

A través de toda mi descripción del complejo de Edipo he intentado demostrar la interdependencia de ciertos aspectos predominantes de su desarrollo. El desarrollo sexual del niño está unido de un modo intrínseco a sus relaciones de objeto y a todas las emociones que desde un primer momento moldean su actitud hacia la madre y el padre. La ansiedad, la culpabilidad y los sentimientos depresivos son los elementos intrínsecos de la vida emocional del niño y, por ello, penetran en las relaciones tempranas del niño con sus objetos, consistentes en relaciones con personas reales, así como con sus representantes en su mundo interior. A partir de estas figuras introyectadas —las identificaciones del niño— se desarrolla el superyó, que a su vez influye en la relación con ambos progenitores y en todo el desarrollo sexual. Así, el desarrollo emocional y sexual, las relaciones de objeto y desarrollo del superyó actúan los unos sobre los otros desde un comienzo.

La vida emocional del niño, las defensas tempranas construidas bajo la tensión de conflictos entre amor, odio y culpabilidad, y las vicisitudes de las identificaciones del niño, son tópicos que es muy posible que ocupen la investigación psicoanalítica en tiempos venideros. Una mayor investigación en estas direcciones nos conducirá a una mejor comprensión de la personalidad, lo que implica una mejor comprensión del complejo de Edipo y del desarrollo sexual.

NOTAS ACLARATORIAS ¹

EL DESARROLLO DE UN NIÑO (1921)

Melanie Klein leyó su primer trabajo, titulado "El desarrollo de un niño", en la Sociedad Psicoanalítica Húngara, en 1919. Dos años después presentó su segundo trabajo, "La resistencia del niño al esclarecimiento sexual", en la Sociedad Psicoanalítica de Berlín. Estos dos trabajos constituyen la parte I y la parte II, respectivamente, del que se incluye en este tomo con el título "El desarrollo de un niño". Ambas partes se complementan: la primera demuestra que la falta de esclarecimiento en materia sexual puede causar represión indebida en la mente de un niño, y la segunda demuestra que la mente de un niño tiene de por sí una fuerte tendencia a la represión.

Ambos hechos, por supuesto, ya se conocían con anterioridad, pero lo nuevo es que se los explora por medio del estudio directo de un niño, estudio que en este trabajo Melanie Klein no califica de tratamiento sino de "educación con rasgos psicoanalíticos". Sin embargo, cuando unos treinta y cinco años más tarde analizó retrospectivamente su obra en "La técnica psicoanalítica del juego: su historia y significado", entendió que este caso —y no su labor de los años 1922-1923, como expresa en su Prefacio de 1948 a *El psicoanálisis de niños*— marcaba el origen de su técnica psicoanalítica del juego.

El artículo presenta ya los rasgos que distinguen la obra kleiniana: la autora acepta sin reservas los descubrimientos de Freud, cree en la vasta influencia del inconsciente y de las fantasías inconscientes, y adhiere al principio de la continuidad psíquica y al

¹ Véanse el Prefacio, pág. 9, y la Introducción, pág. 11

de la doble determinación del desarrollo por la constitución y el ambiente. También es característica su firme convicción de que el habla, el juego, la acción y los sueños son todos medios, a menudo intercambiables, por los que se expresa el inconsciente; así como la detallada y abundante información que proporciona acerca de la charla y los juegos del niño.

En éste y en otros trabajos de la primera época manifiesta la esperanza de que el análisis de niños logrará prevenir y curar la enfermedad mental. Diez años después, en el Apéndice a *El psicoanálisis de niños*, su optimismo se ha atemperado, y en una obra muy posterior, *Envidia y gratitud*, es más limitado aun.

INHIBICIONES Y DIFICULTADES EN LA PUBERTAD (1922)

Melanie Klein se desentendió de este trabajo después de su publicación; no lo tradujo al inglés ni lo incluyó entre los que fueron compilados y publicados en forma de libro. Las razones de este proceder se desconocen, pero lo cierto es que el artículo no contiene ningún aporte personal ni se advierte en él la densidad de pensamiento que caracteriza su producción de este período.

EL PAPEL DE LA ESCUELA EN EL DESARROLLO LIBIDINAL DEL NIÑO (1923)

"El desarrollo de un niño" (1921), este trabajo y "Análisis infantil" (1923) están estrechamente relacionados. El primero se ocupa del niño en su hogar, el segundo lo observa en la escuela y el último se refiere al vínculo entre la niñez y la vida adulta. En los tres artículos, pero especialmente en el que ahora nos ocupa, se enfatiza la continuidad psíquica en la vida humana, idea de permanente vigencia en la obra de Melanie Klein.

La manera en que enfoca el tema de la inhibición intelectual —que, por lo demás, ya había abordado en la parte I de "El desarrollo de un niño"— resulta de interés. El concepto central es el de libido, y en torno de él se ordenan el de progreso y el de inhibición a través de la angustia de castración; la agresión nunca es gratuita y el significado simbólico es siempre de índole sexual. Al mismo tiempo, los casos que presenta indican, respecto de su labor clínica, que ya en esta época Melanie Klein analizaba el efecto inhibitorio de las fantasías de agresión. En 1931, cuando escribió "Una contribución a la teoría de la inhibición intelectual", el sadismo, y ya no la libido, es la base de una nueva explicación de la inhibición intelectual.

De este trabajo surge también que la técnica del juego, que venía utilizando desde algún tiempo atrás, le proporcionaba abundante material analítico ilustrativo de las fantasías infantiles y del significado simbólico de cada uno de los aspectos de la vida escolar, lo que, por cierto, inspiró a Melanie Klein la conclusión general de que *todas* las actividades tienen significado simbólico.

ANÁLISIS INFANTIL (1923)

Este trabajo, cuyo título en la versión alemana original podría traducirse más ajustadamente como "Análisis temprano", es de índole compleja. Tal vez ello se deba en parte al hecho de que está basado en tres comunicaciones inéditas: "El desarrollo y la inhibición de las capacidades", "La ansiedad infantil y su significado para el desarrollo de la personalidad" y "Sobre la inhibición y el desarrollo de la capacidad de orientarse". Además, Melanie Klein se esfuerza por dominar varios conceptos básicos: ansiedad, inhibición, síntomas, formación de símbolos y sublimación. Según su parecer, el artículo era un aporte a la teoría de la sublimación.

Sin embargo, Melanie Klein enuncia en él por primera vez lo que llegó a ser uno de sus principios fundamentales, a saber, que es el cese de la angustia lo que determina el progreso, tanto en el análisis como en el desarrollo mental. En un intento por explicar la angustia presente en los episodios de terror nocturno del niño pequeño, se ve llevada a ubicar el comienzo del complejo de Edipo entre los dos y los tres años de edad; es ésta la primera de una serie de estimaciones que fueron situando ese comienzo a edades cada vez más tempranas. Tres años después, en "Principios psicológicos del análisis infantil", da del terror nocturno una explicación muy distinta de la ofrecida en este trabajo, explicación que señala el comienzo de sus investigaciones sobre el vínculo entre ansiedad y agresión.

Sus ideas sobre el simbolismo, que culminan en "La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo" (1930), también evolucionan con rapidez. Meses antes, en "El papel de la escuela en el desarrollo libidinal del niño", había sostenido que todas las actividades tienen significación simbólica. En el trabajo que aquí comentamos, Melanie Klein dice además que es a causa de su significado simbólico que las actividades resultan placenteras y, también, que son inhibidas. Postula asimismo que la formación de símbolos es precedida por una etapa de identificación en la que, como lo señaló Ferenczi, el niño pequeño identifica ciertos objetos con sus propios órganos y actividades. Más tarde este tipo de identificación pasó a formar parte de su concepto de identificación proyectiva, que expuso en "Notas sobre algunos mecanismos esquizoides" (1946).

UNA CONTRIBUCIÓN A LA PSICOGENESIS DE LOS TICS (1925)

Este estudio de un niño de trece años que presentaba un tic y otros problemas conexos, difiere en forma marcada del tortuoso artículo precedente. Con una precisión que no había mostrado hasta entonces, Melanie Klein investiga el tic en el análisis y lo explica sobre la base de identificaciones y fantasías masturbatorias. Es la primera vez que considera la identificación con un objeto, en este caso los padres en el momento del coito, como un fenómeno central; y de aquí en más concederá siempre la máxima importancia a las identificaciones en el mundo interior. Por cierto que en su trabajo siguiente presenta nuevas elucubraciones sobre una de las identificaciones más importantes: el superyó. Aunque nunca trató específicamente el tema de las fantasías masturbatorias, está en claro que lo consideraba fundamental: así lo afirma en una nota al pie de su siguiente trabajo (pág. 144), y bien se advierte a todo lo largo de *El psicoanálisis de niños*.

En esta época, Melanie Klein acepta sin reservas la concepción freudiana de una fase de narcisismo primario; pero en el caso concreto de los tics, no comparte la opinión de Ferenczi de que se trata de símbolos narcisistas primarios no analizables, y sostiene, a semejanza de Abraham, que para poder analizar un tic es necesario desentrañar las relaciones de objeto en que se basa. Este primer señalamiento de relaciones objetales tras un fenómeno en apariencia narcisista preanuncia la dirección que tomará su obra en materia de psicosis y de relaciones objetales primarias. Las razones por las que más tarde rechazó globalmente el concepto de una fase de narcisismo primario fueron expuestas en "Los orígenes de la transferencia" (1952).

Este artículo proporciona un ejemplo del modo empírico con que Melanie Klein abordaba la técnica del análisis de niños, ya que, contrariamente a lo que era habitual en ella, obstaculizó y prohibió dos relaciones de su paciente; dos años más tarde, en "Simposium sobre análisis infantil", presentó fuertes argumentos contra este tipo de prácticas directivas.

PRINCIPIOS PSICOLÓGICOS DEL ANÁLISIS INFANTIL (1926)

En este trabajo se menciona por primera vez uno de los descubrimientos más importantes que realizó Melanie Klein en esta etapa de su carrera: el de que el superyó está presente en el niño mucho antes de lo que Freud suponía. Este primer superyó —cuyo descubrimiento, según Melanie Klein, fue bastante inesperado— se compone de

múltiples identificaciones, es más cruel que el que lo sustituye después y representa una pesada carga para el débil yo del niño pequeño. Estos descubrimientos plantean dificultades a la concepción freudiana del superyó como resultado del complejo de Edipo. Melanie Klein busca entonces conciliar sus ideas con las de Freud. Traslada —aunque para esto tiene también otras razones— el surgimiento del complejo de Edipo a los comienzos del segundo año de vida y postula que “en cuanto surge el complejo de Edipo, [los niños pequeños] empiezan a elaborarlo y de ahí a desarrollar el superyó”. Tiempo después se aparta de la teoría freudiana y ya no intenta vincular los comienzos del superyó con el complejo de Edipo. El tema del superyó, por otra parte, aparece reiteradamente en su obra; en la nota aclaratoria a “El desarrollo temprano de la conciencia en el niño” (1933) se examinan los principales artículos en que se lo trata.

Melanie Klein había estado usando su técnica psicoanalítica del juego durante seis o siete años. En este artículo enuncia el principio rector de esa técnica: la situación analítica y el enfoque del tratamiento son los mismos que en el caso de los adultos, aunque adaptados al modo de comunicación que es propio de los niños: el juego. La cuestión fue tratada más extensamente y en un tono más polémico en su siguiente trabajo, “Simposium sobre análisis infantil”.

SIMPOSIUM SOBRE ANALISIS INFANTIL (1927)

En sus escritos anteriores, Melanie Klein se había limitado a dar cuenta de su labor. En este simposio, en el que también participó Anna Freud, su tono cambia y defiende enérgicamente sus puntos de vista. Sólo en este trabajo y en la Introducción a *El psicoanálisis de niños* se refiere Melanie Klein a sus discrepancias con Anna Freud.

El punto en litigio es la naturaleza del análisis de niños. ¿Hay equivalencia entre éste y el análisis de adultos? Melanie Klein sostiene, como ya lo había hecho un año antes en “Principios psicológicos del análisis infantil”, que la analogía es perfecta: el niño desarrolla una neurosis de transferencia y con sus juegos brinda al analista lo mismo que el adulto le brinda con sus asociaciones libres; la única función del analista es interpretar tan acabadamente como le sea posible todo cuanto le aporta su pequeño paciente. Anna Freud sustentaba entonces puntos de vista diferentes sobre todas estas cuestiones; el desacuerdo entre ambas se basaba en que tenían concepciones divergentes sobre la mente infantil y sobre la naturaleza del vínculo que une al niño con sus padres.

De pareja importancia es su exposición sobre el superyó. En un artículo previo, Melanie Klein delineó su concepción de que el super-

yó se origina a edad temprana con características de extrema crueldad y que luego evoluciona lentamente hasta convertirse en una conciencia más normal. Aquí explica la razón de que el primer superyó sea tan riguroso. Según ella, la índole desmedida, punitiva e irreal del superyó proviene de los impulsos sádicos y canibalísticos del propio niño, punto de vista que Freud aprobó en una nota al pie en *El malestar en la cultura*, siendo ésta una de las pocas ocasiones en que menciona a Melanie Klein en su obra.

Melanie Klein extrae además una consecuencia relativa a la terapia. La finalidad del análisis de niños no es fortalecer un superyó débil, como sostiene Anna Freud, sino, por el contrario, disminuir la excesiva fortaleza del primer superyó. Destaca asimismo, a lo largo de todo el artículo, la primordial importancia que tiene el análisis de la ansiedad y la culpa. En la nota aclaratoria a “El desarrollo temprano de la conciencia en el niño” (1933) se detallan los artículos en los que se refiere al superyó.

Por ese entonces Melanie Klein llevaba ya ocho años analizando niños, y en el simposio comunicó sus descubrimientos sobre la técnica, ampliando lo que había expuesto en su trabajo anterior. Señaló que era necesario analizar no sólo la transferencia positiva sino también la negativa, tanto en beneficio del análisis como para proteger a los padres de actitudes negativas no analizadas. Se refirió a los modos de comunicarse que tienen los niños, a la abundancia del material que producen y a la relación del analista con los padres de los jóvenes pacientes. También hizo constar su opinión acerca de los métodos que consideraba desaconsejables. En especial, evaluó los efectos adversos del análisis incompleto del material y el empleo de técnicas introductorias no analíticas y de procedimientos educacionales y directivos.

En lo que respecta a su propia técnica, *El psicoanálisis de niños* contiene la descripción más completa, en tanto que “La técnica psicoanalítica del juego” (1955) relata su historia, y las notas clínicas diarias de *Relato del psicoanálisis de un niño* (1961) muestran a Melanie Klein en acción.

El trabajo que aquí comentamos da cuenta, además, de nuevos descubrimientos sobre el complejo de Edipo. En un artículo anterior (véase pág. 138) Melanie Klein había señalado en una nota al pie que la madre, al destetar y al inculcar hábitos de higiene a su hijo, da lugar a que éste se vuelva hacia el padre. Aquí afirma explícitamente en el texto que el complejo de Edipo, y por lo tanto también la formación del superyó, comienzan con el destete. También sitúa el cenit del complejo en un momento que no coincide, como en la concepción freudiana, con el fin de la edad preescolar y el acercamiento de la latencia; para Melanie Klein, un niño de tres años ha completado ya la parte más importante de su evolución edípica. Una relación de los trabajos de Melanie Klein en los que se trata el tema del complejo de

Edipo se hallará en la nota aclaratoria a "El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas" (1945).

TENDENCIAS CRIMINALES EN NIÑOS NORMALES (1927)

Este trabajo desarrolla una tesis expuesta brevemente por Freud en "El delincuente por sentimiento de culpabilidad" (en "Varios tipos de carácter descubiertos en la labor analítica"), tesis según la cual no es el delito lo que origina el sentimiento de culpa, sino el sentimiento de culpa lo que lleva al delito.

Melanie Klein relaciona aquí ese sentimiento preexistente de culpa con su reciente descubrimiento del primer superyó. Su tesis, tan opuesta como la de Freud a la creencia común, es que el delincuente no carece de conciencia moral; tiene, por el contrario, una conciencia demasiado cruel: un superyó primitivo incólume que obra de distinto modo que el superyó normal y que lo lleva a cometer delitos bajo el acoso del temor y la culpa.

El artículo se refiere tanto al temor como a la culpa, pero sin distinguir sus modos de operar en el superyó. En 1932, en *El psicoanálisis de niños*, Melanie Klein describe las diferencias entre el superyó primitivo y el desarrollado. Sostiene que el primero se experimenta en la psique como ansiedad o temor, y que es el segundo el que despierta el sentimiento de culpabilidad, punto de vista que expone muy claramente en "El desarrollo temprano de la conciencia en el niño" (1933). En otro trabajo suyo, "Sobre la criminalidad", escrito apresuradamente en 1934, reitera las conclusiones del que aquí comentamos, pero dando cabida a la distinción entre ambos tipos de superyó, y vinculando asimismo la delincuencia con la psicosis.

Melanie Klein consideraba que fue en 1927, es decir, en el año en que escribió este trabajo, cuando comprendió la importancia de la agresión. En su otro artículo de 1927, "Simposium sobre análisis infantil", atribuye a los impulsos agresivos del niño la crueldad de su primer superyó. Y "Tendencias criminales..." contiene una importante tesis adicional sobre el delito. Vincula los actos criminales con las tendencias delictivas de los niños normales y demuestra que en los delitos se concretan en todos sus detalles fantasías sádicas tempranas que forman parte del desarrollo normal. Ciertamente, Melanie Klein pone al descubierto las múltiples fantasías sádicas orales y anales de los niños normales, que vienen a sumarse a los dos crímenes inconsistentes —el incesto y el parricidio cometidos durante el complejo de Edipo genital— mencionados por Freud en relación con el sentimiento interno de culpabilidad. También afirma que, experiencias traumáticas aparte, son las fantasías sádicas las que dan origen a las concepciones falsas y atemorizantes del acto sexual. En su trabajo si-

guiente, "Estadios tempranos del conflicto edípico", describe en detalle algunas de esas fantasías sádicas.

Por último, a todo lo largo de este trabajo, cuyo tema es el conflicto entre el superyó y el ello, el lector percibirá el interés de Melanie Klein por otro conflicto: el que se desarrolla entre el amor y el odio, y que más tarde se convirtió en la idea rectora más general de su obra. Al respecto merece destacarse su convicción de que, pese a las apariencias en contrario, todas las personas, incluso todos los delincuentes, son capaces de amar.

ESTADIOS TEMPRANOS DEL CONFLICTO EDIPICO (1928)

Es éste uno de los trabajos más importantes de Melanie Klein. Años antes había señalado que el complejo de Edipo comienza a una edad más temprana de lo que Freud suponía; en "Análisis infantil" (1923) sugirió que el complejo comienza cuando el niño tiene entre dos y tres años; en "Principios psicológicos del análisis infantil" (1926) dio a entender, en una nota al pie, que comienza mucho antes —en el primer año de vida, a raíz del destete—; y esto mismo es lo que afirma, ya de manera explícita, en "Simposium sobre análisis infantil" (1927). Pero sus descubrimientos, derivados del análisis de niños pequeños, abarcan más que una fecha de comienzo; en este artículo, relativamente breve, presenta nada menos que una nueva concepción del complejo de Edipo.

A su juicio, el complejo de Edipo se inicia con el destete, en una situación lábil y confusa de impulsos entremezclados. Aunque las sensaciones genitales comienzan a surgir, lo que prevalece en un principio son los impulsos sádicos orales y anales; los impulsos genitales dominan la escena sólo más tarde, cuando el niño alcanza la situación edípica descrita por Freud. El complejo de Edipo positivo y el invertido interactúan estrechamente, resultando afectados tanto el mundo interior como el mundo externo del niño. Además, el comienzo del complejo de Edipo a edad temprana significa que surge en un momento en que el yo está escasamente desarrollado, y que lo hace, como lo atestiguan las investigaciones de Melanie Klein sobre el superyó, en presencia de un severo superyó primitivo. Ambos hechos tienen importantes consecuencias. El niño es acometido por impulsos sexuales y sádicos contradictorios, así como por la curiosidad sexual, cuando es aún incapaz de comprender y de hablar; Melanie Klein destaca el dolor, el odio y la angustia que provoca esta situación, y su influencia sobre el desarrollo sexual y epistemológico. Además, la presencia del superyó implica que los sentimientos de culpa relativos a los impulsos pregenitales no surgen retrospectivamente en un superyó formado en el nivel genital, sino que proceden directamente del severo superyó primitivo.

Para Melanie Klein, el temprano conocimiento, por parte del niño, del cuerpo de su madre y de sus contenidos, es muy importante. También lo es la fase de feminidad. Aunque nunca vinculó este concepto con otros posteriores, nunca dejó de considerarlos importantes; algunos aspectos de esta relación con la madre —la envidia, el deseo de apropiarse de los contenidos de su cuerpo— fueron investigados en *Envidia y gratitud* (1957), y la identificación proyectiva fue propuesta como el mecanismo básico de la fase de feminidad.

En el artículo que comentamos señala las sucesivas identificaciones propias de las relaciones edípicas iniciales; su exposición tiene puntos de contacto con la de Freud en *El yo y el ello*, si bien se refiere a una edad más temprana. Describe el desarrollo sexual del varón y de la niña, y aunque no está de acuerdo con Freud respecto de la angustia que predomina en cada sexo, considera que su obra no es sino un desarrollo de la concepción de la angustia que Freud había expuesto poco antes en *Inhibición, síntoma y angustia*. El año siguiente, en "Situaciones infantiles de angustia reflejadas..." (1929), proporciona ejemplos de las situaciones de angustia básica descritas en el presente trabajo. A su juicio, en ambos sexos la angustia más profunda es la que deriva de una imago que se forma a través de los ataques al cuerpo de la madre, imagen de una madre hostil que contiene un pene hostil, figura de los padres combinados, como la llamará más tarde. Sostiene que la angustia de castración del varón proviene de esta angustia más primitiva, y que, en la niña, el temor a la pérdida del amor deriva de su angustia ante los ataques contra el interior de su cuerpo por una madre hostil. También explica de distinto modo que Freud la angustia de castración y la envidia del pene en la niña, y aunque, movida por un deseo manifiesto de no contradecir a Freud, habla de la fase fálica, no deja de señalar que existe en la niña una conciencia temprana de la vagina.

Estos son pues los nuevos descubrimientos de Melanie Klein sobre el complejo de Edipo. Debe recordarse que en esta época la angustia es para ella un concepto genérico —no la ha diferenciado aún en persecutoria y depresiva—, y también, lo que es más importante, que su investigación se centra principalmente en el odio. En "El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas", escrito en 1945, cuando ya había hecho esa distinción entre las dos formas de angustia y había dado al impulso amoroso el lugar que le corresponde junto al odio, da muestras de haber cambiado de opinión sobre ciertos puntos. A estos y otros aspectos nos referimos en la nota aclaratoria al artículo de 1945.

LA PERSONIFICACION EN EL JUEGO DE LOS NIÑOS (1929)

El propósito de Melanie Klein es mostrar que los papeles o personificaciones de los juegos infantiles se originan, por escisión y pro-

yección, a partir de imagos internas. En el artículo sostiene que la escisión y proyección es también una defensa contra la ansiedad; y el año siguiente, en "La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo", estudia esta importante defensa en calidad de tal. En el trabajo que aquí comentamos da también una nueva explicación de la transferencia como escisión y proyección en el analista de figuras internas.

Desde 1926 Melanie Klein concebía el superyó como una estructura sujeta a cambios; aquí se refiere por primera vez a sus sucesivas etapas. Pero su breve exposición es una mezcolanza de ideas diversas, y sólo en 1935, con su teoría de la posición depresiva, logra una clara perspectiva del cambio psíquico. También sugiere en este trabajo que la ansiedad más intensa procede del superyó más primitivo, y que es este superyó el que predomina en la psicosis: descubrimiento comparable al expuesto en "Tendencias criminales en niños normales" (1927), de que el superyó primitivo domina la mente de los criminales.

SITUACIONES INFANTILES DE ANGUSTIA REFLEJADAS EN UNA OBRA DE ARTE Y EN EL IMPULSO CREADOR (1929)

Este es el primero de los tres artículos que Melanie Klein dedicó al análisis de material literario; los otros dos son "Sobre la identificación" (1955) y "Algunas reflexiones sobre *La Orestíada*" (1963). Aquí utiliza el libreto (escrito por Colette) de la ópera *La palabra mágica*, de Ravel, y un artículo titulado "El espacio vacío", de Karin Michaelis, para ilustrar las situaciones de ansiedad que había descrito el año anterior en "Estadios tempranos del conflicto edípico".

Por primera vez Melanie Klein vincula la creatividad con las profundas ansiedades tempranas; considera que el impulso creador procede del impulso a restaurar y reparar el objeto dañado por un ataque destructivo. Algunos años después esta idea pasó a ocupar un lugar importante en su teoría de la posición depresiva, y sin duda en este artículo están prefiguradas varias formulaciones futuras. He aquí un ejemplo: la afirmación, que se lee en la pág. 223, de que con el desarrollo el temor que siente la niña hacia una madre capaz de agredirla es sustituido por el temor de perder a su madre real que la ama, preanuncia lo que Melanie Klein expresará más tarde acerca del diferente contenido de la ansiedad en la posición esquizo-paranoide y en la posición depresiva.

En una obra posterior, *Envidia y gratitud* (1957), Melanie Klein aborda una vez más el problema de la creatividad, si bien desde un

ángulo diferente. Sostiene que el primer objeto que se experimenta como creativo es el pecho que alimenta, y describe el efecto perjudicial de la envidia excesiva sobre la creatividad.

LA IMPORTANCIA DE LA FORMACION DE SIMBOLOS EN EL DESARROLLO DEL YO (1930)

Por el material clínico que contiene, este trabajo señala el comienzo de una nueva era. Históricamente, es el primer informe que se haya publicado sobre el análisis de un niño psicótico, y demuestra que es posible establecer contacto psicoanalítico y poner en marcha el desarrollo aun en el caso de un niño que no habla ni manifiesta ninguna emoción y cuyo simbolismo es rudimentario. Desde hacia varios años, Melanie Klein estaba convencida de que podía haber niños psicóticos. En algunos pasajes de sus trabajos anteriores describe la forma que adopta la esquizofrenia en los niños, las características del juego de los niños psicóticos y la naturaleza del superyó en la psicosis. En este artículo trata en general el problema de la psicosis en la niñez y realiza su primer intento de precisar el origen de la esquizofrenia. Sostiene que el yo se defiende de la intensa ansiedad mediante una expulsión excesiva de su sadismo, por lo que no subsiste ninguna experiencia de ansiedad, exploración del mundo ni formación de símbolos, interrumpiéndose el desarrollo normal. La evolución de las ideas kleinianas sobre la esquizofrenia se examina en detalle en la nota aclaratoria a "Una nota sobre la depresión en el esquizofrénico" (1960).

En este trabajo cristalizan varias ideas. En un comienzo Melanie Klein veía en la ansiedad principalmente un factor de inhibición de la capacidad. Muy pronto, en "Análisis infantil" (1923), sostuvo que los progresos en el desarrollo dependían de la resolución de la ansiedad. En "Situaciones infantiles de angustia reflejadas en una obra de arte...", publicado, al igual que este artículo, en 1930, fue más allá, presentando la ansiedad como estímulo de la creatividad. Aquí, a partir del análisis de procesos psicóticos en pacientes de corta edad, demuestra que la ansiedad y su elaboración son la precondition del desarrollo, idea que constituye el núcleo de sus teorías posteriores. Además, ciertas concepciones que en definitiva fueron integradas en su teoría de la posición esquizo-paranoide con el nombre de identificación proyectiva, se originaron verdaderamente en lo que aquí se expresa sobre la formación de símbolos y sobre la primera forma de defensa yoica. Melanie Klein demuestra que las primeras formas de la formación de símbolos, las ecuaciones simbólicas y las identificaciones son el fundamento de la relación con el mundo exterior. Tam-

bién describe lo que, a su juicio, es el primer modo de defensa del yo: un mecanismo expulsivo, previo a la represión y esencialmente distinto de ella. Se trata de una defensa contra la agresión y contra la ansiedad que ésta suscita: el sadismo es percibido como peligroso para el sí-mismo y se teme que los objetos atacados tomen represalias, lo cual induce al yo a expulsar su sadismo hacia el objeto, tanto para protegerse como para destruir el objeto. La aplicación que hizo más tarde Melanie Klein de estas ideas se describe en la nota aclaratoria a "Notas sobre algunos mecanismos esquizoides" (1946).

LA PSICOTERAPIA DE LAS PSICOSIS (1930)

Melanie Klein presentó este breve trabajo en un simposio sobre el papel de la psicoterapia en las psicosis. Es un resumen de algunos de sus descubrimientos sobre la esquizofrenia infantil y sobre las situaciones de ansiedad características de las psicosis. Se basa en su artículo "La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo", del que reproduce literalmente algunos párrafos.

UNA CONTRIBUCION A LA TEORIA DE LA INHIBICION INTELECTUAL (1931)

La inhibición intelectual fue uno de los primeros temas que atrajeron la atención de Melanie Klein. Tanto en "El desarrollo de un niño" (1921) como en "El papel de la escuela en el desarrollo libidinal del niño" (1923) adopta la concepción de Freud, según la cual la capacidad intelectual es una sublimación libidinal que puede ser inhibida por la angustia de castración. Sin embargo, ya en el segundo de los artículos citados resulta obvio, si se considera el material clínico aportado, que Melanie Klein es consciente del efecto inhibitor de las fantasías de agresión; y en "Estadios tempranos del conflicto edípico" (1928) sostiene que lo que da origen a la pulsión epistemofílica no es la libido sino el sadismo, el sadismo temprano con que el niño ataca, y al mismo tiempo llega a conocer, el cuerpo de la madre. El cuerpo de la madre es por lo tanto el primer objeto de conocimiento. En "La importancia de la formación de símbolos..." (1930) expone un nuevo descubrimiento: el de que una defensa masiva contra el sadismo, como la que tiene lugar en la demencia precoz, causa una inhibición epistemofílica general.

El trabajo que comentamos es el único que tiene específicamente como tema la inhibición intelectual. Expone de manera más completa los puntos de vista expresados en 1928 y 1930 e incluye nuevos descubrimientos. Melanie Klein examina dos conjuntos de ansiedades opuestas que suceden a los ataques sádicos e inhiben el funcionamiento intelectual. Las ansiedades relacionadas con la peligrosidad del cuerpo materno y, por extensión, de la realidad exterior, interfieren con la libre exploración del mundo externo, en tanto que el temor a los peligros en el sí mismo, en especial la amenazadora presencia del sádico superyó primitivo, impide la autoexploración. Se demuestra, además, que las defensas contra el sadismo pueden determinar no sólo una inhibición epistemofílica generalizada sino también inhibiciones intelectuales específicas.

Hasta 1931, la contribución original de Melanie Klein al problema de la inhibición intelectual se basó en el estudio del sadismo y de sus consecuencias. El año siguiente, sin embargo, después de haber aceptado la teoría freudiana de los instintos de vida y los instintos de muerte como principio fundamental, no se ocupa ya del sadismo aisladamente sino de la interacción del amor y el odio. Para expresarlo de acuerdo con el distinguo que hizo más tarde entre ansiedades persecutorias y depresivas, diremos que las ansiedades investigadas hasta 1931 en conexión con la inhibición intelectual eran ansiedades persecutorias. En "Contribución a la psicogénesis de los estados maniaco-depresivos" (1935) se refiere al otro grupo de ansiedades, las depresivas, y muestra que la capacidad para el aprendizaje y el trabajo puede disminuir bajo la influencia de la depresión y la desesperanza relacionadas con los objetos dañados.

El lector que compare este trabajo con las primeras contribuciones, hechas unos diez años antes, al tema de la inhibición intelectual, advertirá grandes cambios. Era un momento oportuno para que Melanie Klein presentara en forma de libro las concepciones que había venido elaborando en ese período, y así lo hizo, en efecto, el año siguiente, con la publicación de *EL psicoanálisis de niños*.

EL DESARROLLO TEMPRANO DE LA CONCIENCIA EN EL NIÑO (1933)

La obra clásica de Freud sobre el superyó, *El yo y el ello*, apareció en 1923. Poco después Melanie Klein comenzó a exponer sus descubrimientos, fruto, en gran medida, del análisis de niños. Su labor de analista la puso frente a un hecho inesperado: la presencia de sentimientos de culpa en niños muy pequeños. Esto la llevó a postular, en "Principios psicológicos del análisis infantil" (1926), que la existencia del superyó comienza mucho antes de lo que suponía Freud:

su formación no coincide con el final sino con el comienzo del complejo de Edipo, del cual, por consiguiente, no es el heredero; por otra parte, fijó el comienzo del complejo de Edipo en una época mucho más temprana que Freud: concretamente, en el momento del destete. En el mismo artículo, Melanie Klein da su primera descripción del primer superyó: formado a partir de la introyección de figuras edípicas tempranas, se compone de múltiples identificaciones y da muestras de una intensa crueldad y primitivismo que se mitigarán más tarde. En "Simposium sobre análisis infantil" (1927), y con más detalle en "Estadios tempranos del conflicto edípico" (1928), ofrece una explicación de la crueldad del primer superyó, que tan largamente excede la severidad de los padres reales: afirma que los introyectos edípicos que forman el superyó son falseados y convertidos en figuras terroríficas por los impulsos sádicos del niño. En "Estadios tempranos del conflicto edípico" enuncia un importante corolario de la teoría de que el superyó se forma al comienzo y no al final del complejo de Edipo: el de que tanto el desarrollo sexual en su totalidad como el desarrollo yoico y la formación del carácter tienen lugar en presencia de un superyó. En "Tendencias criminales en niños normales" (1927) y en "La personificación en el juego de los niños" (1929) demuestra el dominio terrorífico y deformante que el primer superyó ejerce sobre la mente de los criminales y de los psicóticos; y en "Una contribución a la teoría de la inhibición intelectual" (1931) da cuenta de la función que cumple el superyó temprano en la inhibición intelectual. En "La personificación en el juego de los niños" sostiene además que el primer superyó es la mayor fuente de ansiedad para la psique.

Ya en 1927 Melanie Klein veía en el miedo y la culpa dos fuerzas distintas, emanadas del superyó. Sin embargo, no fue consecuente en mantener esta distinción hasta que, en *El psicoanálisis de niños* (1932), la confirmó y explicó que la ansiedad, que caracteriza al primer superyó, deja paso a la culpabilidad, propia de la conciencia desarrollada. En la misma obra, si bien insiste en vincular la formación del superyó con el comienzo del complejo de Edipo (que, como sabemos, sitúa en el momento del destete), de algún modo se contradice, ya que en una breve declaración sobre la formación del superyó da a entender que éste es una estructura más antigua que el complejo de Edipo. Sugiere, en efecto (pág. 256), que en el proceso de incorporación (que comienza con el nacimiento) el objeto incorporado asume instantáneamente las funciones del superyó.

Estas son las principales etapas previas en la evolución de las ideas de Melanie Klein sobre el superyó. En el artículo que aquí comentamos, claramente redactado, presenta esas ideas, destacando la importancia que tiene para la sociedad y para el individuo la transformación del terrorífico superyó primitivo en una conciencia real moral benigna. Merece señalarse que, aunque ya en 1927 había relacionado la crueldad del primer superyó con los impulsos sádicos del

niño, nunca había usado antes el término "proyección" para referirse a este hecho: invocaba en cambio la ley del talión o se valía de giros como el de que las imagos tempranas "llevan la marca" de los impulsos sádicos del niño. Pero, aquí dice que el niño proyecta sus impulsos agresivos sobre sus objetos, y en adelante siempre lo expresará de este modo, o bien por referencia al concepto, que elaboró posteriormente, de identificación proyectiva. También repite, aunque arropiándolos, sus postulados de 1932 acerca de la formación del superyó: sostiene que éste se origina en una división del ello que responde a una medida defensiva del yo, y que tal cosa ocurre cuando el niño realiza sus primeras introyecciones orales. Con esto se está afirmando claramente que la formación del superyó es anterior a la del complejo de Edipo; sin embargo, hay en la pág. 256 una nota contradictoria, según la cual el comienzo del superyó estaría en estrecha relación con impulsos edípicos tempranos; no parece sino que Melanie Klein se resistiera a prescindir de un principio fundamental de la teoría freudiana que establece un vínculo entre el origen del superyó y el complejo de Edipo. Pero dos años más tarde, en "Contribución a la psicogénesis de los estados maniaco-depresivos", la formación originaria del superyó se emancipa finalmente por completo del complejo de Edipo.

La teorización kleiniana sobre el superyó plantea en forma particularmente aguda el problema del cambio psíquico. ¿Cómo se transforma el primer superyó, experimentado como ansiedad y asocial en sus efectos, en la conciencia evolucionada, sentida como culpa y moral en perspectiva? Melanie Klein se ocupó a menudo de este problema: su artículo "La personificación en el juego de los niños" contiene un análisis muy interesante de un aspecto de la tarea evolutiva, a saber, la síntesis de las identificaciones polarizadas que componen el superyó. Sin embargo, la dinámica de este cambio permaneció en gran medida inexplicada hasta que, en "Contribución a la psicogénesis de los estados maniaco-depresivos", la distinción entre el temor y la culpa, que anteriormente sólo había tenido un valor descriptivo, se convierte en una diferenciación nodal en el marco de una nueva teoría. Entonces la síntesis de las figuras polarizadas, la creciente asimilación del superyó por el yo y el paso del temor a la culpa pueden ser explicados y entendidos en función de los procesos de la posición depresiva. Una exposición breve y desprovista de tecnicismo sobre la evolución del superyó se hallará en "Algunas consideraciones psicológicas. Un comentario" (1942), al final del tercer volumen de estas *Obras completas*, bajo la rúbrica "Contribuciones breves". Posteriormente, en "Sobre la teoría de la ansiedad y la culpa" (1948), Melanie Klein rectifica su aseveración de que los sentimientos de culpa sólo se encuentran en la posición depresiva, y admite que pueden experimentarse aun antes, en forma transitoria. En *Envidia y gratitud* (1957) describe el superyó envidioso y también la culpa prematura que se origina en la envidia.

Sus últimas reflexiones acerca del superyó están contenidas en "Sobre el desarrollo del funcionamiento mental" (1958). Melanie Klein abandona bruscamente la teoría, que sostuvo durante cuarenta años, de que las figuras más terroríficas y extremas constituyen la base del superyó. Afirma, en cambio, que esas figuras no forman parte del superyó sino que ocupan una región que les es propia, dividida del resto de la mente. Esta reclasificación radical de las figuras internas se trata con más amplitud en la nota aclaratoria a "Sobre el desarrollo del funcionamiento mental".

SOBRE LA CRIMINALIDAD (1934)

Melanie Klein contribuyó con este trabajo a un simposio sobre el delito, accediendo a un pedido que le fue formulado con muy escasa anticipación. En él reproduce brevemente sus conclusiones de "Tendencias criminales en niños normales" (1927), en términos en los que se advierte la influencia de sus descubrimientos posteriores. También atribuye —por primera vez— una base común a la delincuencia y a la psicosis.

CONTRIBUCION A LA PSICOGENESIS DE LOS ESTADOS MANIACO-DEPRESIVOS (1935)

Este trabajo marca el comienzo de un período en el que Melanie Klein erigió una nueva estructura teórica. Su obra anterior había preparado el terreno. A lo largo de unos quince años fue realizando una serie de descubrimientos que no sólo modificaron su concepción del complejo de Edipo y del superyó, sino que también determinaron un cambio conceptual paulatino y fundamental. Las nociones de ansiedad, objeto interno, fantasía inconsciente, agresión, introyección y proyección comenzaron a sobresalir, pero de un modo no sistemático. Así, en *El psicoanálisis de niños*, publicado tres años antes que el artículo que comentamos, Melanie Klein acepta la teoría clásica según la cual el desarrollo es la progresión a través de etapas psicosexuales, pero al mismo tiempo emplea una terminología y describe fenómenos que requerirían un enfoque diferente, por ejemplo, las cambiantes relaciones del yo con sus objetos internalizados y externos, y las fluctuaciones de las ansiedades psicóticas tempranas. Las razones por las que esta situación de transición dio paso a una nueva

teoría son dos. En primer lugar, Melanie Klein adoptó plenamente el principio de interacción de los instintos de vida y de muerte, representados por el amor y el odio; de esta manera no sólo corrigió su relativo desinterés previo por el amor y el énfasis excesivo que ponía en la agresión, sino que obtuvo una buena base para la sistematización. Y en segundo lugar, este trabajo cumple con la condición sin la cual no es posible hablar de nueva teoría: el aporte de concepciones científicas novedosas. El trabajo abunda, por cierto, en importantes ideas nuevas, que sirven de base a dos teorías interconectadas: una sobre el desarrollo temprano y otra sobre el origen de la enfermedad maniaco-depresiva.

En síntesis, la primera de estas teorías afirma que durante el primer año de vida, aproximadamente entre el cuarto y el quinto mes, se produce un cambio significativo en las relaciones objetales infantiles: la relación con un objeto parcial se convierte en relación con un objeto completo. Tal cambio sitúa al yo en una nueva posición desde la cual es capaz de identificarse con su objeto; de este modo el niño, que antes experimentaba ansiedades de tipo paranoico relacionadas con la conservación de su yo, pasa a experimentar un conjunto más complejo de sentimientos ambivalentes y ansiedades depresivas relacionadas con la condición de su objeto. Siente temor de perder a su amado objeto bueno, y a sus ansiedades persecutorias se suma un sentimiento de culpa por haber agredido a su objeto, y un impulso, inspirado en el amor, de reparar el daño. Sus defensas cambian en consonancia: recurre a defensas maníacas para aniquilar a sus perseguidores y para hacer frente a la culpa y la desesperación que ahora lo acosan. A esta conjunción particular de relaciones objetales, ansiedades y defensas, Melanie Klein le dio el nombre de posición depresiva.

En esta teoría Melanie Klein distingue por primera vez entre dos formas de ansiedad: la paranoica (o persecutoria, como la llamará más tarde en otros trabajos) y la depresiva. Se trata de una distinción fundamental; aporta orden y claridad y permite ubicar sin esfuerzo otros conceptos en el lugar que corresponde. En cuanto a las relaciones objetales, la innovación de la teoría consiste en oponer la relación con un objeto parcial a la relación con un objeto total. De suma importancia es el concepto de posición, que viene a ocupar el lugar de la fase o el estadio como unidad del desarrollo.

En cuanto a las razones que tuvo para adoptar el término "posición", Melanie Klein menciona una de ellas en el Prefacio de 1948 a la tercera edición de *El psicoanálisis de niños*, y otra al final de la nota 4 (Nota del capítulo) en "Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé" (1952). El lector advertirá que el término posición forma parte de muchas expresiones en este trabajo: además de una posición depresiva, hay una posición maníaca, una posición obsesiva y una posición paranoica. Las posiciones maníaca y obsesiva no vuelven a ser mencionadas después de 1940, y en "Notas sobre

algunos mecanismos esquizoides" (1946), el trabajo que completa su teoría del desarrollo temprano, Melanie Klein cambia el nombre de la posición paranoica por el de posición esquizo-paranoide. La reparación, mencionada por primera vez en "Situaciones infantiles de angustia reflejadas en una obra de arte y en el impulso creador" (1929), es aquí un concepto clave. Además, el curso y el resultado del desarrollo ya no se expresan en función de sucesivas etapas libidinales, sino en función de relaciones objetales internas.

El desenlace normal de la posición depresiva —a la que Melanie Klein considera la posición más importante en el desarrollo infantil, de la que dependen tanto la salud mental como la capacidad de amar— es la internalización estable del objeto bueno. Cuando así no ocurre es porque se da en el niño una situación anormal, que constituye el marco psíquico de la enfermedad depresiva. Esta es la segunda teoría expuesta en el trabajo que comentamos. Según Melanie Klein, los sufrimientos y las ansiedades psicóticas de la enfermedad maniaco-depresiva reproducen las luchas de la posición depresiva infantil.

En la década de 1920 Melanie Klein había descubierto las ansiedades infantiles de tipo paranoide; aquí demuestra la existencia de otra categoría de ansiedades psicóticas infantiles, las ansiedades depresivas. Ciertamente, su artículo constituye una destacada contribución a la teoría general de la psicosis. Aunque su tema principal es la posición depresiva infantil, aclara por contraste la índole general de la posición paranoica previa, caracterizada por la ansiedad paranoide, las relaciones con objetos parciales y la división de objetos y emociones. Melanie Klein compara detalladamente la paranoia y la depresión, y su teoría de que la posición paranoica infantil es seguida por la posición depresiva infantil le permite explicar la relación clínica observada entre ambas enfermedades, a partir de su continuidad e interacción originales en la infancia. Explica la enfermedad maniaco-depresiva como basada en el terror de contener objetos muertos o moribundos. Enuncia su concepción de las defensas maníacas, destacando la omnipotencia y la renegación; demuestra la conexión entre las defensas maníacas y obsesivas, así como el hecho de que las defensas maníacas no se emplean solamente contra la depresión sino también contra las ansiedades paranoicas. Por supuesto, el artículo no aborda todas las implicaciones de la teoría. En "El duelo y su relación con los estados maniaco-depresivos", publicado cinco años después, se continúa su desarrollo y se examina otro importante proceso de la posición depresiva: el duelo por el objeto perdido. También se profundiza lo expuesto sobre las defensas maníacas, la reparación y los procesos de integración en el yo, y se señala que la unificación de los objetos —y no la reiterada división en planos más próximos a la realidad, como se sostenía en el artículo que comentamos— es el proceso de máxima importancia en la posición depresiva. La relación entre la posición depresiva y el complejo de Edipo se tra-

ta en "El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas" (1945); otras consideraciones se añaden en "Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé" (1952). En este último artículo, Melanie Klein sugiere también que en la posición depresiva el niño recurre a una división entre un objeto vivo e indemne y un objeto dañado y moribundo, como defensa contra la ansiedad depresiva. Una modificación de las consideraciones que se hacen sobre la culpa en el artículo que aquí comentamos se hallará en "Sobre la teoría de la ansiedad y la culpa" (1948) y en las referencias a la depresión en "Una nota sobre la depresión en el esquizofrénico" (1960).

EL DESTETE (1936)

Este trabajo constituye el aporte de Melanie Klein a un ciclo de conferencias de divulgación brindadas por psicoanalistas. Las conferencias fueron recogidas en un pequeño libro, *On the Bringing Up of Children*, que en su segunda edición, de 1952, incluyó también un prólogo y un *proscriptum* de Melanie Klein.

En artículos anteriores, por ejemplo en "Principios psicológicos del análisis infantil" (1926), Melanie Klein describía el destete como un trauma que determina el comienzo del complejo de Edipo: la frustración infligida por la madre nutricia mueve al niño a alejarse de ella y a orientarse hacia el padre. Sin embargo, en su teoría posterior sobre la posición depresiva infantil, expuesta en "Contribución a la psicogénesis de los estados maniaco-depresivos" (1935), presenta el destete bajo una luz diferente: lo considera como la pérdida total del primer objeto bueno externo del niño, pérdida que lleva las emociones y conflictos de la posición depresiva a su punto más alto. Pero por otra parte, cuando el destete es exitoso constituye un incentivo para la aceptación de sustitutos y el descubrimiento de otras fuentes de gratificación.

En el trabajo que aquí comentamos, Melanie Klein expone estos puntos de vista más recientes en un lenguaje ágil y libre de tecnicismos, y como conviene a un manual práctico sobre la crianza de niños, incluye asesoramiento psicológico sobre los problemas que pueden presentarse. Hace una breve comparación entre la alimentación al pecho y con biberón, tema que examina más a fondo en la nota 1 (Nota del capítulo) de "Observando la conducta de bebés" (1952). En la nota 2 (al capítulo) de ese mismo trabajo vuelve a referirse al destete.

AMOR, CULPA Y REPARACIÓN (1937)

En 1936, Melanie Klein y Joan Riviere pronunciaron una serie de

conferencias de divulgación sobre el tema "La vida emocional de los hombres y mujeres civilizados"; esas conferencias sirvieron de base a un pequeño libro, *Amor, odio y reparación*, editado al año siguiente. Joan Riviere expuso sobre "Odio, voracidad y agresión", y Melanie Klein sobre "Amor, culpa y reparación". Melanie Klein desarrolla los temas de su reciente teoría de la posición depresiva, que había formulado apenas dos años antes. Esta exposición interesa por su carácter no técnico, y en particular, por el examen que se hace en ella de una amplia gama de situaciones humanas, en mayor medida que en cualquiera de sus otros trabajos.

Hay un punto respecto del cual su opinión varió más tarde. En este trabajo, la carga de reparar el objeto dañado por el odio se hace pesar sobre el niño desde el comienzo. Sin embargo, según su teoría posterior de la posición esquizo-paranoide, en los primeros meses de vida predomina la división, y la necesidad de reparar surge sólo más tarde, en los estadios más integrados de la posición depresiva.

EL DUELO Y SU RELACION CON LOS ESTADOS MANIACO-DEPRESIVOS (1940)

Al igual que "Contribución a la psicogénesis de los estados maniaco-depresivos" (1935), cuya línea de pensamiento continúa, es éste un trabajo de primer nivel. Incluye al duelo entre los fenómenos de la posición depresiva. Esto permite a Melanie Klein aclarar la naturaleza del duelo, así como vincularlo con su teoría de los estados maniaco-depresivos. Su hipótesis principal es que la pérdida de una persona amada reactiva la posición depresiva infantil, y que la capacidad en la vida posterior para hacer el duelo y para recobrase del duelo depende de la resolución de la posición depresiva en la niñez.

Melanie Klein pone al descubierto varios procesos de los que se ignoraba hasta entonces que formaran parte del duelo; el más importante es el sentimiento inconsciente de haber perdido también el objeto bueno interno, que experimenta quien ha perdido un objeto bueno externo. Esto significa que los sufrimientos del doliente y la tarea que debe enfrentar son mayores de lo que se creía; lo aflige el dolor por la pérdida interna, no sólo por la pérdida externa, y queda expuesto a la persecución de los objetos malos; es decir, resurgen las ansiedades persecutorias y depresivas tempranas de la posición depresiva. Melanie Klein señala también la importancia de la reparación en la superación de los estados de duelo.

En todo el artículo relaciona su concepción con la de Freud. Sin embargo, no concuerda con él en cuanto al vínculo entre el duelo y los estados maniaco-depresivos. Para Melanie Klein, el duelo adulto

normal incluye estados maníacos y depresivos, los que, como lo demostró en 1935, se encuentran normalmente en la posición depresiva. También se ocupa de las defensas maníacas, sobre todo en el ámbito del triunfo maníaco, y muestra cómo la movilización excesiva de dichas defensas interfiere con el firme restablecimiento interno del objeto bueno.

Desde el punto de vista de su teoría general del desarrollo, el artículo completa la descripción de la posición depresiva, comenzada en 1935. Se señala que la posición depresiva incluye procesos de duelo, se aclara el papel que desempeña la reparación como medio de superar esa posición, y por primera vez se examinan dos formas contraproducentes de reparación: la reparación obsesiva y la maníaca. Este trabajo, como ya se indicó, amplía considerablemente el aporte de 1935 sobre las defensas maníacas. Además, aunque Melanie Klein no lo menciona explícitamente, hay un punto que enfoca de distinto modo que en 1935; entonces afirmaba (pág. 294, citado también en pág. 351) la importancia, en la posición depresiva, de la renovada división de las imagos, según planos cada vez más realistas, después de cada paso que da el niño hacia la unificación de esas imagos. Aquí sostiene, en una nota al pie (pág. 351, nota 11), que la unificación de los aspectos opuestos del objeto es "el proceso más importante". En sus trabajos posteriores pone en claro que el proceso de unificación depende de una división más realista del objeto. También menciona por primera vez en este trabajo que en la posición depresiva el odio es mitigado por el amor.

EL COMPLEJO DE EDIPO A LA LUZ DE LAS ANSIEDADES TEMPRANAS (1945)

Es ésta la última exposición importante de Melanie Klein sobre el complejo de Edipo. Antes había publicado sobre el tema —citamos sólo los trabajos principales— "Estadios tempranos del conflicto edípico" (1928) y *El psicoanálisis de niños* (1932). Desde entonces modificó sus concepciones en dos aspectos muy significativos, general el uno y más específico el otro. El general es su aceptación de la interacción del amor y el odio como base del funcionamiento mental. (En realidad ya había aceptado tal principio cuando escribió *El psicoanálisis de niños*, pero apenas comenzaba a aplicarlo y no se refleja en la parte que trata del complejo de Edipo). El aspecto más específico está representado por su teoría, formulada en "Contribución a la psicogénesis de los estados maníaco-depresivos" (1935), de la posición depresiva como punto crítico del desarrollo en el primer año de vida. El trabajo que aquí comentamos es un análisis del complejo de Edipo, revisado y ampliado a la luz de ambos cambios.

Su concepción del complejo de Edipo es la misma de 1928: hay etapas tempranas (pregenitales) del complejo, además de la situación edípica descubierta por Freud; las fantasías tempranas acerca de que el cuerpo de la madre contiene el pene del padre y acerca de los órganos internos del propio niño forman parte de la situación edípica; y la culpa no es sólo el resultado del complejo: por el contrario, está presente desde que éste comienza y afecta permanentemente su evolución. La teoría que expone en *El psicoanálisis de niños* sobre el desarrollo sexual del varón y de la niña también subsiste. Pero adopta en cambio una nueva postura en cuanto al comienzo del Edipo y la causa de su declinación, y tiene cosas nuevas que decir acerca de la naturaleza del complejo.

Su suposición de esta época de que el sadismo no va en aumento sino que disminuye a lo largo de los primeros seis meses de vida, juntamente con su punto de vista de que las relaciones objetales están presentes desde el nacimiento, significa que su aserto (de 1932) de que el complejo de Edipo comienza en la fase narcisista, o el de que comienza cuando el sadismo está en su apogeo, son incorrectos y quedan desestimados. Melanie Klein ya no piensa que lo que desencadena los impulsos edípicos es la frustración oral del destete ni, para decirlo con los términos que alguna vez empleó, que el Edipo comienza principalmente a impulsos del odio. Por el contrario, ahora sostiene que el comienzo del complejo es coincidente con el de la posición depresiva, cuando la ansiedad persecutoria disminuye y los sentimientos de amor surgen vigorosamente, y si bien las privaciones que sufre el niño pueden ser en parte la causa de que se aleje del pecho, esto es secundario en relación con el amor, que lo impulsa hacia adelante, y con la búsqueda inherente de nuevos objetos por la libido. Con respecto a la declinación del complejo de Edipo, en 1932 pensaba que el principal factor era la culpa; ahora sostiene que las emociones positivas, el amor del niño por sus padres y su deseo de conservarlos, también influyen en el debilitamiento del complejo.

Cuando en 1935, en "Contribución a la psicogénesis de los estados maníaco-depresivos", Melanie Klein vinculó el complejo de Edipo con la posición depresiva, no fue más allá de afirmar que el dolor y la preocupación que en dicha posición experimenta el niño ante la pérdida temida de los objetos buenos era la fuente de los más penosos conflictos edípicos. En el artículo que aquí comentamos examina el entrelazamiento de los deseos edípicos con las ansiedades depresivas mientras el niño lucha por integrar su amor y su odio, y demuestra que los impulsos sexuales adquieren una nueva dimensión como medio de reparar los efectos de la agresión. Esto determina el surgimiento de fantasías sexuales reparadoras, de gran importancia para la futura sexualidad. Este cuadro más complejo de la situación edípica es ilustrado con material de dos pacientes: Ricardo, el varón cuyo análisis se transcribe en extenso en *Relato del psicoanálisis de*

un niño (1961), y Rita, una niña pequeña cuyo material ya había sido utilizado en buena medida en trabajos anteriores.

En este artículo Melanie Klein señala cuáles son los puntos en que discrepa con Freud acerca del complejo de Edipo. En realidad, si se exceptúan las opiniones que derivan específicamente de la vinculación postulada entre el complejo de Edipo y la posición depresiva, todas las divergencias que se mencionan existían ya en el trabajo de 1928; sólo que entonces ella no deseaba, en apariencia, llamar la atención sobre sus diferencias con Freud.

Resulta evidente la clarificación de sus opiniones sobre los primeros meses de vida del niño. Un año después publicó "Notas sobre algunos mecanismos esquizoideos", donde sugiere que en sus primeros meses el niño se halla en la posición esquizo-paranoide; lo cual no afecta, sin embargo, los puntos de vista que expresa en el trabajo que comentamos. Una breve declaración de la misma Melanie Klein acerca de los cambios operados a partir de 1932 en su concepción del complejo de Edipo se hallará en el Prefacio a la tercera edición de *El psicoanálisis de niños*.

Melanie Klein hizo nuevos aportes a su teoría del complejo de Edipo en dos trabajos posteriores. En el bosquejo del Edipo que incluye en "Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé" (1952), describe la relación recíproca y benéfica entre el complejo de Edipo y la posición depresiva. Por último, en *Envidia y gratitud* (1957) se refiere al efecto perjudicial de la envidia sobre la situación edípica.

En resumen, Melanie Klein contribuyó a la comprensión del complejo de Edipo de dos maneras: primero, al descubrir las etapas tempranas del complejo, y segundo, al relacionar el complejo de Edipo —que según Freud es el complejo nuclear de las neurosis— con la posición depresiva, que es para ella la posición central del desarrollo infantil.

BIBLIOGRAFIA

- Abraham, K. (1914): "Un fundamento constitucional de la ansiedad motriz", en *Psicoanálisis clínico*, Buenos Aires, Hormé, 1959.
- (1920): "Manifestaciones del complejo de castración femenino", *ibíd.*
- (1921): "Contribución a una discusión sobre el tic", *ibíd.*
- (1921-25): "Psycho-Analytical Studies on Character Formation", en *Selected Papers on Psycho-Analysis*, Londres, Hogarth, 1926. (Hay versión castellana en *Psicoanálisis clínico*, caps. 23-25.)
- (1923): "Dos contribuciones al estudio de los símbolos", en *Estudios sobre psicoanálisis y psiquiatría*, Buenos Aires, Hormé, 1961.
- (1924): "Un breve estudio de la evolución de la libido, considerada a la luz de los trastornos mentales", en *Psicoanálisis clínico*, Buenos Aires, Hormé, 1959.
- Alexander, F. (1923): "El complejo de castración en la formación del carácter", en M. Klein y otros, *La sexualidad en el hombre contemporáneo*, Buenos Aires, Hormé, 1968.
- Boehm, F. (1922): "Beiträge zur Psychologie der Homosexualität: ein Traum eines Homosexuellen", *Int. Z. f. Psychoanal.*, 8.
- Chadwick, M. (1925): "Über die Wurzel der Wissbegierde", *Int. Z. f. Psychoanal.*, II. Resumen en *Int. J. Psycho-Anal.*, 6.
- Deutsch, H. (1925): "La psicología de la mujer y su relación con la función reproductora", en R. Fliess (comp.), *Escritos psicoanalíticos fundamentales*, Barcelona, Paidós, 1981.
- (1933): "Zur Psychologie der manisch-depressiven Zustände", *Int. Z. f. Psychoanal.*, 19.
- Fenichel, O. (1928): "Über organilibrinöse Begleiterscheinungen der Triebabwehr", *Int. Z. f. Psychoanal.*, 14.

- Ferenczi, S. (1912a): "Construcciones transitorias de síntomas durante el análisis", en *Sexo y psicoanálisis*, Buenos Aires, Hormé, 1959.
- (1912b): "La representación simbólica de los principios del placer y de la realidad en el mito de Edipo", *ibíd.*
- (1913): "Estadios en el desarrollo del sentido de la realidad", *ibíd.*
- (1921a): "El simbolismo del puente", en *Teoría y técnica del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 1967.
- (1921b): "Observaciones psicoanalíticas sobre el tic", *ibíd.*
- (1924): *Thalassa: A Theory of Genitality*, Nueva York, Psychoanalytic Quarterly, Inc., 1938.
- Freud, A. (1927): *Psicoanálisis del niño*, Buenos Aires, Hormé, 1965.
- Freud, S. (Las referencias son a *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu, 24 vols., 1976-1985.)
- (1900): *La interpretación de los sueños*, 4-5.
- (1905): *Tres ensayos de teoría sexual*, 7.
- (1908): "Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad", 9.
- (1909a): "Análisis de la fobia de un niño de cinco años", 10.
- (1909b): "A propósito de un caso de neurosis obsesiva", 10.
- (1910): *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci*, 11.
- (1911): "Formulaciones sobre los dos principios del acontecer psíquico", 12.
- (1912): "Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa", 11.
- (1913): *Tótem y tabú*, 13.
- (1914): "Introducción del narcisismo", 14.
- (1915a): "La represión", 14.
- (1915b): "Lo inconciente", 14.
- (1915c): "Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo psicoanalítico", 14.
- (1916-17): *Conferencias de introducción al psicoanálisis*, 15-16.
- (1917): "Duelo y melancolía", 14.
- (1918): "De la historia de una neurosis infantil", 17.
- (1920): *Más allá del principio del placer*, 18.
- (1923): *El yo y el ello*, 19.
- (1924): "El sepultamiento del complejo de Edipo", 19.
- (1925): "Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos", 19.
- (1926a): *Inhibición, síntoma y angustia*, 20.
- (1926b): *¿Pueden los legos ejercer el análisis?*, 20.
- (1930): *El malestar en la cultura*, 21.
- (1931): "Sobre la sexualidad femenina", 21.

- (1933): *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*, 22.
- Glover, E. (1932): "A Psycho-Analytic Approach to the Classification of Mental Disorders", en *On the Early Development of Mind*, Londres, Baillière, 1956.
- Groddeck, G. (1922): "Der Symbolisierungszwang", *Imago*, 8.
- Gross, O. (1902): *Die Cerebrale Sekundärfunktion*.
- Hárnik, J. (1928): "Die ökonomischen Beziehungen zwischen dem Schuldgefühl und dem weiblichen Narzissmus", *Int. Z.f. Psychoanal.*, 14.
- Hollós, I. (1922): "Über das Zeitgefühl", *Int. Z.f. Psychoanal.*, 8.
- Hug-Hellmuth, H. von (1921): "On the Technique of Child Analysis", *Int. J. Psycho-Anal.*, 2.
- Isaac, S. (1934): "Anxiety in the First Year of Life", trabajo inédito leído en la Brit. Psycho-Anal. Soc.
- (1936): "Habit" en *On the Bringing up of Children*, comp. por J. Rickman, Londres, Kegan Paul.
- Jokl, R. (1922): "Zur Psychogenese des Schreibkrampfes", *Int. Z.f. Psychoanal.*, 8.
- Jones, E. (1916): "The Theory of Symbolism", en *Papers on Psycho-Analysis*, Londres, Baillière, 2ª ed. 1918 - 5ª ed. 1948.
- Klein, M. [Se indican, para cada trabajo, los datos correspondientes a la primera publicación, y a continuación, entre corchetes, el tomo de estas *Obras completas* en que ha sido reproducido.]
- (1921): "El desarrollo de un niño", *Imago*, 7. [I]
- (1922): "Inhibiciones y dificultades en la pubertad", *Die neue Erziehung*, 4 [I]
- (1923a): "El papel de la escuela en el desarrollo libidinal del niño", *Int. Z.f. Psychoanal.*, 9 [I]
- (1923b): "Análisis infantil", *Imago*, 9 [I].
- (1925): "Una contribución a la psicogénesis de los tics", *Int. Z.f. Psychoanal.*, 11, [I]
- (1926): "Principios psicológicos del análisis infantil", *Int. J. Psycho-Anal.*, 7. [I].
- (1927a): "Simposium sobre análisis infantil", *Int. J. Psycho-Anal.*, 8. [I]
- (1927b): "Tendencias criminales en niños normales", *Brit. J. med. Psychol.*, 7. [I].
- (1928): "Estadios tempranos del conflicto edípico", *Int. J. Psycho-Anal.*, 9. [I]
- (1929a): "La personificación en el juego de los niños", *Int. J. Psycho-Anal.*, 10. [I].
- (1929b): "Situaciones infantiles de angustia reflejadas en una obra de arte y en el impulso creador", *Int. J. Psycho-Anal.*, 10, [I].
- (1930a): "La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo", *Int. J. Psycho-Anal.*, 11, [I].

- (1930b): “La psicoterapia de las psicosis”, *Brit. J. med. Psychol.*, 10. [I].
- (1931): “Una contribución a la teoría de la inhibición intelectual”, *Int. J. Psycho-Anal.*, 12. [I].
- (1932): *El psicoanálisis de niños*, Londres, Hogarth. [II].
- (1933): “El desarrollo temprano de la conciencia en el niño”, en S. Lorand (comp.), *Psychoanalysis Today*, Nueva York, Covici-Friede. [I].
- (1934): “Sobre la criminalidad”, *Brit. J. med. Psychol.*, 14 [I].
- (1935): “Contribución a la psicogénesis de los estados maniaco-depresivos”, *Int. J. Psycho-Anal.*, 16 [I].
- (1936): “El destete”, en J. Rickman (comp.), *On the Bringing Up of Children*, Londres, Kegan Paul. [I].
- (1937): “Amor, culpa y reparación”, en *Amor, odio y reparación*, con J. Riviere, Londres, Hogarth. [I].
- (1940): “El duelo y su relación con los estados maniaco-depresivos”, *Int. J. Psycho-Anal.*, 21. [I].
- (1945): “El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas”, *Int. J. Psycho-Anal.*, 26. [I].
- (1946): “Notas sobre algunos mecanismos esquizoides”, *Int. J. Psycho-Anal.*, 27. [III].
- (1948a): *Contribuciones al psicoanálisis*, Londres, Hogarth. [I].
- (1948b): “Sobre la teoría de la ansiedad y la culpa”, *Int. J. Psycho-Anal.*, 29. [III].
- (1950): “Sobre los criterios para la terminación de un psicoanálisis”, *Int. J. Psycho-Anal.*, 31. [III].
- (1952a): “Los orígenes de la transferencia”, *Int. J. Psycho-Anal.*, 33. [III].
- (1952b): “La influencia mutua en el desarrollo del yo y el ello”, *Psychoanal. Study Child*, 7. [III].
- (1952c): “Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé”, en M. Klein y otros, *Desarrollos en psicoanálisis*, Londres, Hogarth. [III].
- (1952d): “Observando la conducta de bebés”, *ibid.* [III].
- (1955a): “La técnica psicoanalítica del juego: su historia y significado”, en M. Klein y otros, *Nuevas direcciones en psicoanálisis*, Londres, Tavistock. [III].
- (1955b): “Sobre la identificación”, *ibid.* [III].
- (1957): *Envidia y gratitud*, Londres, Tavistock. [III].
- (1958): “Sobre el desarrollo del funcionamiento mental”, *Int. J. Psycho-Anal.*, 29. [III].
- (1959): “Nuestro mundo adulto y sus raíces en la infancia”, *Hum. Relations*, 12. [III].
- (1960a): “Una nota sobre la depresión en el esquizofrénico”, *Int. J. Psycho-Anal.*, 41. [III].

- (1960b): “Sobre la salud mental”, *Brit. J. med. Psychol.*, 33. [III].
- (1961): *Relato del psicoanálisis de un niño*, Londres, Hogarth. [IV].
- (1963a): “Algunas reflexiones sobre *La Orestíada*”, en *El sentimiento de soledad y otros ensayos*, Londres, Heinemann. [III].
- (1963b): “Sobre el sentimiento de soledad”, *Ibid.* [III].
- Lewin, B. (1933): “The Body as Phallus”, *Psychoanal. Quart.*, 2.
- Middlemore, M. P. (1936): “The Uses of Sensuality”, en *On the Bringing up of Children*, comp. por J. Rickman, Londres, Kegan Paul.
- van Ophuijsen, J. H. W. (1920): “On the Origin of the Feeling of Persecution”, *Int. J. Psycho-Anal.*, 1.
- Rado, S. (1928): “The Problem of Melancholia”, *Int. J. Psycho-Anal.*, 9.
- Rank, O. (1912): *Das Inzestmotiv in Dichtung und Sage*, Leipzig y Viena, Deuticke.
- Rank, O. y Sachs, H. (1913): *Die Bedeutung der Psychoanalyse für die Geisteswissenschaften*, Wiesbaden, Bergmann.
- Reich, W. (1927): *La función del orgasmo*, Buenos Aires, Paidós, 1955.
- Reik, T. (1925): *Geständniszwang und Strafbedürfnis*, Viena, Int. Psychoanal. Vlg.
- Rivière, J. (1937): “Odio, voracidad y agresión”, en *Amor, odio y reparación*, con M. Klein, Buenos Aires, Hormé, 1969.
- Sadger, J. (1920): “Über Prüfungsangst und Prüfungssträume”, *Int. Z.f. Psychoanal.*, 6.
- Schmideberg, M. (1930): “The Rôle of Psychotic Mechanisms in Cultural Development”, *Int. J. Psycho-Anal.*, 11.
- (1931): “A Contribution to the Psychology of Persecutory Ideas and Delusions”, *Int. J. Psycho-Anal.*, 12.
- Sharpe, E. (1930): “Certain Aspects of Sublimation and Delusion”, en *Collected Papers on Psycho-Analysis*, Londres, Hogarth, 1950.
- (1936): Contribución en *On the Bringing up of Children*, comp. por J. Rickman, Londres, Kegan Paul.
- Sperber, H. (1915): “Über den Einfluss sexueller Momente auf Entstehung Entwicklung der Sprache”, *Imago*, 1.
- Spielrein, S. (1922): “Die Entstehung der kindlichen Worte Papa und Mama”, *Imago*, 8.
- Stärcke, A. (1919): “Die Umkehrung des Libidovorzeichens beim Verfolgungswahn”, *Int. Z.f. Psychoanal.*, 5.
- Stekel, W. (1923): *Conditions of Nervous Anxiety and their Treatment*, Londres, Kegan Paul.

Strachey, J. (1930): "Some Unconscious Factors in Reading", *Int. J. Psycho-Anal.*, 11.
Symposium of Child Analysis (1927): *Int. J. Psycho-Anal.*, 8.

LISTA DE PACIENTES

C. (adulto), 381-86.
Niño delincuente (sin nombre), 189-92.
D (adulto), 365-70.
Dick, 226-34.
Erna, 145 y nota, 168-69, 205-07, 208, 211.
Ernst, 74, 75 nota 12, 77, 79, 80, 83-4.
Félix, 72, 75, 83, 84, 89 nota 3, 93-4, 101, 112-14, 116-28, 129, 130-31, 133-35.
Fritz, 27-44, 16-32, 41-56, 59 nota, 60, 61, 62, 73, 75, 76-78, 81-82, 89, 93, 102-13, 115, 149.
Jorge, 207-09, 212.
Gerald (mencionado sin nombre), 164, 166-67, 209, 179-81, 188, 213.
Grete, 74, 78 y nota 17, 83, 112.
John, 241-51.
Lisa, 77-78, 82-83.
Peter, 183, 185-87, 188, 190.
Ricardo, 372-99, 443.
Rita, 397-406, 139, 141, 207-9, 212, 301, 444.
Ruth, 144.
La señora A (adulto), 357-63.
La señora H (adulto), 112.
Trude, 137, 140.
Walter, 135-6.
Werner, 128-35, 136.
X (adulto), 279-80.
Y (adulto), 281.

MELANIE KLEIN OBRAS COMPLETAS

PAIDÓS

La obra de Melanie Klein se desarrolló a lo largo de casi cuarenta años; es inevitable, tratándose de un esfuerzo creador que abarcó un lapso tan prolongado, que sus ideas sufrieran constantes ampliaciones, enmiendas y clarificaciones. En consecuencia no es fácil para el estudioso, frente a una producción que bien puede calificarse de copiosa, descubrir cuáles son las ideas más maduras de Melanie Klein o cómo llegó a concebirlas.

Entre los objetivos de esta edición de sus obras completas se encuentra el de facilitar esa tarea al presentarlas por orden cronológico.

Así, este primer volumen incluye las que fueron escritas entre 1921 y 1945, a excepción de El psicoanálisis de niños, que se publica por separado como volumen II.

A esta misma finalidad concurren las Notas aclaratorias, redactadas por Edna O'Shaughnessy, en las que se indica, respecto de los temas principales desarrollados en cada trabajo, qué antecedentes pueden hallarse en la producción anterior de la autora y cómo evolucionó con el tiempo su pensamiento.

Melanie klein. Obras Completas

- 1 ♦ Amor, culpa y reparación
- 2 ♦ El psicoanálisis de niños
- 3 ♦ Envidia y gratitud
- 4 ♦ Relato del psicoanálisis de un niño

ISBN: 978-607-7626-04-6

13001



9 788475 095691